relaciones

Tomo VII

Nueva serie

SOCIEDAD ARGENTINA
DE
ANTROPOLOGIA



BUENOS AIRES
1973

Viñeta:

Pictografía rupestre
Paso Córdoba
Provincia de Neuquén
(Calco: *Antonio Schimmel*)

relaciones

Tomo VII
Nueva serie

SOCIEDAD ARGENTINA DE ANTROPOLOGIA



BUENOS AIRES
1973

El presente volumen ha sido sufragado con la contribución primordial del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas y con el aporte de los integrantes de la Sociedad Argentina de Antropología.

Directores de la publicación
EDUARDO M. CIGLIANO
CARLOS J. GRADIN

Impreso en la Argentina
Propiedad de la Sociedad Argentina de Antropología
Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Distribuidor exclusivo de esta edición
LIBRART S.R.L.

Departamento de Publicaciones Científicas Argentinas
Corrientes 127 - Buenos Aires

ÍNDICE

PÁG.

Migraciones que difundieron la tradición alfarera tupiguaraní, por José Proenza Brochado 7

Observaciones sobre herramientas e instrumentos utilizados por los Guayaquí, por Omar A. Gancedo 41

La industria indígena del hueso en el Nordeste argentino según las referencias de algunas fuentes, por Osvaldo C. Chiri 47

La economía de los chorote del Chaco Central – Algunos aspectos mítico-religiosos de la producción, por Celio O. Mashnshnek 57

Tejidos chaqueños, por María Delia Millán de Palavecino 65

Secuencia arqueológica y cronológica radiocarbónica de la Cueva 3 de Los Toldos (Santa Cruz, Argentina), por Augusto Cardich, Lucio Adolfo Cardich y Adam Hajduk 85

Alacalufes canoeros occidentales y pueblos marginales o metamórficos, por Rodolfo M. Casamiquela 125

La Piedra Pintada de Mamuel Choique (Provincia de Río Negro), por Carlos J. Gradin 145

Tastil: Un modelo cultural de adaptación, funcionamiento y desarrollo de una sociedad urbana prehistórica, por Eduardo M. Cigliano y Rodolfo A. Raffino 159

Ikat en Tastil; Provincia de Salta, por Diana Susana Rolandi de Perrot .. 183

Las pictografías de Abra de Lagunas (Dto. de Rinconada, Provincia de Jujuy), por Norberto Pelissero 187

Hallazgo de un sitio acerámico en la Quebrada de Inca Cueva (Provincia

PÁG.

de Jujuy), por Ana M. Aguerre, Alicia A. Fernández Distel y Carlos A. Aschero 197

Sobre la posible existencia de grupos pigmomorfos en el noroeste argentino, por Armando Vivante y Delfor Horacio Chiappe 237

"La Alumbrera", Antofagasta de la Sierra, un modelo de ecología cultural prehistórica, por Rodolfo A. Raffino y Eduardo M. Cigliano 241

Los motivos laberínticos en América, por Carlos A. Aschero 259

Paisaje y niveles de análisis ecológico desde el punto de vista antropológico, por Armando Vivante y Néstor Homero Palma 277

Acerca de la traducción de una conocida obra de prehistoria universal, por Luis Abel Orquera 283

Registro nacional de fechados radiocarbónicos. Necesidad de su creación, por Alberto Rex González y Humberto A. Lagiglia 291

MIGRACIONES QUE DIFUNDIERON LA TRADICIÓN ALFARERA TUPIGUARANI

*José Proenza Brochado**

Al presentar los resultados del primer año del *Programa Nacional de Pesquisas Arqueológicas*, *B. J. Meggers* (1967:154-5) indicó que las distinciones regionales y cronológicas dentro de la *tradición alfarera Tupiguaraní* debían resultar de un complicado patrón de difusión y de las exigencias de la adaptación a condiciones ecológicas distintas. Manifestó también la esperanza, de que el desarrollo de las investigaciones permitiera conocer: a) las rutas de esta difusión; b) los cambios en las relaciones ecológicas debidos a los desplazamientos, reflejados en los patrones de asentamiento; c) las causas de la homogeneidad de la tradición alfarera y d) las relaciones con los portadores de otras tradiciones alfareras.

A muchas de estas preguntas se puede dar ahora alguna respuesta, con sólo los datos que ya han sido publicados, de modo que hemos llegado al momento de intentar una interpretación de desarrollo de la *tradición alfarera Tupiguaraní* en el Este de América del Sur. Este trabajo tratará de reconstruir las migraciones que difundieron esta tradición alfarera, haciendo la integración histórico-cultural de las observaciones resultantes de las investigaciones de campo de mas de treinta arqueólogos brasileros, argentinos y uruguayos incluso el autor.

Cincuenta y dos fechados radiocarbónicos permiten dar una armazón cronológica a este esquema interpretativo.

LA TRADICIÓN ALFARERA TUPIGUARANI

Por imposición de las fuentes arqueológicas, los criterios utilizados para la caracterización de los elementos o técnicas con persistencia temporal de la tradición Tupiguaraní, son básicamente industriales: artefactos cerámicos y líticos o sus fragmentos.

* Investigador del *Conselho Nacional de Pesquisas* de Brasil; *Universidade Federal do Rio Grande do Sul*, Pôrto Alegre.

Se seleccionaron como atributos taxonómicos característicos del contexto, las vasijas de cerámica o sus fragmentos y los artefactos líticos pulidos.

Toda la alfarería de la tradición Tupiguaraní está hecha por la técnica del enrrollamiento espiralado *(coiled)* y tiene cocimiento incompleto. Su tipología está basada principalmente en las técnicas de tratamiento de la superficie y se da cerámica: a) — ordinaria, sin decoración, b) — con decoración plástica y c) — con decoración pintada.

La decoración plástica mas popular es casi siempre: 1) — corrugado con variaciones en su intensidad y disposición rítmica: corrugado complejo (complicado, *complicated corrugated*), corrugado complejo espatulado (espatulado, *spatulated corrugated*), corrugado complejo dígito unguicular (corrugado ungulado, *finger-marked corrugated*), corrugado complejo oblícuo (corrugado imbricado, *imbricated*) y corrugado simple (corrugado simples, *simple corrugated*); 2) — estampado unguicular (ungulado, *fingernail punctate*); 3) — cepillado (escovado, *brushed*).

Con mucho menor popularidad, en la mayor parte de los casos, se dan también: 4) — inciso de punto simple (ponteado, *punctated*), 5) — relevante unguicular aserrado (serrungulado, *fingernail ridged*), 6) — inciso de línea (inciso, *incised*). 7) — achaflanado en el borde, labio dentado o aserrado (entalhado en el borde, *nicked*).

Aún más raros son los tipos: 8) acanalado *(grooved)*, 9) mediocañado o en media-caña (canelado, *ridged*), 10) estampado (carimbado, *stamped*), 11) estampado digitado (digitado, *fingertip punctate*), 12) estampado dígito unguicular (digitungulado, *fingertip punctated*), 13) estampado con cuerdas (marcado com corda, *cord-marked*), 14) estampado con redes (marcado com malha, *net impressed*), 15) estampado con tejido (marcado com tecido, *fabric marked*), 16) relevante digital en nódulos (nodulado, *nodulated*), 17) relevante dígito unguicular en pellizcos (pinçado, *pinched*), 18) rodeteado (roleta-do, *coiled*).

La decoración pintada incluye: 1) — líneas finas y/o fajas más anchas y a veces líneas de puntos, en rojo y/o negro y/o marrón, sobre un engobe blanco; 2) — líneas blancas y/o negras sobre un engobe rojo; 3) — engobe o baño rojo, mucho más raramente negro; mucho más raras son; 4) — fajas rojas aplicadas directamente, sin engobe previo; 5) — fajas rojas y/o negras pintadas con los dedos, con o sin engobe previo.

La pintura pudo haber sido aplicada tanto en la superficie externa como interna de las vasijas, pero se advierte que es más común externamente en las vasijas restringidas e internamente en las no restringidas.

Ocurre frecuentemente la combinación de distintas técnicas de tratamiento de la superficie en la misma vasija, así como la alternancia de áreas decoradas con otras sin decoración, lo que se denomina decoración zonal.

Las tres técnicas básicas de tratamiento de la superficie son: el alisado, el corrugado y la pintura polícroma; las tres se hallan casi siempre reunidas, excepto casos excepcionales; pese a que varían las proporciones de popularidad relativa de su empleo de un yacimiento o de un componente a otro. Presentan también una persistencia temporal remarcable.

Las vasijas presentan gran variedad de formas, desde las pequeñas escudillas no restringidas hasta las grandes vasijas restringidas simples y dependientes de contorno compuesto, utilizadas como urnas funerarias. Son caracte-

rísticas de la tradición: las bases cónicas o redondeadas (biconvexas), los perfiles doble cónicos con cuello y hombros, los bordes angulares reforzados externamente y los platos o palanganas de boca oval o cuadrangular; así como la ausencia de asas (Seminario, 1966; 1969; Primera Convención, 1966; Brochado et al., 1969.b; Núñez Regueiro, 1969; Terminología, *in lit.*).

Acompañan en general a la alfarería: hachas pulidas petaloides de pequeñas dimensiones y adornos labiales en forma de "T" *(tembetá)*, de cuarzo pulido en el Suroeste, de amazonita o cuarzo verde en el Noreste y de resina vegetal en las fases más tardías. Ocurren también: pequeñas lascas cortantes y/o puntiagudas, pulidores planos, *choppers* o *chopping-tools*, cuchillos, raspadores, pulidores con canaletas; coincidentes con la distribución de los *tembetá*, pendientes pulidos perforados y trozos de colorante mineral.

En la evolución de la tradición alfarera Tupiguaraní se advierten tres subtradiciones. En la subtradición *Pintada*, las más temprana, la mayor parte de la alfarería no tiene decoración, es ordinaria (simple), pero en la alfarería decorada predomina la pintura policroma. En la subtradición *Corrugada*, que sigue, a la Pintada, predomina la decoración corrugada y la alfarería sin decoración disminuye de popularidad. En la subtradición *Cepillada*, muy tardía, predomina la decoración cepillada. Posteriormente a la tradición Tupiguaraní puede sucederle la tradición llamada *Neobrasilera*, cuya alfarería procede de ésta a través de un proceso de aculturación con la alfarería europea (Seminario, 1966, 1969; Brochado et al., 1969.b: 14-19; PRONAPA, 1970: 12-6; Terminología, *in lit.*).

La alfarería de la tradición Tupiguaraní, en el momento de los primeros contactos con los europeos, fue encontrada exclusivamente entre grupos indígenas de la familia lingüística Tupí Guaraní, a pesar de que de ninguna manera todos los que hablaban Tupí o Guaraní poseían esta cerámica. Continuó después siendo producida y utilizada por algunos de estos grupos, con diversas variantes, desde el siglo XVI hasta el inicio del siglo XX. Por este motivo fue adoptada la designación *Tupiguaraní*, escrita sin guión, para distinguir a la tradición alfarera de la familia lingüística, cuya denominación se escribe separada por un guión Tupí - Guaraní.

Tanto para ahorrar espacio como para simplificar la exposición, de aquí en adelante se empleará el término *tradición Tupiguaraní*, con el sentido de *tradición alfarera Tupiguaraní* y se hablará simplemente de los *Tupiguaraní* cuando nos querramos referir a los *indígenas portadores de la tradición alfarera Tupiguaraní*.

Los grupos indígenas históricamente conocidos, poseedores de esta tradición, eran portadores de una cultura tipo amazónica o de *Floresta Tropical* (Lowie, 1948; Steward, 1949). Eran horticultores de *coivara*, esto es, praticaban la *roza*, plantando maíz, mandioca, tubérculos y raíces, tabaco y algodón, y su ambiente óptimo era la selva tropical y subtropical húmeda. Vivían en aldeas compuestas de *casas grandes* comunales, utilizaban la red para dormir y navegaban en canoas de corteza o troncos de árbol. Sus armas: maza, arco y flecha, eran de madera. Frecuentemente enterraban los muertos en urnas.

El área ocupada por los indígenas de la familia lingüística Tupí-Guaraní, según las informaciones etnohistóricas, era inmensa. Prácticamente todo el este de América del Sur, desde el norte del Amazonas hasta el Río de la

Plata y desde la costa atlántica hasta la región de Mojos y el Chaco (60° – 63° W) (Metraux, 1927, 1928). Solamente parte de esta área coincidía con la de la distribución de la alfarería de la tradición Tupiguaraní.

El área donde existen investigaciones relacionadas con el problema de la tradición alfarera Tupiguaraní constituye una faja de unos 4.000 km a lo largo de la costa atlántica de América del Sur, desde la desembocadura del Río de la Plata hasta el noreste de Brasil, la que alcanza de 600 a 700 km de ancho en el suroeste, en la cuenca del Paraná-Paraguay y en el noreste, en la del São Francisco; estrechándose en la región intermedia hasta unos 150 km (Brochado et al., 1969: 1-5; PRONAPA, 1970: 1-3).

Ya había sido indicada anteriormente en la literatura la existencia de migraciones prehistóricas de los indios que hablaban lenguas de la familia Tupí-Guaraní (Metraux, 1927, 1928) Lothrop (1932:94), basándose en evidencias no aclaradas, describió rutas de migración muy semejantes a las que proponemos aquí partiendo de los datos arqueológicos. Consideró que partiendo del área entre el Paraguay y el alto Paraná, una de las migraciones se dirigió primeramente hacia el este, hasta la costa atlántica, desde donde una parte subió hacia el norte hasta la desembocadura del Amazonas, remontando este río y sus tributarios, y otra descendió hacia el sur por la costa. Otra ruta habría bajado por el Paraná hasta el Río de la Plata. Silva y Meggers (1963:126) también habían sugerido la sucesión de dos horizones cerámicos atribuidos a los Tupí-Guaraní.

Más recientemente, gracias a los primeros fechados radiocarbónicos disponibles, se asentó la diacronización de las subtradiciones: Pintada, Corrugada y Cepillada, además de la difusión de la tradición alfarera denominada Tupiguaraní del sur hacia el norte (Brochado et al., 1969; PRONAPA, 1970: 12-16; Silva, 1970: 13; Meggers, 1972: 129). Relacionando la ubicación espacial de los yacimientos de algunas fases con su posición temporal en las secuencias seriadas ya establecidas, se observaron desplazamientos de hasta algunos cientos de kilómetros que habrían sido realizados por los portadores de esta tradición alrarera (Chmyz, 1968.a: 173; Calderón, 1969: 145; Miller, 1971: 55-6; Perota, 1972).

DATOS CRONOLÓGICOS

La base para el establecimiento de la cronología de este trabajo son los fechados radiocarbónicos para los yacimientos con alfarería de la tradición Tupiguaraní, publicados mimeografiados por Clifford Evans y Betty J. Meggers en el *Programa Nacional de Pesquisas Arqueológicas*. La mayor parte de ellos también figuran en Simões (1972).

Los fechados son de distintas procedencias, pero la mayoría del laboratorio de radiocarbono de la *Smithsonian Institution* (SI); otros pertenecen a *Gif-sur-Yvette*, Francia (Gsy) y a *Naturkindig*, Groningen, Holanda (GrN).

Todos los fechados se ofrecen con un período (*range*) de 1-sigma, lo que brinda una posibilidad estadística del orden de cerca de 66,6 %; esto significa que hay dos posibilidades en tres (2/3) de que la fecha verdadera quede dentro del período determinado. Sigue existiendo una posibilidad de cerca de 33,3 %, esto es, una posibilidad en 3 (1/3), de que la fecha resulte realmente más temprana o más tardía.

De los 55 fechados radiocarbónicos solamente se rechazaron 3 —uno, por muy anterior al inicio de la Era, quedaba completamente aislado del conjunto de los demás y los otros dos, por muy tardíos, iban en contra de los hechos históricos conocidos. Los demás fechados, aunque fueran considerados por los autores como muy tempranos o muy tardíos con relación a sus propias estimaciones o expectativas, fueron utilizados por lo menos experimentalmente para observar su comportamiento en el conjunto.

Además de los 55 fechados radiocarbónicos hay 7 más obtenidos por el método de la Termoluminiscencia (Szmuk, 1968-9: 57-104).

El número total de fechados (59), representando 24 fases arqueológicas distintas, más 4 yacimientos aislados, puede que parezca aun pequeño con relación al período total de tiempo que representa y más aún con relación a la inmensa área sobre la cual se dispersan los yacimientos. Con todo, ciertas pautas que se advierten muy claramente en la distribución temporal y espacial de los fechados nos animaron a intentar describir e interpretar la secuencia cronológica resultante.

En la secuencia cronológica presentada gráficamente en el cronograma Nº 1 (fig. 1), además de 50 fechados absolutos que representan 24 fases y 4 yacimientos aislados, se dispusieron 50 otras fases arqueológicas pertenecientes a la tradición Tupiguaraní o con ella muy relacionadas, en un total de 74, las que fueron ubicadas en el tiempo según las estimaciones más actualizadas de sus propios autores, algunas de las cuales se revisten de mayor grado de exactitud o probabilidad porque se asientan sobre datos históricos. Se utilizaron los datos respecto de 87 fases u otras manifestaciones arqueológicas no descriptas como fases, de las cuales pertenecen a la tradición Tupiguaraní 57 fases y 16 a otras manifestaciones, con un total de 73, representando más de *800* yacimientos. De éstos, *165* pertenecen a la *subtradición Pintada* y la *Corrugada*. *546* a la *subtradición Corrugada* y su *transición* hacia la *Cepillada*, y *31* a la *subtradición Cepillada*. Otras 3 fases y otra manifestación, representando *13* yacimientos, pertenecen a la *transición* de la tradición Tupiguaraní hacia la *tradición Neobrasileira*, y 8 fases, representando más de *40* yacimientos, pertenecen a la *tradición Neobrasileira*.

En la lista que sigue y en el texto, el número de orden puesto entre paréntesis ( ) indica también la ubicación geográfica de las fases en el mapa (fig. 2), el asterisco * indica que la fase posee fechados absolutos —radiocarbónicos (C14) o por termoluminiscencia (TM)— y el número entre corchetes [] corresponde al número de yacimientos que la representan.

Como la bibliografía consultada es muy extensa y para obviar repeticiones de citas en el texto, cada una de las fases u otras manifestaciones arqueológicas va seguida de toda la bibliografía conocida sobre ella.

Algunas de las fases o manifestaciones no fueron incluidas en el cronograma Nº 1 (fig. 1) por no tener ubicación temporal siquiera estimativa.

Subtradición Pintadas, 15 fases: (*1*) *Cambará* * [54] (Chmyz, 1967: 64-6, 69; id., 1968.a: 172-5; id., 1969.a: 108; Chmyz et alii, 1968: 16-7), con *Fazenda Iberá* [1]; (2) *Condor* * [12] (Chmyz, 1968.a: 177-8; id., 1969.a: 101-3, 108-10) con *Estirão Comprido* [1]; (3) *Cricaré* * [8] (Perota, 1971:153-4; id., 1972); (*4*) *Curimataú* [18] (Nasser, 1967: 123-5; id., 1971: 181-5); (5) *Governador* [1] (Beltrão y Kneip, 1969.a: 93-100. id., 1969.b: 108-10; Beltrão y Faria, 1970-1: 97-135); (*6*) *Guajuvira* [12] (Chmyz, 1968.a: 182-3; id., 1968.b: 34-5; id., 1969.b: 112-4);. (*7*) *Guaratiba* * [15] (Dias Jr., 1967: 94-6; Beltrão y Kneip, 1969.a: 93-100; id., 1969..b: 107-8; Beltrão y Faria, 1970-1:

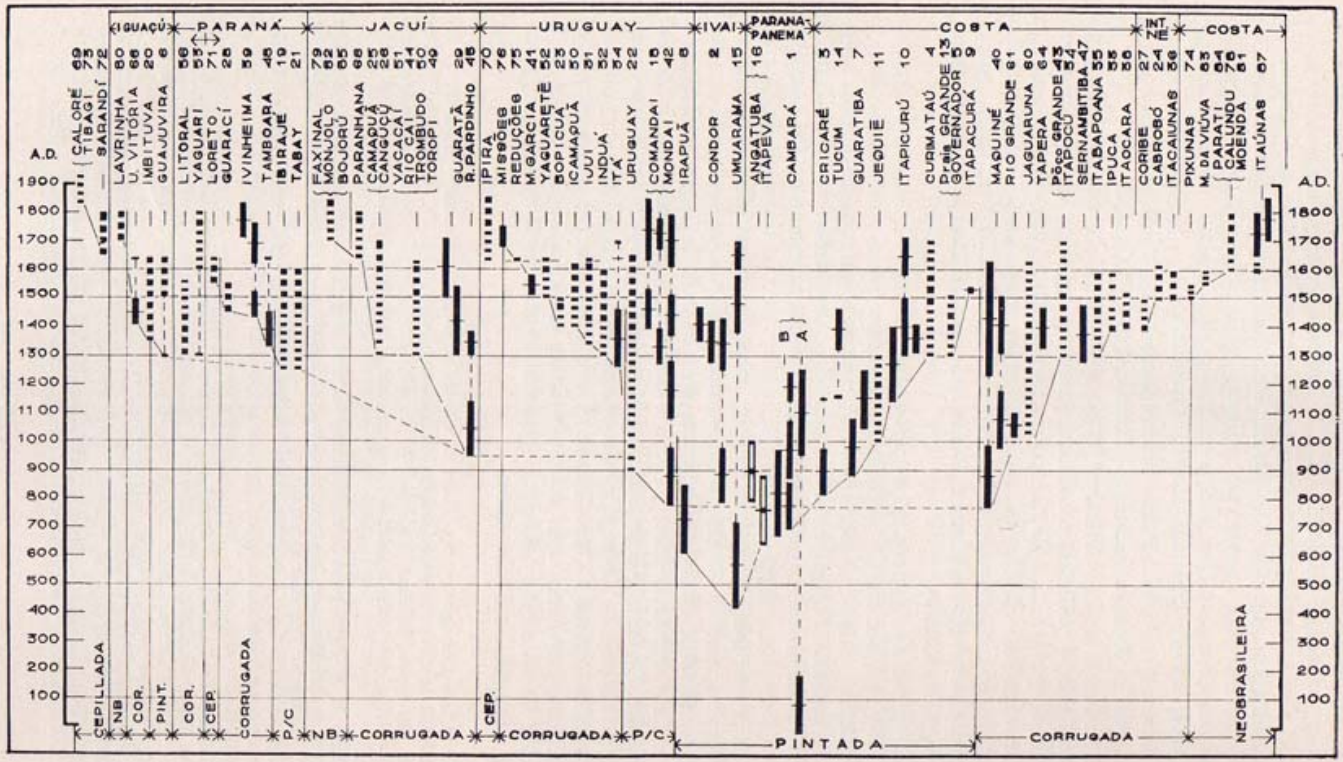


FIGURA 1

Cronograma (Nº 1) de los fechados absolutos o estimativos de 70 fases arqueológicas y 4 yacimientos aislados, pertenecientes a la tradición alfarera Tupiguarani o con ella muy relacionados. Fechados: rayas llenas = radiocarbónicos; rayas abiertas = por termoluminiscencia; líneas interrumpidas = estimativos.

98-135); (*8*) *Irapuã* * [5] (Miller, 1969.a: 38-9; id., 1969.b: 13-30); (*9*) *Itapacurá* [1] (Albuquerque, 1969: 79-89); (*10*) *Itapicurú* * [23] (Calderón, 1967: 113-5; id., 1969: 143-4); (*11*) *Jequié* [5] (Beltrão y Kneip, 1969.b: 107-8; id., 1969.a: 97-100; Beltrão y Faria, 1970-1: 98-135); (*12*) *Pirapó* (Chmyz, *in lit.*; Simões, 1972. (*13*) *Prala Grande* (Beltrão y Kneip, 1969.b: 110; Beltrão y Farias, 1970-1: 97-135); (*14*) *Tucum** (Perota, *in lit.*; Simões 1972); (*15*) *Umuarama* * [2] (Chmyz, 1968.a: 176-7; id., 1969.a: 99-101; id., 1969.b: 120) con *José Vieira* [1] (Laming y Emperaire, 1959; Laming-Emperaire, 1962); además de otras 3 manifestaciones no descriptas como fases: (*16*) *Angatuba** (TM) [1] (Pallestrini, 1968-9: 25-56; Szmuk, 1968-9: 91-5, 98-8) e *Itapeva* * (TM) [1] (Pallestrini, 1969; Szmuk, 1968-9: 91-5, 98-9); (*17*) *Montalvânta* (Silva-Bezerra, 1971:14).

Transición Subtradición Pintada - Corrugada, 5 fases: (*18*) *Comandaí* * [36] (Miller, 1969.a: 39-41). (*19*) *Ibirajé* [11] (Chmyz, 1971.a: 91-3) con *Três Morrinhos* [1] (Chmyz, 1968.a); (*20*) *Imbituva* [15] (Chmyz, 1968.a: 181-2; id., 1968.b: 34-5; id. 1969.b: 110-2); (*21*) *Tabay* [7] (Rizzo, 1969: 131-3; id., 1970; A. Rizzo y P. I. Schmitz, 1972, com. pers.); (*22*) *Uruguay* [3] (A. Rizzo y P. I. Schmitz, 1972, com. pers.).

Subtradición Corrugada, 31 fases: (*23*) *Bopicuá* [5] (Boretto, 1969; Boretto y Bernal, 1969: 7-14; R. Boretto y P. I. Schmitz, 1973, com. pers.); (*24*) *Cabrobó* [3] (*Calderón*, 1967: 110-11); (*25*) *Camaquã* [16] (Schmitz et al., 1970.a; id., 1970.b; Brochado, *in lit. b*. Simões, 1972); (*26*) *Canguçú* [16] (Brochado, *in lit. b*; Simões, 1972); (*27*) *Coribe* [12] (Calderón, 1969: 139-40); (*28*) *Guarací* (Chmyz, *in lit.*; Simões, 1972); (*29*) *Guaratã* * [18] (Brochado, 1971: 20-3); (*30*) *Icamaquã* [12] (Miller, 1969.b: 18); (*31*) *Ijuí* [22] (Brochado, 1968: 230-1; id., 1969.b: 16-9; id., 1969.c: 43-4; id., *in lit. a*; id., *in lit. c*; Brochado et al., 1969.a); (*32*) *Induá* [18] (Brochado 1969.c: 41-3); (*33*) *Ipuca* [4] (Dias Jr., 1969.b: 149-51); (*34*) *Itá* * [41] (Miller, 1971: 51-3; Piazza, 1971: 75-6); (*35*) *Itabapoana* [4] (Dias Jr., 1969.b: 147-9); (*36*) *Itacaiúnas* [5] (Figueiredo, 1965); (*37*) *Itapocú* (Piazza, in lit.; Simões 1972); (*38*) *Itaocara* [5] (Dias Jr., 1969.a: 122-4); (*39*) *Ivinheima* * (Chmyz, *in lit.*; Simões, 1972); (*40*) *Maquiné* * [40] (Schmitz, 1958: 113-43; Miller, 1967: 21-2); (*41*) *Martín García* * [3] (Cigliano, 1968: 7-8; Cigliano, Schmitz *y* Caggiano, 1971: 136-7, 152-9, 170, 182, 186-7; Cigliano, Raffino y Caggiano, 1971: 103-4, 106); (*42*) *Mondaí* * [40] (Schmitz, 1957: 122-42; Piazza, 1969: 61-3); (*43*) *Póço Grande* (Beck et al., 1970: 27); (*44*) *Rio Caí* [23] (Ribeiro, 1968: 153-69); (*45*) *Rio Pardinho* [25] (Schmitz et al., 1967: 24-55; id., 1970.c: 1-54); (*46*) *Rio Portinho* [1] (Beltrão y Faria, 1970-1: 97-135); (*47*) *Sernambitiba* * (Dias Jr., et al., 1969: 22; PRONAPA, 1970: 14-6; Simões, 1972); (*48*) *Tamboara* * [7] (Chmyz, 1968.a: 178-9, id., 1969.a: 103-5, 108, 110; id., 1969.b: 120) con *J. Lopes* [1], *Ciudad Real del Guayrá* [1] (Watson, 1947; Chmyz, 1963; id., 1964), y *Villa Rica del Spiritu Sancto* [1] (Blasi, 1963); (*49*) *Toropí* [7] (Brochado, 1969.c: 39-41); (*50*) *Trombudo* [41] (Schmitz et al., 1967: 24-55; id., 1970.c: 1-54); (*51*) *Vacacaí* [22] (Brochado, 1969.c: 36-9; id., 1971: P. I. Schmitz, 15-20; id., *in lit. c*; Brochado, Pivetta y Schmitz, *in lit.*); (*52*) *Yaguaretê* [1] (Boretto, 1969; Boretto y Bernal, 1969: 7-14; R. Boretto, 1973, com pers.); (*53*) *Yagauri* [4] (Núñez Regueiro y De Lorenzi, *in lit.*); además de *14* otras manifestaciones no descriptas como fases: (*54*) *Alto Paranapanema* [8] (Maranca, 1969: 137); (*55*) *Alto Rio Grande* [6] (Dias Jr., 1971.a: 133-48; Simões, 1972); (*56*) *Bajo Paraná: sur de la Mesopotamia, Litoral, Delta y costa del río de la Plata* (Lothrop, 1932: 77-232; Menghin, 1962: 55-64; Lafón, 1971: 119-52), en parte incluida en la fase *Martín Garcia* (*41*); (*57*) *Asunción* [6] e *Ypané* [8] (Schmidt, 1932: 1-21; id., 1934: 132-88; Vera, 1930: 274-80; id., 1940: 62-7); (*58*) *Isla de Santa Catarina* (Schmitz, 1959: 267-324); (*59*) *Itapiranga* [52] (Schmitz, 1957; Rohr, 1966: 21-59); (*60*) *Jaguaruna* [20] (Rohr, 1968: 50; id., 1969: 7-9, 1934); (*61*) *Rio Grande* * [26] (Naue et al., 1968: 141-52; id., 1971: 91-122; Schmitz y Brochado, 1972); (*62*) *Rio Taquarí* (F. La Salvia, com. pers.) (*63*) *Salto Grande* [3] (Rodríguez, 1969: 10-11, 24; id, 1970: 5; Cigliano et al., 1971.a: 170; id., 1971.b: 103-4); (64) Tapera* [1] (Rohr, 1966: 21-35; Chmyz, 1971.b: 11-14); (*65*) *Tietê - Mogi Guaçú* [8] (Godói, 1946: Silva, 1966: 79-87; id., 1970); (*66*) *União da Vitória* * [1] (Chmyz, 1969.b: 106; id., 1971.a: 87-114); (*67*) *Uruguaiana* [3] (P. I. Schmitz, com. pers.).

Transición Subtradición Corrugada - Cepillada, 1 fase: (*68*) *Paranhana* [6] (Miller, 1967: 22-3).

Sutradición Cepillada, 5 fases: (69) *Caloré* [2] (Chmyz, 1968.a: 179-80; id., 1968.b: 31-52; id., 1969.a: 105-7); (70) *Ipira* [15] (Piazza, 1971: 77-8; Miller, 1971: 53-4); (71) *Loreto* (Chmyz, *in lit.*; Simões, 1972); (72) *Sarandi* [4] (Chmyz, 1971.a: 93-4, 103); (73) *Tibagi* * [6] (Chmyz, 1967: 66-7; id., 1968.a: 174-5; id., 1968.a: 31-52).

Transición de la *tradición Tupiguaraní* hacia la *Neobrasileira*, 3 fases: (74) *Pixúnas* [1] (Beltrão y Faria, 1970-1: 97-135); (75) *Reduções* [3] (Ribeiro et al., 1972; Brochado, *in lit. c*; Brochado et al., *in lit.*; (76) *Missões* [8] (Brochado, 1968; id., 1969.b: 19-22; id., 1969.c: 44-8; Brochado, *in lit. a; in lit. c;* Brochado et al., 1969.a: 169-210;además de otras manifestaciones: (77) *Reducción de Santa Maria la Mayor* [1] (Rizzo, *in lit.*).

Tradición Neobrasileira, 8 fases: (78) *Calundu* [12] (Dias Jr., 1967: 96-8; id., 1969.b: 152-3); (79) *Faxinal* [6] (Brochado, *in lit. b*; Simões 1972); (80) *Lavrinha* [5] (Chmyz, 1968.a: 184-5; id., 1968.b. 35-6; id., 1969.b: 114-5); (81) Moenda [3] (Perota, 1971: 154); (82) *Monjolo* (Miller, 1967: 23-4; id., 1971: 54; Brochado, *in lit. c*); (83) *Mórro da Viúva* [1] (Beltrão y Faria, 1970-1: 97-135); (84) *Paraty* (Dias Jr., 1971.b; Simões, 1972); (85) *Bojoru y Rio Grande* [7] (Naue et al., 1968: 141-52; id., 1971: 91-122; Schmitz y Brochado, 1972: 6, 7, 21; Brochado, *in lit. c*).

Fueron incluidas también 2 fases resultantes de la aculturación de otras tradiciones alfareras indígenas con la tradición Tupiguaraní: (86) *Icaraima* [3] (Schmidt, 1934: 134; Chmyz, 1971. a: 95-6; 101-2; Chmyz y Schmitt, 1971); (87) *Itaúnas* * [20] (Perota, 1971: 152-3).

En el cronograma nº 1 (fig. 1) los períodos de 1-sigma de los fechados radiocarbónicos se indican con rayas llenas y los fechados por termoluminiscencia con rayas abiertas. Las estimaciones se indican con líneas interrumpidas que ligan las fechas extremas.

Por lo que se refiere a los fechados radiocarbónicos se supone que los fechados sucesivos de un mismo yacimiento o de yacimientos referidos como pertenecientes a una misma fase, que se escalonan en el tiempo de manera de encadenarse unos a otros, indicarían la continuidad de ocupación del yacimiento o la continuidad de existencia de la fase. Un hiato de tiempo más grande, por el contrario, indicaría la discontinuidad de la ocupación del yacimiento, esto es, su reocupación posterior o la discontinuidad temporal de la fase, lo que llevaría a la necesidad de dividirla.

Por una cuestión geográfica, en el cronograma Nº 1 (fig. 1), se puso en el medio la fecha más antigua y hacia la derecha las fases u otras manifestaciones ubicadas al norte o noreste del alto Paranapanema, donde se encuentra aquélla, y hacia la izquierda las ubicadas al sur o sureste. Se seriaron entonces, tanto a la derecha como a la izquierda, primero las fases u otras manifestaciones de la subtradición Pintada, después las transicionales hacia la subtradición Corrugada, luego las de la Corrugada, la Cepillada y finalmente las de la tradición *Neobrasileira*.

Como el número de fases u otras manifestaciones situadas al suroeste del fechado más antiguo es mayor que el de las situadas al noreste, se agruparon las situadas a suroeste —a la izquierda en el cronograma— según los valles de los grandes ríos o el sector de la costa y estos agrupamientos se encuentran tanto más alejados del centro cuanto más tardiamente empiezan sus secuencias regionales.

Tomando las fechas iniciales de las secuencias de cada fase, si hay más de una, se observa cómo éstas son cada vez más tempranas a medida que se alejan de las más antiguas, ubicadas en el medio, presentando el aspecto de ramas de un árbol que suben a medida que se alejan del tronco. Mirando mejor se advierte como si este *árbol* tuviera dos órdenes superpuestos de

ramas, el primero arrancando de ca. A.D. 80 ó 500 y el segundo, más arriba, de ca. A.D. 900. En el primer orden de *ramas* todas las fases pertenecen a la subtradición Pintada y en el segundo a las subtradiciones Corrugada, Cepillada y *Neobrasileira*. Ahora si se ubica en un mapa de América del Sur las fases de la subtradición Pintada (fig. 2) se observa inmediatamente que los fechados iniciales más antiguos —a la izquierda en el cronograma Nº 1 (fig. 1) (ca. 600-900)— quedan en el suroeste de lo que se ha denominado la Faja Costera (Brochado et al., 1969: fig. 1; PRONAPA, 1970: 2-3, fig. 1) y los más tardíos —a la derecha (ca. 900-1300)— hacia el noreste de esta misma faja.

Este defasaje en el tiempo, de 300 y 400 años respectivamente, indica la propagación de la tradición alfarera Tupiguaraní en el espacio, desde un centro común, hacia el suroeste y el noreste, con distintas velocidades de desplazamiento y distintos momentos de partida. Pero como el defasaje no es muy grande —en el suroeste hay casi una sincronía de fechas alrededor de ca. 800— en tanto que el espacio que debió ser recorrido en uno y otro sentido es enorme, la velocidad de propagación tiene que haber sido muy alta y solamente el desplazamiento de los portadores de la alfarería de esta tradición a través de toda esta área podría explicarla. La transmisión de una tradición alfarera a través de este inmenso espacio, *sin* la intervención de portadores humanos, esto es, sin la hipótesis de una migración, implicaría forzosamente la existencia, a lo largo de todo el recorrido, de pueblos aún sin cerámica, o con una cerámica rudimentaria, pero en un nivel tecnológico suficiente para recibirla y que estuvieran dispuestos a aceptarla inmediatamente y a transmitirla sin dilación a los grupos siguientes, siempre copiándola lo más fielmente posible. No hay ningún fundamento para sostener esta hipótesis, puesto que el ímpetu migratorio de los grupos de habla Tupí-Guaraní— que en la época histórica eran los portadores de la alfarería de lo que se denomina la tradición Tupiguaraní— es bien conocido.

Tomando ahora los fechados iniciales de las fases que en el cronograma representan la alfarería de las subtradiciones Corrugadas y Cepillada y ubicando a estas en el mapa (fig. 2), se advierte que los más tempranos (ca. 900--1300) —a la izquierda en el cronograma— quedan en el suroeste, sobre el alto Uruguay y la costa atlántica, al norte de la laguna de Patos y que los siguientes (ca. 1.300-1.500) se alejan progresivamente de este centro. Aceptado el hecho de una oleada migratoria que difundió la alfarería de la subtradición Pintada, y utilizando el mismo razonamiento, el defasaje que se advierte en la ubicación espacial de las fases de las subtradiciones Corrugada y Cepillada, revela una serie de desplazamientos que reunidos conformarían movimientos que, a partir de un centro común, se han dirigido hacia el sur, suroeste, norte y noreste, subiendo y bajando por los ríos Uruguay, Paraná y Paraguay, así como por la costa atlántica y en el noreste bajando por el São Francisco. El pequeño defasaje, de apenas unos 200 años entre los fechados extremos, sugiere una migración explosiva, mucho más rápida que la primera, cuyos movimientos centrífugos llegaron hasta muchos puntos extremos casi al mismo tiempo. Como las fechas más tardías ya se encuentran dentro de la época histórica, esta oleada migratoria se puede identificar en su parte final con las migraciones históricas de los grupos de habla Tupí-Guaraní descriptas por los cronistas.

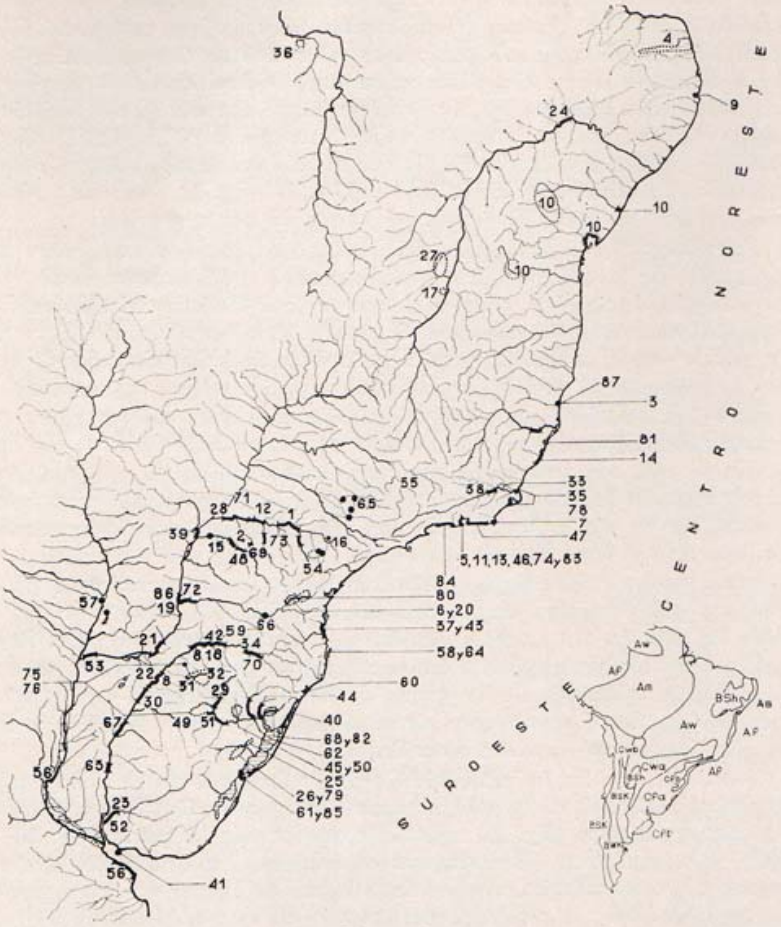


FIGURA 2

Mapa de la Faja Costera del este de América del Sur, con la ubicación geográfica de las manifestaciones arqueológicas señaladas en el texto, de acuerdo con la numeración que reciben en el mismo. Las líneas gruesas sobre el curso de los ríos o sobre la costa, indican que los yacimientos se hallan a orillas de estos o de esta. Las líneas de puntos circunscriben áreas donde los yacimientos se hallan apartados de los ríos más importantes. Inserto: Distribución geográfica de los tipos de clima, según KÖPPEN, en el área del mapa mayor (Según Edit, 1968:fig. 1).

Algunos fechados aún más tardíos de la subtradición Cepillada, posteriores a ca. 1.800, representan la evidencia de migraciones enteramente verificadas en tiempos históricos.

En resumen, de la distribución de las fechas absolutas y estimativas en el tiempo y en el espacio, pensamos poder sacar suficientes argumentos para postular la existencia de dos grandes oleadas migratorias de los indígenas portadores

de la alfarería de la llamada tradición Tupiguaraní. La primera sería enteramente prehistórica, mientras que la segunda se desarrolló hasta tiempos históricos y fue distorsionada por la presencia de los europeos.

La reconstrucción de las rutas seguidas por estas dos oleadas se puede seguir comparando los dos mapas (figs. 2 y 3).



FIGURA 3

Mapa de la Faja costera del este de América del Sur, con la indicación de las rutas seguidas por las oleadas migratorias que difundieron la alfarería de la tradición Tupiguaraní. Las flechas indican los tramos mejor recosntruidos y las líneas de puntos los tramos aún hipotéticos de estas rutas.

Inserto: Distribución de los tipos de vegetación natural en el área del mapa mayor: negro = selva húmeda tropical costera y subtropical de la cuenca del Paraná - Paraguay y Uruguay; rayas oblícuas = selva húmeda tropical de la escarpa; rayas horizontales = bosque mesófilo; rayas verticales = selva húmeda tropical de la cuenca amazónica; punteado = sabana tropical espiñosa (*caatinga* en el noreste y *Chaco* en el suroeste).

Simplificado de: Azevedo, 1968:108-9; Cabrera, 1953:fig. ; 1971, fig. 1; Mann, 1968: figs. 7, 9, 10; Trewartha et al., 1961: fig. 5).

Los fechados más antiguos que atestiguan la presencia de la alfarería de la tradición Tupiguaraní en América del Sur se hallan reunidos en el suroeste, en la cuenca del alto Paraná y alto Uruguay. En estos yacimientos, como en todos los demás de la tradición, el contexto está formado principalmente por fragmentos de vasijas de alfarería, que en este caso presentan las características de lo que se denomina la *subtradición Pintada*. El fechado más temprano (A.D. 80 ∓ 100 (SI–418) se halla bastante aislado temporalmente, pues de 400 a 500 años lo separan de los fechados que siguen; pero no puede ser sumariamente rechazado porque existe una continuidad espacial y estilística con las ocupaciones siguientes .El fechado que sigue (A.D. 460 ∓ 45 (SI–1011), en el Ivai, fue rechazado porque su alfarería, al pertenecer a la subtradición Corrugada, no presenta continuidad espacial y estilística. El otro fechado de la misma fase *Tamboara* (48) es 900 años más reciente.

Se puede por lo tanto visualizar a la alfarería de la tradición Tupiguaraní apareciendo en el valle del Itararé en ca. 80 (1). Probablemente entre ca. 500 y 700 habría empezado la primera oleada migratoria, con los portadores de la alfarería de la subtradición Pintada bajando hacia el oeste por el Itararé y el Paranapanema, donde se encuentran los yacimientos de las fases *Cambará* (*1*) que se desarrolla entre ca. 700 y 1.200 (775 ∓ 80 (SI– 1009), 820 ∓ 150 (SI-422), 1.100 ± 50 (SI-417), 1.190 ± 50 (SI-140) y *Pirapó* (*12*), probablemente mas tardía. Los yacimientos de *Angatuba* e *Itapeva* (*16*), en el alto Paranapanema, fechados por el método de la termoluminiscencia entre 760 ± 120 y 894 ± 107 (Szmuk, 1968-9: 91-5, 98-101), seguramente pertenecen también a la fase Cambará, asi como el yacimiento de *Fazenda Iberá*.

La primera oleada migratoria habría pasado muy temprano hacia el valle del Ivai, al suroeste, donde la fase *Umuarama* (*15*), a la cual pertenece el yacimiento de *José Vieira*, presenta un fechado inicial de 570 ± 150 (Gsy-81) y se mantiene en la misma área hasta ca. 1.650 (1.480 ± 100 (SI-694), 1.650 ± 115 (SI-693). La fase *Umuarama* fue sucedida en el Ivai por la fase *Condor* (2) que se desarrolla entre ca. 900 y 1.400 (885 ± 95 (SI-695), 1.340 ± 120 (SI-696), 1.360 ± 170 (SI-1.699), 1.410 ± 60 (SI-697). El fechado final de 1.815 ± 120 (SI-698) fue rechazado por muy tardío. A esta fase pertenece también el yacimiento de *Estirão Comprido*.

Desde el valle del Ivai habrían alcanzado el valle del Paraná, posiblemente cerca de la confluencia con el Iguazú, en la fase *Ibirajé* (*10*), bajando por este río hasta la latitud 27° S en la fase *Tabay* (*21*) y pasando hacia el valle del alto Uruguay en la fase *Irapuã* (*8*) (730 ± 120 (SI-708). En el alto Uruguay la fase *Irapuã* fue sucedida por las fases *Comandai* (*18*) y *Mondai* (*42*) prácticamente contemporáneas entre ca. 880 y 1.735. La primera se halla en la transición entre las subtradiciones Pintada y Corrugada, pero la segunda ya pertenece enteramente a la subtradición Corrugada. Como ocurre lo mismo en las fases *Tabay* (*21*), ubicada en la misma latitud, hacia el oeste, sobre el Paraná, e *Ibirajé* (*19*), ubicada más arriba en la confluencia con el Iguazú, parece configurarse ya aquí un movimiento inverso, *subiendo* por el Paraná y el Uruguay y llevando la alfarería de la subtradición Corrugada de regreso a las áreas donde habría surgido la de la subtradición Pintada.

La última presencia de la subtradición Pintada en la región, ocurre en la fase *Guajuvira* (*6*), en el alto Iguazú, estimativamente fechada entre 1.500 y 1.600, la cual fue sucedida por la fase *Imbituva* (*20*), ya de la transición hacia la subtradición Corrugada.

A primera vista se podría entonces imaginar que la primera oleada migratoria tendría por eje de desplazamiento el valle del Paraná, porque los ríos Itararé, Paranapanema, Ivai e Iguazú, son afluentes de su margen izquierda y el alto Uruguay podría haber sido alcanzado por el Iguazú y el Peperí-Guazú. Entretanto, pese a la importancia de su situación geográfica, con relación al área de difusión de la subtradición Pintada, en el valle del Paraná solamente se han encontrado fases relativamente recientes, ya del momento del pasaje de la subtradición Pintada hacia la Corrugada y por lo tanto pertenecientes al final de la primera migración en la región Suroeste y al inicio de la segunda, extendiéndose hasta los tiempos históricos. Pero las fechas parecen indicar que la primera oleada migratoria se dio en dos movimientos sucesivos. Entre ca. 500 y 700 los portadores de la alfarería de la subtradición Pintada se habrían dispersado por el área entre el Paranapanema —Itararé y el alto Uruguay en pequeños grupos que no dejarían muchos rastros de su pasaje por el eje principal del desplazamiento pero que formarían pequeñas *colonias* dispersas en los valles del Itararé, Paranapanema, Ivai y alto Uruguay, en las fases *Cambará* antigua (*1*), *Umuarama* (*15*) e *Irapuã* (*8*). A favor de esta hipótesis tenemos el hecho de que la fase *Umuarama* cuenta con solamente *dos* sitios y la fase *Irapuã* con 5, en tanto las fases que siguen cuentan con mucho mayor número. Una hipótesis complementaria, sugerida por el área ocupada por la selva subtropical, la que se presenta como un *puente* uniendo las grandes extensiones ubicadas en el alto Paranapanema y Grande con las ubicadas entre el alto Paraná y el Uruguay, cortando diagonalmente los cursos del Ivai y del Pequirí, es la de que habrían bajado hacia el suroeste no por el valle del Paraná, sino por este *puente* de selva (fig. 3, inserto).

Entre ca. 700 y 1.400/1.650, desde estas *colonias antiguas*, las que constituirían como una *plataforma de maniobra* de esta primera migración, empezó la colonización de los valles de los ríos intermedios, en las fases *Cambará* y *Pinapó*, en el Paranapanema, *Condor* (*2*) en el Ivai, *Guajuvira* (*6*) en el alto Iguazú, después en las fases *Uruguay* (*22*) y *Comandai* (*18*) en el alto Uruguay, *Tabay* (*21*) e *Ibirajé* (*19*) en el Paraná, e *Imbituva* (*20*) en el alto Iguazú, cuando ya se inicia la transición hacia la subtradición Corrugada.

La primera oleada migratoria parece que fue relativamente rápida, empleando unos 200 años (ca. 500 a 700) para recorrer los 600 km en dirección suroeste de su penetración inicial, en tanto que la *colonización* que sigue se mantuvo hasta ca. 1.400 y en algunos casos llegó hasta la época histórica (siglo XVII). Se observa también que la primera oleada migratoria en la cuenca del Paraná, se mantuvo siempre dentro de la selva húmeda subtropical.

Mientras se encontraba en su auge la *colonización* de los valles de los ríos de la izquierda de la cuenca del Paraná, otra ala de la primera oleada comenzó a subir por la costa atlántica en sentido noreste, desde Río de Janeiro o tal vez São Paulo. Por lo tanto en sentido inverso al seguido por el ala anterior que se habría dirigido hacia el suroeste. El pasaje del interior hacia la costa de São Paulo, por el valle del Ribeira do Iguape, donde la barrera

entre el interior y la costa es mínima y la selva húmeda subtropical de la cuenca del Paraná alcanza la selva tropical serrana y costera sobre el borde elevado del planalto. Otro camino podría haber utilizado el valle del Paraíba, en cuya parte alta también se encontró alfarería pintada (Colecciones del *Museo Paulista*) y se dan las mismas condiciones fitogeográficas (Maranca, 1969: 136).

El pasaje se debe haber dado en ca. 800 porque la alfarería de la subtradición Pintada aparece ya en la costa de Espírito Santo y en la parte baja del valle del Doce, de 400 a 1.000 km más al noreste, en la fase *Cricaré* (*3*) en 895 ± 80 (SI-828). Esta fase se mantuvo en la misma área hasta 1.390 ± 70 (SI-832) en la fase *Tucum* (*14*). En la costa de Río de Janeiro y Guanabara, en la fase *Guaratiba* (*7*), las fechas son casi contemporáneas (980 ± 100 (SI-433), 1.150 ± 100 (SI-434). La fase *Jequié* (*11*), también contemporánea. fue ubicada estimativamente ca. 1.000 – 1.300.

La subtradición Pintada se mantuvo en el área hasta el inicio del período Colonial, pues en las fases siguientes: *Praia Grande* (*13*) y *Governador* (*5*) ya muy tardías (ca. 1.300 – 1.500) se advierte la profundización de los contactos con los europeos.

Queda aún sin investigar una ancha faja de territorio entre las últimas manifestaciones de la subtradición Pintada en la costa de Espíritu Santo (*3*) y los sitios del alto São Francisco (1017); entretanto todo indica que los portadores de esta subtradición subieron por la costa, desde ca. 900, marchando por la selva húmeda tropical costera y serrana, hasta llegar a los 12°S (*10*) donde el movimiento se dividió en dos.

Un ala de la migración continuó subiendo por la costa en dirección norte y noreste, alcanzando los 8°S en la fase *Itapacurá* (*9*) y los 6°S en la fase *Curimataú* (*4*) que penetró hasta unos 180 km hacia el interior, ocupando ambientes progresivamente menos húmedos como el *agreste* y la *caatinga* arbórea.

La otra ala quizás obstaculizada en su marcha hacia el norte por los indígenas portadores de otra tradición alfarera, la tradición *Aratú* (Calderón et al., 1968: 18; PRONAPA, 1970: 12)– penetró para el interior, posiblemente por el valle del Itapicurú y se estableció en una *isla* de selva húmeda tropical, aislada en la *caatinga*, en la región montañosa de la *Chapada Diamantina*, a unos 350 km de la costa. La fase *Itapicurú* (*10*) tiene un fechado de 1.270 ± 130 (SI-471). Marchando por esta selva, bajaría hacia el suroeste, invertiendo el sentido del camino que llevaba, llegando al valle del Contas en 1.400 ± 95 (SI-821). Unos 300 km más al suroeste, en *Montalvania* (*17*), en una última *isla* de selva, en el alto São Francisco, aún se encuentra la alfarería pintada polícroma de la tradición que tal vez indique el límite extremo alcanzado por esta ala divergente de la primera oleada migratoria.

El tiempo que llevó esta ala, desde los 19° S, en la fase *Cricaré* (*3*), hasta el alto São Francisco, se puede calcular en unos 500 años, lo que da una idea de las dificultades encontradas en el proceso de adaptación de los indígenas a los ambientes progresivamente más secos.

Como se desprende de los fechados radiocarbónicos, la subtradición Pintada cesó muy temprano en el alto Uruguay, evolucionando hacia la subtradición

Corrugada, en las fases *Comandai* (*18*) y *Uruguay* (*22*). Lo mismo ocurre en el tramo más cercano del alto Paraná, en las fases *Tabay* (*21*) e *Ibirajé* (*19*) y en el alto Iguazú en la fase *Imbituva* (*20*), todas transicionales hacia la subtradición Corrugada, y el proceso se puede ubicar como empezando alrededor de ca. 900, en el inicio de lo que se acordó llamar el período medio de la tradición. Entretanto la subtradición Pintada se mantuvo más arriba, en la cuenca del alto Paraná. En el Ivai, la fase *Condor* (*2*) llega hasta ca. 1.400 y la fase *Umuarama* (*15*) hasta ca. 1.650, en tanto que en el alto Iguazú la fase *Guajuvira* (*6*) llegó a mantener contactos con las reducciones jesuíticas del siglo XVII.

En el noreste la subtradición Pintada también se mantuvo en la costa, en la fase *Itapacurá* (*9*) hasta la llegada de los portugueses en ca. 1.530 y en el interior, la fase *Itapicurú* (*10*) llegó hasta el siglo XVII (1.645 ± 65 (SI-820) y sus movimientos finales se pueden identificar con las migraciones históricas de los indígenas de habla Tupí-Guaraní, testimoniadas por los primeros colonizadores y descriptas por los cronistas (Métraux, 1927, 1928).

En resumen, esta primera oleada migratoria de los portadores de la subtradición Pintada, parece que comenzó unos 400 años después de la desaparición de la alfarería de esta subtradición en su centro y se habría desarrollado por espacio de más de mil años.

LA SEGUNDA OLEADA MIGRATORIA DE LA SUBTRADICIÓN CORRUGADA A LA CEPILLADA

Como el fechado más temprano para la alfarería de la subtradición Corrugada en el Ivai (ca. 460), en la fase *Tamboara* (*48*), fue rechazado, todas las otras instancias fechadas de la transición entre la subtradición Pintada y la Corrugada se encuentran en el valle del alto Uruguay, unos 300 km al sur y se ubican en ca. 880, en las fases *Comandai* (*18*) y *Mondai* (*42*). En la misma fecha la subtradición Corrugada aparece también al este, en la costa, al norte de la Laguna de Patos, en la fase *Maquiné* (*40*) (880 ± 100 (SI-413).

Otras evidencias de transición hacia la subtradición Corrugada, aún sin fechados absolutos, ocurren, como ya se dijo, en las fases: *Tabay* (*21*), en el alto Paraná, casi a la misma latitud del alto Uruguay y solamente 80 km al oeste de éste; *Ibirajé* (*19*), cerca de la confluencia del Paraná con el Iguazú e *Imbituva* (*20*) en el alto Iguazú.

Por lo tanto, todas estas instancias de la transición se encuentran relativamente cercanas, dentro de un cuadrilátero formado por el alto Uruguay, el Paraná y el Iguazú, con los fechados más tempranos para la transición, en el alto Uruguay, y contemporáneamente, pero ya para la subtradición Corrugada plena, en la costa, unos 500 km al sureste. Fue entonces en la periferia del área de difusión de la subtradición Pintada, justo sobre el límite sur alcanzado por la primera oleada migratoria, donde se dio la reversión de popularidad en el empleo de los tipos de decoración que originó la subtradición Corrugada.

Desde ca. 900 la subtradición Pintada cesó de existir al sur del alto Uruguay y todas las fases que le siguen pertenecen a la nueva subtradición. No obstante, al norte del alto Uruguay, la subtradición Pintada continuó aún

dominando por largo tiempo y se mantuvo en la costa del centro y noreste hasta la época histórica.

Una vez ocurrida la transición hacia la subtradición Corrugada los indígenas se mantuvieron largo tiempo sobre el mismo tramo del alto Uruguay, en las fases *Mondai* (*42*) 880 ± 100 (SI-549), 1.180 ± 100 (SI-439), 1.330 ± 80 (SI-550), 1.460 ± 70 (SI-548), 1.700 ± 90 (SI-546), *Comandai* (*18*) (1.725 ± 55 (SI-701), 1.735 ± 105 (SI-702) y *Uruguay* (*22*) estimada en ca. 900 a 1.600, y en *Itapiranga* (*59*), probablemente también contemporánea. También sobre la costa atlántica, al norte de la Laguna de Patos, en la fase *Maquiné* (*40*) 880 ± 100 (SI-413), 1.080 ± 100 (SI-412), 1.430 ± 200 (SI-410), llegando hasta el extremo sur de la misma laguna, en *Rio Grande* (*61*), en 1.060 ± 40 (SI-1190).

En la expansión de la subtradición Corrugada parece que se repitió el mismo proceso ya observado en la Pintada. En un primer momento, entre ca. 900 – 1.000, se dispersaron por un tramo del alto Uruguay y por la costa atlántica hasta el sur de la Laguna de Patos, pero solamente hacia el 1.300 salieron en oleadas migratorias en distintas direcciones.

Los movimientos de esta segunda migración, si bien no pueden ser atestiguados por muchas fechas radiocarbónicas, dejaron como testimonios a lo largo de sus rutas de desplazamiento gran número de fases, cuyos fechados estimativos permiten establecer la dirección y el sentido de estos movimientos. El fechado estimativo de estas fases se basa principalmente en el desarrollo de la alfarería marcado por cambios que indican el pasaje del tiempo. El más importante de éstos es el aumento de la popularidad del cepillado como técnica de tratamiento de la superficie de la vasija. A partir de ca. 1.500 comienzan a ocurrir contactos entre los indios y los europeos y el crecimiento de la popularidad del Cepillado parece que obedeció casi siempre a estas situaciones aculturativas. Debido a esto, las fases de la subtradición Cepillada, pueden ser ubicadas posteriormente al inicio de los períodos históricos en las secuencias regionales. Los contactos se hicieron en general cada vez más profundos y culminaron con la reunión de los indios en las reducciones y misiones religiosas. La influencia de la cerámica europea, traída por los agentes del contacto, da lugar entonces a la transición de la alfarería de la tradición Tupiguaraní hacia lo que se denomina la tradición *Neobrasileira*.

La segunda oleada migratoria se encuentra pues cabalgando sobre los tiempos prehistóricos e históricos, incluido el período tardío de la tradición (1.300 - 1.500) y, en la transición hacia la época histórica, lo que se denomina de tiempos para-históricos y protohistóricos, esto es, posteriores a la llegada de los europeos pero en los cuales ocurrían aún muy pocos contactos o de los cuales hay pocas noticias.

En el mapa (fig. 3) se observa que lo que llamamos la segunda oleada migratoria tuvo su centro sobre una faja extendida aproximadamente entre las latitudes de los 27° y 30° S, desde el valle del alto Uruguay hasta el norte de la Laguna de Patos y constituyó, desde entonces, un gigantesco movimiento centrífugo que se dirigió hacia distintas direcciones opuestas casi al mismo tiempo, pero desplazándose con velocidades diferentes. Dada la ubicación geográfica de su centro, estos desplazamientos pueden ser divididos en dos sen-

lación al predominio en el área de la subtradición Pintada, sugiere también la posibilidad del pasaje desde el alto Tieté. Empero la arqueología del curso del alto Paraná arriba del Paranapanema es aún completamente desconocida. Consideraciones ecológicas llevan también a creer que los Tupiguaraní no penetraron mucho más arriba por el alto Paraná quedando entonces la posibilidad de que llegaran al área subiendo directamente desde la costa, hasta donde la selva húmeda subtropical se extiende sin interrupciones.

Tenemos menos informaciones acerca de los movimientos que bajaron por el Paraná. La fase *Icaraima* (*86*) cerca de la confluencia con el Iguazú, presenta muchas de las técnicas decorativas características de la tradición Tupiguaraní, pero aparecen formas distintas que la hicieron relacionar con la alfarería de los indios Payaguá históricos, la que se parece mucho también a la de la fase *Itá - Corá* del Paraná medio, cerca de la confluencia con el Paraguay (*53*) (Núñez Regueiro y De Lorenzi, *in lit.*) También cerca de la confluencia con el Paraguay se halla la fase *Yaguari* (*53*), fechada estimativamente ca. 1.600 - 1.800 y que mantuvo contactos con la fase *Itatí*, relacionada a la Reducción de la *Pura* y *Límpia Concepción de Itatí* (1.615 - 1.825) (*op. cit.*).

Subiendo por el Paraguay tenemos informaciones de yacimientos en las cercanías de *Asunción* y en *Ypané* (*57*) con alfarería que según los datos se puede ubicar en la subtradición Corrugada.

Para el *Bajo Paraná*: *Litoral*, sur de la *Mesopotamia* y *Delta*, así como para la costa del río de la Plata (*56*) hay una larga bibliografía:

F. Ameghino, 1880-1; G. Burmeister, 1872; R. Lista, 1878; L. M. Torres, 1903, 1907, 1911; F. F. Outes, 1917, 1918; A. Serrano 1921, 1931, 1933, 1936, 1937, 1947, 1950, 1954, 1958; J. Frenguelli y F. de Aparicio, 1923; M. A. Vignati, 1931, 1941; F. de Aparício, 1931, 1936, 1948; S. K. Lothrop, 1932; R. Maldonado Bruzzone, 1934; V. Badano, 1940; S. Canals Frau, 1942, 1954; F. Márquez Miranda, 1942, 1954; G. Howard, 1947; G. Howard y G. Willey, 1948; E. Palavecino, 1948; G. Willey, 1949; O. F. A. Menghin, 1957, 1962; G. Madrazo y J. C. Laguzzi, 1967; C. R. Lafón, 1967, 1968, 1971; E. M. Cigliano, 1968; E. M. Cigliano, P. I. Schmitz y M. A. Caggiano, 1971; E. M. Cigliano, R. Raffino y M. A. Caggiano, 1971.

No obstante no existir aún un estudio de conjunto, las evaluaciones ubican la llegada de los Tupiguaraní en el área en ca. 1.300 y se pone como final la fecha de la fase *Martín García* (*41*) (Ca. 1.545) (Menghin, 1962; Lafón, 1971; Cigliano, Schmitz y Caggiano, 1971).

En resumen se puede decir que subiendo por el alto Paraná la expansión de los Tupiguaraní fue muy rápida por los ríos de la mitad Este de la cuenca, siguiéndose un proceso de *colonización* que se prolongó por unos 200 años. El movimiento descendiendo por el Paraná, como por el Uruguay, parece que se inició más tardíamente que el movimiento inverso, pero desde la fecha tope de ca. 1.300, éstos se extendieron en uno y otro sentido hasta los contactos con las fundaciones españolas del siglo XVI y las misiones jesuíticas del siglo XVII.

La primera evidencia del avance de la subtradición Corrugada hacia el noreste por el reborde del planalto meridional de Brasil, por encima del área ocupada por la fase *Maquiné*, al Norte de la Laguna de Patos (*40*), se advierte en los yacimientos de *Jaguaruna* (*60*) y la primera fecha: 1.400 ± 70

de 800 años y terminó también en procesos aculturativos a partir de la segunda mitad del siglo XVIII (Schmitz y Brochado, 1972: 19-21).

Como se desprende de los fechados de las fases *Tamboara* (*48*) en el medio Ivai: 1.390 ± 60 (SI-700), *Ivinheima* (39) más arriba en el alto Paraná: 1.475 ± 45 (SI-1017) y en *União da Vitória* (*66*) en el medio Iguazú: 1.450 ± 45 (SI-1015); el inicio de la subtradición Corrugada fue mas tardío en la cuenca del Paraná que en la del Uruguay. Todo nos dice que la segunda migración subió por el alto Paraná y sus afluentes desde aproximadamente los 27° S, adonde puede haber llegado desde el alto Uruguay. Muchas manifestaciones de esta subtradición jalonan la ruta del desplazamiento. La fase *Tabay* (*21*) subió por el Paraná desde esta latitud hacia su confluencia con el Iguazú; mas arriba se encuentra la fase *Ibirajé* (*19*) a la cual pertenece también el yacimiento de *Tres Morrinhos*. La migración subió también por el Iguazú y tenemos en su parte mediana la fecha 1.450 ± 45 (SI-1015), para una manifestación ya plenamente de la subtradición Corrugada, en *União da Vitória* (*66*). En el alto Iguazú, en la misma área de la fase *Guajuvira* (*6*) de la subtradición Pintada, se encuentra la fase *Imbituva* (*20*) también transicional. La migración subió también por el Ivai, donde se encuentra la fase *Tamboara* (*48*) con la fecha de 1.390 ± 60 (SI-700), a la cual pertenece también el yacimiento de *J. Lopes*. Más arriba, en el Paraná, cerca de la confluencia con el Ivinheima, se halla la fase *Ivinheima* (39) con fechados desde 1.475 ± 45 (SI-1017), 1.690 ± 70 (SI-1016) hasta 1.770 ± 60 (SI-1018) y 1.840 ± 60 (SI-1019), esta última rechazada por muy tardía.

Después en el Paranapanema, en su confluencia con el Pirapó, se encuentran las fases *Guarací* (*28*) y *Loreto* (*71*), esta última ya de la subtradición Cepillada. La subtradición Corrugada no penetró más arriba por el Paranapanema posiblemente porque en éste aún se encontraban remanentes de la subtradición Pintada, de la fase *Cambará* (*1*) o de su epigonal la fase *Pirapó* (*12*). Sin embargo en el Ivai, donde también quedaron remanentes de las fases *Umuarama* o *Condor* (2) que presentan fechas hasta 1.480 ± 100 (SI-694) y 1.650 ± 115 (SI-693), penetró la fase *Tamboara* (*48*).

Se puede fechar el inicio de la segunda migración subiendo por el Paraná en ca. 1.300 y la vigencia de la subtradición Corrugada se extendió hasta el período Colonial, pues las fases *Ibirajé, Guajuvira, Imbituva, Tamboara* y *Loreto* mantuvieron en su parte final contactos con las fundaciones españolas del área: *Ciudad Real del Guayrá* (1.556 -7 a 1.631-2), cerca de la confluencia del Piquiri con el Paraná, *Villa Rica del Spirictu Sancto* (1.570 a 1.631-2), cerca de la confluencia del Corumbatai con el Ivai y las Reducciones jesuíticas del siglo XVII: *San Ignácio del Ipaumbucú o Miní* (Blasi, 1963; id., 1966), *Jesús - Maria* (Chmyz, 1969.a) y *Loreto* (*71*) (Chmyz, 1971.a: 102-3). Estos contactos resultaron una verdadera aculturación en las fases *Tamboara* y *Loreto*.

Como en el alto *Tieté* y *Mogi - Guaçú* (*65*) también se halla alfarería de la subtradición Corrugada, esto podría indicar que la oleada de la segunda migración habría subido por el Paraná, mas arriba de su confluencia con el Paranapanema y después por el Tieté y Grande, hasta la depresión periférica al oeste de la *Serra do Mar*. También en el *alto Paranapanema* (*54*) se encuentra alfarería de esta subtradición y su situación aislada, con re-

lación al predominio en el área de la subtradición Pintada, sugiere también la posibilidad del pasaje desde el alto Tieté. Empero la arqueología del curso del alto Paraná arriba del Paranapanema es aún completamente desconocida. Consideraciones ecológicas llevan también a creer que los Tupiguaraní no penetraron mucho más arriba por el alto Paraná quedando entonces la posibilidad de que llegaran al área subiendo directamente desde la costa, hasta donde la selva húmeda subtropical se extiende sin interrupciones.

Tenemos menos informaciones acerca de los movimientos que bajaron por el Paraná. La fase *Icaraima* (*86*) cerca de la confluencia con el Iguazú, presenta muchas de las técnicas decorativas características de la tradición Tupiguaraní, pero aparecen formas distintas que la hicieron relacionar con la alfarería de los indios Payaguá históricos, la que se parece mucho también a la de la fase *Itá - Corá* del Paraná medio, cerca de la confluencia con el Paraguay (*53*) (Núñez Regueiro y De Lorenzi, *in lit.*) También cerca de la confluencia con el Paraguay se halla la fase *Yaguari* (*53*), fechada estimativamente ca. 1.600 - 1.800 y que mantuvo contactos con la fase *Itatí*, relacionada a la Reducción de la *Pura* y *Límpia Concepción de Itatí* (1.615 - 1.825) (*op. cit.*).

Subiendo por el Paraguay tenemos informaciones de yacimientos en las cercanías de *Asunción* y en *Ypané* (*57*) con alfarería que según los datos se puede ubicar en la subtradición Corrugada.

Para el *Bajo Paraná*: *Litoral*, sur de la *Mesopotamia* y *Delta*, así como para la costa del río de la Plata (*56*) hay una larga bibliografía:

F. Ameghino, 1880-1; G. Burmeister, 1872; R. Lista, 1878; L. M. Torres, 1903, 1907, 1911; F. F. Outes, 1917, 1918; A. Serrano 1921, 1931, 1933, 1936, 1937, 1947, 1950, 1954, 1958; J. Frenguelli y F. de Aparicio, 1923; M. A. Vignati, 1931, 1941; F. de Aparicio, 1931, 1936, 1948; S. K. Lothrop, 1932; R. Maldonado Bruzzone, 1934; V. Badano, 1940; S. Canals Frau, 1942, 1954; F. Márquez Miranda, 1942, 1954; G. Howard, 1947; G. Howard y G. Willey, 1948; E. Palavecino, 1948; G. Willey, 1949; O. F. A. Menghin, 1957, 1962; G. Madrazo y J. C. Laguzzi, 1967; C. R. Lafón, 1967, 1968, 1971; E. M. Cigliano, 1968; E. M. Cigliano, P. I. Schmitz y M. A. Caggiano, 1971; E. M. Cigliano, R. Raffino y M. A. Caggiano, 1971.

No obstante no existir aún un estudio de conjunto, las evaluaciones ubican la llegada de los Tupiguaraní en el área en ca. 1.300 y se pone como final la fecha de la fase *Martín García* (*41*) (Ca. 1.545) (Menghin, 1962; Lafón, 1971; Cigliano, Schmitz y Caggiano, 1971).

En resumen se puede decir que subiendo por el alto Paraná la expansión de los Tupiguaraní fue muy rápida por los ríos de la mitad Este de la cuenca, siguiéndose un proceso de *colonización* que se prolongó por unos 200 años. El movimiento descendiendo por el Paraná, como por el Uruguay, parece que se inició más tardíamente que el movimiento inverso, pero desde la fecha tope de ca. 1.300, éstos se extendieron en uno y otro sentido hasta los contactos con las fundaciones españolas del siglo XVI y las misiones jesuíticas del siglo XVII.

La primera evidencia del avance de la subtradición Corrugada hacia el noreste por el reborde del planalto meridional de Brasil, por encima del área ocupada por la fase *Maquiné*, al Norte de la Laguna de Patos (*40*), se advierte en los yacimientos de *Jaguaruna* (*60*) y la primera fecha: 1.400 ± 70

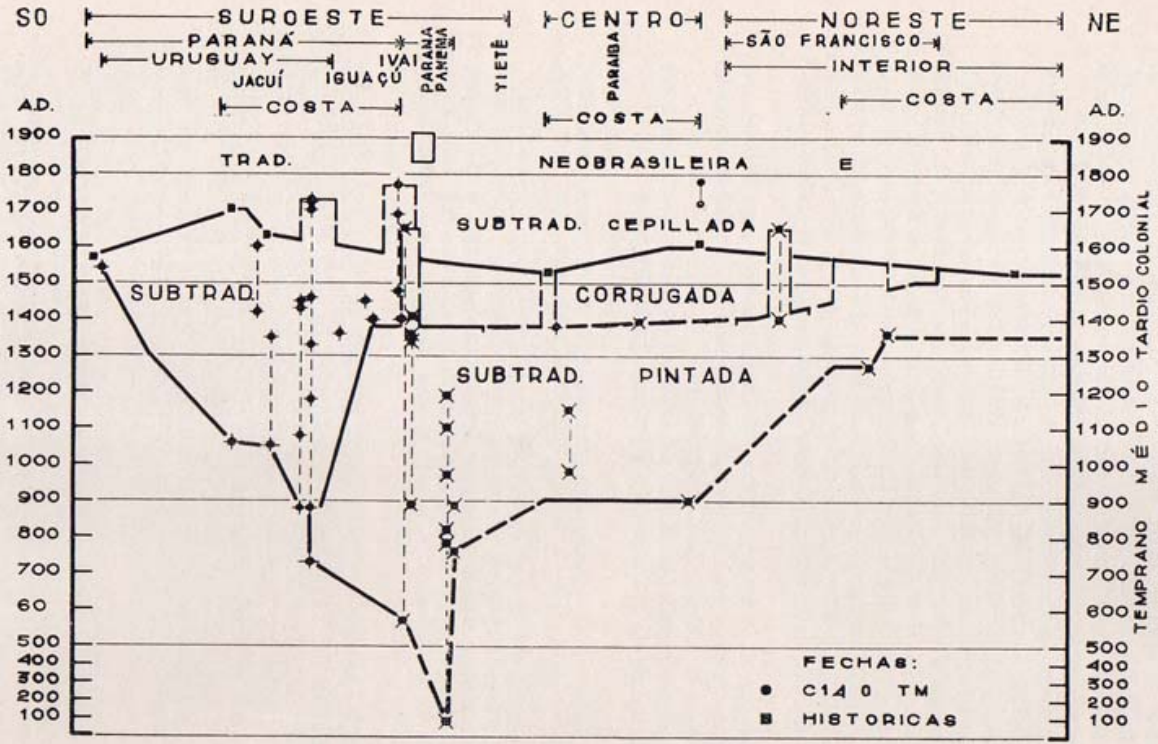


FIGURA 4

Cronograma (Nº 2) de la difusión espacial y temporal de las subtradiciones y de la tradición alfarera Tupiguaraní. Corte transversal en el espacio-tiempo de la faja costera del este de América del Sur, proyectado sobre una línea recta orientada SO-NE, paralela a la costa atlántica. En este cronograma se busca indicar las reales dimensiones espaciales ocupadas por las manifestaciones arqueológicas, lo que no ocurre en el cronograma nº 1 (FIG. 1) en que la disposición se hizo con arreglo al número de fechados disponibles para cada una de estas. Los títulos arriba indican estas dimensiones, con las superposiciones derivadas de la proyección.

(SI-244) se obtuvo en la ocupación Tupiguaraní del yacimiento de *Tapera (64)* en la isla de Santa Catarina. Esta ocupación se dio en una situación de aculturación con indígenas portadores de la alfarería de la *tradición Itararé* (Chmyz et al., 1969:10; PRONAPA, 1970:8). Más al Norte se encuentran las fases *Itapocú* (*37*) y *Pôço Grande* (*43*) estimativamente fechadas ca. 1.300 - 1.700. En la costa de São Paulo sólo se conocen hallazgos aislados, pero el valle del río Ribeira do Iguape que baja del planalto, parece que fue el camino seguido por la segunda oleada migratoria para alcanzar las áreas del *alto Paranapanema* (*54*) y *alto Tieté* y *Mogi - Guaçú* (*65*) donde se encuentran sus yacimientos.

Sigue la fase *Sernambitiba* (*47*) en la costa sur de Rio de Janeiro, con una fecha de 1.300 ± 100 (SI-438) y posiblemente también la fase *Rio Portinho* (*46*) en la costa de Guanabara. También pertenecen a la subtradición Corrugada las fases *Itabapoana* (*35*) mas al noreste, en la costa, cerca del bajo Paraíba, *Ipuca* (*33*) en el bajo Paraíba e *Itaocara* (*38*) en su curso medio. Las dos primeras pueden también representar un desarrollo local ocurrido en el intervalo entre la llegada de la primera y la segunda oleadas migratorias (ca. 900 - 400). Además, por la ubicación de estas fases parece que hubieron también por el valle del Paraíba hacia el planalto de Minas Gerais. Efectivamente, en el *alto rio Grande* (*55*), afluente de la cuenca del Paraná, se advierten contactos con los Tupiguaraní en algunos yacimientos de las fases *Sapucaí* e *Itací*, relacionadas a la *tradición Aratú* (Calderón et al., 1969:14: PRONAPA, 1970:12). No hay fechados pero serían posteriores a ca. 1.100 (Dias Jr., 1971.a:133-48).

La alfarería de la subtradición Corrugada no fue observada en la costa más al Norte de Rio de Janeiro. Pero en el interior del noreste, en el valle del alto São Francisco, más de 1.000 km al norte de su última ocurrencia en la costa, se halla la fase *Coribe* (*27*) estimativamente fechada ca. 1.400. Esta fase, lejos del río, en el valle de su afluente el Correntes, se encuentra cerca del área de *Montalvânia* (*17*) hasta donde llegó la primera oleada mgiratoria y se advierte su desplazamiento hacia el norte, esto es, bajando paralelamente al curso del São Francisco. Unos 750 km más abajo, en el tramo medio del mismo río, la fase *Cabrobó* (*24*) ha sido estimativamente ubicada ca. 1.500 - 1.600. Estas dos fases y sus fechados relativos jalonan un desplazamiento bajando por el São Francisco a través la zona semiárida del noreste. La posibilidad del pasaje de la segunda migración por el camino más directo desde su centro en el suroeste hasta el São Francisco, por el alto Paraná y el Paranaíba, en una distancia de mas de 1.400 km, parece que queda eliminada por consideraciones ecológicas; por lo tanto sería necesario concebir otro itinerario que la habría llevado, posiblemente desde el valle del Paraíba, hasta el alto São Francisco. Un jalón de este camino podría ser el contacto observado en los yacimientos de las fases *Sapucaí* e *Itací* en el *alto río Grande* (*55*), pero no se descarta la posibilidad de que también estas fases representaran un desarrollo local a partir de la subtradición Pintada.

Más de 1.000 km al oeste-noreste de la gran curva del São Francisco, ya en la orilla de la región amazónica, en el río Itacaiúnas, afluente del Tocantins, se encuentra la fase *Itacaiúnas* (*36*), fechada estimativamente ca.

1.500 - 1.600. Se juzga que llegaron ahí en el período colonial, desde la costa noreste y se los relaciona con los Tupinambá - Potiguara.

En resumen se puede decir que la segunda oleada migratoria, arrancando desde su centro entre los paralelos 27° – 30° S, subió por el valle del Uruguay hacia este, hasta el Pelotas, al mismo tiempo que bajaba hacia el sur, hasta su desembocadura en el Río de la Plata. Al sur del alto Uruguay, desplazamientos menores se efectuaron por el Jacuí, bordeando la cuesta del planalto meridional de Brasil.

En el valle del Paraná, arrancando desde el mismo centro, subieron hacia el norte por lo menos hasta la confluencia con el Paranapanema, penetrando hacia el este por el Iguazú, Ivaí y Paranapanema - Pirapó; al mismo tiempo que bajaban hacia el sur, llegando también hasta la desembocadura del Río de la Plata. Otro desplazamiento, probablemente relacionado con éste, subió por el Paraguay por lo menos hasta la desembocadura del Pilcomayo.

Por la costa atlántica, bajaron por lo menos hasta la laguna Mirim, al mismo tiempo que subieron, desde el norte de la Laguna de Patos, hacia el noreste, hasta los 23° S, penetrando después posiblemente hasta el valle del São Francisco y bajando por éste.

Se puede afirmar que casi en todas partes la segunda oleada migratoria terminó con la llegada de los europeos, principalmente los misioneros que en los siglos XVI y XVII reunieron los indios en reducciones; pese a que en lugares apartados los indios se mantuvieron alejados de contactos aculturativos hasta el siglo XVIII y mediados del XIX.

Con todo esto se puede decir que la segunda oleada migratoria, comenzada unos 800 años después del inicio de la primera, tuvo una duración de unos 300 años como media, hasta unos 400 años como máximo, en algunos lugares y su desarrollo fue truncado por el arribo de los europeos.

En resumen, como se observa en el mapa (fig. 3), las migraciones se hicieron por dos rutas principales. La primera por el interior, en la cuenca del Paraná, Paraguay y Uruguay. Como estos ríos corren desde el borde interno del planalto meridional de Brasil, cerca de la costa atlántica, hacia el oeste, esto és, para el interior y solamente vuelven a verterse en el océano, todos juntos, por el Río de la Plata, las migraciones bajaron o subieron por estos ríos. La primera oleada migratoria bajó el suroeste, desde el alto Paranapanema hasta el alto Uruguay. La segunda subió desde el límite extremo alcanzado por la primera; por el Uruguay llegó hasta el Pelotas, por el Paraná llegó por lo menos hasta el bajo Paranapanema y por el Paraguay por lo menos hasta la confluencia del Pilcomayo; y con cierto defasaje bajó por el Uruguay y por el Paraná hasta el Río de la Plata. Se advierte que la primera oleada migratoria que baja hacia el suroeste rebota en el límite extremo sur alcanzado y retorna en la forma de la segunda oleada hasta casi el sitio de su origen.

La segunda ruta se hizo por la costa atlántica, siguiendo por el estrecho costado externo del borde elevado del planalto meridional de Brasil, siempre de suroeste hacia el noreste, también en dos olas migratorias sucesivas, hasta que fue posible penetrar hacia el interior en el noreste donde grandes ríos bajan directamente hacia el océano.

Los dos caminos seguidos por las migraciones están separados por la

cuesta del planalto que forma una muralla casi intransponible y solamente en cuatro sitios se advierte su cruce por los Tupiguaraní. La primera oleada migratoria posiblemente alcanzó la costa desde su centro en el alto Paranapanema, bajando por el valle del Ribeira do Iguape. La segunda oleada migratoria pasó hacia la costa rodeando el extremo meridional del planalto al norte de la Laguna de Patos. Una tercera posibilidad de contactos entre la costa y el interior fue subiendo por el Paraíba. En el Noreste desaparece la barrera del planalto y una ala de la primera ola migratoria subió por el Itapicurú, mientras la segunda parece que bajó por el São Francisco.

LA TRADICIÓN *NEOBRASILEIRA*

La aculturación entre los indígenas y los europeos, revelada por los cambios en la alfarería de aquéllos, fue un acontecimiento ubicuo en América, pero en Brasil esta alfarería fue adjudicada a la tradición llamada *Neobrasileira* que, como representa un momento mas avanzado de la aculturación, o un producto final de ésta, se ubica entre ca. 1.600 - 1.900.

La tradición *Neobrasileira* (Seminario, 1966; Brochado et al., 1969; PRONAPA, 1970:16; Brochado, *in lit. c*; Terminología, *in lit.*) puede ser periodificada como sigue:

a) Desde los primeros contactos (ca. 1500-1750) comienza la transición de la alfarería de la tradición Tupiguaraní hacia la *Neobrasileira*. La reunión de los indios de vastas áreas en las reducciones, por medio de verdaderas migraciones centrípetas (ca. 1550-1630) está representada arqueológicamente por las fases: *Reduções* (*75*) (ca. 1627-1641), al sur del alto Uruguay, en la periferia del planalto, *Tamboara* (*48*) en el medio y *Loreto* (*71*) en la confluencia del Pinapó con el bajo Paranapanema (ca. 1556-1632).

Posteriormente estos indios fueron transmigrados por los misioneros, de la orilla izquierda para la derecha del Paraná y Uruguay, para salvarlos de los cazadores de esclavos paulistas —*Bandeirantes*— ocasionando el despoblamiento de la región suroeste (1630-1640). Más tarde, en una migración de retorno, de oeste hacia el este, se establecieron en la mitad izquierda de la cuenca del alto Uruguay, los Siete Pueblos de las Misiones Orientales del Uruguay, representados por la fase *Missões* (*76*) (1680-1750).

Más al norte, los primeros contactos están representados por la fase *Pixúnas* (*74*) en la costa de Guanabara y Río de Janeiro (ca. 1500-1550). Siguen las fases: *Môrro da Viúva* (*83*) en la isla de Governador (ca. 1550 1600), *Paratí* (*84*) y *Calundu* (*78*) en la costa de Río de Janeiro y Guanabara y *Moenda* (*81*) en la de Espírito Santo (ca. 1600-1800), todas ya plenamente de la tradición *Neobrasileira*.

b) En el período posterior (ca. 1700-1800) se ubican las fases: *Bojoru* (*85*) en la costa sur de la Laguna de Patos que demuestra una fuerte aculturación entre las tradiciones Tupiguaraní, Vieira (Schmitz et al., 1967: 15-8; Naue et al., 1968: 146-49; Brochado et al., 1969: 12; PRONAPA, 1970: 6) y europea; *Monjolo* (*82*) al norte y *Faxinal* (*79*) a oeste de la Laguna de Patos; *Lavrinha* (*80*) en el alto Iguazú; todas del siglo XVIII y las tres últimas ya plenamente de la tradición *Neobrasileira* llegando hasta el siglo XIX. La fase

Itaúnas (87) en la costa de Espírito Santo, presenta también una fuerte aculturación entre las tradiciones Tupiguaraní, Aratu y europea, se relaciona a una misión de 1610 y tiene fechados de 1730 ± 75 (SI-834), 1780 ± 75 (SI-829).

c) El regreso de los indios trajo de vuelta la alfarería de la subtradición Cepillada, quedando como jalones de su paso las fases: *Sarandí* (72) en el Iguazú cerca de la confluencia con el Paraná, *Caloré* (69) y *Tibagí* (73) más arriba, entre el Ivai y el Tibagi, que representan la reocupación por los indios de la región de su origen, llegando desde el Paraguay y el sur de Mato Grosso, subiendo por el Paranapanema y el Ivai. La fase *Sarandí* se atribuye a los Kainguá históricos y las fases *Caloré* y *Tibagi* a los Apopocuva - Guaraní (1831-1911).

HACIA LA PERIODIFICACIÓN DE LA TRADICIÓN TUPIGUARANI

La tradición Tupiguaraní subsistió por lo menos durante 1800 ó 1400 años, desde el comienzo de la Era, o desde ca. A. D. 500, hasta ca. A. D. 1800-1900 y durante todo este tiempo se mantuvo reconocible como tal.

Para facilitar el manejo de estos datos y con miras a establecer una periodificación, se compuso el cronograma nº 2 (fig. 4), correlacionando la profundidad temporal con la extensión espacial ocupada por la tradición y sus subtradiciones y teniendo en cuenta los movimientos migratorios que las llevaron sobre esta área.

Antes se suponían las subtradiciones como una sucesión de *horizontes* superpuestos como si estuvieran en una columna estratigráfica ideal. Pero los fechados radiocarbónicos más recientes parecían oscurecer este cuadro un tanto simplista, presentando fechas casi sincrónicas para las subtradiciones Pintadas y Corrugada. En el cronograma Nº 2 se advierte inmediatamente que si bien las subtradiciones empiezan una después de la otra, se van superponiendo en el tiempo y en el espacio y tienen un fin casi sincrónico. La explicación obvia está en el hecho de que se difundieron por olas migratorias sucesivas, cuyos movimientos, al cabo de 1000 ó 1100 años fueron cercenados, al parecer en su apogeo, por el arribo de los europeos.

En el concepto de tradición la variable más importante es el tiempo, pero si se introduce también el elemento espacio, representando el ámbito hasta donde llegaron las migraciones que la difundieron, la tradición alfarera Tupiguaraní pasa a conformar un horizonte que puede ser dividido en tres, sucesivos, cada uno representando el ámbito de difusión de una de las subtradiciones. Pero las migraciones sufrieron un gran defasaje en el tiempo durante sus desplazamientos por los inmensos espacios recorridos en el proceso y esto hace que los *horizontes* determinados por ellas resulten muy *inclinados* con relación a las coordenadas de tiempo y espacio. El *horizonte* formado por la subtradición Pintada es el más defasado y este defasaje se presenta en la forma de *peldaños* sucesivos, lo que podría indicar que las migraciones se hicieron por impulsos sucesivos representados por los peldaños cuyas fechas son casi sincrónicas. Así las migraciones parece que tuvieron primero una expansión rápida en una determinada dirección y luego hicieron una lenta *colonización* del ambiente, que podría perdurar por siglos.

Los horizontes que siguen: Corrugado y Cepillado, presentan cada vez menor defasaje.

En base a los datos de los cronogramas nº 1 y 2 (figs. 1 y 4) se puede periodificar la tradición Tupiguaraní como sigue:

0 — 500	Inicio de la tradición	
500 — 900	Período temprano	Época Prehistórica
900 — 1300	Período medio	
1300 — 1500	Período tardío	
1500 — 1800	Período Colonial	Época Histórica
1800 — 1900	Período actual	

El *Período temprano* se desarrolla desde el inicio de la primera oleada migratoria que lleva la alfarería de la subtradición Pintada, hasta el inicio de la subtradición Corrugada que coincide con el momento en que la primera oleada desbordó la cuenca del Paraná-Uruguay donde se habría originado y alcanzó la costa atlántica, invirtiendo para el noreste el rumbo que llevaba antes hacia suroeste .

Durante el *Período medio* se desarrolla la gestación de la segunda oleada migratoria que llevará la alfarería de la subtradición Corrugada, mientras la primera se desparrama sobre inmensas áreas en el suroeste, al norte del área ocupada por los portadores de la subtradición Corrugada. El período se termina con la llegada de la primera oleada migratoria al noreste.

Durante el *Período tardío* se desarrolla la mayor parte de la segunda oleada migratoria que llegó en un extremo hasta el Río de la Plata y en el otro probablemente hasta el noreste de Brasil, aunque la primera oleada aun se mantenía en movimiento en el noreste y en algunas áreas la alfarería de la subtradición Pintada perduró bastante después de la llegada de la Corrugada. El período se termina con la llegada de los europeos y el inicio de la *Época Histórica* que se puede dividir a su vez en dos períodos.

Durante el *Período Colonial* las migraciones son desviadas y al final paralizadas por el arribo de los europeos. La fecha tope para su final es ca. 1700. Por influencia europea surge la alfarería de la subtradición Cepillada que se difunde muy rápidamente aunque sobre una área menor que las anteriores. Después del 1700 la alfarería indígena empieza a ser reemplazada por la de la tradición *Neobrasileira.*

En el *Período actual* se advierte el regreso de los indios a la región Suroeste, los que traen aun alfarería de la subtradición Cepillada.

En la Época Histórica se observa la liquidación de la cultura indígena por la destrucción física de éstos o por su absorción en la sociedad nacional emergente.

Las dos grandes oleadas migratorias llevaron la alfarería de la tradición Tupiguaraní sobre una área total de entre 1.200.000 a 1.600.000 km², ubicada en la *faja costera* de América del Sur, entre los 5º y 35º S. Las áreas ocupadas por una y otra oleada serían casi equivalentes, porque se advierte que si la primera tuvo mayor extensión hacia el noreste, la segunda la tuvo hacia el suroeste. B. J. Meggers (1967:154) dice que la existencia fuera de lo común de esta amplia dispersión había atraído, hasta ahora, poco interés por ser fácil perder el sentido de perspectiva en relación a las inmensas exten-

siones de Brasil, olvidando que en América del Norte o en Europa no hay ejemplos de tradiciones alfareras con grados semejantes de homogeneidad distribuidos por áreas equivalentes. Justamente una de las características más sobresalientes de la arqueología de Brasil son las tradiciones culturales que se extienden por inmensos espacios y se mantienen básicamente inalteradas por enormes períodos de tiempo. En la tradición Tupiguaraní los cambios que se pueden diacronizar, en su duración de más de 1400 años, son bien poco importantes, si se llevan en cuenta las coordenadas de tiempo y espacio. No se tiene evidencias de cambios esenciales en el sistema socio-económico de estos grupos. Nunca se elevó el nivel de complejidad de la alfarería que siguió siendo *Simple*, según Meggers y Evans (1958). Los patrones de asentamiento, pese a los cambios, tampoco nunca llegaron a salir del típico patrón de los pueblos de *Floresta Tropical*, como aún hoy se puede observar en funcionamiento en la Amazonia y en el Brasil Central, y la horticultura de *roza* con cultivos tropicales, complementada por la caza, pesca y recolección, parece que se mantuvo siempre como base de la subsistencia.

RELACIONES ECOLÓGICAS

Ya se ha dicho que la prehistoria del Este de América del Sur no puede ser comprendida si no se lleva en cuenta su marco ambiental (Brochado, 1969: 4; PRONAPA, 1970:2). Mientras se desplazaban por la inmensa área de su dispersión los Tupiguaraní ocuparon sucesivamente distintos ambientes ecológicos a los que tuvieron que adaptarse. Los cambios resultantes de estas adaptaciones se reflejaron, en el plano de lo arqueológico, principalmente en los patrones de asentamiento. Asimismo, el pasaje del tiempo y probablemente también las influencias ambientales introdujeron cambios muy interesantes en el desarrollo de la alfarería, a los que se deben sumar los resultantes de los contactos con los portadores de otras tradiciones alfareras. Pero todo esto sirve de tema a otro trabajo de síntesis, (Brochado, *in lit. d.*). Aquí cabe solamente señalar los ambientes ecológicos elegidos preferencialmente por los Tupiguaraní durante sus largos desplazamientos (figs. 2 y 3, insertos).

Las primeras manifestaciones de la tradición se observan justo sobre el trópico de Capricornio, en la periferia de la zona tropical, y su desarrollo se dio inicialmente en el corazón de la selva húmeda subtropical de la cuenca del alto Paraná y Uruguay. El clima es subtropical húmedo, mesotérmico, sin estación seca –de tipo *Cfa* según Köppen, *eumesaxérico, 7.a* según Gaussen– con temperaturas medias entre 18° y 21° C y de 1400 a 2000 mm de lluvia. La primera oleada migratoria pasó desde allí hacia la costa atlántica, donde el clima es húmedo tropical, caluroso, con estación seca poco marcada –de tipo *Am* (Köppen), subtermaxérico (Gaussen)– con temperaturas medias de más de 21° C y de 1500 a más de 2000 mm de lluvia. Pero a la selva húmeda tropical costera, la *mata atlântica*, prefirieron muchas veces las formaciones vegetales semixerofilas de las playas.

La *mata atlântica* se extiende por la costa hasta el noreste, pese a que la estación seca sea en ella cada vez más marcada y las lluvias disminuyan hasta poco más de 1000 mm.

Penetrando hacia el interior en el noreste, el clima es primeramente húmedo tropical, caluroso –de tipo *Aw*– después semiárido –de tipo *Bshw*. Las lluvias disminuyen hasta menos de 500 mm y los Tupiguaraní se establecieron sucesivamente en los bosques mesófilos, en el *agreste*, en los *cerrados* y hasta en la *caatinga*. Se observa la búsqueda de ambientes más húmedos en el interior, cruzando zonas intermedias más áridas.

La segunda oleada migratoria, bajando hacia el sur, ocupó la faja de selva húmeda subtropical de la cuesta del planalto, y la de galería de las orillas de los ríos Paraná y Uruguay, que se introduce en el ambiente hostil de los campos, de la vegetación chaqueña y del espinal.

Sobre la costa, hacia el sur, se ubicaron en los *capões*, o bosquecillos del área lagunar; y subiendo hacia el noreste no llegaron muy lejos acompañando la selva húmeda tropical costera. Pero en el interior, en el alto São Francisco, llegaron también a zonas de climas de tipo *Aw* y *Bshw*, con solamente 300 ó 400 mm de lluvia y se establecieron, por lo menos de pasaje, en el *cerrado* arbóreo y en la *caatinga* (Azevedo, 1960; Brasil, CNG, 1960; Cabrera, 1953, 1971; Eidt., 1968; Mann, 1968; Trewartha *et al.*, 1961).

En todos los movimientos, sea hacia el Noreste, sea hacia el Suroeste, que realizaron los Tupiguaraní hacia afuera de la selva subtropical o tropical húmeda, se observa su adaptación progresiva a ambientes con cada vez menos lluvias y estaciones secas más prolongadas.

AGRADECIMIENTOS

Deseo hacer coautores de este trabajo a los arqueólogos miembros del *Programa Nacional de Pesquisas Arqueológicas*, sus coordinadores doctores Clifford Evans y Betty J. Meggers, a quienes tanto debe la arqueología de Brasil; y en general a aquellos cuyos datos publicados fueron utilizados, porque –si bien no todos ellos aceptarán las ideas expresadas– esta interpretación sólo fue posible por el trabajo de todos. En la redacción agradezco la orientación de los doctores Eduardo Mario Cigliano, Alberto Rex González, Pedro Ignácio Schmitz y Bernardo Dougherty, pero es lógico que todas las ideas aquí expresadas son únicamente de mi responsabilidad. Agradezco en especial a la doctora Antonia Rizzo, quien además me asesoró en la traducción.

El alumno Ervino Barth, ayudante del Gabinete de Arqueología, DCS, IFCH, Universidade Federal do Rio Grande do Sul, cooperó en la recopilación de datos.

Este trabajo fue posible por una beca del *Conselho Nacional de Pesquisas* de Brasil, y el *PRONAPA*; contó con recursos de la *Smithsonian Institution* y del *CNP* en un convenio con el *Instituto do Patrimônio Histórico e Artístico Nacional.*

ABSTRACT

Fifthy-two C14 dates provide a chronological framework for the Tupiguaraní ceramic tradition. Two great migrations are proposed to explain its complicated pattern of diffusion in Lowland South America. From two centers, one located in the Alto Paraná and another in the Alto Uruguay river valleys, these two migration waves –the first beginning ca. A.D. 500-700 and the second ca. A.D. 1 300– developed a kind of immense centrifugal movement: following the Atlantic coast they reached Brasil's Northeastern bulge, and to the Southeast their migrationes moved up and down the Paraná-Paraguay and Uruguay river valleys, until they reached the River Plate.

BIBLIOGRAFÍA

Albuquerque, Marcos. 1967. O sítio arqueológico PE 13 Ln. Um sitio de contato interétnico: nota prévia, *in*: An. III Simp. Arqueolog. Área do Prata. Pesquisas. Inst. Anchietano Pesq., Antrop. 20: 79-89. São Leopoldo.

Azevedo, Luis Guimarães de. 1960. Tipos de vegetação. *in*: Brasil, Conselho Nacional de Geografia. Atlas do Brasil (Geral e Regional). 2 ed., XXII - 705 p. Rio de Janeiro.

Beck, Anamaría. 1970. Síntesis da arqueologia do litoral norte de Santa Catarina. *in*: An. Mus. Antrop. UF Santa Catarina. 3: 23-34. Florianópolis.

Becker, Ítala Irene Basile y José Proenza Brochado. *in lit.* Problémes d'archeologie du Brésil. I. Rio Grande do Sul. Annette Laming-Emperaire Ed.

Beltrão, María da Conceição de M. Coutinho y Kneip, Lina María. 1969. *a.* Arqueología dos Estados do Rio de Janeiro e Guanabara: Linhas de pesquisa. *in*: An. III Simp. Arqueolog. Área do Prata. Pesquisas. Inst. Anchietano Pesq., Antrop. 20: 93-100. São Leopoldo.

— 1969. b. Escavações estratigráficas no Estado da Guanabara. *in*: An. III Simp. Arqueolog. Área do Prata. Pesquisas. Inst. Anchietano Pesq., Antrop. 20: 101-12. São Leopoldo.

Beltrão, Maria da Conceição de M. Coutinho y Faria, Edína Gabizo de. 1970-1. Acampamentos Tupi-Guaraní para coleta de moluscos. *in*: Rev. Mus. Paulista (NS). 19: 97-135. São Paulo.

Blasi, Oldemar. 1963. Aplicação do método arqueológico no estudo da estrutura agrária de Vila Rica do Espírito Santo - Fenix, Paraná. *in*: Bol. Conselho Pesq. Dep. Hist. Universal. 4, 13 p. Curitiba.

— 1966. Investigações arqueológicas nas ruínas da Redução Jesuítica de Santo Inácio do Ipaumbucú ou Miní, Paraná, Brasil. Nota prévia. *in*: An: XXXVI Congr. Inter. Americanistas, 1964. 1: 473-80. Sevilla.

Boretto Ovalle, René. 1969. El trabajo cerámico indígena en el Depto. de Río Negro, Uruguay. *in*: An. III Simp. Arqueolog. Área do Prata. 5 p. mimeograf. Pôrto Alegre.

Boretto, René y Bernal, Rosendo. 1969. Excursión a Nueva Berlín .Informe preliminar. *in*: Publ. Informativa Mus. Municipal Hist. Nat. Río Negro. 21 p. mimeograf. Río Negro.

Brasil, Conselho Nacional de Geografia. 1960. Atlas do Brasil (Geral e Regional). 2. ed., XXII - 705 p. Rio de Janeiro.

Brochado, José Proenza. 1968. A cerâmica das Missões Orientais do Uruguai. *in*: Ciência e Cultura. SBPC. 20 (2): 230-1. São Paulo.

— 1969. a. Histórico das pesquisas arqueológicas no Estado do Rio Grande do Sul. *in*: Iheringia. Antrop. 1: 3-24. Pôrto Alegre.

— 1969. b. Dados parciais sôbre a arqueologia do vale do Ijuí. *in*: PRONAPA.

Result. prelim. II ano, 1966-7. Publ. Avulsas Mus. Pa. Emílio Goeldi. 10: 11-32. Belém.

— 1969. c. Pesquisas arqueológicas nos vales do Ijuí e Jacuí. *in*: PRONAPA, Result. prelim. III ano, 1967-8. Publ. Avulsas Mus. Pa. Emílio Goeldi. 13: 31-62. Belém.

— 1971. Extensão das pesquisas arqueológicas nos vales do Jacuí e Ibicuí-mirim, Rio Grande do Sul. *in*: PRONAPA, Result. Prelim. IV ano, 1968-9. Publ. Avulsas Pa. Emílio Goeldi. 15: 11-36. Belém.

— *in lit. a.* A cerâmica das Missões Orientais do Uruguai — "Pueblos" históricos do noroeste do Estado do Rio Grande do Sul. *in:* An. XXXIX Congr. Inter. Americanistas, Lima, 1970.

— *in lit. b.* Pesquisas arqueológicas no escudo cristalino do Rio Grande do Sul — Serra do Sudeste. En prensa *in*: PRONAPA, Result. prelim. V ano, 1969-70. Publ. Avulsas Mus. Pa. Emílio Goeldi, Belém.

— *in lit. c.* Considerações sôbre contatos euro-indígenas no sudeste da América do Sul — Um projeto de estudo de aculturação através das mudanças na cultura material. XXXIX Congr. Inter. Americanistas, Lima, 1970. En prensa *in:* Rev. Instituto Filosof. Cienc. Humanas. UF Rio Grande do Sul. Pôrto Alegre.

— *in lit. d.* Desarrollo de la tradición alfarera Tupiguaraní. *in*: Gabinete Arqueolog., DCS, IFCH, UF, Rio Grande do Sul; mimeograf. Pôrto Alegre.

Brochado, José Proenza, Danilo Lazzarotto y Rolf Steinmetz. 1969. a. A cerâmica das Missões Orientais do Uruguai. Um estudo de aculturação indígena através da mudança na cerâmica. *in*: An. III Simp. Arqueolog. Área do Prata. Pesquisas, Inst. Anchietano Pesq. Antrop. 20: 1969-210. São Leopoldo.

Brochado, José Poenza, Valentín Calderón, Igor Chmyz, Ondemar Ferreira Dias, Clifford Evans, Sílvia Maranca, Betty J. Meggers, Eurico Th. Miller, Násaro A. S. Násser, Celso Perota, Walter F. Piazza, José W. Rauth, Mário F. Simões. .1969. b. Arqueologia brasileira em 1968. Um relatório preliminar sôbre o Programa Nacional de Pesquisas Arqueológicas. Publ. Avulsas Mus. Pa. Emílio Goeldi. 12. 33 p. Belém.

Brochado, José Proenza, José Pivetta y Pedro Ignacio Schmitz. *in lit.* Quatro abrigos com petroglifos da encosta do planalto no Estado do Rio Grande do Sul e sua indústria lítica. En prensa *in*: An. Arqueolog. Etnolog., Mendoza.

Cabrera, Angel L. 1953. Esquema fitogeográfico de la República Argentina. *in*: Rev. Mus. La Plata (NS), Bot. 8: 87-168. La Plata.

— 1971. Fitogeografia de la Republica Argentina. *in:* Bol. Soc. Argentina Bot. 14 (1-2):1-42 il. Buenos Aires.

Calderón, Valentin. 1967. Notícia preliminar sôbre as sequências arqueológicas do médio São Francisco e da Chapada Diamantina, Estado da Bahia. *in*: PRONAPA. Result. prelim. I ano, 1965-6. Publ. Avulsas Mus. Pa. Emílio Goeldi. 6: 107-19. Belém.

— 1969. Nota prévia sôbre a arqueologia das regiões central e sudoeste do Estado da Bahia. *in*: PRONAPA, Result. prelim. II ano, 1966-7. Publ. Avulsas Mus. Pa. Emílio Goeldi. 10: 135-52. Belém.

Chmyz, Igor. 1963. Contribuição arqueológica e histórica ao estudo da comunidade espanhola de Ciudad Real do Guairá. *in*: Rev. Hist. 2: 77-114. Curitiba.

— 1964. Pesquisas arqueológicas na jazida histórica de Ciudad Real do Guairá - Paraná. *in*: Rev. CEC. 11-12 (7-8): 105-7. São Paulo.

— 1967. Dados parciais sôbre a arqueologia do vale do rio Paranapanema. *in*s PRONAPA, Result. prelim. I ano, 1965-6. Publ. Avulsas Mus. Pa. Emílio Goeldi. 6: 59-78. Belém.

— 1968. a. Novas perspectivas da arqueologia Guaraní no Estado do Paraná. *in*: An. II Simp. Arqueolog. Área do Prata. Pesquisas, Inst. Anchietano Pesq., Antrop. 18: 171-89. São Leopoldo.

— 1968. b. Subsídios para o estudo arqueológico do vale do rio Iguaçú. *in*: Rev. Centro Ensino Pesq. Arqueolog. 1: 31-52. Curitiba.

— 1969. a. Dados parciais sôbre a arqueologia do vale do rio Ivai. *in*: PRONAPA,

Result. prelim. II ano, 1966-7. Publ. Avulsas Mus. Pa. Emílio Goeldi. 10: 95-118. Belém.

— 1969. b. Pesquisas arqueológicas no alto e médio rio Iguaçú. *in*: PRONAPA, Result. prelim. III ano, 1967-8. Publ. Avulsas Mus. Pa, Emílio Goeldi. 13: 103-32. Belém.

— 1971. a. Pesquisas arqueológicas no médio e baixo Iguaçú. *in*: PRONAPA, Result. prelim. IV ano, 1968-9. Publ. Avulsas Mus. Pa. Emílio Goeldi. 15: 87-114. Belém.

— 1971. b. Contatos interétnicos verificado em sítios arqueológicos no Estado do Paraná/Brasil (1). *in*: Rev. Inst. Biolog. Pesq. Tecnolog. 16: 11-14. Curitiba.

— in lit. Dados arqueológicos do baixo rio Paranapanema e do alto rio Paraná. En prensa *in*: PRONAPA, Result. prelim. V ano, 1969-70. Publ. Avulsas Mus. Pa. Emílio Goeldi. Belém.

Chmyz, Ígor et alii. 1968. Notas sôbre a arqueologia do vale do rio Itararé. *in*: Rev. Centro Ensino Pesq. Arqueolog. 1: 7-23. Curitiba.

Chmyz, Ígor y Schmitt, Ariete Alice. 1971. A cultura Payaguá e suas possíveis correlações com a cultura Tupigaraní. *in*: Bol. Inst. Hist. Geograf. Etnograf. Paranaense. 13: 67-76. Curitiba.

Cigliano, Eduardo Mario. 1968. Investigaciones arqueológicas en el rio Uruguay médio y costa N.E. de la Provincia de Buenos Aires. *in:* An. II Simp. Arqueolog. Área do Prata. Pesquisas, Inst. Anchietano Pesq. Antrop. 18: 5-9. São Leopoldo.

Cigliano, Eduardo Mario, Pedro Ignacio Schmitz y Maria Amanda Caggiano. 1971. a. Sítios cerámicos prehispánicos en la costa septentrional de la Provincia de Buenos Aires y de Salto Grande, Entre Ríos — Esquema tentativo de su desarrollo. *in*: An. Soc. Cientif. Argentina, 192: 129-191. La Plata.

Cigliano, Eduardo Mario, Rodolfo A. Raffino y María A. Caggiano. 1971. b. Resultados de las investigaciones arqueológicas efectuadas en la zona de Salto Grande (pcia. de Entre Ríos). *in*: Rev. Mus. La Plata (NS), Antrop. 7: 79-107. La Plata.

Dias Jr., Ondemar F. 1967. Notas previas sôbre pesquisas arqueológicas nos Estados da Guanabara e Rio de Janeiro. *in*: PRONAPA, Result. prelim. I ano, 1965-6. Publ. Avulsas Mus. Pa. Emílio Goeldi. 6: 89-106. Belém.

— 1969. a. Resultados preliminares do II ano de pesquisas no Estado do Rio de Janeiro. *in*: PRONAPA, Result. prelim. II ano, 1966-7. Publ. Avulsas Mus. Pa. Emílio Goeldi. 10: 119-33. Belém.

— 1969. b. Considerações iniciais sôbre o III ano de pesquisas no Estado do Rio de Janeiro. *in*: PRONAPA, Result. prelim. III ano, 1967-8. Publ. Avulsas Mus. Pa. Emílio Goeldi. 13: 143-60. Belém.

— 1971. a. Breves notas a respeito das pesquisas no sul de Minas Gerais. *in*: PRONAPA, Result. prelim. IV ano ,1968-9. Publ. Avulsas Mus. Pa. Emílio Goeldi. 15: 133-48. Belém.

— 1971. b. Fase Paratí. Apontamentos sôbre uma fase cerâmica neobrasileira. *in*: Universitas. UF Bahia. 8-9: 117-33. Salvador.

Eidt, Robert. 1968. The climatology of South America. *in:* Fittkau, E. J., Illies, J., Klinge, H. Schwabe, G. H. y Sioli, H. (Eds.) Biogeography and Ecology in South America. 1: 54-80. (Monographiae Biologicae, 18). The Hague.

Figueiredo, Napoleão. 1965. A cerâmica arqueológica do rio Itacaiúnas. *in*: Bol. Mus. Pa Emílio Goeldi (NS), Antrop. 27. 17 p. Belém.

Galvão, Marilía Velloso. 1967. Regiões bioclimáticas do Brasil. *In*: IBGE., Rev. Brasileira Geograf., 1: 3-36. Rio de Janeiro.

Godói, Manuel Pereira de. 1946. Los extinguidos painguá de la cascada de Emas (Estado de San Paulo, Brasil). *in*: Rev. Inst. Pablo Cabrera, 14. Córdoba.

Lafón, Ciro René. 1971. Introducción a la arqueología del Nordeste argentino. *in*: Relaciones. Soc. Argentina Antrop., 5 (2): 119-152. Buenos Aires.

Laming, Annette y Emperaire, José. 1959. A jazida José Vieira — Um sítio Guaraní e Précerâmico no interior do Paraná. *in*: Centro Ensino Pesq. Arqueolog., Arq. 1. 143 p. Curitiba.

[illegible], Annette. 1962. Travaux arqueologiques en Amerique du Sud. *in*: Objets et Mondes. 2(3): 149-64. Paris.

[illegible], Samuel K. 1932. Indians of the Paraná Delta. *in*: An. New York Academy of Sciences. 33:77-232. New York.

[illegible], Robert H. 1948. The Tropical Forest: an introdution. *in*: Handbook of South American Indians, Bull. Bureau Amer. Ethnology, 143 (3): 1-56. Washington.

[illegible], C. 1968. Die ökosysteme südamerikas. *in*: Fittkau, E. J., Illies, J., Klinge, H., Schwabe, G. H. y Sioli, H. (Eds.). Biogeography and Ecology in South America. 1:171-229. (Monographiae Biologicae, 18). The Hague.

[illegible], Silvia. 1969. Dados preliminares sôbre a arqueologia do Estado de São Paulo. in: PRONAPA, Result. Prelim. III ano, 1967-8. Publ. Avulsas Mus. Pa. Emilio Goeldi, 13: 133-142. Belém.

[illegible], Betty J. 1967. Considerações gerais. *in*: PRONAPA, Result. prelim. I ano, 1965-6. Publ. Avulsas Mus. Pa. Emílio Goeldi, 6: 153-8. Belém.

[illegible], Betty J. y Evans, Clifford. 1958. Identificação das áreas culturais e dos
— 1972. Prehistoric America. Aldine-Atherton. vi-200 p. Chicago.
tipos de cultura na base da cerâmica das jazidas arqueológicas. *in*: Arquivos do Museu Nacional do Rio de Janeiro 46. Rio de Janeiro.

[illegible], Oswaldo F. A. 1962. Observaciones sobre la arqueología Guaraní de Argentina y Paraguay. *in*: Jornadas Internac. Arq. Etnograf., 1: 54-68. Buenos Aires.

[illegible], Álfred, 1927. Migrations historiques des Tupi-Guaraní. Lib. Orientale et Americaine. 45 p. Paris.
— 1928. La civilización matérielle des tribus Tupi-Guaraní. 331 p. Paris.

[illegible], Eurico TH. 1967. Pesquisas arqueológicas efetuadas no nordeste do Rio Grande do Sul. *in*: PRONAPA, Result. prelim. I ano, 1965-6. Publ. Avulsas Mus. Pa. Emílio Goeldi, 6: 15-38. Belém.
— 1969. a. Pesquisas arqueológicas efetuadas no noroeste do Rio Grande do Sul. *in*: PRONAPA. Result. prelim. II año, 1966-7. Publ. Avulsas Mus. Pa. Emílio Goeldi, 10: 33-54. Belém.
— 1969. b. Pesquisas arqueológicas efetuadas no oeste do Rio Grande do Sul. Campanha — Missões. *in*: PRONAPA, Result. prelim. III año, 1967-8. Publ. Avulsas Mus. Pa. Emílio Goeldi, 13: 13-30. Belém.
— 1971. Pesquisas arqueológicas efetuadas no Planalto Meridional, Rio Grande do Sul: *in*: PRONAPA, Result. prelim. IV año, 1968-9. Publ. Avulsas Mus. Pa. Emílio Goeldi, 15: 37-70. Belém.

Nasser, Nássaro A. S. 1967. Notas preliminares sôbre a arqueologia da foz do sistema Curimataú - Cunhaú. *in*: PRONAPA, Result. Prelim. I ano, 1965-6. Publ. Avulsas Mus. Pa. Emílio Goeldi, 6: 121-8. Belém.
— 1971. Considerações preliminares sôbre a arqueologia da bacia do rio Curimataú. *in*: PRONAPA, Result. prelim. IV ano, 1968-9. Publ. Avulsas Mus. Pa. Emílio Goeldi. 15: 179-90. Belém.

Naue, Guilherme, Pedro Ignácio Schmitz y Ítala Irene Basile Becker. 1968. Sítios arqueológicos no município de Rio Grande. *in*: An. II Simp. Arqueolog. Área do Prata. Pesquisas, Inst. Anchietano Pesq., Antrop. 18: 141-52. São Leopoldo.

Naue, Gluilherme, Pedro Ignácio Schmitz, Vander Valente, Ítala Irene Becker, Fernando la Salvia y María Helena Abrahão Schorr. 1971. Novas perspectivas sôbre a arqueologia de Rio Grande. *in*: O Homem Antigo na América. Inst. Pré-Hist. Univ. São Paulo. 91-122. São Paulo.

Núñez Regueiro, Víctor A. 1969. Terminologia arqueológica de Brasil y Argentina. *in*: Etnía, Mus. Etnograf. Municip. Dámaso Arce, 9: 9-14. Olavarría.

Núñez Regueiro, Víctor A. y De Lorenzi, Beatriz N. R. *in lit.* Excavaciones arqueológicas en los Dtos. San Cosme e Itatí (Pcia. de Corrientes, Argentina). En prensa *in*: An. XXXIX Congr. Inter. Americanistas. Lima, 1970.

Pallestrini, Luciana. 1968-9. Sítio arqueológico "Jango Luis". *in*: Rev. Mus. Paulista (NS). 18: 25-56. São Paulo.
— 1969. Sítio arqueológico "Fonseca". *in*: Mus. Paulista Univ. São Paulo. 40 p. São Paulo.

PEROTA, CELSO. 1971. Dados parciais sôbre a arqueologia norte espiritosantense. *in*: PRONAPA, Result. prelim. IV ano, 1968-9. Publ. Avulsas Mus. Pa. Emílio Goeldi. 15: 149-62. Belém.

— 1972. Contribuição à arqueologia de Santa Tereza, no Estado do Espírito Santo. II. *in*: Bol. Mus. Arte Hist., UF Espírito Santo, Antrop. 2. 9 p. Vitória.

— *in lit.* Resultados preliminares sôbre a arqueologia da região central do Estado do Espírito Santo. *in*: PRONAPA, Result. Prelim. V ano, 1969-70. Publ. Avulsas Mus. Pa. Emílio Goeldi. Belém.

PIAZZA, WALTER F. 1969. Noticia arqueológica do vale do Uruguai. *in: PRONAPA*, Result. prelim. II ano, 1966-7. Publ. Avulsas Mus. Pa. Emílio Goeldi. 10: 55-70. Belém.

— 1971. Dados complementares à arqueologia do vale do Uruguai. *in*: PRONAPA, Result. prelim. IV ano, 1968-9. Publ. Avulsas Mus. Pa. Emílio Goeldi. 15: 71-86. Belém.

PRIMERA CONVENCIÓN NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA. 1966. PRIMERA PARTE. *in*: Publicaciones (NS), Inst. Antrop. Univ. Nac. Córdoba, 1 (26). Córdoba.

PRONAPA. Programa Nacional de Pesquisas Arqueológicas. 1970. Brazilian Archaeology in 1968: An interim report on the National Program of Archaelogy Research-PRONAPA. *in*: American Antiquity. 35(1): 1-23. Salt Lake City.

RIBEIRO, PEDRO AUGUSTO MENTZ. 1968. Os sítios arqeuológicos do vale do rio Caí. *in*: An. II Simp. Arqueolog. Área do Prata. Pesquisas, Inst. Anchietano Pesq., Antrop. 18: 153-69. São Leopoldo.

RIBEIRO, PEDRO AUGUSTO MENTZ, HARDY E. MARTÍN, ROBERTO STEINHAUS, LOTHAR HEUSER y GASTÃO BAUMHARDT. 1972. A Redução jesuítica de Jesús - Maria, Candelária, Rio Grande do Sul. *in*: Ciência e Cultura, SBPC. 24:U2. São Paulo.

RIZZO, ANTONIA. 1969. Distribución de sitios arqueológicos en el Departamento de Eldorado, Misiones, Rep. Argentina. *in:* An III Simp. Arqueolog. Área do Prata. Pesquisas, Inst. Anchietano Pesq., Antrop. 20:131-4. São Leopoldo.

— *in lit.* Las últimas investigaciones arqueológicas en la Provincia de Misiones. Presentado en el Primer Congreso Argentino de Arqueologia, 1970, Rosário.

RIZZO, ANTONIA y SCHMITZ, PEDRO IGNÁCIO. *in lit.* Nuevos aportes para la arqueologia de Misiones — Las migraciones Tupiguaraní. Presentado en el Segundo Congreso de Arqueologia Argentina, 1972, Cipolletti.

RODRIGUEZ, AMILCAR A. 1969. Arqueologia del nordeste de Entre Ríos (río Uruguay médio) (Nota preliminar). C.M.C., D.A.F., 31 p. mimeograf., Concórdia.

— 1970. Notas relacionadas con los siitos arqueológicos relevados en Salto Grande, Dpto. de Federación, Pcia. de Entre Ríos, Argentina. Primera Nota. *in*: Rev. Depto. Antrop. Folklore, C.M.C., 1(1):12-20. Concórdia.

ROHR, JOÃO ALFREDO. 1966. Pesquisas arqueológicas em Santa Catarina: *In*: Pesquisas, Inst. Anchietano Pesq., Antrop. 15:21-59. São Leopoldo.

— 1968. Levantamento de sítios arqueológicos em Jaguaruna. *in:* An. II Simp. Arqueolog. Área do Prata. Inst. Anchietano Pesq., Antrop. 18. Est. Leopoldenses, 9:49-51. São Leopoldo.

— 1969. Os sítios arqueológicos do município Sul-Catarinense de Jaguaruna. *in:* Pesquisas, Inst. Anchietano Pesq., Antrop. 22:37 p. São Leopoldo.

SCHMIDT, MAX. 1932. Nuevos hallazgos pré-históricos del Paraguay. *in:* Rev. Soc. Cientif. Paraguay. 3(3):81-95. Asunción.

— 1934. Nuevos hallazgos préhistóricos del Paraguay. *in*: Rev. Soc. Cientif. Paraguay. 3(5):132-6. Asunción.

SCHMITZ, PEDRO IGNÁCIO. 1957. Um paradeiro Guaraní no Alto Uruguai. *in:* Pesquisas, Inst. Anchietano Pesq. 1:122-42. São Leopoldo.

— 1958. Paradeiros Guaranís em Osório (Rio Grande do Sul). *in:* Pesquisas, Inst. An*in:* Pesquisas. 3: 267-324. Porto Alegre.

— 1959. A cerâmica Guaraní da ilha de Santa Catarina e a cerâmica da Base Áerea. *in*: Pesquisas. 3: 267-324. Porto Alegre.

SCHMITZ, PEDRO IGNÁCIO (Coordinador), FERNANDO LA SÁLVIA, GUILHERME NAUE, ÍTALA IRENE BASILE BECKER, JOSÉ PROENZA BROCHADO, JOÃO ALFREDO ROHR y PEDRO AUGUSTO MENTZ RIBEIRO. 1967. Arqueologia no Rio Grande do Sul. *in*: Pes-

quisas, Inst. Anchietano Pesq., Antrop. 16., Est. Leopoldenses, 5:47-78. São Leopoldo.

Schmitz, Pedro Ignácio, Pedro Augusto Mentz Ribeiro, Guilherme Naue, y Ítala Irene Basile Becker. 1970.a. Prospecções arqueológicas no vale do Camaquã, RS. *in*: PréHist. Geral e Brasileira, Inst. Pré-Hist. U F São Paulo. 507-24. São Paulo.

Schmitz, Pedro Ignácio y Ítala Irene Basile Becker. 1970.b. Atêrros em áreas alagadiças no sudeste do Rio Grande do Sul e nordeste do Uruguay. *in*: Inst. Anchietano Pesq., 27 p. mimeograf. São Leopoldo.

Schmitz, Pedro Ignácio, Ítala Irene Basile Becker, Pedro Augusto Mentz Ribeiro, Gastão Baumhardt, Úrsula Baumhardt, Hardy Martin, Roberto Steinhaus y José Proenza Brochado. 1970. c. Arqueologia do vale do rio Pardinho (Primeira Parte). *in*: Pesquisas, Inst. Anchietano Pesq., Antrop. 23. 54 p. São Leopoldo.

Schmitz, Pedro Ignácio y Brochado, José Proenza. 1972. Datos para una secuencia cultural del Estado de Rio Grande do Sul, Brasil. Presentado en el II Congr. Arqueolog. Argentina, Cipolletti, 1972. *in*: Gab. Arqueolog., DCS, IFCH, UF Rio Grande do Sul. 2. 29 p. mimeograf. Pôrto Alegre.

Seminário de ensino e pesquisas em sítios cerâmicos. 1966. Terminologia arqueológica brasileira para a cerâmica. *in*: Manuais Arqueolog. Centro Ensino Pesq. Arqueolog., 1. 22 p. Curitiba.

Silva, Fernando Altenfelder. 1967. Informes preliminares sôbre a arqueologia de rio Claro. *in*: pronapa, Result. prelim. I ano, 1965-6. Publ. Avulsas Mus, Pa. Emílio Goeldi. 6:79-87. Belém.

— 1970. Um esquema interpretativo da arqueologia brasileira. Presentado en el XXXIX Congr. Inter. Americanistas. 22 p. mimeograf., Lima.

Silva, Fernando Altenfelder y Meggers, Betty J. 1963. Cultural development in Brasil. *in*: Aboriginal cultural development in Latin America. An interpretative review. Smithsonian Miscelaneous Collections. 146(1):119-29. Washington.

Silva-Bezerra, Francisco Octávio da. 1971. Relatório da viagem a Montalvânia, realizada no período de 17 a 24 de julho de ... *in*: Bol. Informat. Centro Brasileiro Arqueolog., CBA. 1(4):7-17. Rio de Janeiro.

Simões, Mário F. 1972. Índice das fases arqueológicas brasileiras. Publ. Avulsas Mus. Pa. Emílio Goeldi. 18. Belém.

Steward, Julian H. 1949. South American cultures: a interpretative summary. *in*: Handbook of South American Indians. Bull. Buereau. American Etnology. 135(5):669-772. Washington.

Szmuk, Peter Raphael. 1968-9. Datação de peças arqueológicas pelo método termoluminescente. *in*: Rev. Mus. Paulista (NS). 18:57-104. São Paulo.

Terminologia Arqueológica brasileira para a cerâmica - Revisada e ampliada. 1970. *in lit.* En prensa: Manuais de Arqueologia. Centro Estudo Pesq. Arqueolog., Curitiba.

Trewartha, Glenn *T.*, Robinson, Arthur H., y Hammond, Edwin H. 1961. Fundamentals of physical geography. Mc Graw-Hill. 409 p. New York.

Vera, Robustiano. 1930. Arqueologia Guaraní. Hallazgos de urnas funerárias indígenas. *in:* Rev. Soc. Cientif. Paraguay 2(6):274-80. Asunción.

— 1940. Arqueologia guaranítica. *in*: Rev. Ateneo Paraguayo. 1:62-7. Asunción.

Watson, Virginia D. 1947. Ciudad Real. A Guaraní-Spanish site on the Alto Paraná river. *in*: American Antiquity. 13(2):163-76. Salt Lake City.

OBSERVACIONES SOBRE HERRAMIENTAS E INSTRUMENTOS UTILIZADOS POR LOS GUAYAQUI

Omar A. Gancedo

PROPÓSITO

El objeto de este artículo es dar una descripción de los bienes de la cultura material de las bandas guayaquí, que han sido estudiadas desde 1966 a 1970 en sucesivos trabajos de campo.

HERRAMIENTAS, INSTRUMENTOS

UTENSILIOS

Cestos impermeabilizados. – Las bandas estudiadas, grupos del Yñaro y grupos del Yvytyrusú, lo denominan datẗ. Susnik (1962b: 82) ha registrado la denominación de detti; kici; retti, en estas mismas bandas.

La construcción es efectuada por las mujeres, que confeccionan un cesto con tiras de takwapí (*Merostahys Clausseni*) empleando la técnica del torcido.

El cesto es de forma ovoide y está recubierto por sucesivas capas de cera y resinas vegetales, utilizando la mujer para esta última tarea un instrumento de madera denominado /pètò/.

Presentan una estructura exterior de cuerdas y una banda que permite su transporte. En los ejemplares analizados las cuerdas están construidas con fibras de palma pindó.

Tienen una altura de 26,2 cm a 28 cm; el diámetro máximo es de 27,9 cm a 29,5 cm; el diámetro correspondiente a la abertura de la boca tiene de 12,7 a 17 cm.

El uso de este tipo de cesto ha sido constatado en diversas bandas guayaquí; La Hitte y Ten Kate (1897: 22), Vogt (1903: 858), Bertoni, G. (1924: 106), Vellard (1934: 249-250), Bertoni, M. (1941: 58, Susnik (1962b: 82-83). Es normalmente utilizado para contener miel y líquidos en general.

Ploetz y Métraux (1930: 178, 179) consideran que los cestos recubiertos

con cera tienen muy poca extensión en América del Sur, encontrándose en civilizaciones muy antiguas.

Ha sido documentdo su uso por Koenigswald (1908), Paula (1924), entre grupos *Kaingang* (jê).

En América del Norte se encuentra este tipo de cesto entre los Paiute (familia lingüística Shoshonean) en la zona meridional de Utah, según Mason (1904: 259).

Recipientes de caña. – Recibe el nombre de /krangi/ y está elaborado con un trozo de caña, tawka rucú (*Bambusacea gigante*), según Bertoni, F. (1939: 43), (*Bambusa guadua*).

Presentan las siguientes dimensiones: altura, de 24 cm a 28 cm; diámetro de 5,5 cm a 1 cm; diámetro de la boca de 3 cm a 5 cm. Estos recipientes presentan como fondo el septum de la caña y se utilizan para colectar agua. Susnik (1662b: 73) ha registrado su utilización para guardar pelusas del falcónido. "Kĭmira". Ploetz y Métraux (1930: 166, 167) ha documentado el empleo de este tipo de recipiente entre los botokudos que utilizan para su confección una caña de la especie (Bambusa) y lo emplean para calentar agua y cocinar alimentos, lo mismo se observa entre los purí (jê).

Recipientes confeccionados con el mate (*Lagenaria siceraria*) [1] – Este elemento puede ser dividido en dos grupos de acuerdo a su uso: los que son empleados para guardar plumón / vizú / y los que son usados para guardar líquidos / zuru /.

Vizú. – Para este tipo de recipiente se elijen los mates de medidas reducidas. Su confección es muy simple, solo se le practica una abertura en su parte superior, la cual es usada para colocar el plumón en su interior, este tipo de plumón es empleado para ser adherido al cuerpo. No presentan decoración.

Zurú. – Presentan formas muy variadas y se caracterizan por tener medidas amplias. Presentan una abertura en la parte superior o en el costado. Los que presentan una abertura en el costado se utilizan para tomar agua directamente del recipiente. Pueden ser empleados por cualquier miembro del grupo independientemente de su sexo o edad. Uno de los ejemplares presenta una red de *Philodendron bipinnatifidum*, para su transporte.

Muchos de estos recipientes presentan decoraciones realizadas con una punta caliente, y consiste en formas geométricas simples.

Observaciones sobre el empleo del mate (*Lagenaria siceraria*) *y de la calabaza (Curcubita moschata).* – El empleo de la legendaria sinceraria por parte de los guaraní esta ampliamente documentado, siendo utilizados sus frutos como recipientes para líquido. Es importante señalar que esta planta es producto del cultivo para poder obtener sus frutos, que una vez secos se utilizan para elaborar recipientes. Los guayaní por lo tanto han obtenido estos frutos secos de los cultivos de los guaraníes o de aquellas plantas que se han propagado naturalmente a partir de las plantas cultivadas. En la situación que

[1] Determinaciones efectuadas por el doctor Thomas W. Whitaker. United State Department of Agriculture. La Jolla. California.

se encuentran en la actualidad en la reserva hacen un mayor uso de este elemento teniendo plantas cultivadas por sugerencias del encargado de la reserva.

Algunos autores al referirse a los recipientes hechos por los guayaquí, dicen que son de calabaza, pero esta información debe tomarse con cuidado ya que a veces se utiliza en forma general el término de calabaza para designar a los frutos de la *Lagenaria siceraria*, de *Crescentia*, de *Curcubita moschata*, e incluso de *Lecythis*. De acuerdo a este criterio no se tendrán en cuenta las determinaciones que no hayan sido realizadas por un especialista en Botánica, dedicado a la clasificación de estos frutos.

UTENSILIOS DE COCINA

Pincel utilizado para miel y substancias grasas. – Se denomina /kotó/ y se confecciona con un trozo de palmera, al cual se le machaca un extremo, presentando entonces una gran cantidad de filamentos que le dan el aspecto de un pincel. Su largo total presenta marcadas diferencias, 20 cm a 33 cm.

Vellard (1934: 242) registró el uso de este pincel entre las bandas del grupo norte. En la actualidad el empleo de este elemento es muy conocido por los investigadores. Susnik (1962b: 72), Cadogan y Colleville (1964: 41). las tribus de los Ashluslays, confeccionados en caraguatá.

Nordenskiold (1912: 53) registró el uso del pincel para comer miel entre

Ploetz y Métraux (1930: 149) señala la presencia de este elemento entre los botokudos y los indios meleros del Matto Grosso.

Fuentes. – Se confeccionan con el caparazón de una tortuga y se denominan /krombé/. Se utiliza para guardar larvas, líquidos espesos.

Cajas. – El caparazón del tatú es empleado para almacenar resinas /icí/, esta resina es utilizada como adherente para fijar el plumón en el cuerpo de los indígenas y como elemento que persigue fines curativos.

HERRAMIENTAS E INSTRUMENTOS DE USO GENERAL

Cuchillos. – Se utiliza para su construcción el tallo de takwarembó (*Chusquea ramossisima*), del cual se obtienen láminas muy cortantes, dado que presentan un gran filo pueden ser utilizadas para cortar las barbas y el pelo, antes de la introducción de los elementos provenientes de nuestra cultura se utilizaban para cortar carne y materia de poca consistencia.

Su empleo ha sido registrado por Bertoni, G. (1939: 23), Bertoni, M. (1941:60). Susnik (1962:118) presenta un extenso vocabulario referido a este elemento.

Ploetz y Métraux (1930: 179) ha documentado este tipo de cuchillo entre los botokudos.

Espátulas de madera. – Se confeccionan con un trozo de madera de /zivité/ (Holocalyx Balansae). En los ejemplares que he podido observar su largo es de 10 cm a 12 cm; ancho mínimo de 3 cm a 5 cm, ancho máximo de 4 cm a 6.5 cm; espesor de 0,3 cm a 0,5 cm.

Es empleado por las mujeres para colocar resina en el cuerpo de los hombres. También se utiliza para recubrir los cestos con resina (datti). Recibe el nombre de /pètò/.

Instrumentos para acepillar superficies planas. – La idea de su confección tan sencilla demuestra un gran ingenio en su creación, puesto que al golpear contra una piedra cuidadosamente una concha de gasterópodo pulmonado terrestre (*Strophoceilus oblongus*), se produce una abertura en el anfracto basal de la concha, quedando por lo tanto confeccionado un instrumento que recibe el nombre de /titá/. Se utiliza colocando el instrumento en la mano y con la abertura sobre la madera a pulir se lo hace avanzar bajo presión, lo mismo que si estaría utilizando un cepillo de carpintero. Cuando las necesidades del trabajo lo requieren se abren nuevas perforaciones. Es abandonado cuando se ha desgastado por el uso, registrándose este reemplazo muy rapidamente.

Vellard (1934: 247) hace notar que este instrumento es utilizado por los botokudos y se encuentra en los yacimientos arqueológicos de la Argentina y Brasil.

De acuerdo a la muestra que he obtenido de 25 instrumentos en el terreno, las medidas oscilan: largo, 5 cm a 7 cm; ancho, 3 cm a 4,2 cm, y el número de aberturas es de 2 a 4.

BIBLIOGRAFÍA

Ambrosetti, J. B. 1894. "Segundo viaje a Misiones por el Alto Paraná e Iguazú", en *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, T. XV, Buenos Aires.

Bertoni, G. T. 1924. "El indio guayaqui. Una raza interesante y mal conocida", en *Annaes do XX Congreso Internacional de Americanistas*, Vol. 1, págs. 103-110, Río de Janeiro.

– 1939. "Diccionario guayaquí-castellano", en *Revista de la Sociedad Científica el Paraguay*, Vol. IV, Nº 5, págs. 3-48, Asunción.

Bertoni, M. S. 1941. "Los guayakíes", en Revista de la *Sociedad Científica del Paraguay*. Vol., V. Nº 2, págs. 1-62. Asunción.

Bianchi, M. 1967. "La colección quayaquí existente en el Museo Etnográfico", en *Runa*, Vol. X, págs. 389-405, Buenos Aires.

Boman, E. 1919. "Las calabazas de los indios antiguos y actuales de la América del Sud: *Lagenaria crescentia* y lecythis-Physis 4º. 563-564.

Bormida, M. 1961-62. "Los ge. Panorama Etnológico", en *Revista del Instituto de Antropología*, T. II-III, págs. 135-176, Córdoba.

Cadogan, L. 1960. "Algunos textos guayaquí del Iñaro (Paraguay)", en *Boletín de la Sociedad Científica del Paraguay y del Museo Etnográfico*, Vol. IV, Etnografía 4, págs. 1-53. Asunción.

Cadogan, L. y Colleville, M. De 1964. "Les indiens guayaki del Yñaro (Paraguay)", en *Bulletin de la Faculté des letres de Strasbourg Tilas*, IV, págs. 21-54 (Separata). Strasbourg.

Crisci, J. V. y Gancedo, O. A. 1971. "Sistemática y Etnobotánica del Guembe (Philodendron Bipinnatifidum) una importante Aracea Sudamericana, en *Revista del Museo de La Plata* (n. s.) Sección Botánica, T. XI, págs. 285-302. La Plata.

Gancedo, O. 1972. "Fonología segmental de un dialecto guayaquí", en *Relaciones*, T. VI, (n. s.). Buenos Aires.

Hartman, C. V. 1910. Le calebassier de l'Amerique tropicale (*Crescentia*). Etude d'ethnobotanique. Journal de la Société des Américanistes, n. s. vol. 7, págs. 131-143. Paris.

Koenigswald, K. V. 1908. "Die coroados in suedlichen Brasilien", en *Globus*, T. XCIV, Braunschweig.

La Hitte y Ten Kate, A. 1897. "Notes ethnographiques sur les indies guayaquís et description de leurs caractéres physiques", en *Anales del Museo de La Plata*, T. II, págs. 5-38. La Plata.

MASON, O. T. 1904. Aboriginal American basketry: studies in textile art without machinery, *Smithsonian Institution*, Washington.

MÉTRAUX, A. 1928. *La civilization matérielle des tribus tupí-guaraní*. París.

NORDENSKIOLD, E. 1912. "La vie des indiens dans chaco", en *Revue de Géographie*, T. VI, fasc. III, París.

PAULA, J. M. De. 1924. "Memoria sobre os Botocudos do Paraná e Santa Catharina", en *Annaes do XX Congreso Internacional de Americanistas*, Río de Janeiro.

PLOETZ, H. y MÉTRAUX, A. 1930. "La civilization matérielle et la vie sociale et religieuse des indies Zé du Brésil meridional et oriental", en *Revista del Instituto de Etnología de la Universidad Nacional de Tucumán*, T. I, entrega 2ª, págs. 107-238. Tucumán.

SUSNIK, B. 1961. "Estudios guayaki", en *Boletín de la Sociedad Científica del Paraguay y del Museo Etnográfico*, Vol. V, Etnolingüística 6, págs. 1-217. Asunción.

— 1962a. "Vocabulario acé-guayaki (parte tercera)", en *Boletín de la Sociedad Científica del Paraguay y del Museo Etnográfico*. Vol. VI, Miscelánea 3, págs. 105-220. Asunción.

— 1962b. "Catálogo de los objetos recogidos entre los guayakíes y los chiripas", en *Boletín de la Sociedad Científica del Paraguay y del Museo Etnográfico*. Vol. VI, Miscelánea 3, págs. 69-104. Asunción.

VELLARD, J. 1934. "Les indiens Guayaki", en *Journal de la Société des Américanistes* (n. s.) T. XXVI (fasc. 2), págs. 223-292. París.

VOGT, F. 1902. "Material zur Ethnographie und Sprache der Guayakí-Indianer", en *Zeitschrift für Ethnologie*, T. XXXV, Heft VI, págs. 849-874. Berlín.

LA INDUSTRIA INDÍGENA DEL HUESO EN EL NORDESTE ARGENTINO SEGÚN LAS REFERENCIAS DE ALGUNAS FUENTES

Osvaldo C. Chiri

I. INTRODUCCIÓN

Cabe hacer presente, ante todo, que dentro del término "hueso" hemos comprendido también el material sobre asta, cornamenta, dientes, garras, picos de ave, espinas y defensas de pescado, caparazón de quelonios y de mamíferos desdentados, etc., vale decir, el material "osteodontoquerático" de ciertos autores.

Indudablemente, la escasez de materia prima para la elaboración de artefactos líticos, debida a la constitución geológica de la mayor parte del área Nordeste de nuestro país impuso a los primitivos habitantes de la misma, en su mayoría cazadores, pescadores y recolectores, la necesidad de utilizar sucedáneos, y de allí el amplio empleo del hueso, madera y valva, comprobado en los numerosos yacimientos arqueológicos estudiados en el área, como también a través de las relaciones de cronistas y viajeros y del trabajo de los etnógrafos.

Es menester hacer resaltar la falta de tipología adecuada en lo atinente al material óseo, tarea, por otra parte, nada fácil. Además, en ciertos casos, las afirmaciones de algunos autores deben tomarse con mucha cautela dado que no parecen corresponder exactamente a la realidad. Citaremos a este objeto un solo ejemplo: "Armas también las usaron los Güenoas iguales a las otras naciones de aquende y allende el Uruguay, garrotes (macanas), dardos y flechas de piedra, de *espinas de armado* ó de madera dura... (el subrayado es nuestro) (Benigno T. Martínez, Etnografía del Río de la Plata, 1901). Al respecto cabe señalar que en ninguno de los yacimientos arqueológicos que investigamos con el "Grupo de Trabajo de Arqueología" dirigido por el doctor Ciro René Lafon, entre los centenares de defensas de armado (que estimamos son las "espinas" a que se refiere el citado autor) halladas, no hemos encontrado una sola que evidencie haber sido utilizada para el fin precitado, y sí algunas con rastros de trabajo que sugieren su uso como escarificadores. Estas

defensas son sumamente quebradizas, características que las torna inadecuadas para puntas de proyectil, circunstancia que sin duda no escapó a la aguda observación de los indígenas.

Es de lamentar que las fuentes consultadas no registren cómo y con qué se trabajaba el hueso, aunque sin duda para ello —dada la escasez de material lítico— desempeñaron papel preponderante los dientes de palometa, la valva y la arena.

Seguramente, el inventario de artefactos óseos es mucho más amplio que el señalado por las fuentes precitadas así, por ejemplo, excavaciones llevadas a cabo en el área por el "Grupo de Trabajo" permitieron recuperar artefactos que podrían designarse como leznas, puñales, huesos decorados sin funcionalidad aparente, y tantos otros mencionados en los trabajos de los investigadores de la zona.

Para no extendernos más, dado el espacio disponible, pasamos a transcribir las citas que hemos extraído, sin comentarlas, con la esperanza de que el trabajo sirva de alguna manera para esclarecer y facilitar la labor de los estudiosos de la arqueología y etnografía del área.

II. EMPLEO DEL HUESO EN LAS ARMAS

"...Las armas de aquellas gentes salvajes son flechas, y los hierros de ellas son pedernales ó huesos de pescados..." (Oviedo, 1852, p. 179).

"El escudo era concha de pescado", (Barco Centenera, 1900, Canto XIII, p. 246).

"Urambía las armas señalaba,
Que son pica, macana y palometa", (Barco Centenera, 1900, Canto XX, p. 289).

"Las únicas de que usaban eran las comunes en toda la América: arcos, flechas, lanzas, macanas, el tembetá ó quijada de palometa, que es muy fuerte y cortante, y aun de las bolas ó libes, que manejaban con sigular ligereza". (Diego de Alvear, 1836, p. 10 — armas de los guaranís).

"Nunca se despojan del brazalete del brazo izquierdo, que es bien largo tejido de cerdas, ciñéndose con él para no lastimarse con la cuerda del arco, y para envolver en él el arma o cuchillo hecho de las quijadas y dientes de la palometa;..." (Lozano, 1941, página 71).

"Fuera de esa arma usan de macanas, y un cuchillo formado de las quijadas de la palometa, pescado de que abundan aquellos ríos, y son a modo de sierras tan agudas y fuertes, que engastadas en un palo cortan aunque sea la cabeza de un hombre, con la presteza y facilidad que se cortara con una navaja de barbear muy afilada..." (Lozano, 1941, p. 73).

"...Las armas de que todos usan, son flecha, macana y dardo, que labran pulidamente de cierta madera muy dura; son muy largos, que tendrán quince palmos, y muy pesados; pero los juegan con mucha destreza y habilidad. La punta labran de asta de venado, y no la encajan apretada en el dardo, sino antes holgada, y le atan un cordelillo, para que en metiéndola en el cuerpo del enemigo, y sacando con presteza el dardo, quede dentro la punta, y apresado el enemigo con la cuerda, porque la punta no puede salir del cuerpo, sino haciendo mayor herida, porque en la parte por donde se encaja en el dardo le labran una lengüeta, que impide la salida [1]. A los enemigos que hieren en la guerra, si tienen tiempo, les cortan indefectiblemente la cabeza, en que son muy diestros, pues en un momento les buscan las coyunturas, y las siegan con su cuchillo ordinario formado de las quijadas de la palometa". (Lozano, 1941, p. 84).

"Traia el indio por morrion, un cuero de anta en la cabeza, por escudo una concha grande de cierto pescado,..." (Lozano, 1874, T. III, p. 161).

"Avestruces... De los huesos de sus canillas, hacen lengüetas de flechas, y también flautas o silbatos". (Sánchez Labrador, 1910, T. I, p. 210/211).

"...Su ejercicio bien frecuente es hacer las puntas para las flechas y hastas para lanzas. Las primeras sacan de las canillas de los animales, especialmente de avestruces...," (Sánchez Labrador, 1910, T. I, p. 296/297).

"...La punta o lengüeta es de hueso, como ya se dijo. Lábranla con prolijidad y la dejan tan cortante por los lados que abre sin dificultad brecha. Por el medio conserva parte de la concavidad del hueso y parece acanalada. (2). No se sacan aletas á los lados, pero con otro artificio dificultan que salga sin mucho dolor, si una vez entra. En la parte opuesta á la punta le hacen una pequeña curvatura, hasta la cual llega el cordel con que la aseguran á la otra pieza, quedando algo sobresaliente la dicha curvatura. Esta que puede llamarse uña, no impide que la flecha penetre, y estorba que salga sin romper mucho la herida. La segunda parte es un palo del grosor del dedo menor al que atan la dicha punta. Es correoso, liviano y de color que tira a morado. No se le conoce división de nudo alguno por su extremada pulidez. Este palo con el hueso hacen poco menos que la mitad inferior de la flecha. La otra mitad superior está compuesta de una especie de caña, sin nudos, fuerte y ligera." (Sánchez Labrador, 1910, T. I, p. 313).

"...Guardan las canillas de los avestruces para puntas de sus flechas..." (Sánchez Labrador, 1910, T. II, p. 223).

"...Y estando assi cubiertos con el humo mataron dos cristianos y descabeçaron doze indios de los que consigo lleuaua, desta manera: tomandos por los cabellos y con vnos tres o cuatro dientes que traen en un palillo, que son de vn pescado que se dize palometa. Este pescado corta los anzuelos con ellos, y teniendo a los prisioneros por los cabellos, con tres o cuatro refregones que les dan corriendo la mano por el pescuezo y torciéndola vn poco, se la cortan y quitan la cabeça..." (Alvar Núñez Cabeza de Vaca, 1906, T. I, p. 221).

[1] La descripción de las puntas de arpón, muy comunes en los yacimientos arqueológicos del área es completamente clara. El doctor Luis María Torres en su importante obra: "Los primitivos habitantes del Delta del Paraná" (Buenos Aires, 1911) las describe en parecida forma ilustrándolas en pp. 175, 176, pero sin mencionar a Lozano, expresando que Zeballos les llama "silbatos", "impropiamente a mi juicio"; en este sentido, cabe expresar que Zeballos señaló esa posibilidad por el uso que le daban los peones que utilizó en su excavación del "túmulo de Campana", pero sin afirmarlo categóricamente. Por su parte, el eminente etnógrafo sueco, Erland Nordenskjöld publicó un artículo en el "Journal de la Societé des Americanistes de Paris" - 2ª Serie - Tomo XVII - 1925 - pp. 267-269, en el que consideraba incorrecta la explicación de Torres, afirmando en cambio que se trataba de una suerte de lerchas o "ensartadores de peces", basándose para ello simplemente en que un indio Matako que había concurrido al ingenio azucarero de Esperanza (Jujuy) en procura de trabajo le obsequió una de estas puntas, y además por comparación con las agujas de madera empleadas para tales fines por los Ashlushlay (que por otra parte son completamente diferentes). A nuestro modo de ver, la interpretación de Torres es correcta y corresponde en un todo a la descripción de Lozano; en cuanto a lo expresado por Nordenskjöld, sin dejar de reconocer su indiscutida autoridad en la materia, nos parece un tanto vago, no obstante lo cual Lothrop en su excelente trabajo sobre los indios del Delta del Paraná afirma que Nordenskjöld "ha demostrado que servían para ensartar pescados".

[2] ¿Habrá de verse en esto alguna afinidad con las puntas líticas acanaladas?

"...Los bárbaros, antes de conocer el uso del hierro, colocaban la punta de un cuerno de este ciervo en sus lanzas y causaban con ellas unas heridas muy considerables. Aún en mi tiempo, cuando yo estaba entre los abipones, los ancianos y pobres usaban aún las lanzas con cornamenta de ciervos 351 y eran muy temidos." (Dobrizhoffer, 1967, T. I., p. 381).

"Palometa... Se ha de encontrar tanto más/418 creíble ésto si digo que las mujeres abiponas usan aún hoy día las quijadas de las palometas a guisa de tijeras de esquilar ovejas y que en el pasado los mismos abipones antes de tener cuchillos de hierro les cortaban con ellas las cabezas a los Españoles." (Dobrizhoffer, 1967, T. I., p. 439).

"...A veces raspan la herida con un diente de cocodrilo utilizando a modo de cuchillo..." (Dobrizhoffer, 1968, T. II., p. 319).

"Cuando aún desconocían el hierro emplearon para combatir lanzas de madera a las que les habían fijado en la punta cuernos de ciervo,..." (Dobrizhoffer, 1968, T. II, p. 364).

"...Hacen las flechas, cuya longitud oscila entre una braza y un palmo, con caña y tienen como punta un hueso, una madera durísima o un hierro." (Dobrizhoffer, 1968, T. II, p. 366).

"Las puntas de madera son más peligrosas que las de hierro; y las de hueso (preparadas con tibias de zorro) son más fuertes." (Dobrizhoffer, 1968, T. II, p. 366).

"Las heridas producidas por las flechas son más peligrosas y nocivas a la carne humana por la madera o hueso que se utiliza para hacerlas." (Dobrizhoffer, 1968, T. II, p. 427).

III. EMPLEO DEL HUESO COMO ESCARIFICADORES O PUNZONES

"...El duelo de los varones solo dura la mitad del tiempo que entre los Charrúas, y es el descrito en el núm. 23; pero en vez de pasarse las cañas, se atraviesan una espina gruesa de pescado, metiéndola y sacándola, como quien cose, por las piernas y muslos interior y esteriormente, también desde la muñeca al codo." (Azara, 1943, p. 113).

"...Al amanecer del día siguiente beben mucho aguardiente, y estando todos borrachos, cogen unos á otros la carne que pueden de un pellizco, y la atraviesan de parte á parte con un punzón de palo, ó con una gruesa espina de Raya. Lo mismo repiten con intérvalos mientras dura el día, sin quedar uno que no esté atravesado en las piernas, muslos y brazos desde la muñeca al hombro, con intérvalo de una pulgada de un agujero al otro. También se atraviesan de parte á parte muchas veces la lengua y el miembro viril, y no se ocultan para estas cosas..." (Azara, 1943, p. 147).

"...y sirviendo ellos hasta edad de quince, dieciséis y diecisiete años, en que van cobrando brío, y dando muestras de valentía, haciéndose en orden a eso punzar los brazos muchas veces con las puntas del pez llamado raya..." (Lozano, 1941, p. 74).

"...y aunque el dolor sea tan intenso como se deja entender, el mancebo se ha de estar inmóvil, como si le peinaran sin quejarse, por no dar indicios de cobardía; después le pasa con un hueso de venado los miembros aun el que más le ocultó la naturaleza y con la sangre que sale de ellos, le untan y ensangrentan la cabeza..." (Lozano, 1941, p. 75.)

"...cuanto toma siete huesos de venado muy aguzados o espinas del pescado raya, y los reparte a los soldados veteranos, que él mismo escoge; éstos, llegando al puesto en que está cantando, que es fuera de la ranchería, le cogen el miembro natural, y con el dicho hueso o espina se le traspasan de parte a parte cuatro o cinco veces cada uno como y por donde quiere haciéndosele una criba, y el mártir del demonio se está inmóvil sin quejarse, embijándole luego la cabeza y cuerpo con su propria sangre..." (Lozano, 1941, p. 75).

"Todas las mujeres se pintan los rostros, pechos y brazos al modo que en África y España las moras, y las más principales con más labores, que nunca se borran, porque desde que nacen comienzan sus madres a grabarles los colores en la misma carne con unas espinas gruesas de ciertos pescados..." (Lozano, 1941, p. 85).

"...punçanse braços, muslos, lengua con vna espina de raia, y con la misma cinco viexos otras tantas veces cada vno (o fiera barbaridad) le atraviesan las partes mas sensibles,..." (Vitelleschi, en Pastells, 1915, T. II, p. 103).

"La prueba para recibir este grado de mancebo los soldados, es penosa. Un soldado veterano les traspasa el miembro natural y en otras partes con un hueso de tigre aguzado; con la sangre que sale le untan de pies a cabeza, y queda graduado, con tal que haya estado como insensible y sin dar la menor muestra de dolor, porque esto fuera manifestar cobardía." (Sánchez Labrador, 1910, T. I, p. 316).

"...Tienen unos punzones hechos de huesos de tigre, poco menos gruesos que el dedo meñique. Con este instrumento se taladran de parte á parte las pantorrillas junto al talón del pie y cerca de las corvas. Del mismo modo barrenan ó abren agujero en los muslos, en los brazos y algunos junto á la cintura...".

"...Los de edad de 12 años, á 16 tienen su particular fiesta, que les sirve de ensayo para hombres. El que se ha de despojar la puericia, se pinta bellamente de colorado y blanco; vístese cuantas galas de plumas, cuentas y metales tiene: Dispone el tamborilillo: toca y canta toda una noche y el siguiente día hasta que el sol se pone. Antes

de ocultarse el planeta un Nigienigi ó médico inhumano toma el punzón de hueso de tigre. Así armado, le punza en varias partes de su cuerpo, sin ocultar las que oculta el recato..." (Sánchez Labrador, 1910, T. II, p. 8).

"Para avivar el valor, antes de acometer á los enemigos, se punzan con huesos aguzados de tigres, en brazos, costados y pantorrillas" (Sánchez Labrador, 1910, T. II, página 21).

"...labranse las caras con vnas puas de rayas y los beços y las orejas traen horadados..." (Alvar Núñez Cabeza de Vaca, 1906, T. I, p. 279).

"...; las mugeres destos indios son muy feas de rostros, porque se los labran y hazen muchas rayas con sus puas de rayas que para aquellos tienen, ..." (Alvar Núñez Cabeza de Vaca, T. I, p. 298).

"...Estos dejan los cuerpos y retiran sólo los dientes junto con algunos huesitos de la espina dorsal con los cuales por ser duros como acero y filosos y elásticos cual lesnas, suelen por jactancia perforar sus articulaciones cuando ellos beben en conjunto, una costumbre de la cual hablaremos más en otro lugar..." (Dobrizhoffer, 1967, T. I, p. 393).

"Raya... Es admirable como para sangrar, los Abipones usan impune y felizmente a guisa de lanceta tal aguijón venenoso." (Dobrizhoffer, 1967, T. I, p. 438).

"...Pues en las competencias públicas se incan cruelmente el pecho, los brazos, la lengua —da vergüenza decirlo— con un hacecillo de espinas o con agudos huesos del dorso de los cocodrilos, produciendo gran efusión de sangre." (Dobrizhoffer, 1968, T. II, p. 48).

"...Le hace desnudarse el pecho y la espalda y lo frota fuertemente por todas partes con una agudísima mandíbula de pescado, (que los españoles llaman palometa), desgarrándolo." (Dobrizhoffer, 1968, T. II, p. 84).

"...se pinchan el pecho y los brazos con huesos muy afilados de cocodrilo o con espinas agudísimas, y no pocas veces se atraviesan la misma lengua. Lo que algunos se perforan, basta ya, me avergüenza escribirlo porque tocaría al pudor del lector, y aunque me es muy sabido, apenas podría parecer verosímil y sumamente peligroso." (Dobrizhoffer, 1968, T. II, p. 449).

IV. EMPLEO DEL HUESO COMO ADORNO

"...Otros adornos de singular estimación, propios de algunas naciones, son los pendientes y collares de piedrezuelas, y dientes de animales que ensartaban para colgarlos. Aquellas feísimas viejas, que hacen el oficio de harpías en la muerte de los prisioneros, gozan el privilegio de arrancar los dientes y muelas de los difuntos para ensartarlos en testimonio de su valentía; y cierto que lo es tanto atrevimiento con los muertos... Algunos taladran las orejas con notable deformidad, otros se abren el labio inferior, del cual cuelgan el tembetá, ó quijada de la polometa." (Guevara, 1900, p. 43).

"...recibíanle, en la puerta del palenque seis viejas mas inmundas que las mismas harpías, pintadas de colorado y amarillo, y con collares, no de piedras preciosas, ó margaritas, sinó de dientes afilados que sacaron de las calaveras de otros miserables que ayudaron también á martirizar..." (Lozano, 1874, T. I, p. 390).

"...Al cuello traen los varones, un collar largo de dientes de animales de que se valen en vez de instrumentos de hierro para labrar con curiosidad prolija sus armas." (Lozano, 1874, T. I, p. 415-416).

"...y le ponen mucha plumería y cuentas blancas que hazen los indios, de hueso y de piedra blanca..." (Alvar Núñez Cabeza de Vaca, 1906, T. I, p. 199).

"...He conocido un Abipón de la tribu Yaaukanigas que en toda ocasión de ir a un combate, se ataba a la nariz un gran pico de Tucán para aparecer tanto más terrorífico a los enemigos que intentaban atacar nuestra reducción." (Dobrizhoffer, 1967, T. I, p. 415).

"...Es común a los abipones, como a la mayoría de los indios americanos, atravesarse el labio inferior con un hierro o una aguda caña; una vez preparado el orificio, unos introducen en él una caña; otros un tubo lleno de huesos..." (Dobrizhoffer, 1968, T. II, p. 38).

"...Sin embargo algunos ancianos se perforan las orejas con cuernos, maderas, trocitos de huesos, astillas de varios colores." (Dobrizhoffer, 1968, T. II, p. 40).

"Conocí a un abipón que cada vez que combatía se ponía como si fuera un casco, un horrible adorno, que consistía en la cabeza de un ciervo con sus cuernos. Algunos para pelear atan a sus narices un pico de tucán, largo como un palmo." (Dobrizhoffer, 1968, T. II, p. 388).

"...con las orejas perforadas en las que llevaba trocitos de cuernos de buey como aretes..." (Dobrizhoffer, 1970, T. III, p. 133).

"...Sus orejas están perforadas. En lugar de pendientes, usan ciertos trozos de ballena, parecidas al nácar..." (?) (Sepp., 1971, T. I, p. 172).

"...Sus cuellos están escamados como con verdaderas escamas de pescado, pues llevan un adorno de ballena, que parece de nácar, al cuello; del mismo material son también sus brazaletes..." (Sepp., 1971, T. I, p. 174).

V. EMPLEO DEL HUESO COMO UTILES

"Si se detienen mas en un sitio, usan de una azada que hacen acomodando una paletilla de vasa ó caballo á un mango." (Azara, 1943, p. 156).

"Al caimán es muy semejante en voracidad la Palometa, larga palmo y medio y casi otro tanto de ancho: los dientes tiene dispuestos á manera de sierra, y son fortísimos y tenacísimos. Los Guaycurús hacen de su quijada sierras para cortar palos..." (Guevara, 1900, p. 71).

"...Al cuello traen los varones, un collar largo de dientes de animales de que se valen en vez de instrumentos de hierro para labrar con curiosidad prolija sus armas." (Lozano, 1874, T. I, p. 415 y 416).

"Omageladi... Sus dientes son muy fuertes, afilados y unidos a las quijadas, dispuestos en forma de sierra... Los Guaycurús se aprovechan de estos dientes y los usan en lugar de tijeras...". (Sánchez Labrador, 1910, T. I, p. 220).

"Palometa... Se ha de encontrar tanto más/418 creíble ésto si digo que las mujeres abiponas usan aún hoy día las quijadas de las palometas a guisa de tijeras de esquilar ovejas..." (Dobrizhoffer, 1967, T. I, p. 439).

VI. EMPLEO DEL HUESO COMO INSTRUMENTOS MUSICALES

"...cuelgan de las muñecas las pezuñas de ciervos, para que suenen dando unas con otras..." (Azara, 1943, p. 145-146).

"...y al pié de él está la hija, ó muger del que celebra el convite, con un báculo ó caña en la mano de cuya superior extremidad pende multitud de uñas de javalíes y venados." (Guevara, 1900, p. 44).

"Avestruces... De los huesos de sus canillas, hacen lengüetas de flechas, y tambien flautas ó silbatos...". (Sánchez Labrador, 1910, T. I, p. 210-211).

"...La flauta está hecha de huesos de canilla de avestruz... Tiene también el flautero cornetas rústicas y lúgubres fabricadas de un cuerno..." (Sánchez Labrador, 1910, T. I, p. 309).

"No es otra cosa esta bocina que un cuerno de vaca... De cuando en cuando tocan una plantilla (hecha de barro, madera ó hueso)...". (Sánchez Labrador, 1910, T. II, p. 4).

"...Su cola larga con la cual los Abipones se construyen pífanos de guerra es igualmente acorazada." (Dobrizhoffer, 1967. T. I, p. 390).

"Flautas, cuernos y otros tipos de bastones de mando que llevan a la guerra: Lahaure." (Dobrizhoffer, 1968, T. II, p. 375).

"Se preparan para lucha con clarines, cornetas, cuernos y bocinas tan distintas en el sonido como en la forma y material. Braman los de cuerno, suenan las de madera o de hueso preparadas con tibias de grandes aves o de animales cuadrúpedos y silban agudamente." (Dobrizhoffer, 1968, T. II, p. 397).

"...para ello fijan una caña, a la cola de un animal (que los españoles llaman armadillo, los guaraníes tatú, los abipones Yauí Yauíklaip o Katoiraik y el pueblo de Paracuaria Kirikintschú)" (Dobrizhoffer, 1968, T. II, p. 397).

VII. EMPLEO DEL HUESO EN LA MEDICINA ABORIGEN

"...En esta postura coge el médico un hueso de tigre con punta y pasa la carne de una á otra parte, cuantas veces gusta..." (Sánchez Labrador, 1910, T. II, p. 44).

"...Los indios colocan en el lomo herido del caballo, aunque raras veces con el resultado deseado, ya la raíz mascada de Quaycurú, ya sebo derretido de tigre, ya la ceniza de una concha quemada de un animal peludo, llamado por los Españoles armadillo o quirquincho y por los Guaraníes tatupoyú..." (Dobrizhoffer, 1967, T. I, p. 342).

"...Los abipones llevan, ya en un cordel en el brazo o venden a los Españoles en alguna ocasión, los dientes de cocodrilo que los americanos estiman altamente como medio preservativo o curativo contra las mordeduras de las serpientes." (Dobrizhoffer, 1967, T. I, p. 393-394).

"...Emplean para ésto, a modo de tenacillas, la mandíbula del pez palometa...". (Dobrizhoffer, 1968, T. II, p. 213).

"...Otros punzan la encía vecina al diente enfermo con una espina de raya...". (Dobrizhoffer, 1968, T. II, p. 218).

"...A veces cuando se sienten muy cansados por el calor o afiebrados, se sacan un poco de sangre punzando el brazo o la pierna con un cuchillo. Usan a modo de bisturí una espina de pez (que en Español se llama raya y en abipón Eparañik), y secan la vena no sin acierto." (Dobrizhoffer, 1968, T. II, p. 250).

"En el río Paraná, en las ciudades guaraníes de la Virgen de Loreto y de Corpus Christi abunda un pez (no/282 recuerdo su nombre), cuyos huesos pulverizados mezclados con agua ayudan a los que padecen de estangurria...". (Dobrizhoffer, 1968, T. II, p. 256).

"Los españoles llevan un diente de cocodrilo colgado del cuello o del brazo, y los indios creen que con esto se defienden contra las mordeduras de víbora. Para éstas obtienen raspando el diente de cocodrilo un polvo que beben mezclado con agua... Calman los dolores o molestias de muelas con uñas de tigre calcinadas y mezcladas con alumbre." (Dobrizhoffer, 1968, T. II, p. 256).

"...El cascabel que la serpiente lleva anexo a la cola lleno de veneno mortífero, es una noble medicina. Reducido a polvo, se lo coloca en los dientes doloridos y los cura desapareciendo por su propia virtud/284 toda sensación de dolor.". (Dobrizhoffer, 1968, T. II, p. 257).

"Para algunos indios resulta como un áncora de salvación aplicar a la herida la cabeza de la serpiente venenosa machacada, a la que la agregan la saliva de un hombre en ayunas; y aplican este remedio frotando suavemente sobre la parte herida." (Dobrizhoffer, 1968, T. II, p. 293).

"Los abipones y los jinetes mocobíes llevaban colgado del cuello o del brazo un diente de cocodrilo, porque aseguraban que este amuleto las asustaba.". (Dobrizhoffer, 1968, T. II, p. 314).

"...A veces raspan la herida con un diente de cocodrilo utilizando a modo de cuchillo, y succionan la parte afectada; luego vierten sobre ésta agua y a la vez presionan la zona lastimada con el diente de cocodrilo." (Dobrizhoffer, 1968, T. II, p. 319).

"Nuestro farmacéutico entre los tucumanos de Córdoba probó esta virtud de los dientes de cocodrilo, y administró a dos perros la misma porción del terrible veneno con un pedazo de carne de vaca. Ató al cuello de uno de ellos un diente de cocodrilo y al otro no. Este último después de unas pocas horas murió, y el primero sobrevivió; fue salvado por obra de aquel diente. Yo, sin embargo, nunca pude convencerme de estas cosas, como para poner mis esperanzas en aquel célebre diente de cocodrilo." (Dobrizhoffer, 1968, T. II, p. 319).

VIII. EMPLEO DEL HUESO COMO RECIPIENTES

"...La vasija por la cual se lo bebe, se hace de un cuerno de vaca...". (Dobrizhoffer, 1967, T. I, p. 198).

"...Sin embargo, la gente ordinaria usa/362 en la cocina sus amplísimas cáscaras o corazas en vez de platos y fuentes." (Dobrizhoffer, 1967, T. I, p. 390).

"Tortugas de río... El único/421 provecho que dan las tortugas en Paracuaria consiste en sus cáscaras que las gentes ordinarias suelen usar como fuentes y platos." (Dobrizhoffer, 1967, T. I, p. 441).

"A veces conservan los cráneos del enemigo para usarlos como vasos en los banquetes festivos, de acuerdo a una costumbre recibida también de otros pueblos." (Dobrizhoffer, 1968, T. II, p. 420).

"Usan como copa unas veces las calaveras de los enemigos muertos, como ya expresara; otras una calabaza o un cuerno de vaca." (Dobrizhoffer, 1968, T. II, p. 445).

"El autor de esto fue Landriel: llenó allí los cuernos de vaca que usamos como vasos de agua fresca...". (Dobrizhoffer, 1970, T. III, p. 74).

IX. EMPLEO DEL HUESO EN FRENOS DE CABALGADURA

"Un freno paracuario se diferencia de los nuestros tanto en la forma como en el tamaño. Los indios hacen los suyos con cuernos de buey y travesaños de madera, de modo que semejan una parrilla y llenan por completo la boca del caballo.". (Dobrizhoffer, 1967, T. I, p. 340).

"...El freno que usan está hecho con cuernos de buey, con cuatro maderas atravesadas en forma de enrejado, y atado con dos correas de cuero a modo de riendas." (Dobrizhoffer, 1968, T. II, p. 115).

BIBLIOGRAFÍA

Alvear, Diego de. 1836. Relación Geográfica e Historica de la Provincia de Misiones. En: Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna de las Provincias del Rio de la Plata - Ilustrados con Notas y Disertaciones por Pedro de Angelis - Tomo 4º - Buenos Aires.

Azara, Félix de. 1943. Descripción e Historia del Paraguay y del Río de la Plata - Editorial Bajel - Buenos Aires.

Barco Centenera, Martín del. 1900. La Argentina o la Conquista del Rio de la Plata. En: Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna de las Provincias del Rio de la Plata - Ilustrados con Notas y Disertaciones por Pedro de Angelis - Tomo 2º - Buenos Aires.

Dobrizhoffer, Martín. 1967, 1968, 1970. Historia de los Abipones - Tomos I, II y III. Facultad de Humanidades - Universidad Nacional del Nordeste. Resistencia (Chaco).

Fernández de Oviedo y Valdes, Gonzalo. 1852. Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra - Firme del Mar Oceano. Madrid.

Guevara, P. 1900. Historia del Paraguay, Rio de la Plata y Tucuman. En: Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna de las Provincias del Rio de la Plata - Ilustrados con Notas y Disertaciones por Pedro de Angelis - Tomo 2º - Buenos Aires.

Lothrop, Samuel Kirkland. 1932. Indians of the Paraná Delta, Argentine En: Annals of the New York Academy of Sciences - Vol. XXXIII, pp. 77-232. New York.

Lozano, Pedro. 1874, 1873, 1874. Historia de la Conquista del Paraguay, Rio de la Plata y Tucuman - Tomo I, II y III. Buenos Aires.

Lozano, Pedro. 1941. Descripción Corográfica del Gran Chaco Gualamba - Tucumán - Instituto de Antropología.

Martínez, Benigno T. 1901. Etnografía del Rio de la Plata. En: Revista Nacional - Año XVI - Volumen II - pp. 236-248.

Nordenskjöld, Erland. 1925. Au sujet de quelques pointes dites de harpons, provenant du delta du Paraná. En: Journal de la Societé des Americanistes de Paris - 2ª Serie - Tomo XVII - pp. 267-269.

Pastells, Pablo. 1915 Historia de la Compañía de Jesús en la provincia del Paraguay (Argentina, Paraguay, Uruguay, Perú, Bolivia y Brasil), según los documentos originales del Archivo General de Indias - Tomo II - Madrid.

Relación de los naufragios y comentarios de Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, adelantado y gobernador del Río de La Plata. 1906. Ilustrados con Varios Documentos Inéditos. Tomo Primero. Madrid.

Sanchez Labrador, José. 1910. El Paraguay Católico - Tomos I y II - Buenos Aires.

Sepp, Antonio. 1971. Relación de viaje a las misiones jesuíticas - Tomo I - Editorial Universitaria de Buenos Aires.

Torres, Luis María. 1911. Los primitivos habitantes del Delta del Paraná. Universidad de La Plata - Biblioteca Centenaria - Tomo IV - Buenos Aires.

Zeballos, Estanislao S. y Pico, Pedro. 1878. Informe sobre el túmulo prehistórico de Campana. En: Anales de la Sociedad Científica Argentina - Tomo VI - pp. 244 y sig. - Buenos Aries.

Zeballos, Estanislao S. 1878. Note sur un tumulus préhistorique de Buenos Aires. En: Revue d'Anthropologie, Serie Segunda, I. Paris.

LA ECONOMÍA DE LOS CHOROTE DEL CHACO CENTRAL. ALGUNOS ASPECTOS MÍTICO-RELIGIOSOS DE LA PRODUCCIÓN

Celia O. Mashnshnek

El análisis del horizonte mítico de la producción entre los Chorote del Chaco Central fue realizado sobre los materiales provenientes de las comunidades aborígenes sitas en La Merced y La Bolsa de la provincia de Salta, cuya recopilación estuvo a cargo de la expedición que el Instituto de Antropología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires efectuara en 1969. Estos materiales fueron completados por los reunidos en nuestro trabajo de campo realizado en La Merced en 1971 y ambas contaron con el apoyo financiero del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, del cual la autora es, además, Becaria y fueron dirigidos por el Dr. Marcelo Bórmida, a quien agradecemos su cooperación científica.

a) *La pesca.*

Un mito de La Merced atribuye la introducción del pescado, su preparación y consumo al hijo del Gualacate, éste último Dueño de los peces y del agua.

> 1. "Había una mujer linda que no se casaba con nadie. El hijo de *Aséta* (el Gualacate) era recién nacido y empezó a llover. Vino el Gavilán. Quiso alzarlo pues el changuito estaba echado. Vino otro Gavilán y también lo quiso alzar. Le preguntó: "¿Quién es tu padre?". Nombró a todos los bichos pero el chango no contestó. Le preguntó: "¿Es tu padre el Quirquincho?". No contestó. Todos los bichos le fue nombrando pero no contestaba. Le nombró a *Aséta* y recién contestó. Lo llevaron y se crió más grandecito. *Aséta* lo había mandado: "Andá, vete allá, a la casa de la chica esa. Esa debe ser tu madre". La chica era bonita, linda. Nadie se casaba con ella. Se fue y la nombró; "mamá, mamá, mamá". "Dame leche, yo estoy con hambre". Pero la chica no quería. Dos noches lloró el chango. Luego lo agarró y lo hizo su hijo. Le dio de comer.

"Hacéme una flechita", dijo el chango, "voy a cazar". Se fue. Encontró una represa y pescados. Empezó a flechar. Pilló uno. Los viejos no conocían el pescado. Les llevó uno. "Hijo, ¿qué me traes?", dijo la madre. "¿Qué es eso?, ¿no será venenoso?". No lo conocía. "No, éste se llama pescado. Si uno come mucho le da flojera", dijo el chango. Así que lo partió y lo asó. La grasa se derritió. Cuando se asó dijo: "Vengan a comer". "No", dijo la madre, "Yo voy a morir; si como eso voy a morir". La otra vieja dijo: "Yo voy a comer nomás; igual, si me muero, me muero". "Si, esto es para comer", dijo el muchacho. Cuando terminó de comer la vieja dijo: "¡Qué rico! Voy a comer. ¿De dónde lo sacó?". "Allá hay una represa", dijo el chango. Volvió a la represa y se juntó con el padre. La chica no conocía marido. El chango volvió con *Aséta* que decía: "Ha cargado mucho pescado". Lo vieron de lejos a *Aséta* y la gente decía: "¿Ese será el padre de él?". "Entonces recíbanlo". Decían "ese es el padre". *Aséta* llegó, agarró la *yika* y empezó a asar pescado. Se casó con la chica pues ella no se había casado nunca. Después, cuando se terminó el pescado se volvió a ir". (Informante Cepillo).

En otro mito, el origen del pescado se remite al hijo de *Kisbar*, el Dueño del yuchán que contenía las aguas. *Kisbar* había preñado su propia mano de la que nació un niño, quien, además de dar a conocer ese bien a los Chorote, les otorgó las redes de pesca [1].

En el tiempo originario las aguas estaban quietas en la represa, cuyo Dueño, según las versiones oportunas, eran *Aséta* (el Gualacate) y *Kisbar*, respectivamente. Otros mitos relatados en La Merced mencionan un Dueño de los pescados y del río, *Shiushikanáki*, descripta como un personaje mixto, mitad humano, mitad pez [2] y un último relato designa a la Garza como Dueña de la represa mítica.

La intervención de *Wóiki* (el Zorro) produjo la liberación de las aguas y la consiguiente posibilidad de pesca en el río. Según esta narración [3] *Aséta* había prohibido al Zorro pescar el dorado pero éste transgredió el tabú y las aguas rebalsaron la represa y se expandieron. Reaparece nuevamente un tema común a otras mitologías del Chaco central que es el de la gran inundación producida por la transgresión de un tabú impuesto por el Dueño de las aguas. En otra versión *Pisá* (la Garza) había advertido al Zorro no sacar las ranas y anguilas de la represa pero aquél desobedeció la orden y al abrir su puerta las aguas se liberaron. Una vez originado el río, los hombres comenzaron a fabricar sus redes para pescar.

Una de las narraciones míticas sobre este episodio, recogida por nosotros en La Merced en 1971, atribuye la liberación de las aguas a *Kiswet* cuando transgredió el tabú ya mencionado. El Gualacate le ordenó, entonces, conducir las aguas derramadas pero *Kiswet* fue vencido por las mismas hasta que

1 *Mashnshnek*, 1972:118.
2 *idem*, 1972: 120-121.
3 *idem*, 1972: 140

finalmente murió. Entonces el Gualacate llevó el agua y así se originó el río *Teúk* (el Pilcomayo) (versión del informante Vicente Díaz).

El origen de las redes de "tijera" y la pesca mediante las técnicas del cercado de los peces y del zanjeo, se atribuyen al héroe cultural de los Chorote, *Jósa* o *Agusié* (el Carancho).

Respecto a las figuras que ostentan el atributo de Dueño del pescado ya hemos mencionado a *Shisuhikanáki*, la Garza, el Gualacate y *Kisbar*. Los Chorote de La Bolsa mencionan también un personaje descripto como un hombre con cola de pescado o como un viborón, al que se le atribuyen características de *mósek*[4]. La información recogida por nosotros al respecto, le designa el nombre de *Siushenák* y lo sitúa en un habitat junto al mar. Impone normas a los pescadores en cuento a la prohibición de dejar escapar el pescado, cuya infracción se traduce en castigos consistentes en el retiro del cardumen o en una enfermedad producida por la introducción de una flecha en el corazón del transgresor.

b) *La caza*

Los Chorote, según el mito correspondiente, aprendieron a cazar según métodos impartidos por el Tigre, quien les enseñó las técnicas oportunas para evitar que los animales se espantaran (La Merced).

En cuanto al origen de los animales un mito refiere que:

> 2. "Hubo fuego que corrió a todo el mundo. Quemó todos los árboles y las raíces. Ningún palo quedó. Había un hombre y sus dos hijas. Cavaron dentro de la tierra, hicieron una cueva. Cuando se dio noticia que el fuego corría a todo el mundo, ese hombre amontonó leña, agua y cosas para comer. Cuando llegó el fuego encima de él, sintió pasarlo. Cuando pasaron unos días, salieron los que se habían refugiado en la cueva. Eran muchos. Cuando uno miró lejos se transformó en suri. Era todo campo, ni un árbol había quedado. Cada una de esas personas, cuando salió y miró lejos se transformó en chancho de monte, en chancho rosillo, en quimilero. Salió otro y se transformó en majano. Las mujeres que miraron lejos se hicieron oso hormiguero (*So'olá*). Otros en tigres, conejos. El hombre y sus dos hijas fueron los últimos que se quedaron. Se dieron cuenta de lo que pasaba y cuando salieron no miraron lejos porque sino iban a disparar como animales. Cuando el hombre salió de la cueva se cubrió la cara con los brazos y volvió a la cueva. Cuando salió otra vez ya era hombre. Este hombre y sus dos hijas se juntaron y tuvieron familia. Por eso ahora hay gente (La Merced. Informante Espinosa).

La transformación de seres humanos en los actuales animales es un tema frecuente en la mitología chorote, tal como lo señalaramos en otro trabajo[5]. Las estrellas, eran, según otra narración de La Merced, animales en el tiempo de los orígenes. Vivían en el cielo como avestruces, charatas, gallinas, palomas

4 seres dañinos que causan enfermedades.
5 *Mashnshnek*, 1972: 121-122.

y el Suri los condujo a la tierra donde muchas de esas aves permanecieron mientras que otras retornaron a su lugar primigenio. Otra versión atribuye el origen de las aves a *Kilát* (el Sol).

c) *La Recolección*

Luego del incendio que destruyó el mundo:

> 3. "...solo había campo, no había ni un árbol. El primero que salió porque no se habían quemado bien sus raíces, fue la 'bola verde' *(chasvalúk)*. Se crió solo y al otro año brotaron otros árboles y por último salieron todos los que hay ahora" (La Merced. Informante Espinosa).

Otro mito refiere el origen de la algarroba verde

> 4. "...Quirquincho subió a un árbol (la sachapera) para sacar unos gajos. El Zorro lo quiso voltear al Quirquincho, y éste al caer se quebró las costillas. Entonces el Zorro lo ató con piolitas y por eso tiene ahora nuditos en el caparazón. Llegaron a la toldería. Ahí mezquinaban al Zorro las semillas de algarroba. Sólo le daban añapa *(waík)* de algarroba. Quirquincho llamó al Zorro para comer añapa. Comieron y el Zorro abría la boca y ponía semillas de algarroba en la muela. Zorro dijo que le dolía la muela. Llegaron a la casa con la mujer del Zorro. Fueron a plantar. El Zorro sacó la semilla y brotó un árbol chiquito. Lo sacó con una pala que era su propia mano y lo puso en otro lado. En un tronco seco echó adentro tierra y se crió más la planta. Los otros se dieron cuenta que el Zorro les había robado las semillas. Fueron a ver a los soldados (que eran las vizcachas) para que impidieran que salieran esas plantas pues les pertenecían a ellos. Las vizcachas vieron la planta. El árbol era duro. Cavaron pero no pudieron moverlo. El árbol se hizo grande. Ya caía algarroba. El Zorro se echaba debajo del algarrobo y lo mezquinaba. Cuando comía algarroba guardaba la semilla y la plantaba en la orilla de una ciénaga y se criaba. Por eso siempre hay algarroba verde en las ciénagas (La Merced. Informante Olivera).

Ciertos vegetales silvestres comestibles se originaron de partes del cuerpo del Sol y de *Kiswet*, respectivamente. Según esto, cuando *Kilát* (el Sol) se hallaba en el cenit, algunos seres trataban de matarlo. Entonces él se ocultaba y moría. Esos seres arrojaron sus intestinos a los árboles y originaron unos frutos llamados *uñiye*. En cuanto a los vegetales que aparecieron del cuerpo de *Kiswet* el mito refiere que

> 5. "...siempre, cuando *Kiswet* se cortaba un pedazo y lo tiraba, de ahí se formaba otro hombre. Cuando tiraron las tripas del gigante *(Kiswet)* sobre un árbol salieron los bejucos *(kisleík)*. Cuando nosotros vemos los bejucos decimos: "Esas son las tripas del gigante". (La Merced. Informante Cepillo).

Sol y *Kiswet* asumen de este modo características "dema" al dar origen de partes de su propio cuerpo a los entes actuales del mundo vegetal.

d) *La agricultura*

El origen de los cultivos se atribuye al Quirquincho *(Ijlió)*

> 6. "...El Zorro y el Quirquincho se casaron con unas mujeres. Dijeron 'Vamos a sembrar porque ya tenemos mujer'. Se fueron a sembrar. Quirquincho sembró maíz. Cuando miraba atrás florecían los choclos. El Zorro quiso hacer lo mismo, quería sembrar pero en vez de arrojar las semillas las comía y no sembraba" (La Merced. Informante Talimpí)[6].

Un mito de La Merced refiere que *Ofuó* (la Paloma) vivía en el cielo donde poseía semillas de plantas cultivadas; cuando vino a la tierra no las pudo conseguir y entonces sufrió hambre. Según los Chorote, su canto relata esos infortunios. Otra narración relata que este mismo personaje introdujo el maíz en la cultura, cuyas semillas trajo también del cielo.

En cuanto al origen del tabaco, se le atribuye a un personaje "dema", denominado *Tcheimatakí*. En el tiempo originario era una mujer que por haber cometido acciones antropofágicas fue muerta y luego quemada. De las cenizas de su cuerpo se originó el tabaco verde[7].

e) *Animales domésticos*

Los Chorote atribuyen al Sol el origen de los animales domésticos, hecho que sucedió durante la permanencia del astro en la tierra, luego de lo cual se fue al cielo. En una narración, recogida por nosotros en La Merced, se refiere que

> 7. "...llovía tres noches y de día paraba. Bajó un hombre en medio de los indios del Norte. Les dijo que no se enojaba y que no le tuvieran miedo. Les traía una palabra. Les dio una vaca pero ellos no la quisieron porque tenían miedo. Les dio un caballo para correr la vaca pero no sabían ir a caballo. Les preguntó que querían, si querían perros y chivas. Si ellos querían recibir su palabra él haría un cerro para que ellos viviesen ahí. Pero ellos no quisieron ser cristianos. Entonces ese hombre se fue al Sur. Les dijo que si recibía su palabra iban a tener vacas, caballos, perros, chivas y chanchos. Iban a ser ricos. Los del Norte se iban a llamar indios y los del Sur chaqueños. Por eso estos son ricos" (La Merced. Informante Olivera).

Este relato se refiere a la catéquesis cristiana y la aceptación del evangelio por parte de los indígenas conjuntamente con los bienes que se asocian a los blancos. El rechazo de la evangelización implica la ausencia de dichos bienes en la cultura y la diferencia que los Chorote perciben con los criollos que habitan en la región.

6 Este poder de hacer brotar las semillas de inmediato se atribuía también a *Aík*, el árbol escayante, cuando era persona. *Mashnshnek*, 1972: 120.

7 *Mashnshnek*, 1972: 141-142.

f) *El fuego*

Todas las narraciones analizadas coinciden en atribuir este bien al Carancho. La versión de Esteban Mariano de La Merced refiere que el Pájaro Carpintero era su dueño pero Carancho se lo robó y lo introdujo entre los Chorote [8]. Según la narración que nosotros recogiéramos en 1971

> 8. "Antes no había fuego, donde estaba la toldería del Carancho. Los que tenían el fuego eran *Aláta* (la Ampalagua), *Sieliénaj* (la Perdiz) y *Acúte* (el Conejo). Hacía mucho frío y no tenían fuego. Carancho fue a ver a esos que tenían fuego pero no le querían dar nada. Le pidio a *Aláta* un lugar al lado del fuego porque hacía frío pero *Aláta* no lo dejó porque dijo que él se acostaba alrededor del fuego. Entonces fue a ver a *Sieliénaj* y le pidió un lugar junto al fuego. Pero *Sieliénaj* no lo dejó pues también se acostaba al lado del fuego. Finalmente fue a ver a *Acúte*; le pidio un lugar y este lo dejó sentarse pero le dijo que no atizara el fuego. Pero Carancho lo atizó y entonces se dio cuenta que era fuego. Los dueños del fuego lo usaban para sacar las avispas de los panales. *Aláta* dijo que no había que hacer ruido para que Carancho no se diera cuenta. Cuando *Aláta* sacó las avispas "caran" *(Amptá)* Carancho aprovechó y robó un tizón y se lo puso en el hombro. Llevó el fuego a los otros y desde entonces la gente tiene fuego". (Informante Espinosa).

g) *Los Tesmóforos y los "Dema" en relación a los bienes que originaron*

HIJO DEL DUEÑO DEL PESCADO

Tesmóforo: origen del pescado, su preparación y consumo e instrumentos de pesca

ZORRO

Tesmóforo: liberación de las aguas y origen de la algarroba verde

KISWET

Dema: origen de vegetales silvestres

Tesmóforo: liberación de las aguas

CARANCHO

Tesmóforo: introducción del fuego
instrumentos de pesca y técnicas relacionadas

TIGRE

Tesmóforo: técnicas de caza

SOL

Dema: origen de vegetales silvestres

Tesmóforo: origen de las aves y de los animales domésticos

QUIRQUINCHO

Tesmóforo: origen de los cultivos

8 *idem*, 1972: 127.

PALOMA

Tesmóforo: introducción de semillas de plantas cultivadas

TCHEIMATAKI

Dema: origen del tabaco verde

El horizonte mítico de la producción entre los Chorote revela la percepción de los bienes culturales como "dones", es decir, como productos que fueron otorgados por personajes que actuaron en el tiempo mítico. El pescado o los instrumentos utilizados en la actividad pesquera no se perciben como una "invención" por parte de un hombre, sino que su origen se remite a la intervención de un héroe mítico que, mediante su acción los introdujo en la cultura. En otros casos el origen de animales o vegetales se atribuye a la metamorfosis que sufrieron personajes que actuaban en el tiempo originario los que, por alguna falta o desobediencia, cambiaron su figura en las actuales especies del mundo actual. Estos personajes tienen características "dema", cuya presencia se evidencia en otras mitologías del Chaco[9]. El tabaco, entre los Chorote, se originó de las cenizas del "dema" *Tcheimatakí* y los vegetales del monte de de partes del cuerpo de *Kisuet* y del Sol, respectivamente.

El río no es un accidente geográfico del habitat chquense sino que su presencia se debe a la infracción de un tabú, cometida en el tiempo mítico, hecho que posibilitó la práctica de la pesca en el río. Las plantas cultivadas así como las aves tienen, según los mitos correspondientes, un origen celeste. Todos estos hechos revelan que la relación que el Chorote tiene con los entes y seres que lo rodean se basa en una concepción del mundo muy diferente a la del hombre occidental. Dicha relación se basa en normas de carácter social y jurídico que son las mismas que se establecen entre los hombres. Este modo de percibir la realidad se revierte en la vivencia que el Chorote tiene de la caza o de la pesca como actividades de producción. Los instrumentos, técnicas y objetos de consumo no agotan la descripción de una de esas actividades pues si no incluimos en ella el origen mítico de los bienes así como de los aspectos técnicos y las actitudes y comportamientos del hombre frente a los Dueños de animales y a las especies a su cargo no se captará y comprenderá en su totalidad el hecho cultural "caza", "pesca" o "recolección", tal como es vivido por el Chorote.[10]

BIBLIOGRAFÍA

BÓRMIDA, M. El método fenomenológico en etnología. Servicio Fichas de Antrop. Buenos Aires, 1970.

— Mito y Cultura. Bases para una ciencia de la conciencia mítica y una etnología tautegórica. Runa, v. XII, part. 1-2. Buenos Aires, 1969/70, pp. 9-52.

— Investigaciones sobre el horizonte mítico de los Ayoreo. Mecanografiado - Bs. As. 1971.

MASHNSHNEK, C. Algunos personajes de la mitología Chorote. Relaciones Soc. Arg. Antrop. T. VI. n. s. Buenos Aires, 1972. pp. 109-143.

9 *Bórmida*, 1971; *Mashnshnek*, 1972.

10 *Bórmida*, 1969-70 y 1970.

TEJIDOS CHAQUEÑOS *

María Delia Millán de Palavecino

INTRODUCCIÓN

El territorio abarcado entre los ríos Pilcomayo por el norte, el Bermejo por el sur, y el Paraguay y el Paraná por el oriente, llegando por el occidente hasta las primeras estribaciones andinas, fue y sigue siendo el más denso habitat de distintas etnías chaquenses. Las parcialidades aborígenes agrupadas de acuerdo con sus distintivos patronímicos, sus idiomas, las diferencias en su vida material, sumado a la información histórica, resultó un fundado motivo de preocupación en el intento de ordenación en la problemática de la etnología americana.

Por sus condiciones de reducto espacial ha tocado al territorio del Chaco su conservación, trayéndolo hasta nuestros días y mostrando los más viejos recursos y los métodos en la construcción de telas rústicas y entreabiertas, lisas o con dibujos.

Los sistemas de vida, de organización social, limitación de recursos, fuertemente fundada en los medios naturales, han sido sin duda hechos que han colaborado en la continuación de los bienes culturales heredados.

Los tejidos típicos, las mallas que todavía hoy se hacen en el Chaco, constituyen el relicto de los más antiguos recursos del arte textil, y además, integran un complejo cultural sobreviviente.

En Argentina y en América se desarrolló como industria familiar la fabricación de redes y de tejidos labrados en una sola aguja de madera o de espina; todos destinados a usos que la identifican con el tipo de vida nómade o seminómade.

La documentación de terreno de Erland Nordenskiold, Eric v. Rossen, R. Karsten y más modernamente Enrique Palavecino, entre otros, han contribuido a aclarar en gran parte la probable procedencia de esa gran familia y algunas faces de sus contextos patrimoniales de que son aún poseedores.

Dueños de una cultura autóctona, mestizados en parte con otros grupos

* Estudio realizado por la autora para el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

también chaqueños, son ignorantes del total significado de su carga tradicional.

Hasta hacen poco menos de 20 años podría considerarse a grupos como los Pilagá, por ejemplo, como representantes de la propia vida natural chaqueña.

En el nominativo chaqueño se aglutinan en la familia Guaycurú, "naciones" Chorote, Ahelushlay, Mataco, Chunupí, Toba-Pilagá, Pilagá, Moros, Moscoi, que viven dispersos dentro de la gran área chaquense y con limitaciones dentro de su propio territorio.

El nomadismo temporal, practicado como factor principal económico, ha casi desaparecido. La expansión laboral del blanco, la reticulación del territorio con las redes camineras y la instalación de industrias, han sido factores que han limitado la producción natural silvestre. El traslado del grupo indígena a zonas de producción para la autoeconomía se vio reducida.

Aún así, la pesca, la caza y la recolección de productos naturales se practica con el gusto de la presa conseguida, pero en escala y forma reducida, diferente, interviene en parte el habitual trabajo dirigido por el blanco.

Los Toba, los Mataco, los Chunupí, viven en aldeas marginales a los centros de pobiación blanca, trabajan en las industrias y comercios locales y optaron por un relativo sedentarismo.

El contacto con las fuentes industriales ha influido en la familiarización del idioma castellano y algunas costumbres son aceptadas cuando benefician sus principios familiares.

La división del trabajo que concierne al hombre y a la mujer no ha sufrido modificaciones. En este orden, es la industria femenina la que realiza dos tipos de obras anterior a la civilización alfarera, cuya ejecución nos está mostrando uno de los más antiguos sistemas inventados, hechos con hilos hasta lograr un rústico tejido.

La fabricación de cordeles de diferentes grosores, obra de hombre y de mujer, el tejido de red, con o sin nudo, conserva sus caracteres primarios lo mismo que el tejido obtenido con método manual o de semitelar.

El tejido más elemental y primario, tuvo vida anterior al descubrimiento de la alfarería. Los primeros modelados del barro intentados para dar formas, fueron logrados dentro de mallas y de cesterías.

La dispersión y uso de los tipos de redes y de mallas, de nuestro país y de Sudamérica, son mejor conocidos gracias a la documentación arqueológica de terreno.

Los hallazgos de Engel en la península de Paracas y su minuciosa descripción, permite observar diferentes tipos de construcción de mallas. Según las fechas obtenidas en este yacimiento del viejo Perú, alcanzan a 5.000 años a. C., precisados por C 14. Más recientemente en nuestro país, en plena cordillera andina, se encontraron diversos tipos de redes, integrando ajuares arqueológicos, muy elementales y con una antigüedad de hasta 4.000 años.

Con la investigación arqueológica y los estudios etnográficos se tendrá un cuadro de la antigüedad de la factura y usos de estas antiguas obras.

Los significativos nombres de la decoración textil chaqueña manifiesta la tradición de un pasado ecológico del que hoy ya casi no son posedores. Sin embargo persiste en los elementos decorativos del tejido, en cuyos temas aparecen muchas veces formas de la mitología. Puede considerarse que esta-

mos en presencia de un bien patrimonial aborigen perteneciente a una faz de los más viejos tipos de obra inventada y que es a través de estas formas primarias del tejido como también de los complejos culturales que lo acompañan, que podemos percibir con "Nuestro Primitivos Contemporáneos" parte del pasado de "Un mundo que se va".

LAS REDES Y LAS MALLAS

La trashumancia que caracterizó hasta ahora la vida de los indios del Chaco está determinada por tres factores principales:

En primer término el atavismo que rige muchos actos o el aprovechamiento de la producción temporal de los recursos naturales (siembra-caza-pesca) que les resulta una base económica importante, o las reuniones de carácter tribal.

Marchando por sus caminos o rutas en el Chaco oriental u occidental, siempre en columna; puede observarse que, en la marcha, el transporte de los enseres que constituyen el ajuar doméstico está confiado totalmente a las mujeres, mientras que los hombres con las manos libres van adelante.

Todo su ajuar está guardado en grandes bolsas de red sin nudo, "Sikiet", como llaman los matacos a estas bolsas hechas con fibra de chahuar (caraguatá), que contienen todos los efectos vistos en su pobre habitación; no parecería posible reunirlos en tal peso ni en tal cantidad. Vestidos, alimentos disecados, fuentes de madera, cántaros vacíos, husos para hilar, platos, fibras textiles, trenzados, algunos cueros; todo cabe en la bolsa, que queda henchida y repleta. La bolsa se cierra por su boca con palillos o huesos pequeños.

El Sikiet ya cargado se coloca sobre la espalda y se sostiene por una frentera de cuero o de paja, o de lana tejida, ancha como de 15 ctms.

El Sikiet es el empleado en la recolección del monte, allí caben la leña y los palitos destinados a encender el fuego, o se usa para traer los terrones de greda con que fabricar sus alfarerías. El Sikiet nuevo está inscripto por su forma en el semicírculo, y se deforma con el peso.

Las grandes bolsas están destinadas a llevar raíces, tubérculos, porotos de monte, papa silvestre, la mandioca o batata; las de mallas pequeñas son para el grano.

"Hiluj", es otro tipo de bolsa, propio de los matacos. Es cuadrangular, especie de bolsillo que los hombres llevan y dentro del que guardan las pinzas depilatorias, tabaco, amuletos, yesquero y punzones. Este tipo de bolsa que tiene desde 0,10 × 0,10 a 0,30 × 0,40 m como medida común, va suspendida del hombro y en bandolera, por medio de un fuerte cordón de chahuar. El Hiluj corresponde a la indumentaria tradicional que desconoce o quiere desconocer el uso del bolsillo.

Hay algunas muy pequeñas que usan los niños o sirven para guardar sus objetos estimados.

Fuera de las piezas mencionadas son de uso actual una especie de coraza que algunos hombres llevan cuando van de cacería por el monte espinado y que tiene un nombre tradicional "cuero de iguana".

"Llica" es la palabra quechua con que se designa un tipo de tejido entreabierto.

La "llica" o "sikiet", o "hiluj", pertenece al grupo de tejidos de red, hechos con aguja.

Proceso para realizar una Llica. – El pequeño instrumento con que se fabrica la bolsa de red, es la aguja, en madera tallada, en hueso o espina de pescado. Una perforación hecha a fuego o con punzón en forma de ojo por donde pasará el hilo de fibra de chahuar y el que en sucesivas hiladas formará por fin el tejido conjunto.

Para hacer el Hiluj la india mataca ha reunido varios ovillos de hilo de chahuar fuertemente retorcidos.

La malla se ejecuta en una medida aproximada de 100 × 100 cmts; una vez terminada la red es doblada por la mitad, formando dos tapas que se unen en ambos lados.

El Sikiet tiene un proceso más complejo en su realización, es malla sin nudo, y en la elaboración de su factura hay más de un proceso, según su forma y la resistencia que deberá soportar.

En todos los casos, son factores de tiempo: la recolección de la planta en el monte, preparación y extracción de la fibra, para llegar finalmente a su ejecución, que se realiza en varios días.

Las observaciones expuestas han sido recogidas en las zonas de Teuco, Teuquito, Pilcomayo, Bermejo, y centro de Formosa, durante sucesivos viajes de investigaciones realizados al Chaco argentino, oriental y occidental.

Las colecciones del Museo de La Plata y Etnográfico de Buenos Aires, cuentan con ejemplares que en su tipo son hoy muy escasos, denotan una factura extraordinariamente fina, con tintes solamente vegetales; los dibujos son los actuales.

Las referencias de cronistas del Chaco documentan este tipo de tejido primitivo y según las noticias históricas, la malla de red fue también empleada para prendas de vestir.

Al respecto Pedro Lozano dice así: "Las mujeres todas andan cubiertas de pies a cabeza con mantas de pieles de animales y las más principales se cubren con tejidos de hierba correosa más gruesa que pita, que en esta provincia llamamos chahuar, y que nace silvestre, de ella hacen un hilo semejante al de los zapateros y tejen su vestido, a los que las hijas y mujeres de los más principales añaden algunas labores en blanco y negro".

Nicolás del Techo dice: "Las mujeres llevan un sayo de ortigas que llega de la cintura a las rodillas, maceran dichas plantas a manera de cáñamo y con los dedos tejen las fibras a modo de red".

En los comienzos de la evangelización, se observa que el Padre Diego de Torres, dice: "las mujeres usan mantas de red".

Ya en otras oportunidades me he ocupado de las bolsas de red cuyo estilo, todavía hoy es parte integrante de los medios técnicos que se valen los chaqueños y otras etnías sudamericanas para tener bolsas de transporte, faldellines, o redes, o hamacas para reposar.

Considerada como técnica, la malla es un medio por el que pueden realizarse integramente determinados tejidos para la indumentaria o para enfardar lo que debe ser transportado. Por su tipo y técnica de ejecución se le debe considerar entre los recursos de un período muy anterior al tejido en telar y concorde con un tipo de vida sin asentamiento fijo.

La serie de tejidos y fragmentos de mallas que han aparecido en diver-

sas excavaciones arqueológicas y en lugares distantes entre sí, más las noticias históricas, comprendiendo diversos tipos de redes y de mallas, la ubican en los comienzos del arte textil; confinados hoy al ámbito chaquense como testimonio vivo de las más viejas formas del hacer desde un pasado muy lejano.

Hay abundancia de restos y fragmentos en el área cuyana, en el área del noroeste, en los Valles Calchaquíes y últimamente en Salta; los hallazgos señalan su expansión antigua dentro de nuestro territorio.

En el Museo Etnográfico de Buenos Aires existe una estatuilla femenina, de Córdoba —colección Breyer—, figura que carga sobre su espalda una bolsa sosteniéndola por medio de una banda ancha que se apoya sobre la frente. La figura de barro ofrece una semejanza total con una mujer chaqueña de hoy, tal como se las ve transportar su cosecha del monte, y la forma de la red corresponde a la del sikiet; el sistema del transporte es idéntico.

Lo expuesto asegura sin duda el conocimiento y uso de la técnica de mallas para realizar prendas personales o para el transporte que fue ya conocido entre etnías desaparecidas.

Entre grupos cuyo patrimonio cultural está teñido de residuos de muy viejas formas culturales, su presencia es vigente.

Una serie de referencias concretas durante las indagaciones sobre el tema del tejido que manufacturan las mujeres matacas; me llevó al convencimiento de que era necesario ahondar sobre el tema, para rescatar elementos que subyacían en los diálogos pero que evidentemente estaban estrechamente vinculados con la vida anímica y las formas textiles. Surgieron aspectos insospechados en relación con tabúes, creencias o hasta integrando parte de un relato mitológico. En lo material se confirma el canje de fibras, de hilados y tejidos entre tribus relacionadas. Daré un ejemplo: una parcialidad de matacos llegados del Pilcomayo hasta Ballivian, refirieron que habían hecho el viaje a pie en jornadas nocturnas, evitando los calores diurnos. Tuvieron contacto con otros grupos. Observé que algunas mujeres matacas vestían tipoyes azules teñidos con añil, este ropaje, que es típico de mujeres guaraníes, lo habían obtenido por trueque cuando acamparon entre los Tapí, en Yacuicito, con quienes pudieron canjear ropas por zapallos que traían como reserva para el viaje.

Casos concretos informan de las posibilidades del canje que efectúan y las causas que pueden determinarlo. Este ejemplo no es excepcional y representa un tipo de la economía al que son afectos, como así también el uso de una prenda del vestir típica de otro grupo.

Los matacos vestían chiripa, tenían "Llicas", tejidas destinadas a las compras o como moneda para adquirir yerba, azúcar y carne.

Individuos de este mismo grupo refirieron que llegaban en busca de trabajo y durante el viaje, en Tonono, sostuvieron una lucha con otros matacos por posesión del terreno arbolado con agua cercana. Pelearon con flechas que llevaban para la caza que pudiera presentarse.

Los hombres llevaban colgando del cuello pequeñas bolsitas de género o de cuero, que contenían amuletos propiciatorios y también vegetales con que se pintan la cara para la guerra.

Aunque hablen un mal castellano, conozcan el dinero, o trabajen jornalizados, su adaptación a nuestro ambiente es relativa, prevaleciendo los caracteres de su organización económica.

Pocos días después los recién llegados, carentes de recursos, vestían pantalón los hombres y las mujeres un vestido enterizo, hecho de algodón. Estas prendas eran dadas en préstamo o serían pagadas con trabajo; en otros casos el canje se efectuaba por productos como calabazas, llicas y mazos de fibras de chahuar que habían reunido durante la marcha. La fibra proveniente de la planta del chahuar, recogida durante la marcha, es limpiada de la pulpa carnosa para facilitar su transporte.

Todas las explicaciones que respondían a nuestro requerimiento nos fueron dadas por un mataco ya de edad que sirvió de intérprete.

En un viaje que realizamos con mi esposo y con un subsidio otorgado por el CONICET, comprobé una vez más la expansión temática decorativa de la bolsa de red mataca.

Las interpretaciones de los dibujos de la bolsa de red, en San Ramón, campamento indígena mataco distante pocas leguas del Pilcomayo; corroboraron que los dibujos y los nombres con que se los designa, respondieron a indagaciones cumplidas con anterioridad en un total de identificación.

Las investigaciones se concretan entre grupos Matacos de Tonono, Santa Victoria, Santa María, La Paz y Monte Carmelo, sitios estos sobre el borde del río Pilcomayo, llegando por el sud hasta Embarcación, al borde del Bermejo.

Lo que antecede explica suficientemente la trayectoria y la función que cumplen las "llicas" entre el grupo chaquense que las posee.

Hasta hoy, entre el grupo mataco, los "hiluj" y los "sikiet" forman parte de un equipo de viaje; cuyos dueños mantienen un sedentarismo relativo, que se rige entre una región y otra por causas económicas.

FAJAS CHAQUEÑAS

Las fajas de algodón o lana, dibujadas o lisas, indican —si es tejido de telar— un verdadero progreso entre los tobas, matacos u otros grupos chaqueños.

La faja representa el aporte de una técnica textil dominante en el área andina, en su método de hilado y tipo de fibra, además su conocimiento significa la adquisición de la técnica del tejido en telar, que es propia de los grupos sedentarizados o semi-sedentarizados.

Las tejedoras de fajas o de ponchos poseen telar vertical de gran bastidor o armazón rectangular formado por dos grandes postes, en horquetas que rematan su extremo superior. Su altura se mide según el alto del techo del rancho; los verticales, van cruzados por dos travesaños o envolvedores dispuestos en sentido horizontal; sobre los travesaños horizontales están extendidos los hilos de urdimbre. En este sencillo telar se tejen los ponchos.

El telar es armado dentro del rancho, costumbre debida en parte a las fuertes temperaturas. En las horas tempranas del día el telar se transporta y recuesta sobre la pared en la parte externa de la casa. El telar de bastidor es más pequeño y se usa para tejer fajas. Para las fajas usan hilo de lana, que las mujeres hilan, o emplean hilo de algodón comercial que retuercen para fortalecerlo.

La técnica para el tejido de fajas o de ponchos es conocida con varios

nombres. Mientras que técnicamente se la designa como rep o faz de urdimbre, o warpface, las tejedoras la llaman "punto liso" o "punto de poncho".

Los dibujos obtenidos por el método de doble faz es la resultante de una técnica de doble faz, esta última lograda por dos procedimientos distintos. Uno es la verdadera doble faz, con dibujos idénticos y en colores distintos sobre cada cara del tejido; otro sistema dibuja en una sola cara, en la superior, mientras que por el revés aparece apenas marcado el dibujo.

Los dibujos obtenidos por el método de doble faz son el resultado de una urdimbre preparada en dos colores contrastantes. En los dos casos, sea que aparezcan dibujos en las dos, o en una sola cara del tejido, los hilos de la urdimbre son preparados en dos colores distintos. La técnica de la preparación de la urdimbre es la misma para la doble faz, lo que define uno u otro tipo es el distinto método para seleccionar los hilos en el tramado durante la ejecución de la obra.

Sobre la base adquirida en la técnica del tejido andino, los chaquenses, que en otros hechos de su propia cultura también manifiestan su capacidad creativa, frente al tejido han logrado desarrollar dibujos que les son propios y a los cuales interpretan en relación con su ambiente y su folklore.

La entrevista con indios Maccá confirmó el determinismo de la técnica: Indicaron la significación de las figuras angulosas que estaban tejidas; luego, para ampliar las interpretaciones, dibujaron a lápiz los mismos temas, con formas figurativas y semejantes a las naturales. Esta es una conclusión interesante para el análisis de la figura y la modificación determinada por la técnica.

Los grupos de mujeres indígenas, entre los cuales documenté el tejido de las fajas, fueron Pilagá, Toba-Pilagá, Mataco, Vilela, Chunupí; en todos los casos estos grupos pertenecían o estaban vinculados a misiones religiosas, contando por lo tanto con un mayor equipo cultural. Sin embargo se evidencia en la labor textil que los dibujos tradicionales de cada grupo son los que prefieren.

Las interpretaciones de los diseños textiles varían algo de un grupo a otro; y además se comprobó que conocían significaciones distintas sobre un mismo dibujo, si eran ejecutados en otra parcialidad.

El "Catálogo de los Diseños Textiles Chaquenses" sobre fajas ha sido obtenido principalmente en los siguientes lugares: Embarcación, Montes de Ballivián, Sombrero Negro, Laguna Yema, Tres Pozos, Algarrobal, Ingeniero Suárez, Monte Carmelo y poblaciones cercanas a Formosa.

Los temas son casi un centenar y en el original figuran con su nombre en toba y mataco. Para cumplir mi propósito con mayor eficacia pude visitar y me comuniqué con algunas misiones anglicanas y noruegas, que tutelan indígenas. Fueron ellos principalmente quienes me auxiliaron en el conocimiento de la difícil fonética toba. Debo al reverendo A. Topkins, al señor Leacke y al conocido lingüista doctor A. Tovar, quien realizó un viaje al Chaco con nosotros, el ajuste de algunas interpretaciones de las palabras indígenas.

Las indias tejen para comerciar sus tejidos, los llevan al almacén de ramos generales donde los cambian por mercancías o van a la estación a ofrecerlos a la llegada del tren.

La faja chaqueña de lana, lisa o con dibujos de colores, es propia de la indumentaria aborigen andina.

Hasta hace poco frecuentemente se veían las fajas de cuero, anchas, puestas a modo de cinturón, adornadas con plaquetas rectangulares metálicas, hoy son piezas escasas.

En el indumento autóctono es parte de un equipo imprescindible para las rudas tareas del monte. Es propia de hombres y mujeres.

Aparte de las fajas lisas, listadas o con dibujos, que realizan con el sistema del telar andino y en una técnica correspondiente al período floreciente en el antiguo Perú, existe otro tipo de tejido para fajas, cuya técnica pertenece a un período muy anterior al de cultura textil.

Es el llamado "punto de Paracas" según Irene Emery, Bird y Bellinger. Es el "encordado", clasificación del Royal Anthropological Institute de Londres; en resumen, esta técnica pertenece al período de transición entre la cestería y el intento del tejido, con fibras hiladas. Su cualidad de ejecución permite los dibujos menos angulosos que los registrados con la técnica de doble faz. Actualmente con este sistema hacen también pequeñas alfombras.

El estudio de las fajas fue realizado en su análisis y forma comparativa en las series que pertenecen al Instituto de Antropología de la Universidad Nacional de Tucumán, al Museo Argentino de Ciencias Naturales, que posteriormente pasaron a integrar las colecciones del Museo Etnográfico; en ambos casos fueron colectados por la suscrita. A ellas deben sumarse las que integran las colecciones del Museo de La Plata, que corresponden a bienes incorporados en el siglo pasado por el general Garmendia, o las reunidas por el doctor Lehemann-Nitzche.

LA INDUMENTARIA CHAQUENSE

Cuando los indios chaqueños se trasladan al ingenio para el corte de caña comprometen la paga futura para adquirir ropas de tipo europeo. En realidad la ropa sastreada, por una parte, significa un cambio y avance en el estado social, y es más adecuada para trabajar. Las mujeres son más conservadoras y usan una especie de camisolín de algodón, recto, sin cinturón. Ellas tienen una silueta recta y con poca cintura, de tal suerte que esa vestimenta, que es general, les cae armoniosa a su figura.

La gente muy vieja ya, considerada "montaraces", no se adaptan a las ropas del blanco, entendiendo que prendas como el chaleco o pantalón permiten movimientos más libres que el saco, por ejemplo.

Las misiones, las guarniciones de gendarmería, la escuela y las empresas como Y.P.F., que han reticulado el territorio del Chaco con caminos y rutas, han sido factores rápidos y decisivos para una cierta conformidad alcanzada por el indígena en la aceptación de la ropa europea, la que, por otra parte, está considerada como conquista social.

En algunas prendas de la antigua vestimenta se conservan las formas de tejer. Es común en una época del año que un grupo tribal permanezca en su campamento. En ese período, reanuda la ejecución de prendas que están todavía en uso, aunque hoy limitado a la manta y la faja. Tejen para sí o para comerciar. Con mucha anticipación encargan lana o algodón a quienes emigran

temporariamente hacia el Chaco oriental o boliviano, y cuando reciben la materia prima, dedican muchas horas del día a preparar las fibras.

La indumentaria chaqueña ha sufrido modificaciones desde la primeras épocas de la conquista. La vestimenta primitiva típica está integrada con elementos usados en su forma natural para confeccionar vestidos y adornos.

El cuero, o la piel, plumas sueltas, o picos de aves, semillas, conchillas, pezuñas, trozos de madera, han sido recursos que la habilidad, experiencia y destreza, convirtió en prendas de vestir y adornos de lucimiento, para determinados usos ceremoniales.

Este fue el bagaje con que contó el primitivo chaqueño para la confección de sus vestimentas, hasta que mucho más tarde alcanzara por vía andina algunos métodos conocidos y difundidos del arte textil del viejo Perú. Con relación al tejido de esa alta cultura solamente aceptó dos prendas de vestir y cuatro técnicas. Las prendas tejidas y adoptadas por los chaquenses, son: la manta, usada sobre los hombros, o envolviendo el cuerpo, y la faja. Las técnicas textiles incorporadas a su cultura son: reps, faz de urdimbre y doble faz y "Punto Paracas", que es el encordado derivado de los sistemas de cestería.

Prendas antiguas de cuero. — El manto de pieles secas, apenas curtidas y unidas entre sí por costuras, fue conocido en todo el ámbito chaquense. Lisos y pintados, para cuyo fin previamente la piel era sobada con esmero. Los dibujos son geométricos, aunque irregulares en la distribución, recubriendo totalmente la superficie. En la actualidad muy pocos chaqueños recuerdan ya el método de ejecución de esta prenda, que antes fue muy valorada.

Un manto de pieles significa la cacería de varios animales y la preparación y costura del mismo; presupone un tiempo bastante extenso, si se considera que la distribución y el cálculo juegan un rol importante en la manufactura.

Las fuentes históricas son las que dan cuenta de su uso, que a estar a esas noticias, era bastante común. Hasta el siglo XIX el manto de piel fue prenda usada por hombres y mujeres. Hasta hoy, es usada entre algunos grupos, o por mujeres relativamente jóvenes, una pequeña pampanilla de piel de ciervo u otro animal pequeño.

La ponen ceñida a la cintura por una faja lisa y angosta de lana. En zonas cercanas al Pilcomayo, estaba en uso aún en 1965.

De cuero es también el mocasín que calzan. Actualmente han adoptado la sandalia u ojota y la alpargata. El chaqueño usa esta vestimenta para faenas ganaderas. El coleto de oso hormiguero, además de bello por su presencia de grandes vetas, tiene destino ceremonial.

El ceñidor o cinto de cuero es prenda que usan ambos sexos; consiste en una faja que envuelve la cintura y se ciñe con tientos y caladuras en el mismo cinturón. Su extensión se mide por las dos vueltas que da a la cintura, ciñéndola. Consideran a este tipo de faja muy útil para las labores rudas, como hachar en el monte. Las mujeres la llevan para sostener su chiripa, trozo de tela recta de algodón, sin costuras, que envuelve el cuerpo de la cintura a media pierna; y más frecuentemente hoy, cuando van a dar a luz.

Vestimenta y adornos de plumas. — Las plumas de avestruz, puestas en hilera sujeta por medio de un cordel de fibra al que están amarradas hoy es de uso exclusivo del brujo en un área restringida del Pilcomayo. Como vestimen-

ta se usó como pollerín o como especie de capa cubriendo el torso y el pecho. Fue adorno personal para determinadas ocasiones.

Vestimenta tejida de chahuar. — Las noticias históricas sobre el uso de prendas enteras de esta fibra la describen como una especie de red, algo entreabierta, manto de mujer. La camisa-coraza actualmente la llevan los hombres a veces cuando van a cazar. Constiuye una pieza rara.

Prendas tejidas de lana. — El manto rectangular, listado de colores, es una de las piezas más apreciada por el indígena como parte integrante de su equipo personal, se la estima tanto como el poncho.

Ambos, manta o poncho, son de tamaño grande de 2 × 1,70 m. La lana la hilan muy delgada y retorcida. Estos mantos suelen llevar franjas con dibujos tales como los que labran en las fajas. Las mujeres toba, toba-pilagá, chunupí y mataca, entre otros grupos, se destacan en el tejido artístico.

La faja de lana, angosta, es listada, lisa o con dibujos; en la técnica para su ejecución se labra con "punto Paracas".

La frentera o vincha, tejida de lana, es pieza de uso masculino. La llevan los hechiceros, muy labrada y adornada con plumas y botones, o los guerreros. Personalmente he tenido oportunidad de ver solamente vinchas de brujo, al que llaman "gorro de brujo". Realmente es tejida como una faja, doblada por su mitad y cosida ambas partes. Calza sobre la cabeza, cayendo los extremos sobre la espalda y terminando con adornos de bellotas o flecos, recubiertos con abalorios. Es prenda muy característica.

Los tocados adornados con picos de tucán, o con las alas de aves o diademas de plumas, son ya casi inencontrables.

Adornos de maderas y de pezuñas. — En el orden de los adornos personales deben considerarse las tobilleras de pezuñas de corzuelas que usan los bailarines para danzar o el brujo para sus rogativas.

Los botones auriculares son los preferidos por los grupos Pilagá; son de madera alisada y trabajada con tallas por su parte delantera. Constituyen un adorno masculino ya en desuso; todavía se observan individuos cuyo lóbulo cae como un aro llegando al cuello, por haber retirado el botón auricular.

Las semillas y tallos de gramíneas, perforadas y talladas, pequeños huesos, son los elementos empleados para labrar collares.

En realidad, los collares que vemos como adorno no constituyen un adorno, su destino señala duelo, preservación de enfermedades, cumpliendo en resumen en cada caso la función de amuleto.

Pulseras y brazaletes. — Son de lana tejida con aplicaciones de botones tallados en conchillas, o hechas integramente de chaquira de colores, con motivos semejantes a los que dibujan en las fajas. Es ceñida a la muñeca por los cordones con que termina el tejido de la pulsera.

La muñequera es de cuero de corzuela, en uno de sus extremos conserva la pezuña del animal. Usados solo por mujeres, los anillos de cola de iguana son de carácter supersticioso.

En este resumen he querido ordenar los materiales que, aunque han sido tratados en otros estudios, reseñan los métodos seguidos en la manufactura y de manera especial lo referido al tejido y su evolución en el ámbito chaqueño, en la técnica, en la fibra, en las formas especiales y supersticiosas.

FENOMENOS NATURALES O SUPERSTICIOSOS EN LOS CUALES FIGURAN TEJIDOS

Durante la relación de sus mitos y creencias es frecuente que Tobas y Matacos asignen una función o intervención a los tejidos propios de su indumentaria o de utensilio para tejer.

Las expresiones aparecen de manera natural en el relato de un mito o creencia.

"Lapichí (las Siete Cabrillas) grita y reta a Kasoganagá (retumbar de truenos) cuando tira piedras. Entonces si Kasoganagá es mala, Lapichí corta la cuerda que sostiene a Kasoganagá y la larga a la tierra; entonces hace un ruido muy grande (es el rayo). Kasoganagá está atada por la cintura con una soga o con una faja, por eso se queda arriba y no baja a la tierra."

Las alusiones hechas sobre elementos de uso común aparecen en la relación del mito, intentando dar una imagen corpórea de la vestimenta, semejante a la que acostumbradamente lleva en la tierra. Por ejemplo, el adminículo pequeño de madera tallada y con el cual hacen sus redes, la aguja; cobra vida y hasta dialoga, o se venga en algunos casos, si algún personaje humano o imaginario lo contradice.

Esta asociación se manifiesta entre elementos del tejido, hilos, tejidos o en ejecución, o instrumental; y aunque no aparecen directamente asociados al tema que trato, he creído conveniente mencionar algunos de los hechos fabulados según el pensamiento del indígena.

TEJIDOS CHAQUEÑOS

Resumen

Las técnicas textiles y su destino. – Las series técnicas textiles registradas, son el resultado de sucesivas investigaciones realizadas en distintos lugares habitados por tribus o grupos chaquenses, reunidos y analizados comparativamente.

El material observado y controlado corresponde a grupos que conservan un tipo de vida de monte o campesina aislada de los pueblos blancos, y también de: grupos de aldeas, tutela religiosa y socialmente cercanos a pueblos y comercios. Es significativo constatar la perdurabilidad de su contacto con la vida silvestre y la interpretación de los elementos que reflejan sus expresiones artísticas.

En una clasificación textil pueden ser agrupados los tipos de tejido chaqueño por la técnica que registran los tipos más elementales y que son parte integrante de su patrimonio u otras que fueron adquiridos por contacto, pertenecientes a altas y complejas culturas. En la actualidad, y con referencias precisas al ámbito habitado por chaquenses, corresponde clasificar agrupados en distintos tipos los métodos de la filatura, el instrumental y los procesos seguidos para la obtención de una prenda. Es su resultado un alto margen de conservación de los propios bienes culturales; junto a los tipos alóctonos que han recibido y practican; aunque adquieren entre ellos características locales.

El cuadro que sigue resume los usos más frecuentes y los recursos que se emplean para el tejido:

Fibras	*Instrumental Aparatos Usados*	*Técnicas*	*Prendas para Vestir*
Chahuar	Telar vertical pala o apretador de trama	Reps o "punto de poncho" o punto liso, doble faz, en dos tipos, dibujos recíprocos y en una sola faz. Con un medio liso para el movimiento de los hilos	Ponchos, fajas, mantas
Bromelias	Aguja	Mallas y redes c/o sin nudos	Bolsas semiesféricas para transportar. Bolsas rectangulares de uso personal
Ortiga	Hueso	Sin movimiento semejante al tipo encordado de cestería o "Punto Paracas"	Fajas, bolsas
Totora	Cardón	Calceta, tricot	Bolsillos, fajas
Cortezas	Madera		
Algodón	Espina de pescado		
Tejido a mano	Punzón con extremo aguzado		
	Aguja de madera		
	Telar de bastidor		
	Aguja de hueso o madera		
	Dos agujas		

Redes y mallas integran el equipo usado entre chaquenses, tanto de los que habitan la selva como los ribereños de los ríos. La forma del tejido de telar es preferentemente comercializada.

Los habitantes amazónicos del oriente boliviano, o de Guayanas, figuran entre los grupos que hasta hace poco estuvieron carentes de una verdadera y completa vestimenta hecha con telas europeas.

Es sabido que la técnica de red pertenece a los viejos estados de civilización del hombre. Así lo demostró Vogt, de la Universidad de Zurich, en su estudio sobre textiles correspondientes a la edad de la piedra, con los ejemplares que tuvo oportunidad de rescatar entre los restos de turberas y palafitos de Suiza, Alemania y otros países.

Fibras. — Son típicas de zonas semiáridas del área chaqueña las plantas no cultivadas, de hojas y tallos largos y espinosos. Dos de ellas son preferidas para destinarlas al hilado efectuado por frotación con la palma de la mano y sin huso. Ambas son el chahuar o caraguatá, un especie salvaje de ortiga; y el yuchan con que forman cuerdas extrayendo el liber.

El algodón tuvo poca difusión, aunque una de sus variedades es oriunda del Chaco; la lana llegó por vía andina.

El hilado. — La clasificación de los métodos Bakairí y Bororó sigue lo publicado por Frödin y Nordenskiöld con algunas variantes en la forma particular usada por los chaqueños:

El sistema Bakairí, de huso recto cuyo bajo extremo es más grueso y truncado; apoyándose el huso en dirección oblicua al girar para formar la hebra. El peso del uso o "tortero" está en la parte inferior del mismo.

En el sistema Bororó se nota una prolija ejecución de la varilla o huso para hilar; el peso del huso se ubica cerca del fin del extremo opuesto a las manos de la hilandera. Es de mayor difusión el sistema de apoyo del huso en el suelo. La mujer hila sentada.

El hilado con huso se efectúa cuando se hila lana o algodón.

El hilado de fibra vegetal, del chahuar, se realiza en la palma de la mano, frotando la fibra entre la palma y el muslo.

El hilo reúne dos fibras paralelas que regresan en sentido contrario formando un cordelito de dos cabos en "Z". Para facilitar la flexibilidad de la fibra y deslizamiento requerido en la operación, la hilandera pone continua-

mente en su mano ceniza de "árbol" o Chajehuc, según llaman los matacos a la ceniza de una planta silvestre.

Los hombres extraen fibras del árbol del yuchan y preparan cuerdas de arcos o para fardos. Sin embargo cuando requieren cuerda resistente para el arco la preparan con tiento retorcido de cuero de corzuela.

EL TELAR

El telar. – Actualmente en el área chaqueña tienen alto desarrollo de ejecución tres métodos distintos para tejer:

1) Tejido sin telar, realizado con técnica de aguja, por cuyo medio se obtienen piezas tejidas rectangulares, unidas posteriormente en dos tapas por costura.

   Se obtienen mallas y redes, con o sin nudo, sin nudo para las bolsas; con nudo para las redes. Es la técnica más elemental, tanto en el logro de la filatura como en la construcción del morral.

2) Una etapa más avanzada de la industria textil corresponde a la disposición de hilos tendidos. Sin juego entre ellos, pero logrando el tejido conjuntivo por entrecruzamiento de tramas llevadas en los dedos.

3) El tejido verdadero es preparado en telar, con hilo de lana o de algodón, de disposición de hilos paralelos ajustados en el extremo del bastidor o telar con varas de madera resistente a la presión que ejerce el total de la urdimbre.

   Es técnica de conocimiento moderno adquirida para realizar prendas de tipo andino como la manta y el poncho.

   Han adquirido la técnica de doble faz en una de sus variantes donde ejecutan dibujos representativos de su ambiente.

En estos días en que la técnica ha permitido al hombre realizar la aspiración de llegar a la Luna, el Chaco en nuestro país brinda la posibilidad de recuperar rasgos de culturas elementales conservados en el tiempo.

BIBLIOGRAFÍA

Bird, Junius y Louisa Bellinger. Paracas Fabrics and Nazca Needlework. The Textile Museum. Washington, 1954.

Censo Indígena Nacional. Resultados provisorios. T. II. Bs. As. 1967/68.

Clark, J. G. D. Prehistoric Europe. Cambridge, 1950.

Crawford, M. D. C. Peruvian Textiles. American Museum of Natural History. New York, 1916.

Dockstader, J. Frederick. Arte Indígena de la América del Sur-Holanda. New York. 1916.

Emery, Irene. The Primary Structures of Fabrics. The Textile Musem. Washington, 1966.

Engel, Frederic. Sites et establessements sans cerámiques de la cote peruvienne. J. S. A. n/s. Tomo XLVI. Paris, 1957.

Fock, Nils. Inca Imperialism in North West Argentina and Chaco Burial Forms, v. 3. Kobenhaun, 1961.

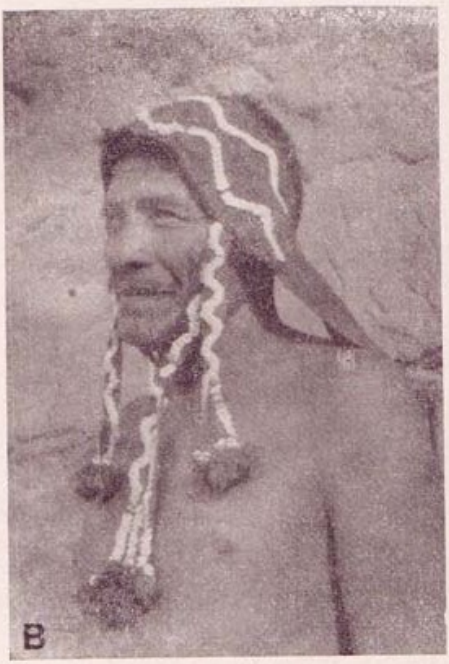
GARDNER. Impresiones sobre redes y cestos. C.I.A., 1916.
GRUBB, F. D. An Unknown People in an Unknown Land. London, 1914.
IMBELLONI, JOSÉ. Civiltá Andine. Firenze, 1960.
KARSTEN, ERIC v. Un mundo que se va. Instituto Miguel Lillo. U.N.T. San Miguel de Tucumán, 1957.
KIDEN, ALFRED. Unique Peruvien Weaver, B.U.P. Pensylvania, 1965.
KRICKEBERG, W. Beiträge zur frage der alten Kulturgeschichtlichen Beziechungen zwischen Nord, und Sudamerika. Zeitschrift für Etnologie. Berlin, 1935.
KRIEG, HANS. Indianerland Belder aus dern Gran Chaco, Stuttgart, 1929.
LA BAUME, W. Die Entwicklug des Textilhandwaks in Alteirpa. Bonn, 1955.
METRAUX, ALFREDO. Etude de Ethnographie Toba-Pilagá. Antropos, Viena, 1937.
MILLÁN DE PALAVECINO, MARÍA DELIA. Forma y significación de los motivos ornamentales de las "Llicas" chaquenses. Relaciones. Tomo IV. Bs. As., 1944.
— La indumentaria aborigen y las técnicas a través de la representación. Notas para el estudio de la indumentaria prehispánica. Relaciones Tomo V.N.S. Nº 1. Bs. As., 1970.
— Antiguas técnicas textiles del territorio argentino y su comparación en las del nivel neolítico. El Instrumental. J.I.A.E., Bs. As., 1968.
NORDENSKIOLD, ERLAND. Comparative Study Ethnographic. Stockholm, 1924.
O'NEALE, LILA M. y KROEBER, A. L. Archaelogical Explorations in Perú. Textiles of the Early Nazca Periods. Chicago, 1937.
OUTES y APARICIO. Los aborígenes del Delta del Paraná. Buenos Aires, 1925.
PALAVECINO, ENRIQUE. Los indios Pilagá del Río Pilcomayo. M.N.d.H.N., "B.R.". Buenos Aires, 1933.
— Las culturas aborígenes del Chaco. H.N.A. Vol. I. Bs. As., 1936.
— Las más antiguas civilizaciones sudamericanas. R.G.A. Tomo VI, vol. XII, nº 70. Buenos Aires, 1939.
— Capas y áreas culturales en el territorio argentino. G.A.E.A., Bs. As., 1948.
— Exposición de Arte Americana Primitiva. Prólogo, Catálogo. Ministerio de Educación y Justicia. Dirección General de Cultura. Bs. As., 1960.
RYDEN STIG. Decoración por impresión a cordel en la cerámica chaqueña. Archivos Etnos. Buenos Aires, 1960.
SERRANO, ANTONIO. Primitivos habitantes del territorio argentino. Paraná, 1930. San Miguel de Tucumán, 1950.
TEIT, JAMES. The Thompson Indians of British Columbia. The Jesup North Pacific Expedition Antropology. Tomo VI. New York, 1900. Memorias. T.M.N.H.
TORRE, BENJAMÍN. La clasificación técnica de los tejidos antiguos del Perú. Rev. del Museo Nacional de Lima. Tomo VII, nº 1.
TORRES, LUIS. La geografía de Azara. Los indios Matacos del Río Bermejo. Revista del Museo de La Plata. Tomo XII, 1910.
WILLEY, GORDON R. Estimated correlations and dating of south and central american culture secuencies. Vol. XXIII, nº 4. P.I.U.P. UTA, 1958.

SIGLAS

A.M.N.H. — American Museum of Natural History.
B.U.P.E. — Boletín de la Universidad de Pennsylvania. Rev. Expedition.
C.I.A. — Congreso Internacional de Americanistas.
F.M.N.H. — Field Museum of Natural History.
G.E.A. — Sociedad de Estudios Geográficos.
H.N.A. — Historia de la Nación Argentina.
I.A.E. — Instituto de Arqueología y Etnografía.
J.I.A.E. — Jornadas Internacionales de Arqueología y Etnografía 1960.
J.S.A. — Journal de la Societé des Americanistes.

M.N.H.N. — "B.R." Museo Nacional de Historia Natural Bernardino Rivadavia.
R.G.A. — Revista Geográfica Americana .
R.M.N.L. — Revista del Museo Nacional de Lima.
R.M.P.L. — Revista del Museo de La Plata.
S.A.A.U.U.P. — Sociedad for American Acheology University of Uta Press.
U.N.T. — Universidad Nacional de Tucumán.
U.P. — University Pennsylvania.





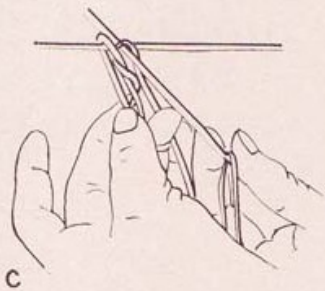


FIGURA 1

a,) Mujer Mataca comenzando una "llica" decorada; b) médico mataco que lleva como tocado característico para ceremonia un gorro tejido de lana roja, bordado con chaquiras (Embarcación); c) esquema que muestra el proceso de ejecución de la "llica" (tribu Mataco, Rio Pilcomayo').



FIGURA 2

a) Jefe Pilagá. Luce ancha vincha tejida de lana con cuentas de chaquiras, decorada en rectángulos; en las orejas ostenta los bodoques auriculares (Riberas del Pilcomayo); c) cordones de sección circular, trenzados, rematando en los extremos con flecos y chaquiras; b) y d) talegas o sacos pequeños para contener objetos personales, como tabaco, semillas, etc.; técnica de calceta difundida por la enseñanza misionera, decoración típica chaqueña (Matacos del Teuco y del Teuquito).

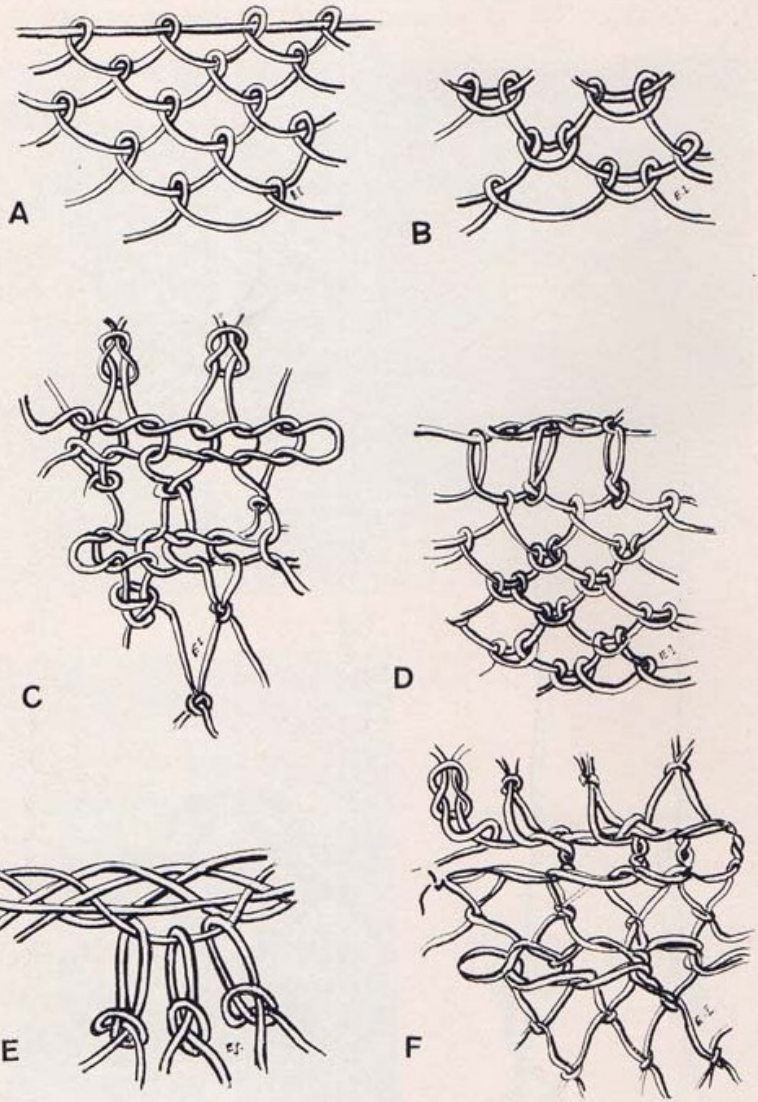


FIGURA 3

Redes hechas de fibra: a) red sin nudo; b) tipo de doble lazada; c) y f) sistemas de anudados diferentes, empleados también en la reconstrucción de las redes de pesca; e) comienzo de una red para tender en el río (Pilagá, Toba-Pilagá, Chunupí, Chaco Oriental, Río Pilcomayo).

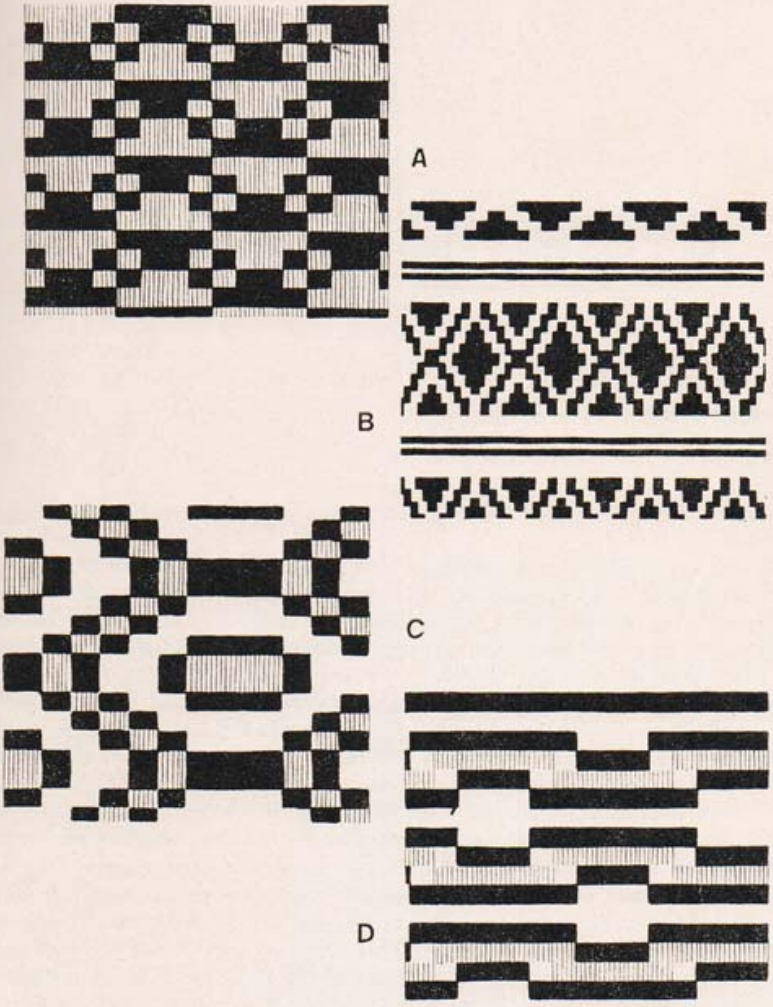


FIGURA 4

La "llica" se caracteriza por ser una pequeña bolsa hecha de fibra vegetal, de tejido entreabierto y con patrones decorativos propios de cada grupo tribal, el nombre aborigen chaqueño lo distingue entre cada parcialidad indígena. Dibujos de: a) tiestos; b) fruta de penca; c) codos del árbol; d) vainas de algarrobo. Dibujaron: Silvio Giménez (U.N.T.) y Rosa Ester Iñigo (U.B.A.).

SECUENCIA ARQUEOLÓGICA Y CRONOLOGÍA RADIOCARBÓNICA DE LA CUEVA 3 DE LOS TOLDOS (SANTA CRUZ, ARGENTINA)

Augusto Cardich [1]
Lucio Adolfo Cardich [2]
Adam Hajduk [3]

CONSIDERACIONES PREVIAS

En la Patagonia argentina, el sitio arqueológico de Cañadón de las Cuevas, en la estancia Los Toldos (provincia de Santa Cruz), constituiría uno de los yacimientos claves para la elucidación de los principales acontecimientos prehistóricos de esta vasta región. Favorecen a esta condición, en primer lugar, su posición geográfica, esto es, el estar ubicado a media distancia entre la cordillera y el mar, y en una latitud no muy extrema, es decir, no marginal. Y, en segundo lugar, por cuanto en este sitio de Cañadón de las Cuevas existen numerosas cavernas que evidencian una densa y prolongada ocupación humana prehistórica, tanto por la profusa decoración con pinturas rupestres que cubren sus paredes y techos, como por la presencia de espesos sedimentos arqueológicamente fértiles que rellenan los pisos de varias de tales cavernas.

El carácter arqueológico de este sitio ha sido señalado por sus primeros descubridores, los investigadores Francisco de Aparicio y Joaquín Frenguelli, quienes lo visitaron en el viaje de exploraciones que organizaron hacia el territorio de Santa Cruz en marzo de 1933. En el escaso tiempo que permanecieron en el lugar, apenas algo más de una hora, pudieron advertir, sin embargo, la importancia arqueológica del lugar, con sus numerosas representaciones de arte rupestre en sus cuevas, particularmente de negativos de manos, y la presencia de algunas piezas líticas en superficie. Uno de los aludidos estudiosos pudo, inclusive, levantar el dibujo de un perfil estratigráfico, aprovechando un corte provocado por el agua en un extremo del relleno de

[1] Profesor titular de Arqueología Americana (Culturas Precerámicas) en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Univ. Nac. de La Plata.
[2] Doctor Phil. Geochemia Wissenschaftlicher Mitarbeiter des BVA Arsenal/Wien.
[3] Alumno avanzado de Arqueología de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de La Plata.

una de las cuevas, señalando diferentes capas y también huellas de la ocupación humana en dos de ellas (de Aparicio, 1933).

El doctor Osvaldo F. A. Menghin, conocido prehistoriador europeo radicado en la Argentina desde el año 1948, que ha hecho un valioso aporte al conocimiento de la prehistoria de América, en particular de la Argentina, ha investigado la Patagonia realizando numerosos e importantes hallazgos mediante los cuales ha formulado esquemas de conjunto que son básicos para el estudio de la región. El nombrado maestro llegó también a este sitio de la estancia Los Toldos y lo estudió haciendo excavaciones, una en 1951 y luego otra en 1952. Mediante estos trabajos pudo descubrir y determinar la presencia de dos complejos culturales que se habían sucedido a través del tiempo en la posesión de las cavernas 2 y 3, individualizándolos y caracterizándolos: Los Toldos (Toldense), cuyos restos se asientan en los estratos profundos de la columna estratigráfica; y Casa de Piedra (Casapedrense), en las capas intermedias y superiores. En este meritorio trabajo, se formuló además un ordenamiento en cronología absoluta, en base a indicios geocronológicos y culturales, en forma estimada (Menghin, 1952a, 1957, 1965), que los datos radiocarbónicos recientes, que estamos dando a conocer, lo confirman en gran parte.

Naturalmente, para la magnitud y alcances del proyecto de estudios e investigaciones que se había propuesto Menghin, que abarcaba toda la Patagonia y otras regiones del país, el tiempo que dedicó a las excavaciones en Los Toldos, no pudo ser más que muy limitado. El yacimiento requería —y aún requiere— mayores trabajos de campo, situación que nos indujo a programar un trabajo de excavaciones y la correspondiente elaboración posterior, que se pudieron llevar a cabo mediante los subsidios del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas a partir del año 1971 (Legajo 3765).

Estos trabajos están siendo complementados con los informes provenientes de otras especialidades, que prestan un valioso auxilio a nuestras investigaciones: a) El estudio sedimentológico de los doctores Mario M. Mazzoni y Luis A. Spalletti, de la División Mineralogía y Petrografía de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata; b) Las determinaciones de los restos óseos de animales, realizados por los doctores Rosendo Pascual y Oscar Odreman Rivas, de la División Paleontología de la misma Facultad; y c) Los análisis del C 14 realizados en el Laboratorio BVA Arsenal de Viena, Austria, por el Dr. Lucio Adolfo Cardich (Wissenschaftlicher Mitarbeiter. Arsenal/Wien), con la obtención de tres fechados, sobre carbón, cuyos resultados se consignan en el presente trabajo.

En los trabajos de campo y en las descripciones tipológicas del material lítico se ha contado con la colaboración del estudiante avanzado de Arqueología de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de La Plata, señor Adam Hajduk. Asimismo, han colaborado en el laboratorio las señoritas alumnas de la nombrada Facultad, María Elena Gonaldi, Loredana Nordio y Marta Inés Baldini, la última a cargo de los dibujos del material lítico. También queremos hacer notar la colaboración prestada en los trabajos de campo por el estudiante universitario, señor Claudio Blaisten.

UBICACIÓN DE LOS YACIMIENTOS Y BREVE DESCRIPCIÓN DEL MEDIO

El paraje llamado Cañadón de las Cuevas de la estancia Los Toldos se encuentra al Sur del curso medio del río Deseado, a una distancia por camino y en dirección Sur-Suroeste de 275 km de Comodoro Rivadavia y a 40 km al Sur del borde austral de la Meseta del Deseado. Las coordenadas geográficas que lo ubican: 47 grados 22' de latitud Sur y 68 grados 58' de longitud Oeste de Greenwich.

Fisiográficamente la zona tiene las características típicas de la Patagonia extra-andina, con mesetas recortadas por cursos de agua temporarios, que determinan desniveles que van aproximadamente desde la cota de los 300 m en las partes profundas de los cañadones hasta los niveles elevados de las terrazas, que alcanzan algunas la cota de los 600 m, y superándolos cuando los techos están coronados por un manto de basaltos.

Desde el punto de vista geológico los estudios de Archangelsky (1967) incluyen la región dentro de la Cuenca Compuesta Carbónico-Jurásica de Ugarte (1966), que comprende términos pérmicos, triásicos, jurásicos y cretácicos. Y para las unidades que afloran en la zona de nuestro estudio, Archangelsky reconoce las formaciones Roca Blanca, Chon Aike y La Matilde (jurásicas) y Baqueró y Tobas Amarillas (cretácicas).

En cuanto al clima actual de la zona, lo podemos caracterizar mediante estos principales datos: Temperatura media anual 9.7 grados C con máximas y mínimas absolutas de 35.1 grados C y –19.4 grados C, respectivamente. Le corresponde la isoterma de enero de 16 grados C y la de julio de 2 grados C. Las precipitaciones alcanzan una media anual de 161 mm y la humedad promedio es de 55%. Los vientos tienen una media anual de 17 km por hora, predominando durante todos los meses del Oeste. Estas condiciones conforman, naturalmente, un clima frío, seco y ventoso, típico de la árida-semiárida estepa patagónica.

El cauce del Cañadón (figs. 1, 3) está constituido por rellenos fluviátiles de un pequeño arroyo temporario y los flancos rocosos –que contienen las cavernas– de sedimentitas piroclásticas bien consolidadas de color ocre, aspecto pumíceo y textura porfírica, que corresponde al Complejo Porfírico o Formación Chon Aike. Observados microscópicamente, las rocas se pueden clasificar como tobas vítreas con pastas muy alteradas (devitrificadas).

Hemos realizado un levantamiento a brújula y cinta del Cañadón de las Cuevas, con la ubicación de 14 principales cuevas, entre grandes y pequeñas. Señalamos en el plano (fig. 1) , conservando la numeración iniciada por Menghin para algunas de ellas. Hemos realizado excavaciones sistemáticas en las cuevas 1, 3 y 10. El trabajo principal fue llevado a cabo en la 3.

BREVES REFERENCIAS EN TORNO A LAS FLUCTUACIONES DEL CLIMA EN EL PASADO

Se cuenta ya, para la región austral de Sudamérica, con una serie de datos científicos que nos permite ir conociendo cada vez mejor, las características de los acontecimientos geológicos y climáticos –eslabonados y cronologizados– desde el avance mayor de la Ultima Glaciación pleistocénica hasta

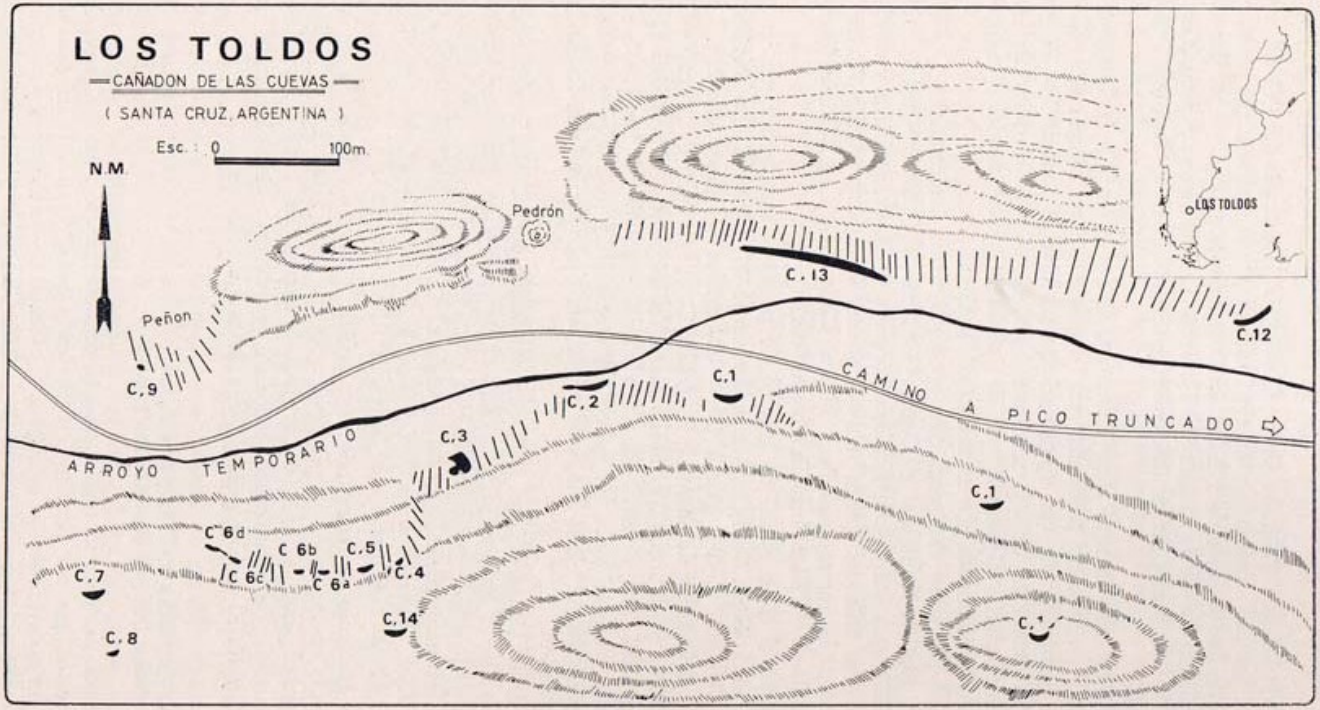


FIGURA 1

Plano del Cañadón de las Cuevas, con la ubicación de las distintas cavernas.

el presente. A estos importantes aportes científicos, que son los frutos de valiosos trabajos, emprendidos por conocidos científicos, sumamos algunos pocos y modestos resultados de nuestras investigaciones, realizadas tanto en la región patagónica como en los Andes Centrales. Estos resultados nuestros han surgido como complementos y lateralmente a la consecución de nuestras principales inquietudes y nos hemos referido a ellos, ante todo, cuando había que llenar vacíos.

Con la suma de todos estos datos nos permitimos elaborar, aunque en forma muy somera, un ordenamiento de conjunto, con el fin de que sirva de marco cierto dentro del cual levantar la reconstrucción del pasado cultural del hombre en esta parte del Mundo. Nuestro interés por referirnos al lapso aludido, deviene, ante todo, porque en dicho espacio de tiempo se han llevado a cabo el arribo a la zona de grupos humanos y el desenvolvimiento o desarrollo cultural de ellos a lo largo de muchos milenios. Además, como se sabe, la investigación del medio y su evolución es de primerísima importancia tanto por las implicancias ecológicas como por el valor cronológico que alcanzan muchos de los hitos geológicos y climáticos para el ordenamiento de los hechos prehistóricos.

Por los trabajos de Caldenius (1932) sabemos que los glaciares de la Ultima Glaciación no tuvieron en la Patagonia una extensión pronunciada en su límite oriental, tal como ha sido verificado también por investigaciones más recientes en determinados sectores: entre 39° 10′ y 41° 20′ (Flint y Fidalgo, 1963) y entre 41° 10′ y 43° 10′ de latitud Sur (Flint y Fidalgo, 1968). Ahora contamos con informes recientes que aportan interesantes luces sobre las características principales y cronologías de los fenómenos glaciales del Tardío y Postglacial de la región austral de Sudamérica gracias a las conclusiones de John H. Mercer (1970, 1972), conseguidas en investigaciones llevadas a cabo fundamentalmente en las zonas glaciarias del Sur de Chile. Así tenemos –de acuerdo a los aludidos estudios de Mercer– que el mayor avance glaciar de la Ultima Glaciación pleistocénica, llamada Würm en Europa y Wisconsin en Norteamérica (nosotros nombramos como Lauricocha a tal evento de los Andes Centrales), habría alcanzado su mayor extensión hacia el 19400 años antes del presente, datado por el radiocarbono, para el avance Rupanco (sería el equivalente del estadio Ágrapa de los Andes Centrales), al que siguió un marcado retroceso el interstadial Varas, en el cual la extensión de los heleros llegaron a reducirse en un 50 % en el 16000 años A.P. Luego sobrevino en el 14800 años A.P. un nuevo incremento de los glaciares pero en proporciones menores. Estas fluctuaciones estaban estrechamente relacionadas con similares fluctuaciones del hielo Laurentide, al Este del Mississipi, no solamente sincronizadas al máximo sino también que en las dos áreas estuvieron separadas por un marcado receso (Mercer, 1972, p. 1119). Estas comprobaciones estarían aclarando el debatido tema de las correlaciones y sincronismos en los fenómenos glaciales en los dos hemisferios, en forma afirmativa, por lo menos para los grandes lineamientos, como se ha venido perfilando también mediante los diagramas polínicos levantados en Llanquihue, Chile (Heusser, 1966). Nosotros también habíamos tomado partido, adhiriéndonos a dicha línea, en nuestro informe II sobre Lauricocha (Cardich, 1964).

Luego del corto avance de los hielos del 14800 años A.P., se habría producido en los glaciares patagónicos una nueva pulsación aún no fechada con precisión. Nosotros hemos detectado un nivel de recrudecimiento del clima en la zona altoandina del Centro del Perú, en la capa 8 de la cueva Huargo, de acuerdo a deducciones a partir de análisis sedimentológicos. Dicha capa está fechada en 13450 ± 700 años A.P. al radiocarbono (el informe respectivo está en prensa), y le asignamos tentativamente al estadio Magapata de Lauricocha (período climático *Janca* 3). Tal vez pueda correlacionarse con este último o últimos avances del hielo de Patagonia.

Un resultado interesante de las investigaciones de Mercer (1970), ante todo para la presente investigación arqueológica nuestra, es saber que hacia el 12500 años A.P. los glaciares de la región estaban en un franco retroceso y replegándose ya en las montañas.

De manera que el arribo de antiguos grupos humanos —cuyos restos culturales han sido hallados en las capas profundas de la cueva 3 de Los Toldos y fechados en 12600 años A.P. al radiocarbono—, no encontró dificultades ambientales ni barreras climáticas en la región que hubieran impedido su asentamiento. Antes bien, parece que las condiciones del medio fueron más o menos propicias.

Los episodios de avances glaciares a continuación del retroceso detectado en el 12500 años A.P. no se han advertido, seguramente fueron muy cortos y sus morrenas ubicadas en las montañas han sido destruídas por los pequeños incrementos de los hielos del Holoceno. Sin embargo las condiciones de descenso térmico se deducen de los diagramas polínicos levantados en Llanquihue (Heusser, 1966, p. 300), particularmente representado en *Pollen Zone* III para el período comprendido entre los 11000 a 10000 años A.P., que corresponde a los tiempos del *Younger Dryas* de Europa, probablemente del estadio Valders de Norteamérica (en los Andes Centrales estadio Antarragá, período climático *Janca* 4). Tal vez la falencia en los restos fisiográficos sobre este estadio en las montañas patagónicas (salvo que se hayan borrado por los episodios más recientes, cuya posibilidad se ha expresado arriba), quizás sea un indicio de que la relación o correspondencia frío-glaciar no sea totalmente directa, requiriendo por ejemplo la formación de los glaciares de la interacción de algunos otros factores también importantes.

Una de las características más notables del Tardío Glacial y el Postglacial temprano de las zonas englazadas de Patagonia es que de acuerdo a Mercer (1970) a partir del 11000 años A.P., los glaciares del Oeste se habían reducido ya a extensiones algo menores que los límites presentes. En dicha fecha hace empezar al llamado *"Hypsithermal Interval"*, que lo define así: "The Patagonian Hypsithermal Interval is defined as the Postglacial interval that began when the climate first became warmer than it is today and ended when it became cooler" (1970, p. 21). Este mejoramiento del clima habría durado 6000 años, es decir hasta alrededor de los 5000 años A.P., en que empieza un moderado reavance de los hielos llamado *Neoglacial*, producido en tres episodios: en el 4200 años A.P., en el 2700-2200 y en el reciente siglo XVIII, intercalados con períodos en que los hielos retrocedieron a los límites presentes.

De acuerdo a las verificaciones y fechados radiocarbónicos conseguidos

por Mercer, las morrenas adjudicadas por Caldenius (1932, p. 134) al Finiglacial mediante "teleconexiones" de varves con las morrenas escandinavas, exactamente con las morrenas centrales de Suecia (formadas en el *Younger Dryas*, esto es entre los 10.800 y 10.300 años A.P.), serían más antiguas. En este sentido Mercer le da la razón a Auer, quien había señalado que los glaciares patagónicos ya se habían retirado a las montañas antes de los tiempos Finiglaciales (Mercer, 1970, p. 19).

Indudablemente las conclusiones de Mercer, con los indicadores geológicos del clima cronologizados por el C 14, nos proporcionan una buena base para identificar los acontecimientos, las fluctuaciones más notables del clima, es decir los episodios más gruesos. Por lo que debemos recurrir, para la averiguación de las oscilaciones menores o complementarias, a otros importantes trabajos, pero esta vez de carácter palinológico como el de Heusser en Llanquihue (1966) y Auer en Fuego-Patagonia (1949, 1965).

Desde luego echaremos mano también a algunos pocos datos nuestros relacionados con estos acontecimientos. Contamos con los análisis sedimentológicos de los estratos encontrados en la cueva 3 de Los Toldos, perfectamente datados, de los que se pueden inferir algunos conocimientos sobre el clima. También contamos con los residuos óseos, entre ellos de algunos representantes faunísticos que son orientadores sobre las condiciones del medio. Estos puntos los veremos a medida que vayamos desarrollando el proceso cultural cumplido en los últimos 12 milenios, en el capítulo final, lo veremos también muy brevemente ya que no es nuestra intención abordar *in extenso* estos puntos que no hacen al tema principal de nuestras investigaciones.

LA CUEVA 3 COMO YACIMIENTO ARQUEOLÓGICO

Esta cueva posee, además de su relativa amplitud (figs. 2, 4), una serie de otras condiciones favorables para el asentamiento humano. Esto habría motivado para que en diversos momentos de los últimos 12.600 años, hayan ingresado diferentes grupos humanos para guarecerse u ocuparla como vivienda, de muchos de los cuales han quedado testimonios, en forma de restos arqueológicos, sedimentados en las capas estratigráficas.

La caverna está ubicada en la ladera Sur del Cañadón, hacia su parte inferior, a pocos metros por encima del nivel del curso actual del arroyo temporario que corre al fondo del Cañadón. Tiene la cueva un largo máximo de 22 m desde la entrada hasta el fondo y la longitud del sector bajo reparo alcanza los 17 m. siendo el mayor ancho de 20 m, en la parte central, y el ancho mínimo de 4 m en el sector más interno; la entrada, por su parte, en el sector donde empieza el reparo, presenta un ancho de 12 m.

Podemos distinguir en la cueva: el recinto principal que se encuentra a continuación de la entrada, luego hay otro ambiente que se extiende lateralmente después de un angostamiento como puerta. A su vez, el recinto principal presenta una bajante de un sector del techo a lo largo del eje central que va hacia el fondo, que casi alcanza la superficie del piso actual, que prácticamente lo divide en dos ambientes, el de la izquierda (mirando al entrar) en cuyo piso hizo los sondeos el Dr. Menghin, y el de la derecha, el recinto principal y más grande, cuyos sedimentos hemos excavado nosotros.

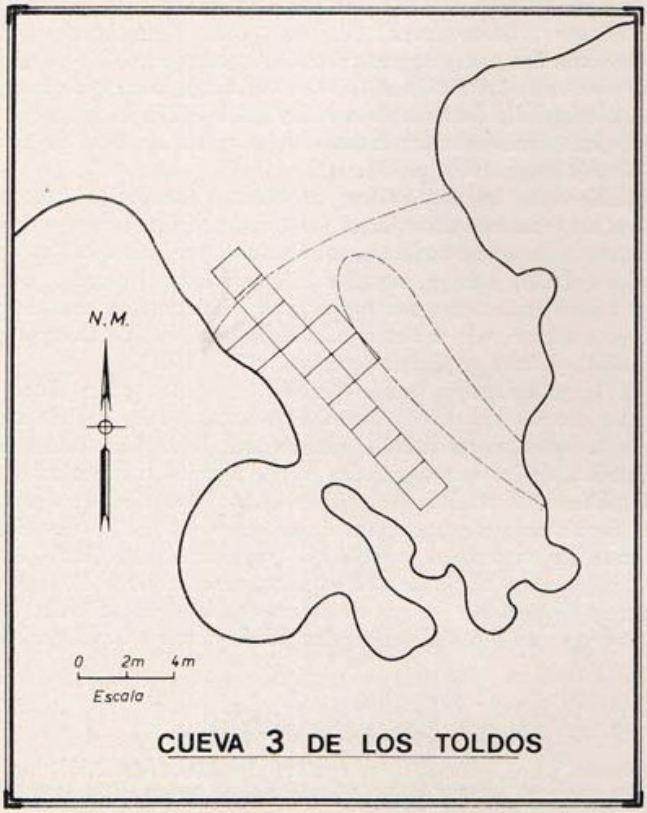


FIGURA 2

Plano de la Cueva 3, donde se realizaron los trabajos de excavación arqueológica.

La altura del techo de la cueva, a partir de la superficie actual del sedimento del piso, no es mucha, prácticamente es de 1,90 m a medidas algo menores. La cueva está orientada con frente al Norte-Noroeste, y como tiene protección rocosa en la entrada, está reparada de los fuertes vientos predominantes que son del Oeste, que pasan rozando la entrada.

En el piso del sector derecho del recinto principal hicimos las excavaciones, como se indica en el plano (fig. 2). Trazamos previamente varias cuadrículas de 1,50 m de lado, ubicando en su mayoría según un eje que va hacia el interior, que una vez trabajadas formaron en su conjunto una trinchera, y otras tres cuadrículas más, laterales, que se trabajaron posteriormente. Se empezó con la A, situada en el sector externo de la entrada de la cueva, o sea en el talud, continuando con la cuadrícula B, cuya media parte está todavía fuera de la línea de reparo. Se prosiguieron con las otras cuadrículas (C, D, E, F, G, Ha y Hb) en la misma línea, siendo la Hb la



FIGURA 3
Una vista del Cañadón de las Cuevas.

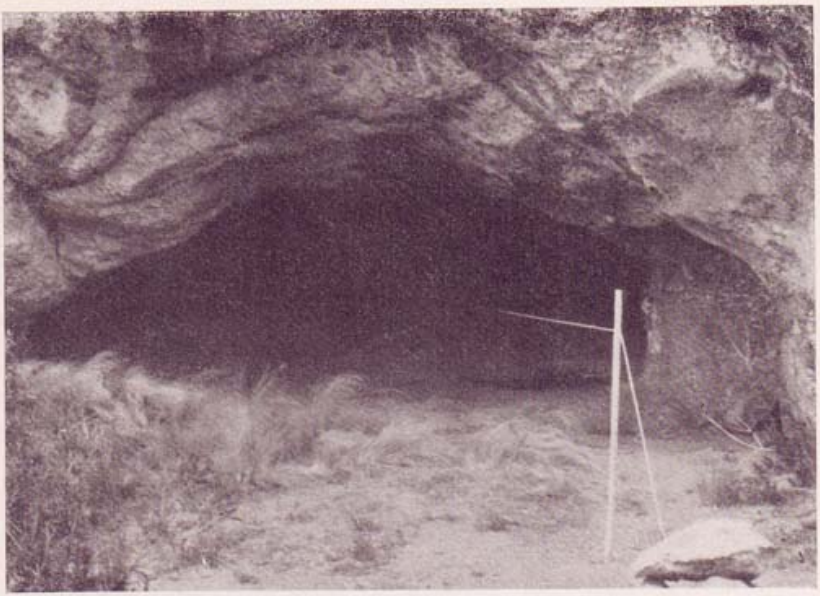


FIGURA 4
Sector derecho del recinto principal de la Cueva 3, antes de las excavaciones.

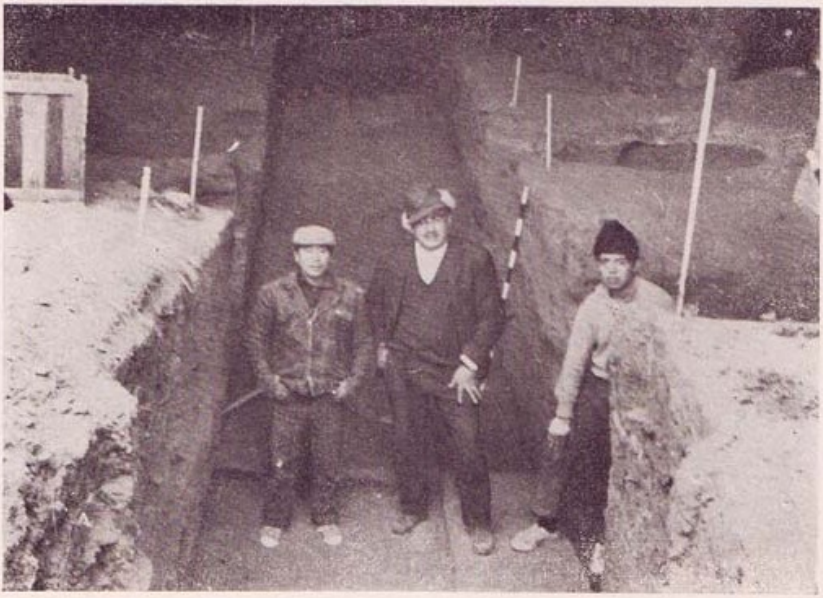


FIGURA 5
Parte del sector trabajado en la Cueva 3.



FIGURA 6
Un sector de la pared interna de la Cueva 10 con muestras de arte rupestre, del estilo generalizado en este sitio de Cañadón de las Cuevas.

más interna. Las cuadrículas I, J y K se excavaron a los costados de la alineación principal (fig. 5).

Las excavaciones se realizaron siguiendo estratos naturales en casi todas las cuadrículas, con excepción de las cuadrículas A, B y D, en las cuales se hicieron por capas artificiales de 0,10 m de espesor. Se excavaron primeramente estas cuadrículas mencionadas, cuyos perfiles orientaron mejor para la localización de los límites de las capas naturales. Se identificaron y separaron 12 capas naturales sedimentadas, que hemos enumerado de 1 a 12, desde la superficie hasta la parte más profunda que termina en la roca básica de la cueva (fig. 7). Este piso rocoso presenta un desnivel, una inclinación en su superficie, siendo más alto hacia el interior, y levemente hacia la pared occidental. Debido a estas condiciones la profundidad alcanzada en los trabajos excavatorios tuvo magnitudes diferentes según la ubicación de las cuadrículas, así solamente a 0,50 m se alcanzó la roca básica en la cuadrícula Hb, a 1,30 m en la cuadrícula E, y las mayores profundidades alcanzadas fueron 1,80 m en un sector de la cuadrícula I y 2 m en la B, sin tocar aún aquí el límite rocoso, observando un paulatino endurecimiento de los sedimentos, el que se va acentuando hacia los niveles más profundos.

La mayoría de las capas naturales posee contenido cultural, con excepción de las capas 4 y 5 (ambas de ceniza volcánica), 8 (solamente en parte, pues correspondería a un *hiatus* parcial), y la 12, capa estéril que se asienta sobre la roca de la cueva.

El contenido cultural de cada capa está representado fundamentalmente por piezas líticas, destacando series de conjuntos de implementos, de lascas y láminas que presentan una magnífica elaboración técnica, evidentemente favorecida por la buena calidad del material. Se levantaron en nuestra primera campaña un total de 6.823 piezas líticas, de las cuales 802 son instrumentos perfectamente trabajados, y las restantes piezas (6.021) comprenden lascas, láminas y lascas pequeñas, muchas de ellas también habrían sido utilizadas como instrumentos por la presencia de filos cortantes en casi todas las piezas. Se han encontrado, asimismo, piezas trabajadas de piedra para su uso como boleadoras. También algunos artefactos de huesos y pocas placas grabadas. Es notable la presencia de muchos residuos óseos de alimentación, que nos ha permitido conocer sus preferencias faunísticas, en cambio no hemos tenido suerte con la obtención de restos vegetales que, como se sabe, son perecibles en sedimentos algo húmedos como son los estratos de la cueva. Cabe mencionar también los hallazgos de porciones de pinturas roja y amarilla, probablemente remanentes de las usadas en la realización de representaciones de arte rupestre. No aparece cerámica en ninguna de sus capas.

El material lítico más empleado en los artefactos es el xilópalo, también se han usado fragmentos de rocas sedimentarias silicificadas (brechas volcánicas, tobas y escasas calizas oolíticas), en menor porcentaje rocas filoneanas de tipo pórfido, y aún es más escasa la participación de obsidiana y de una calcedonia gris.

Todo este conjunto de restos arqueológicos que llamaremos directos, están, a su vez, inmersos dentro de la serie de elementos sedimentarios, que adquieren también su carácter arqueológico (Cardich, 1964, p. 51) y que están siendo estudiados mediante el auxilio de otras ciencias y técnicas.

Un aspecto notable del carácter arqueológico de esta caverna está cons-

tituido, como se dijo, por la presencia de pinturas murales en sus paredes, en un fenómeno que se repite en todas las cuevas de este sitio. En general, en todas estas cuevas predominan, que casi son exclusivas, las pinturas de manos en negativo (fig. 6). En su mayoría están hechas en rojo, aunque también existen en negro, blanco y amarillo. Menghin en su estudio sobre el arte rupestre de la Patagonia (Menghin, 1952b, 1957) ha señalado a este conjunto de representaciones de manos como al estilo de pinturas rupestres más antiguo de la Patagonia. Esta antigüedad lo ubicaría, al mismo tiempo, en el estilo más remoto de América (Bosch-Gimpera, 1964). La edad asignada por Menghin a las fases más tempranas de este estilo es de 9000-8000 años a. de C,. o sea la correspondiente al Toldense. Y esta estimación parece confirmarse con nuestros trabajos y los recientes fechados por radiocarbono; en efecto, hemos hallado porciones de pintura roja en la capa 10, no es imposible que sean rastros de las pinturas usadas en diseñar los motivos rupestres; asimismo se halló en la capa 10, dos fragmentos de roca del techo que parece contener parte de un dibujo rupestre en rojo, que se habrían desprendido ya en aquellos lejanos tiempos. Algo más, en la capa 11, en su sector superior o sea en la 11a, hemos hallado vestigios de pintura amarilla, que de haber sido usada para pintar los dibujos de este color, cambiaría las ideas anteriores sobre su antigüedad, que consideraban algo tardías a las pinturas en amarillo. Este estilo de pinturas de negativos de manos que aparece con profusas representaciones en este sitio del Cañadón de las Cuevas parece no ser común en América. Se conocen pinturas similares en sitios aislados de los demás continentes, ante todo es notable la cueva de Gargas, en Francia, donde "se han descubierto más de 150 imágenes de manos" (Breuil y Berger-Kichner, 1962, p. 49), que corresponden al auriñaciense inferior.

LOS FECHADOS OBTENIDOS POR EL MÉTODO DEL RADIOCARBONO

Al Laboratorio BVA Arsenal de Viena, Austria, fueron enviadas el año pasado, por uno de nosotros (Ing. Augusto Cardich), dos series de muestras de yacimientos arqueológicos de Sudamérica, obtenidas en sendos trabajos de investigación. Una serie proveniente de la cueva Huargo, de la zona altoandina del Perú (9 grados 51' 30" de latitud Sur y 76 grados 48' de longitud Oeste de Greenwich), y otra de la cueva 3 de Los Toldos, de la región patagónica, Argentina (47 grados 22' de latitud Sur y 68 grados 58' de longitud Oeste de Greenwich).

En este capítulo se informa sobre la serie obtenida en Los Toldos. Las especificaciones sobre el origen o procedencia de las muestras, condiciones de los hallazgos, planos de los trabajos, etc., fueron enviados juntamente con las muestras, y podemos decir que la mayoría de dichos datos han sido repetidos a lo largo del presente trabajo, pudiéndose agregar algunas otras referencias complementarias.

Las muestras para los análisis del C 14 fueron obtenidas durante la excavación de la cuadrícula I (véase plano), y se fueron levantando dichas muestras de niveles que resultaran significativos para la interpretación de la secuencia arqueológica del sitio. Se enviaron 5 muestras, de las cuales y de acuerdo a un contenido favorable para la realización de los análisis, se reali-

zaron las pruebas en las muestras de las capas 7, 9 y 11. La muestra de la capa 7 fue levantada de la parte más profunda de esta capa a 0,76 m de la superficie, y está constituida de carbón vegetal de un fogón, que corresponde a los primeros ocupantes de dicho nivel, luego del hiato o capa estéril Nº 8. Indica, pues, la fecha de los comienzos de la ocupación por grupos de la cultura Casapedrense. La muestra de la capa 9, corresponde también a carbón vegetal, levantada en la parte superior de una lente de carbón a 0,87 m de profundidad, sobre la que se asienta la capa estéril 8. Corresponde, en consecuencia, a los últimos vestigios del asentamiento Toldense. Y, la muestra de la capa 11, constituida por pequeñas porciones de carbón juntadas en el sector más bajo de esta capa 11, a 1,35 m de la superficie, son las huellas más profundas, por tanto más antiguas, de la ocupación humana de la cueva. Aquí, en este nivel aparece un conjunto industrial lítico que se aparta de las características ya conocidas del Toldense.

Haciendo una síntesis de los datos enviados desde el Laboratorio BVA Arsenal de Viena, por el Dr. Lucio Adolfo Cardich, sobre el tratamiento de las muestras, podemos señalar: El método empleado fue por la síntesis del benzol. Se utilizaron para las mediciones dos scintilatores, una "Packard" modelo 3320 y otro "Intertechnique". Se hicieron previamente los preparados correspondientes de las muestras. Se midieron luego en dichos scintilatores, durante 1.000 minutos en el primero y 1.800 minutos en el segundo, midiéndose cada prueba dos veces en cada scintilator. El Standar empleado fue el Oxalsäure (NBS) de 1950 que tiene un 95% de Modern.

Los resultados obtenidos son los siguientes, que anotamos, indicando el número correspondiente de la serie de fechados radiocarbónicos de la República Argentina:

Muestra capa 7 (parte inferior)	F.R.A. 96	7.260 ± 350 años a. del presente
Muestra capa 9 (parte superior)	F.R.A. 97	8.750 ± 480 años „ „ „
Muestra capa 11 (parte inferior)	F.R.A. 98	12.600 ± 600 años „ „ „

PUNTUALIZACIÓN SINÓPTICA SOBRE LOS PRINCIPALES RESULTADOS DE LA INVESTIGACIÓN ARQUEOLÓGICA

1. El sitio de Cañadón de las Cuevas de la estancia Los Toldos es, evidentemente, rico en restos arqueológicos. Destacan en este carácter particularmente varias de sus cuevas que son magníficos yacimientos en cavernas, tanto por la perfecta estratificación de sus sedimentos como por el dilatado marco temporal que encuadra tales procesos. Estas condiciones agregadas a su ventajosa ubicación geográfica, asignan a este sitio arqueológico un valor preeminente para la investigación del pasado prehistórico de la Patagonia.

2. Hemos señalado la existencia de 14 principales cuevas. Habiendo realizado excavaciones en tres de ellas, en las cuevas 1, 3 y 10. La cueva 3 presenta las mejores condiciones para nuestros fines, y en ella hicimos los principales trabajos que hoy informamos. En la cueva 3 hemos excavado 12 cuadrículas de 1,50 m de lado y hemos separado un máximo de 12 capas

naturales en el perfil. Estas capas son casi todas fértiles en restos arqueológicos con excepción de las capas 4 y 5 constituidas por ceniza volcánica, de la 8 que correspondería a un hiato parcial en que están ausentes los restos culturales, y de la capa 12 un sedimento estéril que se asienta sobre la roca básica en los sectores cercanos a la entrada y que se caracteriza por presentar cada vez mayor dureza hacia abajo, como en trance de consolidarse.

3. El piso rocoso de la base tiene su superficie inclinada, pues asciende en nivel hacia el interior y ligeramente hacia el Oeste, de tal manera que las cuadrículas del sector más interno poseen un espesor cada vez menor a medida que se ingresa, al mismo tiempo carecen de las capas arqueológicas más profundas. Por el contrario, las cuadrículas ubicadas más cerca a la entrada y más hacia el centro o en el mismo vestíbulo, son las que reúnen la secuencia estratigráfica más completa.

4. Cada una de las 8 unidades estratigráficas fértiles en restos culturales, presentan una cierta individualidad, singularizada por la presencia o ausencia o el diferente porcentaje de elementos tipológicos, particularmente de la industria lítica. Hemos estudiado, pues, los contextos por capas, ahondando la descripción de los contenidos mediante análisis y sistematizaciones tipológicos y cómputos estadísticos. Se caracterizaron 8 niveles de industrias.

5. Ahora bien, haciendo omisión de las diferencias menores y/o más o menos importantes, y reuniendo estos niveles en grupos por similitudes más notables tenemos las 4 entidades mayores de la secuencia arqueológica del lugar, las mismas que aparecen dispuestas coincidiendo con 4 unidades estratigráficas más grandes o espesas y a la vez significativas de la columna estratigráfica. El grupo superior o sea el más reciente está constituido por los niveles industriales 1, 2 y 3, contenidos en las capas 1, 2 y 3, respectivamente, dispuestas horizontalmente desde la superficie de la capa estéril 4 (ceniza y arena púmica) hasta la superficie actual del piso de la cueva; debajo del sello de la ceniza volcánica, aparecen contenidos en las capas 6 y 7, los restos de la cultura Casapedrense (típica); en las capas 9 y 10, los restos de la cultura Toldense, separada de la Casapedrense por la capa 8 (semiestéril); y por último en los niveles más profundos, alternados por sedimentos estériles, un nivel con industrias, el más antiguo, que llamamos industria nivel 11 (véase fig. 7).

6. Empecemos a describir estas culturas arqueológicas por las capas superiores (niveles 1, 2 y 3). Como uno de los rasgos más notables podemos empezar señalando que no se hallaron vestigios de alfarería y que de acuerdo a la industria lítica y a los residuos de alimentación, en los tres niveles se trata de una cultura de cazadores, advirtiéndose que la ocupación humana de la cueva no ha sido muy densa, particularmente en la capa 1. Veamos las características de estas industrias: Existen piezas bifaciales muy trabajadas que incluimos en el tipo R de nuestra clasificación, aunque en número escaso, como una punta completa y bien elaborada con aletas y pedúnculo, otra fragmentada con la presencia única del limbo, más otro fragmento de pieza bifacial algo más grande todas en la capa 1, y otra pieza fragmentada bifacial en la capa 3. Una de las características más importantes es la abundancia de raspadores en porcentaje notablemente mayor que en los niveles inferiores, siendo por el contrario muy pobre en raederas que casi no existen y las pocas son de morfología dudosa. Los raspadores más numerosos son los del tipo A o

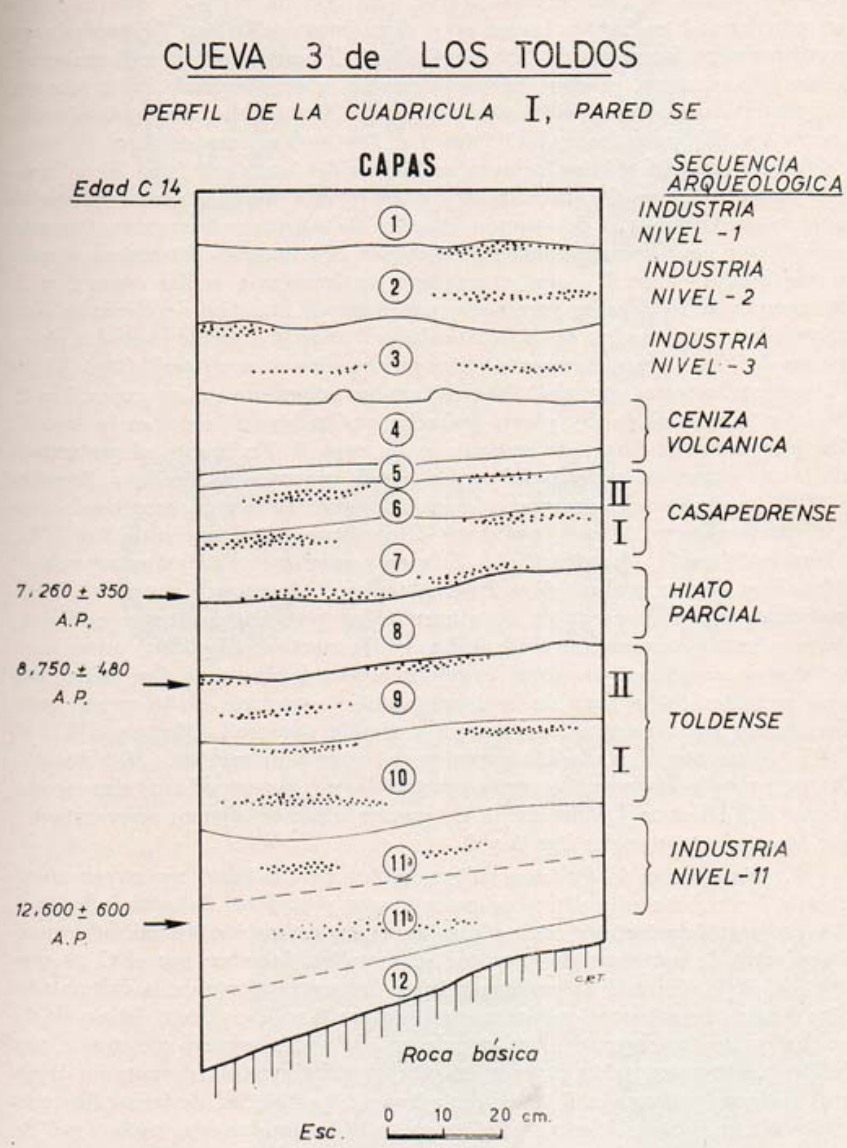


FIGURA 7

(Un perfil de la cuadrícula I, en su pared SE, con indicación de la procedencia de las muestras datadas por C-14, de las capas naturales y de la secuencia arqueológica.)

"pequeños y afinados" [1] (Ponemos entre comillas los nombres de los tipos en que clasificamos el instrumental lítico); otro tipo de raspador que le sigue en popularidad en las tres capas es el "cuadrangular" (tipo I); también es medianamente frecuente en las capas 2 y 3 los raspadores "rectangulares" (tipo H), asimismo, pero en menor proporción, y disminuyendo hacia la capa superior los raspadores "subtriangulares" (tipo G), los de "borde distal oblicuo" (tipo B) y los "ladeados" (tipo L). Las muy escasas raederas de morfología no bien definida se incluyen en las "dobles laterales" (tipo S) y "simples laterales" (tipo O). Encontramos además otros tipos de piezas retocadas que señalamos también de acuerdo al orden de su mayor frecuencia: las más abundantes son "lascas pequeñas y medianas con retoques diminutos en uno o más bordes" (tipo P), que es constante su frecuencia en las capas 2 y 3, faltando en la 1; luego en porcentaje mucho menor otro tipo de elemento cortante constituído por los llamados "cuchillos" (tipo Y); y sólo contados ejemplares de "lascas con muescas o muescas pequeñas y sucesivas" (tipo X), y "lascas con muesca retocada" (tipo V) ambas solamente en las capas 2 y 3. Se levantaron también dos placas grabadas, realizadas en hueso, en la capa 2. Un perforador de hueso de guanaco en la capa 3. En cuanto al porcentaje de lascas y láminas no trabajadas que hemos ordenado siguiendo a Bagolini (1968), observamos la presencia de los siguientes elementos, empezando con los más numerosos: "lascas laminares" (Relación longitud/ancho de 2 a 3/2), "láminas" (3 a 2), "lascas" (3/2 a 1) y muy escasamente "láminas estrechas" (6 a 3) y "lascas anchas" (1 a 3/4). Abundan los huesos de guanaco (*Lama guanicoe*) como desperdicios de alimentación, pero no en forma exclusiva, pues se hallaron buena cantidad de huesos de avestruz (*Rheidae*) acaso también muy apreciado por estos cazadores como lo fue por los pobladores más recientes (siglo XIX) de la zona, también cazadores de guanacos pero que tenían en el avestruz su "comida preferida siempre" (Musters, 1911, p. 196); se levantaron también algunos pocos huesos de zorrino (*Mephitinae*). Asimismo se hallaron en la capa 2 restos de un gasterópodo marino proveniente del Atlántico (¿*Volutidae*?). Se pueden observar algunos representantes de estas industrias en las figs. 8 y 9.

7. No tenemos la datación radiocarbónica para señalar con mayor precisión la fecha del arribo de los primeros grupos portadores de estas industrias. Sin embargo hay indicios orientadores para una estimación aproximada, aunque dentro de márgenes de error todavía amplios. Sabemos por el C 14 que hacia el 7260 años A.P se produjo el inicio del asentamiento de la cultura Casapedrense, cuyos restos quedaron en las capas 6 y 7, es decir debajo de la ceniza, y son las capas con mayor número de restos arqueológicos, que nos hablan de una ocupación muy importante, y probablemente durante un lapso más o menos prolongado. Por otra parte hay una posibilidad de fechar las cenizas en forma ajustada, y esto si resultara permitible vincular estas capas 4 y 5 de origen volcánico con una de las erupciones postglaciales estudiadas y datadas por Väinö Auer y colaboradores para Fuego-Patagonia. En este caso creemos que sería tal vez más correcto orientar la vinculación con la erupción II. Esta erupción II de acuerdo a las dataciones por C 14 de las capas superior e

[1] En el informe completo sobre estos trabajos, que se publicará próximamente se hará la descripción completa de estos tipos.

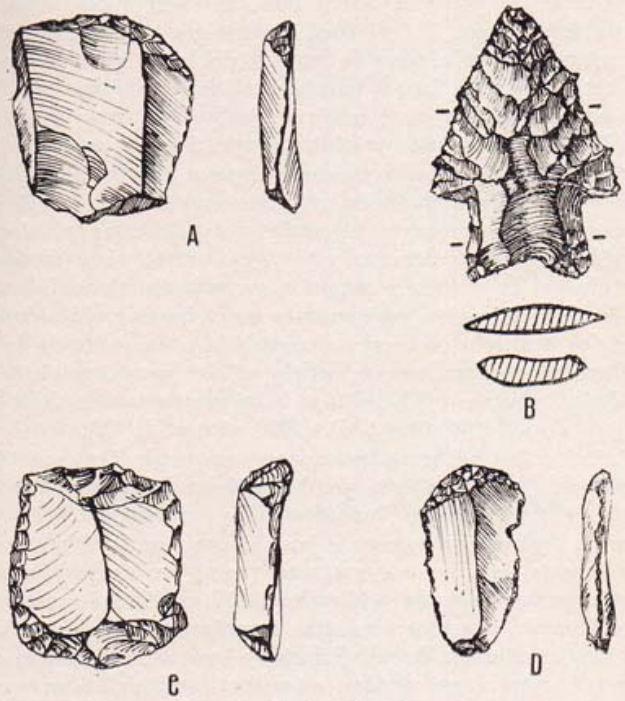


FIGURA 8

Ejemplares de las industrias de los niveles 1, 2 y 3: A) Raspador "achatado" (tipo LL), de la capa 3; B) Punta bifacial y con pedúnculo (tipo R), de la capa 1; C) Raspador "doble apical" (tipo C), de la capa 2; y E) Raspador "pequeño" (tipo A), de la capa 3. Tamaño natural.

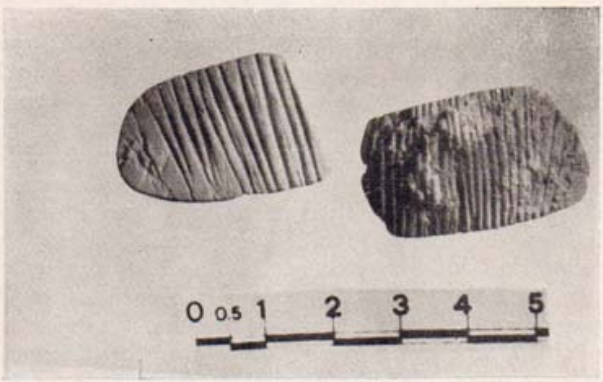


FIGURA 9

Placas grabadas en hueso, de la capa 3.

inferior que contienen las cenizas (Auer 1965, p 12), habría acontecido hacia el 5540 años antes del presente. Ahora bien, una vez producida la acumulación de la ceniza en el piso de la cueva, deviene una etapa más o menos prolongada caracterizada por la ausencia humana del lugar, pues la superficie de la capa de ceniza presenta formas naturales nítidas producidas por la erosión eólica y no está perturbada en lo mínimo, y sobre esta superficie de la capa tan clara y limpia de la ceniza volcánica, posteriormente se fue acumulando un sedimento natural alcanzando un cierto espesor, en trance de formar una capa, que ésta sí termina hacia arriba irregularmente alterada por la presencia humana que va dejando carbones, desperdicios de alimentación, piezas líticas, etc., sumergidos en este sedimento natural que sigue acumulandose. Estos procesos señalados, de erosión y posterior acumulación de sedimentos naturales sobre la capa de ceniza, posiblemente no se hayan producido en menos de 5 ó 10 siglos, teniendo en cuenta el consabido ritmo lento de la sedimentación espélica. De manera que se podría señalar provisionalmente que los portadores de la industria del Nivel 3 se habrían posesionado de la cueva en fecha no lejana de los 4500 años A. P. (2500 años a. de C.).

8. El nivel cultural Casapedrense, que comprende las capas 6 y 7 de nuestra excavación, fue descubierta por Menghín en las cuevas 2 y 3 de este mismo sitio. Se trata de una industria lítica excepcional. "Es la única cultura pura de láminas que se conoce hasta ahora (en América), y debe poseer, probablemente, estadios más antiguos que no tengan nada que ver con las culturas de puntas foliáceas" (Menghín, 1967, p. 176). Las características de industria lítica de acuerdo a nuestras investigaciones es como sigue: No se encontró ningún artefacto de talla bifacial y hay ausencia completa de puntas de proyectil, rasgos que resultan estadísticamente definidos por tratarse de los conjuntos más numerosos. Presenta un porcentaje que se acerca al promedio de todo el perfil en raspadores y también raederas, debiendo señalarse que es menos rico en raspadores que los niveles superiores, empero superándolos ligeramente en raederas. Los tipos de raspadores que encontramos, en orden a su popularidad, son los siguientes: "rectangulares" (tipo H) que mantiene su porcentaje en ambas capas; "subtriangulares" (tipo G); "de borde distal oblicuo" (tipo B); "de ángulo de bisel obtuso" (tipo D); "grande y espeso" (tipo J), estos tres últimos disminuyen un tanto hacia la capa 6; en menor cantidad los raspadores "cuadrangulares" (tipo I), que éste por el contrario aumenta en la capa 6; raspadores "dobles" (tipo C) que casi no existen en la capa 7, y raspadores "con borde algo en punta" (tipo F). Son exclusivos del Casapedrense los tipos D, F y B, aunque de este último tipo hay contados ejemplares en las capas 1, 2, 3 y 9; los raspadores de los tipos I y H, que son los tipos clásicos y comunes, aparecen también como hemos visto en las capas 1, 2 y 3. Las raederas que aparecen son de morfología menos dudosa que las piezas de las capas 1, 2 y 3; las raederas que se encontraron son en primer término las "simples laterales" (tipo O) y luego las "dobles" (tipo S) y muy escasamente las "dobles convergentes" (tipo Ñ). Otros artefactos que se levantaron: "cuchillos" (tipo Y) que son los más populares de este grupo; "lascas pequeñas o medianas con retoques en uno o más bordes" (tipo P); "láminas con muesca o muescas sucesivas" (tipo X); "láminas estranguladas" (tipo V); y "láminas con diminutos retoques marginales y de utilización" (tipo Z). En cuanto a las lascas y láminas no trabajadas el orden de frecuencia es como

sigue: "lascas laminares" (2 a 3/2), "láminas" (3 a 2) en cuya frecuencia ocupa el primer lugar en todo el perfil, "lascas" (3/2 a 1) que por el contrario son las menos numerosas en su comparación con el porcentaje de las otras capas, "láminas estrechas" (6 a 3), y en menor cantidad "lascas anchas" (1 a 3/4). Entre los residuos óseos de alimentación, que son muy abundantes, aparecen casi exclusivamente huesos de guanacos, no se han hallado huesos de avestruces ni otras aves, tampoco de otros animales menores, un rasgo notable que los diferencia de los niveles culturales 1, 2 y 3. Estamos evidentemente frente a restos de cazadores superiores, especializados en la caza del guanaco. Se deduce que lograron alta eficiencia en el uso de boleadoras, que aparecen precisamente en mayor número en estas capas 6 y 7, acaso también se ayudaron con otras técnicas cinegéticas como las trampas y los lazos. Esta comprobación de hallar restos de culturas especializadas en la caza, pero carentes de puntas de proyectil, no concuerda con las generalizaciones tan repetidas de adscribir la economía de caza a la necesaria presencia de puntas de proyectil. Algo más, esta cultura sin puntas de proyectil, está ubicada estratigráficamente encima —o sea que es más moderna, como lo dicen también los fechados radiocarbónicos— de otra cultura anterior pero poseedora de una industria lítica muy elaborada con piezas bifaciales entre las cuales se cuentan finas puntas, nos referimos al Toldense, y esta secuencia contradice también esquemas teóricos rígidos que se han venido usando. Como representantes de la industria Casapedrense las figuras 10, 11, 12, 13 y 14.

9. El Casapedrense de acuerdo al dato radiocarbónico que tenemos para sus inicios, en base a muestras de carbón levantadas de la parte inferior de la capa 7 (cuadrícula I), habría empezado la ocupación de la caverna hacia el 7260 años antes del presente, esto es en el 5310 años a. de C. y termina drásticamente (probablemente alrededor del 3500 años a. de C.) al sobrevenir una intensa actividad volcánica que cubrió de ceniza provocando una importante acumulación sobre la capa 6. Tal vez fue un acontecimiento catastrófico, que los grupos casapedrenses abandonaron el lugar y no sabemos a dónde se desplazaron. Aproximadamente un milenio más tarde, como vimos, llega otro grupo cultural, con una industria lítica algo distinta, como se puede apreciar por la posesión de piezas bifaciales, de puntas de proyectil, por carecer de artefactos típicos del Casapedrense, y por sus preferencias faunísticas que no son tan especializadas como en esta última cultura. Por todas estas consideraciones señalamos las características singulares de los restos arqueológicos de las capas 6 y 7, a las únicas que nombramos Casapedrense. El importante asentamiento Casapedrense habría estado probablemente favorecido por condiciones climáticas algo más propicias que las actuales, pues esta ocupación aconteció durante la formación de las *Pollen Zone* VI y parte de la V de Llanquihue (Chile), situada en una latitud no muy alejada de Los Toldos, estudiada por Heusser (1966); también correlacionable con el período *Yunga* de los Andes Centrales (Cardich 1964, 1971); y, ante todo, con el período *Atlanticum* adelantado por Auer (1949, 1965). Habría sido la fase más cálida y relativamente húmeda del *"Hypsithermal Interval"* de Mercer (1970).

10. Debajo de la capa 7 se encuentra la capa parcialmente estéril que nombramos 8. Mediante el otro dato de radiocarbono, sobre muestra obtenida en la parte superior de la capa 9 (cuadrícula I), tenemos el dato exacto sobre

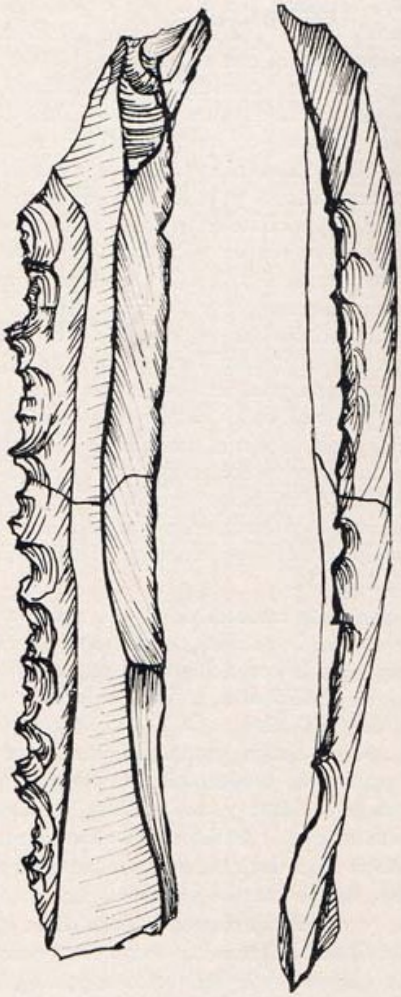


FIGURA 10

Pieza del Casapedrense: lámina con denticulados (tipo X), de la capa 6. Tamaño natural.

la duración de este hiato parcial en la ocupación humana de la cueva. Había empezado poco después del 6800 años a. de C. fecha en que termina la ocupación Toldense, y finalizado en el 5310 años a. de C. con el arribo de los grupos casapedrenses. Esto significa que entre el Toldense y el Casapedrense se interpone un hiato de 1490 años, lapso en que estuvo prácticamente abandonada la caverna. Ahora veamos una de las posibles causas de este comportamiento humano con relación a su ausencia de la cueva. Hay una condición muy importante de este paraje de Cañadón de las Cuevas que merece una consideración especial, y es su escasez de agua, en efecto, actualmente el lugar carece del líquido elemento, y solamente corre agua fugazmente por el cauce del arroyo cuando se produce alguna precipitación de cierta intensidad, y estas precipitaciones son raras durante el año; por otra parte tampoco

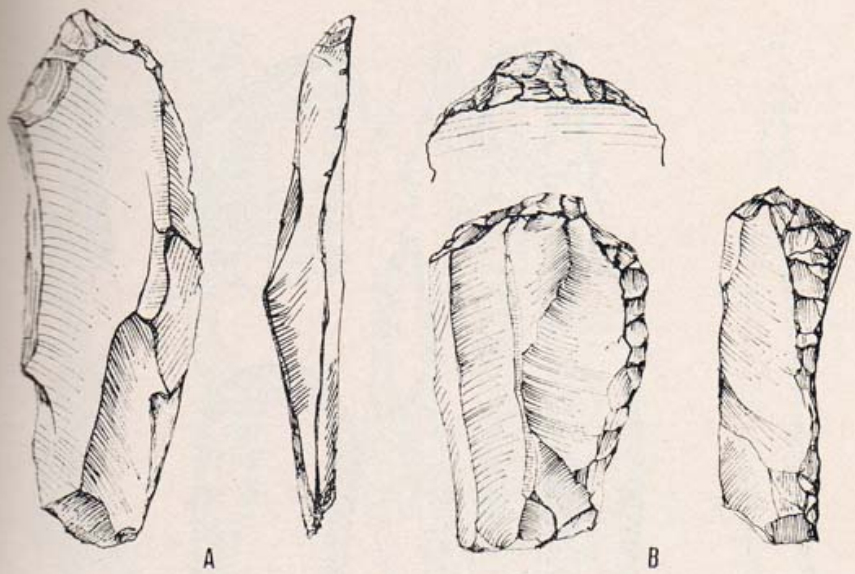


FIGURA 11

Piezas de la industria Casapedrense: A) Raedera "doble apical" (tipo Ñ); B) Raspador "de bisel obtuso" (tipo D) Tamaño natural.

hay manantiales en sus contornos. Por estas condiciones el lugar no sirve en la actualidad para vivienda permanente. Esto nos permite deducir que, probablemente, los períodos de mayor ocupación de la caverna han tenido que coincidir con ciclos mejor atendidos por las precipitaciones, aún siquiera en magnitudes mínimas. Por ejemplo el asentamiento Casapedrense que hemos visto arriba habría sido favorecido por estas condiciones climáticas del postglacial medio. Por este camino, hacer la deducción sobre los motivos de la ausencia humana de la cueva, desde luego es menos seguro, empero en base a las investigaciones sedimentológicas con las muestras levantadas por nosotros que realizan los doctores Mazzoni y Spalletti que hemos nombrado al principio, sabemos que las principales condiciones sedimentarias de las capas 1 y 8 son similares, esto es que, probablemente, durante la formación de la capa 8 prevalecieron unas condiciones ambientales similares a las actuales, caracterizadas por una semiaridez que se acerca a la aridez completa. Esta condición limitante habría sido tal vez uno de los factores que provocaron el abandono de la cueva, al menos como vivienda, pues aparecen algunos artefactos en su parte inferior, vinculados al Toldense, que quizás fueron dejados por cazadores asentados en otros lugares pero que se guarecían durante sus recorridas. Estas condiciones ambientales se habrían producido durante el período climático de acentuación de la aridez, el período Boreal de Auer para Fuego-Patagonia; se ha detectado también una tendencia a la sequía para el mismo período de Llanquihue (*Pollen Zone* V) en los diagramas levantados por Heusser (op. cit.).

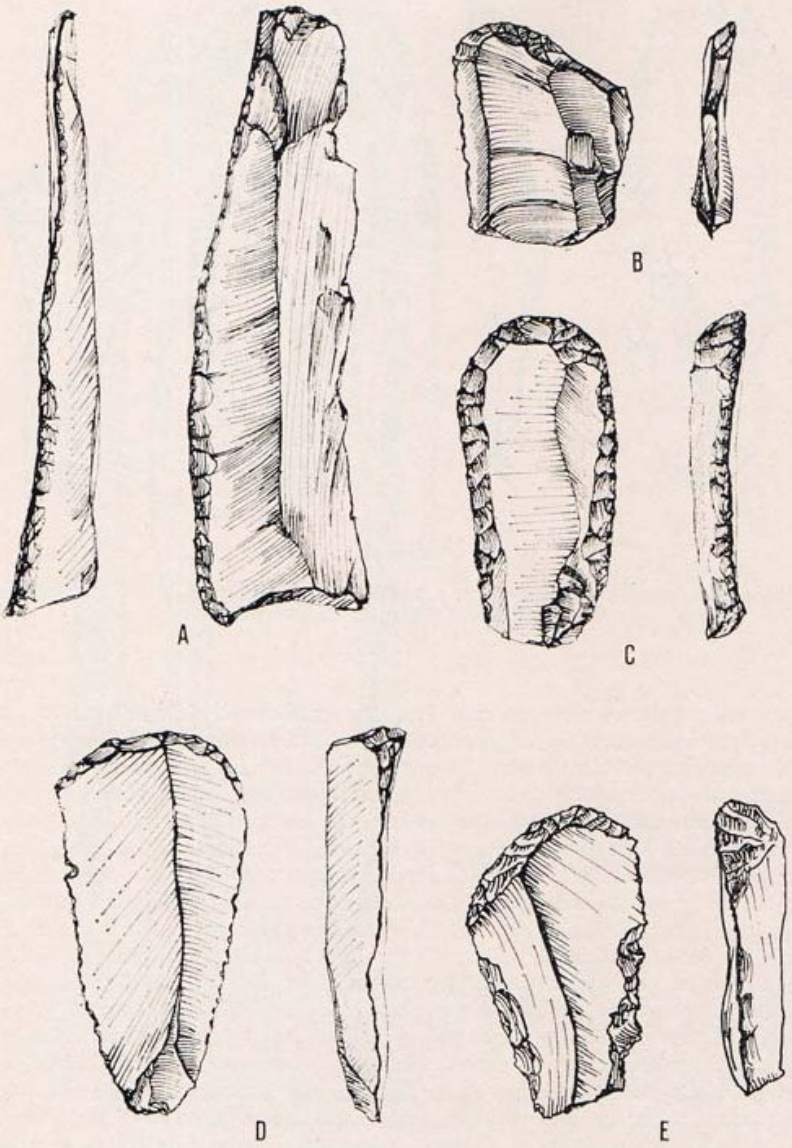


FIGURA 12

Representantes de la industria lítica Casapedrense: A) Cuchillo (tipo Y), de la capa 6; B) Raspador "ladeado" (tipo L), de la capa 6; C) Raspador "rectangular" (tipo H), de la capa 7; D) Raspador "subtriangular" (tipo G), de la capa 6; y E) Raspador "de borde distel oblicuo" (tipo B), de la capa 7. Tamaño natural.

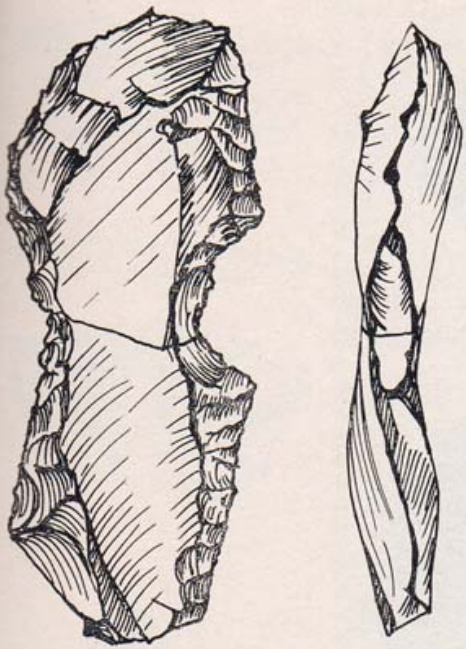


FIGURA 13

Pieza lítica del Casapedrense: lasca con muesca (tipo V), de la capa 7. Tamaño natural.

11. Sobre el Toldense veamos lo que escribe su descubridor, el doctor O. Menghín: "La industria lítica descuella por su carácter avanzado. Abarca puntas de dardos de trabajo bifacial con pedúnculo, pero sin aletas; un cuchillo largo con la misma técnica; raspadores de tamaño medio y grande de varios tipos, entre los que cabe mencionar un ejemplar grande de forma suboval. Estos artefactos están manufacturados en varias clases de sílices locales de distintos colores y a veces muy hermosos, hallándose también elementos de obsidiana. Los instrumentos de huesos son raros: encontramos solamente un punzón y fragmentos de algunas varillas, probablemente retocadores. Una sorpresa extraordinaria nos la brindó el hallazgo de una bola de arenisca fragmentada y cubierta con pintura roja (es la bola más antigua de América que conocemos hasta la fecha), lo mismo que el de una muela muy bien alisada..." (Menghin, 1952a, p. 37-38). "Podemos fecharla más o menos entre 9000 a 7000 años a. de C." (Menghin, 1965, p. 118). Esta caracterización y la ubicación de los estratos debajo de la capa estéril 8 de nuestra excavación (capa 3 de Menghín), corresponde a los restos arqueológicos 9 y 10 de nuestro perfil, agregándose algunas piezas encontradas en la base de la capa 8. En efecto, en estas capas se han levantado varias puntas bifaciales de fino trabajo y varios fragmentos también de puntas, entre ellas uno que parece ser un pedúnculo rectangular con la base ligeramente rebajada y presentando finos trabajos de presión. Entre las puntas se aprecian varios ejemplares en forma de hoja ancha con la base redondeada, otras sub-triangulares alargadas, una pequeña en forma de almendra en la capa 9, de obsidiana; una base muy fina con suave

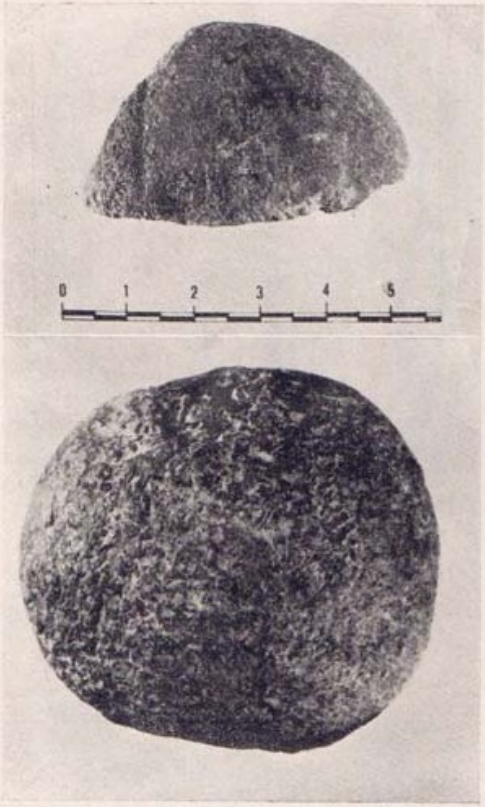


FIGURA 14

Boleadoras del Casapedrense.

escotadura y ancha, en la capa 8; y 2 fragmentos de bifaces algo más grandes, trabajados también en toda la superficie, en la capa 9. En cuanto a raspadores el porcentaje es relativamente bajo comparado con los niveles superiores, y aparecen los siguientes tipos empezando con los más frecuentes: "De borde activo menor que el ancho de la lasca" (tipo K), que no aparece en los niveles superiores; "rectangulares" (tipo H), que es común también en las capas superiores, ante todo en las capas 6 y 7; "sub-triangulares" (tipo G), igualmente comunes en los niveles de arriba, muy explicable por tratarse de formas clásicas de los raspadores; "de borde distal oblicuo" (tipo B), una forma típica del Casapedrense, y que aquí se da solamente en las capas 8 y 9 en un número total de cuatro ejemplares; asimismo en números escasos los raspadores "grandes y espesos" (tipo J), "con punta en el extremo opuesto al raspador" (tipo E) y "achatados" (tipo LL). Las raederas halladas son de los tipos siguientes: "sobre lascas anchas" (tipo W), de formas que no aparecen en las culturas más recientes, y siendo mayor su frecuencia en la capa 10; y "dobles", más frecuente en la capa 9, haciendo notar que las raederas de este tipo que

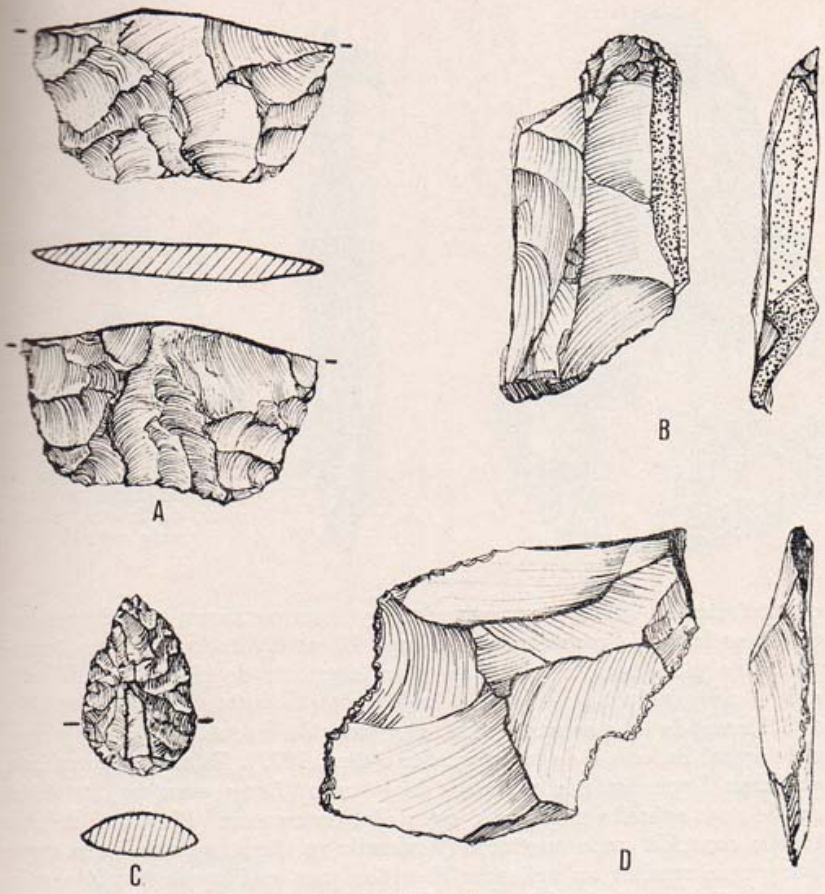


FIGURA 15

Industria lítica del nivel Toldense: A) Base de una gran punta bifacial, ligeramente cóncava y algo rebajada (tipo R), de la capa 8; B) Raspador "ladeado" (tipo L), de la capa 9; C) Punta pequeña bifacial de obsidiana (tipo R), de la capa 9; y D Lasca laminar con retoque (tipo Z), de la capa 9. Tamaño natural.

aparecen arriba no son morfológicamente tan perfectas como las de este nivel. Otros artefactos hallados: "lascas pequeñas o medianas con retoques en uno o más bordes" (tipo P); "lascas con retoque chato a presión" (tipo T) cuya presencia no se advierte en las capas intermedias o más recientes de la cueva; "láminas con diminutos retoques marginales y de utilización" (tipo Z); y "cuchillos" (tipo Y). En cuanto a lascas y láminas no retocadas mencionaremos en orden a su mayor presencia: "lascas laminares" (2 a 3/2) en porcentaje más o menos similar que en los niveles superiores; "láminas" (3 a 2), en porcentaje menor que en el Casapedrense; "lascas" (3/2 a 1), son comparativamente abundantes, siendo el Toldense el de mayor porcentaje de todo el perfil, particularmente la capa 9; y muy escasamente aparecen "láminas estrechas" (6 a 3) y "lascas anchas" (1 a 3/4). No hemos hallado boleadoras. Aparecen al-

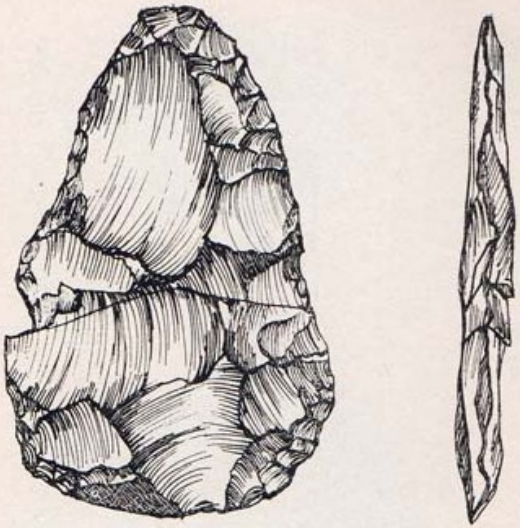


FIGURA 16
Gran punta de lanza bifacial de forma subtriangular, de la capa 9. Tamaño natural.

gunos artefactos de hueso como retocadores y finos punzones, también se halló un hueso largo de mamífero en la capa 10, conteniendo incisiones transversales. Una pieza notable levantada es un fragmento de pieza discoidal alisada de piedra, de forma similar a la hallada por el doctor Menghín también en el Toldense, de toba arenosa rojiza, muy parecida en su forma a las piezas discoidales del Paríodo I de la cueva Fell (Bird, 1970). Estos cazadores han dejado como desperdicios óseos huesos de guanaco (*Lama guanicoe*), también huesos de otros animales como aves, entre ellos de avestruz (*Rheidae*), de una *Tinamidae* conocida como martineta (*Eudromia sp.*), que aparece en la capa 10, que puede resultar un indicador climático pues está muy vinculado a la estepa arbustiva semiárida del centro del país y actualmente su área de dispersión apenas llega a la latitud de Chubut, y su presencia en el nivel 10 de Los Toldos acaso pueda indicar condiciones térmicas más benignas (el *Hypsithermal?*). También se encontraron algunos huesos de otros animales: de un roedor (*Cavidae* indet.) y de un *Canidae*, ambos en la capa 9. Asimismo se alimentaron de caballos antes de su extinción, especie que debe haber sido escasa acaso por condiciones fitogeográficas no muy propicias, que nosotros no hemos encontrado sus restos pero sí Menghin en este nivel Toldense. Las condiciones del medio, en plena meseta árida patagónica, lejos de las zonas con mayor masa y cobertura vegetal como la precordillera, habrían sido desfavorables, para la presencia de los grandes desdentados tan característicos de la fauna pleistocénica sudamericana, pues las mismas oscilaciones climáticas dentro de estos milenios no habrían sido tan marcadas. De nuestras excavaciones tenemos muchos fragmentos de huesos aún no determinados. Sin embargo, lo importante del inventario óseo de desechos de alimentación es conocer que estos grupos humanos de economía cazadora del Toldense tenían una variada gama en sus preferencias faunísticas, en un comportamiento muy diferente de los del Casapedrense que se alimentaron casi exclusivamente de

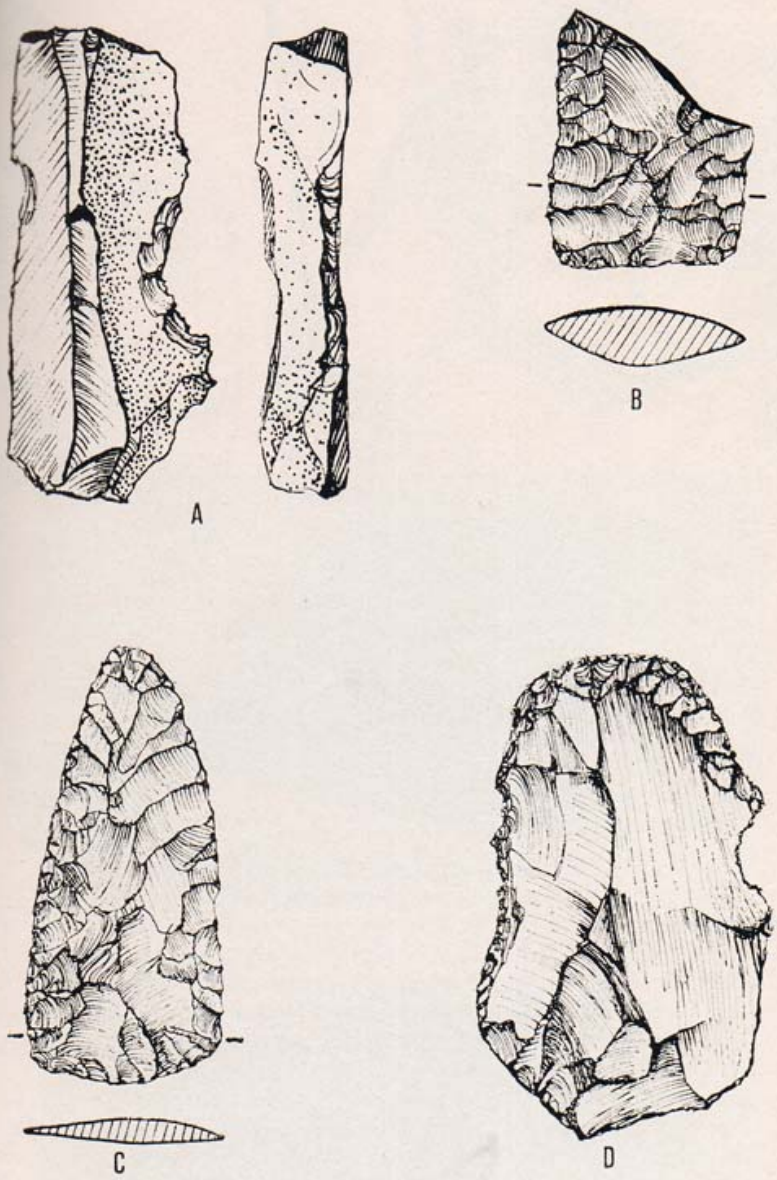


FIGURA 17
Industria lítica del nivel Toldense: A) Lasca laminar con muescas (tipo V), de la capa 9; B) Fragmento bifacial finamente trabajado, con retoques a presión y con la base algo rebajada, probablemente pedúnculo de una punta con limbo más ancho, de la capa 10; C) Punta bifacial de forma subtriangular, finamente trabajada, de la capa 10; y D) Raspador "grueso y grande" (tipo J), de la capa 9. Tamaño natural.

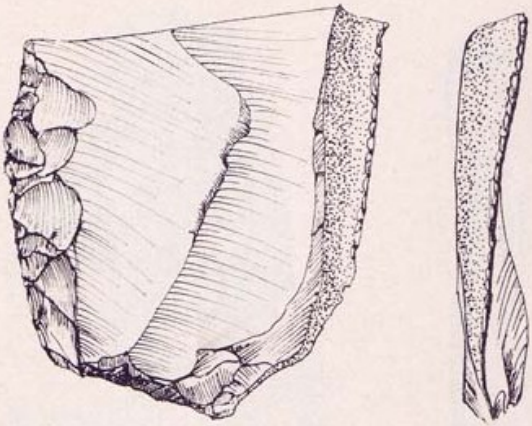


FIGURA 18
Artefacto lítico del nivel Toldense: Raedera "sobre lasca ancha" (tipo W), de la capa 10. Tamaño natural.

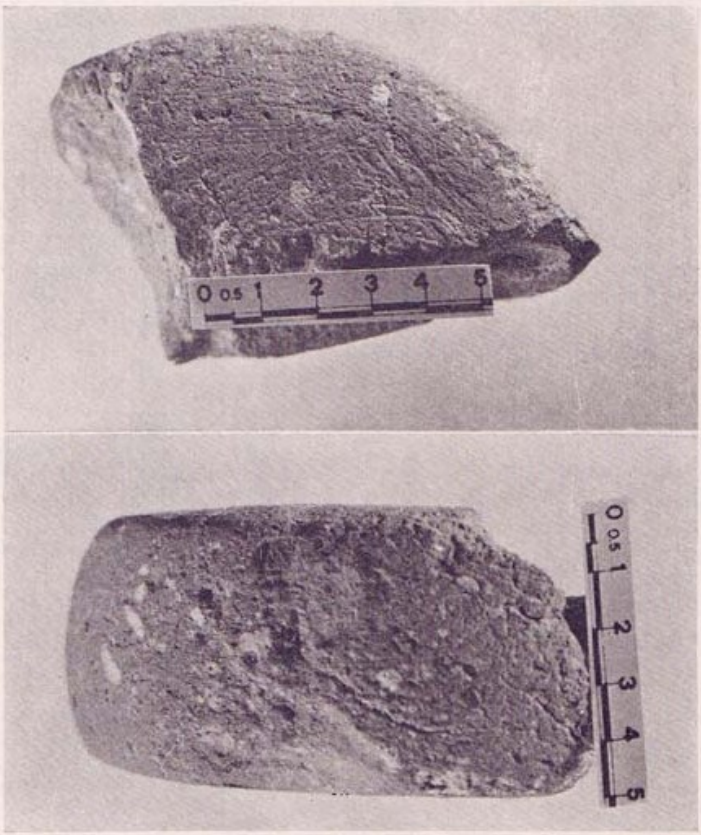


FIGURA 19
Disco de piedra alisada, de la capa 10 (Toldense).

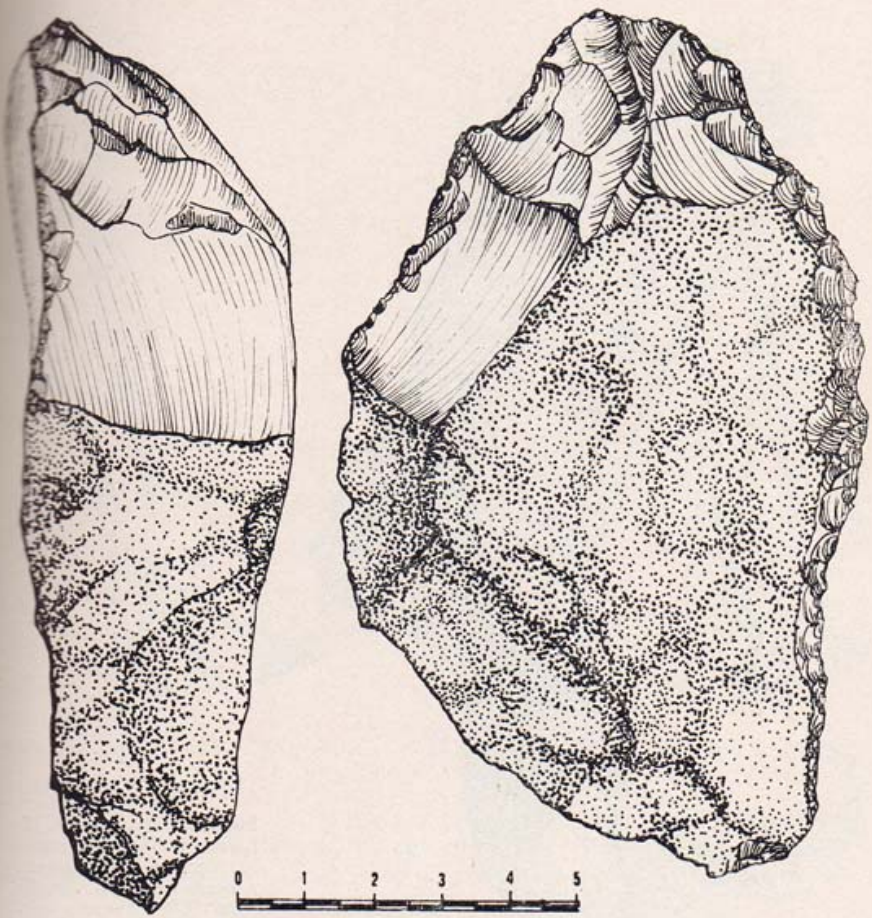


FIGURA 20
Industria del nivel 11: Lasca grande con restos de corteza, parcialmente retocada, unifacial (tipo Q).

guanacos, como señalamos arriba. Las características de la industria lítica Toldense pueden ser advertidas en las figs. 15, 16, 17, 18 y 19.

12. Hemos hallado también, como se dijo, porciones de pintura roja en los sedimentos de este nivel Toldense, así como también dos fragmentos de corteza de roca, una de ellas pequeña, que parecen contener en una de sus caras partes de pinturas en rojo que, posiblemente, se desprendieron del techo para entonces ya pintado con el único estilo que aparece en la caverna 3, el de negativos de manos, lo que sugeriría que —al menos algunas muestras— de estos motivos de pintura fueron pintados durante el Toldense lo que confirmaría la tesis de Menghin, o tal vez fueron iniciados antes.

13. Para datar el Toldense tenemos la fecha radiocarbónica para su finalización (6800 años a. de C.), pero carecemos del fechado para los inicios de

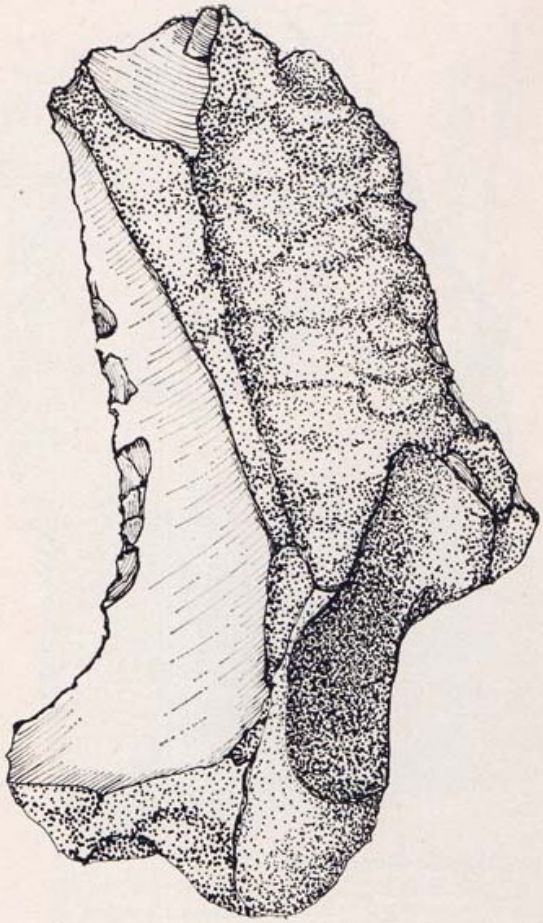


FIGURA 21
Indutsria del nivel 11: Lasca grande con restos de corteza parcialmente retocada en los bordes (tipo Q). Tamaño natural.

la capa 10. La presencia de algunos rasgos comunes con el período I de la gruta Fell (Bird, 1946; Emperaire, y otros, 1963), como las tan raras piedras discoidales alisadas y las puntas pedunculadas, aunque estas últimas son escasas en el Toldense (unas incompletas halladas por Menghín y una fragmentada de un posible pedúnculo que apareció en nuestra excavación), hablarían de una relación entre ambos sitios arqueológicos, aunque evidentemente se advierten muchas diferencias; diferencias que son notables por ejemplo en la industria lítica en su conjunto, así como en la ausencia de las pinturas de negativos de manos en la cueva Fell o en sus inmediaciones. Es probable que el Toldense anteceda en algo al período I de Fell, por cuanto este último sitio, por su ubicación más austral y marginal habría estado tal vez al final de la ruta que antes pasó por Los Toldos. Este hecho quizás provocó que algunos rasgos culturales no llegaran tan al Sur, por otro lado otros nuevos rasgos habrían surgido localmente, provocando estas diferencias. Los datos radiocarbónicos para el período I de Fell son 10.720 ± 300 años a. del presente y

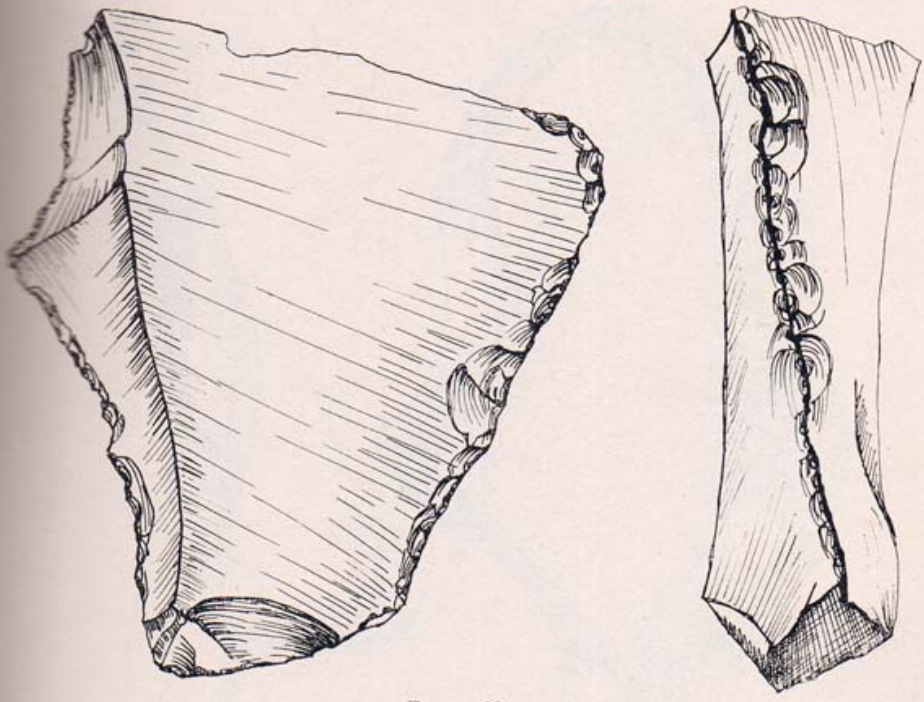


FIGURA 22
Industria del nivel 11: Lasca grande parcialmente retocada en los bordes (tipo Q). Tamaño natural.

11000 ± 170 años también a. del presente, (Bird, 1969), o sea aproximadamente 9000 años a. de C. Esta edad u otra sensiblemente mayor correspondería a los inicios del Toldense. La posesión Toldense de la cueva 3 de Los Toldos habría durado alrededor de 2300 años, en un período probablemente correlacionable con el final del *Pollen Zone* II, el III y el IV de LLanquihue (Heusser, op. cit.). De acuerdo a los datos cronológicos el asentamiento Toldense empieza en los inicios del *"Hpysithermal Interval"*, y se prolonga durante la primera parte de él.

14. En contadas cuadrículas de las trabajadas por nosotros, al avanzar a los niveles más profundos, encontramos más o menos agrupadas en la capa 11, particularmente en su parte inferior, una serie de piezas líticas que no participa de las características asignadas a la cultura Toldense. En efecto, como un rasgo notable que lo diferencia del Toldense este nuevo conjunto industrial no contiene piezas bifaciales, y no hemos encontrado puntas de proyectil, a la vez contiene unas piezas que denominamos "lascas grandes, espesas, de forma o contorno variable, de aspecto tosco, parcialmente retocado por percusión" (tipo Q), que son exclusivas de este nivel. Además contiene estos otros tipos: raspador "de borde activo menor que el ancho de la lasca" (tipo K), que generalmente son grandes y conservan parte de la corteza, y este es el único tipo de raspador presente en esta industria. La más frecuente de las

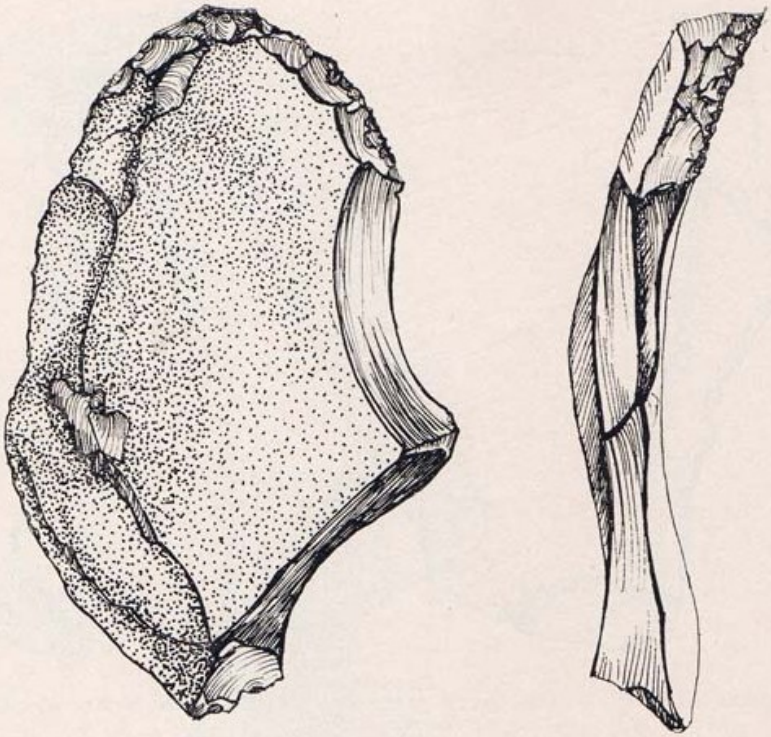


FIGURA 23
Industria del nivel 11: Raspador grande "de borde activo menor que el ancho de la lasca" (tipo K), con restos de corteza. Tamaño natural.

raederas, aunque se trata de pocos ejemplares, es la del tipo W "sobre lascas anchas"; aparecen algunas raederas "dobles" (tipo S); y en número ínfimo "lascas pequeñas o medianas con retoques en uno o más bordes" (tipo P) y "láminas con muesca o muescas sucesivas" (tipo X). En cuanto a la presencia de lascas y láminas sin retoque, presenta un mayor porcentaje de "lascas laminares" (2 a 3/2), en segundo término "lascas" (3/2 a 1) y "láminas" (3 a 2), y en escasa cantidad "lascas anchas" (1 a 3/4), diferenciándose en estos porcentajes de los del Toldense. Hallamos una pequeña porción de pintura amarilla. Residuos óseos de alimentación muy fragmentados, se reconocen algunos de guanaco. No hemos podido determinar la presencia de huesos de grandes animales extinguidos, tal vez no se propagaron por el lugar, como dijimos arriba, por las condiciones poco propicias del medio. Las características de la industria están expuestas en las figs. 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30 y 31.

15. Los fragmentos de carbón reunidos de un nivel a 1,35 m de profundidad relacionado con la presencia de esta industria que nombramos de nivel 11, ha sido analizada por el C 14, arrojando la edad adelantada arriba de 12600

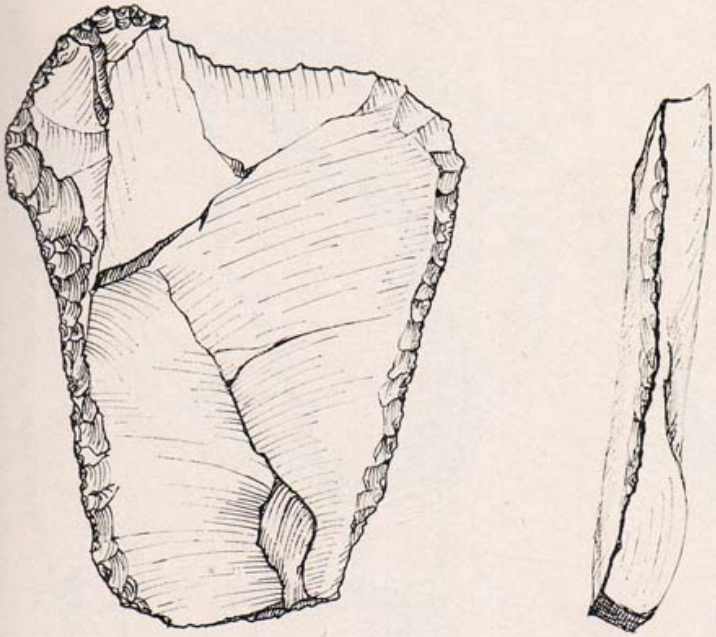


FIGURA 24
Industria del nivel 11: Raedera "doble" (tipo S). Tamaño natural.

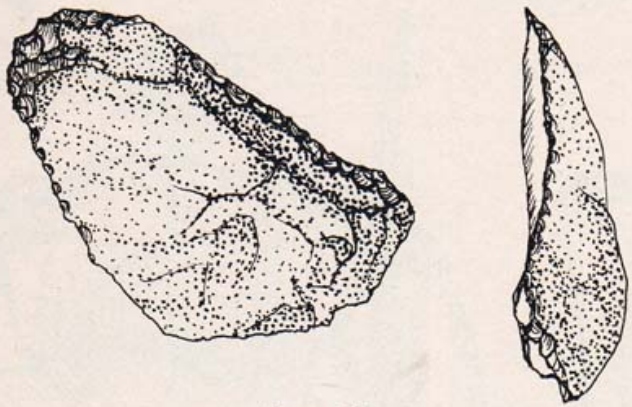


FIGURA 25

Industria del nivel 11: Raspador "de borde activo menor que el ancho de la lasca" (tipo K). Tamaño natural.

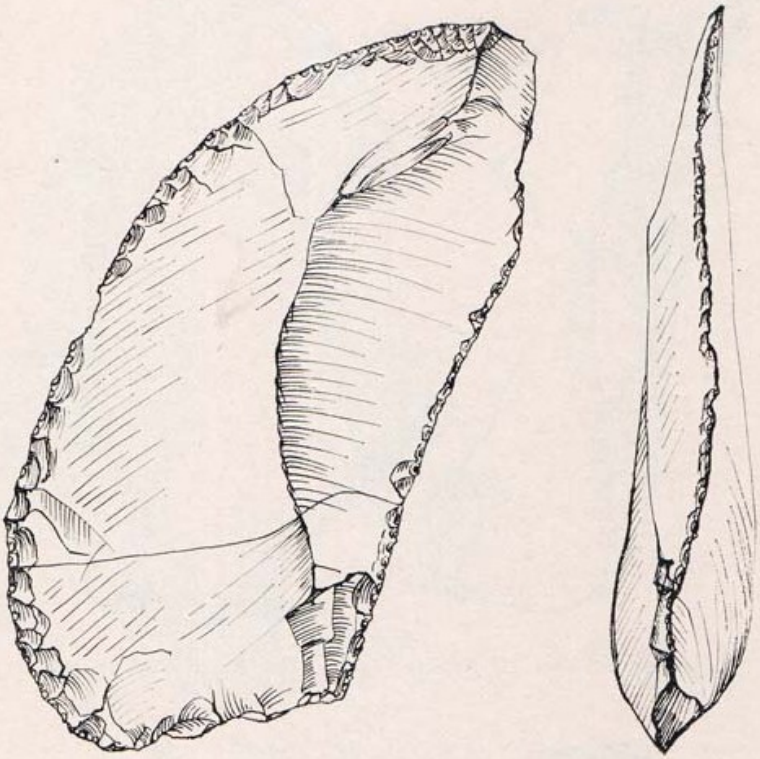


FIGURA 26
Industria del nivel 11: Raedera "doble lateral" (tipo S). Tamaño natural.

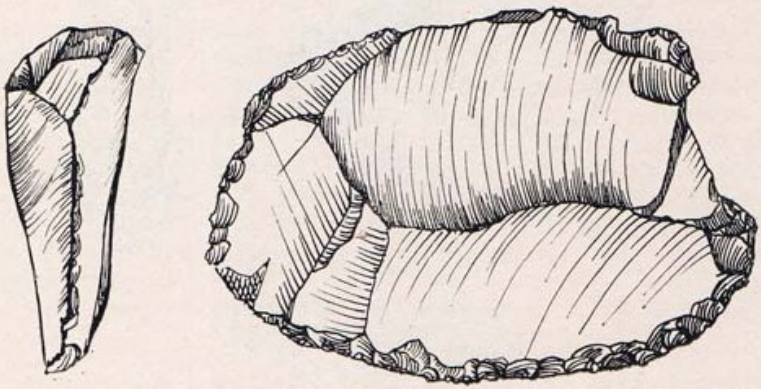


FIGURA 27
Industria del nivel 11: Raedera "sobre lasca ancha" (tipo W). Tamaño natural.

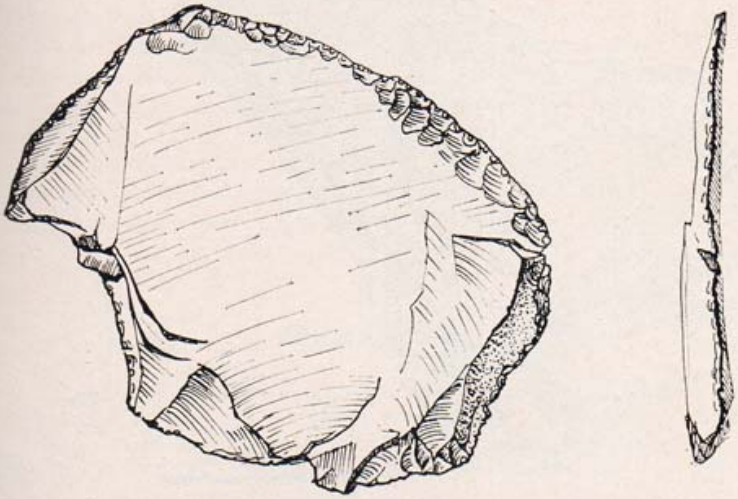


FIGURA 28
Industria del nivel 11: Raedera "sobre lasca ancha" (tipo W). Contiene finos retoques en el borde, probablemente por presión. Tamaño natural.

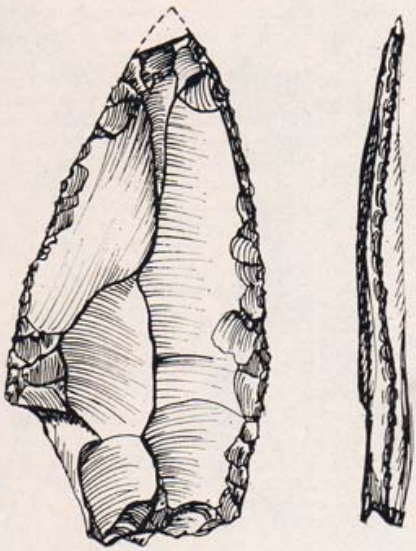


FIGURA 29
Industria del nivel 11: Raedera "doble apical" (tipo Ñ), semeja también a una punta musteroide. Tamaño natural.

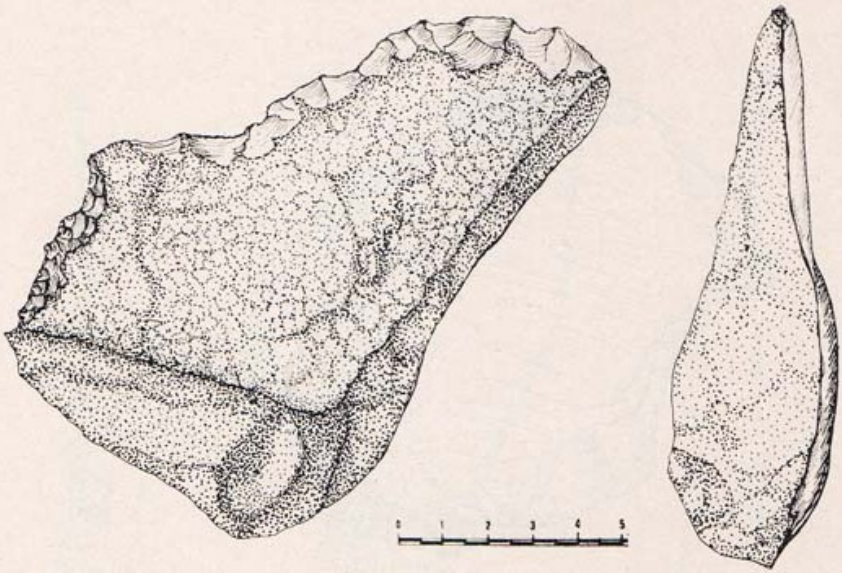


FIGURA 30
Industria del nivel 11: Lasca grande parcialmente retocada en los bordes, conserva buena parte de la corteza (tipo Q). Los lascados mayores corresponden a lascados naturales.

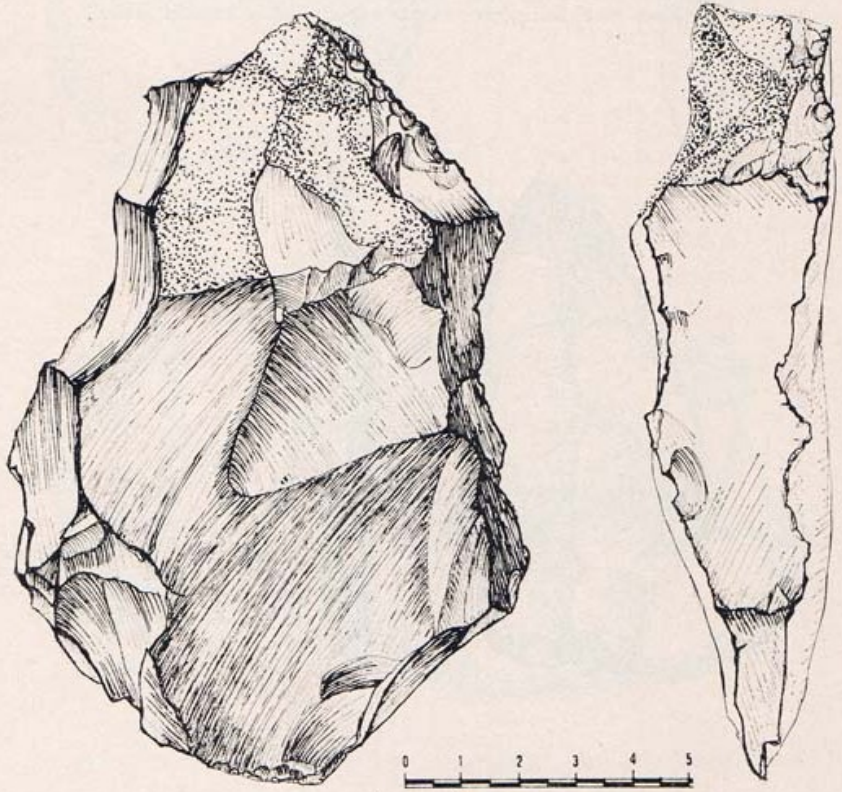


FIGURA 31
Industria del Nivel 11: Lasca grande con trabajo unifacial y retoque parcial en el borde (tipo Q).

años antes del presente. Es el fechado más alto para un nivel estratigráfico y claramente relacionado con una industria definida, para la Argentina y para toda la región meridional de Sudamérica, y destaca entre las principales del continente [2]. La denominación provisional como Industria del Nivel 11, se debe a que se espera ampliar los trabajos en busca de mayor número de piezas para definir mejor el conjunto, a la vez determinar si se trata de una *facie* muy temprana del Toldense, o representa una cultura distinta. Para los tiempos de estos acontecimientos prehistóricos del Pleistoceno tardío, las condiciones ambientales de la Patagonia iban perdiendo su crudeza y, consecuentemente, los glaciares estaban en camino a replegarse a los sectores de las montañas.

BIBLIOGRAFIA

Aparicio, Francisco de. 1933. Viaje preliminar de exploración en el territorio de Santa Cruz. En: Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico, Fac. de Filosofía y Letras, Serie A, t. III, pp. 71-92, 48 lám. Buenos Aires.

Archangelsky, Sergio. 1967. Estudio de la formación Baqueró, Cretácico inferior de Santa Cruz, Argentina. En: Revista del Museo de La Plata (Nueva Serie), Sección Paleontología, t. V, pp. 63-171. La Plata.

Auer, Väino. 1949. Las capas volcánicas como base de la cronología postglacial de Fuegopatagonia. En: Revista de Investigaciones Agrícolas, Ministerio de Agricultura y Ganadería, t. III, núm. 2, pp. 49-208. Buenos Aires.

— 1965. The Pleistocene of Fuego-Patagonia. Part. IV: Bog Profiles. En: Annales

[2] Con un correcto sentido crítico se está produciendo en algunos medios científicos un cuestionamiento serio a los fechados que indican una alta edad para yacimientos arqueológicos de América. Se cuenta entre ellos, la revisión de C. Vance Haynes (1967) que afirma no encontrar en la literatura respectiva una edad segura para el hombre temprano de América que supere a los 12.000 años A.P. En otros casos, se suma a esta exigencia crítica de prudencia, toda una hipótesis completa y explicada sobre un tardío pero explosivo poblamiento del Nuevo Mundo, como en la formulación reciente de Paul S. Martin (1973). Nosotros particularmente creemos, como hipótesis, que el antiguo poblamiento de América puede alcanzar cifras más altas, pero estamos de acuerdo en que la presentación de la mayoría de los hallazgos de alta edad, hechos hasta el presente, señalan condiciones que no satisfacen completamente los recaudos necesarios que hacen a una objetividad científica más ajustada, pero sostenemos que estos se irán allanando, como en todo proceso de perfeccionamiento, ratificando o rectificando fechados. Lo que sí queremos llamar la atención es a la tendencia que se está generalizando de pretender reeditar para América, todo el desarrollo histórico de la industria lítica, producido en el Viejo Mundo, en más de 2 millones de años, comprimiéndolo en unos escasos 12 mil ó 20 mil años. Estas formulaciones presentan generalmente esquemas apretados donde aparecen secuencias forzadas para explicar el supuesto proceso. Por este camino, naturalmente, se tenía que dar también ante problemas similares como los surgidos en el Viejo Mundo ante los llamados "eolitos" (esas pretendidas industrias del Terciario), por lo sumamente dudoso que resulta poder asignar una artificialidad a ciertas piezas líticas americanas correspondientes a supuestas industrias. Entre estas que conocemos, tenemos para Sudamérica, por ejemplo la de Paccaicasa fechada en 22.000 años (MacNeish, 1971), y Red Zone estimada en 13.000 a 14.000 años A. P. (Lanning y Patterson, 1967; Lanning, 1967). No creemos aceptable que el *Homo sapiens* de hace unos 20.000 años ó 14.0000 años no haya tenido una capacidad técnica para producir una industria lítica —tosca tal vez— pero sí clara y definidamente industria humana, y no litos dudosos equivalentes a las aludidas piezas surgidas de los estratos del Terciario del Viejo Mundo. Estas posiciones que aquí criticamos están relacionadas también con una línea de subestimación de la capacidad y los alcances culturales del hombre del Paleolítico americano, que hemos enjuiciado en la primera parte de un trabajo publicado no ha mucho (Cardich, 1971).

Academiae Scientiarum Fennicae, Serie A, III. Geologica-Geographica, 80 pp. 1-160. Helsinki.

Bagolini, Bonadino. 1968. Richerche sulla dei manufatti litici prehistoriche non ritocati. En: Annali dell' Universita di Ferrara (Nuova Serie), Segione XV Paleontologia humana e Paletnologia, vol. I, núm. 10. Ferrara.

Bird, Junius. 1946. The archeology of Patagonia. En: Handbook of South America Indians (Smithsonian Institut, Bureau of American Etnology, Bull. 143), t. I. Washington.

— A comparison of South Chilean and Ecuatorian "Fichtail" projectil points. En: The Kroeber Anthropological Society Papers, núm. 40, pp. 52-71. Berkeley.

— 1970. Paleo-Indian discoidal stones from Southern South America. En: American Antiquity, vol. 35, núm. 2, pp. 205-208.

Bosch-Gimpera, P. 1964. El arte rupestre de América. (A la memoria de Henri Breuil.) En: Anales de Antropologia, Inst. de Invest. Históricas, Univ. Nac. Autónoma de México, vol. 1, pp. 29-45. México.

Breuil, H y L. Berger-Kirchner. 1962. Arte rupestre. Francocantábrico. (Traducción, título de edición original: Kuns der welt die Steinzeit. Baden-Baden, 1960.) En: El Arte de los pueblos. Edad de Piedra, pp. 11-70. Barcelona.

Caldenius, Carl C. Zon. 1932. Las Glaciaciones cuaternarias en la Patagonia y Tierra del Fuego. En: Publicación núm. 95, Ministerio de Agricultura de la Nación, pp. 1-152, y 42 lám. Buenos Aires.

Cardich, Augusto. 1964. Lauricacha. Fundamentos para una Prehistoria de los Andes Centrales. En: Studia Praehistorica, III, pp. 1-162. Buenos Aires.

— 1971. Hacia una interpretación de la Prehistoria Sudamericana. En: Anales de Arqueologia y Etnologia, Univ. Nac. de Cuyo, t. XXIV-XXV, pp. 5-32. Mendoza.

Emperaire, José; Annette Laming-Emperaire y Henri Reichlen. 1963. La Grotte Fell et autres sites de la région volcanique de la Patagonie Chilienne. En: Journal de la Société des Américanistes, nouvelle serie, 52, pp. 167-254. Paris.

Flint, Richard y Francisco Fidalgo. 1963. Geologia Glacial de la zona de borde entre los paralelos 39°10' y 41° 20' de latitud sur en la Cordillera de los Andes, República Argentina. En: Boletín núm. 93, Dirección Nacional de Geologia y Minería. Buenos Aires.

— 1968. Drift Glacial al Este de los Andes entre Bariloche y Esquel. En: Boletín núm. 119, Instituto Nac. de Geologia y Minería, pp. 1-18, 2 fig., 1 lám. Buenos Aires.

Haynes, C. Vance, Jr. 1967. Carbon-14 dates and Early Man in the New World. En: Yale Univ. Press, Pleistocene Extinctions, pp. 267-286.

Lanning, Edward P. 1967. Peru before the Incas. En: Ed. Prentice-Hall, Inc., pp. 1-216. New Jersey.

— y T. C. Patterson. 1967. Early Man in South America. En: Scientific American, vol. 217, pp. 44-50.

Heusser, Wesley A. 1966. Late-Pleitocene Pollen Diagrams from the Province of Llanquihue, Southern Chile. En: Proceedings of the American Philosophical Society, vol. 110, núm. 4, August 23, 1966, pp. 269-305. Philadelphia.

Macneish, Richard S. 1971. Early Man in the Andes. En: Scientific American, vol. 224, nº 4, pp. 36-46.

Martin, Paul S. 1973. The Discovery of America. En: Science, vol. 179, núm. 4077, pp. 969-974.

Mercer, John H. 1970. Variations of some Patagonian glaciers since the Late-Glacial: II. En: American Journal of Science, vol. 269, pp. 1-25.

— 1972. Chilean Glacial Chronology 20.000 to 11.000 Carbon-14 Years Ago: Some Global Comparisons. En: Science, vol. 176, pp. 1118-11120.

Menghin, Osvaldo F. A. 1952a. Fundamentos cronológicos de la Prehistoria de Patagonia. En: Runa, vol. V, partes 1-2, Fac. de Filosofia y Letras, pp. 23-43. Buenos Aires.

— 1952b. Las Pinturas Rupestres de la Patagonia. En: Runa, vol. V, partes 1-2, Fac. de Filosofia y Letras, pp. 5-22. Buenos Aires.

— 1957.Estilos del Arte Rupestre de Patagonia. En: Acta Praehistorica, I, Centro Argentino de Estudios Prehistóricos, pp. 57-87. Buenos Aires.
— 1965. Origen y Desarrollo Racial de la Especie Humana. 2ª edición, Compendios Nova de Iniciación, pp. 1-136 y 10 lám. Buenos Aires.

Musters, G. Ch. 1911. Vida entre los Patagones. Universidad Nacional de La Plata, Biblioteca Centenaria, t. I, pp. 127-392. Buenos Aires.

Ugarte, F. R. E. 1966. La cuenca Compuesta Carbonífero-Jurásica de la Patagonia Meridional. En: Anales de la Universidad de la Patagonia San Juan Bosco, Ciencias Geológicas, t. I. núm. 1. pp. 37-63, 5 figuras. Comodoro Rivadavia.

ALACALUFES, CANOEROS OCCIDENTALES Y PUEBLOS MARGINALES O METAMÓRFICOS

Rodolfo M. Casamiquela

I. INTRODUCCIÓN

En un par de trabajos, Hammerly Dupuy (1947; 1952) ha intentado rebatir, fundamentalmente sobre argumentos etnohistóricos —*plus* observaciones directas—, la interpretación clásica en cuanto al carácter y dispersión de los Alacalufes. No hace mucho Llarás Samitier (1967) dio a luz un trabajo en el que adopta idéntica posición revisionista. Según se aprecia a través del texto y de la advertencia de Imbelloni en aquel del primero de los nombrados (1952), ni el uno ni el otro alcanzaron a incluir la publicación fundamental del etnógrafo Emperaire (1963), quien frecuentó Alacalufes (para él tales) durante casi dos años consecutivos. En ella se vuelve a la interpretación clásica, aquella de Gusinde (1951) y *auctorum* en general. En esencia, postula que desde su límite austral en ambas márgenes de la desembocadura occidental del Estrecho de Magallanes, en la frontera con los Yámanas, aquéllos se extendían por el norte, en tiempos históricos, hasta aproximadamente la latitud del golfo de Penas, en donde entraban en contacto con los Chonos. La tesis polémica, en cambio sostiene que avanzaban poco más al norte de la latitud del seno de la Ultima Esperanza; más allá merodeaban otras poblaciones de canoeros, no alacalufes. *Infra* pasaré rápidamente revista a los argumentos esgrimidos por ambos autores, a primera vista seductores pero inconsistentes si se los somete a un análisis crítico más profundo.

Mi propio interés por el tema nació como consecuencia de las investigaciones etnográficas y lingüísticas auspiciadas por el Instituto de Humanidades de la Universidad Nacional del Sur, entre 1962 y 1966, entonces como ahora bajo la dirección del profesor Héctor Ciocchini (*cf.* Casamiquela, 1965; 1967). En el verano de 1965 pude entrevistar a un indígena yámana de Harberton (estancia de los Bridges), en la isla Gable, al oriente de Ushuaia, y en 1964 a una mujer de esta extracción y a otras dos sedicentemente alacalufes,

internadas en el Hospital Regional de Punta Arenas [1]. Estos trabajos, de índole sólo preliminar, dieron lugar, aparte de los informes de rigor, a alguna conferencia en el aludido instituto en Bahía Blanca, pero razones de tiempo me hicieron abandonar el tema apenas despuntado. Hoy lo retomo, a la vuelta de algunos años, de resultas de una breve visita a Punta Arenas (diciembre de 1968), durante la cual pude contactar de nuevo, fugazmente, con representantes del último pueblo nombrado: dos mujeres y un hombre [2] alojados transitoriamente en el Pabellón de Enfermedades Bronco-pulmonares del aludido hospital. Entretanto, se producía la aparición del artículo de Llarás Samitier a que me he referido (presentado en realidad muchos años antes).

Con la convicción de poder aportar elementos de juicio de interés en la discusión abierta, me decido a publicar estas sintéticas páginas en las que se consigna mi opinión, clara y bien madurada. [3]

II. ANÁLISIS DE LA POSICIÓN REVISIONISTA

Ésta se basa fundamentalmente en los siguientes elementos.

1. Con respecto al límite septentrional de los Alacalufes *s.st.*

1.1. Lingüísticos y geográficos: (a) Las terminaciones *iwa* de diferentes accidentes geográficos entre la isla Desolación y el canal Jerónimo, según los datos de indígenas capturados por Sarmiento de Gamboa en aquella isla Para Hammerly Dupuy resultan ajenos a la lengua alacaluf. (b) Correlacionadamente, el hecho de que los vocabularios tomados por él mismo entre los indígenas de la isla Wellington no se correspondan con aquellos de los dos dialectos que cree reconocer entre los Alacalufes australes, o clásicos (y que ilustra con los vocabularios de Guilbaudiere, de 1688, y de Borgatello, de 1928). El hecho tendría un par de antecedentes importantes (*cf.* igualmente Llarás Samitier): en la expedición de Skottsberg (1908), una mujer llevada desde el Estrecho fracasó como traductora en Puerto Grappler, en el canal Messier; de tres Alacalufes de Tierra del Fuego que acompañaban a Bridges, sólo uno se entendió, con dificultades, con indígenas encontrados cerca de Wellington [4].

1.2. Somatológicos: (a) El único documento directo que consigna Hammerly Dupuy en cuanto a una posible diferencia racial entre Alacalufes y Canoeros Occidentales es el que se debe a la pluma de Bynoe (de la expedición de Parker King), referente a indígenas vistos en el golfo de Trinidad, y que debo transcribir parcialmente: "Eran muy superiores a todos los fueguinos que viera yo, más altos, más erguidos y mejor proporcionados; sus miembros eran mejor formados, y más musculosos, torneados y llenos que los indios de canoa del Estrecho de Magallanes o del canal Bárbara; tenían la piel más limpia, a la vez que más clara, y era ésta seguramente la razón

[1] Respectivamente Agustín Clemente. la Vda. de Milisic; Nora López y Lola Sotomayor.

[2] Teresa Josefina Patarito, Rosa Lucía Sotomayor y Pedro Javier Wellington.

[3] El artículo iba a completarse, originalmente, con un capítulo teórico aplicado de carácter arqueológico, pero me decido a desglosarlo y publicarlo separadamente.

[4] Bridges (cf. 1963) se inclinó a considerarlos "Chonos" y se extrañó de encontrarlos tan al sur.

porque los supusimos más blancos que los demás indios vistos hasta entonces. El largo de la espalda, tan notable en los fueguinos, no lo resultaba tanto en esta gente, ni eran por mucho tan feos como aquéllos; más aún, en los semblantes jóvenes se dibujaba una sonrisa agradable. Ninguno estaba muy ahumado ni tenía los ojos enrojecidos y llorosos por efectos del humo... Todos estuvimos contestes en que esta gente pertenecía a una raza superior a todas las que viéramos por estas aguas."

Además recuerda Hammerly Dupuy la curiosa actitud observada por los tres indígenas capturados por Sarmiento de Gamboa en la isla Desolación los cuales al abandonar el canal Jerónimo para pasar entre la isla Carlos III y la costa septentrional, en la que se veían humaredas, "comenzaron a llorar, y lo que pudimos entender fue que lloraban porque temían que aquellas gentes de los humos los matarían, y que significaban que eran grandes hombres y tenían flechas y peleaban mucho..."

1.3. Cultura material: Prescindiendo de la vestimenta y armas, en que las diferencias no parecen apreciables, ambos autores reseñados hacen incapié en: (a) La presencia al norte del Estrecho de canoas de (tres) tablas y su reemplazo por canoas de corteza al sur de aquél, con excepciones muy contadas. (b) Con respecto a la vivienda, igualmente ambos autores señalan que la choza alacaluf, cupuliforme, era completamente distinta de la yámana (cónica).

1.4. Religión: Hammerly Dupuy distingue entre las deidades de ambos pueblos, Alacalufes y Canoeros Occidentales, con citas de (a) Borgatello para aquéllos y (b) William Low para éstos. (a) "Admiten dos divinidades, una buena y otra mala. A la buena la llaman por el nombre Arca-Kercis, y a la mala Alí-Kirkcis; algunos otros a esta última la llaman Tokwatu..." (b) Creían en "un espíritu bueno a quien llaman Yerri Yuppon... Creen también en un espíritu maligno, llamado Yaccy-ma..." Y el autor agrega: "Los indígenas Kaweskar de la isla Wellington designan al poder maligno con el nombre de Gaima, que corresponde al que fue anotado por Low, pero con respecto al poder bueno y celestial, le dan el título de Arkaloices, palabra equivalente al cielo donde mora el sol". [5]

Ambos autores agregan antecedentes sobre la inhumación de cadáveres en grutas, lo que constituiría igualmente un rasgo distintivo.

2. Con respecto a la integración de los Canoeros Occidentales.

2.1. Lingüísticos y geográficos: (a) Hammerly Dupuy recuerda que tanto los Cálenes como los Taijatafes, en la nomenclatura de García Martí (1768), ubicados por éste al sur del Golfo de Penas, hablaban lengua diferente de aquella de los Chonos. Parece sobreentenderse que esta lengua diferente es singular (?) y se corresponde con la actual de los Kaweskar, o Canoeros Occidentales propiamente dichos *sensu* Hammerly Dupuy. En cuanto a los Chonos, recuerda que este nombre correspondía a los pobladores del archipiélago homónimo, situado al sur de las Guaytecas. No habla en ningún momento de posibles supervivencias de este pueblo en la actualidad.

[5] Llarás Samitier adopta ambas voces de Low, pero las refiere directamente a los Chonos.

En cambio Llarás Samitier, quien asigna a los Chonos habitat entre "cabo Quillagua, situado en la parte continental al norte de Chiloé hasta la embocadura del canal Messier y el cabo San Román en la isla Wellington", va mucho más lejos. En primer lugar acepta que traspasaban con facilidad dicho límite austral y en ocasiones llegaban hasta el Estrecho. En seguida postula que la voz chono pertenece al dialecto huilliche (araucano, supongo), con el significado de "navegante", o "hombre de canoa", pero que los Chonos se autodenominaban Wayteka, lo que significaría "hombre de las islas" (?). Para una de las "tribus" de esta entidad, aquella que poblaba la isla de Wafo, acepta el gentilicio de Wuywenches, "palabra que significa 'silbadores' o 'gente del silbato', en virtud de su extraña costumbre durante la caza de focas y lobos". En fin, atribuye al idioma de los Waytekas (*sic*!, es decir chono en el siglo xx) un vocabulario recogido por él en 1937 en la enfermería del Regimiento de Comodoro Rivadavia [6]; no vacila en incorporar a él "las pocas y escasas voces anotadas por los viajeros antiguos". Su informante, del que no da nombre ni procedencia exacta, le dice que la denominación que daban a su lengua era la de *wurk-wur-we*.

2.2. Somatológicos: "En términos generales las noticias sobre el aspecto físico de los Chonos coinciden en señalar que aventajaban a todos sus hermanos de raza", escribe Llarás Samitier. Este juicio se basaría en testimonios como los siguientes: (a) Fitz Roy, quien escribió que "los Chonos que viven en las islas occidentales de la Patagonia se parecen a alikhoolip (Alacalufes), sin ser tan robustos e intrépidos". El testimonio, contradictorio con lo aseverado por Llarás Samitier, parece corresponder a los Canoeros Occidentales *sensu* Hammerly Dupuy. (b) Darwin, en Chiloé: "Al desembarcar a eso del mediodía, vimos una familia de pura raza india. El padre se parecía de un modo singular a York Minster [7], y algunos de los muchachos más jovenes, por su ruda complexión, podrían haberse tomado por indios de las pampas". (c) El documento ya citado en 1.2.(a), esgrimido ahora por Llarás Samitier para pintar a los Chonos, aunque se refiere al golfo de Trinidad; volveré sobre él *infra*. (d) El dato del P. Rosales: "Y en la parte de Chile que tiene tierra fría, hay indios blancos. Y en los Chonos los he visto tan blancos que parecen españoles" (*cf.* el documento anterior aludido).

2.3. Ergología: (a) Llarás Samitier cita a Ladrillero para documentar canoas de tablones al norte de Taytao. Por una curiosa confusión del texto refiere en seguida a viviendas datos que igualmente describen la forma de las canoas, según el mismo cronista: "la hechura es como una luna de cuatro días con puntas elevadas". (b) Consigna la posesión de velas y subraya el rasgo complementario de que "casi todas las embarcaciones waytecas llevaban siempre un anciano en calidad de piloto y experto..." (c) Con respecto a las casas, bajas, y cubiertas de pieles de lobos y cortezas, no parece decirse nada

[6] Así parece surgir de lo consignado en las páginas 163 a 165 de su trabajo citado; sin embargo, en nota (125) de la página 163 apunta textualmente: "El vocabulario que sigue, por cierto que muy reducido, fue recopilado casi simultáneamente con un vocabulario de los últimos Patagones, en la región de Puerto Santa Cruz, en el año 1931..." (!).

[7] Alude a un yámana recogido en Navarino (*cf.* Bridges, 1963, 30). Llarás Samitier (*op. cit.*, 159, nota 116, lo da erróneamente como alacaluf.

nuevo. El autor consigna la ausencia de documentación sobre el tópico para la isla de Chiloé.

2.4. Preparación de alimentos: Vale la pena consignar un par de informes en relación con este aspecto, sin duda diferencial con respecto a las restantes poblaciones de Canoeros. (a) Transcribe de Molina que "...saben secar la carne y el pescado que luego ahuman a la intemperie y guardan en cestos, tras prepararlos cuidadosamente bajo tierra donde los cocinan por espacio de siete a diez horas, y lo mismo hacen con los tubérculos de las raíces y las papas". (b) De Fitz Roy: "El procedimiento que para cocinar mejillones utilizan los nativos de las islas, ya sean indios o descendientes de extranjeros, es muy semejante al empleado para cocer el pan en las islas del Mar del Sur y en algunas costas de Nueva Holanda, pues practican en el suelo un hoyo que se llena con grandes piedras lisas, y luego se enciende fuego encima. Cuando están bien calientes se retiran las cenizas, y se amontonan los moluscos encima de las piedras, cubriéndolas primero con hojas o paja y luego con tierra..."

2.5. Religión: (a) Llarás Samitier habla de la existencia de una especie de paraíso llamado Awitem. (b) En su vocabulario consigna a *Sérrisúpon* como "espíritu bueno", con la traducción, o aclaración, de "el hijo del cielo". Sin duda se trata del dato de William Low (*cf.* 1.4.6), pero la aclaración corre de su cuenta. (c) Recuerda la inhumación en cavernas (*cf.* 1.4), si bien acepta que "...navegantes y loberos han efectuado análogos descubrimientos en distintos puntos de la Patagonia Occidental".

3. Con respecto a los "pueblos marginales", a los archipiélagos y canales, reconocidos o comentados por ambos autores, entiendo que configuran un problema aparte y prefiero tratarlos al final del trabajo, en un capítulo separado.

(1-2)'. Hecha la anterior síntesis de datos e interpretaciones, corresponde pasar a su análisis crítico. Por razones de orden voy a comenzar por lo somatológico y culminar con lo lingüístico.

Decirlo es encontrarse con el impresionante documento de Bynoe (*cf.* 1.2.b y 2.2.c). A primera vista, ante él, se recoge la impresión de estar enfrentados a individuos racialmente no fuéguidos, tal vez pámpidos o con mezcla de tales. A través de lo somatológico se pasa además fácilmente a lo cultural, desde que la ausencia de ojos enrojecidos y la piel limpia parecen suponer viviendas distintas de las chozas canoeras y hábitos y quizá vestimentas distintas, y desde que los miembros más llenos y la aparente cortedad de la espalda parecen evidenciar un hábito pedestre y no canoero, o por lo menos mixto. El tocado *sui generis* recuerda inmediatamente al tocado frontal de los Onas. Incluso la ausencia, sin duda intencional, de los incisivos superiores, podría recordar a prácticas de cazadores, esta vez tehuelches (*vide* Vignati, 1939; 1948). Pero un dato complementario que consignan ambos autores, enfría el entusiasmo: la dirección de la canoa (grande, pues cabían 13 personas, de tablones y con timón) estaba confiada a UNA ANCIANA. Curiosamente, Llarás Samitier, quien atribuye esta partida a los Chonos, ignora la tremenda contradicción que significa el hecho consignado, desde que acabamos de ver que él mismo señala para aquéllos el manejo de las embarcaciones por UN ANCIANO.

Obviamente este rasgo cultural, por su extracción no-material, tiene mucho más peso que el de la forma y materia prima de la canoa, las que pueden depender de circunstancias aleatorias diversas.

De un modo u otro, me inclino a atribuir esta partida excepcional a uno de los aludidos "pueblos marginales", que trataré separadamente. Y es clarísimo que el segundo documento esgrimido por Hammerly Dupuy (*cf.* 1.2.b) se refiere a uno de estos pueblos; concretamente a un grupo de Tehuelches australes (en lo fundamental), desde que alude a "grandes hombres". Sólo el amor de tesis puede llevar al autor a confundirlos con Alacalufes.

En cuanto a los datos compilados por Llarás Samitier para sus Chonos, si bien es evidente que se trata de fuéguidos, tampoco es posible excluir la posibilidad de alguna mezcla con pámpidos, según la cita de Darwin transcripta (*cf.* 2.2.b). También debo volver sobre el asunto.

Pasando a la ergología, sólo he de detenerme un momento en el problema de las embarcaciones y las viviendas. No sólo la presencia de canoas de tres tablas (y aun monoxilas, y con velas) es señalada por los mismos autores reseñados al sur del Esrtecho o en el ámbito de su desembocadura, sino que la inversa también es válida. Aquéllas se refieren a sólo "cuatro ocasiones" (Bynoe, 1765; Córdova, 1789; Parker King, 1830; Fitz Roy, 1830). Estas, a una canoa vista por Bynoe en 1829 en el canal Messier, según Hammerly Dupuy..., dato al que hay que agregar uno antiguo, de la crónica de Ladrillero y Cortés Hojea, en que se mencionan canoas "de cáscara de cipreses y otros árboles" para la región occidental de la isla Wellington. Lo curioso es que el dato trunco a que he aludido *supra* (*cf.* 2.3.a), de Llarás Samitier, se refiere al mismo Ladrillero y a la misma cita (*fide* Emperaire, 1965, 161). Y esta misma forma de media luna de las extremidades es señalada por Drake, para la entrada del Canal Jerónimo (id. 162).

Pero en realidad no debería ser necesario aportar más datos históricos cuando el propio Emperaire ha documentado entre los indígenas de Wellington, en tiempos prácticamente actuales, la técnica de la construcción de *ambos tipos* de canoas, de tablas y de corteza (*cf. id*, capítulo 6). En el caso inverso, lo propio hace, por ejemplo, en época reciente Spegazzini (1882), con respecto a los canoeros fueguinos: "El objeto de mayor importancia para el fueguino es la canoa, que es hecha generalmente de corteza de grandes hayas, rara vez de tablones, y que puede llegar a dimensiones considerables, midiendo en general de 3 metros y medio a 4 de largo...". Con respecto a la variabilidad en el tamaño (y por ende la forma y la materia prima) de las canoas, debo igualmente aportar un dato obtenido de labios del yámana Agustín Clemente, de la isla Gable. Al aludir a un grupo establecido temporariamente en cabo Raffles, oeste de la isla Hoste, comenta literalmente: "Entonces de ahí mismo salieron en viaje, para dar vuelta, y los agarró un mal tiempo en cabo de Hornos y atravesaron a Wollaston, y ahí dice que se les rompieron las canoas —unas canoas grandes, ¡quién sabe cuántos irían—, de las que usan en los canales..." Aunque no ahondé en el asunto, es transparente la información de que había más de un tipo de canoas.

Ella se controla con otras, de procedencia diversa. Aparte de algún dato cuya procedencia no recuerdo, acerca de canoas monoxilas, cabe aludir a lo visto por Bossi (1874) en Puerto Galante: "Apenas fondeados se desprendió

una canoa desde la Tierra del Fuego con rumbo a nuestro buque... La canoa era de cueros de lobo cosidos entre sí y estirados sobre una armazón de cañas como la *tacuarilla...*" (1874, 23). La información está controlada por lo observado tan tarde como en 1928 por el señor Ernesto Pérez Martí, en la isla Lennox [8]: "Botes de cuero de lobo con el pelo hacia adentro (y dos o tres indios dentro), y el borde de dos varillas (sacadas verdes y templadas a fuego) y cuadernas en el fondo". En fin, Sarmiento de Gamboa en 1579 (*fide* Gusinde, 1951, 75), en una región que parece ser cercana a la desembocadura occidental del Estrecho, observó "una especie de almadía, compuesta unas veces de listones de madera muy unidos, otras de juncos entrelazados o de sapayos ensamblados" (sic).

Parece ser suficiente todo esto para aventar el primer argumento ergológico esgrimido: evidentemente hay transición en cuanto a la morfología y el tamaño de las canoas, incluso superposición, y el elemento carece de valor como patrón de diferenciación cultural.

Algo parecido puede decirse con respecto a las chozas. Para comenzar, el informante aludido (Clemente), yámana puro, definió a la casa como "...puros palos y cueros de lobo...". Spegazzini (*op. cit.*) encontró en Tierra del Fuego "por todos lados" chozas cupuliformes, de ramas y musgo. Estaban cubiertas de pieles en general en los archipiélagos del oeste, pero también hay citas que se refieren a cortezas. Y tornando a la forma, en fin, aparte de algún dato acerca de coexistencia, vale quizá la pena señalar que el propio Spegazzini consigna que, en oposición a las cupuliformes, es cónica la choza del hechicero! (El dato se refiere seguramente a los Yámanas).

Si se extienden estas consideraciones a los pueblos de la Patagonia Occidental, resulta claro que es escaso, o nulo, el valor que ha de atribuirse a la distinción morfológica de las viviendas en cuanto a guía cultural o etnológica.

Paso a ocuparme acto seguido con la religión. Debo comenzar por decir que —como por otra parte ha de suceder con todos los elementos lingüísticos barajados— las aparentes diferencias consignadas con respecto a los nombres de las deidades, no me impresionan. Recordemos que, por un lado, Gusinde apuntó el de *Chólass* para el supuesto "alto dios" de los Alacalufes (*op. cit.*, 320). Por el otro, que Emperaire, que convivió veintidos meses con los "Canoeros Occidentales", no pudo encontrar no ya el nombre sino siquiera el concepto de alto dios! Por mi parte, he recogido de labios de un indígena alacaluf de Puerto Edén, Nora López, la que por ende se supone ha de hablar exactamente la misma lengua que los informantes de Hammerly Dupuy, una nueva versión para el concepto *Dios* —si bien confirmé el vocablo utilizado para "diablo", o espíritu del mal (lo mismo que Emperaire, quien lo escribe *Ayayema*). En mi versión, confirmada aparentemente por dos informantes más (Lola Sotomayor y Pedro Wellington), del mismo lugar, se trata respectivamente de *Arqaqseles e Íja' íme.* [9] Adviértanse, de paso, las variaciones, producto de la difícil audición de los vocablos. En cuanto a mis vocabularios, están grabados y a disposición de los estudiosos. Y en lo que respecta a las

[8] A bordo de un barco lobero. Agradezco el dato a su hijo Vicente Pérez D'Angello, conocido entomólogo del Museo Nacional de Historia Natural de Santiago.

[9] Véase el apéndice fonético, al final.

noticias religiosas, se tratarán, con informaciones de Yámanas y Onas, en un artículo que escribo separadamente. Baste decir aquí que el nombre aplicado a la deidad coincide con la voz "luna", dada reiteradamente por los mismos informantes!

Y bien, si se toma en cuenta el relativísimo valor de las variantes aludidas (que podrían englobar a Arca-Kercis, Arcaloices y Arqaqseles... *cf.* 1.4), y aun el dato negativo de Emperaire, se concluirá inmediatamente que tales documentos han de ser excluidos de la categoría de pruebas.

Con esto entro en el problema de la lengua. ¿Puede atribuirse la categoría de lenguas distintas a las representadas a través de los vocabularios cotejados por Hammerly Dupuy? Un primer análisis revela, por lo pronto, que sobre 50 voces cotejadas, 5 son comunes (con variantes, claro) a los tres vocabularios, 16 a A y B, y por lo menos 3 a B y C. Pero a ello debe agregarse, primero, que de mis tres informantes, sobre el mismo vocabulario tipo, reducido variablemente según el número de respuestas negativas, apunto variaciones absolutas entre ellos que alcanzan a cifras impresionantes. La lista de respuestas de Lola Sotomayor (37), con respecto a las apuntadas por Hammerly Dupuy (50), arroja 17 concordancias absolutas y 7 relativas; la de Rosa Lucía Sotomayor (34), 19 y 6, con el agravante de que dio versiones distintas para las mismas voces en dos o tres casos; en fin, la de Nora López (45), 22 y 8... Entre sí, la comparación del vocabulario de la primera con el de la segunda arroja 9 y 4, y así sucesivamente.

Pero lo interesante es que, si se comparan ahora los vocabularios de mis informantes con el A y el B de Hammerly Dupuy, el de Lola Sotomayor arroja 2 concordancias relativas con A ("nieve" . "nutria") y 3 con B (nutria, brazo, piedra); el de Rosa Sotomayor, 2 relativas con A (cabeza, nieve) y 1 absoluta (brazo) y 2 relativas (cabeza, noche) con B; el de Nora López, 1 absoluta (pierna) y 3 relativas (ceja, nutria, pez) con A y 2 absolutas (pierna, tierra) y 2 relativas (ceja, nutria) con B... Y en esta lista no se toman en cuenta aquellas voces comunes igualmente a C.

Las causas de esas variaciones, más notables por el hecho de tratarse en parte de vocabularios tomados en una misma comunidad reducida y hasta dentro de una misma familia (caso Sotomayor), son diversas. En primer lugar cuentan los errores de distinta índole, debidos a falta de control por apremios de tiempo. Mis vocabularios están plagados de errores de esta clase, estoy seguro; no obstante ello los estimo perfectamente válidos para la confrontación debido a que presupongo el mismo porcentaje en los otros cotejados. Aparte de los errores de audición, a veces colosales en los vocabularios antiguos o cuando los investigadores carecen de preparación especial o de *oído* natural, figuran los trueques de voces; el ejemplo en nuestro caso es la confusión entre "brazo" y "dedo", o entre "hielo" y "nieve". Un caso derivado es el de "mar afuera" por "mar" y sospecho que cosas parecidas sucedan con vocablos como "agua", "fuego", etcétera. Otras respuestas son decididamente aleatorias: Lucía Sotomayor preguntada por una segunda versión para la voz "perro" (ya que parecía afirmar que había tres), contestó con el equivalente de "sargazo", y eso con el agravante de que primero lo dijo en castellano, con una deformación casi irreconocible de "cochayuyo"... Etcétera.

Pero en segundo lugar (y tal vez en número mayoritario) es necesario contar con diferencias debidas a mera sinonimia, si se trata de una comunidad más o menos circunscripta, como es el caso de Edén, y a reemplazos laterales (areales) si se consideran territorios más extensos. Sin entrar en las causas profundas de esta característica, tan notable por ejemplo en el tehuelche meridional, es simple interpretar a su luz el grado de variación de los vocabularios confrontados por Hammerly Dupuy. Y lo dicho es perfectamente válido también para su lista de geónimos terminados en *iwa*; yo diría que tales ejemplos carecen de todo valor en cuanto a demostrar la presencia de *lenguas* diferentes.

Y ahora veamos cómo lo propio es aplicable igualmente al vocabulario "wayteca" aportado por Llarás Samitier. En realidad con éste los defectos se agravan peligrosamente, y comienzan por el hecho lamentable de la ausencia del nombre y origen del informante, recaudos científicos indispensables para esta clase de labor. Continúan por la incorporación de voces extraídas de vocabularios antiguos, según declara el autor, por desgracia no siempre señaladas en el texto y, en fin, terminan por la contaminación con voces de lenguas ajenas al conjunto, como el araucano y quizá el tehuelche septentrional. Estas últimas se explican bien si se recuerda que el informante vivía en la Colonia Nahuelpán, ubicada en las inmediaciones de Esquel, provincia del Chubut, colonia formada por descendientes íntimamente mezclados de Araucanos y Tehuelches Septentrionales.

De este modo, de las 94 voces reunidas por Llarás Samitier, de las cuales media docena o más son librescas, 6 por lo menos son araucanas y 1 tehuelche septentrional o común con esta lengua. Aquéllas son: *kaukan* "avutarda" (*cf.* kaukau "gaviota"), *wampus* "canoa" *(wampú), tewa* "perro" *(trewá), wil* "sur" *(willí), wur* "hablar" y *wiwe* "silbar", "silbido". Estas dos últimas merecen explicación aparte. *Wur* se emparienta evidentemente con *wurk-wur-we*, nombre que daba el informante de Llará Samitier a su propia lengua. Para cualquier etnólogo versado en Patagonia, la comparación de esta voz con *awurwur, awurwun* y variantes, conocida de antiguo y analizada modernamente por Harrington (1935) y Escalada (1949), es elemental. Se trata del nombre que los Araucanos daban a una parcialidad precisamente de Alacalufes (*s.l.*); en general se la identifica con los *Aire* o *Airre* de los Tehuelches Meridionales, *Keij a këna* de los Septentrionales, que penetraban en el suroeste de la provincia de Santa Cruz, pero del hecho de que Moreno (bajo el rótulo de "Agongures" o "Agourgures") los sindique como sujetos a Saiweke, cacique del sur del Neuquén, podría inferirse que la denominación tuviera una aplicación más generalizada. En cuanto a su significado, para mí es transparente la etimología araucana ya sugerida por Harrington (*id*): *"würwür/n*, gruñir el chancho; silbar o bramar el viento" (Augusta, 1965, 284). En esencia, la traducción verbal peyorativa de la impresión acústica del habla extraña, alacaluf para el caso.

Y como consecuencia, lo que el anónimo informante dijo a Llarás Samitier fue simplemente el nombre de su lengua... en araucano.

Resta *wiwe*. Es fácil establecer que el autor comentado la extrae de una cita de Fitz Roy (1826-1836), a que él mismo alude: "Así fue cómo los indios

que poblaban la apartada isla de Wafo –Guafo o Huafo en los mapas– fueron llamados Wuywenches, palabra que significa 'silbadores' o 'gente del silbato' en virtud de su extraña costumbre durante la caza de focas y lobos". No hay tal; se trata de una simple deformación de *Waiwén-che* en araucano, es decir "gente del sur", estricto sinónimo de *williche*, también empleado (y deformado en Huilches, wilces, etcétera). Augusta consigna la voz (1965, 258): "*Waiwen (kürëf)* el (viento) sur, sureste". Yo lo he traducido alguna vez por "Este" (1958; 1966, 52), sobre datos indígenas; seguramente lo correcto sería en este caso "Sureste", es decir viento del Sureste.

Que en el caso presente se trata de esta denominación, lo aclara Moraleda en 1786-88 (1888, 317 y *passim*), quien habla de "indios guaihuenes o chonos". Y si se quiere saber qué entendía por tales, lo aclara en la página 311: "La isla Guaiteca, de quien este archipiélago toma el nombre, es la mayor de todas las que lo componen y la más septentrional. Ella (según el informe de los indios chonos, que son los que suelen transitar esta isla y por quienes vulgarmente se les dice archipiélago de Chonos)... Lo singular es que Llarás Samitier presuponía que la denominación era araucana, desde que de *wiwenche* desglosó la partícula *che*, "gente" en esa lengua...

De las restantes voces compiladas por él, *sérri-súpon* "espíritu bueno", es'á tomada de William Low (*op. cit.*), lo mismo que *sacima* "espíritu malo"; éste escribió *Yerri Yuppon* y *Yacci-ma*. Pero lo malo es que estas voces pertenecen al alacaluf de Wellington, por lo menos en lo que a la segunda respecta, según vimos.

Por fin, la voz "nieve" recuerda algo a la del vocabulario A de Hammerly Dupuy y a la de aquel de Rosa Sotomayor; "dedo" (*arks*, y *á'rksens* según Nora López) en el supuesto wayteka, en el C de Hammerly Dupuy y en el de Nora López, se parecen muchísimo y "tierra" (*wask* para Llarás Samitier, *was* –con tinte de u– para Nora López) es casi idéntico en el B y en el vocabulario de Nora López. *Akina*, la "papa", recuerda sugestivamente a *ia(u)këna*, "papa dulce" del tehuelche septentrional. Etcétera.

La moraleja es que el nuevo vocabulario no aporta nada decisivo en favor de las tesis revisionistas; por el contrario. De ser aceptado como "chono", es decir diferente de la lengua de la isla Wellington, habría que concluir que ambas lenguas eran iguales, o estrechamente emparentadas, lo que habría sido por lo menos una novedad sensacional (y aparentemente desviada, por desgracia).

A manera de digresión, en cierto modo, me atrevo a sugerir, a falta de documentos directos, el único camino posible para el restablecimiento de las áreas de dispersión de los Cancoeros Occidentales, y en verdad uno tan claro que es difícil entender por qué no ha sido tentado en profundidad hasta el presente [10]: me refiero a la geonimia. Razones de tiempo me impiden profundizar en este tema, tan seductor, pero apréciese lo que, en tal sentido, puede extraerse del análisis de un solo documento. Aludo al mapa ("carta esférica") levantado por Moraleda entre 1792 y 1793. Un rápido vistazo permite agrupar

[10] El tema ha sido tocado por Steffen (1947, 582) y por Keller (1952, XX); no sé si otros.

a los geónimos en dos grandes grupos: los araucanos y los no araucanos. En aquéllos me detendré alguna otra vez. En cuanto a éstos, los hay probablemente de más de una extracción, pero con prescindencia de ello, lo evidente es que se hace posible reunirlos a su vez en varios subgrupos; de acuerdo con sus terminaciones escojo de ellos los cuatro más nutridos, que ordeno a continuación. A saber, terminados en *ak*, *ek* y *ok*:

Chelcayec, Ouenac, Tapac, Tictoc, Queptec, Alhuac, Yalec, Ichanec, Huanec, Selanec, Huayninec, Leucayec, Yaminac, Cepcayec, Tahuenahuenec, Tapoc, Senec, Huaynec, Laclinec; de otros documentos se agregan Nalcayec, Isquillac, Nahuac, Tac, etcétera.

Terminados en *ao*, *au* y *eu*: Contao, Cancao, Abtao, Lacao, Queñao, Tao, Aguantao, Quinchao, Linlinao, Terao, Rulau, Comau, Leteu, Luileu, Alao, Cucao, Canao, Aliao, Huamlao, Queyteo, Caniao, Malinao; de otros documentos, Taitao, Cheniao, Ayautau, Tianitao, etcétera.

Terminados en *ad*, *at*, *et* (y quizá *it* y *ud*): Lalbitad, Canalad, Chuit, Chaulinet, Tuildad, Ypuntad, Yalad, Canoitad, Quilquet, Tehuelat, Tualad; de otros documentos, Ancud, etcétera.

Terminados en *ai*, *ei* y *ui*: Canay, Tapalay, Tey, Yutuy, Lemuy, Acuy, Mirahualay, Aliulchey, Chagulai, Cay; de otros documentos, Lacui, etcétera.

Si bien es cierto que entre ellos puede haberse deslizado alguno ajeno a estos grupos (en especial araucanos y en aquel de los terminados en *ao*, que puede confundirse a veces con el *we* final araucano), es imposible negar el aire de familia que presentan entre sí y que les da, en términos generales, el valor de *grupos naturales*.

Y bien, el primer grupo se extiende por lo menos desde más al norte de los 43° hasta más al sur de los 46°. El segundo desde el norte de los 42° hasta cerca de los 48°. El tercero, desde algo al sur de los 42° hasta cerca de los 46°. El cuarto, desde el sur de los 43° hasta sobrepasados los 45°.

La conclusión es que todos muestran una dispersión semejante y que por ende en principio podrían corresponder a una misma lengua (o quizá a dos, aunque esto es dudoso), lengua que no puede ser otra que la hablada por los Chonos. Confirmaría, pues, preliminarmente, lo aseverado por García Martí (*cf. supra* 2.1.)..., si no fuera que la geonimia indígena de la región que se extiende más al sur brilla por su ausencia. Pero momentáneamente mantengo esa subdivisión y esos límites. Sigamos adelante.

III. LOS PUEBLOS MARGINALES

A despecho de la conclusión reduccionista a la que se acaba de arribar, y que circunscribe por ahora a sólo un par de etnías (Chonos y Alacalufes) el panorama etnológico de los archipiélagos occidentales australes, algunos de los documentos y argumentos esgrimidos por los autores cuya crítica se hace en este trabajo, realmente dejan entrever la existencia de un tercer elemento étnico (y quizá, en cierto modo, otros; ya aclaré esto): se trataría de pueblos marginales, y por ende continentales en lo fundamental, que habrían asomado esporádicamene en la larga y tortuosa costa occidental de la tierra firme, e incluso en las islas, en embarcaciones propias o ajenas. En este sentido hago mía la parte de la tesis aludida.

Con respecto a la porción septentrional del área involucrada, los documentos son escasos y ambiguos. En lo físico, ya he transcripto *supra* (*cf.* 2.2) una observación de Darwin en Chiloé que podría hacer pensar en la gravitación de algún sustrato *patagonoide*; el valor del documento es más que relativo. Algunas coherencias culturales, en cambio, podrían hablar de reales contactos o aun interpenetraciones, entre Chonos y Tehuelches, en sentido amplio. Ya he aludido, por ejemplo (*cf.* 2.4) a la técnica de preparación de alimentos en hornos subterráneos ("curanto"), de afinidades oceánicas por lo demás. En el ámbito patagónico se la reencuentra por lo menos a través de un documento, referido a los Tehuelches Septentrionales del noreste de la provincia de Río Negro, y que agradecemos a Kermes (1893, 207): "Entre los platos cuya excelencia me alababan no solamente figura el *asado con cuero*, sino también uno especial, que obtenían del modo siguiente: en una excavación bastante grande para que pudiera entrar en ella la res que se quería asar, se hacía un fuerte fuego, en el que se calentaba cierta cantidad de piedras; cuando juzgaban que el calor era suficiente, sacaban del hoyo fuego y piedras y colocaban en él la res con el vientre lleno de hojas de cierta planta (probablemente aromática) y de las piedras enrojecidas al fuego, tapando después todo el animal con brasas, piedras y ceniza".

Un dato, no tan sólido pero sin embargo sugestivo, se refiere al uso de canoas por los Tehuelches. Rosales (*in* Medina, 1952, 197), después de describir minuciosamente la dalca de Chiloé, o canoa de tablas, que denomina en castellano piragua, agrega: "De estas piraguas usan también indios pehuenches que habitan junto a la famosa laguna de Nahuelhuapí y otras que confinan con Chiloé. Mas, los de Villarrica navegan la laguna de Epulabquen (que significa dos mares) en balsas y canoas" [11].

Un documento antiguo, que se agradece nada menos que a la pluma de Ercilla (*in* Medina, op. cit., 170), aporta datos interesantes a la vez con respecto a la raza y a la vestimenta de los aborígenes vistos en Chiloé: "La buena traza y talle de la gente, blanca, dispuesta en proporción fornida, de manto y floja túnica vestida, la cabeza cubierta y adornada con un capelo en punta rematado, pendiente atrás la punta y derribada, a las ceñidas sienes ajustado: de fina lana de vellón rizada y el rizo de colores variado. Que lozano y vistoso parecía señal de ser el clima y tierra fría".

En lo físico no parece que estuviéramos enfrentados a fueguidos típicos. En lo que al vestido respecta, la floja túnica (¿sinónimo del manto simplemente?) recuerda demasiado al "quillango" de pieles de los Tehuelches y Onas. Y la descripción del sombrero sui generis... parece copiada a la letra de aquella del típico tocado de los Onas (adultos), el que posiblemente tuvo en otros tiempos igualmente difusión patagónica. No olvidemos, por lo pronto, el "tocado de una red" que ostentaba en la cabeza el cacique Malopara, aludido por Rosales para el sur del Neuquén (1653; *cf.* Furlong, 1943, 35) y los curiosos gorros de los "Pehuenches" (chilenos) modernos (*cf.* la lámina de Rugendas *in* Poeppig 1960, 397). Y si el lector señala que el "sombrero" descripto por Ercilla era de lana y no de cuero, le pido que relea el párrafo

11 Para informaciones complementarias sobre elementos no cazadores en el ámbito "pehuenche", *vide* Casamiquela, 1969.

a la luz de la siguiente descripción, esta vez correspondiente a los Onas del sureste de Tierra del Fuego (Haus): "Los más llevan en la cabeza puesto como turbante un gran mazo de cordel, muy bien hilado con lana de guanaco". Corresponde al diario del naufragio de la Concepción, en 1776 (*vide* Ratto, 1939), y desde luego se refiere al clásico triángulo de piel, por lo visto muy fácil de confundir con un rollo de hilo de lana del mismo animal.

Pasando al campo lingüístico, aparte de algunos elementos sugestivos en la geonimia, como la cuasi identidad entre *Castro* en Chiloé y *Castre* y Gastre en Río Negro y Chubut, respectivamente, geónimos los últimos correspondientes al tehuelche septentrional, resta nada menos que el nombre de la etnía: en efecto, *Chono* recuerda demasiado en *Ch'oonk* ("gente" y por extensión su gentilicio) en tehuelche meridional, y *ch'on* ("hombre", "gente") en ona.

No ignoro la pretensión de Swadesh (*fide* Tovar, 1961, 15 *et seq.*) de emparentar al alacaluf con el tehuelche y el ona..., pero como en su conjunto entrarían igualmente el araucano y el yámana, el antecedente carece de todo valor. Ello no significa decir, por cierto, que en el futuro no lleguen a encontrarse vínculos entre aquél y las lenguas del grupo tehuelche-ona (*cf.* Casamiquela, 1965, 66).

Si se avanza más al sur, se tropieza en seguida con el dato aportado por Llarás Samitier con respecto a los Kaukawe, vistos *fide* aquél en la embocadura septentrional del canal Messier por Frezier de Vega y Bartolomé Díaz Gallardo, quien apunta: "...adviértase que estos indios *caucahues* son los llamados gigantes por ser hombres de estatura más de la ordinaria".

Llarás Samitier acepta que pasaban fácilmente a la isla Wellington "por el tradicional paso situado al sur de Puerto Edén, el que figura en algunos mapas con el nombre de paso de los Indios".

Con este tipo de datos se comienza a trasponer la frontera entre Tehuelches clásicos, es decir pámpidos cazadores (superiores) de tierra firme y "pueblos de cultura (y raza) intermedia o metamórfica". Es ésta la tercera categoría a que aludí *supra*, y en su otro extremo están los Canoeros fuéguidos puros, recolectores y cazadores (inferiores).

Con ella, aquéllos han vencido el horror al agua, al pescado, a cierta caza menor; éstos, al interior del continente, a veces lejos de la canoa protectora, a la caza mayor, a la boleadora, quizá al arco y la flecha. Obviamente que, a lo largo de todas las costas patagónicas, orientales y occidentales, y de Tierra del Fuego, se dio este fenómeno de metamorfismo, y en todos los grados.

Para ejemplificarlo voy a referirme brevemente a los Haus, u Onas del sureste de la Isla Grande Tierra del Fuego. He aquí el orden de su dieta diaria según las notables observaciones de Gallardo (1910, 171): "La carne de guanaco constituye el alimento principal del ona del sud, llegando éste, cuando el hambre lo apura, a comer el cuero de aquel animal, cuya caza lo preocupa constantemente. Este indio consume además, por orden de importancia, pescados, mariscos, pájaros, zorros, hongos, huevos, lobos, ballenas, raíces, frutas, tucutucos, savia, y algunas veces una masa hecha con la harina de una semilla lamada *tay*... Los del este consumen: ballena y raíces".

Como complemento, vayan las siguientes informaciones, tomadas del "Diario de la Concepción", ya aludido *supra*: "Los más de estos bárbaros siempre venían pintados de encarnado de color como almagra; y otros teñidos

de negro las caras, con varias pintas blancas encima. No traían más vestido que una manta de pieles de lobos marinos; otros zorros; y los más de guanacos... También hacían albaricas con pellejo de lobo... tienen las caras buenas: son altos todos, y bien hechos, y el color natural no es tan prieto como el de los otros indios; y aun hay algunos que son tan blancos como nosotros... Las mujeres regularmente son chicas de cuerpo, todas afeadas de pintura y muy asquerosas; entre ellas hay niñas que pueden pasar por bonitas aun entre las blancas. Todas están vestidas como los hombres, sólo con la diferencia que interiormente están un poco más honestamente vestidas y cubieras, y traen sus gargantillas. No le pudimos descubrir ninguna apariencia de religión, ni de gobierno, sino que parecen errantes como el ganado en el campo, porque en varias partes se encuentran de sus chozas que sólo consisten en una media luna de ramas plantadas y entretejidas, cubiertas de yerbas, como para resguardarse de los vientos. En ellos no se conoce malicia ni vergüenza. Se mantienen de poca cosa; porque no cargan sino un poco de carne de lobo, y otro animal que poniéndose todos alrededor de fuego que encienden la calientan y comen cortando con el filo de una piedra. También a veces traían pedazos de pescado muy bueno... Sus armas son flechas que las hacen con mucho primor, aunque no tienen más instrumentos que piedras: las puntas de las flechas son de pedernal: y desde nuestro naufragio dieron en hacerlas de vidrio, que las labran muy bien, sin más instrumento que cualquier pedazo de arco de vasija que encontraban; y aunque estábamos en la inteligencia de que no tenían otras armas, ni les habíamos conocido, el día siguiente de su partida el mayordomo que andaba cazando encontró en el campo dos balas hechas de piedra aforradas en tripas de animal con su cordón de lo mismo muy bien hecho... Sus mujeres todas las bajamares iban a pescar con unos palitos muy flexibles, en cuyos extremos tienen una barba de ballena con su nudo corredizo, en el que ponen la carnada, y con esto pescan sin anzuelo. Ellas son las que cuidan de pescar y mariscar para los hijos y el marido, porque los hombres no mariscan, si no es para comer crudo sobre la marcha: pero éstos tienen otro modo de pescar que es en las playas con unas redes de 8 a 10 brazas, muy bien hechas de tripas de animales, torcido lo mismo que cuerdas de violín, hechas de malla grande. Con esta red se meten dos indios en agua hasta el pescuezo, y después caminando para tierra sacan buenos peces". Además alude a la varadura de una ballena y a su comida por los indígenas, los cuales guardaban bajo tierra porciones de carne como reserva.

Como se aprecia, el relato no tiene desperdicio. A través de él vemos a indígenas masculinos todavía patriarcales, que desdeñan la pesca de mariscos... pero no la de peces, aunque no usan canoas y seguramente no saben nadar; que se visten no sólo con pieles de guanacos sino igualmente con capas de zorros y lobos marinos, y que comen preferentemente la carne de este animal; que sepultan la carne de ballena sobrante (como los Alacalufes, *fide* Emperaire); que moran en simples paravientos, como los restantes Onas y aun los Tehuelches primitivos... pero construidos con ramas y no con pieles; que se casan con mujeres yámanas (según el dato de la estatura); pero que usan arcos y flechas y boleadoras. No podría trazarse una pintura *mixta* más perfecta.

La íntima unión racial y cultural con los Yámanas puede sintetizarse, en

fin, en la figura y los datos de Agustín Clemente, informante aludido de la isla Gable: era hijo de padre yámana y madre haus, y con respecto a esta decía que era "de la misma raza pero distinto dialecto" (*sic*), y que "los Haus se entendían con los Yámanas..."

Menor y diferente, por cierto, debió ser el grado de metamorfismo de los aborígenes que observó Froger en 1699 en la segunda mitad del Estrecho de Magallanes (margen norte), *fide* Morales (1942, 187), y que pinta así: "Hoy, por primera vez, vimos salvajes. Eran ocho o diez que construían en la orilla del mar dos pequeñas conoas que no abandonaron, y hasta nos indicaron con señas que no las tocáramos. Estaba entre ellos una gran vieja que parecía de 80 años y al parecer la que mandaba a los otros; tenían arcos y flechas y cinco o seis pequeños canes de los cuales, aparentemente, se servían para la caza". Y agrega Morales: "Y continúa describiéndolos vestidos de pieles, aunque casi desnudos en aquel clima polar; altos, vigorosos, pintados los rostros y los brazos". Es decir racialmente pámpidos, culturalmente... *mixtos*, desde que usan mantos de pieles pero fabrican canoas!

Gigantes tripulando canoas (hechas con costillas de ballena, *¡sic!*) fueron vistos en el Estrecho por la expedición de Loayza en 1526 (*fide* Llarás Samitier, op. cit); gigantes en canoa menciona igualmente Knivet, el relator de la segunda expedición de Cavendish en 1592 (*id*). En 1598 Sebaldo de Weert y Simón Cordes encontraron siete canoas en una bahía y mataron a cinco indígenas; "los restantes –dice el cronista– huyeron a los bosques, pues eran indios gigantes, que arrancaban árboles de cuajo para formar una trinchera" (*ibid*).

Siguiendo hacia el norte, ahora, volvemos a encontrar pámpidos en los "grandes hombres que tenían flechas y peleaban mucho" (*cf. supra* 1.2.) a que aludían los informantes (por la fuerza) de Sarmiento de Gamboa, habitantes de la parte media de la península de Bruswick, en 1579-80. Los datos son demasiado escasos para juzgar su grado de metamorfismo.

Emparentados con éstos, han de haber estado los aborígenes que Fitz Roy denominara "Huemules", debido a la abundancia de pieles de Huemul en su poder (Llarás Samitier). Moraban en los golfos Otway y Skyring y eran independientes de las tribus tehuelches (canal de por medio), lo cual, sumado a la posesión de "escasas canoas", les da una fisonomía *sui generis*. Carecían de caballos pero empleaban perros en la caza del huemul y del guanaco (gran caza). No quiero entrar en este trabajo en los problemas de nomenclatura, tema que más bien reservo para uno especial, ya que poseo documentación novedosa.

Físicamente eran "de raza algo mezclada", "semejante a los Fueguinos pero superior; más fuertes, gruesos, vivos y activos". "Su lenguaje suena como el fueguino y sus toldos y armas son idénticos".

¿Cómo asombrarnos entonces, a la luz de toda esta información, de las observaciones (*cf. supra* 1.2.) de Bynoe con respecto a los indios de canoa vistos en el golfo de Trinidad? A lo somático ha de sumarse en este caso un elemento ergológico muy interesante: "Destacábase un hombre que llevaba en la cabeza un gran sombrero de cuero terminado en punta, adornado de plumas de colores variados y ribeteado en la base también con plumas. Este tipo original estaba pintado de pies a cabeza, salvo un círculo blanco alrede-

dor de cada ojo y unos cuantos puntos del mismo color en las mejillas". Se puede prescindir de la pintura facial, que pese a recordar a la descripta para los Haus, es demasiado universal; pero convéngase en que el tocado recuerda otra vez muchísimo al triángulo de cuero frontal de los Onas. En cambio —recordemos—, la canoa era maniobrada por una mujer, rasgo netamente canoero.

¿Y cómo asombrarnos, a la inversa, de ciertas *penetraciones* de Canoeros (o pueblos marginales) en el interior del continente? Por lo pronto los Tehuelches Meridionales, según informaciones personales de varios indígenas, contactaban normalmente con partidas de esta "otra gente" en la zona de Laguna Blanca, al noreste del seno Skyring; ella recibía una denominación distinta de la reservada a los "Fueguinos". Probablemente se trataba del mismo pueblo aludido *supra* bajo la denominación de Huemules; no lo sé. Lo que sí es muy probable es que de él procedieran los "esclavos" o sirvientes incorporados a tribus tehuelches, meridionales y septentrionales; un caso documentado fotográficamente es el de Tafá, de la tribu de Saiweke (Vignati, 1942). Más al norte, en el área del Lago argentino, Moreno coleccionó un cadáver momificado (que se conserva en el Museo de La Plata), como bien recuerda Llarás Samitier atribuido por aquél, pese a su elevada estatura inferida, a un "fueguino": "No hay duda de que esta momia no pertenece a los Teheulches, pues la forma del cráneo es suficiente para demostrarlo". Pero lo más interesante es el dato complementario: "...y añadiré que los Tehuelches me han dicho que sus abuelos les contaron que en estas regiones habitaban en otro tiempo fueguinos". Por tales ha de entenderse más bien fuéguidos o fuegoides, en el fondo pueblos físicamente (y culturalmente) distintos.

Analicemos ahora un documento coincidente, muy sugestivo a primera vista, pero engañoso con toda probabilidad. El propio Llarás Samitier recuerda la información aportada por el explorador Moyano con respecto a un paraje situado en el corazón de Santa Cruz, "a 12 millas del río Chico, a 48° 7′ 10″ de latitud sur; el día anterior habían abandonado el curso del mencionado río (afluente norte principal del Santa Cruz, en el meridiano 71° 39′, haciendo rumbo al N 23° O magnético" (Escalada 1949, 57). Allí se ubicaba, *fide* Moyano, *Ahonic-Aiken* o "Paradero de los Fueguinos". "Y por más que he hecho no he podido averiguar la etimología de este nombre —agrega—, porque la llegada de fueguinos allí no podía efectuarse sino por algún 'paso' de la cordillera próxima, comunicando con los archipiélagos del Pacífico". Como he demostrado en otra parte (1965), las especulaciones de Escalada en cuanto el geónimo, sobre la base falsa de que *aoni* fuera un radical específico de autodenominación de los Tehuelches Meridionales, son erróneas, y por ende lo son sus conclusiones en cuanto a que el paradero pudiera ser el "centro" del habitat ancestral de éstos. *Aónik'enk*, entre otros, es el nombre que los Tehuelches Meridionales se dan a sí mismos, pero su traducción es la de "Meridionales" precisamente, y "sur" se expresa por la voz *aónik'n*; *nk* es el complemento.

De donde es necesario volver su validez original a la explicación recogida por Moyano de fuentes aborígenes. A esta altura, un "paradero de fueguinos" en el oeste de Santa Cruz no debería causarnos mayor sorpresa. Pero veamos.

La información adicional aportada por Steffen (1948, II, 555), si bien oscura creo que puede resultar aclaratoria: "Como estos manantiales a grandes distancias son los únicos puestos de agua y forraje de alguna importancia, forman en el camino una conocida posta que es designada por los indígenas como Ahonic o Aon-Aik'n, que de acuerdo con el decir de nuestro guía debía recordar la muerte de un Ahóneken ocurrida aquí, es decir de un ona indígena (?), por lo tanto tal vez una alusión a uno de los frecuentes desafíos entre las tribus indígenas del norte y del sur..." Es difícil decidir cuál es la parte que corresponde al informante y cuál a Steffen, aunque es seguro que éste jamás habría apuntado lo de "ona indígena", que es redundante y que le hace agregar un signo de interrogación. En ese caso lo de "ona" puede haberles sido sugerido a los indígenas por la semejanza fonética de la voz (de significado ignorado), de donde la traducción de "fueguinos" y la explicación *etiológica*. No olvidemos que el concepto de fueguinos de los Tehuelches suele no coincidir con el nuestro y que en general se refiere a los habitantes de Tierra del Fuego, sin más. Y en efecto, de la dualidad apuntada por Steffen en cuanto a la pronunciación del nombre, parece surgir apoyo a esta interpretación: si en realidad se tratara de *aon-aik'n* (en que aik'n es "allí", es decir "donde lo hay"), la primera parte sería *aon*, que por cierto recuerda mucho a "ona". De ser así, la primera versión no debería separarse en *Aonik-aik'n* sino en *aoni-kaik'n*, lo que significa estrictamente lo mismo; es fácil explicar la *i*, que, muy corta, surge casi inevitablemente al querer articular la *k* siguiente.

Por todo lo cual creo que, por lo menos hasta nuevas pruebas, es necesario rechazar este documento como demostración de la presencia de "Fueguinos" tierra adentro de Santa Cruz.

IV. CONCLUSIONES

Del análisis de lo que he denominado "posición revisionista", y de toda la documentación pertinente y complementaria manejada, surgen a mi juicio, con claridad, dos premisas fundamentales: (1) es necesario volver a las interpretaciones clásicas (*sensu* Gusinde, Emperaire) en cuanto a la integración y límites de los Alacalufes y Caoneros Occidentales en general. (2) El papel de una tercera categoría de etnías, ni Cazadores pedestres ni Canoeros, pueblos metamórficos (o marginales) en suma, no ha sido debidamente valorado hasta el presente y la contribución cumple en destacarlos, y parcialmente caracterizarlos, a los investigadores.

En un estudio separado, ya listo —pues fue originalmente concebido como un capítulo final de este trabajo— me ocupo con la significación que estos pueblos metamórficos tuvieron en la historia del poblamiento austral del continente, a la luz de la realidad arqueológica.

APÉNDICE: EXPLICACIÓN DE LOS SÍMBOLOS USADOS EN EL TEXTO:

ë , ü Variantes combinatorias de un mismo fonema. La primera, vocal posterior, no redondeada, media. La segunda, vocal posterior no redondeada, alta. Puede lograrse si se intenta pronunciar *u* castellana (u *o* muy cerrada) pero con labios extendidos (como para la primera *e* inglesa de *were*).

j Semi vocal palatal. Inglés *new*.

s En las voces alacalufes es fricativa ápico-prepalatal sorda; lo mismo en la pronunciación de *haus* (en que la *hache* es espirada).

tr Prepalatal africada sorda. Es el sonido "criollo" de esa combinación en el habla popular chilena; en la campaña bonaerense y patagónica en voces como *cuatro, patrón*.

q Uvular sorda.

' Pospuesta a vocales funciona como oclusiva glotal; pospuesta a consonantes, o combinaciones, indica sonidos eyectivos.

Los restantes símbolos, o combinaciones, suenan como en castellano.

BIBLIOGRAFÍA

Augusta, F. J., de 1965. Diccionario araucano. I Araucano-Español. Padre Las Casas, Chile.

Bossi, B. 1874. Viaje descriptivo de Montevideo a Valparíso por el Estrecho de Magallanes y Canales Smith, Sarmiento, Inocentes, Concepción, Wide y Messiers. Santiago, Imprenta Andrés Bello.

Bridges, E. L. 1963. Uttermost part of de earth. Londres.

Casamiquela, R. M. 1958. Canciones totémicas araucanas y gününa këna (tehuelches septentrionales). Rev. Mus. La Plata. IV, Antrop. 22.

— 1965. Rectificaciones y ratificaciones. Hacia una interpretación definitiva del panorama etnológico de la Patagonia y área septentrional adyacente. Cuadernos del Sur, inst. Hum. Univ. Nac. Sur, Bahía Blanca.

— 1966. Véase Pelinski, R. A. y Casamiquela, R. M.

— 1967. Algunos datos nuevos con relación al "panorama etnológico de la Patagonia". Etnía, Rev. Mus. Etnogr. Municipal Dámaso Arce, Olavarría, Buenos Aires, 5, art. 28.

— 1969. Pruebas etnohistóricas de la filiación tehuelche septentrional de los Querandíes. Un nuevo panorama etnológico del área pan-pampeana y patagónica adyacente. (Dir. Bibl. y Mus. Sgo. Chile.).

Emperaire, J. 1963. Los nómades del mar. Santiago, Univ. de Chile.

Escalada, F. A. 1949. El complejo "tehuelche". Estudios de etnografía patagónica. Instituto Superior de Estudios Patagónicos, Buenos Aires.

Furlong, G. 1943. Entre los Tehuelches de la Patagonia. Buenos Aires, Talleres Gráficos San Pablo.

Gallardo, C. R. 1910. Tierra del Fuego. Los Onas. Buenos Aires, Cabaut y Cía.

Gusinde, M. 1951. Hombres primitivos en la Tierra del Fuego. (De investigador a compañero de tribu). Publ. Escuela de Estudios. Hispano-Americanos de Sevilla.

Hammerly Dupuy, D. 1952. Los pueblos canoeros de Fuegopatagonia y los límites del habitat Alakaluf. Runa, Archivo p. Cien. Hombres, V, 1-2. Fac. Filos. Letras Buenos Aires.

Harrington, T. 1935. Observaciones sobre vocablos indios. Publ. Mus. Antrop. Etnogr. Fac. Filos. Letras, (A), III., Buenos Aires.

Keller, C. 1952. Introducción *in* J. T. Medina: Los Aborígenes de Chile. Santiago.

Kermes, Enrique. 1893. Vida familiar de los pampas —Apuntes étnicos. Rev. del Jardín Zoológico de Buenos Aires, T. I. entrega VII, Buenos Aires.

Llarás Samitier, M. 1967. El grupo Chono o Wayteka y los demás pueblos de Fuegopatagonia. Runa, Archivo p. Cien. Hombre, X, 1-2. Fac. Filos. Letras, Bs. Aires.

Medina, J. T. 1952. Los aborígenes de Chile. Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina. Santiago.

Moraleda y Montero J. de. 1888. Exploraciones geográficas e hidrográficas de... Precedidas de una introducción de D. Barros Arana. Documentos para la Historia de la Náutica en Chile. Santiago, Imprenta Nacional.

Morales, E. 1942. Historia de la Aventura. Exploradores y piratas en la América del Sur. Buenos Aires, Ed. Americana.

Pelinski, R. A. y Casamiquela, R. M. 1966. Músicas de canciones totémicas y populares y de danzas araucanas. Rev. Mus. La Plata (na. Ser.) VI, Antropol. 31.

Poeppig, E. 1960. Un testigo en la alborada de Chile (1826-1829). Santiago, Zig-Zag.

Ratto, H. R. 1939. Diario del naufragio del Registro de la *Concepción*, en Tierra del Fuego. Anuario Soc. Hist. Arg., I.

Spegazzini, C. 1882. Costumbres de los habitantes de la Tierra del Fuego. An. Soc. Cient. Arg., 1882. Buenos Aires.

Steffen, H. 1948. Patagonia Occidental. Las cordilleras patagónicas y sus regiones circundantes, II. Santiago, Ed. Univ. Chile.

Tovar, A. 1961. Catálogo de las lenguas de América del Sur. Buenos Aires, Ed. Sudamericana.

Vignati, M. A. 1939. Nueva mutilación dentaria en una mandíbula aborígen de Santa Cruz. Notas Mus. La Plata, IV.

— 1942. Iconografía aborigen I. Los caciques Sayeweke, Inakayal y Foyel y sus allegados. Rev. Mus. La Plata (Na. Ser), II, Antrop. 10.

— 1948. Mutilación dentaria en un cráneo indígena del Chubut. Notas Mus. La Plata, XIII, Antrop. 52.

LA PIEDRA PINTADA DE MAMUEL CHOIQUE (PROVINCIA DE RIO NEGRO)

Carlos J. Gradin

De las tres etapas que conoció el arte rupestre de la Patagonia —arcaica, con negativos de manos y escenas naturalistas; intermedia, representada por los grabados de pisadas; y reciente, con un heterogéneo grupo de modalidades: "estilo de grecas", grabado de paralelas, miniaturas y "símbolos complicados" (Menghin 1957; Gradin 1968 y 1970)— no cabe duda que es esta última la que presenta mayores interrogantes pero también mayores posibilidades interpretativas, ya que su desarrollo si bien puede retrotraerse hasta los primeros siglos de nuestra era, en su último momento es contemporáneo con la Conquista, cuyo impacto se percibe en la representación de jinetes (Pedersen 1963). Durante ese relativamente largo período se hacen sentir en Patagonia, sin que todavía podamos precisar cómo ni cuándo, las influencias de los grupos culturales agro-alfareros del área andina, modificando entre otras cosas las manifestaciones artísticas de los grupos cazadores, característicos de las etapas precedentes. En su aspecto estilístico, esta transformación puede resumirse como el reemplazo de las representaciones naturales por el predominio de los motivos abstractos de diseño generalmente geométrico.

La Piedra Pintada de Mamuel Choique en la provincia del Río Negro constituye un interesante ejemplo del referido estilo geométrico. Infortunadamente de ella sólo podemos intentar un análisis morfológico de las pinturas que la integran, pues en la actualidad no se conoce una técnica que permita determinar su cronología absoluta, ni existen asociaciones arqueológicas en su proximidad a las cuales pudiera vincularse.

Las investigaciones a que se refiere el presente trabajo fueron iniciadas en el verano de 1965 por quien escribe estas líneas, complementadas posteriormente con una documentación fotográfica policroma obtenida por el licenciado Jorge Boucherie. Una primer comunicación de dicho reconocimiento fue presentada al II Simposio Internacional de Arte Rupestre Americano celebrado en Huánuco (Perú, 1967), cuyas actas no se publicaron.

A principios del corriente año, el que suscribe, con la colaboración de la señorita Ana M. Aguerre, ambos del Instituto de Antropología de la Universidad de Buenos Aires, efectuaron el relevamiento documental del sitio, gracias a un subsidio del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y

Técnicas, que posibilitó la actualización de las investigaciones. Aprovechamos esta oportunidad para agradecer a la señora Norma Loyola, directora de la escuela primaria de Mamuel Choique, la hospitalidad que nos brindara durante nuestra estadía en el lúgar.

Ubicación del yacimiento

La pequeña población de Mamuel Choique se ha concentrado alrededor de la estación homónima del ferrocarril de trocha angosta que une Ingeniero Jacobacci con Ñorquincó, muy próxima a la ruta Nº 242 para automotores y que también une las mencionadas localidades. Las coordenadas geográficas del lugar son aproximadamente 41º 46′ de latitud sur y 70º 08′ de longitud oeste.

El sitio conocido con la designación de Piedra Pintada –igual que muchos otros de la Patagonia– se halla ubicado a unos 2500 m al sur de la estación ferroviaria de Mamuel Choique, en las nacientes de un pequeño cañadón que desde el bajo salitroso donde se encuentra la población, trepa hacia la meseta de Lipetrén. Hoy día el cañadón está seco y por él no corre más agua que la de las lluvias ocasionales. Sin embargo, a escasos doscientos metros de la Piedra Pintada existe un manantial en actividad que, aunque reducido, es aprovechado por un poblador que vive en las inmediaciones y testimonia que el curso de agua del cañadón en la antigüedad pudo haber sido mucho más pródigo.

Descripción del sitio

Las pinturas que integran la Piedra Pintada han sido ejecutadas en un afloramiento rocoso de tobas porfiríticas, ligeramente rojizas, que se halla en la margen derecha del cañadón. Por su forma podría describirse como un paredón irregular o abrigo, orientado hacia el Oeste, es decir hacia el lado de donde provienen los vientos fríos de la cordillera, a pesar de lo cual presenta una relativa protección debido a las alturas que circundan el estrecho cañadón en la margen opuesta. La Piedra Pintada se encuentra aproximadamente a 15 m sobre el nivel del cauce erosionado a su pie.

Las pinturas se hallan extendidas en un frente de 30 m, aprovechando la superficie más o menos plana de algunas porciones del paredón, razón por la cual se presentan en concentraciones delimitadas por fisuras o diaclasas que han permitido su análisis en sectores separados. Los espacios pintados tienen en general posición vertical y la pintura utilizada, en la gran mayoría de los casos, es de color rojo. Por ello, en la descripción que haremos de los diversos motivos debe entenderse que los mismos han sido ejecutados con dicha coloración, salvo expresa indicación en contrario.

Hemos establecido seis sectores topográficos que se distribuyen de Norte a Sur, o sea de izquierda a derecha del observador, en los 30 m de frente de la Piedra Pintada. El I presenta solamente tres motivos aislados. El II está constituido por una concentración de 3 motivos, a escasa distancia de los siguientes sectores, III, IV y V, en los que se ubican la mayoría de las pinturas, unas 50 en total, muchas de ellas integradas por varios motivos. El sector VI presenta un único motivo aislado.



FIGURA 1

Vista panorámica de La Piedra Pintada de Mamuel Choique

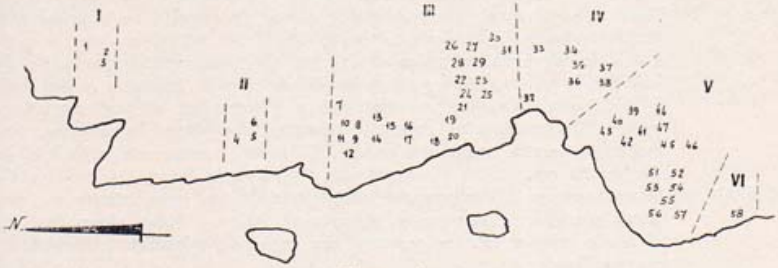


FIGURA 2

Esquema de la planta del abrigo de Mamuel Choique y distribución frontal de las pinturas (Sectores I a VI).

Esta distribución es muy posible que indique que la "sacralidad" del sitio radica en la zona de mayor concentración de pinturas (sectores III a V), caracterizado además por ser el lugar de mejor protección dentro del abrigo. Por otra parte, la circunstancia de que la frecuencia de los motivos disminuya tanto hacia la derecha como hacia la izquierda del observador, podría constituir un índice de mayor antigüedad de los motivos concentrados al centro, ya que aquéllos recién habrían sido ejecutados con posterioridad a la utilización intensiva de este último.

Frente al paredón con pinturas existen dos grandes bloques aislados, semejantes a voluminosos paralepípedos irregulares, que complementan el marco del panel. En ellos no se han ejecutado manifestaciones artísticas pero, por

su posición y posible funcionalidad, es probable que hayan jugado cierto papel en la elección del lugar. En otra oportunidad hemos dicho (Menghin y Gradin, 1972, p. 61) que estos bloques, a los que denominamos "roca-mesa" cuando tienen vestigios de utilización, presumiblemente tenían importancia para quienes celebraban ceremonias a su alrededor. A ello debe agregarse que su proximidad a un manantial —cuya vinculación aparece como constante en los yacimientos con pinturas de carácter geométrico— pocas dudas deja de que la Piedra Pintada de Mamuel Choique constituía un verdadero "santuario".

INVENTARIO DE LOS MOTIVOS

Sector I: aislado en el extremo norte del paredón y a relativa altura sobre el nivel del suelo.

Motivo Nº 1: Figura cruciforme escalonada enmarcada en un trazo rectangular, con una "muesca" al centro de cada lado. Ubicado a 80 cm del suelo. Color rojo.

Motivo Nº 2: Trazo meándrico simple que ocupa una superficie de 22 por 16 cm. El contorno es escalonado y su interior se halla pintado de color amarillo. Está ubicado a 1,10 m, a la derecha del motivo anterior.

Motivo Nº 3: Figura meándrica más o menos complicada y regular, cuyo trazo finaliza en una línea cuadrangular que enmarca el conjunto. Es de color rojo y el interior del meandro está pintado de amarillo. Se halla por debajo del motivo anterior a solo 5 cm de distancia y ocupa una superficie de 19 por 25 cm.

Sector II: distanciado unos 7 m del anterior. Comienza a escasamente 40 cm del suelo.

Motivo Nº 4: Figura de color rojo compuesta por cuatro rectángulos de posición vertical, distribuidos paralelamente dos a dos. Tanto los de la derecha como los de la izquierda se hallan unidos por un trazo vertical que parte de los vértices internos. Los rectángulos de arriba a la izquierda y de abajo a la derecha, tienen en su interior 6 y 8 trazos en zig-zag, respectivamente. Los rectángulos opuestos presentan una figura cruciforme, formada por cuatro trazos escalonados. El motivo ocupa una superficie de 40 por 30 cm.

Motivo Nº 5: Figura enmarcada cuadrangular, muy destruida, en cuyo interior sin embargo puede apreciarse varios zig-zags verticales y líneas almenadas. En el borde inferior interno presenta una serie de pequeños triángulos de cuerpo lleno.

Motivo Nº 6: Figura de trazos almenados con una línea externa, también almenada, que delimita el conjunto. Superficie ocpada: 27 por 16 cm. Color rojo, ubicada sobre el motivo anterior, a 60 cm de distancia.

Sector III: Se extiende muy próximo al nivel del suelo. Abarca un frente de casi 7 m.

Motivo Nº 7: Cuatro zig-zags paralelos, de color rojo, entre los cuales aparece un pequeño motivo escalonado de trazo fino. Terminan junto a un fisura de la roca.

Motivo Nº 8: Trazo escalonado de forma piramidal.

Motivo Nº 9: Trazo meándrico escalonado irregular.

Motivo Nº 10: Rectángulo vertical de base curva, dividido por una diagonal.

Motivo Nº 11: Dos manchas rojas irregulares.

Motivo Nº 12: Mancha roja con vestigios de cuadrados escaleriformes de cuerpo lleno.

Motivo Nº 13: Figura meándrica escalonada, de color rojo, delimitada por un trazo perimetral cuadrangular. El centro de la figura se halla muy desvaido y presenta rastros de pintura amarilla.

Motivo Nº 14: Grupo de motivos (cuadrangular, cuadrangular con punto al centro y meándrico) de color rojo. Se hallan a 40 cm sobre el nivel del suelo.

Motivo Nº 15: Gran mancha roja con vestigios de motivos escalonados complicados.
Motivo Nº 16: Zig-zag simple.
Motivo Nº 17: Círculo y figura escalonada cerrada.
Motivo Nº 18: Figura meándrica irregular, junto a otra muy desvanecida. Se hallan a 20 cm del nivel del suelo.
Motivo Nº 19: Cruciforme escalonado de color rojo claro. En su interior tiene otro pequeño cruciforme similar y tres puntos.
Motivo Nº 20: Figura enmarcada con contorno de hacha en forma de ocho. En su interior tiene varias zig-zags paralelos. Se superpone en parte al motivo anterior.
Motivo Nº 21: Rombos hendidos y adosados verticalmente. A su alrededor se observan varios trazos escalonados irregulares.
Motivo Nº 22: Dos figuras con forma de clepsidra de base más bien redondeada; un trazo en forma de signo de multiplicación y varios trazos pequeños diversos (círculo, escalonado, trazo en v, palotes). Hay restos de pintura verde que podrían colorear el interior de las clepsidras.
Motivo Nº 23: Pequeños óvalos incompletos con un trazo rectilíneo al medio, alineados verticalmente. Cerca de los mismos aparecen varios trazos digitales con pintura roja.
Motivo Nº 24: Dos figuras cuadrangulares pequeñas, uno con una cruz doble en su interior y otro con un zig-zag.
Motivo Nº 25: Figura subrectangular con trazos escalonados en su interior y un trazo recto horizontal.
Motivo Nº 26: Dos figuras cuadrangulares con trazos muy confusos en su interior (¿escalonados?) y restos de pintura amarilla.
Motivo Nº 27: Conjunto de pequeñas figuras subovaladas y un motivo escalonado. Color rojo de varias tonalidades, posiblemente debido a la erosión.
Motivo Nº 28: Líneas meándricas irregulares. Junto a ellas aparecen varios puntos, un pequeño círculo y un "signo de multiplicación".
Motivo Nº 29: Figura tripartita de trazo ancho, de color rojo. De su extremo inferior parte un apéndice ramificado de trazo fino. Trazo almenado corto.
Motivos 30 y 31: Están constituidos por tres grandes manchas de aproximadamente 1 m² de superficie, muy destruidas por la erosión pero que permiten apreciar que en su interior fueron ejecutados motivos meándricos escalonados. Color rojo.

Sector IV: Se orienta hacia el SO. aprovechando un repliege del paredón. Se extiende entre 1 y 4 m sobre el nivel del suelo. Constituye probablemente el epicentro del abrigo.
Motivo Nº 32: Similar a los Nos. 30 y 31.
Motivo Nº 33:

a) Dos líneas en zig-zag paralelas, verticales, de color rojo violáceo. Tienen un largo de aproximadamente un metro, en su interior presentan tres círculos con punto verde al centro. Puede admitirse también un filete verde sobre los zig-zags principales, uno de los cuales termina en un pequeño círculo. Este motivo se superpone en parte a dos figuras desvaídas (b y c), que se describen a continuación.
b) Motivo rectangular de posición vertical, rojo claro. En su interior se aprecia una figura cruciforme formada por trazos escalonados, uno de los cuales ha sido repintado. Dos pequeños círculos han sido dibujados en la base del rectángulo.
c) Figura meándrica escalonada, confusa, de color rojo claro. Su perímetro tal vez ha sido delimitado por un trazo continuo. Tres círculos adosados.

Motivo Nº 34: Figura ramificada de color rojo, constituida por un trazo vertical, del que se desprenden pequeños trazos en L y L invertida.
Motivo Nº 35: Conjunto de figuras meándricas escalonadas my destruidas, de color rojo.
Motivo Nº 36: Tres círculos concéntricos de color rojo, con amarillo intermedio.
Motivo Nº 37: Figura meándrica escalonada, enmarcada.

Motivo Nº 38: Línea escalonada vertical, combinada con dos círculos, de color rojo y filete amarillo.

Sector V: Porción del paredón orientada hacia el Norte. Las pinturas se extienden en una superficie ubicada sobre una plataforma rocosa, y en parte al pie de la misma.

Motivo Nº 39: Líneas sinuosas en forma de contorno de hacha en ocho; color rojo. En la parte superior tiene un punto del mismo color.

Motivo Nº 40: Clepsidra o triángulos opuestos por el vértice, en pintura plana roja.

Motivo Nº 41: Figura meándrica almenada, irregular.

Motivo Nº 42: Figura cuadrangular de trazo ancho, de 21 cm de alto por 15 de ancho. En su interior presenta cuatro pequeños círculos y un arco en cada vértice.

Motivo Nº 43: Figura en la que se combinan cuatro círculos concéntricos, tres de los cuales se hallan hendidos o radiados. En el extremo inferior derecho, la figura se prolonga en dos líneas paralelas con un zig-zag interno. Color rojo. Se superpone a una línea escalonada de color rojo claro.

Motivo Nº 44: Trazos escalonados e irregulares de color rojo. Junto a ellos aparece un pequeño trazo amarillo.

Motivo Nº 45: Figura meándrica escalonada, irregular, de color rojo con pintura amarilla en su interior.

Motivo Nº 46: Trazo escalonado de cuerpo lleno o muy ancho. Cruciforme escalonado. Color rojo con filete verde.

Motivo Nº 47: Figura en forma de peine constituida por un trazo horizontal y apéndices verticales en el borde inferior. Color rojo violáceo.

Motivo Nº 48: Figura meándrica escalonada de color rojo violáceo muy bien conservada, ejecutada en un espacio aparentemente delimitado. El pasillo interior de los trazos rojos ha sido pintado en parte de color amarillo. Ocupa una superficie de 60 por 70 cm.

Motivo Nº 49: Línea meándrica escalonada con tres pequeños círculos de cada lado. Color rojo.

Motivo Nº 50: Conjunto de cruciformes escalonados, algunos adosados, otros con círculo o cruz en el centro. Color rojo. A su alrededor se aprecian restos de figuras escalonadas muy desvaídas.
Debajo de este grupo y más o menos aislada, hay una figura en forma de clepsidra, cuyos trazos oblicuos son dobles, y que en la base se prolonga en un trazo escalonado. Junto a ella aparece un trazo escalonado irregular. Todos de color rojo.

Motivo Nº 51: Figura cuadrangular con algunos trazos escalonados internos. En el costado derecho presenta dos triángulos de cuerpo lleno. El motivo es de color rojo pero en su interior hay vestigios de pintura verde. Junto al motivo puede observarse dos puntos rojos y un pequeño trazo almenado, rojos. En la parte inferior del motivo existe un grupo de líneas almenadas irregulares bastante destruido.

Motivo Nº 52: Figura meándrica escalonada.

Motivo Nº 53: Conjunto de pequeñas figuras irregulares de contorno aproximadamente escalonado. Una de ellas de 15 cm de alto por 10 de ancho pudiera ser antropomorfa. Otra, de 11 por 18 cm, tiene un filete verde. Todas son de color rojo y presentan el perímetro cerrado. Debajo de ellas hay un trazo escalonado irregular.

Motivo Nº 54: Figura cuadrangular de color rojo, un trazo escalonado en la parte superior y otro que la divide al centro. La porción inferior tiene pintura verde y un punto rojo.

Motivo Nº 55: Dos figras en forma de clepsidra. Una de ellas con pintura verde en su interior y otra de base en trazo doble.

Motivo Nº 57: Grupo de pequeñas figuras: grecas horizontales, escalonado irregular y escalonados paralelos de trazo sinuoso.

Sector VI: Aislado.
Motivo Nº 58: Figura en forma de V invertida de trazo paralelo, en parte recto y en parte escalonado. 10 cm de alto por 17 de ancho. Pequeño trazo almenado. Todos de color rojo.

CLASIFICACIÓN Y FRECUENCIA DE LOS MOTIVOS

MOTIVOS ABSTRACTOS

Geométricos

Rectilíneos

Zig-zags: Motivos Nos. 7, 16, 33. (Tot. 3).
Tripartitos: Motivos Nos. 29, 34. (Tot. 2).
Rombos hendidos: Motivo Nº 21. (Tot. 1).

Curvilíneos

Círculos y óvalos: Motivos Nos. 17, 23, 27, 33, 36, 38, 44, 46, 50, 52, 53, 57, 58. (Tot. 11).

Complicados

Escalonados: Motivos Nos. 8, 12, 15, 38, 44, 46, 50, 52, 53, 57, 58. (Tot. 11).
Cuadrangulares: Motivos Nos. 10, 14, 24, 25, 26, 42, 51, 54 (Tot. 8).
Cuadrangulares compuestos: Motivo Nº 4. (Tot. 1).
Meándricos:
Simples: Motivos Nos. 2, 9, 18, 28, 30, 31, 32, 35, 41, 45, 49, 55. (Tot. 12).
Circunscriptos: Motivo Nº 48. (Tot. 1).
Delimitados: Motivos Nos. 3, 6. (Tot. 2).
Enmarcados: Motivos 1, 5, 13, 33, 37. (Tot. 5).
Grecas: Motivo Nº 57. (Tot. 1).
Cruciformes: Motivos Nos. 19, 33, 50. (Tot. 3).

Libres

Formatizados

Peiniforme: Motivo Nº 47. (Tot. 1).
Clepsidras: Motivos Nos. 22, 40, 50, 56. (Tot. 4).
Hacha en ocho: Motivos Nos. 20, 39. (Tot. 2).

Técnica

Con pintura roja: 54 motivos.
Con pintura rojo-violácea: 3 motivos.
Bicolor (rojo con amarillo o verde): 16 motivos.
En parte con pintura de cuerpo lleno: 6 motivos.

Superposiciones

El análisis de las pinturas de la Piedra Pintada de Mamuel Choique ha permitido constatar solamente tres superposiciones precisas.

1) El motivo Nº 20 (contorno con forma de hacha en 8) se superpone al motivo Nº 19 (cruciforme escalonado compuesto). Ambos ejecutados en pintura roja de similar coloración.

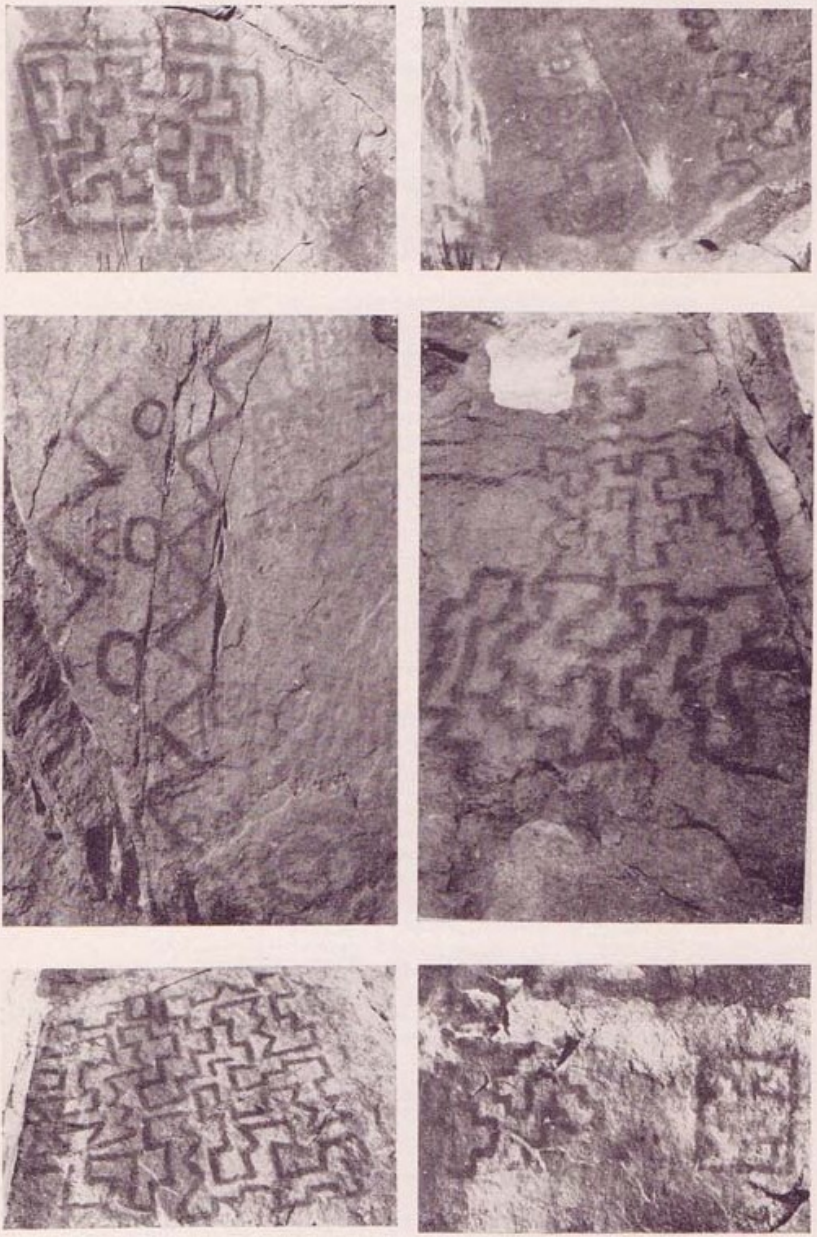


FIGURA 3

De izquierda a derecha: a) Motivo 3; b) Motivos 19, 20 y 21; c) Motivos 32 a 36; d) Motivo 45; e) Motivo 48; f) Motivo 51.

2) El motivo Nº 33a (zig-zags paralelos rojo-violáceo, con círculos internos del mismo color, con filete amarillo y puntos verdes) se superpone a los motivos 33b y c (rectangular con cruciforme interno, en parte repintado con el rojo violáceo propio del motivo 33a; y meándrico delimitado o enmarcado) de color rojo. Asimismo, se superpone a un pequeño grupo de tres círculos adosados, de color rojo.

3) El motivo Nº 43 (círculos concéntricos y hendidos, color rojo claro) se superpone en parte a un trazo escalonado muy desvaído y de coloración más clara.

Otras zonas del paredón presentan pinturas muy destruidas, sea por la acción de las lluvias o la erosión del viento, donde los motivos se hacen confusos y es prácticamente imposible determinar si se trata de superposiciones o manchas por corrimiento de la pintura.

Esta escasa cantidad de superposiciones no nos autoriza a inferir secuencia cronológica alguna, salvo la muy general de que la pintura rojo-violácea es más reciente que la roja normal. En ese caso, las figuras con aquella pintura (zig-zags combinados con círculos y otras pinturas como el verde) podrían ser más recientes que los motivos cuadrangulares o enmarcados.

La uniformidad estilística del sitio, sin embargo, habla más bien de una diacronización muy poco distanciada en el tiempo, pudiendo simplemente considerarse como distintas fases de una misma ocupación .

Consideraciones finales

La sola lectura de la caracterización que hiciera Menghin del estilo de "grecas" (1957, p. 70 y sigtes.) no deja lugar a dudas de que la Piedra Pintada de Mamuel Choique debe incluirse en dicha modalidad artística. Como siempre Menghin, en unas pocas líneas, brindó una visión global que resulta difícil superar. Sin embargo, desconocemos la razón por la cual denominó "grecas" al conjunto de pinturas que integran su estilo. En el trabajo mencionado no incluye ningún motivo que pudiera tomarse estrictamente como tal. Las verdaderas grecas aparecen en muy escasa cantidad en Mamuel Choique (Motivo Nº 57) y lo mismo sucede en la Angostura de Cides (Casamiquela, 1960, p. 46), o en el Cerro Shequen de Chubut (en estudio), sin constituir el tipo característico de dichos sitios.

Consideramos que el elemento básico de este grupo de pinturas se halla representado por un trazo quebrado, generalmente en ángulo de noventa grados, de tendencia geométrico-rectilínea, que efectúa giros indistintamente hacia derecha e izquierda. Su resultado es un dibujo disciplinado, repetitivo, cuyo desarrollo se traduce fundamentalmente en zig-zags, escalones, almenas y grecas. La complejidad de estas figuras va desde el breve trazo aislado, de unos pocos centímetros de largo, hasta una línea continua extensa que en su desenvolvimiento alcanza a ocupar una superficie aproximada de un metro cuadrado.

Vincúlanse a los motivos referidos algunas formas circulares muy simples (círculos, círculos concéntricos o radiados) y otras —sinuosas o rectilíneas— como las figuras en forma de ocho y las "clepsidras", los peiniformes, etc., que por su escasa cantidad y especialización no pueden considerarse típicas, aunque sí resulten de valor diagnóstico como motivos guías.

En todos los casos la pintura utilizada ha sido el color rojo, con variantes de tonalidad, pues el amarillo y el verde sólo han sido aplicados complementariamente.

Todas estas formas geométricas, de trazo exacto y hechura disciplinada, según Menghin, evidencian su desenvolvimiento bajo la influencia de una cultura avanzada, en este caso del noroeste argentino, y por lo tanto debieran fecharse con posterioridad al siglo V de nuestra era.

Del análisis de dichas figuras pueden entresacarse dos formas fundamentales: cruciformes y líneas meándricas. Las primeras se hallan constituidas por escalonados que adoptan formas triangulares, que al ser opuestas por el vértice configuran una cruz. Su trazo puede ser simple o múltiple. Las segundas,



FIGURA 4
Fragmento de placa grabada recogida en Estancia Mario Cabeza, Telsen, Provincia de Chubut.



FIGURA 5
Placa grabada del Museo de Ingeniero Jacobacci, provincia de Río Negro.

en cambio, no tienen un desarrollo simétrico y por lo tanto su dibujo pudiera considerarse caprichoso, pero su trazo continuo y quebrado, dejando siempre un pasillo intermedio, las vincula seguramente con motivos laberínticos [1].

Una característica importante común a estas dos formas de motivos es una tendencia a la delimitación de las figuras. Ello se traduce algunas veces

[1] Ver en este mismo volumen: Aschero, "Los motivos laberínticos en América".

en el simple aprovechamiento de fisuras, como en el caso del motivo Nº 48, pero otras consiste en un marco cuadrangular o rectangular que circunda totalmente el dibujo (motivos Nos. 3 y 51). En el mismo sentido puede aducirse las formas cuadrangulares simples de los motivos 24 y 25.

Menghin distinguió claramente las figuras meándricas de las cruciformes, pero interpretó a las primeras como las más recientes, lo cual es perfectamente explicable si se aduce que son degenerativas, es decir el resultado de una difusión a partir de un prototipo cuyo centro de radiación es tan lejano como el Viejo Mundo. Sin embargo, las figuras meándricas no aparecen nunca en la decoración cerámica del noroeste argentino, de la cual provendrían, que por el contrario se caracteriza siempre por formas simétricas de carácter decorativo, sea formando triángulos o rombos.

Las líneas meándricas tienen una extensa dispersión. Cardich (1964/1966, p. 144, fig. 127) las señala en la cueva Nº 3 de Chaclarragra, cerca de Lauricocha en el Perú. Casamiquela hace otro tanto para Uruguay (1960, p. 54, fig. 24, tomado de Larrauri, 1918/19, p. 525). Bate (1970, p. 25) las documenta en el Lago Carrera, al sur de Chile, y Sánchez Albornoz (1958, p. 150, figs. 2 y 3) en El Bolsón al norte del Chubut. Por nuestra parte, hemos podido constatar su presencia en tres lugares de esta última provincia mencionada: Telsen, Bajada del Diablo y Los Altares, aun en estudio, en los dos primeros casos aparentemente aisladas de otros motivos rupestres. Estas circunstancias y el hecho de que el estilo de "grecas" haya tenido un florecimiento restringido al área nordpatagónica, aun cuando de él se conozcan radiaciones hasta La Rioja y Uruguay (Casamiquela citado), nos inclinan a pensar que las figuras meándricas tienen una relativa mayor antigüedad que la atribuida hasta el presente. Por supuesto no descartamos la posibilidad de que hayan coexistido en su etapa final con las figuras cruciformes, pero sin que ello implique atribuirles un carácter degenerativo. Así pareciera indicarlo la simultaneidad de ambos motivos en sus formas típicas en Paso del Sapo (Chubut), ilustrada por Casamiquela (1960, p. 52, fig. 53) y la organicidad de la decoración de un ceramio conservado en el Museo de los Salecianos de Rawson, que en líneas incisas reproduce una forma meándrica escalonada.

Entre las correlaciones culturales señaladas por Menghin para el estilo de "grecas" (1957, p. 75) deben señalarse, además, las placas grabadas de nordpatagonia y las hachas ceremoniales en forma de ocho, derivadas estas últimas de prototipos del noroeste argentino, cuya decoración presenta gran similitud con las pinturas que nos ocupan (Outes, 1916a y b; Cigliano, 1961, entre otros).

Con referencia a las placas, admitimos que pueden vincularse desde tiempos bastante antiguos con las manifestaciones rupestres. En primer lugar porque ellas se remontan a los comienzos de nuestra era (Bórmida, 1952) y en segundo término porque se hallan asociadas, como representación, a los negativos de manos en el sur de Chile. Así lo reconoce Bate (1970, pág. 25) que interpreta como un negativo de placa a dos figuras cuadrangulares, de esquinas romas y lados ligeramente convexos, correspondientes a la estampa del verso y reverso del mismo objeto. Estas representaciones se hallan vinculadas a un conjunto de más de cien manos rojas y blancas, localizadas cerca del Río Ibañez. Figuras parecidas fueron documentadas por nosotros (1973) en la Estancia Alto Río Pinturas, provincia de Santa Cruz.

Si a lo dicho se agrega la similitud que presentan algunos motivos del estilo de "grecas" con los que decoran ciertas placas, por ejemplo las que ilustra Sánchez Albornoz para el Hoyo de Epuyen (1957, p. 122, figs. 3 y 4), según dicho autor vinculables a la "clepsidra o diablo", o con los que contienen los fragmentos de placas procedentes de Estancia Cabeza, cerca de Telsen, Chubut, y del Museo Jacobacci, Río Negro, que ilustramos en este trabajo, consideramos que es admisible interpretar a estas figuras rupestres cuadrangulares como verdaderas representaciones de placas, algunas de ellas decoradas (figuras 2, 3, 9/14, 21 de Mamuel Choique, y figuras 7, 12, 13, 22, 23, de El Bolsón, ilustradas por Sánchez Albornoz, 1958).

Otro tanto puede decirse con respecto a las hachas ceremoniales en forma

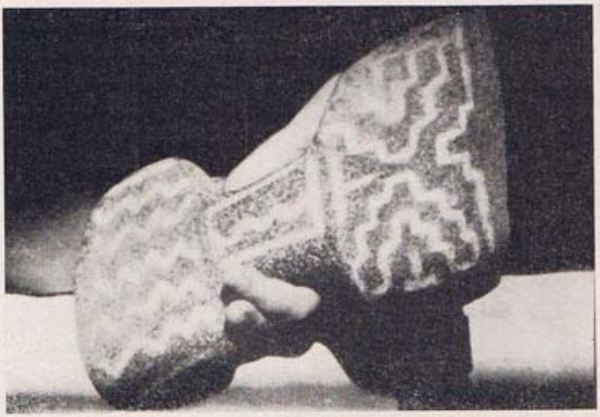


FIGURA 6

Hacha ceremonial de la Colección Antonio Rivera (hoy propiedad del Museo de Viedma), San Antonio Este, provincia de Río Negro.

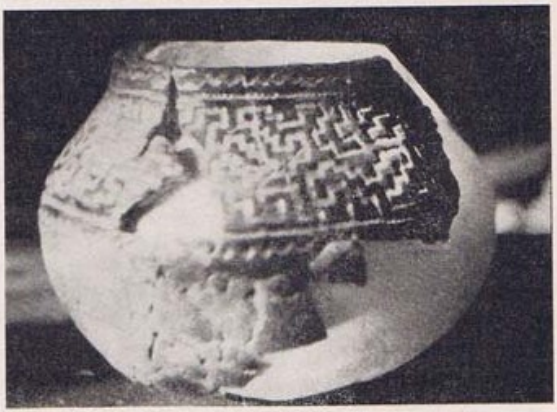


FIGURA 7

Cerámio restaurado (tizado y barnizado) perteneciente a las colecciones del Museo Saleciano de Rawson, provincia del Chubut.

de ocho. La observación efectuada por Casamiquela (1960, p. 21 y fig. 41) para el Cañadón Sandoval al norte del Chubut, se ve reforzada por el motivo Nº 20 de Mamuel Choique, que deja pocas dudas de que se trata de una representación de un hacha en forma de ocho con decoración, lo mismo que otro motivo similar que documentáramos en Estancia Maquinchao, alrededores de Jacobacci, aún sin publicar. Su contorno y la decoración correspondiente pueden compararse con los del ejemplar lítico publicado por Sánchez Albor-

noz (1967, p. 458, fig. 1a y b) hallado en San Antonio Este, provincia de Río Negro. Debemos pensar, no obstante ello, en la posibilidad de que estas representaciones en un momento dado se hayan independizado del objeto real, para convertirse en un símbolo cuyo significado sigue siendo desconocido.

Por último, quisiéramos hacer una observación respecto de la preponderante utilización del color rojo en la Piedra Pintada de Mamuel Choique, y en general en el estilo de "grecas" (señalada por Menghin, 1957, p. 72), que pensamos debe atribuirse a un objetivo mágico, dada su vinculación con placas y hachas ceremoniales. Recordemos que estas pinturas (Casamiquela, 1960, p. 19 y sigtes.) son la obra de Elëngásëm, personaje mitológico de los tehuelches del Norte, de cuyo poder maléfico debió ser necesario protegerse. El uso de pintura roja, como en muchos otros casos (Gradin, 1973, en prensa) pudiera encerrar ese sentido protector y su fin último no sería otro que rechazar las influencias malignas. Al menos dejemos esto planteado como una hipótesis posible.

BIBLIOGRAFÍA

Aschero, Carlos A. 1973. Los motivos laberínticos en América. Relaciones Soc. Arg. de Antrop., vol. VII. Buenos Aires.

Bate P., Luis Felipe. Primeras investigaciones sobre el arte rupestre de la Patagonia chilena. Anal del Inst. de la Patagonia, vol. I, Nº 1, p. 15-25. Punta Arenas, Chile.

Bórmida, Marcelo. 1952. Pámpidos y Australoides. Coherencias ergológicas y míticas. Archivos Ethnos, vol. 1, p. 51-81. Buenos Aires.

Cardich, Augusto. 1964/1966. Estilos y secuencias del arte rupestre en la zona de Lauricocha. Acta Praehistorica VIII/X, Pars I, p. 123-147. Buenos Aires.

Cigliano, Eduardo M. 1961. Tres nuevas placas grabadas de Patagonia. Notas del M. de La Plata, t. 20, Nº 75, p. 21-44. La Plata.

Gradin, Carlos J. 1968. Panorama del arte rupestre de la Patagonia Meridional. Las pictografías de la estancia "Alto Río Pinturas", en la provincia de Santa Cruz. XXXVII Congr. Internac. de Americanistas, vol. II, p. 487-494. Buenos Aires.

— 1970: Pictographs and petroglyphs in Argentina, a preliminary report. Valcamonica Symposium, p. 423-441. Capo di Ponte. Italia.

— 1973: A propósito del arte rupestre en Patagonia Meridional. Anal de Arq. y Etnolog. de la Univ. de Cuyo, vol. XXVI, en prensa. Mendoza.

Menghin, Osvaldo F. A. 1957. Estilos del arte rupestre de Patagonia. Acta Praehistorica I, p. 57-87. Buenos Aires.

Menghin, Osvaldo F. A. y Carlos J. Gradin. 1972. La Piedra Calada de Las Plumas (provincia del Chubut, República Argentina). Acta Praehistorica XI, p. 13-63. Buenos Aires.

Outes, Félix F. 1916a. Las placas grabadas de Patagonia. Examen crítico del material conocido y descripción de nuevos ejemplares. Rev. Univ. de Bs. As., t. XXXII, p. 611-624. Buenos Aires.

— 1916b. Las hachas insignias patagónicas. Examen crítico del material conocido y descripción de nuevos ejemplares. Imp. Coni, 46 p. Buenos Aires.

Pedersen, Asbjorn. 1963. Las pinturas rupestres de la región del Parque Nacional Nahuel Huapi (provincia del Neuquén) y sus posibles proyecciones prehistóricas. Primer Congr. del Área Araucana Argentina, t. II, p. 167-184. Buenos Aires.

Sánchez, Albornoz, Nicolás. 1957. Pictografías del Hoyo de Epuyén (Prov. del Chubut, Argentina). Acta Praehistorica I, p. 121-140. Buenos Aires.

— 1958. Pictografías del Valle de El Bolsón (Río Negro) y del Lago Puelo (Chubut), Argentina. Acta Praehistorica II, p. 146-175. Buenos Aires.

— 1967. Hachas y placas de San Antonio Este. RUNA X, p. 455-464. Buenos Aires.

TASTIL: UN MODELO CULTURAL DE ADAPTACIÓN, FUNCIONAMIENTO Y DESARROLLO DE UNA SOCIEDAD URBANA PREHISTÓRICA

Eduardo M. Cigliano y Rodolfo A. Raffino *

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo es el resultado de un proceso que tuvo su origen en las progresivas etapas de la investigación arqueológica, y surge *a posteriori* como una interpretación, munida de un carácter antropológico, del análisis, seriación, corología y correlación que emergen de la práctica del método de la Arqueología. La síntesis de este proceso posibilita el conocimiento de una problemática y los intentos de reconstrucción cultural que, como en esta oportunidad, se centraron sobre una sociedad urbana prehistórica del N O argentino. El marco espacial está localizado dentro del ambiente ecológico de la Quebrada del Toro y sus aledaños y, en especial, sobre un centro urbano como el de Tastil [1] y su habitat cultural. La unidad temporal abarca un momento concreto del desarrollo prehispánico: la segunda parte de lo que tradicionalmente es conocido como Período Agrícola Alfarero Tardío (1250-1450 A. D.) del esquema de periodificación del N O argentino.

Las ruinas de Tastil se encuentran ubicadas en el Departamento de Rosario de Lerma, Provincia de Salta; sobre una ondulada plataforma de un cerro que se levanta en la confluencia de los ríos Tastil y Las Cuevas, el último de los cuales se transforma en afluente del Río Toro. A una altura de 3000 m.s.n.m. se encuentra este conglomerado de viviendas, cuya importancia fuera puesta de manifiesto en una obra resultado de cinco años de inves-

* Doctores en Ciencias Nautrales, orientación Antropológica. Docentes de la Cátedra de Técnica de la Investigación Arqueológica. Facultad de Ciencias Naturales y Museo; Universidad Nacional de La Plata.

[1] La demostración arqueológica de estos conceptos ha sido efectuada en: Cigliano, E. M. Raffino, R. A. y otros *"Tastil, una ciudad preincaica Argentina"*. Ediciones Cabargón. Buenos Aires 1973. Cigliano, E. M. *"Restos vegetales hallados en el yacimiento arqueológico de Santa Rosa de Tastil"*. Rev. Mus. de La Plata; Sec. Antropología; T. VII. La Plata, 1968.

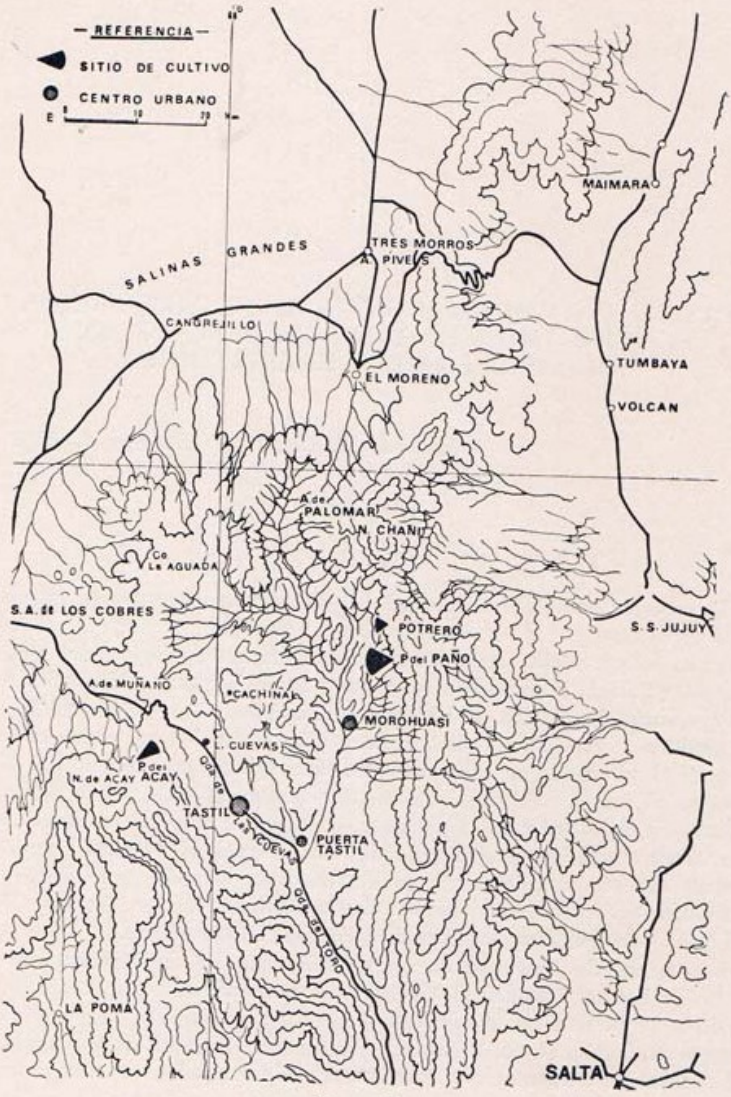


FIGURA I
Mapa de la Quebrada del Toro y sus aledaños.

tigaciones. Como consecuencia de las excavaciones sistemáticas efectuadas en Tastil aclaramos que fue una población con una serie de características muy particulares que llamó nuestra atención desde el comienzo de los estudios.

Con el objeto de provocar una mejor comprensión de la dinámica cultural de Tastil, hemos utilizado, comparativamente, otros centros urbanos contem-

poráneos del ambiente ecológico, como los de Morohuasi y Puerta de Tastil [2], conjuntamente con sitios de producción agrícola como los de Pie del Paño, Potrero y Pie del Acay, presentan, con Tastil y sus análogos, una intensa relación de dependencia. Todos ellos componen un ecosistema cultural prehistórico y su estudio no puede, desde ya, ser abordado en forma aislada, porque los mismos están en íntima relación simbiótica y, a la vez, demuestran la adaptación ecológica de la cultura.

BREVE SINOPSIS DEL DESARROLLO CULTURAL DENTRO DEL AMBIENTE ECOLÓGICO

A medida que iban realizándose los trabajos de excavación en Tastil, se efectuó una búsqueda sistemática de otros tipos de asentamientos prehispánicos que nos permitieran inferir un desarrollo cultural dentro de este ambiente ecológico. En este sentido se ubicaron asentamientos cronologicamente anteriores a los agrícolas, tales como los de La Hoyada y Las Cuevas I [3], que constituyen campamentos con numerosos artefactos líticos emplazados sobre cotas de 3.200-3.300 metros, vinculados con prácticas de caza y recolección pre-agrícola.

El primero de los sitios (La Hoyada), que demuestra características similares con Ampajango [4], correspondería, por la gran cantidad de elaboración y concentración de artefactos líticos a un asentamiento de una fuerte estabilidad estacional, que parece estar vinculado, tal vez, a pisos ecológicos más bajos como por ejemplo el Valle de Santa María (1.600 m.s.n.m.). En la zona de La Hoyada, la presencia de lagunas y cubierta vegetacional, son factores estimulantes para la concentración de este tipo de grupos cazadores-recolectores. Es muy probable que estos grupos familiares reocuparan estos sitios, procedentes de otros pisos ecológicos. Las Cuevas I corresponde a un pequeño campamento de cazadores, ayampitinoides, de poca densidad, caracterizado por puntas lanceoladas propias para la caza de guanaco o especies afines. En este paradero no fueron hallados instrumentos de molienda [5]. En ambos casos

[2] Estas investigaciones han sido dadas a conocer por: Raffino, R. A. *"Las Sociedades Agrícolas del Período Tardío en la Quebrada del Toro y Aledaños"*. Rev. Museo de La Plata; Sec. Antropología; T. VII. La Plata, 1972 a. y Raffino, R. A. *"Agricultura hidráulica y simbiosis económico-demográfico en la Quebrada del Toro"*. Rev. Museo de La Plata; Sec. Antropología; T. VII. La Plata, 1973.

[3] Cigliano, E. M. y Calandra, H. A. *"En torno a dos sitios precerámicos en el Departamento de Rosario de Lerma"*. Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología; T V, nº 2. Buenos Aires, 1971.

[4] Cigliano, E. M. *"El Ampajanguense"*. Facultad de Filosofía y Letras; Inst. de Antropología; Public. nº 5. Rosario, 1962.

[5] En el Valle del Cajón, Prov. Catamarca, sitio Saladillo, fue encontrado por nosotros, en 1967, un campamento tipológicamente semejante, asociadas las puntas, raspadores, raederas, con manos y morteros de molienda, confirmándose, en este sitio el interés, por parte de estos grupos, de permanecer en la zona, intensificándose, de esta forma, la recolección de frutos para el incremento de su dieta.

—La Hoyada y Las Cuevas I— si bien cronológicamente no son contemporáneos, constituyen asentamientos no estables, sino temporarios, que explotaron los recursos naturales propios del Período Pre-agrícola.

Las instalaciones más tempranas con alfarería corresponden al sitio Las Cuevas II [6], con caracteres estructurales específicos; se trata de montículos o túmulos que encierran construcciones de paredes de piedra y barro formando una pequeña aldea o poblado disperso, asentado sobre un nivel de terraza baja, con viviendas de plantas circulares, superpuestas en algunos casos.

Lo importante, entre otras cosas, es que en este sitio hacen su aparición elementos de "filiación altiplánica-andina, tales como los indicios de la domesticación de la llama, la alfarería de cocimiento oxidante y la arquitectura en piedra" (op. cit., pp. 233), y rasgos de la selva y florestas "como la pipa de cerámica, el hacha pulida con cuello (completo) y la alfarería corrugada" (op. cit., pp. 233), que asociados, con una alfarería tricolor, monócroma oxidante y monócroma negra-gris, de cocimiento reductor, le otorgan a Las Cuevas II, una fisonomía particular y trascendente, ya que el fechado radiocarbónico dio una antigüedad, para los niveles inferiores, de uno de los basurales, de 535 ± 60 años B. C. La ocupación parece ser de largo tiempo, por la superposición de viviendas, compactación del basural y la fecha de los niveles superiores 255 ± 50 años A. D.

Los elementos que aquí se detallaron definirían la existencia de un verdadero Período Formativo Meridional, del cual nos hemos ocupado específicamente con anterioridad.

En la cabecera N. de la Quebrada del Toro, uno de nosotros (Raffino, R. A.; 1972 b.)[7] ubicó el yacimiento arqueológico al que denominó Cerro El Dique, cuyo patrón de asentamiento lo constituyen núcleos habitacionales formados por un patio central de planta circular, al que se adosan recintos, también circulares, de menores dimensiones, delimitados por paredes dobles de piedra.

Todos estos hallazgos de instalaciones, que evidencian patrones de poblamiento diferentes y distintos tipos de enterratorios, van conformando el cuadro cronológico de este ambiente ecológico, donde se presenta una serie de yacimientos con características muy definidas que, permiten identificar las etapas de desarrollo de las diversas culturas que aquí se han asentado.

En Tres Cruces y Cerro La Aguada, uno de nosotros (Raffino, R.A.; 1972 a.) excavó habitaciones circulares, no diseminadas, conformando poblados dispersos, sino que se hallan agrupadas formando semiconglomerados; por otra parte, las asociaciones con campos de cultivo —específicamente en Cerro La Aguada— son mucho más concretas que en los sitios del Formativo Regional.

También en el campo ceramológico, se observan nuevos elementos, en especial, en la decoración grabada, permitiéndonos correlacionarlos con formas y elementos decorativos de la cultura La Candelaria, como así también ubicar,

[6] Cigliano, E. M.; Raffino, R. A. y Calandra H. A. "*Nuevos aportes para el conocimiento de las entidades alfareras más tempranas del N. W. argentino*". Relaciones de la Soc. Argentina de Antropología; T. VI; N. S. Buenos Aires 1972.

[7] Raffino, R. A. "*El Período Formativo en la Quebrada del Toro y borde puneño meridional de Salta*". Informe mecanografiado presentado al CONICET. Buenos Aires, 1972 b.

al menos en forma tentativa, al sitio Cerro La Aguada, en el 600 A.D. [8]. No sabemos aún con exactitud cuál es el concreto campo temporal de los sitios Cerro La Aguada y Tres Cruces,. pero sí que sus características, en especial su patrón de instalación, están definiendo una etapa cultural con mayores énfasis en la vida urbana que Las Cuevas II y Cerro El Dique, pero sin llegar al desarrollo de los sitios del Período Tardío.

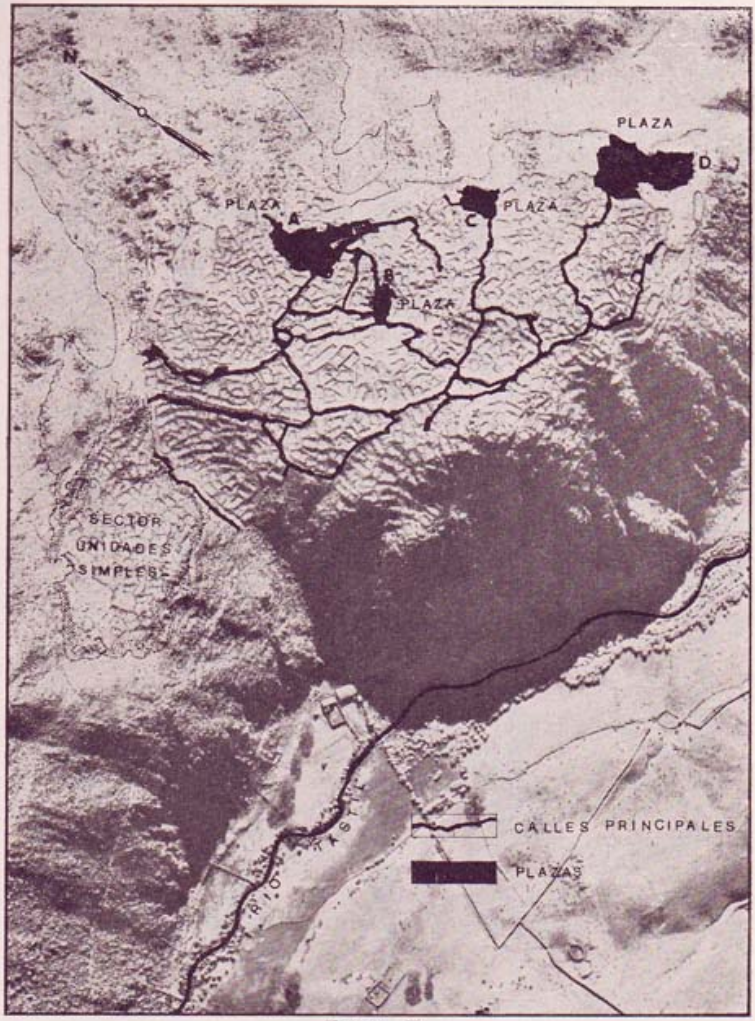


FIGURA II
Planta urbana de Tastil (aerofoto, E 1/3000)
diagrama de las calles y plazas.

[8] Para la ubicación tentativa de Cerro La Aguada, se ha tenido en cuenta, además de las inferencias de carácter cerológico, un fechado radiocarbónico obtenido por Menghin y Laguzzi en el yacimiento II del sitio Ampascachi. Menghin, O.F.A. y Laguzzi, J. C. "*Excavaciones en Ampascachi*" (Prov. de Salta). Anal. de Arq. y Etnol. Univ. Nac. de Cuyo; T. XXII; Mendoza, 1967.

EL CONCEPTO DE "CIUDAD" "CENTRO URBANO" EN TASTIL

"...Tastil actuó como centro o punto nuclear, convirtiéndose en un lugar de integración de aquellas agrupaciones humanas que, hasta entonces, se habían desarrollado dentro de sus específicas preocupaciones socioeconómicas, en los diferentes ambientes que luego van a constituir su área de influencia..." (Tastil, una ciudad preincaica Argentina).

El yacimiento de Tastil ocupa una extensión de 12 hectáreas, aproximadamente; esta superficie se halla cubierta por unidades de vivienda, habitaciones simples, complejas, cistas, tumbas, recintos, calles, adquiriendo un matiz particular por la accidentada topografía del sitio sobre el cual se ha emplazado la ciudad.

Para definir el tipo de instalación humana que corresponde a Tastil, nos hemos encontrado frente a una serie de dificultades, provenientes de los dispares criterios con que suelen sistematizarse, sobre todo a nivel arqueológico, las diferentes formas de asentamientos; así, por ejemplo, las categorías de *"ciudad"*, *"pueblo"*, *"pucará"* *"pueblo viejo"*, etc., han sido utilizadas respondiendo a opiniones estrictamente personales, siguiendo modelos estereotipados por la costumbre, en algunas ocasiones, o por arbitrarios criterios de valoración de los hechos, en otras, que suelen no estar de acuerdo con las funciones o categorías que los términos señalan o califican.

En principio, las características urbanísticas y sociales que se pueden apreciar en Tastil, hacen que se distinga de otras instalaciones de N. O. argentino.

Se trata de un agrupamiento de viviendas concentradas, de establecimiento permanente, donde por los restos obtenidos, se puede deducir la existencia de grupos sociales heterogéneos y una vida no agrícola, al menos por parte de un sector de la población.

La industria textil, la actividad comercial, relacionada con los grandes espacios que fueron utilizados para el desarrollo del "mercado", donde se habría operado el intercambio de los productos agrícolas de zonas aledañas (Pie de Paño, Potrero, Pie del Acay), de los cuales dependía la subsistencia de la población, nos sugieren actividades diferentes que merecen ser tenidas en cuenta para definir este tipo de establecimiento humano.

En nuestro caso específico utilizamos el trabajo de J. E. Hardoy (1964) [9], en el que señala diez rasgos típicos para caracterizar un tipo de instalación humana: la ciudad precolombina. Luego de un extenso y exhaustivo análisis, Hardoy tiene en cuenta diez criterios para definir una ciudad precolombina. estos criterios son:

1º) *"Extenso poblado para su época y región"*

Tastil ocupa un espacio de unas doce hectáreas; se halla construido sobre un pequeño cerro, suavemente ondulado, donde sobresalen pequeñas "colinas", algunas de ellas ocupadas por construcciones que poseen, en general, las características arquitectónicas propias de todo el sitio.

[9] Hardoy; J. E. *"Ciudades precolombinas"*. Ediciones Infinito. Buenos Aires, 1964.

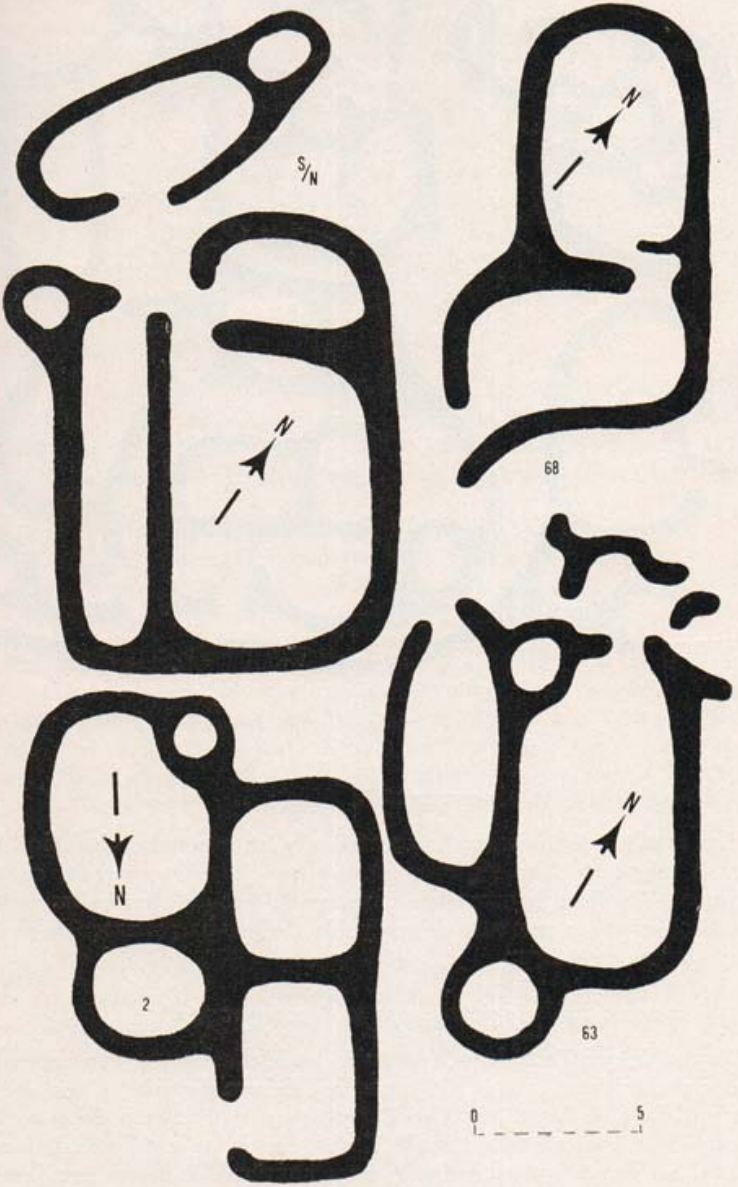


FIGURA III
Plantas de unidades habitacionales.

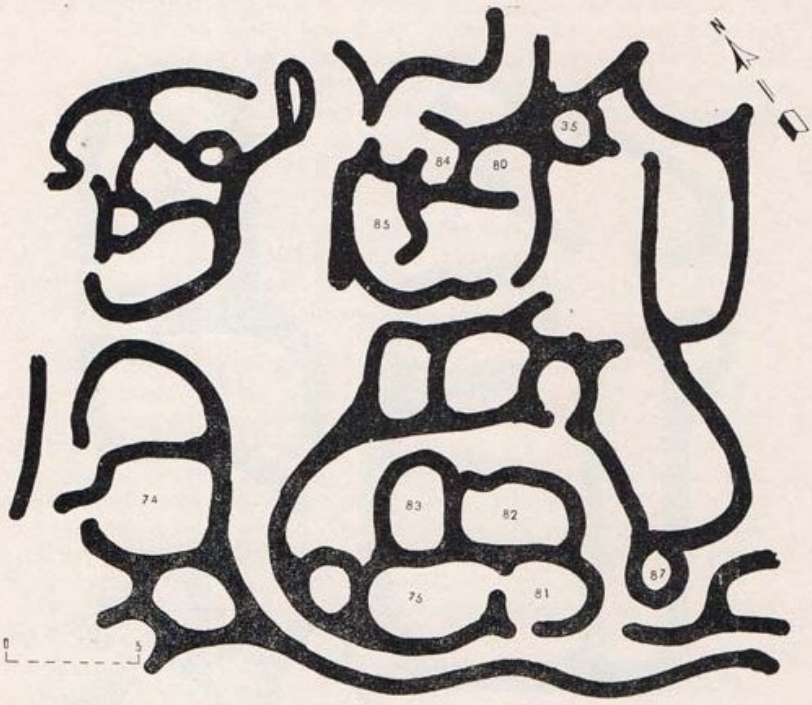


FIGURA IV
Plantas de unidades habitacionales.

2º) *"Un establecimiento permanente"*

Los estudios de los basurales excavados, y los resultados obtenidos de los fechados radiocarbónicos permiten probar que ha sido ocupada en forma permanente. También la ausencia de superposiciones de pisos en las viviendas excavadas, indican la presencia de una población que ha permanecido en forma ininterrumpida en el lugar.

3º) *"Con una densidad mínima para su época y región"*

Es posible que Tastil haya constituido una de las mayores concentraciones urbanas prehispánicas del N. O. argentino, en una superficie bien definida. Si bien el Valle de Santa María en Catamarca y la Quebrada de Humahuaca en Jujuy en el transcurso del Período Tardío, fueron las zonas más densamente pobladas, no presentan, sin embargo, concentraciones humanas que lleguen a tener las dimensiones, el número de viviendas y la densidad de población con vida urbana, que tuvo Tastil.

4º) *"Con construcciones urbanas y un trazado urbano indicado por calles y espacios urbanos reconocibles"*

Existen focos de radiación, donde es muy probable que dichos centros hayan actuado como puntos de expansión edilicia. Estos centros o focos de radiación se caracterizan por el tipo de unidades habitacionales complejas. Existe una zona periférica donde las viviendas son simples y donde no hay un trazado de calles como en el gran sector ocupacional. Las calles principales o vías de movilidad, en el núcleo principal, son perfectamente definibles y diferenciables de las calles secundarias o vías de acceso a las viviendas. En general, las vías de movilidad van a dar a los basurales de mayor tamaño y también a los grandes espacios: *"plazas"* o *"mercados"*. Si bien actualmente tienen un aspecto de grandes baldíos, éstos están ubicados en zonas estratégicas, en cuanto a las vías de acceso al sitio. Estos espacios están rodeados por muros ciegos y solamente son accesibles por las vías de movimiento principales.

5º) *"Un lugar donde la gente residía y trabajaba"*

Los elementos obtenidos en las diversas campañas permiten determinar la existencia de una industria que fue altamente desarrollada: la tejeduría. La variedad y calidad de los textiles plantea un capítulo que permite abrir un camino no basado en especulaciones, sino en una realidad evidente [10].

6º) *"Con un mínimo de funciones específicamente urbanas, como ser un mercado y/o centro político administrativo y/o un centro militar y/o centro religioso y/o un centro de actividad intelectual con las instituciones correspondientes"*

Vale la pena considerar nuevamente aquí, la existencia de los espacios abiertos que pudieron haber actuado como "mercados", sobre todo teniendo en cuenta que la Quebrada del Toro fue la vía de acceso inevitable para comunicar el Valle de Lerma con la Puna, actuando Tastil como un gran centro político administrativo, que pudo haber tenido conexión con la Quebrada de Humahuaca y el Valle Calchaquí, según se desprende del análisis ceramológico.

7º) *"Heterogeneidad y diferenciación jerárquica de la sociedad. Residencia de los grupos dirigentes"*

Existen dos tipos de agrupamientos bien definidos, donde los datos obtenidos nos certifican la contemporaneidad de los mismos; se trata fundamentalmente, de los dos tipos de viviendas, conformándose uno de los "barrios" externos con una estructura más modesta (habitaciones simples); además, los ajuares funerarios permiten remarcar la existencia de una diferenciación social. La Tumba número 1, con su gran cantidad de elementos que integran el ajuar funerario, se distingue, sobresaliendo de los otros enterratorios excavados, donde los elementos que los constituyen son de un número menor; además, se encuentra ubicada en un espacio de importancia cívica ,como lo es la plaza A.

[10] Nos referimos específicamente a: Perrot; D. S. de. *"Los textiles Tastileños"* (ined.). Tesis Doctoral presentada en la Fac. de Cienc. Nat. y Mus. Universidad Nacional de La Plata.



FIGURA V
Tastil, vista de una de las calles.



FIGURA VI
Tastil, vista del sector central.

8º) *"Un centro de economía urbana para su época y región cuya población dependía hasta cierto grado de la producción agrícola de gente que en forma total o parcial no vivía en la ciudad."*

En Tastil, como en otras ciudades de su categoría, están ausentes los canchones, cuadros y/o terrazas de cultivo; por lo tanto, esta población dependió en forma directa (bajo su administración) o indirecta, de zonas de producción agrícola que se hallaban, relativamente, próximas al sitio: Pie del Paño, Potrero, Pie del Acay, etc.

9º) *"Un centro de servicios para las localidades vecinas de irradiación de un esquema progresivo y de difusión de adelantos tecnológicos."*

La influencia de Tastil sobre otras poblaciones del ambiente donde actuó está de acuerdo con el desarrollo regional que oportunamente requirió de un centro urbano de este tipo, tal como lo indicáramos más arriba. En consecuencia, la prestación de servicios está implícita en los fundamentos de sus orígenes; y ellos pudieron corresponder, entre otras cosas, a la centralización de operaciones comerciales y de convergencia de ceremonias religiosas. Sin descartar la posibilidad de que algún tipo de alianza (político-militar) haya existido con otros grupos menores que hegemonizaba Tastil.

La calidad de los vínculos de dependencia de forma administrativa son, por el momento, difíciles de demostrar a través del análisis arqueológico. No obstante ello, y haciendo uso de las enormes posibilidades que ofrece la antropología cultural, se pueden inferir las estrechas vinculaciones existentes entre Tastil, Morohuasi y Puerta de Tastil, que también constituyen centros habitacionales, contemporáneos a Tastil, aunque de menor envergadura que el sitio que nos ocupa, pero de igual contexto cultural.

10º) *"Con una forma de vida urbana de vida distinta de una forma de vida rural o semirural para su época y región"*

Por lo tratado hasta aquí, con relación a los puntos anteriormente comentados de la sistematización que propone J. E. Hardoy, queda implíciatmente probada la forma de vida urbana que caracteriza a Tastil como una ciudad. Si no resulta una redundancia, diremos que aquí la vida de la población, o de gran parte de ella, no correspondería al tipo de vida rural o semirural que se desarrollaba a su alrededor.

FUNCIONABILIDAD DE LOS ELEMENTOS URBANOS

a) *Unidades habitacionales y vías de comunicación:*

Tastil configuró un núcleo urbano "con técnica tardía de "doble pared", plantas algo rectangulares y menos cuadrangulares con divisiones internas" [11], con trazados de calles principales longitudinales y secundarias o menores, estrechas, que sirven para comunicarse con las unidades habitacionales, ya

[11] Nuñez Atencio, L. *"Cambios de asentamientos humanos en la quebrada de Tarapacá-Norte de Chile"* (Esquema interdisciplinario). Serie de documentos de trabajos; nº 2. Programa de Arqueología y Museos. Univ. de Chile. Antofagasta, 1972.

que las vías principales de circulación están delimitadas por muros ciegos.

Las calles principales, en su mayoría, van a dar a grandes basurales, o a los espacios abiertos (plazas).

Se diferencian, observando la fotografía aérea, dos sectores de expansión, donde evidentemente, las estructuras habitacionales son más complejas. Estas unidades habitacionales están compuestas por más de un recinto (habitación principal, cocina, algunas con silos de almacenamiento, patio y cista familiar). Puede darse, a veces, el caso de un recinto específico para la molienda, formando parte de la unidad habitacional. En otros casos, estos recintos de molienda son comunales, presentando mayores dimensiones, en ellos se hallaron grandes cantidades de instrumentos para la molienda de cultígenos.

Un tercer sector del campo habitacional, más abierto que los dos anteriores, se halla en la zona N-NO., donde las viviendas están compuestas por unidades simples, sin relación con otro recinto. En este tercer sector el sistema constructivo es similar. Además no hay vías de desplazamiento de primera magnitud como en el sector principal de la ciudad.

b) *Plazas:*

Se encuentran "limitadas por muros ciegos de vivienda, en la parte sur, central y norte, grandes espacios abiertos, donde van a desembocar, la mayoría de las veces, calles principales. Estos espacios abiertos, que los denominamos plazas, se hallan ubicados, relativamente, cerca de la ladera del cerro que cae al río de Las Cuevas, que "..." es la que presenta un más difícil acceso al yacimiento".

"Estas plazas, que no obedecen a una forma geométrica regular, pudieron haberse utilizado como mercado y también para fines ceremoniales" [12].

c) *Cementerios:*

Existe en Tastil un perfecto ensamble entre la unidad habitacional y el entierro familiar. Cada vivienda compleja tiene adosada, exteriormente, un recinto, de planta circular, que corresponde a una cista con entierro de adultos con su ajuar funerario. Puede darse el caso de entierros de adultos en cistas, también de planta circular, en patios de viviendas. Los párvulos se encuentran, la mayoría de las veces, enterrados en cistas. Hay escasos hallazgos de entierros directos en patios o en ollas de tipo tosca alisada o peinada, sin decoración, que se encuentran en el interior de las viviendas.

Si lo comparamos con otros yacimientos, del mismo período, por ejemplo, del Valle de Santa María o Quebrada de Humahuaca, veremos que en Tastil es mínima la cantidad de párvulos enterrados, quedando entonces una dualidad bien evidente: hubo poca mortalidad infantil, o los restos no perduraron por ser la mayoría de ellos en entierros directos en tierra.

Uno de los problemas que nos quedó sin solucionar en Tastil fue la relación que pudo haber existido entre el sitio habitacional y un pequeño cementerio que se halló a un kilómetro de distancia, sobre la margen derecha del río de Tastil; donde los materiales extraídos como ajuar funerario corresponden, todos ellos, al Período Tardío.

[12] Cigliano, E. M. Raffino, R. A. y otros *"Tastil, una ciudad preincaica Argentina"*, 1973.



FIGURA VII
Tastil, plaza "C"

d) *Basurales:*

Tal como lo mencionáramos anteriormente, los basurales principales se hallan en las periferias de la ciudad y están conectados con las vías principales de circulación. Son de estructura monticular, de gran intensidad (1,80 m de espesor) y de tamaño considerable, lo que nos está indicando, por un lado, la estabilidad y continuidad del asentamiento, y por otro, que estos depósitos de basura estaban ubicados en lugares estratégicos en la ciudad.

PAUTAS DE LOS CENTROS DE PRODUCCION AGRICOLA

Estos sitios con canchones o terrazas de cultivo del Período Tardío son: Pie del Paño (550 hectáreas), Pie del Acay (200-250 hectáreas) y Potrero (100 hectáreas), es decir, que entre los tres sitios suman un total de 850 a 900 hectáreas. Estos centros de producción presentan un conjunto de rasgos comunes, a saber:

1º) Se encuentran emplazados en zonas gemorfológicamente aptas para la explotación agrícola con la técnica de *"pseudoirrigación artificial"* o *"irrigación con aguas de avenida"*; este es un sistema que podría considerarse como intermedio entre el *"a temporal"* y el de riego mediante la utilización de represas y canales empedrados. Se buscaron siempre los conos de deyección, terrazas o llanuras aluviales de poca pendiente (aproximadamente entre los 2 a 15%), ubicadas al amparo de serranías como las del

Chañi y del Acay, que ofrecían, con mayores probabilidades que otras zonas, una cierta seguridad en la magnitud mínima del potencial hidráulico anual, producido a consecuencia de los deshielos. Las precipitaciones pluviales se producían en forma de nieve o granizo sobre las alturas. Toda la actividad ligada con el regadío se basaba en la canalización de esos deshielos, desde los cerros hasta los cuadros de cultivo y, para ello, se utilizaban acequias o conductores que se diseminaban por la superficie.

2º) Para evitar la erosión o lavado de los suelos cultivados se construyeron paredes de piedra cuya función era la de nivelar las pendientes. De esta forma surgieron los *"canchones"* de cultivo, dispuestos irregularmente y en forma longitudinal al eje de la pendiente; son de grandes dimensiones, tienen entradas y salidas para el agua y se emplazan en las zonas de poca pendiente [13].

En los lugares con pendiente más pronunciada, y siempre a los efectos de nivelación, se construyeron las *"terrazas de cultivo"*; éstas se disponen en sentido transversal a la pendiente, son de menores dimensiones que los canchones; estando también presentes las entradas y salidas para el agua.

3º) Los centros de producción agrícola carecen de instalaciones habitacionales permanentes; los únicos indicios de éstas son unos pocos recintos con paredes de piedra de planta circular, a veces rectangular, diseminadas en las superficies explotadas, que demuestran, como resultado de las excavaciones, haber sido sólo puestos de ocupación transitoria, habitados ocasionalmente por los encargados de las tareas de laboreo y cuidado de la tierra.

4º) No se encuentran en ellos los elementos que, como los silos para almacenamiento, las manos de moler, morteros y afines, demostrarían que los cultivos eran procesados en el lugar. Esta negatividad en el registro arqueológico permite inferir que los productos de las cosechas eran inmediatamente transportados hacia los centros urbanos, donde eran procesados; apreciación que se encuentra reforzada por la existencia, dentro de los centros urbanos, de recintos específicos y gran cantidad de instrumental, funcionalmente vinculados con la molienda de cultígenos.

5º) Además, debemos considerar otros pequeños sitios que, como los canchones de Tastil y Morohuasi, pudieron haberse utilizado también para el cultivo. Se trata de recintos de forma cuadrangular emplazados en una zona con pendiente abrupta y sin señales de la existencia de agua. Su funcionabilidad no es muy evidente, de haberse utilizado como campos de cultivos el sistema empleado fue, seguramente, el *"a temporal"*.

DEMOGRAFÍA

En lo que concierne a la probable tasa demográfica de esta segunda parte del Período Tardío, los cálculos que aquí presentamos fueron obtenidos

[13] Estos conceptos han sido ya desarrollados en publicaciones anteriores (Raffino; 1972 a, 1973), de manera que en estas páginas nos limitaremos, a una rápida síntesis.



FIGURA VIII
Vista de un recinto para molienda (T-R.M. 89).

merced a la aplicación de tres mecanismos independientes. El primero de ellos consistió en tomar, con el auxilio de la fotografía aérea, y observaciones directas, el número de unidades habitacionales de dos de los centros urbanos, Tastil y Morohuasi [14], aproximadamente 440 unidades, las cuales pudieron albergar a otras tantas *"unidades domésticas"*; considerando a cada una de estas *"unidades domésticas"* integrada por 6 personas arribamos, como producto de estos dos parámetros, a la cifra mínima de 2.640 habitantes para Tastil y Morohuasi.

El segundo mecanismo para el cálculo de la demografía se obtuvo, tomando como punto de partida, el número de hectáreas cultivadas durante los siglos XIII, XIV y XV, y la productividad actual de esa misma tierra; la relación *"área cultivada demografía"* en los sitios Pie del Paño y en la Quebrada de Cachiñal (de La Costa) en la actualidad es de 2 a 2,5 habitantes por 1 hectárea [15] con la aplicación del sistema de cultivo con *"pseudoirrigación artificial"*. Sobre la base de las 900 hectáreas cultivadas aproximadamente durante la segunda parte del Período Tardío (nos referimos exclusivamente a la suma de hectáreas de Pie del Paño, Potrero y Pie del Acay), y la subsistencia actual, 2 a 2,5 habitantes por hectárea, arribamos a un coeficiente de 2.250 habitantes de subsistencia agrícola. Uno de nosotros abordó ya este problema [2], de manera que no será desarrollado en estas páginas. Queda por sintetizar pues, que ambos cálculos, el estrictamente arqueológico por un lado, y el de la proyección del ecosistema actual por el otro, arrojan cifras

[14] Debido a su mal estado de conservación, Puerta de Tastil no ha podido ser investigado intensivamente, de manera que no fue considerado para la reconstrucción demográfica, aunque sí lo fue para el análisis cultural.

[15] Esta relación de *"área cultivada-demografía"* ha sido obtenida sobre la base de la actual producción de cultígenos como papa-maíz-leguminosas (arveja, haba y porotos) (Raffino; 1973).

similares: la población mínima total para el ambiente de la Quebrada del Toro durante la segunda mitad del Período Tardío pudo ser de 2.640 a 3.000 habitantes, de los cuales, unos 2.250 representan, idealmente, el número de habitantes que la explotación agrícola podía sustentar. El total de la población, los 2.640 a 3.000 habitantes, son el producto de todas las fuentes económicas; es decir, la incorporación, a la agricultura, de los recursos extra-agrícolas, como la cría de la llama, la caza y la recolección.

En lo que concierne al particular caso de Tastil, uno de nosotros (Ciglia-no, op. cit., 1973) ha intentado la práctica de un tercer mecanismo para obtener una estimación de la densidad de población. El punto de partida recayó también en el análisis de la fotografía aérea (E: 1/3.000), el cual permitió contabilizar un total de 336 tumbas (cistas); sobre la hipótesis que esas 336 tumbas correspondan a igual cantidad de *"unidades domésticas"*, –las cistas de Tastil se encuentran relacionadas en las unidades habitacionales–, y, por otra parte, considerando a cada *"unidad doméstica"* compuesta por 6 personas [16], surge, un producto total de 2.016 habitantes para la planta urbana. Además fueron contabilizados en el terreno, y con la fotografía aérea, 1.114 recintos, que relacionados con las 336 tumbas (cistas) familiares e igual número de *"unidades domésticas"*, nos da un promedio de 3,3 recintos por familia; considerando en esta relación a las unidades simples y complejas.

Tumbas	*Recintos*	*Unid. Habit.*	*Relac. Rto. Unid. Hab.*	*Unid. Domes.*	*Poblac. Urbana*
336	1114	336	1-3,3	6	2016

CUADRO 1. *Demografía de Tastil*

Quedan entonces planteados los resultados tentativos sobre la demografía del ambiente ecológico de la Quebrada del Toro y de Tastil; obtenidos a partir de tres mecanismos diferentes, que arriban a resultados similares. El número de 3.000 habitantes es el que más puede aproximarse a la realidad del siglo XIV, de éstos, los 2.016 habitantes de Tastil representarían casi un 70 % de la población [17].

Con relación a la cifra obtenida a partir del análisis del ecosistema actual: *"área cultivada-demografía"*, ella es suceptible de ser modificada; esto sucederá cuando podamos conocer la aleatoriedad de ciertas variables, como el

[16] Para la obtención de 6 personas por *"unidad doméstica"* se tuvieron en cuenta los trabajos de Kubler (1946), Rowe (1946), Cook y Simpson (1948), Borah y Cook (1960), Hadden (1967) Palma (1972) y los núcleos familiares de las poblaciones actuales del ambiente.

[17] La falta de datos precisos sobre Puerta de Tastil no alteraría mucho las cifras de la demografía, debido a que es el más pequeño de los tres centros urbanos, aproximadamente la mitad de Morohuasi, según Boman (1908). Si consideráramos idealmente a Puerta de Tastil, las estimaciones demográficas podrían ser aumentadas en un 10 % a 15 % aproximadamente.

clima y la posible disminución del potencial hidráulico entre el Período Tardío y la actualidad.

DINÁMICA Y FUNCIÓN DEL ECOSISTEMA

El empleo del término *"Ecosistema"* o *"Sistema ecológico cultural"*, ha sido efectuado por uno de nosotros (Raffino; 1973), obedece a una proyec-

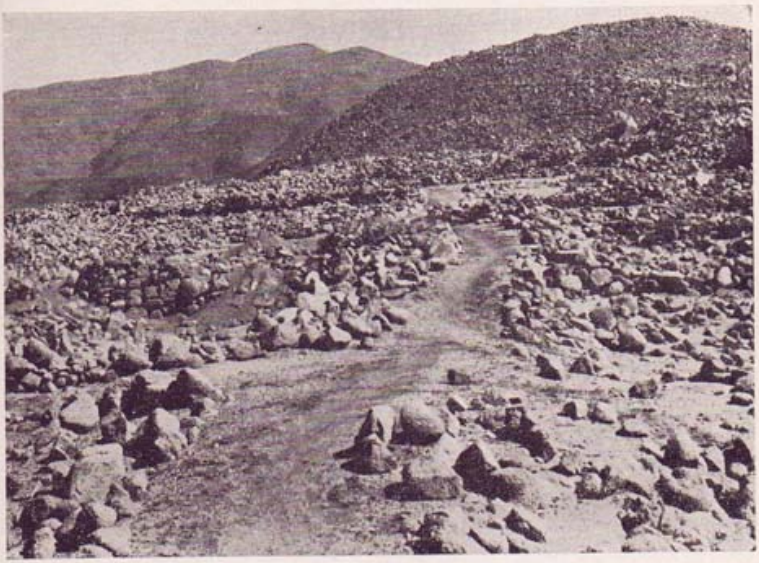


FIGURA IX
Vista de la calle "1"



FIGURA X
Interior de un recinto de molienda.

Fecha (C_{14})	*Centro Urbano*	*Unid. Habit.*	*Unid. Domest.*	*Pobl. Urban.*	*Sitio Cultiv.*	*Area Cult.*	*Pobl. Agric.*	*Pobl. Min. TOTAL*
1439 ± 41								
	Puerta Tastil				P. Paño	550	1800	2640
1396 ± 43	Morohuasi	110	6	660	P. Acay	200–250	a	a
1362 ± 73	Tastil	330	6	1980	Potrero	100	2250	3000
1349 ± 41								
1336 ± 50								

Cuadro 2, *Demografía de la segunda mitad del Período Tardío en el ambiente ecológico de la Quebrada del Toro.* (Los fechados radiocarbónicos fueron registrados por J. C. Lerman, Laboratorio de Groningen, Holanda). Los fechados de C_{14} corresponden todos al yacimiento Tastil.

ción de lo que esta palabra implica dentro del campo de la biología. En nuestro caso *"Ecosistema"* indica el fenómeno de los contactos, estímulos, respuestas e interacciones de un grupo, comunidad, o sociedad humana entre sí y con el medio ambiente. Para el ambiente ecológico de la Quebrada del Toro, las bases del *"Ecosistema"* están dadas, en esta segunda parte del Período Tardío, por la presencia de un centro urbano, Tastil, emplazado estratégicamente en la confluencia de dos quebradas y dominando el paso obligado de las comunicaciones entre los valles Calchaquíes y el altiplano. Sobre este centro urbano se pudieron concentrar los poderes políticos y administrativos. Debió de comportarse como un centro de consumo, regulador y comercial de los elementos obtenidos de los sitios específicos de explotación agrícola, Pie del Acay, Pie del Paño y Potrero. Los sitios agrícolas, a su vez, se comportarían, dentro del *"Ecosistema"*, como lugares o centros de producción satélites a Tastil, su emplazamiento no obedecía a razones de índole estratégica, como Tastil, sino que aquí primaban otros factores, como la geomorfología y el potencial hidráulico, que impusieron esta separación espacial con relación a Tastil.

Morohuasi y Puerta de Tastil presentarían, en términos generales, análoga mecánica que Tastil, es decir, también son centros urbanos consumidores; sólo que en ellos, los rasgos arqueológicos indican una menor densidad de población y un inferior énfasis urbano. Creemos al respecto, que Morohuasi y Puerta de Tastil fueron emplazamientos también estratégicos (al igual que Tastil se encuentran ubicados en las confluencias de quebradas), de menor imporancia y creados con posterioridad a Tastil, planeados de tal forma que su funcionamiento dependía del centro político administrativo. El rol de cada uno de ellos pudo ser semejante; Morohuasi se encontraba a mitad de camino entre Tastil y el sitio más grande de producción agrícola: Pie del Paño. Puerta de Tastil, por otra parte, se encuentra ubicado en la confluencia de las quebradas del Toro y de Las Cuevas, dominando el paso entre Tastil y el Valle de Lerma.

Esta mecánica determinó, a su vez, que Tastil sufriera una abrumadora concentración de población, lo que le trajo aparejado una serie de dificultades de índole urbana que debió resolver. Su crecimiento como centro urbano fue de carácter centrífugo, podemos demostrar que el verdadero aglutinamiento de construcciones se produce en el centro de la población y que sobre el sector N-NO se extiende un verdadero suburbio con menor intensidad en la aglutinación de las construcciones, que correspondería a la expansión de la población. Los problemas de índole urbana que provocó la explosión demográfica son también detectables a nivel arqueológico, por ejemplo la superposición de elementos morfológica y funcionalmente distintos; como basurales sobre tumbas, habitaciones sobre basurales, basurales en las callejuelas, e incluso problemas del ritual, como la sucesivas inhumaciones de individuos dentro de una misma cista o tumba. Todos ellos indican la tremenda dificultad urbana que significó el aumento intenso de la población. Además las cistas que se encuentran separadas del campo habitacional pudieron corresponder a un momento en que la saturación de éste determinó la separación del campo de los muertos del de los vivos, modificando el ritual.

No obstante todas estas modificaciones impuestas por el desequilibrio

espacio-población, algunos sectores del centro urbano, como por ejemplo las "plazas A y B", ubicadas en el núcleo de la instalación, no fueron tocadas; este detalle es fundamental, confirmando la verdadera naturaleza que estos "espacio vacíos" desempeñaron, y se trató de una función vital en la actividad de Tastil, indudablemente fue el mercado o centro cívico; es decir el lugar donde se cristalizaba el verdadero rol administrativo y comercial que Tastil asumía dentro del Ecosistema.

En cierta forma, el funcionamiento de la sociedad que Tastil planteó, en relación a sus centros de producción y demás núcleos urbanos, representa un ejemplo, arqueológicamente demostrable, de un caso de *"adaptación vertical"* de la cultura andina, planteado en forma clara por J. Murra [18]. El "control vertical" de varios *"pisos ecológicos"* o *"islas"* configurarían un verdadero *"archipiélago"*. Concretamente la adaptación de Tastil guarda similares delineamientos que el primer caso de adaptación planteado por Murra, "Etnías pequeñas poblando Chaupiwaranca, en la zona más alta del Marañón y del Huallaga". Este caso de control vertical ofrece, para Murra, los siguientes rasgos: núcleos de población de 500 a 3.000 unidades domésticas, de 3.000 a 18.000 habitantes, donde se concentraba el poder y era, a la vez, centro de producción de alimentos.

> "Sus zonas periféricas eran pobladas de manera permanente por asentamientos ubicados tanto por encima como por debajo del núcleo...". "...estas colonias periféricas no se aventuraban más allá de tres o cuatro días del núcleo...". "...Estos asenatmientos periféricos eran multiétnicos..." (Op. cit.; 437).

El control de *"pisos ecológicos"* del primer caso de Murra, tiene como centro el núcleo serrano, a 3.000-3.200 metros, con énfasis en la explotación del maíz y los tubérculos, la periferia está definida por dos *"pisos"* ubicados por encima y debajo de este núcleo: el de la puna, a más de 4.000 metros, que proporcionó la sal y el pastoreo, y el de la montaña, a menos de 3.000 metros, que permitía la obtención del algodón, ají, madera y coca.

En nuestro caso, Tastil desarrolló durante su vida cultural, una adaptación sobre tres *"pisos ecológicos"* o *"islas"*; y de los cuales era el centro de influencia.

1. El Valle de Lerma y sector meridional de la Quebrada del Toro, sobre una altura media de 1.500 metros, y separados a más de un día de marcha de Tastil, proveía productos como madera, porotos, achira, ají, aves, entre otros. Este era un sector o *"piso"* periférico que formaba parte de su esfera de influencia.
2. El ámbito de las cabeceras de valles y quebradas; con los sitios

[18] El trabajo de J. Murra, *"El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas"*, fue inspirado por fuentes históricas. El testimonio parte de la "Visita a la provincia de León de Huánuco por Iñigo Ortiz de Zuñiga". Vale la pena notar que entre el primer caso de control vertical de un máximo de pisos ecológicos para una región del centro nuclear andino en el S. XVI, y el caso basado sobre una metodología arqueológica que planteamos nosotros, para la Quebrada del Toro en los S. XIII, XIV y XV existen, no obstante las diferencias témporo-espaciales, notables convergencias en los patrones de asimilación de los pisos ecológicos.

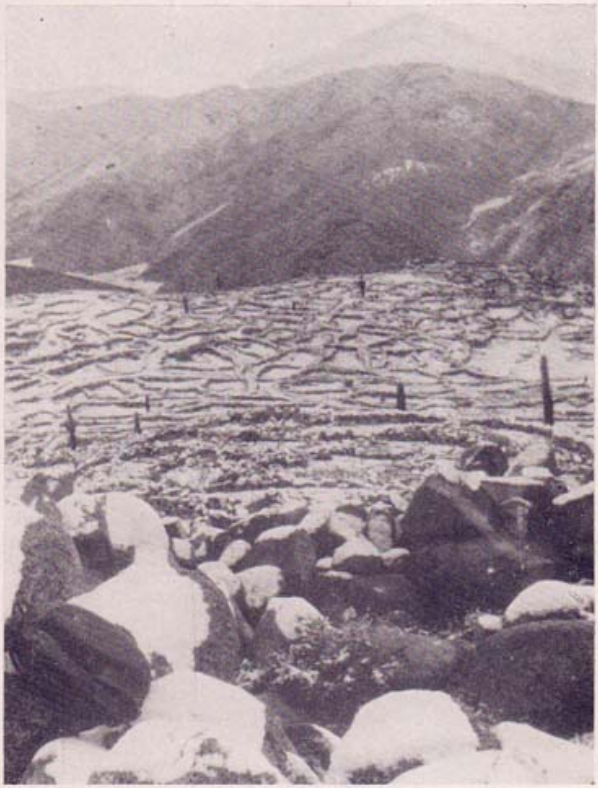


FIGURA XI
Tastil, vista del sector Este, bajo la nieve.

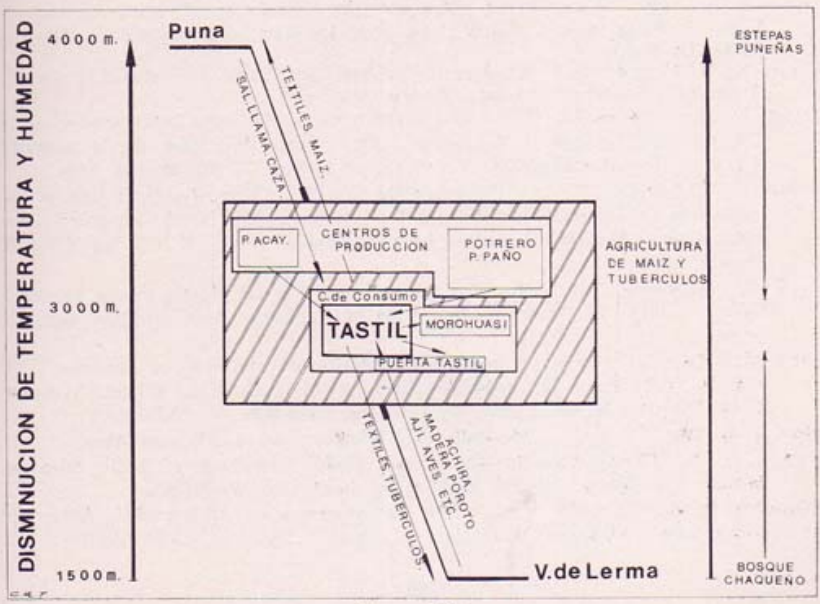


FIGURA XII
Diagrama del control vertical.

agrícolas Pie del Paño, Potrero y Pie del Acay, y los centros urbanos de Morohuasi y Puerta de Tastil, separados a menos de un día de marcha de Tastil; entre los 2.500 a 3.500 metros. Aquí existía una dependencia mucho más intensa, que constituyó la base de su economía.

3. El altiplano puneño, ubicado a más de 4.000 metros y sobre un relieve de puna, separado a más de un día de marcha; le proporcionaba sal, el pastoreo y captura de la llama, la alpaca y la vicuña. Estos animales proporcionaban la materia prima para la floreciente industria textil, en especial la lana de la llama, la cual además, fue un elemento fundamental para el transporte.

En control del primer y tercer *"piso"* fue, indudablemente compartido con los grupos de la puna, de la Quebrada de Humahuaca, del Valle de Lerma, y por lo tanto, de carácter multiétnico. El control del segundo *"piso"* o *"isla"*, pudo haber sido monoétnico, tenía por objetivo la explotación agrícola; proporcionándole a Tastil el mayor caudal económico, que le permitía afrontar la expansión centrífuga.

Museo de La Plata, diciembre de 1972.

BIBLIOGRAFÍA

Boman, Eric. 1903. "Antiquités de la Région Andine en la République Argentine et du désèrt d'Atacama" Paris.

Borah, W. y Cook, S. F. 1960. "The population of central México in 1548". Ibero-Americana 43. University of California Press; Berkeley and Los Angeles.

Cigliano, E. M. 1962. (Director de publicación) "El Ampajanguense" Fac. de Fil. y Let. Inst. de Antropología; nº 5. Rosario.

Cigliano, E. M. 1968. "Sobre algunos restos vegetales hallados en el yacimiento arqueológico de Santa Rosa de Tastil". Rev. Mus. La Plata, Antropología, T. VII; pp. 15-23. La Plata.

Cigliano, E. M. y otros. 1973. (Director de publicación) "Tastil, una ciudad preincaica Argentina". Ediciones Cabargón. Buenos Aires.

Cigliano, E. M. y Calandra, H. A. 1971. "En torno a dos sitios precerámicos en el Departamento de Rosario de Lerma". Prov. Salta. Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología. T. V. (N.S); nº 2; pp. 153-162. Buenos Aires.

Cigliano, E. M. Raffino, R. A. y Calandra, H. A. 1972. "Nuevos aportes para el conocimiento de las entidades alfareras más tempranas del N. W. argentino". Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología. T. VI (N.S.); pp. 225-236. Buenos Aires.

Cook, S. F. y Simpson, L. B. 1948. "The population of Central México in the Sexteenth Century". Ibero-Americana 31. University of California Press. Berkeley and Los Angeles.

Hadden, G. 1967. "Un ensayo de demografía histórica de etnología en Huánuco". Visita de la Provincia de León de Huánuco. Iñigo Ortiz de Zuñiga, Visitador. Univ. Herminio Valdizan. Fac. de Letras y Educación. T. I. Huánuco.

Hardoy, J. E. 1964. "Ciudades precolombinas". Ediciones Infinito. Buenos Aires.

Kubley, G. 1946. "The Quechua in the Colonial Wold". Handbook of South American Indians. Vol. 2; pp. 330-409. Smithsonian Institution. Washington.

Menghin, O. F. A. y Laguzzi, J. C. 1967. "Excavaciones en Ampascachi". Anales de Arqueología y Etnología; Univ. Nac. de Cuyo. T. XXII; pp. 13-34. Mendoza.

MURRA, J. V. 1972. "El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas". Universidad Herminio Valdizán. T. II. Huánuco.

NUÑEZ ATENCIO, L. 1972. "Cambios de asentamientos humanos en la Quebrada de Tarapacá-Norte de Chile". (Esquema interdisciplinario). Serie de documentos de trabajos; nº 2. Programa de Arqueología y Museos. Univ. de Chile. Antofagasta.

PALMA, N. H. 1972. "Transfiguraciones antropológicas de la Puna Argentina". Revista de Museo de La Plata; Antropología. T. VII; pp. 239-296. La Plata.

PERROT, D. S. de "Los textiles tastileños" Tesis doctoral. La Plata.

RAFFINO, R. A. 1972. "Las sociedades agrícolas del Período Tardío en la Quebrada del a) Toro y aledaños". Rev. Museo La Plata; Antropología; T. VII; pp. 157-210. La Plata.

RAFFINO, R. A. 1972. "El Período Formativo en la Quebrada del Toro y borde puneño b) meridional de Salta". Informe mecanografiado presentado al CONICET. Buenos Aires.

RAFFINO, R. A. 1972. "Etnohistoria y Arqueología de la Quebrada del Toro, Salta. Ar- c) gentina". "La expedición española de Diego de Rojas al N. W. argentino y sus derivaciones hacia los estudios arqueológicos". AMPURIAS. Barcelona (en prensa).

RAFFINO, R. A. 1973. "Agricultura hidráulica y simbiosis económica-demográfica en la Quebrada del Toro, Salta. Argentina". Revista del Museo de La Plata; Antropología; T. VII. La Plata.

ROWE, J. H. 1946. "Inca culture at the time of the Spanish conquest". Handbook of South American Indians. Vol. 2; pp. 183-330. Smithsonian Institution. Washington.

IKAT EN TASTIL, PROVINCIA DE SALTA

Diana Susana Rolandi de Perrot

El ikat es un método de teñido en negativo que se realiza únicamente en los hilos, antes de ser tejida la tela, o en hilos sueltos. Las partes que se desean conservar en el color original se cubren con algún material, luego se sumergen los hilos en el tinte deseado, y las partes descubiertas son las que adquieren el teñido.

Es una palabra de origen malayo, que forma la desinencia de la palabra "mengikat", que significa "atar, anudar o enrollar alrededor de algo". Algunos autores lo han llamado "jaspeado".

Su extensión geográfica es bastante amplia, y todavía no está bien establecida, ya que de muchas zonas falta información. Se lo ha encontrado en Indonesia, Turquía, Persia, Afganistán, Japón, India y otras zonas de Asia Oriental y Occidental, Africa (Madagascar, Nigeria, Lagos), y América. De todas las áreas en que aparece el ikat en el Viejo Mundo, la más arcaica es la región oriental de Indonesia.

En América actualmente persiste en México, Guatemala, Ecuador, probablemente se conserve en algunas zonas del Perú y Bolivia, en Chile y en la Argentina. En esta última entre los araucanos y según Nardi y Chertudi es conocido entre los criollos y mestizos de la región cuyana, N. O. y Centro. Ya hay datos de 1927 en que dicen haber visto ikat en Perú, Bolivia y en la Argentina, desde el Norte hasta la región patagónica. Mencionan haberlo observado en Catamarca, Mendoza y en la puna peruana.

Podemos afirmar que no es posible establecer con certeza dónde y cuándo se originó el ikat. Es sin embargo cierto, que los ikats de urdimbre son las formas más viejas de este tipo.

Arqueológicamente el ikat es una técnica que no ha sido hallada frecuentemente. No hay piezas que estén asociadas claramente a un contexto y fechadas radiocarbónicamente.

King nos dice que realizó un estudio de los textiles de la costa central y meridional del Perú, depositados en museos de dicho país, y no halló ejemplos de ikat y dice que no existen, hasta ahora, ejemplos que provengan de sitios de más al sur que Pachacamac, en la costa central. Sólo un pequeño número de

ikats peruanos, anteriores a la conquista, pueden ser localizados en museos de ese país y en el extranjero, y la gran mayoría de éstos provienen de la costa norte. (King, 1958: 3).

Bird mismo se extraña de este hecho y nos comenta que de la distribución sudamericana actual de ikats, Chile central y meridional, Bolivia, Norte del Perú y Ecuador, uno esperaría encontrar más ejemplos de los tiempos prehispánicos que lo que actualmente aparecen. Solo unos, muy pocos, han sido coleccionados. muchos dentro del área Chimú, y ninguno es más antiguo que la cerámica Tiahuanaco costera tardía. Esto y otras razones sugieren que fue introducido más tarde e independiente del "plangi". (Bird, 1960: 285). Además para Bird el ikat, en el Perú, parece indicar una técnica introducida que no fue completamente entendida o dominada para los peruanos.

Otros autores opinan que aunque el trabajo de ikat no fue hecho durante mucho tiempo en el Perú, es posible que el conocimiento de éste se difundiera desde aquí a otros centros.

En cambio King difiere de esta opinión y piensa que quizás el ikat fue introducido al Perú desde México y América Central y de allí se explicaría la concentración de ejemplos peruanos en la costa norte. (King, op. cit.: 3). Pero ahora, con estos hallazgos en el N.O. argentino, habría que investigar más profundamente qué ocurrió en las zonas intermedias, entre la costa norte del Perú y N.O. argentino.

En Tastil hemos efectuado unos pocos pero importantes hallazgos de hilos teñidos en ikat. Los hilos encontrados no fueron usados, aparentemente, como elementos de urdimbre ni de trama. En un solo caso encontramos un hilo teñido en ikat que fue utilizado en una tela. Lo emplearon para realizar un punto sobre hilado, sobre una costura en punto de aguja (fragmento Nº 1.040, tumba 1). Los restantes hilos, generalmente todos gruesos, los hallamos sueltos, sin participar en ninguna composición tejida.

Encontramos un grupo de hilos, anudados en un extremo, que estaba fragmentado. Son hilos gruesos, de tres cabos dobles, hilados en dirección Z. torsión en S, retorsión en Z. Están teñidos de azul, siendo el color base arena. Las distancias dadas al teñido en azul son variables, pero siempre son más largas las partes azules que la base arena.

Uno solo de los hilos obtenidos tenía el ikat ejecutado en color castaño oscuro sobre una base castaño claro. El fragmento mide 7,5 cm y está formado por un hilo de tres cabos dobles, hilado en Z. torsión en S. retorsión en Z; siendo la tensión del hilado fuerte. En Perú el ikat arqueológico fue hecho siempre sobre hilos de urdimbre solamente. En cambio en Asia se lo usó también en los hilos de trama así como en América Central después de la conquista española.

King dice que los ikats peruanos que se han publicado son de algodón aunque menciona uno hecho en lana de color rojo y blanco; además agrega que la mayoría son básicamente castaño y blanco, aunque añade que a algunos se le ha agregado azul y/o rojo. (King, op. cit.: 1). Pero hasta ahora no se encontraron ikats en Perú, en que se hayan empleado más de dos colores, aparte de la base.

En la distribución mundial de ikat, hay escasas formas de éste donde el color índigo no es usado, y es altamente significativo que su uso está particu-

larmente extendido en regiones donde el hilo está teñido una sola vez, es decir donde la técnica sobrevive en una forma arcaica, particular u original, por ejemplo en Indonesia oriental, Sudán, México, Guatemala y Ecuador.

Como conclusión de todo lo dicho debemos destacar algunos hechos: en Tastil se hallaron escasos fragmentos en técnica de ikat, todos corresponden a cuerdas que no fueron empleadas, aparentemente, en la ejecución de las telas. Todas están confeccionadas en lana. Hay un predominio en el uso de color azul en forma evidente. No están prolijamente realizados, ya que los hilos no se hallan teñidos en forma pareja.

Suponemos que esta técnica ha llegado desde la zona andina, de igual forma que a los araucanos; pero no hemos podido obtener datos sobre hallazgos arqueológicos en el Norte de Chile, Sur peruano y Bolivia. Debemos esperar nuevos aportes para poder precisar más afirmativamente su procedencia.

Lo importante, y es por ello que lo damos a conocer en forma aislada, es el hecho de que estos hallazgos por primera vez los podemos asociar a un contexto determinado, como es el de Tastil, y ubicarlo dentro del período Tardío, previo al impacto incaico, y con fechados radiocarbónicos que lo ubica entre el 1336 al 1439 A. D., que señalan el período de desarrollo de la población tastileña.

BIBLIOGRAFÍA

Bennett, W. y Bird, J. 1960. Andean Culture History. Handbook Series Nº 15. American Museum of Natural History. U.S.A.

Birrell, Verla. 1959. The Textile Arts. Harper & Row Publishers. U.S.A.

Bühler, A. y Steinmann, A. 1942. Ikats. Ciba Review, Nº 44. Basle.

Burgos, F. y Catullo, M. 1927. Tejidos incaicos y criollos. Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, Talleres de la Penitenciaría Nacional. Buenos Aires.

Chertudi, S. y Nardi, R. 1961. Tejidos araucanos de la Argentina. Cuadernos del Instituto Nacional de Investigaciones Folklóricas, Nº 2. Buenos Aires.

Harcourt, Raoul D'. 1962. Textiles of Ancient Peru and their Techniques. Ed. Denny y Osborne. University of Washington Press. U.S.A.

King, Mary Elizabeth. 1958. A New Type Of Peruvian Ikat. Workshop Notes, Paper Nº 17. The Textile Museum. Washington.

Rolandi de Perrot, Diana S. 1973. Capítulo "Textiles", en "Tastil, una ciudad preincaica argentina". Ed. Cabargón.

LAS PICTOGRAFÍAS DE ABRA DE LAGUNAS (DTO. DE RINCONADA, PROV. DE JUJUY)

Norberto Pelissero

INTRODUCCIÓN

En octubre de 1971, realicé un viaje de prospección a la Puna jujeña, con el fin de hacer una inspección del estado de los yacimientos prehistórico-antropológicos de la subárea, con el fin de elevar esa información a las autoridades de nuestra Facultad y de la Provincia con miras a obtener mayor protección para las mismas, sometidas a continua depredación a manos de los traficantes en artículos arqueológicos. Esa tarea estuvo dirigida por el Director del Museo Arqueológico, Dr. Eduardo Casanova.

Fue así que llegué hasta el paraje denominado Abra de Lagunas sobre las laderas del lado NO, denominado Sol de Tarde (porque es el lado que el Sol poniente ilumina, de acuerdo con la usanza de los lugareños), para recorrer el yacimiento arqueológico que escribe Boman (Boman, 1908) en su clásica obra sobre esa región, ubicada aproximadamente a los 66° 23' O y 22° 27' S, de acuerdo a los datos de la Hoja 2366, La Quiaca, del I.G.M., en el Dto. de Rinconada, sobre las últimas estribaciones del cerro Orosmayo de 4793 m sobre el nivel del mar (foto 1).

Geológicamente podemos ubicar la zona dentro de lo que Turner ha identificado y descrito como Formación Acoyte, cuyo Ordovícico estaría representado por "los sedimentos... del tipo limonítico". Además "En varias localidades, como ser al N de Cusi-Cusi, el complejo está revestido uniformemente por una costra más o menos coloreada intensamente. En otras ocasiones... la meteorización ha transformado el material arcilloso en una masa esponjosa, de color amarillento rojizo y aún blanquecino, según su grado de alteración". (Turner, 1972).

En la planicie que se extiende al pie de estas laderas se encuentran esparcidos gran cantidad de bloques rocosos de inmenso volumen (uno de ellos sirve de abrigo techado para un corral para ovinos y caprinos) (foto 2), desprendidos del potente complejo, cuyo espesor "se estima en 3000 m", (Turner, op. cit.). Uno de estos bloques está asentado directamente al pie de los restos de

las "chullpas" (foto 3) construidas en los abrigos naturales; en ellos la desfoliación esferoidal ha ido redondeando sus contornos, a la vez que reduciendo su masa, muy grande aún, y la erosión eólica ayudada por la abrasión obrada por la arena en movimiento los ha desgastado en la parte inferior favoreciendo la reducción del perímetro basal, hasta constituir un abrigo natural.

Es en este lugar donde los desaparecidos aborígenes han aprovechado la superficie más o menos regular para realizar sus manifestaciones pictóricas utilizando los colores rojo, blanco, verde y negro. En general los motivos están concentrados en una zona que está a 1 m más o menos del suelo, y desgraciadamente éstos están bastante mal conservados, ya que la misma abrasión que ha labrado el abrigo también ha trabajado borrando el color, hasta hacer que algunos motivos se pierdan dentro de poco totalmente. Es por esta razón que los doy a conocer en esta oportunidad.

El yacimiento Abra de Lagunas está ubicado entre el valle del río Orosmayo y el paraje denominado Tiomayo sobre el camino que lleva a Cusi-Cusi y a unos 100 km al O de la localidad de Abra Pampa, por el camino que va a Mina Pirquitas [1].

Las Pictografías.

En un espacio de alrededor de 2 m², están pintados los motivos; son pocos y de reducido tamaño.

Concentración 1.

La primera concentración de motivos (foto 4) podemos desdoblarla en dos: 1 – serie de bastoncillos alineados en posición vertical subparalela; toda la serie de 26 bastoncillos fue pintada horizontalmente; no todos son iguales, los del extremo izquierdo de la serie están realizados con trazo discontinuo, casi vacilante, de arriba hacia abajo, mientras que a medida que avanzamos hacia la derecha, los de más al centro se hacen más firmes en el trazado y notorios a la vista; pero los del extremo derecho adquieren la misma apariencia de los de la izquierda. Claro que el hecho de haberlos descripto en sentido izquierdo-derecho no significa que supongamos que ése ha sido el sentido en que fueron pintados por el autor; a pesar de esta diferencia, todos están pintados con el mismo color rojo-violáceo claro y se utilizó una pintura muy fluida a juzgar por el poco espesor de la materia y por su efecto de transparencia que permite distinguir a través la textura de la roca de base; 2 – debajo de la serie anterior y subparalelamente a la misma, y a unos 25 cm de distancia, encontramos la otra serie compuesta por 4 representaciones zoomorfas, mal conservadas porque se han desprendido trozos que interesaron a los dos de más a la derecha. El color es el mismo de la serie de bastoncillos, igual también la materia utilizada. La concepción de los motivos es muy esquemática, tanto que parecería no haber sido empleado ningún instrumento intermediario (pincel, escobilla, etc.) para trazarlos, más bien, y esto vale también para la primera serie de bastoncillos, parecen haber sido pintados con el dedo, técnica

[1] Aprovecho esta oportunidad para agradecer la ayuda y las atenciones que la Sociedad Minera Pirquitas, me ha dispensado en varios de mis viajes por la región.

que a lo sumo permite esbozar los rasgos fundamentales de la figura representada (cuerpo, patas, cuello, cabeza).

No existe ningún nexo entre ambas series (bastoncillos y zoomorfos) salvo el empleo del mismo color y la misma materia, al parecer (faltan análisis), óxido de hierro.

Concentración 2.

Más hacia la derecha en el panel general encontramos otras dos series de bastoncillos, la superior de 42 y la inferior de 15 que se bifurcan. Toda esta concentración (foto 5) también presenta la misma coloración que la anterior; 1 — en la serie superior de bastoncillos subparalelos, vemos que la técnica empleada es la misma que en la anterior concentración, con la diferencia de que hacia el centro hay dos bastoncillos que tienen una bifurcación hacia abajo a partir de la mitad de su longitud (representación esquemática de la figura humana?), 2 — en la serie inferior que se separa de la superior hacia abajo a la derecha vemos que los bastoncillos 11, 12, 13 y 14 están unidos por una mancha de pintura por la parte superior que parece como si el autor, habiendo arrojado la pintura fresca contra la pared hubiera hecho impacto casualmente en ese lugar; el hecho de que la pintura haya sido arrojada se nota claramente por las huellas de salpicaduras existentes, 3 — debajo del extremo izquierdo de la primera serie de bastoncillos se ha pintado, aisladamente, y en actitud de espera o de curiosidad un animal de cuerpo oval, patas delgadas y cuello largo tendido hacia adelante, 4 — el último grupo de esta segunda concentración, está integrado por 7 figuras de mayor volumen, el mismo color, de las cuales dos de las de más abajo parecen representaciones antropomorfas muy esquemáticas e incompletas que parecerían derivar, temáticamente, de los bastoncillos bifurcados de la primera serie. Las demás figuras son manchas informes, cuyo color rojo-violáceo, parece haber sido aplicado también con el dedo.

Concentración 3.

En esta agrupación de motivos es donde notamos claramente una superposición de los mismos que quizás corresponda a la realización en distintos momentos a nivel cronológico, cosa que nos permitiría considerarlos como elementos diacrónicos.

Los tres momentos, cromáticamente diferenciados son: 1, motivos pintados en color *rojo-anaranjado*; 2, motivos en color *rojo-violáceo*; 3; motivos en color *negro*.

1. Los correspondientes al primer grupo son más recientes que los rojo-violáceo, ya que en el ángulo inferior derecho notamos la clara superposición con los del grupo 2. Este grupo está compuesto por 8 motivos de los cuales, 2 son bastones bifurcados verticales, 1 es un círculo rojo, 1 una línea horizontal discontinua (todos éstos en una misma alineación); debajo, una figura antropomorfa muy estilizada precedida por 3 motivos zoomorfos (camélidos) alineados (estos son los que están superpuestos a los motivos rojo-violáceo).

Si bien son más recientes que los del grupo 2, están realizados con la misma técnica, sin instrumento intermediario, pero con la diferencia de que

se ha utilizado una materia colorante algo más densa y grasa; posiblemente se trata de una arcilla de gran concentración de óxido de hierro hidratado (limonita) mezclado con leche u otra materia grasa como vehículo.

2. Los motivos de este grupo no están diferenciados entre sí, por lo menos, me ha sido imposible hacerlo, ya que aparecen muy borrados, desleídos en una gran mancha recorrida por algunas líneas sin orientación precisa, del mismo color pero más intenso.

3. Los motivos en negro, son aparentemente los más tardíos. Están dispersos en toda la superficie y se mezclan con los de los grupos 1 y 2. No están superpuestos con ninguno de ellos. Parecería como si los autores, haciendo caso omiso de lo representado anteriormente, hubieran ido aprovechando los lugares libres para estampar sus motivos, cuidando de no superponerse a aquéllos. Los temas son, por lo menos los que se pueden identificar, zoomorfos, muy imprecisos e incompletos y una serie de trazos y manchas indefinidas. La roca sobre la que están pintados presenta dos planos, separados por una charnela (ver base de la foto 6), pero la fractura de la misma es anterior a la pintura, ya que parte de los motivos inferiores interesa ambos planos.

Concentración 4 (foto 7).

Debajo de la concentración 3 y muy relacionada espacialmente con la 5, está este grupo de 5 motivos en rojo-violáceo: uno de ellos es una figura antropomorfa en actitud de marcha o de danza con los brazos abiertos, con uno de los cuales (derecho) parece sostener algún objeto no identificable (¿cabeza trofeo?), la cabeza de la figura aparece prolongada en forma de cono hacia arriba como si estuviera cubierta por un gorro cónico; al observarla, lo primero que vino a mi mente son aquellos gorros cónicos con que se ataviaban los jóvenes Ona de Tierra del Fuego para participar del Klöketen en que, con el cuerpo pintado totalmente de negro, y con trazos en blanco recorriendo torso y extremidades y con el gorro mencionado por toda vestimenta, danzaban al compás de canciones rituales. Debajo de esta figura hay otra zoomorfa también muy tosca, en que las patas están representadas como dos líneas verticales en vez de 4 como en el caso de otras representaciones de Inca Cueva o Sapagua, etc.

Más hacia la derecha hay dos manchas una sobre otra, rojas, informes, seguidas de otra figura zoomorfa que no parece la representación de un camélido: por un lado, por la relación entre la longitud del cuerpo con la del cuello, en que éste no es tan largo como en aquellos animales, y por otro lado, las extremidades traseras están representadas como mucho más largas que las anteriores, de manera que parecería ser la imagen de un corredor félido más que un camélido; esta figura está asociada a unos trazos muy inciertos pero que recuerdan a los bastoncillos de las concentraciones 1 y 2.

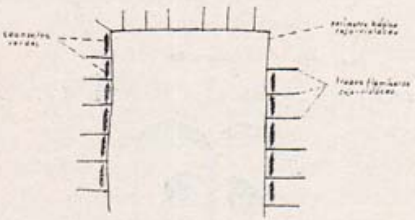
En toda la superficie ocupada por la concentración 4 se advierten manchas de color negro muy desleído, cuya forma si la tuvieron, es imposible de precisar; pero lo que sí puedo deducir es que existieron dos momentos también para las representaciones en negro, sobre todo si los comparamos con el negro de la concentración 5 mucho más fresco e intenso.

Concentración 5 (foto 8).

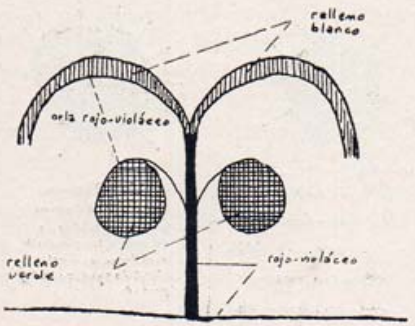
Este grupo consiste solamente en una serie desordenadas de manchas de diverso tamaño, de color rojo-anaranjado y de una sucesión de 4 camélidos en negro de intensidad variable a pesar de ser mayor que los de la concentratación 4. Las figuras aparecen en actitud de alerta, estáticas y siempre están orientadas hacia el lado del naciente ("sol de mañana" para los lugareños). Debajo de esta sucesión, se vuelven a repetir las manchas negras desleídas de la concentración anterior.

Concentración 6 (foto 9).

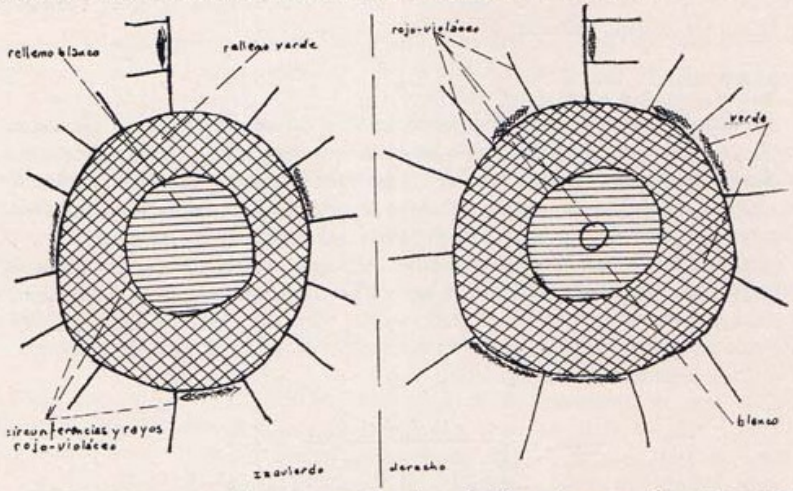
Realmente en este caso no tendríamos que utilizar el término "concentración", ya que se trata de un solo motivo, que contrasta decididamente con los demás motivos y temas, por lo complejo de su concepción y diseño. Se trata de un motivo cuadrangular, abierto por su base, cuyos trazos fundamentales están realizados en rojo-violáceo, como el de las concentraciones 1 y 2. El cuadrado básico del motivo, que sirve de soporte a los demás elementos de la figura, está recorrido en toda la longitud de sus lados verticales y horizontal superior por trazos flamígeros convergentes a 90°, que alternan con segmentos paralelos al perímetro básico de color verde, de manera que la disposición de estos 3 elementos es la siguiente:



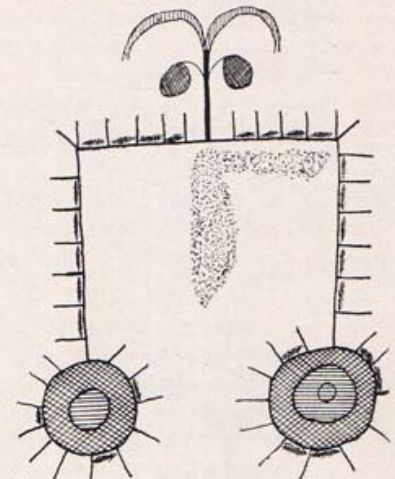
Aproximadamente de la mitad del lado superior horizontal, emerge una especie de penacho que se bifurca en la parte superior como dos antenas dobles de color rojo-violáceo, en las cuales el espacio comprendido entre las dos líneas de cada rama está rellenado de color blanco; mientras que de la mitad de la longitud del fuste inicial, salen hacia cada uno de los lados, dos círculos contorneados de rojo y rellenados de verde, así:



De los extremos inferiores de los lados verticales, penden sendas representaciones de "soles", compuestas, la izquierda, de dos círculos concéntricos que determinan una corona rellenada de verde, mientras que la superficie del interior está rellenada de blanco. La circunferencia exterior es flamígera, alternando los rayos rojos con algunos segmentos verdes. El "sol" derecho, es similar al otro con la sola diferencia de que el círculo central presenta superpuesta al color blanco de relleno, otra circunferencia roja, así:



Todo el motivo sería, en cuanto a la relación entre sus elementos componentes, así:



CONCLUSIONES

Todo el conjunto de motivos está constituido por representaciones geométricas de líneas verticales (bastoncillos) alineados, de los cuales algunos presentan bifurcaciones en la parte inferior que hacen pensar en intentos de dibujar la figura humana muy esquemáticamente; éstas están realizadas en color rojo-violáceo. Si bien en algunas concentraciones de motivos el color rojo-violáceo aparece aislado de los demás (concentrac. 1), en otras (concentrac. 3) está relacionado con los de color rojo-anaranjado que se les superponen, por lo que los considero de menor antigüedad que los primeros; además, mientras que los de color rojo-violáceo, son motivos de carácter geométrico, entre los rojo-anaranjado encontramos una mezcla temática geométrico-antropo-zoomorfa.

Los motivos más tardíos son indudablemente los de color negro que, aparte de las manchas anotadas para algunas concentraciones, son de carácter animalístico, y temáticamente están dentro de la línea de las pictografías del abrigo grande de Inca Cueva (Cigliano, La Prensa, 1965) y de los petroglifos de Sapagua (Cigliano, 1965) y Ucumazo (Pelissero, 1968) o sea, referidos al ganado de camélidos, con los cuales también concuerdan en cuanto a sus actitudes de alerta, desconfianza, estado de preñez, acompañados de sus crías, en hileras como es frecuente ver a los rebaños de llamas pastando en la Puna, o precedidos por alguna figura humana (¿pastores?). Si, como creo, las manifestaciones de Sapagua, Ucumazo o Inca Cueva son muy recientes (Período Tardío medio y final) y que quizás hayan alcanzado a tener vigencia hasta los primeros momentos del contacto con el europeo, los de Abra de Lagunas (por lo menos los de color negro) serían contemporáneos de aquéllos. Posiblemente los de color rojo-anaranjado serían inmediatamnete posteriores, siguiéndoles en profundidad temporal como los más tempranos los realizados en color rojo-violáceo. Pero aquí se nos presenta un caso interesante: el motivo aislado, que parece haber tenido gran importancia para sus autores, es el de la concentración 6, que está realizado en sus líneas generales en color rojo-violáceo, pero que agrega el blanco y el verde en las superficies rellenadas. El interés reside en la presencia de tres colores integrando una composición.

En el caso de la alfarería del área de Quebrada de Humahuaca hemos considerado al Horizonte Tricolor (negro-blanco-rojo) como el básico y más temprano, con estilos característicos (Alfarcito policromo e Isla policromo); debemos preguntarnos si el mismo criterio no podría ser aplicado a la interpretación y ubicación cronológica de las manifestaciones artísticas rupestres. Si ese criterio es válido, entonces la composición de la concentración 6, sería sincrónica de los motivos de concentraciones como la 1 y la 2 de Abra de Lagunas; aunque también podría marcar el momento en que se produce la pérdida de vigencia del Horizonte Tricolor (tanto en la decoración alfarera, como en las representaciones parietales) en el área; de ese modo, mientras que en la concentración 6 el Tricolor está vigente, en las otras se ha conservado solamente el mismo color rojo-violáceo conseguido con los mismos ingredientes y aplicado con las mismas técnicas. Aquí otra vez la posibilidad de diacronizar: como más antiguas las manifestaciones con más de dos colores (caso concentración 6), más tardío las manifestaciones bicromas o monocromas (caso concentra-

ciones 1, 2, etc.); se daría en un momento anterior la misma variación cromática (esta vez en cantidad de colores) que se dará más tarde entre las manifestaciones realizadas en colores negro de mayor y menor intensidad, de los cuales a éstos últimos también los consideramos más tempranos.

BIBLIOGRAFÍA

I. G. M. Hoja 2366, La Quiaca, esc.: 1:500.000.

Boman, E. Antiquités de la Region Andine et du Desert D'Atacama, Paris, 1908.

Turner, J. C. M. Puna, en: Resultados del Simposio sobre Geología Regional Argentina, Academia Nacional de Ciencias, Córdoba, 1972.

Cigliano, E. M. El arte rupestre de la Gruta de Inca Cueva, en: La Prensa 28/III/65.

Cigliano, E. M. y Calandra, H. A. Hallazgos arqueológicos en la Quebrada de Sapagua, en: Anales de Arqueología y Etnología, XX, Mendoza, 1965, págs. 27-36.

Felissero, N. Los Petroglifos del Angosto de Ucumazo, en Humahuaca, Jujuy (Argentina), en: Ampurias (Barcelona), t. XXX, 1968, págs., 263-272.



1



2



3



4



5



6

Lámina I



7



8



9

LÁMINA II

HALLAZGO DE UN SITIO ACERÁMICO EN LA QUEBRADA DE INCA CUEVA (PROVINCIA DE JUJUY)

Ana M. Aguerre
Alicia A. Fernández Distel
Carlos A. Aschero

1. Antecedentes de la investigación

El hallazgo del sitio arqueológico de que es objeto este trabajo fue realizado en agosto de 1972, en el transcurso de un plan de investigaciones llevado a cabo con el apoyo del Instituto de Antropología de la Universidad de Buenos Aires y del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Dicho plan tenía como objetivos (a) la realización de un sondeo estratigráfico en una de las cuevas situada en el curso superior del Arroyo Inca Cueva (sitio IC-c.5), (b) el estudio cronológico de las pinturas rupestres sitas en las mencionadas cuevas y relevadas en campañas anteriores, y (c) la revisión de sitios con materiales líticos superficiales, de morfología protolítica, estudiados en las campañas referidas.

La complementación de estos tres objetivos apuntaba al establecimiento de una secuencia local, con énfasis en los Períodos Precerámicos, que pudiera ser, por otra parte, comparada con la obtenida por uno de nosotros en la Quebrada de Huachichocana (provincia de Jujuy), donde fue señalado un contexto de características novedosas para el área (Fernández Distel, 1972).

Nuestras investigaciones, iniciadas en 1967, se centraron en el estudio de un conjunto de sitios ubicados aguas arriba de la denominada Inca Cueva (sitio IC-c.1) en relación con el arroyo homónimo; tales sitios comprenden concentraciones superficiales de artefactos líticos (sitios IC-A/B/C/D: fig. 1) y cuevas y aleros con manifestaciones de arte rupestre (sitios IC-c.1/2/3/4/5/6 e IC-al.1/2/3, respectivamente: fig. 1). Estos últimos, relevados inicialmente en 1967, fueron estudiados en particular en el curso de dos campañas dirigidas por Pelissero en 1969 y de las que formábamos parte.

Las investigaciones arqueológicas en la Quebrada de Inca Cueva se habían centrado, con anterioridad a 1967, en el estudio del sitio Inca Cueva,



FIGURA 1

Ubicación geográfica de la Quebrada de Inca Cueva (arriba). Sitios Arqueológicos de la Quebrada de Inca Cueva (debajo).

Gruta de Chulín (Boman, 1908) o Cueva del Inca (Fernández, 1968), según las distintas denominaciones que le fueron otorgadas. En este sentido se destacan las investigaciones de Boman (1908) y, en épocas recientes, las de Cigliano (1965), quien realiza un trabajo integral (aún inédito) desde el punto de vista estratigráfico y del relevamiento del arte rupestre; los últimos estudios sobre el sitio han sido llevados a cabo por J. Fernández (1968, 1971), quien anticipa en diversas publicaciones datos referentes a una secuencia estratigráfica que tampoco aun ha sido dada a conocer. Aparte de los estudios referidos existen menciones de importancia en la obra de otros autores tales como Casanova (1936, 1966), González (1960) y Lafón (1964).

2. Características del sitio IC-c.7

Desde el punto de vista geográfico el sitio que informamos se encuentra en la margen Este de la Quebrada del Arroyo Inca Cueva, situado en el extremo NO del Departamento de Humahuaca, entre los 23º de latitud S y los 65º 27' de longitud O. Desde el punto de vista topográfico el sitio consiste en una cueva u oquedad natural labrada en las areniscas rojas de la Formación Pirgua, en el sector correspondiente a las primeras estribaciones de esta Formación que son visibles llegando a la Qda. del Aº Inca Cueva desde la ruta nacional nº 9.

La cueva, con una cota absoluta sobre el nivel del mar de 3860 m y una cota relativa de 30 m sobre el nivel de base local, se abre ante una notable pendiente de acarreo que con dirección NO derrama sobre el arroyo mencionado; por esta pendiente se accede a la cueva superando un talud de roca viva, sin sedimentos superpuestos. Las dimensiones máximas de la oquedad son 3,20 m de abertura y 3 m de profundidad; la altura del techo alcanza los 2,30 m en el sector inmediato al talud, disminuyendo notablemente hacia el interior donde alcanza una altura mínima de 1 m (fig. 2).

En la primera prospección del sitio se notó la existencia de grandes bloques de cuarcita agrupados en forma artificial y que se localizaban en el sector medio de la cueva. Gran parte de estos bloques actuaban como contención de un relleno compuesto por tierra, paja y bloques diversos (capa 2 en fig. 2), que sólo quedaba al descubierto al remover los bloques en cuestión, ya que en superficie aparecía cubierto por una delgada capa de probable origen eólico (capa 1-b). Hacia el fondo, adherida contra la pared de la cueva, aparecía una capa con material orgánico constituída por excrementos de animales y con un alto grado de compactación (capa 1-a). Hacia el frente de la cueva el sedimento estaba formado por arena fina de color gris rojizo, seca, con clastos diversos provenientes en gran parte de desprendimientos del techo de la cueva. Sobre este último sedimento es donde apoyaban los bloques de cuarcita.

Un perfil frontal de los sedimentos en el ángulo NO de la cueva, permitió extraer las siguientes conclusiones que fueron verificadas en el transcurso de la excavación:

a) que los hallazgos arqueológicos estaban únicamente en relación con el relleno de paja y que éste reposaba sobre un sedimento idéntico al que aparecía en el frente de la cueva (capa 3), aunque con mayor proporción de clastos;

b) que la disposición de los distintos objetos en el relleno de paja era totalmente irregular y que idénticos tipos de objetos aparecían indistintamente tanto en la base como en la cumbre del relleno;

c) que no existía, por consiguiente, una estratificación dentro del relleno mencionado, pudiéndose considerar los hallazgos como una asociación o contexto de carácter artificial y, consecuentemente, de deposición sincrónica.

La estratigrafía final brindada por el sitio puede sintetizarse de la manera siguiente (fig. 2):

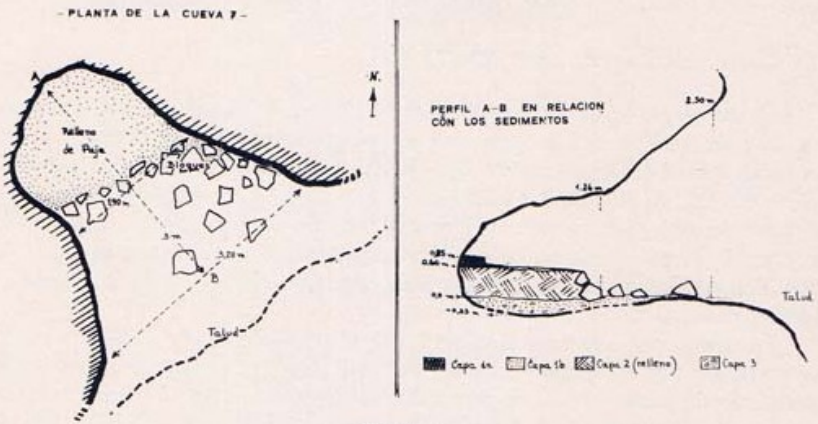


FIGURA 2
Perfil y Planta del sitio IC-c.7.

Capa 1-a, constituída por excrementos de animales, de fuerte compactación. Está adherida a la pared de la cueva en el sector profundo de la misma, constituyendo un verdadero sello de la secuencia estratigráfica.

Capa 1-b, sedimento areno-limoso, seco, de deposición eólica. Constituye una capa delgada que no supera los 0,05 m.

Capa 2, relleno artificial constituído por haces de paja sin atadura, doblados y apisonados con lajas y bloques diversos. Sólo en la base del relleno, circunscribiendo un conjunto de cueros, bolsas y piezas textiles de punto red, se hallaron algunos haces de paja sujetos con juncos. La potencia media del relleno es de 0,60 m. Completando lo dicho anteriormente puede asegurarse que por su estructura, por el imbricamiento de los haces y la irregular disposición de idénticos tipos de objetos, la deposición del relleno es sincrónica. (Fig. 21).

Capa 3, está constituída por un sedimento limo-arenoso, gris rojizo, seco, con clastos abundantes que provienen, en gran parte, de la destrucción del piso y techo de la cueva. Presenta una potencia máxima de 0,35 m por debajo de la capa anterior y aparece expuesto hacia el frente de la cueva. Puede decirse que esta capa constituye el piso sobre el que fueron dispuestos los haces de paja y los objetos arqueológicos.

Cabe indicar, por último, lo difícil que resulta por el momento formular alguna hipótesis sobre la índole de esta asociación; la variedad y cantidad de materiales recogidos, unidos a la total ausencia de restos óseos humanos y a la falta de documentación de sitios semejantes en el área, hacen aún más incierta cualquier formulación al respecto.

3. Hallazgos arqueológicos

Los artefactos arqueológicos hallados en el sitio fueron confeccionados en distintas materias primas, y de acuerdo a ellas, agrupados con fines tipológicos en:

a) instrumental lítico
b) textiles y cestería
c) cueros
d) artefactos de madera
e) artefactos de hueso
f) calabazas
g) objetos malacológicos

Dada la índole de éste trabajo presentaremos una caracterización general de cada uno de los grupos establecidos, acentuando particularmente el aspecto comparativo con los contextos del área, y a la que seguirá una tipología sumaria que pueda servir de base para la especificación del contexto.

a) *Instrumental lítico*

La mayor parte de los instrumentos analizados (46 en total) han sido confeccionados a partir de lascas y, en mayor proporción, de lascas pequeñas. La materia prima utilizada ha sido preferentemente la cuarcita y las sílices y, en segundo término, el basalto, el cuarzo y la obsidiana, todas propias de la región.

La morfología del único núcleo obtenido y la de algunas piezas incompletas, indica la utilización de una técnica de talla a percusión con dos elementos, tanto en la extracción de lascas y lascas pequeñas como en la primera etapa de la confección de los instrumentos (talla y retalla). La gran mayoría de estos han sido acabados por retoque a presión, exceptuando unas piezas como ser el biface y una punta foliácea grande que han sido acabados por retoque a percusión (tipos 2.1.4 y 4.1.1.3 respectivamente). En el primer caso el carácter extremadamente plano del retoque permite asegurar la utilización de retocadores "blandos".

En rasgos generales el conjunto se caracteriza por la presencia de instrumentos elaborados a partir de lascas, con total ausencia de láminas u hojas, y de la utilización del retoque bifacial en notable proporción.

Desde el punto de vista tipológico resulta difícil establecer correlaciones con otros contextos del área; los tipos más claros para ello son, hasta el momento, las puntas de proyectil. Es necesario señalar en primer término la presencia de puntas triangulares apedunculadas, dentro de una serie con un amplio dominio de la foliáceas apedunculadas (fig. 43). Dentro de estas últimas, notamos la presencia de un sólo ejemplar elaborado por retoque a

percusión, de mayor tamaño (fig. 3-A) que recuerda morfológicamente a piezas similares recogidas en el talud de Inca Cueva y atribuidas por González a la industria Ayampitín (González, 1963). El conjunto de piezas restantes, con excepción de los tipos unifaciales, podrían aceptar tan sólo una correlación con los tipos Ayampitín (tipo [a]. González, 1960:108 y 105, fig 26-c) únicamente en su morfología ya que, en cuanto a técnica y tamaño, se distancian de los ejemplares más típicos de ellos. Esto no impide, sin embargo, pensar en una vinculación tipológica-genética con aquel 'complejo' industrial notablemente extendido en la zona NO de nuestro país. Con respecto a los tipos unifaciales y los triangulares (tipos 4.1.2.1 -4.1.2.2 y 4.1.4) cabe señalar que ejemplares de ambos se han recogido en superficie en el talud del sitio Inca Cueva y en el del IC-c.4; asimismo, puntas monofaciales grandes son citadas por J. Fernández (1968) para los niveles medios de la excavación de Inca Cueva. Tipos triangulares, aunque de mayor elaboración, han sido hallados en relación a un nivel cerámico temprano en el sitio IC-c.5 de la Qda. de Inca Cueva y en la capa inferior del sitio CH.III de la Qda. de Huachichocana, asociados aquí a un contexto precerámico con cultígenos que presenta notables similitudes ergológicas con el que tratamos.

De acuerdo a lo antedicho podemos notar en el conjunto de tipos de puntas que estudiamos la presencia de: (a) puntas foliáceas de retoque a

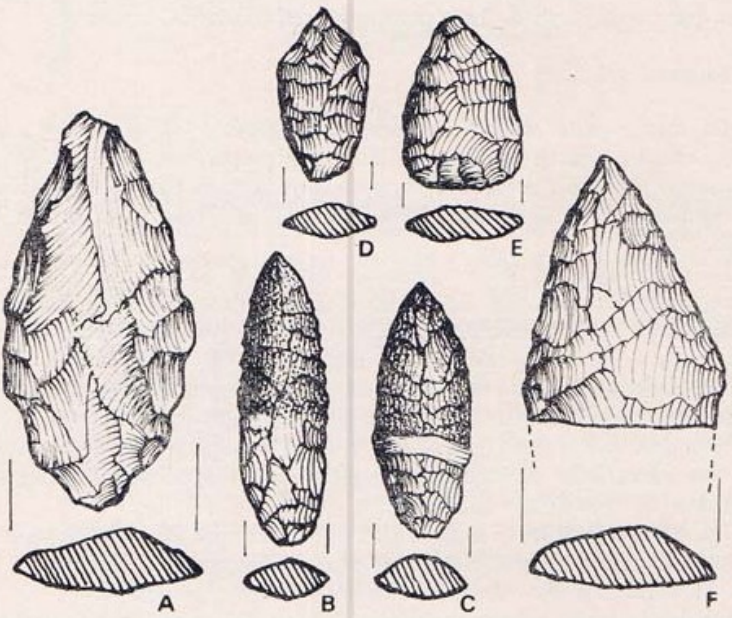


FIGURA 3
Principales tipos de puntas de proyectil; A: de retoque a percusión; B: foliácea apedunculada, con rastros de mastic en la porción superior del limbo; C: idem, conservando parte de la atadura en el sector central del limbo; D: foliácea apedunculada con bordes rectos convergentes en la porción apical del limbo; E: apedunculada triangular de base y lados convexos; F: de retoque unifacial (tamaño natural).

percusión (Fig. 3 A); (b) puntas foliáceas bifaciales de retoque a presión que *morfológicamente* pueden considerarse epígonales con respecto a los tipos básicos del complejo Ayampitín (Fig. 3.B-C); (c) puntas triangulares que presentan cierta similitud tipológica con las que aparecen en el contexto precerámico tardío de Huachichocana y cerámico temprano del sitio IC-c.5 de esta misma área (Fig. 3-E); y (d) puntas monofaciales (un ejemplar fragmentado) que son indicadas por Fernández en el nivel pre-alfarero de Inca Cueva (Fig. 3.F).

Dejando de lado el aspecto comparativo de los tipos, cabe señalar por último, la presencia en algunas de las puntas foliáceas de retoque a presión, de restos de mastic negro que afecta únicamente la porción superior del limbo. Esta característica sumada a la existencia, en alguno de esos ejemplares, de ataduras de tientos en la porción media del limbo y al hallazgo de una pieza de astil (intermediario) con acanaladura de inserción (fig. 15-C), indicarían que las puntas eran insertadas en el intermediario, sujetas con tientos y luego cubiertas con mastic.

Si bien no se han hallado arcos ni propulsores, el tamaño de algunas piezas, como ser el referido intermediario y algunos astiles fragmentados utilizados en la confección de la estera (fig. 13), todos elaborados en cañas, indicarían la posibilidad de pensar en la utilización de propulsores.

Tipología de los materiales líticos

Antes de abordar la tipología propiamente dicha, realizaremos algunas aclaraciones tendientes a la mejor comprensión de la misma:

La numeración decimal entre paréntesis indica el número de archivo de cada grupo tipológico, tipo o variedad de acuerdo a la lista tipológica utilizada por el Instituto de Antropología de la U.N.B.A. El primer número que sigue a la denominación del tipo o variedad, comprende el total de piezas que le corresponden; en el paréntesis siguiente se indican la longitud, anchura y espesor, respectivamente, de la pieza mayor y menor de la serie consignadas en centímetros. Las siglas y números que le siguen indican el tipo de roca utilizada como materia prima y la cantidad de piezas correspondientes, respectivamente. Las siglas utilizadas son las siguientes: *Cua.*: cuarcita; *Cu.*: cuarzo (lacteo y cristalino); *Ba.*: basalto; y *Si.*: sílice (distintas variedades). Las piezas fragmentadas no han sido medidas.

Instrumentos

Bifaces:

(2.1.4.) Biface oval, pequeño, con reserva de corteza en un borde .1.(4,5—3,5—2, 6)*Cua.*

Instrumentos de retoque marginal sobre lascas:

(3.15.5.) Micro-lascas y lascas pequeñas con retoques sumarios sobre dos o más bordes. 3(1,7-1,3-1,4/ 2,6-1,5-0,7/ 2,5-2,4-0,5) *Si.*: 2; *Cu.*: 1.

(3.16.1.1.) Micro-raederas (o raederas atípicas) simples - convexas de retoque bifacial, sobre lascas pequeñas con dos o más lados retocados. 3 (max.3,1-1, 6-0,7/min.2,5-1,3-0,5) *Cu.*: 1, *Si.*: 2.

(3.16.1.2.) Micro-raedera, simple-cóncava, sobre lasca pequeña con un borde con rastros de utilización. 1.(2,3-, 1-0,5) *Cu.*

(3.16.1.3.) Micro raedera doble (fragm.) de retoque alterno. 1.(fragm.) *Cu.*

(3.16.2.1.) Pieza subtriangular con un filo activo basal en forma de arco, de retoque bifacial, y dos filos convergentes retocados. 1.(2,2-1,9-0,8) *Si.*

(3.16.2.2.) Pieza subtriangular con un filo basal denticulado, de retoque bifacial, y dos filos convergentes retocados. 1.(2,2-1,8-0,4) *Si.*

(3.16.3.) Pieza suboval sobre lasca pequeña, de retoque unifacial extendido, con filo denticulado y retoques marginales sumarios sobre la cara de lascado. 1. (2,9-1,6-0,7) *Si.*

(3.16.4.) Fragmentos de piezas de retoque bifacial extendido. 3. (*obs.*: 2, *Si.*: 1.)

Puntas de proyectil:

(4.1.1.1.) Apedunculadas foliáceas de base convexa con bordes dentados; sección biconvexa. 15.(max.4,8-1,7-0,7/min.2,8-1,3-0,8) *Cua.*: 9, *Si.*: 4, *Ba.*: 2. Diez ejemplares presentan rastros de mastic en la porción superior del limbo, tres ejemplares con restos de tientos sujetos en la porción media del limbo.

(4.1.1.2.) Apedunculada foliácea de base convexa, con bordes rectos convergentes en la porción apical del limbo (retomada). 1.(2,5-1,4-0,6)*Si.*

(4.1.1.3.) Apedunculada foliácea de base convexa, de retoque a percusión. 1.(5,8-2, 8-1,2)*Cua.*

(4.1.1.4.) Fragmentos de puntas foliáceas diversas. 7.(*Cua.*: 3, *Ba.*: 2, *Cu.*: 1).

(4.1.1.5.) Puntas apendunculadas foliáceas incompletas. 3.(max. 4,8-2,6-0,9/min.3-1, 3-0,6) *Cua.*

(4.1.2.1.) Apedunculada de limbo triangular corto, de bordes y base convexa. 1.(2, 5-1,8-0,6) *Cua.*

(4.1.2.2.) Apedunculada de limbo triangular corto con bordes convexos y base recta (fragm.) 1.*Ba.*

(4.1.4.) Fragmento de punta de retoque unifacial extendido y retoques marginales sobre cara de lascado. 1. *Cua.*

ARTEFACTOS NO RETOCADOS

Núcleos:

(5.2.9) Núcleo amorfo. 1.(4,5-3,4-3,5)*Cua.*

Lascas:

(10.5.) Lascas grandes. 3.*Cua.*

(10.6.) Lascas. 5.*Cua.*

(10.7.) Lascas pequeñas. 8(*Cua.*: 2, *Cu.*: 5, *Ba.*: 1).

(10.8.) Microlascas. 9(*Cua.*: 3, *Cu.*: 3, *Si.*: 3).

Litos diversos:

(11.1.) Guijarro con rastros de percusión sobre una cara plana (¿yunque?). 1. *Cua.*

(11.2.) Guijarros con rastros de percusión en uno o más bordes (percutores). 3.*Cua.*

(11.3.) Guijarros fracturados sin rastros de utilización. 3. *Cua.*

(11.4.) Guijarros pequeños sin rastros de utilización. 2.*Cua.*

Totales

Total de piezas analizadas: 81
" " instrumentos: 46
" " piezas de cuarcita: 19
" " " " cuarzo: 6
" " " " basalto: 5
" " " " sílice: 14
" " " " obsidiana: 2

Nota:

En lo que hace a la tipología de los instrumentos esta debe ser considerada con ciertos recaudos; en primer lugar por el bajo número de piezas que integran la serie analizada y, en segundo lugar, porque no se tienen bases comparativas suficientes como para probar la validez de algunos de los tipos establecidos. Nos referimos aquí, específicamente, a las denominadas "microraederas", "piezas subtriangulares con un filo activo basal en forma de arco" y a la "pieza suboval de retoque unifacial extendido". Entre las primeras agrupamos una serie de instrumentos elaborados sobre lascas pequeñas (según la tipología dimensional de Bagolini), que presentan un filo en bisel activo (agudo) elaborado por retoques marginales bifaciales o bien alternos (tipo 3.16.1.3.); el carácter de "raedera" se lo otorga el hecho de que el filo elaborado se extiende sobre un lado

mayor de la pieza, como así también por el tipo de bisel que conforma el retoque. Si bien estas piezas no están elaboradas sobre microlascas, en sentido estricto, el hecho de estarlo sobre lascas pequeñas indica una expresa intención en la confección de instrumentos de reducidas dimensiones, ya que el tamaño mayor de otras piezas de la serie indica que no existía para ello limitación alguna respecto a la materia prima. Es en este sentido, que adoptamos el carácter "micro" en la designación del tipo.

Las denominadas "piezas subtriangulares con un filo activo, basal, en forma de arco", comprenden instrumentos cuya forma general puede adscribirse dentro de aquella figura geométrica, y en la que el filo activo se dispone en lo que sería la base de ese triángulo ideal. Este filo está elaborado por retoques bifaciales sub-paralelos o bien puede presentar una denticulación lograda también por retoques bifaciales (tipos 3.16.2.1 y 3.16.2.2 respectivamente). En las piezas en que los otros dos lados (mayores) están retocados, el retoque tiende más bien a embotar que a biselar el filo. La morfología del filo activo recuerda a la de los raspadores 'en abanico', pero el carácter bifacial del retoque nos impide adscribirlos; esta identidad morfológica no impide suponer que tales piezas hayan cumplido, enmangadas, una función similar.

Por último, la denominada "pieza suboval de retoque unifacial extendido" presenta analogías con las denominadas "limaces" pero difiere de ellas por el carácter denticulado de sus bordes, y por la extensión parcial del retoque a la cara de lascado.

b) *Textiles*

Antes de abordar la consideración de tal material no podemos dejar de expresar nuestro agradecimiento a la Prof. Delia Millán de Palavecino quien nos procuró el lineamiento general de la tipología que presentamos. Se trata de una tipología preliminar, ya que este material será objeto de un más exhaustivo análisis, dada su especial importancia.

La cantidad de piezas textiles halladas en este sitio es muy abundante. Se caracterizan, en primera instancia, por los siguientes rasgos:

I) Por utilizar en un alto porcentaje (90%, aprox.) la fibra vegetal (aún no identificada) y, en menor escala, lana de camélidos salvajes, pelo humano, tientos y tendones; estos tres últimos preferentemente en cordelería. Aparentemente no se utilizó en ninguna pieza la fibra de algodón.

II) Por el predominio de la técnica de tipo red y dentro de esta de la variedad más simple o red 'de medio anillo'. En base a la misma se percibe un perfeccionamiento que da por resultado los denominados por nosotros "tipos complicados". Le siguen en importancia las redes 'anudadas simples', usadas también en los tipos complicados. Presencia en muy menor escala de la técnica de "semi-telar". Ausencia absoluta de tejidos de telar. La llamada técnica de "semi-telar" se halla emparentada más al proceso cestero que al verdadero tejido de telar, y es perfectamente coherente dentro de un contexto que aplica no sólo el tejido de red, sino también, en alta escala, la cestería 'coiled'. Esta última técnica es aplicada a la confección de cestos y recipientes y se alterna con la cestería arrollada de armadura rígida. Es destacable asimismo la ausencia de tejido a dos agujas.

Las piezas textiles se ven completadas mediante cordeles del tipo torcido simple: en ningún caso aparecieron trenzados.

III) Aplicación de los textiles en la fabricación de bolsas de distintos tamaños; el predominio de la morfología tubular de las mismas es consecuencia de la iniciación y prosecución del tejido a partir de un anillo base de la misma fibra vegetal. Más raramente se aplicaron estos textiles a la confección de piezas vestimentarias (cofias, camisas, etc...).

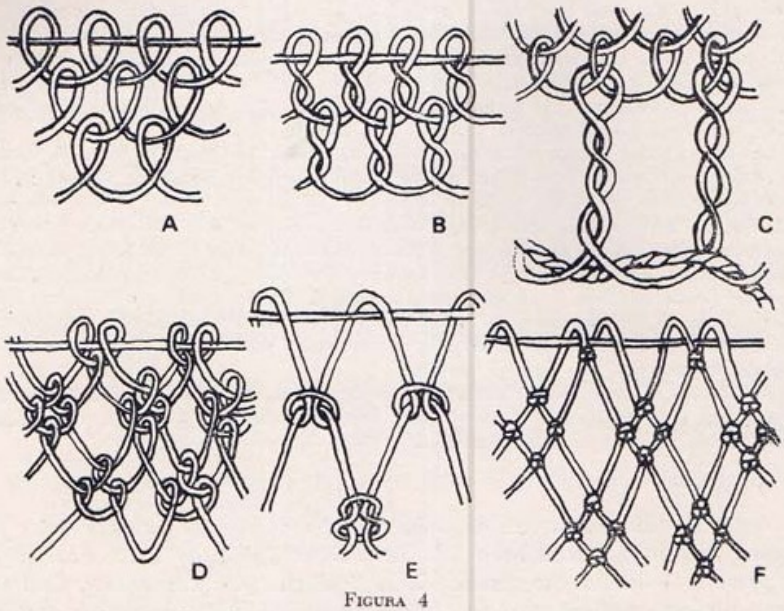


FIGURA 4

Esquemas de tipos de red: A: tipo 1 a.; B: tipo 1 b; C: terminación de red; D: tipo 1 d; E: tipo 2 a; F: tipo 2 b.

IV) Decoración geométrica de las piezas logradas sea a través de la combinación de puntos ("tipos complicados") como a través de la intercalación de fibras teñidas, o bien mediante el teñido total de la pieza.

Los rasgos antes onunciados, dentro del área, aparecen esporádica y aisladamente en yacimientos de muy distinta filiación cultural y cronológica. Así, los tejidos de tipo red hasta ahora sólo fueron encontrados en aquellas culturas etno-históricas del sector Oriental (Chaco Salto-Jujeño); con respecto a la cestería tipo coiled muestra gran semejanza con aquélla hallada en el nivel precerámico cestero (Ch III, capa E) del Yacimiento de Huachichocana, y con las piezas recuperadas en Doncellas (Casanova, 1943). En el primer yacimiento mencionado las semejanzas son también muy estrechas en lo que ha cordelería se refiere. En cuanto a las Culturas Quebradeñas (momento Humahuaca), parecen aplicar con exclusividad la técnica del telar, que no se cuenta entre nuestros hallazgos.

A los efectos de abordar la descripción sistemática de los hallazgos, agruparemos los especímenes textiles en:

1) Redes no anudadas
2) Redes anudadas
3) Tejidos de semi-telar
4) Hilandería, Cordelería, Nudos, Ovillos, Cordeles Ornamentales, Ojales.
5) Hondas
6) Zurcidos y Costuras
7) Cestería

Detallamos a continuación, en forma sumaria, cada uno de los grupos anteriores, los aspectos referentes a la decoración serán considerados al finalizar esta enumeración.

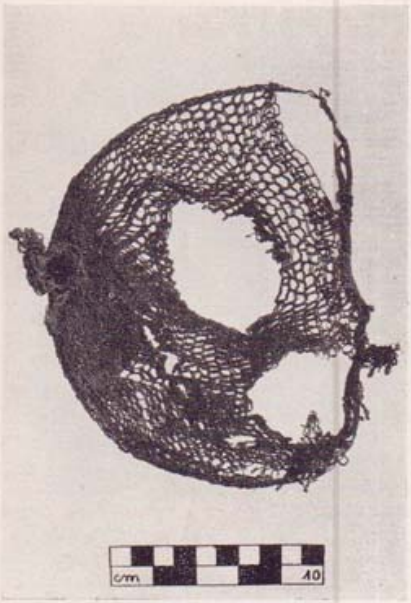


FIGURA 5
Cofia de red no anudada de medio anillo.

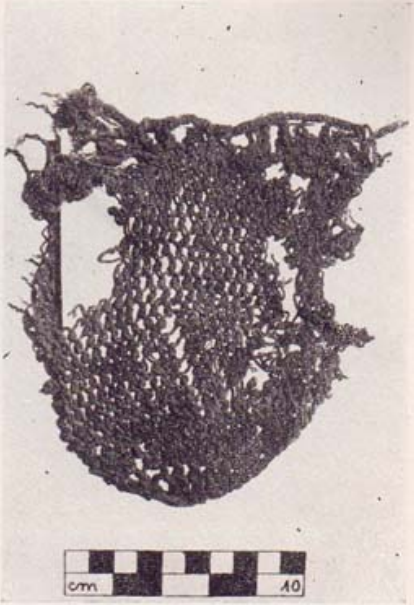


FIGURA 6
Cofia de red no anudada

1) REDES NO ANUDADAS

Esta categoría constituye la técnica dominante en el yacimiento. Comprende los siguientes tipos:

a) *Red no anudada de medio anillo.* Presenta variedad en cuanto a mayor o menor densidad del ojo, intensificándose ésta cuando se trata de tejidos de lana, determinando en esos casos un tejido muy compacto. Varía también la modalidad del comienzo y finalización del tejido, la disposición de los aumentos y la morfología de la pieza acabada. (Figs.: 4-A/5/20).

b) *Red no anudada de medio anillo con torsión en la lazada.* Se presenta más raramente en especímenes aislados. (Fig. 4-B y 6).

c) *Red que combina los tipos a) y b).* Tal combinación se da de la siguiente manera: la técnica a) se utiliza en la confección de la iniciación de la pieza, manteniéndose durante más o menos 10 cm. Cambia entonces por la técnica b), hasta su finalización.

d) *Red no anudada de tipo "complicado".* Denominamos así a aquellos tipos de técnica más elaborada que se caracterizarían por: 1) tratarse siempre de redes no anudadas del tipo del medio anillo, 2) presentar una combinación tal de hilos y puntos, que determina un diseño decorativo geométrico en la pieza, 3) el hilo utilizado, si bien es de dos pábilos, presenta una fuerte torsión dando como resultado una extrema delgadez, 4) se trata siempre de piezas monocromas (o bien de tono natural o enteramente rojas), 5) se trata siempre de pequeñas bolsas y cofias de muy esmerada terminación. (Fig. 4-D y 8).

2) REDES ANUDADAS

a) *Red anudada simple de malla cuadrangular.* Presenta variaciones en el grosor de los hilos, que varían en el curso de un mismo tejido. La morfología de las

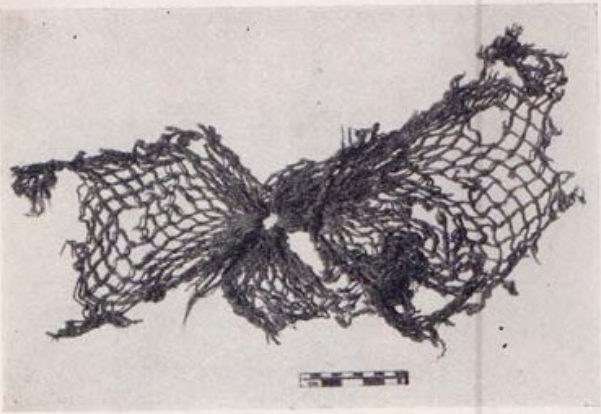


FIGURA 7
Parte inferior de bolsa de red anudada simple de malla cuadrangular (confeccionada en fibras vegetales y pelo humano).

piezas realizadas con esta técnica, es novedosa, pues predominan las bolsas abiertas, con anillo y cordel en sus extremos. (Fig. 4-E y 7).

b) *Red anudada de doble malla cuadrangular*, tocándose en el vértice cuatro nudos, formando un pequeño recuadro. La pieza en la que se aplica este punto, comienza con un anudado simple (tres vueltas), para recién continuar con el anudado de doble malla; consiste en una bolsita de forma tubular. (Fig. 4-F y 9).

3) TEJIDO DE SEMI-TELAR

Denominamos *encordado* a la técnica consistente en una base rígida de hilos (urdimbre) y un elemento flexible que los envuelve y sostiene entre sí.

a) *Encordado hilo por hilo, en lana.* Es raro en este sitio (un solo ejemplar). Los encordados de la trama se presentan con una separación de 1 cm, utilizando como materia prima el hilo torcido doble de lana.

b) *Encordado hilo par hilo en tiento.* Consiste en una urdimbre rígida de tientos, en base a la cual se van entrelazando cordeles de fibra vegetal.

c) *Encordado tomando haces de hilos de la urdimbre.* La trama es simplemente un hilo torcido doble que describe dos vueltas iguales cada vez. En esta técnica se emplean tres materias primas: en la urdimbre hilos de fibra vegetal y lana, y en la trama hilos de pelo de color oscuro y lana, pareciendo haber una alternancia en la utilización de las coloraciones claras y oscuras.

4) HILANDERÍA, CORDELERÍA, NUDOS, OVILLOS, CORDELES ORNAMENTALES, OJALES

a) *Hilos.* Hablamos de *hilo*, cuando tratamos aquellos ejemplares constituídos por dos pábilos simplemente torcidos, poseyendo una mecha cada uno.
Hilos de fibra vegetal: Los encontramos en gran cantidad y de distintas fibras; adquieren variado grosor por la diferencia de torsión y por la calidad de la fibra.
Hilos de lana: poseen iguales características que los anteriores, pero emplean la lana de camélido (vicuña-guanaco).
Hilos de cabello humano: aparecen en menor proporción y son asimismo torcidos dobles. El grosor de los hilos en general varía según el tipo de materia prima: desde 1 mm en los hilos de fibra vegetal, hasta 4 mm en los de lana, siendo la torsión más intensa en estos últimos.

b) *Cordeles.* La cordelería parte del torcido de hilos simples, juntándose éstos de a pares y retorciéndose a su vez los hilos dobles antes obtenidos, en un torzal.
Cuerdas de fibra vegetal: la gran mayoría está constituida por cuerdas de tres pábilos torcidos dobles, es decir formados por dos mechas cada uno.



FIGURA 8
Bo'sa de red de tipo 'complicado'.

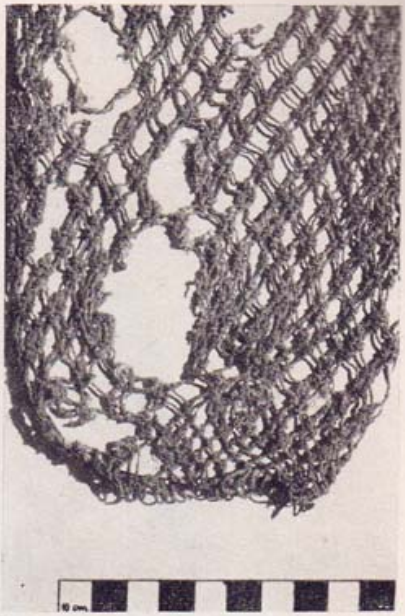


FIGURA 9
Detalle de terminación de red anudada de doble malla cuadrangular.

Cuerdas de tendones: poseen igual técnica que en el caso anterior; un ejemplar de la serie presenta un refuerzo también de tendón, enrollado en una porción de su extensión.

Cuerdas de lana: de este material solo aparecieron cuerdas de dos pábilos, compuestos a su vez por dos mechas cada uno, y combinando también dos tonos diferentes, siempre de coloración natural.

Cuerdas de cabellos: presentan la particularidad de ser mas extensas que las anteriores y estar compuestas por 9 o más pábilos, formados a su vez por dos mechas muy torcidas. A lo largo de estas cuerdas se presentan nudos simples de materia. vegetal entremezclado con pelo. El color del pelo es negro y se trata de cabello humano.

c) *Nudos*. No se trata como es en general frecuente de nudos de iniciación o de terminación de cordeles; mas bien son nudos que podríamos llamar "de amarre". Algunos de los ejemplares que poseemos provienen de las "grandes bolsas", las que aparecen con cordeles atados mediante un nudo simple, que nos permite suponer que sirvió como "agarradera" de la bolsa. Muy interesante es el hallazgo de un largo cordel que tiene como terminación un gran lazo con un nudo, íntegramente en fibra vegetal.

d) *Ovillos*. Aparecieron 4 ovillos que nos ilustran sobre la forma de guardar el material; un ovillo de hilo retorcido muy fino, y un ovillo más grande de cuerda de fibra vegetal.

e) *Cordeles ornamentados*. Consisten en un cordel de tres pábilos de fibra vegetal torcidos y revestidos con un hilo del mismo material, en forma de festón doble. A su vez, a ambos costados se inserta un hilo con las mismas características, y que presenta nudos cada 3 cm todo a lo largo de su recorrido. En las terminaciones se ensartan dos cuentas de material negro brillante.

f) *Ojales.* Consisten en una base de dos pábilos gruesos de fibra vegetal, revestidos por un material semejante que se entrecruza formando una cubierta. Los dos pábilos base, terminan en un anillo que permite enlazar un extremo libre de regular longitud.



FIGURA 10
Honda (A) y vincha de cuero (B).

5) HONDAS

Consisten en una serie de cordeles gruesos de fibra vegetal, que en su parte central se disponen en forma elíptica, actuando como base de un entrecruzamiento de tientos; este sector elíptico tiene 16 cm de largo por 4 cm de ancho, estando sus extremos reforzados con hilos finos. Mientras un extremo de los cordeles permanece libre y es de considerable longitud (70 cm), el otro presenta un ojal del tipo descripto anteriormente. Contamos con 3 ejemplares de hondas. (Fig.: 10-A).

6) ZURCIDOS Y COSTURAS

Las piezas deterioradas presentan reparaciones mediante un simple zurcido de una o dos puntadas a lo sumo, y que muchas veces no se realizó con la misma materia prima de la pieza. Se usaron tendones o hilos de pelos. Tal tipo de reparación es muy frecuente.

Las costuras se aplican en la unión de telas; se trata de una simple costura de "puntada por encima". Un item aparte lo constituyen los cueros con costuras, que trataremos oportunamente.

7) CESTERÍA

Las piezas con que contamos son de dos tipos:

a) *Cestería en espiral, arrollada simple, sin armadura (coiled).* La base de la pieza es un haz de pasto arrollado en círculo, sostenido mediante pases transversales del mismo material, resultando de esto una espiral completa y muy compacta. Cabe señalar que de este tipo contamos con dos bases de 7 cm de diámetro (Fig. 11-B).

b) *Cestería en espiral con armadura de varillas curvas y rígidas*, sostenidas entre sí unicamente por una cubierta areno-arcillosa de color pardo-rojizo. De este tipo se hallaron sólo las secciones correspondientes a las paredes (5,5 cm de alto) y según su curvatura se puede suponer que se trata de canastos globulares más bien pequeños. (Fig. 11-A).

c) *Cestería aplicada a la cubierta de piezas de madera.* Poseemos un ejemplar que consiste en un palito de madera de 15 cm de longitud, recubierto por una serie de pajas alineadas, las que a su vez se ven entrecruzadas por dos hilos de fibra vegetal que van saltando de dos en dos, sobre las pajas de la base, determinando un dibujo escalonado en diagonal. (Fig. 11-C).

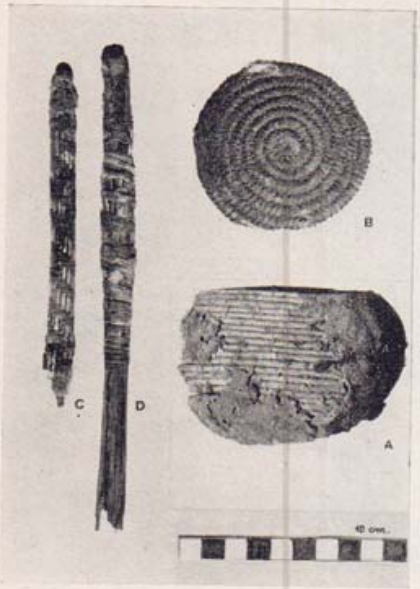


FIGURA 11

Cestería: A: con armadura de varillas y cubierta arcillo-arenosa; B. en espiral (coiled); C y D: cestería aplicada a la cubierta de piezas de madera (emplumaduras)

Una variante más simple de la anterior, sería la de un palito recubierto asimismo de paja, sostenida ésta por un tiento fuertemente arrollado, que pareció servir para sostener plumas. (Fig. 11-D). Seguramente se trató de un "penacho".

Decoración de los textiles:

Los textiles del tipo red de medio anillo, cuando no son integramente de color natural o cuando no han sido totalmente pintados o tejidos con hilo pigmentado de rojo, presentan las siguientes decoraciones bicolores:

a) Un hilo de color rojo se inserta en el tejido de red y se va incluyendo en el mismo de modo de determinar una especie de figura "almenada" simple, en franjas horizontales.

b) Se alternan secciones tejidas en hilo color natural, con otras de color rojo, de modo que resulta una decoración en franjas horizontales.

La decoración monocroma en rojo parece exclusiva de los tipos complicados de red no anudada de medio anillo (posiblemente se trata de un teñido total de la pieza, por inmersión).

Una especial decoración presentan las piezas de lana (siempre del tipo de red no anudada de medio anillo, pero en su variedad de tejido compacto). Se percibe en ellas un juego de las coloraciones naturales y las calidades de la materia prima (pelo claro y lana parda), resultando un motivo en zig-zag.

C) *Cueros*

El trabajo en cuero si bien no presenta tanta variedad como aquel de los textiles, ocupa en este yacimiento un lugar de importancia. Respecto a las especies animales empleadas con preferencia, hablaremos en el capítulo referente a los restos zoológicos hallados. Los trabajos en cuero utilizan vejigas o bien cueros afeitados (muy raramente se conservó el pelo). Luego de este último proceso, los cueros fueron curtidos y "sobados" para que conserven su



FIGURA 12

Cueros: A: atado; B: cuero cosido y pintado en rojo; C: bolsita D: fragmento de decoración incisa.

natural flexibilidad. El último paso de la preparación puede faltar, notándose únicamente el proceso de curtido. Hay cueros que conservan la forma original del animal, es decir que están completos, pero también es frecuente su aplicación a la confección de distintas piezas (bolsitas, vinchas, atados, ovillos de tientos, etc...). En estos últimos casos, los pasos técnicos iniciales se vieron completados mediante costuras, zurcidos, ojales, flecos, botones, etc... En cuanto a la funcionalidad de estas piezas (sobretodo de las bolsas) queda evidenciada por el frecuente hallazgo de materiales, minerales en general, contenidos en ellas.

Las decoraciones halladas consistieron en la incisión geométrica de la superficie del cuero o en la pigmentación total de la misma y se aplicó en trozos sueltos, nunca en las piezas acabadas.

Las referencias de este tipo de material dentro del área, vuelven a recaer en el contexto atacameño señalado por Casanova para Doncellas (pigmentación del cuero, ojalado del mismo, utilización de las vejigas) y en el nivel pre-cerámico de Huachichocana, en razón de las piezas de cuero que se asemejarían a "sonajeros". También la cultura Humahuaca aplicó el cuero, en la confección de calzado, elemento que no hizo su aparición en nuestro yacimiento.

a) *Bolsitas.* Llamamos así a aquellas piezas que presentan una morfología tal que nos permite suponer que sirvieron para contener algo; algunas de ellas aparecen incluso guardando distintos materiales (piedrita roja, pigmento negro, mica negra, etc...).

Pueden presentarse de distintas formas:

1) *Bolsitas cosidas.* De forma rectangular, presentan sólo un lado y la base unidos por un tiento muy fino, cuidadosamente trabajada la costura por medio de un punto hilván muy fuerte. Una vez acabada la costura, se dio vuelta la bolsita, no notándose más los puntos de la misma. Una variedad de estas bolsitas, la constituye aquellas con flecos en su parte superior (contienen asimismo minerales). En todos los casos el cierre está constituido o bien por un simple enrollamiento de hilo de fibra vegetal (del mismo tipo que el del ovillo anteriormente citado), o bien mediante un doblez. (Fig. 12-C)

2) *Bolsitas dobladas.* Consisten en un trozo de cuero sobado de regular tamaño, doblado primero hacia arriba y luego los costados hacia adentro. Algunas se mantienen simplemente cerradas de esta forma, mientras que otras son aseguradas mediante un "botón" del mismo cuero, aislado de aquél mediante una fuerte atadura con un hilo de fibra vegetal. La presencia de pequeños agujeritos en el borde de alguno de estos ejemplares, nos deja suponer que servían de ojal o bien para pasar un hilo. No poseen decoración y contienen también restos de minerales.

b) *Atados.* Consisten en pequeños envoltorios compuestos por un trozo de cuero o tientos, que contienen mechones de pelo negro, paja y piel. Se hallan fuertemente ligados y no superan los 10 cm de longitud. (Fig. 12-A).

c) *Vincha.* Llamamos así a una tira de cuero de 17 cm de largo, por 3 cm de ancho, que tiene tres costuras de hilván de hilo de fibra vegetal. Su superficie posee leves incisiones. En sus extremos posee a modo de agregado, una tira de cuero más larga. (Fig. 10-B)

d) *Ovillos de tientos.* Consisten en un largo tiento enrollado sobre sí mismo, o en tientos cortos dispuestos en atijo.

Observación: fue notorio en este yacimiento, el hallazgo de gran cantidad de tientos sueltos dispuestos desordenadamente y mezclados con los restantes materiales. Es interesante la presencia de una bolsa de red que contiene numerosos tientos de cuero en su interior.

Decoración de las piezas de cuero: Se hallaron trozos de cuero suelto, presentando notables decoraciones. La decoración se agrupa en:

a) *Pintada*: Se trata de la pigmentación total de la pieza con colorante rojo, y posiblemente mediante un proceso similar que en el caso de los tejidos de red no anudada-complicada. Aparecen tientos sueltos con el mismo tipo de coloración. (Fig. 12-B)

b) *Incisa*: El cuero fue incidido mediante un instrumento de filo cortante, logrando un corte muy fino y superficial, y siguiendo determinados diseños. Estos pueden ser, largas bandas entrecruzadas de líneas paralelas conteniendo trazos oblicuos, o figuras triangulares con reticulado interno. Respecto a los tientos, se halló uno que posee una serie de incisiones transversales en toda su extensión. (Fig. 12-D)

d) *Artefactos de madera.*

Los objetos confeccionados en madera son muy abundantes; pueden estar realizados en maderas frágiles como la caña, o en otras duras como el algarrobo. Las referencias técnicas, en este rubro, se ven condicionadas por la índole de la materia prima y por la morfología del objeto que en cada caso

se quiso realizar. Así, por ejemplo, las piezas constitutivas de la estera y los palos sueltos o en atado, se han visto sometidos al pulimento de sus superficies, al acabado de sus extremos y a la realización de incisiones geométricas en toda su extensión. En el caso de las flautas, se procedió a un perfecto ahuecamiento de la caña, acompañado por el acabado de la superficie externa (pulimento, labrado de los orificios y de las escotaduras y ornamentación incisa o pintada). Las piezas en maderas duras se han visto sometidas a una

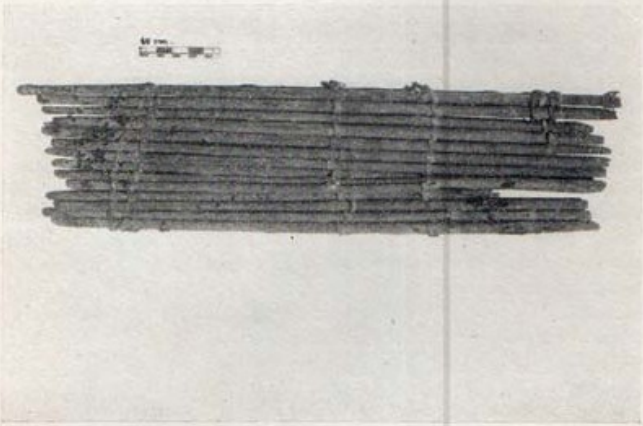


FIGURA 13

Estera de cañas decoradas (astiles ?) sujeta con tientos.

talla previa y luego, según los casos, pulidas o trabajadas al bajo relieve a fin de obtener algún tipo de decoración (pieza de madera de forma rectangular, cucharita).

La presencia en nuestro yacimiento de tan alta variedad de piezas de madera, sobre todo de aquellas en maderas duras, habla claramente de intercambios con áreas orientales; intercambios que por otro lado han sido comprobados para el caso de las culturas atacameñas y quebradeñas. Por otro lado es estrecha la correlación morfológica y decorativa existente entre los materiales presentados y aquellos del nivel acerámico de Huachichocana (Fernández Distel, 1972), correlación que conduciría a remontar a períodos muy tempranos éstos intercambios.

Se pueden agrupar las piezas en los siguientes tipos:

1) Esteras
2) Palitos o fragmentos de caña
3) Atados de cañas
4) Artefactos para hacer fuego
5) Instrumentos musicales
6) Posibles instrumentos de tejeduría
7) Recipiente
8) Cuchara
9) Pieza de madera decorada de forma rectangular
10) Instrumentos diversos

1) *Esteras.* Se trata de dos ejemplares con distintas características:
   a) *Estera con ligadura de tientos*: Es una estera de 70 cm de largo por 18 cm de ancho, compuesta por 13 cañas macizas ligadas entre sí por cinco ataduras

transversales de tientos. La atadura, muy sólida, se conserva perfectamente. Cada caña presenta rasgos particulares: o bien se hallan enteras o bien se presentan partidas en su longitud total; en ambos casos sus extremos han sido cuidadosamente acabados, sea en punta acanalada, o en punta aguda o roma. En todos los casos la terminación de las cañas se realizó antes de la confección de la estera. Asimismo, cada una de las piezas que la constituyen, presenta una decoración que tampoco parece tener en cuenta la disposición de las ataduras, pues en muchos casos se ve cubierta por éstas. Algunas cañas presentan una fuerte ligadura de tientos en una porción de su extensión. Todas estas observaciones nos conducen a pensar de que la estera fue confeccionada con elementos dedicados anteriormente a otros usos (¿astiles?).

Decoración: Se realizó incidiendo muy levemente la superficie de la caña y coloreando luego la estera de un rojo diluido que destacó las partes incisas. Los motivos elegidos consisten en líneas longitudinales onduladas y quebradas paralelas y líneas anulares paralelas. (Fig. 13)

b) *Estera de palillos atada con lana*: Se trata de una esfera de 45 cm de largo por 9 cm de ancho compuesta por 15 tronquitos; sus ataduras se hallan prácticamente destruidas; de ellas, originariamente 4 (dos en cada extremo), sólo se conservan las de un extremo que ligan transversalmente las piezas de la estera. La atadura más externa es de hilo de pelo negro, mientras que la interna es de hilo de lana marrón. Los tronquitos han sido pulidos y terminados en extremo romo. El conjunto se halla coloreado de un rojo muy intenso.

2) *Palillos y cañitas, sueltos.*

Se encontró gran cantidad de cañitas fragmentadas, de una longitud que oscila de los 22 cm a los 15 cm de largo, y con características diversas. Algunos presentan importantes decoraciones. Podría tratarse o bien de piezas fragmentadas de esteras o de astiles compuestos. Este último caso fue considerado al tratar las enmangaduras de las piezas de proyectil.

3) *Atados de palos.*

Se hallaron tres ejemplares constituidos por un conjunto de 3 a 5 cañas cortas, que presentan terminaciones romas o escotadas y decoración incisa del tipo descripto para las esteras; están envueltos en una red no anudada, conformando un "paquete"; en un caso este "paquete" se halla fuertemente asegurado mediante una atadura de cordeles. (Figura 14.)

4) *Artefactos para hacer fuego.*

Se hallaron las dos piezas constitutivas del artefacto: el tronco que actúa como elemento pasivo (pareciera ser de madera más blanda), no supera los 8 cm de largo, y presenta formas diversas con gran número de horadaciones que indican un alto aprovechamiento; los palillos que actúan como elemento móvil, varían de los 10 cm a los 2 cm de largo y presentan utilización en ambos extremos. (Fig. 15-A)

5) *Instrumentos musicales.*

Se trata de 8 flautas de una longitud que varía de los 18 a los 26 cm, realizadas en caña hueca, y con tres orificios en una de sus caras. Se hallan muy prolijamente acabadas; en uno de sus extremos poseen una escotadura, en algunos casos asegurada mediante una atadura de tendón.

Los ejemplares pueden no presentar decoración alguna, o bien estar decorados de la siguiente forma:

a) *Decoración pintada.* Tres ejemplares presentan una coloración rojiza en toda su extensión; el color fue dado una vez acabada la pieza, pues las ataduras también están pigmentadas. (Fig. 17 D y E).

b) *Decoración incisa.* Se observa un entrecruzamiento de dos líneas simples que envuelven la pieza resultando un diseño romboidal (Fig. 17 F). Otro motivo es el del entrecruzamiento de dos líneas paralelas con trazos transversales interiores (Fig. 17 A). Una última pieza presenta un diseño logrado en base

a puntos alineados de modo tal que determinan figuras geométricas simples. (Fig. 17 B)

c) *Decoración pintada e incisa.* Consiste en tres bandas incisas, envolventes, constituidas por dos líneas paralelas con trazos transversales en su interior; posteriormente la pieza fue pintada de rojo en toda su extensión. (Figs. 16 B y 17 G)

6) *Posibles instrumentos de tejeduría.*

a) *Agujas.* Se trata de astillas de caña altamente pulidas de 11 a 15 cm de largo y 4 cm de ancho (a la altura del ojo); su extremo apical fue muy aguzado,



FIGURA 14
Atado de cañas envuelto en pieza de red.

mientras que el distal presenta una perforación. También posibles agujas serían las espinas de cactácea. (Fig. 15 E y F)

b) *Malleros.* Son dos ejemplares de madera dura, de 9 cm de largo por 1,3 cm de ancho, de forma oblonga y con una de sus aristas muy redondeada.

7) *Recipiente.*

El único ejemplar hallado consiste en una sección de un tronco de 12,5 cm de diámetro, posiblemente de algarrobo. El tronco fue vaciado de modo de lograr un recipiente cilíndrico de 14 cm de altura. En su borde externo presenta una acanaladura que pudo haber servido para pasar una atadura y sostener un parche (¿posible tambor? [1]). (Fig. 21.)

8) *Cucharita.*

Es un ejemplar de madera dura, de 6 cm de largo, con una decoración tallada en el mango. Tal decoración realizada en altorelieve, consiste en dos bandas anulares o segmentadas. La pieza presenta un orificio en el extremo del mango. (Fig. 15 B)

9) *Pieza de madera de forma espatular con decoración incisa geométrica.*

Notable artefacto de madera dura, de coloración oscura, de 34 cm de largo por 4 cm de ancho y 2 cm de espesor; sus extremos se hallan redondeados y desgastados. Las dos terceras partes de su superficie, en ambas caras, están decoradas por una incisión o talla en bajo relieve. Los motivos son geométricos simples: zig-zag, puntos y reticulados. (Fig. 16 A)

10) *Instrumentos diversos.*

a) Pieza de madera blanda, de 8 cm de largo por 2 cm de ancho, que en un extremo presenta una terminación "en gancho" con una sección fragmentada. (Fig. 15 D)

[1] Observación del señor Jorge Depersia.

b) *Cuenta alargada de madera.* Es un pequeño tubito de 2,5 cm por 0,7 cm de ancho, perfectamente horadado, por el que pasan cuatro hilos torcidos dobles en fibra vegetal.

e) *Artefactos de hueso*

Fueron realizados en huesos de distintas especies de la fauna local (ver restos orgánicos). Aprovechando la morfología de cada pieza ósea, se fueron conformando muy diversos instrumentos, con posterior proceso de pulimento.

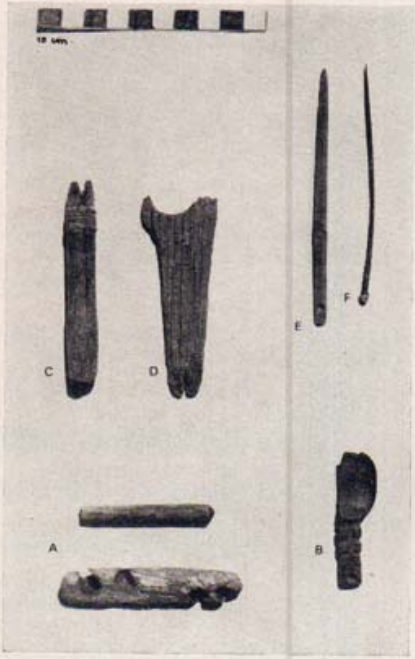


FIGURA 15
Artefactos de Madera: A: artefacto para hacer fuego; B: cucharita; C: intermediario de astil; D: artefacto de uso desconocido; E: aguja de astilla de caña; F: aguja de espina de cactacea.

En el caso de la flauta y de los colgantes se practicó la horadación de la pared ósea y en el de las pipas la ligadura de tientos. Piezas notables son las que denominamos "espátulas" por su fina decoración incisa con motivos geométricos.

En lo que se refiere a las correlaciones, puede decirse que si bien los contextos cerámicos del área, tanto en Doncellas como en Humahuaca, poseen una considerable cantidad de artefactos de hueso, los tipos encontrados en el sitio IC-c.7 difieren notablemente de ellos en la morfología de las mencionadas espátulas, la flauta, algunos tipos de colgantes y la utilización de paletas de animales.

Enumeramos a continuación los tipos de especímenes óseos hallados en el sitio:

a) Pipas tubulares
b) paletas con rastros de utilización
c) Instrumentos musicales (flauta)
d) Espátulas

f) Pendientes
g) Plaquetas
h) Tubos cortos
i) Pezuñas
j) Garra de felino.

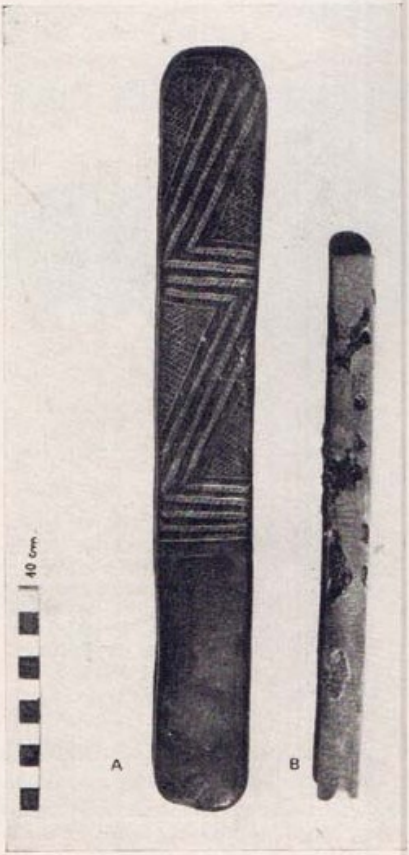


FIGURA 16
A: Pieza de madera decorada, de forma espatular; B: Flauta de madera con decoración incisa y pintada de rojo.

a) *Instrumentos musicales. Flauta.*

Consiste en un hueso largo, de 20,5 cm de longitud y 2,5 cm de ancho (posiblemente una tibia humana), desprovisto de las secciones articulares, totalmente vaciado y con tres perforaciones en su cara más plana. Posee una escotadura en uno de sus extremos. Es notable el alto grado de pulimento a que fue sometida la pieza. (Fig. 17 C)

b) *Pipas tubulares.*

Se trata de dos tubos óseos de 11 y 13 cm de longitud, respectivamente, obtenidos de una sección de un hueso largo. Los tubos poseen uno de sus extremos más estrechos y otro más ensanchado. El interior se halla totalmente ahuecado y con rastros de carbonización. Uno de estos tubos posee una envoltura de tientos. (Fig. 18 A)

c) *Paletas con rastros de utilización.*

Consisten en la pieza ósea denominada vulgarmente "paleta", proveniente de mamíferos de mediano tamaño (posiblemente vicuña). En algunas partes la pieza se halla completa, con desgaste únicamente en la parte más estrecha, a modo de mango. En otros casos, se extrajo la sección articular, mostrando la parte restante un alto grado de pulimento en su superficie y en sus aristas. Algunas presentan una cubierta de pigmento rojo, desleído. (Fig. 18 B)

d) *Espátulas.*

Poseemos tres ejemplares que varían en sus características:

1) *Espátula larga, de quijada.* Consiste en una sección de hueso de "quijada", de 25 cm de largo, en la cual se han conservado intencionalmente dos de los dientes, que integran la sección correspondiente al mango. La parte restante fue pulida y formatizada con el fin de obtener la forma espatular.
2) *Espátulas cortas, decoradas, contenidas en una envoltura de red.* Una de las piezas, de 15 cm de longitud, consiste en una sección de hueso largo, que retiene parte de la superficie articular. Esta sección actúa a modo de mango, pues no tiene gran pulimento; se observan en ella dos perforaciones. La sección restante fue conformada a modo de espátula y en la parte convexa fue decorada con incisiones. Los motivos de las mismas, son geométricos peiniformes. (Fig. 20)

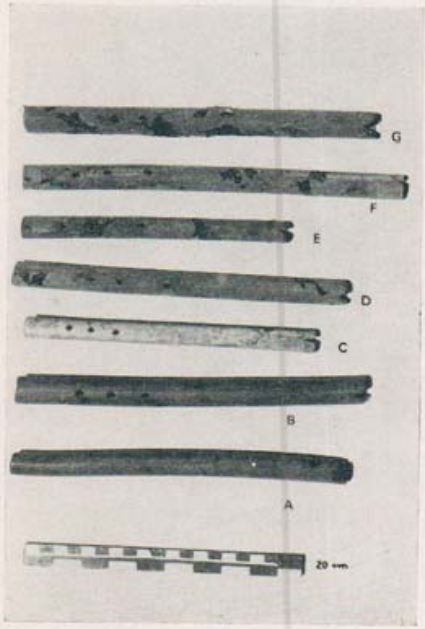


FIGURA 17
Flautas: A, B, F: con decoración incisa; D y E: pintados de rojo; G: decoración incisa y pintura roja; C: flauta de hueso.

La otra espátula, de 18 cm de largo, tiene semejantes características únicamente que conserva no sólo parte de la superficie articular, sino también del cuerpo del hueso largo, tallándose a modo de espátula solamente uno de sus extremos; presenta una única perforación en la sección articular. El cuerpo de la espátula ha sido íntegramente grabado con motivos geométricos. (Fig. 20) Ambas espátulas están contenidas en un envoltorio de bolsa de red del tipo no anudado de medio anillo.

e) *Retocadores.*

Consisten en dos astillas óseas de 9,5 cm y 10,5 cm de largo, respectivamente; cada uno de sus extremos ha sido aguzado y muestra rastros de intensa utilización. (Fig. 19 A)

f) *Pendientes.*

Se les da tal denominación, por consistir todos en piezas óseas pequeñas, con perforaciones. Una de ellas consiste en una plaqueta ósea, de forma rectangular, de 7 cm de largo por 2 cm de ancho, con una perforación en uno de sus extremos (Fig. 19 J). Otra consiste en el extremo de la quijada de un felino, que retiene sus respectivas piezas dentarias; se realizó una perforación en el hueso por la que pasa un corto lazo de tiento; hay una ligadura de tendones entre uno y otro diente (Fig. 19 H). Pendientes de caparazón de quirquincho: las mismas piezas de la caparazón fueron separadas y pulidas; se realizó una perforación en uno de sus extremos. (Fig. 19 K)

g) *Plaquetas.*

Se halló un solo ejemplar consistente simplemente en una pieza cuadrangular muy delgada, de 5 cm de largo por 2,5 cm de ancho. (Fig. 19 L)

h) *Tubos cortos.*

Consisten en secciones de huesos largos de 4 y 3 cm de largo por 1,5 cm de ancho, respectivamente, altamente pulidas tanto exterior como interiormente. (Fig. 19 F)

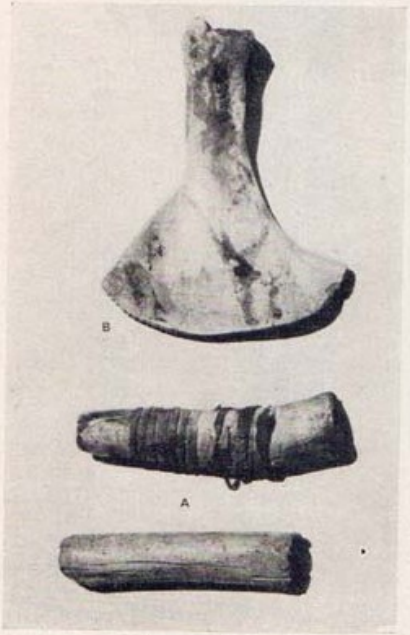


FIGURA 18
A: Pipas tubulares; B: Paleta con rastros de pintura roja.

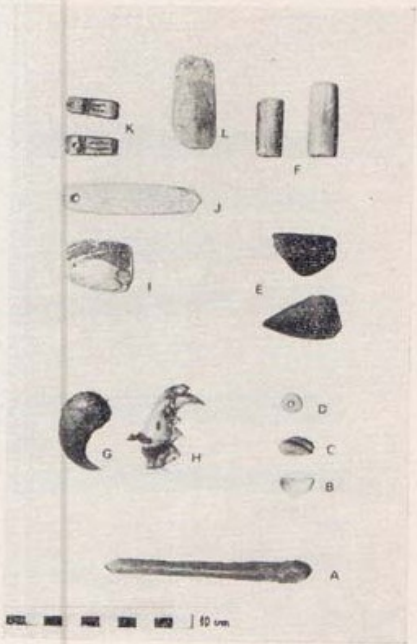


FIGURA 19
Actefactos de hueso: A: retocador; B: Cuenca discoidal grande; C: Pendiente de molusco; D: Cuenta discoidal pequeña; E: Pezuñas; F: Tubos cortos de hueso; G: Garra de felino; H: Pendiente de quijada de felino; I: Trozo de valva con perforación; J: Pendiente de hueso; K: Pendiente de placas de quirquincho; L: Plaquetas de hueso.

i) *Pezuñas.*

Es muy frecuente el hallazgo de pezuñas de camélidos, de diferentes tamaños y características. Por haber encontrado insertada en una de ellas una lasca con filo retocado, se supone que las pezuñas pudieron cumplir con la función de enmangue. (Fig. 19 E)

j) *Garra de felino.*

El único ejemplar hallado consiste en la sección córnea de la garra y la parte ósea adherida a ella. El filo de la garra, muy aguzado, indica su prolongada utilización como instrumento. (Fig. 19 G)

f) *Material malacológico*

El material malacológico es muy escaso y consiste fundamentalmente en piezas muy pequeñas. Aparentemente, se trata siempre de objetos para ser insertados y colgados (¿collares?), pues todos poseen perforación.

La especie de molusco empleada, está en curso de análisis. Se nota en



FIGURA 20

Espátulas de hueso con decoración grabada y pieza de red que las envolvía.

estas piezas la preferente selección del nácar, sometiendo la parte restante y el perímetro de la pieza a intenso pulimento. Al igual que con los materiales óseos, nos encontramos con que tal tipo de hallazgo es muy frecuente en los yacimientos del área. Interesa señalar que en la cueva I.C.c.4, cuyo contenido se halla remocionado, aparece en cantidad este tipo de cuentas de moluscos. Detallaremos a continuación los especímentes hallados.

1) *Trozo de valva con perforación*: Consiste en una sección cuadrangular de una valva, de 3,5 por 2,5 cm, en la cual se aprecia perfectamente el nácar. En esta parte se realizaron finas incisiones que no siguen un diseño definido. (Fig. 19 I)

2) *Cuentas discoidales pequeñas*: de 1 cm a 0,8 mm de diámetro; poseen los bordes muy pulidos y redondeados. (Fig. 19 D)
3) *Cuentas discoidales grandes*: de 1,9 cm de diámetro, están perfectamente redondeadas, con una de sus caras de nácar y otra opaca. (Fig. 19 B)
4) *Pequeño molusco terrestre con perforación*: La caparazón fue pulida parcialmente rebajando las estrías de la misma y realizándose luego una perforación en la cornubela. (Fig. 19 C)

g) *Trabajos sobre Calabaza*:

Si bien no se halló ninguna pieza completa que nos permita inferir la forma o función a que eran destinados los elementos de calabaza, poseemos 7 fragmentos con distintas e interesantes características que detallaremos a continuación:

1) *Fragmento de calabaza con incisiones en la superficie exterior*: Las incisiones pueden ser, o bien punteadas (alineaciones de puntos), o bien grabadas longitudinal y transversalmente, determinando un tenue reticulado. La superficie interior puede ser indistintamente pulida o áspera (natural de la calabaza). Se hallaron tres fragmentos.
2) *Fragmento de calabaza con pigmento rojo en el interior*: Este pigmento ha formado una capa que aparece seca y descascarada.

4. Restos orgánicos

Asociado al material cultural, se ha hallado buen número de material orgánico, que nos proporciona valiosos indicios acerca de lo que pudo ser la fauna y flora en época de la utilización de la cueva I.C.c.7. Asimismo amplía los datos referentes a la economía de estos indígenas. La determinación



Figura 21
Momento de la excavación. En la foto aparecen de izquierda a derecha: piezas de cuero, junto a haces de paja. Estera ligada con tientos (al fondo). Pieza de madera decorada de forma espatular. Estera atada con lana y recipiente de madera.

de los elementos vegetales y animales, se halla aún en manos de especialistas; por ello citaremos las especies por los nombres vulgares y en el caso de poseer el nombre científico, lo incluiremos.

1) *Restos orgánicos vegetales*: Entre los vegetales salvajes se cuentan distintas gramíneas principalmente "la paja" o "pasto espuro". Hay asimismo junco y cortadera, cactáceas (pasacana y airampo) churqui (semillas), algarrobo de vaina angosta y de vaina ancha y semillas diversas inidentificadas.

Respecto a los cultígenos, contamos unicamente con restos de calabaza de la especie *"Lagenaria siceraria"*, vegetal cuyo fruto se consagra principalmente a la fabricación de recipientes [1].

Interesa observar que se trata de la misma especie que aparecerá en los niveles cerámicos de la estratigrafía de Huachichocana, es decir que la tradición de su cultivo perduró hasta momentos muy tardíos. De gran significación es asimismo el hallazgo de una gota de resina vegetal (de procedencia aun inidentificada) ya que implica el conocimiento de tal tipo de materia y probablemente también su modo de obtenerla y emplearlo en la fabricación del mastic.

2) *Restos orgánicos animales*: Se agrupan en restos de mamíferos, aves e insectos.

Mamíferos: Se halló cantidad de restos óseos de grandes camélidos, sobre todo de vicuña (Vicugna vicugna sp.) y de guanaco (Lama guanicoe guanicoe sp). Huesos largos astillados (restos de alimentación) o empleados en la fabricación de instrumentos: paletas, calotas, pezuñas, etc... Asimismo parte de los cueros hallados corresponden a éstos animales (preferentemente de ejemplares jóvenes). Se emplearon las vejigas de los mismos.

Otro mamífero que registra su aparición en esta cueva, es el huemul (Hippocamelus anticensis sp.), esto es por algún resto de cuero que conserva aún el pelo característico de este animal.

Asimismo se halló cuero y pelo de pecarí chico (Tayassu tajacu sp.) y una garra de puma (Felis concolor).

Entre los mamíferos pequeños, figuran distintos géneros de roedores: viscacha de la sierra (Lagidium sp.), ratas (Crisétidos), y choschoris (Octodóntidos).

Aves: Los restos de aves consisten en plumas diversas y piezas esqueletarias de un especimen pequeño, imposible de determinar.

Insectos: Consisten en una chicharra (Homoptera cicadidas) y escarabajo (Scotibius sp.).

5. Observaciones generales

Partiendo de los indicios que brinda el conjunto puesto al descubierto en el sitio IC-c.7, es factible configurar una imagen primaria de algunos aspectos de la cultura material de estos grupos prehistóricos.

Su economía era mixta, basada en la recolección de vegetales silvestres (algarroba, churqui, cactáceas) y en la caza de camélidos (guanacos, vicu-

[1] Thomas W. Witaker, quien realizara la identificación de los restos de calabaza de la cueva IC.c.7, considera que la *Lagenaria siceraria* pudo cultivarse con la doble finalidad de emplearla como alimento (aun no alcanzada su madurez) y como recipiente.

ñas), huemul, pecaríes y roedores. En la caza eran utilizadas puntas de proyectil de distintos tipos pero particularmente las foliáceas (o lanceoladas) apedunculadas, enastadas en astiles compuestos y arrojadas seguramente con propulsor. Otra arma, utilizada seguramente en la caza de aves y pequeños mamíferos, era la honda, elaborada con tientos y fibras vegetales.

A través de ambas actividades (caza y recolección) obtenían también las materias primas para la elaboración de las piezas textiles, y cueros y huesos utilizados en la confección de piezas diversas. Por algunos de los hallazgos es factible pensar que existía un tipo de vestimenta en piezas de punto red de trama cerrada (dos piezas cosidas de gran tamaño) o bien en cuero (cueros ojalados y doblados con el pelo hacia dentro). Los hallazgos de una vincha en este material y de un palillo formatizado con raquis de plumas sujetos por un tiento, indica también la utilización de plumas para distintos usos [1]. Entre la artesanía textil y del cuero son de interés las bolsas, ya que existe en ellas una notable variedad. Las de cuero son siempre pequeñas, cosidas o simplemente dobladas, y han servido para guardar diversas sustancias, generalmente molidas o pulverizadas; entre las de red, las más pequeñas han servido para envolver o guardar objetos (espátulas decoradas, conjuntos de palos o cañas formatizadas), mientras que las de mayor tamaño y de trama abierta parecerían haber sido usadas para acarreo o acopio de materias primas (bolsa con tientos). Muchas de estas bolsas han sido encontradas 'reparadas' por una costura de tendón o pelo. Los elementos vinculados a la confección de textiles han sido las agujas de astillas de caña (con ojo), las de espinas de cactáceas y los 'malleros', usados para apretar los nudos en las redes de tal tipo.

Otras piezas textiles usadas en el atavío personal han sido las cofias, que nos refieren a los hallazgos similares peruanos (Engel, 1963). El adorno personal está indicado por varios tipos de cuentas de collar en hueso y valvas y pendientes de hueso. También habrían sido usadas como pendientes piezas destinadas a otros usos, como ser la cucharita y las espátulas decoradas.

La utilización de recipientes estaría ligada en primer término a la cestería; entre ella es de interés el hallazgo del tipo con cubierta arcillo-arenosa de carácter impermeabilizante, que indicaría su utilización para contener líquidos, rasgo que estaría ligado, a su vez, a la ausencia de alfarería. Otro elemento utilizado como recipiente ha sido la calabaza que, aparte de aparecer decorada, presenta ejemplares con la concavidad cubierta de una densa capa de pintura roja, descascarada en parte y que suponemos restos de la preparación de pigmentos aprovechando tales cavidades.

La presencia de flautas de madera (caña) y hueso nos indican la existencia de un arte musical ya desarrollado. Es apreciable el hecho de que estos instrumentos constan de tres únicos orificios para la modulación de la corriente de aire, difiriendo en ello de la morfología de los ejemplares conocidos en las Altas Culturas Andinas y aún en uso en la región.

La talla, la pintura y la incisión han sido utilizadas en la decoración de objetos diversos en madera, hueso, cuero y calabaza. Predominan los motivos

[1] En el nivel mencionado de Huachichocana se hallaron palos con emplumaduras multicolores de Ara militaris sp.; señalándose que esta especie sólo habita el área subtropical oriental.

geométricos simples en distintas combinaciones o bien aislados; un breve inventario de ellos sería el siguiente: trazos paralelos rectos, ondulados o en zig-zag; reticulados; paralelas oblicuas, curvas o rectas unidas por segmentos transversales; escaleriformes; peiniformes; puntiformes alineados y agrupados; "almenados" simples. La más compleja combinación de motivos de este tipo la presenta una de las llamadas espátulas, en la que la decoración una vez incisa fue destacada con la incorporación de pigmento negro.

La similitud que ofrecen tales motivos con las pinturas rupestres del sitio IC-c.4 y con algunos de los estimados más antiguos del sitio IC-c.1 (Inca Cueva), según las superposiciones analizadas, autorizan a pensar que los portadores del contexto que tratamos estarían vinculados con las manifestaciones más arcaicas del arte rupestre de la Quebrada de Inca Cueva.

6. *Conclusiones*

Antes de intentar un ensayo de correlación y ubicación cronológica del contexto que tratamos, es necesario recalcar ciertos factores que hacen a la caracterización del sitio IC-c.7. Nos referimos al hecho de que el mencionado contexto tiene un carácter *artificial*, entendiendo por ello una agrupación expresa e intencional de determinados objetos en un lugar físico de reducidas dimensiones, y que, por lo tanto, representa un conjunto ergológico producto de una selección de un contexto más amplio. A este hecho debe sumársele el de no haber sido hallado en una posición estratigráfica relativa que permita su ubicación inmediata con respecto a otros momentos de la ocupación prehistórica de la Quebrada de Inca Cueva. Por ello, partiendo de esta base, todo intento de cronología relativa deberá apoyarse en comparaciones tipológicas con otros contextos del área y en las consideraciones cronológicas que les estén referidas.

Nuestra primera tentativa será la de tratar de ubicar el contexto del sitio IC-c.7 en la secuencia cultural de la Quebrada de Inca Cueva, tal como ha sido esbozada por las investigaciones dadas a conocer hasta el presente. A través de ellas pueden determinarse, en forma muy generalizada, los siguientes momentos de poblamiento del área:

I. Industrias con bifaces y lascas de las cotas medias y altas sobre el nivel de base local; sitios IC-A/B/C (Garay, 1972). Comprenden conjuntos superficiales de tipo taller-paradero que utilizan como materia prima los guijarros de cuarcita. Su morfología es claramente protolítica y pueden ser correlacionados tipológicamente con las series de Zapagua y Yavi dadas a conocer por Cigliano (1968 y 1965). Topológicamente pueden distinguirse por lo menos dos fases diacrónicas.

II. Industrias con puntas de proyectil morfológicamente asimilables al Complejo Ayampitín. Aparecen en superficie en cotas correlativas con la del talud de Inca Cueva (IC-c.1) asociadas a otros tipos (sitio IC-D.) y han sido ubicadas estratigráficamente por Fernández en los niveles inferiores de Inca Cueva en relación a inhumaciones directas sin ajuar (Fernández: 1968).

III. Industrias con puntas de proyectil monofaciales (triangulares apedun-

culadas) de gran tamaño, ubicadas estratigráficamente por Fernández en Inca Cueva, indicando, según este investigador, una especialización de los grupos cazadores (op. cit.).

IV. Industrias con puntas de proyectil triangulares apedunculadas, más pequeñas que las del nivel antes mencionado, indicando en dicha secuencia un momento anterior a los cerámicos (Fernández, op. cit.)

V. Un contexto cerámico temprano con puntas triangulares apedunculadas y de base ligeramente convexa y limbo con ápice aguzado, y tipos ayampitinoides; con cerámica monocroma gris y roja con antiplástico de cuarzo. Ha sido ubicado estratigráficamente en la capa más profunda del sitio IC-c.5, inmediatamente por encima de una capa de turba que indica un momento de encharcamiento del valle superior de la Quebrada de Inca Cueva (Fernández Distel: 1972).

VI. Un contexto cerámico de filiación Humahuaca, correspondiente al horizonte bicolor negro sobre rojo. Ubicado en los niveles medios del sitio IC-c.5 (Fernández Distel, op. cit.).

VII. Un contexto Humahuaca Tardío con influencia Inca, claramente detectada a través de tiestos Cuzco polícromo asociados a los tipos cerámicos negro sobre rojo. Se lo ubica en el nivel superior del sitio antes mencionado asociado con el instrumental lítico típico de obsidiana con puntas triangulares apedunculadas pequeñas de base marcadamente escotada (Fernández Distel op. cit.).

Dentro de este marco general y teniendo en cuenta que nos apoyamos en contextos poco especificados, el correspondiente al sitio que venimos tratando presenta las siguientes características que, tomadas a modo de indicadores, nos permiten ubicarlo tentativamente en relación a los referidos momentos: 1) presencia de puntas foliáceas pequeñas, triangulares apedunculadas de base convexa y monofaciales; 2) ausencia de cerámica; 3) utilización de la calabaza como recipiente (Lagenaria siceraria) con ausencia de otros cultígenos; 4) presencia de tejidos de tipo red con ausencia de tipos de telar y/o a dos agujas. A través de estos elementos y teniendo en cuenta la especialización que implican ciertos tipos (textiles, instrumentos musicales, cestería) ubicamos este contexto entre los momentos III y V de la secuencia anterior, es decir, con anterioridad a la aparición de los primeros contextos cerámicos en el área y con posterioridad a un momento de cazadores especializados, con puntas monofaciales, de acuerdo a las investigaciones de Fernández (op. cit.).

Si bien así planteada la ubicación antedicha del contexto del sitio IC-c.7 puede parecer altamente hipotética, veamos que elementos de correlación corroboran tal afirmación. En este sentido recurrimos a la secuencia estratigráfica del sitio CH.III de la Quebrada de Huachichocana, en la que las investigaciones de Fernández Distel han puesto en evidencia un contexto acerámico con cultígenos que presenta notables afinidades con el que tratamos (ver: Cuadro comparativo de los contextos acerámicos); su posición en dicha secuencia lo señala antecediendo a un nivel cerámico pre-Humahuaca y cons-

tituyendo la base de una sucesión estratigráfica que finaliza con el momento Humahuaca-Inca (Fernández Distel, op. cit.). Teniendo en cuenta que tanto la Quebrada de Inca Cueva como la de Huachichocana representan sendas vías de acceso entre la Puna y la Quebrada de Humahuaca, en el extremo Norte y Sur de la misma respectivamente, con un habitat semejante, las secuencias culturales pueden correlacionarse sin mayores dudas de manera siguiente:

Quebrada de Huachichocana		*Quebrada de Inca Cueva*
X	Momento Humahuaca Inca	X
X	Momento Humahuaca Clásico	X
X	Momento cerámico temprano	X
CH.III, capa E	Momento precerámico tardío	IC-c.7

Estas evidencias estratigráficas están indicando la existencia en áreas marginales de la Quebrada de Humahuaca, en las vías de acceso a la Puna, en relación a un habitat de cuevas, de un Momento Precerámico Tardío [1] con una alta especialización desde el punto de vista ergológico y vinculado, en el caso de Huachichocana, a la introducción temprana de cultígenos en el ámbito Quebradeño. La presencia de ciertos tipos diagnósticos dentro del instrumental lítico, lo señalan asimismo, en una línea de especialización de las Industrias Precerámicas con puntas de proyectil foliáceas (o lanceoladas) y triangulares apedunculadas cuya alta antiguedad está confirmada en Chile por los fechados de C14 de San Pedro Viejo. (Ampuero Brito y Rivera; 1971).

El hallazgo de un contexto de este tipo tiene sus antecedentes inmediatos en el país en las investigaciones de Lagiglia en la Gruta del Indio (Lagiglia y Semper; 1962/68) Pcia. de Mendoza; y las investigaciones de Gambier y Sacchero en los Morrillos, Pcia. de San Juan (Gambier y Sacchero; 1970). De los contextos puestos en evidencia en los referidos sitios, los denominados Atuel III y Morrillos II, fechados en 3830±40 A.P. y 4410±150 A.P. respectivamente, representan, como en nuestro caso, un Momento Precerámico Tardío de recolección especializada que es inmediatamente anterior a los niveles cerámicos tempranos de ambas áreas. Las afinidades tipológicas (ver cuadro) nos remiten, en forma general a los siguientes elementos que pueden considerarse verdaderos indicadores en la correlación de contextos de este tipo en la zona Andina de Argentina y Costera de Perú y Chile: a) cordelería y textiles de tipo red con utilización de fibras vegetales; b) cestería en espiral; c) artefactos de madera y hueso con decoración geométrica; d) utilización diversa del cuero de especies no domesticadas; como registros negativos deben subrayarse la ausencia de alfarería y de textiles con técnica de telar [2].

[1] El término *Precerámico Tardío* está utilizado, en primera instancia, como denominación de un momento inmediato "pre-agroalfarero".

[2] Es importante hacer notar que en la secuencia de Atuel no sólo los materiales del nivel III, sino también gran parte de los del nivel II, guardan estrecha relación con los del sitio IC. c7 como con Morrillos II, aunque allí aparecen asociados a cerámica y cultígenos.

Tanto las secuencias de Morrillos y Atuel, como las de Chile y Perú indican por otra parte que los contextos de este tipo constituyen una base común sobre la que se sumarán la aparición de cultígenos y en un segundo momento, la de la alfarería. Una diferenciación de tal tipo podría estar dándose entre el sitio IC.c7, la capa E del sitio CH III y las capas C1-C2-C3 y la capa D de los sitios CH.V e IC-c5 en las Qdas. de Huachichocana e Inca Cueva respectivamente, pero falta aún una mayor especificación de los contextos respectivos y fechados absolutos de los mismos.

Respecto al origen y difusión de estos contextos, las investigaciones llevadas a cabo en Chile por Uhle (1922), Bird (1943), Núñez (1969, 1966) y Niemeyer-Schiapacasse (1963), entre otros, y las de Bird (1943) y Engel (1957, 1964, 1963) en Perú, indican que su distribución afecta la costa meridional peruana y septentrional de Chile y la zona Precordillerana Central y Septentrional de Argentina.

En Chile los contextos de este tipo han sido diferenciados en por lo menos dos fases precerámicas correspondientes a los Complejos Chinchorro (Aborígenes de Arica en la denominación de Uhle) y Conanoxa con fechas absolutas de 3.050 ± 170 A.C. y 1.790 ± 130 A.C. respectivamente. Ambos Complejos tienen su epígono en el denominado Complejo Faldas del Morro que conforma el Momento Cerámico Temprano en el área de Arica (Núñez, 1969). Con el primero de los mencionados contextos pueden establecerse respecto al sitio IC.c-7, las siguientes correlaciones tipológicas: a) textiles de punto de red, ovillos y cordelería de lana, utilización de la fibra vegetal; b) cestería en espiral; c) utilización de cuero y pieles de animales no domesticados, cueros con ornamentación incisa; d) puntas de proyectil lanceoladas; e) flautas de hueso; f) esteras de madera, astiles e intermediarios; g) motivos geométricos simples (escaleriformes, alineaciones de puntos) en la decoración de las piezas diversas (redes, flautas, huesos, etc.) (Uhle: 1922; Núñez: 1966, 1969a/b y Alvarez 1969).

En Perú los contextos de Engel, tanto del período Prealgodonero como del Algodonero, presentan tipos semejantes. Sobre un rápido inventario patrimonial de ambos contextos pueden aislarse los siguientes: a) textiles tipo red realizados en fibras vegetales salvajes (principalmente en el llamado "prealgodonero"); en la misma materia prima cordelería muy desarrollada; complementación con otras materias primas como ser la lana. Tejidos de semi-telar (acordonados), idénticos aún en sus menores variantes; b) confección de hondas; c) cestería en espiral con armadura no-rígida; d) confección de esteras, (variando unicamente la índole del material empleado: junco en el caso del Perú y troncos delgados en el caso del sitio IC c7); e) buen trabajo de la madera, en la que se realizaron implementos para producir el fuego, astiles completos e intermediarios, recipientes, flautas, etc.; f) artefactos en hueso, principalmente los dedicados al tejido, pulidores, espátulas, tubos, etc.; g) puntas de proyectil lanceoladas de base convexa, algunas mas bien grandes y toscas, otras pequeñas y de terminación refinada; h) decoración geométrica incisa y pintada, aplicada principalmente al hueso; i) frecuente aplicación del material malacológico para la fabricación de cuentas de collar y colgantes; j) uso de pieles y cueros con conocimiento del curtido, siempre de auquénidos salvajes.

El aspecto cronológico de ambos contextos, entre 3.500 y 1.300 A.C. el Prealgodonero y entre 1300 y 800 A.C. el Algodonero, coincide plenamente con las fechas chilenas que marcarían su dispersión Sur. Resta aún, sin embargo, la determinación del origen serrano o costero de ese Precerámico tardío (Engel 1963), siendo este un aspecto verdaderamente importante para la consideración de la cronología y las relaciones entre los contextos precordilleranos y costeros de Argentina y Chile.

De acuerdo a lo hasta aquí expuesto, puede concluirse que el sitio IC-c7 constituye un jalón más dentro de la cadena de contextos que van determinando la presencia de un Período Precerámico Tardío, de alta especialización en cuanto a su ergología y vinculado a la introducción de cultígenos en el ámbito precordillerano y costero occidental. Dentro de la Arqueología de las áreas marginales de la Quebrada de Humahuaca representa, junto con el contexto de la capa E del sitio CH.III de la Quebrada de Huachichocana, indicios de un momento del desarrollo cultural que aún no había sido puesto claramente en evidencia. Su vinculación tipológica con los contextos Morrillos II, Atuel III, con los Complejos Chinchorro y Conanoxa y los contextos de los períodos Prealgodonero y Algodonero de Engel, en Argentina, Chile y Perú respectivamente, autorizarían a suponer para este contexto una cronología tentativa comprendida dentro del Segundo Milenio A.C.[1].

BIBLIOGRAFÍA

Alvarez Miranda, Luis. 1969. Arqueología del Departamento de Arica (Secuencia Cultural del Período Preagroalfarero). En: Actas del V Congreso Nacional de Arqueología (16-20 de octubre), en La Serena. La Serena, Chile.

Ampuero Brito, Gonzalo y Rivera Díaz, Mario. 1971. Secuencia Arqueológica del Alero rocoso de San Pedro Viejo-Pichasca (Ovalle-Chile). En: Publicaciones del Museo Arqueológico de La Serena. Boletín 14, Chile.

Bird, Junius. 1943. Excavations in Northern Chile. En: Anthropological Papers of the American Museum of Natural History, vol. XXXVIII, part. IV, New York.

Boman, Eric. 1908. Antiquités de la Region Andine de la République Argentine et du désert d'Atacama. En: Imprimière Nationale, vol. 2, Paris, Francia.

Casanova, Eduardo. 1936. La Quebrada de Humahuaca. En: Junta de Historia y Numismática, Historia de la Nación Argentina, vol. 1, Buenos Aires.

Casanova, Eduardo. 1943. Comunicación sobre Doncellas. En: Boletín de la Sociedad Argentina de Antropología. Resúmenes de Actividades nº 5-6, Buenos Aires.

Casanova, Eduardo. 1966. Catálogo sistemático de Yacimientos Arqueológicos. En: Antiquitas, nº 2, Buenos Aires.

Cigliano, Eduardo M. 1965. El arte Rupestre en la Gruta de Inca Cueva. En: La Prensa, 28 de marzo de 1965, Buenos Aires.

Cigliano, Eduardo M. 1968. Panorama General de las Industrias Precerámicas del Territorio Argentino. Actas C.I.A. XXXVII (1966), vol. III, Buenos Aires.

Cigliano, Eduardo M. y Calandra, Horacio. 1965. Hallazgos arqueológicos en la Quebrada de Zapagua (Dep. Humahuaca, prov. de Jujuy). En: Anales de Arqueología y Etnología, t. XX, págs. 27-36, Mendoza.

[1] El fechaje por C.14 ha sido tramitado ante CONICET por la investigadora Prof. A. C. Sanguinetti de Bórmida en el pedido de subsidios correspondiente al período 1973/74.

DAULSBERG, PERCY. 1969. Arqueología de la Zona de Arica (Secuencia Cultural y Cuadro Cronológico). En: Actas del V Congreso Nacional de Arqueología 16-20 de octubre). La Serena, Chile.

ENGEL, FREDERIC. 1957. Sites et établissements sans Ceramique de la Côte Peruvienne. En: Journal de la Société d'Americanistes, Nouvelle Serie, t. XLVI, París.

ENGEL, FREDERIC. 1963. A Preceramic settlement of the central coast of Perú: Asia, Unit. 1. En: Transactions of the American Philosophical Society, vol. 53, Pa.t. 3, Filadelfia.

ENGEL, FREDERIC. 1964. *El Precerámico sin Algodón de la Costa Peruana. En: Actas* y Memorias del 35 Congreso Int. de Americanistas, t. 3, Méjico.

FERNÁNDEZ DISTEL, ALICIA. 1972. Excavaciones arqueológicas en las cuevas de Huachichocana, departamento de Tumbaya, prov. de Jujuy. Informe mecanografiado presentado al CONICET.

FERNÁNDEZ, JORGE. 1968. Instalaciones Humanas en la Gruta del Inca. En: Anales de Arqueología y Etnología, de la Universidad de Cuyo, nº 23, Mendoza.

FERNÁNDEZ, JORGE. 1971. Grutas y cavernas de la Puna y el Estudio de los Sedimentos Holocenos. En: Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, t. V, Nueva Serie, Buenos Aires.

GARAY, MERCEDES A. 1972. Relevamiento, prospección y estudios en cuevas de las inmediaciones del Río Chulín (Jujuy). Cursillo de Especialización en Arqueología (mecanografiado). Univ. de Bs. As.

GAMBIER, MARIANO y SACCHERO, PABLO. 1970. Secuencias Culturales y Cronológicas para el S.O. de la provincia de San Juan, Rep. Argentina. En: Hunuc-Huar, Publicaciones del Museo Arqueológico de la Univ. D. F. Sarmiento, nº 1, año I. San Juan.

GONZÁLEZ, ALBERTO REX. 1960. La estratigrafía de la Gruta de Intihuasi (Prov. de San Luis) y sus relaciones con otros sitios precerámicos de Sudamérica. En: Revista del Instituto de Antropología, Universidad Nacional de Córdoba. T. 1. Córdoba.

GONZÁLEZ, ALBERTO REX. 1963. Problemas Arqueológicos de la Puna Argentina. En: Univ. Nac. Autónoma. Inst. Nac. de Antropología e Historia (Homenaje al Dr. Pedro Bosch Gimpera en el septuagésimo aniversario de su nacimiento), Méjico.

LAFÓN, CIRO RENE. 1964. El arte antiguo Humahuaca. En: Homenaje a Francisco Márquez Miranda. Universidad de Madrid, Sevilla.

LAGIGLIA, HUMBERTO y SEMPER, JUAN. Excavaciones arqueológicas en el Rincón del Atuel (Gruta del Indio), dpto. de San Rafael, Mendoza. En: Separata de la Revista Científica de Investigaciones del Museo de Historia Natural de San Rafael (Mendoza). Tomo 1, octubre de 1962/1968, nc 4.

MILLÁN DE PALAVECINO, DELIA. 1962. Antiguas técnicas textiles del territorio argentino y su comparación con las del Nivel Neolítico. El Instrumental. En: Argentina, Comisión Nacional Ejecutiva del Sesquicentenario, Jornadas Internacionales de Arq. y Etnografía, t. 2, Buenos Aires.

MILLÁN DE PALAVECINO, DELIA. 1964. Tentativa de Codificación para la Nomenclatura de las técnicas textiles más frecuentes. En: Primera Conv. Nac. de Antropología, Inst. de Antropología, 1ª parte, Córdoba.

NÚÑEZ, LAUTARO. 1966. Recientes fechados Radiocarbónicos de la Arqueología del Norte de Chile. En: Boletín de la Univ. de Chile, nº 64-65.

NÚÑEZ, LAUTARO. 1969. El Primer fechado Radiocarbónico del Complejo Faldas de Morro en el Sitio Tarapacá 40 y algunas consideraciones básicas. En: Actas del V Congreso Nacional de Arqueología (16-20 de octubre), La Serena, Chile.

NÚÑEZ, LAUTARO. 1969. Panorama Arqueológico del Norte de Chile. En: Mesa redonda de Ciencias Prehistóricas y Antropológica. Pontificia Universidad Católica del Perú. Instituto Lima Agüero, Lima, Perú.

NIEMEYER, HANS. 1963. Cultura Preagrícola de Conanoxa (nota preliminar). En: Congreso Internacional de Arqueología de San Pedro de Atacama. Anales de la Universidad del Norte, nº 2, Chile.

Niemeyer, Hans y Schiappacasse, Virgilio. 1963. Investigaciones Arqueológicas en las terrazas de Conanoxa, Valle de Camarones (Prov. de Tarapacá). En: Rev. Univ. Católica, Anales de la Academia Chilena de Ciencias Naturales, nº 28, Santiago.

O'Neale, Lila M. 1932. Tejidos del Período Primitivo de Paracas. En: Revista del Museo Nacional, nº 2, Lima, Perú.

Schobinger, Juan. 1963. Prehistoria de Sudamérica. Nueva Colección Labor. Editorial Labor, Barcelona.

Uhle, Max. 1922. Fundamentos Etnicos y Arqueológicos de Arica y Tacna. 2º Ed. Quito, Ecuador.

CUADRO COMPARATIVO DE LOS CONTEXTOS ACERÁMICOS

	Inca Cueva; Sitio IC-c. 7 (Prov. de Jujuy)	*Huachichocana; Sitio CH. III capa E (Pcia. de Jujuy)* [1]
Material lítico	Puntas de proyectil apedunculadas de limbo foliáceo; apedunculadas de limbo triangular con lados convexos y base convexa o recta. Rastros de mastic (negro) en la porción superior del limbo. Instrumentos de retoque marginal y bifacial sobre lascas pequeñas.	Puntas de proyectil apedunculadas lanceoladas de bordes aserrados con base cóncava y/o convexa; apedunculadas triangulares de lados y base recta, de lados y base convexa, y de lados asimétricos. Raspadores carenados, piezas foliáceas y lascas con retoques sumarios.
Textiles (redes y tejidos)	Redes anudadas y no anudadas de enlace simple y doble, empleadas en la fabricación de bolsas y cofías. Técnica de semitelar ("twinned"). Hondas de tientos y fibras vegetales. Motivos geométricos simples (en rojo) en bolsas de punto red.	
Textiles (cordelería)	Hilos y cordeles de torcido simple en lana, fibras vegetales y pelo humano. Cordeles ornamentados. Nudos.	Cordeles en fibras vegetales (princip. pasto). Cordeles en lana de camélidos silvestres. Artesanía del emplumado. Nudos.
Cestería	En espiral con armadura de varillas sujetas por una cubierta areno-arcillosa. En espiral sin armadura. Técnica de cestería aplicada a la cubierta de piezas de madera.	Arrollada simple, en espiral con y sin armadura (en pasto y otros vegetales de la zona).
Cueros	Bolsitas cosidas y dobladas conteniendo sustancias diversas. Atados. Vinchas. Fragmentos decorados por incisión (motivos geométricos) o pintados (en rojo). Cueros curtidos y doblados con el pelo hacia adentro.	Utilización de pequeñas vejigas en la confección de sonajeros.
Artefactos de madera	Recipiente o tambor (?). Fragmentos de astiles de caña con decoración incisa o pintada (en rojo). Intermediario de astil con acanaladura de inserción. Estera de cañas decoradas, ligadas con tientos. Pieza rectangular con decoración geométrica tallada. Cucharita. Agujas y malleros. Flautas decoradas por incisión, incisión y pintura (rojo), o punteado. Artefactos para hacer fuego por fricción rotativa.	Troncos largos y delgados, pulidos y formatizados. Troncos cortos pulidos, uno con decoración geométrica incisa. Fragmentos de cañas coloreadas en rojo.
Artefactos de hueso	Pendiente de mandíbula de felino. Flauta. Espátulas decoradas. Pinas (?). Tubitos. Pezuñas de auquénidos. Garra de felino.	Punzones. Retocadores. Instrumento tubular.
Objetos Malacológicos	Pendientes de valvas. Cuentas discoidales.	Cuentas discoidales pequeñas.

[1] Extractado de A. Fernández Distel (1972).

ARGENTINOS MENCIONADOS EN EL TEXTO

Los Morrillos; Gruta 1, capa II (Pcia. de San Juan)[2]	*Gruta del Indio; Horizonte Medio Atuel III (Prov. de Mendoza)*[3]
Puntas de proyectil lanceoladas chicas, medianas y grandes; apedunculadas triangulares grandes, medianas y pequeñas de lados convexos y base convexa o recta. Rastros de mastic negro y rojo. Molinos planos. Raspadores, perforadores y raederas de varios tipos.	Esquirlas
Red de doble retorcido. (Coberturas púbicas de plumas con costuras de fibras vegetales).	Tejido "en cadena" de fibras vegetales, con urdimbre. Mallas o redes de enlace sencillo con doble torcedura en lana y pelos humanos; otras del mismo tipo, de tejido más flojo, en lana. Red con motivo geométrico escalonado (en lana). Técnica del retorcido (twinned) empleando haces dobles. Tejidos de punto bareta.
Costuras en lana y fibras vegetales. Cordeles de fibras vegetales, cabellos y lana retorcida.	Cordeles de tiento, retorcidos, con nudos sosteniendo raquis de plumas. Trenzados de fibras vegetales. Nudos en cordeles.
En espiral, de junquillo, decorada con motivo geométrico.	Estera de juncos unidos con hojas acintadas de juncos.
Cueros curtidos utilizados con el pelo hacia adentro (de zorros y puma preferentemente). Cueros cosidos con fibras vegetales. Tientos de tendones.	Cordeles de tiento.
Palitos para hacer fuego por fricción rotativa. Astiles fragmentados y enteros (cortos, de 25 cm) coloreados o grabados. El hallazgo de cañas indica que son astiles compuestos. Bolas de madera. Estólica de algarrobo.	"Muro de contención" o empalizada. Carocitos de chañar horadados. Cañas de carrizo con y sin pintura. Palos con los extremos espatulados y redondeados.
Muñequera de uñas de avestruz, garras de pájaro y huesecillos. Taco de estólica. Puñales, punzones y retocadores.	Tubo de hueso de ave con los extremos grabados (líneas entrecruzadas).
Chaquiras de concha. Valvas marinas.	

[2] Extractado de M. Gambier y P. Sacchero (1970).
[3] Extractado de J. V. Semper y H. A. Lagiglia (1968).

	Inca Cueva; Sitio IC-c. 7	*Huachichocana; Sitio CH. III capa E*
Calabazas	Fragmentos decorados por incisión o punteado. Fragmento con interior pintado en rojo. Variedad: Lagenaria siceraria.	
Vegetales de recolección	Algarroba. Churqui.	Algarroba (?). Cactáceas (tronco, espinas, flores y frutos).
Cultígenos	Calabaza (Lagenaria siceraria)	Poroto (Phaseolus sp.). Papa (Solanum tuberosum). Maíz (Zea Mais). Ají (Capsicum cf. frutescens).
Restos de fauna	Roedores: Vizcacha de la sierra (Lagidium sp.). Ratas (crisétidos), choschoris (octodónticos). Camélidos silvestres: Vicuña (Vicugna vicugna sp.). Guanaco (Lama guanicoe sp.). Cueros de Huemul (Hippocamelus anticensis sp.). Cueros de Pecarí (Tayassu tayacu sp.).	Roedores: vizcacha (Lagidium s. p.), cuises y ratas (crisétidos y octodóntidos). Camélidos silvestres (Camelidae sp., sudamericanos), animales jóvenes, neonatos y nonatos. Aves: Guacamayo de frente roja. (Ara militaris). Lechuza campanario (Tyto alba sp.). Huevos de perdiz. Insectos: Coleópteros (algunos originarios de zonas húmedas) y Orthoptera.
Funebria		Inhumación secundaria con esqueleto incompleto (únicamente el esqueleto inferior), los huesos envueltos por paja y pelo y cubiertos por lajas. Fogón adyacente donde se realizó la inhumación del cráneo, éste intencionalmente destruido y carbonizado. Sin ajuar.

Los Morrillos. Gruta 1, Capa II	*Gruta del Indio; Horizonte Medio Atuel III*
Algarroba y otros frutos y raíces.	Chañar, vegetales silvestres.
Vizcacha de la sierra; avestruz americano; aves diversas: grandes camélidos ("alimento principal": 1970; 53).	Lagidium sp. Ctenomys sp. Lama guanicoe sp., Lama sp. Rhea americana albascens.
Paquetes de párvulos y adultos envueltos en cueros, con el pelo hacia adentro, atados con cordones de lana y/o cabellos trenzados. Posición decúbito dorsal con las extremidades algo flectadas.	Adulto envuelto en una estera confeccionada con cañas de cortadera y carrizo. Posición decúbito dorsal; extremidades momificadas.

SOBRE LA POSIBLE EXISTENCIA DE GRUPOS PIGMOMORFOS EN EL NOROESTE ARGENTINO

Armando Vivante
Delfor Horacio Chiappe

En diciembre del año próximo pasado, los autores, en compañía del doctor Néstor Homero Palma, y con la colaboración del Ministerio de Bienestar Social de la Provincia de Salta, realizaron una rápida prospección en la localidad de Santa Victoria Oeste, departamento del mismo nombre del Estado argentino.

Santa Victoria Oeste, es un pequeño pueblo cuya historia es casi totalmente desconocida. Según las referencias que nos fue posible recoger, el 7 de octubre de 1828, el entonces Cura Vicario, propietario y ministro, Victorio Fernández López, realizó ante testigos una "certificación para todos los tiempos", de acuerdo a su propia expresión, señalando el origen del pueblo, es decir que en el año 1803, por "mandato y consentimiento" del Señor Marqués de Tojo Don Juan José Feliciano Campero y Fernández, dentro de los actuales límites se lo habría fundado.

La denominación de "Pueblo de Santa Victoria", le fue dada por el hecho de venerarse en la recién construida iglesia del lugar, la imagen de "Santa Victoria, virgen y mártir de Jesucristo".

Actualmente, y en marcado contraste con su aspecto de fértil oasis, en medio del austero y agresivo paisaje puneño, el pueblo de Santa Victoria Oeste, presenta claros signos de marcada decadencia de un pasado más próspero basado en la agricultura, la ganadería y la venta de madera que era extraída trabajosamente de la densa selva que cubre las faldas de los cerros de San José y Cañañí, distantes unos 50 y 35 km, respectivamente, del centro de la población. La población se halla formada hoy día por siete familias, que aún conservan rasgos de sus antepasados españoles y muchas de sus costumbres, dedicados, en especial, al comercio y otras treinta en las que predominan netamente los caracteres nativos. El pueblo centraliza así mismo la actividad del resto de los pobladores, que se encuentran diseminados por los cerros vecinos, entre los que podemos citar: Papa Chacra, Cañañí, Chorro, La Fal-

da, El Mesón, Huerta, Acoyte, Punco Vizcana, entre otros, habitados por individuos de pobre condición social y de origen indígena y cuya economía depende de la cría del ganado en pequeña escala y la agricultura practicada en terrenos pobres, desgastados constantemente por la intensa erosión. Anualmente contratados por las zafras tucumanas, se produce el éxodo en masa de la población hacia dicha zona, quedando entonces el cuidado de las fincas, a cargo de los ancianos y los niños. La edificación típica es de paredes de piedra y barro con techos de paja y barro y piso de tierra. El ajuar, tosco y primitivo, es muy escaso.

A pesar de que existe un moderno centro médico asistencial provisto de algunos importantes elementos, así como de una usina eléctrica, la mortandad infantil post-natal, sobre todo, es muy grande, motivado esto por las condiciones de pobreza, rechazo y alejamiento que padecen los habitantes.

A los problemas citados y otros de orden sanitario, deben agregarse los relacionados con la falta de fuentes de trabajo, todo lo cual origina muy serios problemas socioeconómicos, cuyo estudio correspondería realizar a la Antropología Social.

En oportunidad del viaje a que hicimos referencia, nos llamó la atención el caso de un individuo mujer, típico representante de los habitantes de la zona en cuanto a su indumentaria y modo de expresarse, pero que, dentro de una apariencia normal en lo que a físico se refiere, presentaba una estatura que, a simple vista, corresponde a las de las razas muy bajas o pigmeas. Poco después, en base a buenos informantes de la localidad, supimos de la existencia de varias familias entre cuyos miembros se encontraban individuos de muy baja estatura.

Por supuesto, en base a lo observado y a las noticias recibidas, de inmediato se actualizó el tema planteado por uno de nosotros (A.V.) [1] acerca de la existencia hipotética de pigmomorfos americanos prehispánicos y se consideró de máximo interés ampliar y detectar, preliminarmente, la realidad de individuos muy bajos de Santa Victoria y justificar, así, un estudio más amplio, metódico y con todas las exigencias del caso. [2]

La investigación preliminar que nos propusimos, no tenía por objeto, y esto debe quedar bien claro, demostrar la hipótesis de la existencia de una humanidad pigmea americana prehispánica, sino verificar su viabilidad, y consideramos que hablar de pigmeos en Santa Victoria Oeste, antes del estudio en profundidad y extensión de su población, sería prematuro.

Con este propósito, en enero del presente año, uno de nosotros (CH), volvió al lugar para planear el estudio propuesto. En esta ocasión se realizó el relevamiento somatoscópico y somatométrico de algunos de los habitantes, que según nuestro entender se ajustaban a los cánones pigmomorfos y cuyos resultados anticipamos aquí.

Este material, no tiene el carácter de una muestra, como tampoco es

[1] Vivante Armando: *Estado actual de la discusión de los pigmeos americanos*; en Revista del Museo de La Plata (*n.s.*), tomo V, Antropología, nº 28, La Plata, 1963: 193-263.

[2] A principios de este año, el periodismo anticipó e interpretó por su cuenta nuestras primeras observaciones sobre la presunta existencia de pigmomorfos en la localidad de Santa Victoria Oeste.

suficiente como para extraer conclusiones, en cualquier sentido que fuere; no obstante, tiene valor significativo tanto por tratarse de cuatro individuos con todas las características de ser normales y que, por otra parte no son los únicos dentro de la población actual.

Las conclusiones podrán extraerse cuando la suma de individuos estudiados sea más significativa de acuerdo a la población total y se incluyan, entre los datos relevados, los que se refieren a hematología, huellas dactilares, palmares y plantares, así como el análisis vertical y horizontal de las familias, con un sentido genealógico, genético, biotipológico, etnológico, etc.

Con esta intención y esta perspectiva, que creemos de sumo interés anticipar, es que presentamos, con el carácter de nota previa, los datos obtenidos.

	Protocolo Nº 1 67 años	Protocolo Nº 2 62 años	Protocolo Nº 3 49 años	Protocolo Nº 4 72 años	
CEFALOMETRIA					
Largo sagital máximo	173	172	174	172	
Ancho transverso máximo	132	129	132	131	
Altura cefálica	120	128	124	122	
Indice horizontal	76,3	75,2	75,1	76,3	
Indice longitudino vertical	69,3	70,2	70,2	69,1	
Indice transverso vertical	90,9	88,6	92,1	89,6	
SOMATOMETRIA					
Estatura total	1291	1320	1322	1301	
Estatura sentado	687	690	761	703	
Indice córmico	52,4	51,8	51,3	53,2	

TABLA

La presente tabla es un extracto de los protocolos pertenecientes a las principales medidas correspondientes a los individuos estudiados.



FIGURA 1

Nativa de Santa Victoria Oeste, de Salta, de 67 años, cuya estatura es de 1,291 m. (protocolo nº 1 de la tabla anexa.) Fotografía de enero 1973.



FIGURA 2

Habitante de la misma localidad, de 49 años, 1,322 m de estatura (protocolo nº 3, de la tabla anexa). Fotografía de enero de 1973.

"LA ALUMBRERA" - ANTOFAGASTA DE LA SIERRA - UN MODELO DE ECOLOGIA CULTURAL PREHISPANICA

Rodolfo A. Raffino y Eduardo M. Cigliano [1]

INTRODUCCION

Este trabajo forma parte de una serie de notas que nos hemos propuesto abordar, en torno al proceso de *"adaptación vertical"*, llevado a cabo por las sociedades arqueológicas arraigadas dentro del ámbito del noroeste argentino, las que han sido definidas como "modelos de adaptación ecológica cultural". El primero de estos modelos ha estado referido al caso del control vertical de tres ambientes ecológicos o *"pisos"*, efectuado por las sociedades urbanas en la Quebrada del Toro y sus aledaños, Provincia de Salta, durante la segunda mitad del Período Agrícola Alfarero Tardío o Intermedio Tardío [2]. El propósito es interpretar, haciendo uso de las inmensas posibilidades que ofrece el campo de la Antropología Cultural, los datos obtenidos por medio de la investigación arqueológica, aplicando, a la vez, los resultados de las investigaciones que sobre el *"control vertical"* ha efectuado J. Murra [3] en los Andes peruanos.

El dominio témporo-espacial de este modelo de adaptación cultural se ubicará en el oasis de Antofagasta de la Sierra, situado al noroeste de la Provincia de Catamarca, en el sector meridional del altiplano puneño argentino, y tenderá a interpretar las causas que produjeron la compleja mecánica adaptativa realizada por los grupos prehispánicos durante las postrimerías del Período Agrícola Alfarero Tardío (1200-1450 A.D.) y Horizonte Inca (1450-1540 A. D.); tratando, aunque brevemente, de esquematizar, la problemática de los períodos y etapas culturales anteriores al Tardío e Incaico, los

[1] Doctores en Ciencias Naturales; Orientación Antropología. Cátedra Técnica de la Investigación Arqueológica. Fac. Cienc. Nat. Univ. Nac. La Plata.

[2] Cigliano E. M. y Raffino R. A. —1973— "Tastil, un modelo cultural de adaptación, funcionamiento y desarrollo de una sociedad urbana prehistórica del N.O. argentino" en Relaciones de la Soc. Argentina de Antropología; T. VII; N.S. Buenos Aires.

[3] Murra, J. —1972— "El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas"; en Universidad Hermínio Valdizán; T. II. Huánuco. Perú.

cuales van conformando el esquema prehistórico del oasis de Antofagasta de la Sierra.

HISTORIA CULTURAL

Referencias arqueológicas: J. B. Ambrosetti (1904), E. Boman (1908) F. Kühn (1912), V. Weiser (1923), A. M. Lorandi (1966), P. Krapovickas (1968), O. Barrionuevo (1969), N. H. Palma (1969 y 1972).



FIGURA 1
Mapa de la zona. 1) El Jote; 2) El Peñón; 3) Pasto Ventura; 4) Laguna Colorada; 5) Corral Quemado; 6) Puerta de San José; 7) El Eje; 8) Hualfín.

No obstante las considerables referencias bibliográficas, efectuadas por especialistas, la historia cultural de las etapas anteriores a la conquista española, el oasis de Antofagasta de la Sierra es, hasta el presente, fragmentaria. La razones aparentes de esta escasez de datos deben buscarse en la falta de trabajos intensivos de arqueología de campo, que permitan completar el cuadro de desarrollo, en especial para aquellas etapas anteriores al Período Tardío.

Tentativamente, para el oasis de Antofagasta de la Sierra reconoceremos las siguientes etapas de desarrollo:

1. *Etapa Paleoindia o Precerámica:*

La información que poseemos de los más antiguos pobladores de la zona proviene de dos prospecciones que realizáramos en diferentes épocas, cuyos resultados fueron muy satisfactorios, pues se han detectado una serie de yacimientos superficiales y abrigos, con sedimentos fértiles, desde el punto de vista arqueológico.

Los sitios superficiales determinados se encuentran en terrazas altas del Salar del Hombre Muerto (kilómetro 117 de la Ruta Nacional 53), en terrazas fluviales del Río Punilla, en el sitio Paicuqui, y en la zona de los farallones del Río de Las Pitas. En este último sector es donde se localizan los abrigos con materiales precerámicos aún no excavados [4].

En vista del tipo de yacimiento y la distribución de los artefactos y desechos líticos, podemos suponer que se trataba de pequeños grupos o microbandas, de traslado contínuo, probablemente con un nomadismo sin restricciones. Sus modos de vida y economía no se pueden aún determinar con precisión; aunque debieron perseguir, en forma sistemática, a los desplazamientos de la fauna, principalmente de camélidos y animales mayores de la región, complementando su dieta con la recolección.

Desde el punto de vista tecnológico, a través de los elementos líticos hallados, podemos separar dos industrias, ya bien diferenciadas, desde el punto de vista morfológico; una de lascas toscas obtenidas a partir de grandes núcleos de basalto (S-km 117-I) formando talleres, en los que, hasta ahora, no se han hallado bifaces. La segunda industria precerámica, mucho mejor representada, es la que pertenece a la tradición de puntas de proyectil, alojada en sitios (Paicuqui y Río Las Pitas) que demuestran ser talleres. Dentro de la tradición de puntas de proyectil se pueden distinguir, a la vez, formas pertenecientes a dos complejos diferentes: Ayampitín-Agua de los Loros, por un lado, y a Saladillo por el otro (Cigliano E. M. y Calandra H; 1971, 154). La presencia de puntas de proyectil similares a las Ayampitín nos está indicando que, por lo menos hacia el sexto milenio antes de Cristo, el oasis podría encontrarse poblado por grupos de cazadores recolectores especializados.

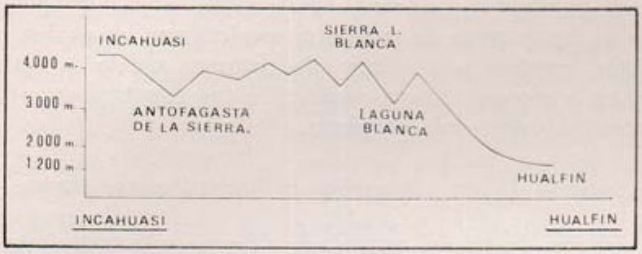


FIGURA 2
Perfil de Antofagasta de la Sierra al valle de Hualfín.

De modo general podríamos decir que a estos grupos de cazadores recolectores ayampitinoides, le sucederían otros grupos de cazadores y recolectores especializados y estacionales, portadores de otro tipo de instrumento: la punta de proyectil más pequeña, de forma lanceolada o almendrada, con bordes y base convexa. Esta suposición parte de los diferentes tipos de artefactos, y la idea que dan los talleres, de haber sido utilizados en forma contínua du-

[4] El sitio Km 117 presenta una notable superposición de artefactos; los elementos precerámicos se encuentran *asociados in situ* con otros desechos de talla y núcleos, ligados, probablemente, a la elaboración de palas de piedra e instrumentos de labranza, pertenecientes a culturas agrícolas más recientes.

rante varios años, favorecidos por la abundante materia prima existente y por las condiciones ambientales. Las excavaciones a realizarse, en los futuros trabajos de la División Antropología del Museo de La Plata, en los abrigos de los farallones, los cuales pueden ser los verdaderos paraderos, así como el estudio contextual de las recolecciones superficiales, pueden dar la secuencia precerámica de Antofagasta de la Sierra.

2. *Etapa Protoformativa o de Cultivo Incipiente:*

Las evidencias culturales atribuíbles a la etapa Protoformativa son nulas hasta el momento. Es notorio que, en Antofagasta de la Sierra, como en el resto del noroeste argentino, aún no se ha dedicado al estudio de esta etapa con la importancia que merece.

A pesar de la falta de datos pensamos que es posible que los oasis del altiplano puneño, entre los que se encuentra Antofagasta de la Sierra, pueden plantear una problemática por demás apasionante, que sólo será resuelta mediante los trabajos intensivos de campo, en especial sobre cuevas y abrigos. Podemos tal vez pensar que, dentro de los ambientes ecológicos favorables del altiplano puneño, caso de los oasis, pudo darse el proceso de domesticación de cultígenos y animales adaptados a esos ambientes, tales como la quinoa (*Chenopodium quinoa*), la papa (*Solanum tuberosum; div. var.*), la llama (*Lamma sp.*), y el cavia (Familia *Caviidae; div. géneros*); en la actualidad se conocen varias especies de cavias, atribuibles a tres o cuatro géneros, que habitan el altiplano puneño argentino, y que pudieron haber sido utilizados como alimentos en épocas prehispánicas. Este proceso de domesticación es el elemento básico que define a la etapa Protoformativa. [5]

La segunda hipótesis a plantear quedaría centrada en la posibilidad de una supervivencia de las culturas de cazadores recolectores, los cuales, al domesticar el camélido, asimilan una cultura de pastores; siendo la agricultura un complemento en la economía, cuya adquisición fue más tardía, proveniente de otros ambientes ecológicos más propícios.

3. *Período Agrícola Alfarero Temprano o Formativo meridional:*

La introducción, dentro del oasis, de la alfarería y la agricultura no parecería modificar sustancialmente la forma de vida, ya que, si bien la difusión de estas nuevas ideas, se incorpora en el ambiente ecológico, la economía de caza-recolección perdura, llegando a constituir, con la domesticación de la llama y su pastoreo, la fuente primordial de recursos para estos grupos humanos.

La presencia de culturas atribuibles a niveles formativos o temprano y medios en Antofagasta de la Sierra, se encuentran poco manifiestas, debido, en cierta forma, a la falta de investigaciones intensivas. Ana M. Lorandi (Op. cit.; 132) señala, en base a la presencia de figuras felínicas y elementos decorativos draconiformes en el arte rupestre, rasgos decorativos propios de las culturas Ciénaga y La Aguada; elementos éstos que consideramos insuficien-

[5] Recientes investigaciones, efectuadas en la puna jujeña y Quebrada de Humahuaca, quizás puedan aportar pruebas concretas al respecto (Fernández Distel A. A.; Aguerre, A. M.; Aschero, C. A. 1973).

tes como testimonio de estas entidades, ya que dicho trabajo se basa, en el oasis, en inferencias de carácter indirecto. Es de esperar que futuras investigaciones permitan aclarar la problemática local en torno a la presencia o no de estas entidades, cuyos hábitats son propios de otros ambientes ecológicos: valles bajos de Catamarca y La Rioja, pero cuyas manifestaciones se han encontrado en un ambiente similar y cercano a Antofagasta de la Sierra; tal es el caso de los vasos Ciénaga y Condorhuasi, no así La Aguada, mencionados por González (1963; 60) para el oasis de Laguna Blanca.

Muy interesantes son los hallazgos dados a conocer por O. Barrionuevo (Op. cit.; s/p) en los que ilustra dos vasos de cerámica gris-negra, de paredes verticales, base plana y asa vertical, que fueron obtenidos en Antofagasta de la Sierra. De ellos no se da a conocer su procedencia exacta. Estos ejemplares son atribuibles por nosotros a culturas tempranas. Piezas similares han sido halladas y dadas a conocer por P. Krapovickas para el sitio Tebenquiche (1955; 18) y por nosotros en Las Cuevas, (Cigliano E. M., Raffino, R. A. y Calandra H. A.; 1972); se los ha encontrado también en Potrero Grande y Cerro El Dique (Raffino, R. A. 1972), sitios éstos pertenecientes a niveles formativos de la Quebrada del Toro. En las Cuevas, los jarros de cerámica gris se encuentran alojados en capas que han proporcionado una antiguedad del 535 ± 60 antes de Cristo, para los niveles inferiores y 255 ± 50 después de Cristo, para los superiores. Esta alfarería presenta notorias similitudes con los tipos monocromo gris-negro de la Fase Río Diablo de A. González y J. Pérez (1972; 152). Aquí es importante insistir sobre algo que habíamos mencionado anteriormente; la gran antigüedad manifestada en la Quebrada del Toro y su notoria dispersión espacial, pueden estar indicándonos la existencia de un verdadero horizonte monocromo inicial.

Finalmente, debemos mencionar la existencia de un sector ocupado por canchones de cultivo y recintos circulares o elípticos, ubicados en una zona deprimida, sobre la margen septentrional de la laguna de Antofagasta de la Sierra, al Sur de la población actual. Se trata de canchones de forma rectangular o cuadrangular, emplazados sobre antiguas playas de la laguna de poca pendiente. Lo más significativo de este sitio, aún no excavado, está dado por la existencia de algunos recintos circulares de pequeñas dimensiones que se encuentran diseminados entre los canchones. La superficie que ocupan estas construcciones oscila alrededor de las 30 hectáreas. De este yacimiento no poseemos, aún, una filiación precisa.

El arte rupestre:

El arte rupestre manifestado en los petroglifos del oasis de Antofagasta de la Sierra plantea, al igual que en otras zonas, los mismos problemas de estilo, correlaciones y cronología cultural. A pesar de la riqueza excepcional que se encuentran en los grabados, poco es lo que se conoce. Nuestro propósito actual es el de efectuar un estudio sistemático de los mismos, con la finalidad de intentar un cuadro general del arte rupestre de la zona.

En base a los materiales que hemos documentado, podemos inferir la existencia de tres sectores, los que estarían relacionados con otras tantas tradiciones. Algunas de las representaciones esquematizadas, seminaturalistas y naturalistas son aquellas que, por su estilo, se las puede correlacionar con repre-

sentaciones pertenecientes a entidades del Período Tardío, en especial con Belén. En este sentido creemos confirmar las correctas apreciaciones, aunque con ciertas dudas, que fueron formuladas por A. M. Lorandi (op. cit.; 156). También es muy sugestiva la presencia de representaciones zoo y antropomorfas, las cuales, le han permitido a esta autora realizar una correlación con culturas tempranas y medias, tales como Ciénaga y La Aguada (op. cit.; 152). Los futuros trabajos de campo resolverán esta cuestión.

El gran predominio de formas diversas de camélidos, a veces asociados con figuras antropomorfas, nos está demostrando un mundo mágico relacionado con la caza, el pastoreo y la reproducción del ganado, y su supervivencia, a través de los períodos alfareros, reflejan, hasta hoy día, la mentalidad cazadora y pastora de los pobladores de esta región.

4. *Período Agrícolo Alfarero Tardío o Intermedio Tardío:*

La Alumbrera.

Las ruinas del sitio de La Alumbrera se levantan a unos 7 kilómetros al Sur de la actual población de Antofagasta de la Sierra, a 3440 m.s.n.m.; sobre el faldeo de dos cerros de poca altura, de origen volcánico, que emergen de la margen meridional de la laguna de Antofagasta de la Sierra. El emplazamiento, o sector habitacional adquiere mayor concentración sobre la ladera Norte de los cerros. La desigualdad del terreno no afectó, mayormente, la construcción de las viviendas y, como resultado de ello hemos hallado recintos, en su forma clásica, para esta etapa cultural, es decir, de plantas rectangulares y cuadrangulares, a veces con esquinas interiores redondeadas.

Comparada con otras poblaciones de la época, parece ser que La Alumbrera carecería de una distribución formal de las estructuras habitacionales, dan-



Figura 3
La Alumbrera, unidad habitacional.

do la impresión de no ir más allá de un simple nucleamiento. A pesar de ello, se observan pequeñas y ondulantes callejuelas delimitadas por paredes o muros ciegos de viviendas.

Las estructuras habitacionales están bien conservadas, siendo la materia prima la roca basáltica de color negro, que abunda en las laderas de los volcanes, sobre cuya base se erigió el conglomerado. Dado el tipo de materia prima utilizada para la construcción de las paredes, y la protección que, en cierta forma, le brindaron los volcanes, ha sido muy poca la destrucción.

En la mayoría de los casos los pisos de las viviendas se encuentran cubiertos de arena, llegando ésta a tener un espesor considerable. Para la elaboración de los recintos se ha empleado la técnica tardía de doble pared, efectuada con gran prolijidad. Las piedras se encuentran ensambladas unas con otras, sin aparente utilización de mortero; en muchos casos, las pircas sobrepasan los dos metros de altura. Las puertas son angostas, sin orientación constante, y están magníficamente construídas. En una de las construcciones centrales se destaca perfectamente una escalera de piedra, delimitada por altas paredes, en forma de espiral, con una curvatura de casi 180°; fue construida para poder salvar el desnivel entre dos recintos. Además, en esa misma unidad habitacional, se observa una mejor terminación de los muros, los que tienen más de dos metros de altura, con un escalón o rampa en la parte superior, a modo de vía de desplazamiento.

Se han ubicado tumbas o entierros múltiples, secundarios, del tipo clásico Belén. Estas estructuras responden a una planta circular, sin ordenamiento muy claro en superficie.

Como dato de interés cabe mencionar la existencia de una gran muralla que protege a la población, en forma de "U", con la parte abierta hacia la laguna y convergiendo hacia la ladera del volcán. Funciona como un perfecto muro de contención.



FIGURA 4
La Alumbrera; entrada a una unidad habitacional

Hasta el momento actual de nuestras investigaciones, es muy difícil poder calcular el número exacto de habitantes que pudo albergar este "conglomerado"; tentativamente, podemos suponer que, osciló entre los 300 y 800 habitantes.

En conclusión, y a los efectos de tratar de adscribirlo dentro de un patrón de instalación ya conocido para el noroeste argentino, podríamos definirlo como un "Conglomerado sin fortificación"; donde el grado de protección lo aporta la propia naturaleza del terreno, que es muy irregular, y no las construcciones en sí. Se observan unos 100 recintos de planta tendientes a rectangular y cuadrangular, contiguos unos a otros. Es muy común observar las asociaciones de dos o tres recintos, por medio de intermuros, configurando unidades habitacionales compuestas. En menor proporción se observan también recintos rectangulares aislados.

Patrón de poblamiento

La interpretación del patrón de poblamiento del sitio arqueológico de La Alumbrera parte de la siguiente consideración: a nuestro juicio, La Alumbrera no llegó a poseer el desarrollo urbano de otros congéneres pertenecientes al Período Tardío del noroeste argentino, en especial, si, lo comparamos a Tastil. Los elementos arquitectónicos generales de La Alumbrera lo muestran como una instalación de tipo conglomerado, sin fortificación, donde el carácter de difícil acceso, muy diluído, lo da la propia naturaleza del terreno. Este sitio, pudo albergar, como ya lo adelantáramos, a una considerable población, pero carece de los elementos claros que denotan la existencia de una planificación urbana, con elementos arquitectónicos, tanto morfológica como fun-



FIGURA 5
"Chulpas" ubicadas al sudoeste de Coyparcito.

cionalmente diferentes. En especial no se observan en La Alumbrera la existencia de vías de desplazamiento principales dentro del conglomerado; algunos pocos senderos, diseminados irregularmente por la superficie del sitio, parecen indicar una simple necesidad de desplazamiento, resuelta rudimentariamente, más que el producto de una idea preconcebida de planeamiento.

Análogas perspectivas ofrecen las consideraciones que podemos vertir sobre otros elementos arquitectónicos, propios de un centro urbano planificado o pseudoplanificado, tales como las plazoletas o lugares de mercado, cementerios y basurales. El primero de estos elementos, las plazoletas o lugares de mercado, detectables por medio de la existencia de lugares vacíos y de considerable superficie, parecen estar ausentes dentro del sector habitacional. No obstante ello, no queremos significar con esto que no los hubiera, porque podrían ubicarse por fuera del conglomerado habitacional; sino que, al igual que en el caso de las callejuelas, probablemente dentro de la concepción de agrupamiento no existió, *"a priori"*, la idea de aislar un espacio considerable para esta función, y que, cuando esta idea se gestó, el campo habitacional no ofrecía, dentro de él, posibilidades. Nuestra hipótesis, la cual será desarrollada más adelante, es que La Alumbrera fue un sitio sumamente estratégico donde se concentraba parte de la energía producida en el altiplano puneño, para ser truequeada o, en definitiva, comercializada, con productos exóticos a la Puna, provenientes de los valles de las Provincias de Catamarca y La Rioja, del dominio de la Cultura Belén. De tal manera que la práctica intensiva de esas actividades de trueque necesitó, dentro o fuera del campo habitacional, de un sitio específico donde se cristalizara este rol, es decir, de un lugar de mercado.

En cuanto a los elementos restantes, el campo de los muertos o cementerio y los basurales, creemos que dentro del ámbito del noroeste argentino su significado no está aún claro, para definir, por su ubicación en relación al campo habitacional, el mayor o menor énfasis urbano, como parecen serlo las plazas y las vías de desplazamiento. En La Alumbrera la ubicación concreta de las inhumaciones será conocida con posterioridad a los trabajos de campo, no intensificadas hasta el momento.

En síntesis, y tomando como patrón comparativo a Tastil, consideramos que La Alumbrera carece de los elementos urbanísticos típicos que permitirían, a través de su control, y de los análisis morfológico y funcional, definirlo como una *ciudad* o *centro urbano*, no cumpliendo además con la mayoría de los criterios expuestos por J. Hardoy (1964; 23) para definir a una ciudad precolombiana.

Expuesto ya nuestro criterio en torno a las pautas urbanísticas de La Alumbrera, entraremos al análisis del *"ecosistema"* o *"sistema ecológico cultural"* que pudo ser desarrollado durante el Período Agrícolo Alfarero Tardío, y que tuvo como protagonista a este conglomerado sin fortificación.

La moderna arqueología del Valle del Hualfín ha abordado, aunque tal vez en forma muy esquemática, el estudio del contexto cultural Belén. No obstante la existencia de magníficos aportes, efectuados por Bennett (1948), González (1954 y 1955), González y Pérez (1972), éstos últimos efectuados con el básico auxilio de la cronología absoluta, carecemos hasta el presente, de trabajos donde se aborde el estudio del Período Tardío, concretamente de sus patro-

nes de poblamiento, con el desarrollo analítico que el tema requiere. Estos trabajos serán fundamentales, en especial si recordamos que sobre esta región se poseen magníficos aportes referidos a los Períodos Temprano y Medio, efectuados por González (1956 y 1961-64).

En base a la bibliografía mencionada podemos intentar algunos conceptos en torno al patrón de poblamiento de la Cultura Belén. Es indudable que los asentamientos varían en detalle, pero en líneas generales parecen poseer un denominador común; casi todo poblado Belén de la última fase cultural: Belén III, se caracteriza por ser una instalación de arquitectura sobre piedra, de tipo conglomerado o aglutinamiento, emplazado sobre lugares donde prevalece el factor estratégico; los asentamientos se localizan en zonas preferentemente elevadas, pudiéndose pensar entonces que la dinámica geopolítica de la época imponía la ubicación de los poblados en zonas facilmente defendibles haciendo prevalecer esta causa por sobre el factor económico, en virtud a que los terrenos aptos para la agricultura podrían estar alejados de los poblados, es decir en zonas bajas, próximas a los cursos de agua, o en conos de deyección, favorables para la explotación agrícola.

En este sentido, el sitio arqueológico de La Alumbrera parece discrepar, en parte, con sus congéneres del Valle de Hualfín, pudiendo ser un ejemplo de excepción a la regla, ya que la población se alojó al pie de uno de los volcanes, no prevaleciendo el carácter defensivo. Esta disimilitud entre los centros urbanos tardíos del Valle de Hualfín y La Alumbrera puede obedecer a causas geopolíticas; la ausencia, por ejemplo, dentro del área de influencia de Antofagasta de la Sierra, de otros poblados que compitieran con La Alumbrera por la posesión de recursos económicos, que diera lugar a conflictos, e impusiera el carácter defensivo a las instalaciones.

Una segunda explicación puede basarse en la existencia de factores ecológicos, los que indudablemente pudieron haber producido las disimilitudes entre poblados pertenecientes a una misma cultura, pero ubicados en diferentes *"ambientes ecológicos"*. Esta hipótesis puede apoyarse en las aparentes diferencias que se observan entre la explotación de los recursos. Los aportes económicos de La Alumbrera se enfatizaron sobre el pastoreo, la obtención de lana y la recolección de sal, mientras que en el Valle de Hualfín los aportes básicos eran los que provenían de la agricultura.

Una tercera explicación a estas disimilitudes debe, inevitablemente, recaer, en la tremenda complejidad de la cultura, cuyas aleatoriedades son, a veces, imposibles de detectar a través de la fragmentaria técnica arqueológica.

EL FENOMENO DEL CONTROL VERTICAL

Nuestra hipótesis trata en considerar a La Alumbrera como un sitio de avanzada, ubicado dentro de un ambiente ecológico, u oasis de la puna, de una cultura, Belén, cuyo hábitat natural pertenece a otro ambiente ecológico, el de valle. Aquí es donde interviene el concepto de *"control vertical"*, en virtud a que la diferenciación entre los ambientes ecológicos de oasis de Puna y los valles más bajos de Catamarca está dada por la diferencia de altitud, que es el elemento físico que impone la separación de dos pisos ecológicos, el de la Puna, a más de 4000 metros de altura, con un medio natural que condiciona un sistema económico con énfasis en la ganadería, la producción de la lana y

la recolección de la sal; el de oasis de Puna, donde a éstos aportes económicos se les puede sumar el de la agricultura de cultígenos de altura; y el del Valle de Hualfín, con una altitud promedio de 1300 metros, con énfasis en la agricultura de cultígenos más templados, y en la recolección.

Desde el punto de vista arqueológico, estos contactos se pueden detectar a través de grupos o comunidades pertenecientes a otras etapas culturales anteriores, pero es evidente, de acuerdo al caso que planteamos, con relación al control vertical de Tastil y la Quebrada del Toro, que es durante el Período Agrícola Alfarero Tardío donde puede considerárselo como un fenómeno cultural organizado, donde adquiere un carácter que se manifiesta, ahora, en varias subáreas arqueológicas y que, con posterioridad, lo volvemos a encontrar, con mayor grado de organización aún, con el horizonte Inca, y las poblaciones actuales.

> "Creemos que el control de los pisos ecológicos, fenómeno conocido en los andes peruanos con el nombre de *"verticalidad"*, parece manifestarse en el noroeste argentino, en forma organizada, durante el Período Agrícola Alfarero Tardío."

Una pregunta inmediata, que surge a *"posteriori"* del análisis ceramológico y estructural del sitio La Alumbrera, es sobre cuáles fueron las razones que han empujado al hombre de la Cultura Belén, a vivir en otro ambiente ecológico y en un área geográfica diferente. Para poder contestar a esta pregunta es necesario analizar el fenómeno hombre-ecosistema o, en otro sentido, área ecológica-área cultural. Antofagasta de la Sierra es, para nuestro caso, ecológicamente oasis de Puna, pero culturalmente es zona de contacto entre culturas de contexo puneño y Belén (Valliserrana). La Alumbrera sería una población culturalmente Belén III, que actuaría como avanzada del límite ecológico natural u originario: el Valle de Hualfín. Es una forma de nexo con poblaciones puneñas. Funcionaría como un centro de intercambio y almacenamiento, dependiente de uno o más centros administrativos, y a la vez, de suministro de productos del Valle de Hualfín, para el intercambio con mercancías o, en otras palabras, energía, obtenidas en la Puna.

Este fenómeno de control de pisos ecológicos distintos persiste en la actualidad; las materias primas obtenidas en la Puna, la lana de llama y oveja, principalmente, son concentradas en Antofagasta de la Sierra para ser trasportadas, a lomo de mula, hacia el Valle de Hualfín (Palma; 1972; 252), requiriéndose para ello seis jornadas de marcha (ver apéndice). Una vez en el Valle son vendidas o intercambiadas con productos obtenidos en ese ambiente ecológico.

Vale la pena ahora, analizar las disimilitudes existentes entre La Alumbrera y Tastil, es decir, entre los modelos culturales del Período Agrícolo Alfarero Tardío de la Quebrada del Toro y Antofagasta de la Sierra, los cuales se vislumbraban ya cuando comparamos los respectivos patrones de poblamiento y que, sobre éstas bases, pueden ser proyectados al complejo dominio de la geopolítica prehispánica.

Al analizar el rol que desempeñó Tastil dentro del ambiente ecológico de la Quebrada del Toro, habíamos establecido que éste fue un *"centro urbano"* o *"ciudad"* donde pudo ubicarse el poder político-administrativo, comportándose como principal consumidor de la energía producida en su ambiente, e inclu-

so de otros pisos o ambientes ecológicos aledaños, los cuales controlaba. Es por ello, que Tastil debió soportar un considerable, casi podría decirse, abrumador, aumento de densidad de población urbana, lo que produjo una serie de dificultades que debió resolver; de allí la presencia de elementos urbanos, tanto morfológica como funcionalmente diferentes pero superpuestos *"in situ"*, como los basurales sobre tumbas, unidades habitacionales sobre basurales, callejuelas rellenas con basura, etc. Pero es importante destacar que, a pesar de esta dificultad, los elementos urbanos primordiales no perdieron la funcionabilidad para los cuales fueron creados; las plazas, vías de desplazamiento y basurales, originalmente trazados en el centro del aglutinamiento, no fueron aparentemente modificados a consecuencias del aumento de unidades habitacionales.

En este sentido, no obstante la contemporaneidad con Tastil, La Alumbrera no presenta la diferenciación urbana de aquél, además, su población fue considerablemente menor. La explicación de estas disimilitudes parece ser muy tangible; el comportamiento de La Alumbrera, dentro de su ecosistema, es el de una *"colonia-avanzada"*, dependiente de uno o más centros políticos administrativos ubicados por fuera de su ambiente mientras que Tastil fue un centro político administrativo. La Alumbrera pudo desempeñar un rol, en relación al Valle de Hualfín, semejante al que cumplieron Morohuasi y Puerta de Tastil en relación a Tastil. La diferencia existente entre ambos modelos de ecología cultural prehispánica recide en que: La Alumbrera se ubica por fuera del ambiente ecológico de su probable centro político administrativo, mientras que Morohuasi y Puerta de Tastil pertenecen al mismo ambiente ecológico o piso que Tastil.

Cuando dispongamos de mayores elementos de juicio en torno a la problemática del Período Tardío del Valle de Hualfín podremos completar o, contrariamente, dejar de lado, este modelo de ecología cultural que aquí planteamos.

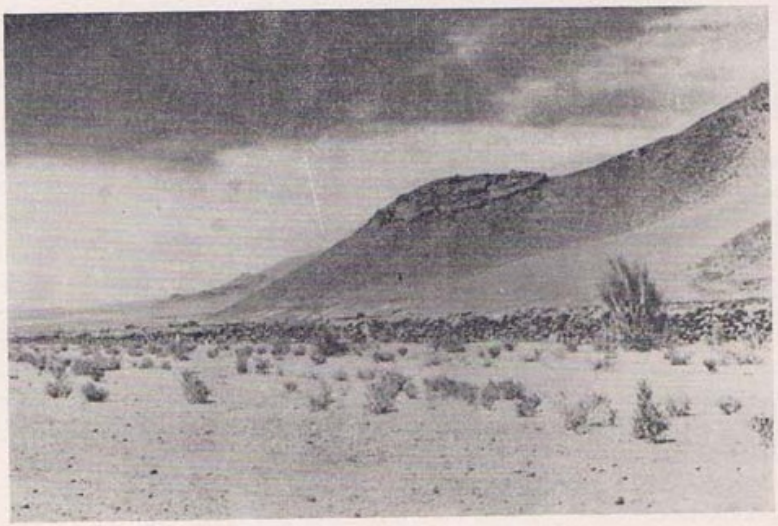


FIGURA 6
Yacimiento Coyparcito.

Coyparcito

A poco menos de 5 kilómetros al sudoeste de la actual población de Antofagasta de la Sierra, sobre la cima de un cerro de unos 200 metros de altura, se encuentran las ruinas denominadas de Coyparcito. Dos murallas circulares concéntricas rodean una serie de recintos habitacionles de paredes de piedra de planta rectangular, y otras construcciones, también de piedra, más pequeñas, de planta circular, que pudieron servir como sitios de enterratorios.

El sitio es de muy difícil acceso, no solamente por la abrupta pendiente del cerro, sino también por la presencia de la doble muralla. Se trata, indudablemente, de un poblado fortificado, donde las murallas demuestran la preocupación defensiva de sus habitantes.

Desde el punto de vista cronológico, la alfarería recogida en superficie, y la disposición de la estructura habitacional, permite ubicarlo como perteneciente al horizonte Inca [6].

Coyparcito es otro de los clásicos sitios del noroeste argentino que representan el momento incaico, en Antofagasta de la Sierra, como en muchos otros sitios similares; la presencia de un yacimiento de esta cultura puede obedecer a tres causas fundamentales:

1. Se trataría de una posta o *"tambería"*, cuya finalidad fue la de servir de enlace para las comunicaciones que los incas trazaron por el ámbito del noroeste argentino. En este caso, el sitio Coyparcito nos estaría indicando una etapa en la ruta que uniría el altiplano puneño con el sector occidental de la Subárea Valliserrana.
2. La segunda posibilidad que justificaría la existencia de Coyparcito, puede fundamentarse en la explotación, por parte de los incas, de los recursos naturales del oasis, o de sus proximidades, uno de los cuales podría ser la minería del cobre, oro y plata [7]. En este caso se trataría de una instalación más permanente, con objetivos fijos en el oasis.
3. La tercer hipótesis, indudablemente la más compleja en su demostración, estaría fundamentada en la existencia de vinculaciones culturo-comerciales entre Coyparcito y La Alumbrera. Es evidente que esta hipótesis ofrece las perspectivas de una apasionante problemática, donde entrarían en juego aspectos de competencia de dos culturas de diferentes niveles de desarrollo: "una pequeña colonia incaica en contacto con una población-colonia-avanzada de la Cultura Belén".

[6] J. B. Ambrosetti (Op. cit.; 17) da a conocer dos sepulcros excavados por G. Gerling; se trata de dos cistas circulares con techo en falsa bóveda, ocupada por enterratorios colectivos y acompañados por un ajuar de alfarería decorada perteneciente a los tipos Yocavil Polícromo y un aribaloide incaico. El material de madera, óseo y la cestería que acompañan a la cerámica son identificados con culturas de contexto puneño. De éstos dos sepulcros no se dá la ubicación precisa. No obstante ello pensamos que, de acuerdo a los materiales hallados, pueden ser considerados como vinculados a Coyparcito.

[7] Este es el caso observado en Abra de Las Minas (Raffino R.; 1969, 15) sitio ubicado al noreste de Antofagasta de la Sierra, donde se han detectado las ruinas de un *"rectángulo perimetral compuesto"*, incaico, asociado directamente a una serie de socavones que alojan escorias de mineral de cobre.

Este fenómeno tal vez nos pueda explicar el fundamento de la fortificación dispuesta en torno a Coyparcito, sitio que pudo asentarse en Antofagasta de la Sierra en una época en que La Alumbrera ya funcionaba como eje del ambiente ecológico, e indudablemente, modificar el enlace La Alumbrera-Valle de Hualfín.

Los contactos entre grupos incaicos y culturas ya arraigadas en el noroeste argentino se han reiterado en diferentes ambientes ecológicos; como pruebas de ello quedan evidenciados sitios donde se observa el patrón de instalación incaico, asociado directamente con otros patrones de instalación pertenecientes a culturas del Período Tardío final. Estas vinculaciones se encuentran reforzadas por las asociaciones de la alfarería. De aquí surgen relaciones simbióticas que enlazan entidades como las Belén-Inca, Santa María-Inca, Humahuaca-Inca y Calchaquí-Inca, entre otras. Desafortunadamente, y desde el punto de vista de la geopolítica prehispánicas, estamos aún lejos de arribar a conclusiones precisas que nos aclaren la naturaleza del Horizonte Inca en la Argentina. Lo cierto, y muy significativo es, que las instalaciones incaicas pueden estar fuertemente fortificadas, en unos casos, o ser simples *"rectángulos perimetrales compuestos"* (G. Madrazo y M. Ottonello; 1966; 61), sin fortificar y emplazados en zonas bajas, en otros. Estas disimilitudes entre yacimientos pertenecientes a una misma cultura, ubicados en diferentes lugares, bien puede obedecer a una estategia utilizada en cada asentamiento, según las condiciones que cada lugar presentaba.

Lo concreto que hasta el momento aporta la arqueología es que La Alumbrera puede pertenecer a la última fase de la Cultura Belen, o Belen III; lo que significaría que se encontraría ubicado en pleno horizonte incaico, y que entre Coyparcito y La Alumbrera existe una distancia no mayor de 5 kilómetros. Asimismo, los autores de esta nota han recogido, al pie de las ruinas de Coyparcito, fragmentos pertenecientes a cerámica Belén.

No será exclusivamente la arqueología, sino un estudio interdisciplinario, donde intervenga el básico aporte de la etnohistoria, las que resolverán definitivamente esta problemática.

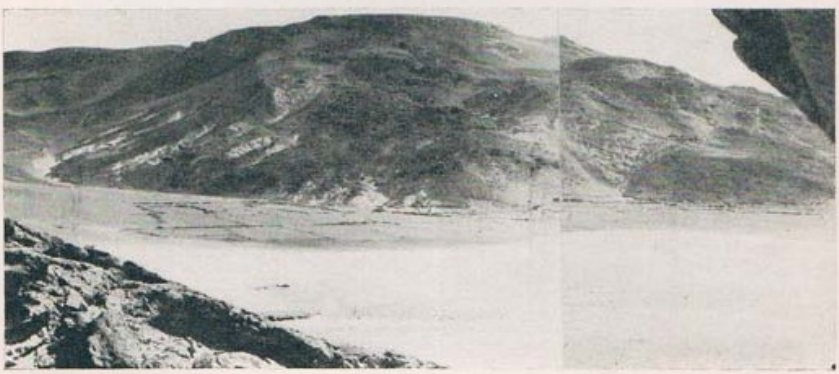


FIGURA 7
Vista del cerro Coyparcito, al pie canchones de cultivos.

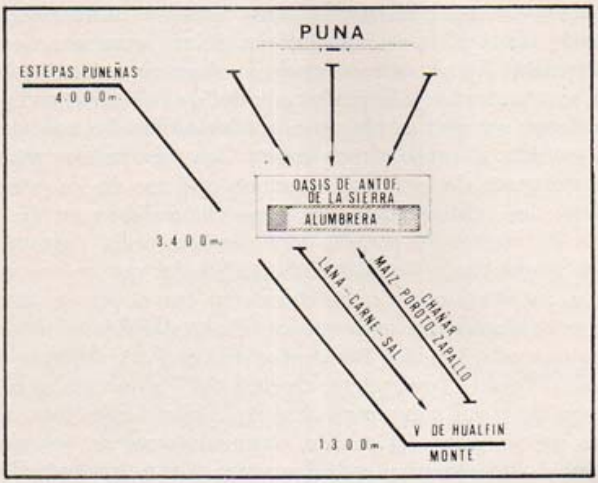


FIGURA 8
Esquema del control vertical.

Los aspectos que hemos abordado, al tratar estos casos de modelos de ecología cultural, se orientan hacia la comprensión de las culturas prehispánicas del noroeste argentino. Se erigen, en otras palabras, como una interpretación tentativa, de la geopolítica prehispánica .Los caminos que deben surcarse, para tal fin, son tremendamente complejos, pero estimamos que es el momento de recorrerlos. La base de estas investigaciones se apoyan directamente en la arqueología, en la proyección al ecosistema actual y, aunque todavía en menor medida, en la etnohistoria. Somos conscientes que algunas de las inferencias, expuestas en estas páginas, son susceptibles de revisión; las cuales, en virtud del incesante progreso de las ciencias antropológicas, serán posibles realizarlas, día a día, con mayor profundidad.

APENDICE

ASPECTOS DEL ECOSISTEMA ACTUAL

En la actualidad la principal fuente de recursos económicos de Antofagasta de la Sierra está basada en la producción de lana (llama, oveja, cabra ;en menor proporción alpaca y vicuña), la que es muy abundante, aproximadamente unas 20 toneladas anuales. Esta lana es acopiada en Antofagasta de la Sierra, proveniente de las regiones aledañas, para ser transportadas, por medio de tropas de burros al Valle de Hualfín, especialmente a Belén, que es una de los principales centros textiles del Valle.

La producción lanar es utilizada para la obtención, por medio del trueque, de los alimentos exóticos dentro del ambiente de Puna, además de ropas, útiles

escolares, coca, alcohol, etc. [8]. El resto de la energía producida dentro del ecosistema está compuesta por la carne (llama, oveja y cabra principalmente), que, como es de suponer, es muy abundante. Sobre la carne no existe un comercio o intercambio fijo. En menor grado se observan algunas prácticas agrícolas, las que se orientan hacia la producción de la alfalfa, destinada para forraje; en proporciones menores se observa parcelas sembradas con quinoa, haba, trigo, papa y centeno. El maíz es muy escaso. Con referencia al poco desarrollo agrícola de Antofagasta de la Sierra, es notorio que uno de los principales motivos es el clima; los cultivos adaptados a ese clima deben ser de crecimiento muy rápido, a los efectos de permitir una siembra tardía (agosto, setiembre, octubre), para resguardar a las plantas de las heladas que se extienden durante la primavera. Asimismo es necesario mencionar que el poco potencial hidráulico existente es producido por consecuencia de los deshielos, debido a que las lluvias son muy escasas. Los ríos Paicuqui y de Las Pitas arrastran anualmente un regular caudal de agua, proveniente de deshielo, las que son canalizadas, por medio de acequias, y utilizadas para el riego. Todos los cultivos son regados artificialmente por acequias. No se han observado represas, tajamares o sitios especiales para el almacenamiento de las aguas. En Antofagasta de la Sierra, aunque en mucha menor escala, se utiliza en la actualidad la misma técnica agrícola observada en la Quebrada del Toro, es decir la de *"pseudoirrigación artificial"* o *"irrigación con agua de avenida"* (Raffino, R.; 1972 y 1973).

La sal recolectada en los salares aledaños a Antofagasta de La Sierra, salares de Carachipampa, Hachi, Hombre Muerto, Diablillos y Ratones, es distribuída hacia *"Hualfín de los Valles"* y también hacia los valles de Salta. Se la extrae en forma de panes, los que son transportados a lomo de mula.

Es básico destacar que los productos exportables del oasis, la lana y la sal, son comerciados principalmente con localidades del Valle de Hualfín. De esta forma se establece, entre estas regiones, una ruta de comercio muy activa. Las jornadas que efectúan las tropas, desde Antofagasta de la Sierra al Valle son seis, pasándose por los siguientes parajes:

1ª jornada: Desde Antofagasta de La Sierra a *"El Jote"*, hay 55 km aprox.

2ª jornada: Desde *"El Jote"* a *"El Peñón"* o a *"Pasto Ventura"*, al oeste de Laguna Blanca; Hay unos 55 km aprox.

3ª jornada: Se llega a *"Laguna Colorada"*, hay 50 km. Hasta aquí es buen camino.

4ª jornada: Desde *"Laguna Colorada"* a *"Corral Quemado"*, a unos 55 km. Este es el primer pueblito del Valle, donde se producen los primeros comercios e intercambios.

5ª jornada: Desde *"Corral Quemado"* a *"Puerta de San José"*; 55 km.

6ª jornada: Desde *"Puerta de San José"* a *"Belén"*; hay unos 30 km. Se trata de un sendero que marcha por una quebrada cerrada, con cursos de agua y mal camino.

La bifurcación hacia *"Hualfín"* se encuentra en un paraje llamado *"El*

[8] Los informes de la producción actual y de los parajes y distancias que aquí se presentan, han sido obtenidos del señor Santiago Reales, comerciante y terrateniente oriundo de la zona. Queremos expresar nuestro agradecimiento a las Stas. Licenciada María C. Bianchetti y Liliana Madrid por la estimable colaboración en favor de la recopilación de estos datos.

Eje", que queda en el trayecto entre *"Corral Quemado"* y *"Puerta de San José"*. Desde allí a *"Hualfín"* hay aproximadamente una jornada.

Este sendero de herradura es posible que se deba haber utilizado desde épocas muy antiguas, probablemente prehispánicas; es evidente que será utilizado hasta que pueda construírse una ruta vial que comunique Antofagasta de la Sierra con el Valle de Hualfín, la que producirá un reemplazo, aunque tal vez no total, de las tropas de mulas por vehículos modernos.

BIBLIOGRAFIA

AMBROSETTI, J. B. 1904. "Apuntes sobre la arqueología de la Puna de Atacama". Rev. Mus. La Plata; T. XII; pp. 1-30. La Plata.

BARRIONUEVO, O. 1969. "Yacimientos arqueológicos de La Hoyada de Antofagasta de La Sierra". Talleres Gráficos La Verdad. Catamarca.

BENNETT, W. y otros, 1948. "Northwest Argentine Archeology". Yale Univ. Public. in Anthrop. Nº 38. New Haven.

BOMAN, E. 1908. "Antiquites de la Región Andine de la Republique Argentine et du désert d'Atacama". París.

CIGLIANO, E. M. y CALANDRA, H. A. 1971. "En torno a dos sitios precerámicos del Departamento de Rosario de Lerma". Relac. Soc. Argentina de Antrop. T.V., N.S.; Nº 2; pp. 153-162. Buenos Aires.

CIGLIANO, E. M., RAFFINO, R. A. y CALANDRA, H. A. 1972. "Nuevos aportes para el conocimiento de las entidades alfareras más tempranas del N.O. argentino". Relac. Soc. Argentina de Antrop. T. VI, N.S.; pp. 225-236. Buenos Aires.

CIGLIANO, E. M., RAFFINO, R. A. y otros. 1973. "Tastil, una ciudad preincaica Argentina". Ediciones Cabargón. Buenos Aires.

CIGLIANO, E. M. y RAFFINO, R. A. 1973 b. "Tastil, un modelo cultural de adaptación, funcionamiento y desarrollo de una sociedad urbana prehistórica". Relac. Soc. Argentina de Antrop. T. VII. N. S. Buenos Aires.

FERNÁNDEZ, DISTEL, A. A.; AGUERRE, A. M. y ASCHERO, C. A. 1973. "Un sitio acerámico en la quebrada de Inca Cueva". Relac. Soc. Argentina de Antrop. T. VII; N.S., Buenos Aires.

GONZÁLEZ, A. R. 1954. "La caza pozo en el Noroeste argentino". Rev. Mus. Municip. de Cienc. Nat. y Trad. de Mar del Plata. V. 1. Mar del Plata.

— 1955. "Contextos culturales y cronología relativa en el área central del N. O. argentino" (Nota preliminar). Anal. Arqueol. y Etnol. T. XI. Fac. Fil. y Let. Univ. Nac. de Cuyo. Mendoza.

— 1956. "La Cultura Condorhuasi del Noroeste argentino" (Apuntes preliminares para su estudio). RUNA, vol. VII, parte 1ª Buenos Aires.

— 1960. "Nuevas fechas de la cronología arqueológica obtenidas por el método de radiocarbón (IV)". Rev. Inst. de Antrop. T. I. Univ. Nac. de Córdoba. Córdoba

— 1961-64. "La cultura de La Aguada del N.O. argentino". Rev. Inst. de Antrop. T. II-III. Univ. Nac. de Córdoba. Córdoba.

— 1963. "Las tradiciones alfareras del Período Temprano del N.O. argentino y sus relaciones con las de las áreas aledañas". Anal. de la Univ. de Norte. Nº 2; pp. 49-61. Antofagasta.

GONZÁLEZ, A. R. y PEREZ, J. 1972. "Argentina Indígena vísperas de la conquista". Edic. Paidós. Buenos Aires.

HARDOY, J. 1964. "Las ciudades precolombianas". Edic. Infinito. Buenos Aires.

KRAPOVICKAS, P. 1955. "El yacimiento de Tebenquiche" (Puna de Atacama). Public. del Inst. de Arqueol. III, pp. 1-40. Fac. Fil. y Let. Univ. Nac. de Buenos Aires. Buenos Aires.

— 1968. "Subárea de la Puna Argentina". Actas del XXXVII Congres. Int. de Amer. V. II; pp. 235-271. Buenos Aires.

KÜHN, F. 1912. "El petroglifo del Peñón" (Antofagasta de la Sierra). Actas del XVII Congreso Internacional de Amér. Buenos Aires.

LORANDI, A. M. 1966. "El arte rupestre del N.O. argentino" DEDALO, año II, Nº 4; pp. 15-172. Mus. de Arte y Arqueol. Univ. Sao Pablo. Sao Pablo.

MADRAZO, G y OTTONELLO, M. 1966. "Tipos de instalación prehispánica en la región de la Puna y su borde". MONOGRAFIAS, Nº 1. Mus. Etnográf. Munic. Olavarría.

MURRA, J. 1972. "El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas". Univ. Herminio Valdizán. T. II; pp. 429-476. Huánuco.

PALMA, N. H. 1969. "Antofagasta de la Sierra, pasado y presente de un típico pueblo puneño". La Prensa; Sec. Ilust., 9 de nov. Buenos Aires.

— 1972. "Transfiguraciones antropológicas de la Puna Argentina". Rev. Mus. La Plata; Antrop. T. VII; pp. 239-296. La Plata.

RAFFINO, R. A. 1969. "Nota preliminar sobre dos nuevos sitios incaicos del N.O. argentino". ETNIA; Nº 10; pp. 13-15. Mus. Munic. Dámaso Arce. Olavarria.

— 1972. "Las sociedades agrícolas del Período Tardío en la Quebrada del Toro y aledaños". Rev. Mus. La Plata; Antrop. T. VII; pp. 157-210. La Plata.

— 1973. "Agricultura hidráulica y simbiosis económica-demográfica en la Quebrada del Toro". Salta. Argentina. Rev. Mus. La Plata; Antrop. T. VII; pp. 297-332. La Plata.

LOS MOTIVOS LABERÍNTICOS EN AMÉRICA

Carlos A. Aschero

Los estudios comparativos del arte rupestre americano basan su efectividad en la definición, a través del análisis regional, de estilos y motivos guía. El concepto de estilo surge del estudio exhaustivo de las distintas asociaciones en una determinada región, para distinguir un conjunto de motivos básicos que recurren en diferentes sitios; en este sentido el estilo debe ser integrado dentro del marco más amplio de la cultura prehistórica, a la que se vincula como forma manifiesta de un determinado pensamiento simbólico o de una determinada concepción de forma.

Entendido con estas características y tomando como ejemplo el caso de nuestro país, vemos que el estilo como unidad de análisis no ha alcanzado, dentro de la temática del arte rupestre, un grado efectivo de aplicabilidad en los estudios comparativos extra-regionales. Podría afirmarse que, del conjunto, sólo los estilos definidos por Menghin dentro del área patagónica han podido ser utilizados para estudios de tal tipo. Este hecho ha de entenderse en cuanto otras áreas de nuestro territorio denotan la presencia de estilos propios de culturas agroalfareras, caracterizados por una creciente variedad y especialización formal, que los diferencia de los correspondientes a las culturas de cazadores propias del ámbito patagónico.

Es precisamente en estos casos, en que la especialización formal obstaculiza las comparaciones estilísticas, que resulta de importancia la utilización del motivo-guía como unidad de análisis. En este sentido puede definírselo como motivo (o motivos) que gracias a su frecuencia, a sus formas específicas o a su significado, permiten determinar vinculaciones culturales (cronológicas y corológicas) (Gradin, 1970). Su estudio puede enfocarse primariamente bajo un doble aspecto, el de su dispersión espacial y el de su atribución cultural, lo que lo hace de singular valor en el análisis comparativo extra-regional. Su efectividad radica, entonces, en la posibilidad de ser aislado de un complejo de representaciones (estilo) para verlo en dimensión espacial como una unidad de carácter morfológico-comparativo que puede pertenecer a estilos diferentes. Esto implica un origen con un contenido cultural (o simbólico) que le es propio y que posibilita comprender su supervivencia morfológica a nivel dia-

crónico. Establecer una cronología de su dispersión sobre una base arqueológica implica la posibilidad de un fechaje relativo del estilo o estilos en que se halla presente.

El tema de este trabajo se refiere a un tipo particular de motivos guía o, mejor aún, que pretendemos analizar bajo esa perspectiva. Este análisis está basado en las hipótesis de Menghin y Schuster quienes, bajo un punto de vista histórico-cultural, han planteado originalmente el tema de la presencia de los motivos laberínticos en América. Dentro de este tema general y paralelamente a la presentación del enfoque de dichos autores, nos interesará destacar los aspectos tipológicos morfológicos de los motivos y su vinculación a grupos o momentos culturales diferentes.

LAS HIPÓTESIS DE SCHUSTER Y MENGHIN

Las investigaciones sobre la difusión del motivo laberíntico en América fueron llevadas a cabo por Menghin y Schuster, en forma independiente e intercaladamente, en trabajos publicados en los años 1956 (Menghin), 1956/58 (Schuster) y 1965-1967-1969 (Menghin).

La idea básica está en Menghin, quien partiendo del análisis de ciertas representaciones laberínticas halladas en Patagonia, alude a un parentesco extra-continental de los motivos de este tipo, los que habrían sido introducidos al área patagónica por un pueblo de cultivadores (plantadores) arcaicos cuya difusión se remontaría al año 2000 a. C. Sobre este postulado inicial, modificado en gran parte por Menghin en trabajos posteriores, Schuster aporta nuevos datos a este tema tratado dentro de otro más amplio que se refiere a la comparación y origen de los denominados modelos genealógicos (lit.: genealogical patterns; 1956/58). Aquí, Schuster va a considerar el motivo laberíntico como un elemento determinante en la ejecución de ciertas representaciones que han sido denominadas "figuras meándricas" en el arte rupestre de Patagonia.

La hipótesis de Schuster respecto al origen y difusión del laberinto circular es la siguiente: "...el motivo aparece en petroglifos europeos en el año 2000 a. C. y se extiende al Cáucaso, India, Indonesia y, transformado, a Nueva Guinea, Melanesia y Polinesia; vuelve a darse en su forma típica entre las tribus del S.O. de los EE.UU. y Norte de México (Hopi, Navajo, Pima, Papago y Yaqui) y también entre los Caduveo del Matto-Grosso. (...) Que el motivo haya sido traído a América por los europeos parece dudoso, pero aún no hay una incontrovertible evidencia arqueológica al respecto" (1956/58: 51-52, trad. libre).

Menghin, tras la investigación inicial ya citada (1956), retoma el tema junto al de las vulvas y el de los "campos de figuras antropomorfas" (1969: 1-13) y, tras enumerar los hallazgos americanos posteriores a su primer trabajo, comenta la problemática de los orígenes y la significación del motivo, circunscribiéndose para ello, a los trabajos de Sobrino y Mehl y a la obra de Kerenyi respectivamente. De acuerdo con los autores en los que se basa y en particular con Mehl, Menghin acepta el origen mediterráneo de los motivos y según su sentido de descenso y regreso del Infierno (ligado a danzas, etc.), de la Muerte y Resurgimiento de la naturaleza (Kerenyi, 1941, op. cit. por

Menghin 1969:12), lo ve como característico de las culturas agrícolas de tal origen. Con respecto a la difusión del motivo afirma que ésta "se evidencia por muchos eslabones desde Europa y Asia Meridional hasta Indonesia y Oceanía, no existiendo hasta el momento comprobaciones del camino atlántico (op. cit.: 12). Esta hipótesis es semejante a la de Schuster, pero acentúa particularmente el aspecto cronológico. Al respecto se distinguen en sus obras dos planteos sucesivos: el primero de ellos sitúa la llegada de los motivos laberínticos entre los años 3000 y 1000 a. C., época correspondiente a la primera fase en contactos transpacíficos (1957:6-10); el segundo modifica el anterior afirmando que "por de pronto lo más probable es que... (la difusión)... se realizó durante los primeros siglos de nuestra era, época en la cual las influencias de la cultura hindú en América eran muy fuertes" (1969:12).

Las dos teorías citadas aceptan, en resumen, las siguientes series de hechos: 1) el origen del motivo en el ámbito del Viejo Mundo y en particular en el área mediterránea; 2) su difusión hacia Asia Meridional, Indonesia, Melanesia, Polinesia y América, en sus formas típicas y atípicas; 3) la convivencia de estas últimas tanto en el Viejo Mundo como en América. Analizaremos seguidamente y con mayor detenimiento, los elementos de juicio sobre los que se apoyan ambos investigadores.

ANÁLISIS DE LAS INVESTIGACIONES

La presencia de los motivos laberínticos en Patagonia fue señalada por Menghin (1956) en los grabados de Piedra Museo, estancia San Miguel, provincia de Santa Cruz, y posteriormente por Schuster (1956-583). En este último adquieren una notable importancia en cuanto, a través de su supervivencia, permiten explicar las llamadas "figuras meándricas" del estilo de "grecas" (Menghin 1957:70) o "campos de figuras antropomorfas" según la terminología más reciente de Menghin (op. cit. 1969).

El tema central del trabajo de Schuster es el análisis de una gama de representaciones caracterizadas por la presencia de figuras humanas unidas por sus extremidades, en forma tal que determina una suerte de modelo o patrón que se repite continuamente sin alternancias: (lit.: an endlessly repeating all-over pattern; 1956-58: 7). Esto es lo que en un lenguaje morfológico más preciso llamaríamos una *trama* basada en motivos antropomorfos con un grado de esquematización variable. Según las formas de conexión de estas tramas o modelos repetitivos, Schuster determina formas básicas y combinadas según tal conexión tenga un sentido horizontal, vertical o diagonal (op. cit.: 11) (ver fig. I-A y C).

A la par de las citadas variaciones básicas en que se presentan los modelos genealógicos hallamos, según Schuster, una serie de representaciones en que éstos implican una asociación estrecha con los motivos laberínticos. Así es como, a partir del análisis de un motivo rupestre de la Provincia de Neuquén (Menghin 1957:68 y Schuster 1956-58: fig. 38 g.) [1], llega a la conclusión que "...el estilo de grecas de Neuquén combina o implica el co-

1 El motivo, que ilustramos en la fig. 1 B ha sido reproducido de la guía "Parque Nacional Nahuel Huapí. Historia, tradiciones y etnología". Buenos Aires, 1938, pág. 27.

nocimiento de dos elementos que alcanzan Patagonia mucho antes: el principio de los 'modelos recíprocos asociados a la técnica del 'aplique', y el motivo del laberinto" (op. cit.: 51-52)[1].

Esta afirmación implica, consecuentemente, la intervención simultánea en la ejecución del motivo de: a) una conexión diagonal que es propia del tipo III de modelos genealógicos; b) de un principio biaxial que resulta de la eliminación de las "cabezas" de las unidades antropomorfas; c) de una interacción figura-fondo propia de la técnica del "appliqué" y, fundamentalmente, d) de una particular disposición que se asocia al conocimiento de la técnica de trazado de los motivos laberínticos (ver fig. I-A, B y C).

Esta afirmación de Schuster (op. cit.: 52) nos lleva al enfoque de un problema que hace a la definición del término *laberinto*. Nos referimos a la utilización de los términos ingleses "maze" y "labyrinth" que se aplican a veces indistintamente, pero que no son necesariamente sinónimos; una diferenciación en este sentido la encontramos en Menghin (1969:13). La terminología inglesa entiende, en efecto, una diferencia de ordenamiento o de estructura formal en favor de "labyrinth", mientras que "maze"... "is used of anything confused, whether fixed or shifting (...and) ...is less restricted in its figurative uses than laberinth" (Webster's international Dictionary: 882; London 1907). Esta diferenciación es coherente con el término "figura meándrica" usado por Menghin (1967; 70) y Gradin[2] para distinguir ciertas representaciones patagónicas que no podían ser clasificadas entre los motivos laberínticos.

Los motivos laberínticos clásicos se caracterizan, de acuerdo a la síntesis presentada por Sobrino sobre la base de los estudios de Kerenyi (1941), "...por (la presencia) de surcos que se acodan sobre sí mismos, que se vuelven a encontrar formando una sola línea doble; (...y por...) la aparición de surcos de extremos libres interiores". (1953:65). De acuerdo a esto, diferenciamos las "figuras meándricas" de los laberintos por no presentar el carácter concéntrico, ni los extremos libres interiores y por carecer de una forma externa tipificable.

El trazado del laberinto de tipo clásico parte, según Sobrino y Schuster, de una cruz de brazos iguales, de cuatro puntos dispuestos simétricamente en sus cuadrantes y de cuatro arcos que siguen el sentido de los mismos y que se ubican entre la cruz y cada uno de los puntos. Partiendo luego de uno de estos puntos y por acodamientos sucesivos se llega al opuesto diagonal; la operación se repite partiendo del punto contiguo con un trazo que sigue exteriormente al anterior hasta llegar al otro punto opuesto diagonal (Schuster, 1956/58: 52-54; Sobrino, 1953: 67-68) (fig. I-C).

Desde la perspectiva de estas caracterizaciones y retomando el trabajo de Schuster, vemos que su interpretación del motivo patagónico implica el cono-

[1] Se entiende aquí por "modelo recíproco" una forma basada en un principio de disposición biaxial que resulta de una simplificación del tercer tipo de modelo genealógico establecido a partir de un motivo procedente de la tribu Li (Hainan, China del Sur). (Ver lám. I, fig. I-A). En éste la conexión es diagonal y presenta la variante de las líneas escalonadas que hallamos como principal característica del motivo Patagónico. Por técnica "appliqué" se entiende una particular disposición del motivo de manera tal que, en un modelo repetitivo o trama, determine una relación de identidad entre la figura (motivo o esqueleto de la trama) y el fondo (intervalo de la trama).

[2] "La Piedra Pintada de Manuel Choique", en este mismo volumen.

cimiento de la técnica de realización del motivo laberíntico típico del Viejo Mundo tal como lo hemos caracterizado. De tal comprobación procede su afirmación que "...aunque no pueda asegurarse si estos pueblos conocían el verdadero laberinto tanto como las transformaciones presentes en los petroglifos, debería presumirse razonablemente que sí ya que ambas formas coexisten en la Edad del Bronce europea (...) y que este conocimiento persistió hasta el período del estilo de grecas de Patagonia y hasta tiempos recientes entre los Caduveo" (1956/58:52, trad. libre).

Partiendo de esta última afirmación se nos hace necesario explicitar ahora la aludida coexistencia europea de las formas laberínticas "puras" y sus "transformaciones" como así también lo que hace a su existencia en América.

Las transformaciones formales de los laberintos europeos han sido estudiadas por Sobrino, en particular en la zona gallego-atlántica.

Sobrino, cuyas investigaciones se enlazan con las de Schuster y son integradas a su obra por Menghin (1969: 4 y 12), parte de una primera clasificación morfológica en laberintos curvilíneos y rectilíneos, en la que los segundos serían derivaciones de los primeros desde un punto de vista genético (op. cit.: 1953). Estos tipos curvilíneos tendrían su origen en la transformación de las formas espirales simples que se remontan al Paleolítico bajo la sugerencia de los "laberintos naturales", es decir, los caracoles marinos y los laberintos (tortuosidades) intestinales, cuya utilización como oráculos está probada en el Oriente antiguo (op. cit.: 58). De esta transformación surgiría también el llamado laberinto clásico tipo Tragliatella fechado en Knossos hacia el año 220 a. C. Serían los motivos morfológicamente vinculados a este último tipo, según sus hipótesis, los que, operando sobre un "substratum" de formas espirales y circulares primarias, darían origen a los tipos aberrantes o formas laberínticas atípicas, particularmente representadas por los petroglifos gallego-atlánticos (1953: 70).

Esta última hipótesis no puede ser aceptada de acuerdo con la cronología más reciente propuesta por los investigadores europeos, y en particular por Anati, quien ubica los laberintos en la etapa de "círculos y líneas" del arte esquemático, correspondiente al Bronce Medio y Tardío, fechado en Galicia entre el año 1500 y 900 a. C. (Anati, 1958: 238-239, 243 y 254). Esta cronología hace imposible pensar en un origen de las formas aberrantes a partir de motivos relacionados con el tipo clásico, a menos que se dé por supuesta para éste una cronología mucho más alta.

Mehl ve, por su parte, el origen de los laberintos como una invención independiente surgida del área del megalitismo Mediterráneo (Mehl, 1665; op. cit. por Menghin, 1969: 4, 12).

Sin centrarnos en la discusión sobre estos puntos, lo que sí nos interesa recalcar de la tipología de Sobrino es la integración de esas transformaciones o formas aberrantes dentro de la serie de laberintos curvilíneos. Tales formas, si bien no cumplen estrictamente con todas las características de la definición en que nos basamos, mantienen con los motivos laberínticos típicos una relación morfológica. Tal relación está dada por la forma externa resultante, que es siempre subcircular o de círculo incompleto y con una marcada tendencia a sintetizarse en formas de "U" invertida o de "herradura" tal como se ob-

serva en el motivo estudiado por Menghin en Piedra Museo (Menghin 1957: 68) (ver fig I-D y II-I).

De acuerdo a lo anteriormente dicho puede aceptarse la existencia de una conexión formal entre las formas que llamaremos "atípicas" del laberinto y las "típicas" que se acercan a la del motivo conocido en la época clásica. Es sin embargo difícil aceptar la aludida coexistencia entre los motivos típicos y los atípicos presentes en la zona atlántica europea, si se parte de la base de que los primeros son el origen de los segundos, tal como lo entiende Sobrino. La elevada antigüedad de estos últimos pareciera indicar, por el contrario, la necesidad de orientar la búsqueda hacia la determinación de una forma básica, común y cronológicamente anterior a ambos, a partir de la cual habrían surgido los motivos "típicos" a través de un creciente grado de complejidad. De acuerdo a esto, y volviendo finalmente a la afirmación de Schuster (1956/58: 52), puede aceptarse la coexistencia temporal de ambas formas pero, a nivel de difusión, la cronología de las mismas no parece tener solución de acuerdo a los elementos de juicio de que se dispone.

Aceptada la conexión formal de los motivos patagónicos en "herradura" con las variantes laberínticas europeas, según lo postulado por Menghin (op. cit.: 68) y Schuster (op. cit.: 52), nos restaría considerar la dispersión y cronología de los motivos laberínticos en América.

EL MOTIVO LABERÍNTICO EN AMÉRICA

Los primeros hallazgos de laberintos en América corresponden a los grabados de Piedra Museo (Ea. San Miguel), provincia de Santa Cruz. Estos fueron relevados inicialmente por Aparicio (1935: 71-72) quien lo interpretó como representaciones de rastros de caballos. Esta interpretación, que implica una cronología post-hispánica para los motivos, fue reconsiderada por Menghin quien llega, al respecto, a las siguientes conclusiones: "...de la existencia de algunas herraduras de confección más completa y de la comparación con numerosos paralelos con el Viejo Mundo resulta que se trata de abreviaciones esquemáticas degeneradas del laberinto, motivo ornamental relacionado con el ideario religioso de una arcaica cultura agrícola de difusión mundial que también llegó a América, probablemente alrededor del año 2000 a. C." (1957: 68). La comparación a la que Menghin alude es, como vimos, admisible a nivel morfológico con las variantes gallego-atlánticas investigadas por Sobrino. En este sentido el motivo patagónico presenta una circunvalación cerrada inscripta en otra mayor, en posición de "U" invertida y con un hoyuelo central o "cazoleta" (en la terminología de Anati, 1958) con una doble incisión a modo de prolongación exterior, característica ésta que hallamos, con pequeñas variaciones, en los motivos 1, 2, 13 y de la lámina V de Sobrino (ver fig. I-D).

Con respecto a la cronología de 2000 años a. C. sostenida por Menghin en el párrafo que citamos, es de hacer notar que esta ha sido modificada (tácitamente) en su más reciente trabajo (1969: 12) donde sostiene que la dispersión de los motivos laberínticos a América se realizó en los primeros siglos de la era cristiana. De aceptarse esta cronología notaríamos, sin embargo, una incongruencia en cuanto el estilo de "pisadas", según el mismo autor, coincide con el Patagoniense I y sería por consiguiente anterior a los

primeros siglos de nuestra era (Menghin, 1957: 69). De esta manera, siguiendo el razonamiento de Menghin, los motivos laberínticos tendrían una posición epigonal en el estilo de "pisadas" y serían cronológicamente sincrónicos con el Patagoniense cerámico (Patagoniense II o Tehuelchense Medio de Menghin) suposición que no puede ser comprobada a través de la evidencia actual.

El hallazgo señalado por Menghin no es el único motivo del tipo en Patagonia. La revisión de sitios con arte rupestre llevada a cabo en los últimos años han permitido detectar nuevos motivos laberínticos de la serie atípica. Motivos de tal tipo han sido relevados en Punta Walichu (lago Argentino), en el sitio 2 del Cañadón Charcamata (Lago Buenos Aires), ambos en la Patagonia Argentina, y en el sitio Río Chico 1 (área del Lago Carrera - Buenos Aires) en la Patagonia Chilena. El primero de ellos presenta una forma exterior en "U" recostada y ha sido realizado mediante un trazo contínuo, uno de cuyos extremos resulta interior a la figura dada (Gradin; 1972, ver fig. II-K. Ilust. en Menghin, 1957: fig. 24). El motivo de Charcamata presenta la forma típica en "U" invertida con varios trazos interioriores, pero su grado de deterioro impide ver claramente cuál ha sido su técnica de trazado (Gradin, 1972). Una diferencia estriba en el color, rojo en el primero, blanco en el segundo, y en el tamaño, ya que el motivo de Charcamata es pequeño, realizado con un trazo extremadamente fino (fig. II-J). El tercer motivo mencionado, procedente de Río Chico I (Bate, 1970), presenta también la forma típica en "U" invertida y ha sido realizado mediante un trazo continuo que, según la ilustración publicada, mantiene sus extremos libres. Según Bate se trata de un "signo simple en herradura comparable a los motivos de Punta Walichu" (op. cit.: 22) (ver fig. II-H).

Fuera del área patagónica, pero vinculado a un contexto estilístico de notables similitudes con el que acompaña a los motivos aludidos, puede señalarse la presencia de un motivo laberíntico atípico en el sitio A1. 31 de la Quebrada de Inca Cueva (Dpto. Humahuaca, provincia de Jujuy). Como el anterior analizado reviste la forma de "U" invertida, pero de extremos cerrados (fig. II-G). Ha sido trazado en rojo violáceo mediante un trazo fino y se lo sitúa en relación con un conjunto caracterizado por la presencia de motivos geométricos simples (alineaciones de puntos y de trazos verticales, círculos concéntricos) y agrupaciones de antropomorfos estilizados (Aguerre, Aschero, Fernández Distel, Pelissero y otros; 1973).

Otro hallazgo de motivos laberínticos en nuestro país corresponde al aislado por Menghin (1669) de las investigaciones realizadas por Fernández Distel en Cerro Negro (Humahuaca, provincia de Jujuy) dadas a conocer en 1969 y anticipadas por Gradin en 1965. El motivo en cuestión está realizado por un único surco contínuo que, por sucesivos acodamientos, presenta una forma de carácter semicircular o en círculo incompleto en la que los extremos libres del trazo resultan exteriores y que la aleja de las en "U" invertida o recostada de la serie antes analizada (ver fig. II-L). Este motivo se encuentra asociado a un conjunto de grabados caracterizados por motivos geométricos complejos, representaciones antropomorfas con vestimentas y emplumaduras, máscaras, escenas de domesticación (llamas atadas), círculos concéntricos y huellas de pies. A partir de este conjunto, su vinculación estilística con las repre-

sentaciones propias de la Cultura Humahuaca, nos situaría en una cronología inmediata posterior al siglo x de nuestra era (Fernández Distel, 1969: 24) [1].

De otro hallazgo sudamericano del motivo laberíntico poco es lo que puede comentarse. Este fue comunicado al doctor Menghin por Gradin, quien lo documentó en las cercanías de Huánuco (Perú), en la localidad de Marabamba. Se trata de una pintura muy deteriorada cuya forma es sólo visible, a través del material gráfico publicado, en rasgos muy generales. Por esto es difícil distinguir su proceso de realización (ver Menghin, 1969: fig. 4).

De acuerdo a la documentación analizada puede decirse que en Sudamérica los motivos laberínticos se presentan en sus formas atípicas. Dentro de estas dominan los motivos en forma de "U" invertida o recostada, confeccionadas por un rtazo continuo que determina indistintamente un contorno cerrado o de extremos abiertos; otra forma atípica es la que presenta el aspecto de un círculo incompleto realizada por un trazo contínuo en el que ambos extremos resultan exteriores a la figura determinada. Las primeras formas están presentes en Patagonia (Punta Walichu, Piedra Museo, Charcamata 2, Río Chico 1) y en el noroeste argentino (Inca Cueva, sitio Al. 3), la segunda está atestiguada por el hallazgo de Cerro Negro (Jujuy). Los estilos a los que se asocian ambas variantes atípicas difieren; los motivos patagónicos de Piedra Museo están vinculados al estilo de "pisadas", el motivo de Charcamata 2 a una modalidad estilística vinculada con el anterior y en la que se presentan motivos geométricos simples y antropomorfos estilizados además de las pisadas, que aquí aparecen pintadas y no grabadas como en el caso anterior. En Punta Walichu y en Río Chico 1 los laberintos atípicos aparecen en relación con motivos geométricos simples y antropomorfos estilizados, con ausencia de pisadas en el segundo sitio. Estos mismos tipos de motivos caracterizan el contexto de representaciones en que aparece el laberinto atípico del sitio Al. 3 de la Quebrada de Inca Cueva en el noroeste argentino. El motivo de Cerro Negro aparece vinculado, en cambio, a un estilo de mayor especialización formal propio de una cultura agro-alfarera (Humahuaca) posterior al siglo x de nuestra era.

La cronología de los estilos y modalidades estilísticas en que aparecen los motivos patagónicos y el de Inca Cueva nos refieren, en el primer caso, a un momento anterior a la extensión del llamado estilo de "grecas", vinculado al Patagoniense II, cerámico, ubicado por Menghin en los primeros siglos de nuestra era. De acuerdo a ello, hicimos notar que la vinculación del estilo de "pisadas" (y las modalidades estilísticas con él relacionadas) al Patagoniense I, siguiendo el esquema de Menghin, lo situaría cronológicamente en un momento anterior al comienzo de la era. En cuanto al motivo de Inca Cueva, este aparece formando parte de un estilo que puede vincularse a un momento caracterizado por la presencia de culturas de cazadores y recolectores especializados con cultivos incipientes cuya cronología nos situaría también, en momentos anteriores al comienzo de la era [2].

De los datos referentes a América del Norte presentados por Menghin y Schuster, sólo hemos podido documentar bibliográficamente dos hallazgos.

[1] Un nuevo motivo laberíntico de la serie atípica nos acaba de ser comunicado por el Lic. H. Calandra, procede de Guachipas, Pcia. de Salta; en un grabado cuya cronología resulta difícil de establecer pero que aparece junto a pinturas atribuibles a un momento Santamariano final.

[2] Ver al respecto "Un sitio acerámico en la Quebrada de Inca Cueva" (Conclusiones), en este mismo volumen.

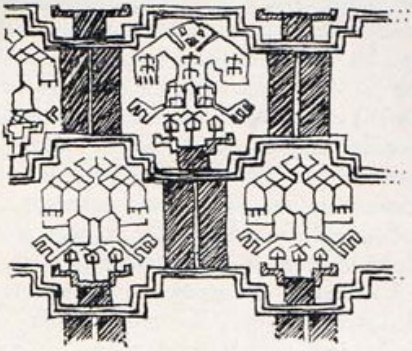
De acuerdo con Sobrino existen otros datos de los que no presenta referencias bibliográficas; "...(el motivo laberíntico) se encuentra en labores de cestería y en dibujos de mantas entre los indios Navajos, y además en colocaciones de piedras, es decir en forma de "stone labyrinths", como en el norte de Europa, de las que se conocen dos, una en Sonora y otra en Nuevo México, y también grabado en petroglifos de Arizona y Nuevo México..." (1953: 65-66).

De los hallazgos a que nos hemos referido, el primero corresponde al dato de Parsons que fuera citado por Schuster. Se refiere a un motivo laberíntico de la serie "típica", grabado sobre roca en las cercanías de un pueblo indígena (Hopi) (ver fig. II-F). Citando textualmente a Parsons este motivo "...is a curious maze called Towi'nakvi'tata" (Parsons, 1936: 1030). A través de esta descripción poco puede deducirse respecto a su cronología a no ser el hecho de que el motivo recibe un nombre indígena y que, como tal, esté ligado a alguna tradición que el autor no consigna.

Como dijimos se trata de un motivo "típico", semejante por su realización a las formas clásicas, elaborado a partir de dos surcos continuos independientes y cuyos extremos resultan finalmente interiores a la figura determinada.

El otro dato referido a América del Norte que hemos podido analizar, corresponde a la tribu Pima de Arizona y lo conocemos a través de una ilustración que Sobrino recoge de un manuscrito español del siglo XVIII (Sobrino, 1951: Lam. I). Se trata de una construcción de planta laberíntica cuya diagramación corresponde a la de la serie "típica" realizada según dos trazos (muros) que se interrelacionan y cuyos extremos resultan interiores a la figura determinada (ver fig. II-D). Es notable la coincidencia que presenta este hallazgo con construcciones similares europeas. Este hecho, señalado por Sobrino (op. cit.: 65-66), es de importancia para nuestro tema ya que, según algunos autores, las plantas laberínticas aparecen directamente relacionadas con los petroglifos y que esta conexión radica en el "significado" del motivo, ligado a ritos de generación a los que Menghin alude (1969:12). En este sentido Stacul afirma que: "...en Portugal septentrional, en Galicia y en las Islas Canarias, las figuraciones rupestres de tipo laberíntico parecen dedicadas, sobre todo, a reproducir la planta de construcciones circulares (círculos sepulcrales, recintos, "castrum") adoptando una singular estructura "intestinal" que se ha relacionado con motivos análogos Mesopotámicos..." (1963: 108). Por su parte Christinger dice con respecto a la funcionalidad y significado de estas construcciones laberínticas europeas, que "...el laberinto sería un lugar donde se ejecutan danzas complicadas (...Teseo, tras matar al Minotauro, baila con sus compañeros, en Delos, una danza de movimientos circulares que representan los meandros del laberinto...) destinadas a generar un año nuevo, la aurora de las nuevas generaciones" (1962: 57-58). Esta afirmación encuentra su ejemplificación, según el mismo autor, en las danzas del norte de Europa en los "trojaburgen" (ver fig. II-A y B) y en las danzas de los monjes Salesianos de Roma, cuyos movimientos eran designados con la raíz "troia" o "truia" ("amptruare", "andruare"), que es el nombre etrusco del motivo laberíntico según se lo halló en el "oinochoe" de Tragliatella (Christinger, op. cit.: 57-58).

Respecto al motivo Pima que tratamos su significado es, en cambio, di-



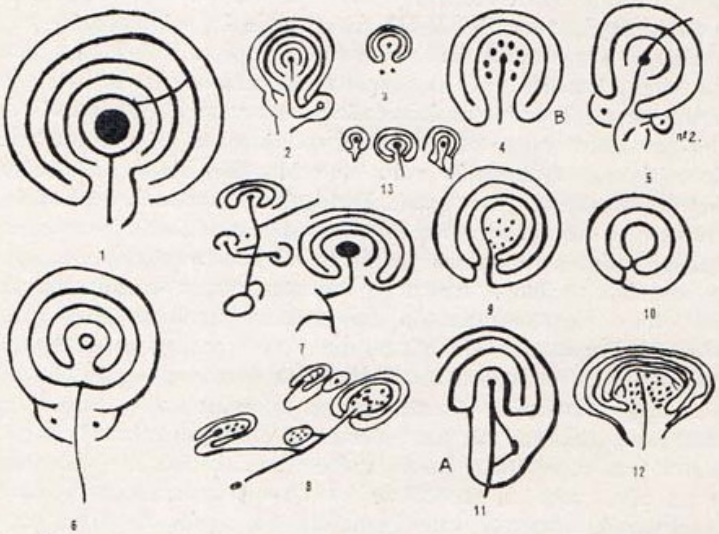
I-A



I-B



I-C



I-D

1 — *Carballiños, n. 1.* (Corpus). 2 — *Outeiro do Casal* (int. pers.) 3 — *Outeiro da Mina* (Corpus). 4 — *Laxe das Picadas — B.* — (int. pers.) 5 — *Carballiños, n.º 2.* (Corpus). 6 — *Laxe do Rio dos Bois* (Corpus). 7 — *Laxe dos Cebros* (int. pers.) 8 — *Laxe Grande de Montecelo* (Corpus). 9 — *Laxe do Xugo* (Corpus). 10 — *Outeiro da Mó.* (id.). 11 — *Laxe das Picadas — A.* (int, pers.). 12 — *Laxe do Pambal* (Corpus). 13 — *Robin Hood's Bay. Yorkshire* (Simpson).

LÁMINA I

fícil de establecer. Sobrino consigna, sin embargo, su denominación: "la casa Tcuhu" (op. cit.: lám. I); esto coincide con el nombre del motivo que publica Fewkes (1912, ver fig. II-E), procedente de Casa Grande, Arizona. Fewkes dice en referencia a éste que: "...se lo denomina 'Tcuhuki' o 'la Casa de Tcuhu'... (y que) ..su similitud con una ilustración de una antigua crónica española de la época de la conquista había sido comentada anteriormente" (se refiere aquí, sin dudas, al manuscrito del siglo XVIII del que toma su ilustración Sobrino) y por su parte anota que: "...el tcuhuki no era una construcción como el autor interpretó de los Pima, sino un juego en el que la figura mencionada era trazada en la arena. Este juego había sido practicado en memoria de uno de los informantes del autor" (1912: 149). Juego o danza, de ello resulta cierta coincidencia significativa con las afirmaciones ya citadas de Christinger respecto a la relación de los movimientos de la danza y el motivo laberíntico en el Viejo Mundo.

Aparte de la consideración de los datos ya citados, Steward (1929) consigna otros datos de interés entre los motivos que él considera de distribución irregular. Dentro de éstos aisla los que denomina literalmente "mazes" y por los que entiende un motivo complejo, generalmente rectilíneo, pero ocasionalmente curvilíneo, cuya forma característica es un laberinto "abierto" trazado a través de acodamientos sucesivos desde un punto interior del diseño (1929: 213).

Los mejores ejemplos de laberintos rectilíneos están dados en los sitios de Trabuco y Reinhardt Canyon del sur de California (1929: lám. 46 d.) a los que a su vez Steward vincula morfológicamente algunos motivos del sitio Grapevine Canyon, Nevada (op. cit.: lám. 94 b-d) y con los de Owens Valley, California, publicados por Mallery (1893: lám. I y II). Respecto a la presencia de estos laberintos rectilíneos, Steward no se expide sobre ellos y tampoco son tomados en cuenta por Menghin ni por Schuster, resultando de ello una ausencia total de datos y la imposibilidad de un estudio comparativo.

Entre los laberintos curvilíneos Steward solo cita dos, de los cuales uno corresponde al de Casa Grande publicado por Fewkes (op. cit. 1912), y el otro al sitio 265 de la zona central de Arizona. Según el autor es un motivo similar al de Casa Grande pero de morfología más simple (1920: 213-215).

Los laberintos curvilíneos considerados en esta zona nos hablan en primera instancia y sin mayores dudas, de una cronología que cae dentro de la época contemporánea o ligeramente anterior a la conquista. Esto está particularmente indicado en el caso del motivo de Casa Grande que fue hallado grabado en una pared semiderruida de adobe, circunstancia que no es suficiente para sostener su filiación europea postconquista, tal como Colton lo entendía (Colton, 1944: 134).

Sobre la consideración de la supervivencia de los motivos laberínticos en América, existe una mención no confirmada en Schuster, (op cit.· 51) basa-

Leyenda LÁMINA I

I-A: Modelo genealógico de conexión diagonal. Bordado; Tribu Li, Hainan, China (tomado de Schuster, 1956/58). — I-B: Pintura Rupestre, Península Huemul, Lago Nahuel Huapi, Pcia. de Neuquén. — I-C: Detalle del motivo anterior completado por Schuster para mostrar la conexión diagonal subyacente. Los círculos punteados indican la posición de las cabezas en las unidades antropomórficas (tomado de Schuster, 1956/58). — I-D: Variaciones Gallego-tlánticas de los motivos laberínticos atípicos (tomado de Sobrino, 1953).



II_B



II_A



II_C



II_D



II_L



II_G



II_H



II_E



II_I



II_J



II_F



II_K

Lámina II

da en un dato de Darcy Ribeiro, que afirma la existencia del motivo laberíntico entre los indígenas Caduveo del Matto Grosso. De acuerdo a este dato Schuster se inclina a creer que este motivo no es resultado del contacto europeo sino que es original de la tribu tal como las mujeres Caduveo lo afirman. Según este autor el problema de la antigüedad de este motivo entre los Caduveos es exactamente el mismo que existe entre los indígenas del Suroeste de los EE.UU., muchos de los cuales aseguran la originalidad del motivo entre ellos (op. cit.: 51). Sobre este mismo problema del origen europeo de los laberintos, Schuster opina que una evidencia al respecto es el hecho de que las construcciones laberínticas similares a las del Noroeste de Europa e India eran realizadas por los Yaqui de Sonora en los comienzos de este siglo, a pesar de su conocida resistencia a la influencia de los blancos. Asimismo ve, de acuerdo a esto, la influencia del motivo laberíntico en las aberturas de círculos concéntricos realizados en la tierra, que juegan un importante papel en las ceremonias de los Luseño del sur de California (op. cit.: 51).

CONCLUSIONES

Según las investigaciones llevadas a cabo hasta el momento entendemos que la presencia del motivo laberíntico en América puede estudiarse en distintos niveles de análisis. Un primer nivel tipológico-morfológico nos permite distinguir dos series diversas de motivos: la que podemos denominar "típica", o de los laberintos propiamente dichos, y la "atípica" correspondiente a los motivos laberínticos o laberintiformes. La primera admite una comparación, tanto por su morfología como por su técnica de trazado, con los tipos y variantes del denominado laberinto clásico o "tipo tragliatella" en el Viejo mundo. La segunda corresponde a algunas de las denominadas "variantes o transformaciones" en la zona gallego-atlántica de Europa. Esta comparación apunta, en particular, hacia los tipos cuya forma exterior tiende a sintetizarse en motivos en "U" invertida o recostada y cuyo trazado puede determinar: a) la existencia de una forma simple que se cierra o tiende a cerrarse en sus extre-

---

Leyenda LÁMINA II

II-A: Laberinto típico construído con piedras y denominado "Tröjeborg"; Wisby, Isla Gothland, Suecia (tomado de Sobrino, 1951). — II-B: Planta laberíntica típica formada por grandes bloques de piedra; Isla Wier, Hochland, Finlandia (tomado de Sobrino, 1951). — II-C: Laberinto típico de Mogor, Galicia (tomado de Sobrino, 1951). — II-D: Diseño laberíntico típico de la tribu Pima (SO de los EE.UU.), denominado "casa de Tcuhu", según un manuscrito español del siglo XVIII. (Tomado de Sobrino, 1951). II-E: Laberinto típico, grabado; Nueva México, Estados Unidos (tomado de Fewkes, 196). — II-F: Laberinto típico, grabado; Arizona, Estados Unidos (tomado de Parsons, 1936). — II-G: Laberinto atípico, pintado; Inca Cueva, sitio A1.3, Dpto. de Humahuaca, Pcia. de Jujuy, Argentina. — II-H: Laberinto atípico, pintado; Río Chico, sitio 1, Lago Carreras, Chile (tomado de Bate, 1970). — II-I: Laberinto atípico, grabado; Ea. San Miguel, Pcia. de Santa Cruz, Argentina (tomado de Aparicio, 1935). — II-J: Laberinto atípico, pintado; Cdon. Charcamata, sitio II, Area del Lago Buenos Aires, Pcia. de Santa Cruz-Argentina (tomado de document. fotográfica de la exped. Gradin, 1972). — II-K: Laberinto atípico, pintado; Punta Walichu, Lago Argentino, Pcia. de Santa Cruz-Argentina (idem. Gradin, 1972). — II-L: Laberinto atípico, grabado: Cerro Negro, Dpto. Humahuaca, Pcia. de Jujuy-Argentina, (tomado de Fernández Distel, 1969).

mos (Inca Cueva, Al. 3 y Río Chico 1); b) de una o varias formas cerradas inscriptas en una mayor con un hoyuelo y un trazo exterior pero circunscriptos por el arco de la forma en "U" (Piedra Museo), y c) la de una forma en "U" determinada por un trazo continuo con acodamientos sucesivos, uno de cuyos extremos resulta interior a la figura dada (Punta Walichu-¿Charcamata?). Otro tipo de esta serie se caracteriza por su realización a través de un trazo continuo cuyos extremos resultan exteriores a la figura determinada, que, a su vez, presenta una forma de carácter subcircular que difiere parcialmente de la característica en "U".

Las relaciones morfológicas entre las series típica y atípica americanas sólo podrían establecerse con el motivo de Nueva México publicado por Fewkes (fig. II-E) que, aunque de mayor complejidad que los sudamericanos, ha sido realizado mediante un único trazo continuo y con la particularidad que ambos trazos resultan interiores a la figura determinada.

Otro nivel de análisis corresponde al estudio de la distribución espacial de ambas series tipológicas, que nos indica que la serie "típica" ha sido sólo señalada para el suroeste de los EE.UU. mientras que la "atípica" aparece en el ámbito sudamericano en relación con el área cordillerana centro-meridional (Perú - noroeste argentino) y patagónica (Chile y Argentina).

En cuanto al enmarque cultural de ambas series, puede hacerse notar que la de los laberintos típicos está vinculada al área Pueblo del suroeste de los EE.UU., es decir, en relación con grupos agro-alfareros que se ubican dentro de las Altas Culturas americanas. Dentro de la serie atípica todos los motivos a excepción del de Cerro Negro corresponden a estilos o modalidades estilísticas de culturas de cazadores especializados (área patagónica) y de cazadores-cultivadores incipientes (área del noroeste argentino). A diferencia de estos el motivo de Cerro Negro aparece vinculado a una cultura agro-alfarera y a notable distancia cronológica de las anteriores.

Cronológicamente la diferenciación de ambas series puede, consecuentemente, marcarse a grandes rasgos, ubicando los laberintos típicos y el motivo de Cerro Negro (serie atípica) dentro del amplio marco temporal del desarrollo de las Altas Culturas americanas con anterioridad a la conquista, mientras que la serie atípica (motivos en forma de "U") se ubicaría dentro de otro amplio marco temporal que tendría como límites el comienzo de la era y el año 3000 a. C. (comienzo estimado para el Patagoniense I en el área patagónica y para las culturas de cazadores con cultivos incipientes en el área andina argentino-chilena).

Según lo indicado por estos distintos niveles de análisis pueden hacerse, sobre las hipótesis de Schuster y Menghin, las siguientes observaciones: a) que la cronología propuesta por Menghin en su última obra, es decir: "...durante los primeros siglos de nuestra era" (1969: 12), es coherente con el marco temporal en el que pueden ubicarse los motivos de la serie típica y el de Cerro Negro; b) para la serie atípica, en cambio, parece adecuarse su proposición cronológica que situaba a los motivos laberínticos entre el año 3000 y el 1000 a. C. (primera fase de contactos transpacíficos), dada a conocer en una obra anterior (Menghin, 1967: 9-10); c) respecto al hecho de su difusión desde Asia meridional, sostenido por ambos autores, podemos indicar que el análisis de la bibliografía de Melanesia y Polinesia llevada a cabo con an-

terioridad a este trabajo [1], encontramos que los motivos típicos no están señalados en el área y que, por otra parte, los atípicos en forma de "U" sólo se hallan presentes en Nueva Caledonia (Luquet; 1926) y en Australia, tanto en las representaciones rupestres como en los diseños de las churingas (Bórmida, 1952). Con referencia a esta problemática nos parece significativo el hecho de la recurrencia morfológica y de "contenido" entre la serie típica americana y algunos motivos europeos como, por ejemplo, el caso del motivo Pima y las plantas de los "trojaburgen" del norte de Europa. Ya sea que se considere esta coincidencia como un rasgo cultural de origen arquetípico o bien originado en el contacto transatlántico de grupos culturales diferentes, creemos de importancia la posibilidad de captar, dentro del ámbito etnográfico americano, el contenido simbólico del motivo laberíntico e intentar su proyección a nivel prehistórico.

Fuera de la tipología de los motivos laberínticos hemos dejado las denominaciones "figuras meándricas' ("mazes") que han sido indicadas tanto en el área patagónica como en el oeste de los Estados Unidos. Esta separación está basada en un criterio morfológico y no pretende hacer hincapié en el aspecto de "contenido". En el ámbito patagónico estas representaciones están vinculadas al estilo de "grecas" y son cronológicamente posteriores a los laberintos atípicos vinculados al estilo de "pisadas" [2]. Sobre esta misma perspectiva debemos detenernos, por último, sobre el motivo patagónico analizado por Schuster ubicado en la Península Huemul (Lago Nahuel Huapí - provincia de Neuquén). Como ya indicamos, Schuster ve en él la intervención, entre otras características, del conocimiento de la técnica de trazado "del motivo del laberinto" (Schuster, 1956/58: 51-52). El motivo a que hacemos mención fue realizado mediante dos trazos continuos que no se cortan entre sí y que parten respectivamente de un círculo concéntrico para acabar en otro de la misma característica (fig. I-B). Al respecto hacemos notar que esta técnica de doble trazo es propia de los motivos de la serie típica y que estos no aparecen en el ámbito sudamericano. Sin embargo existe una intención de forma recurrente entre el trazado de alguno de los motivos de la serie atípica patagónica (caso Punta Walichu) con el de Península Huemul, en tanto en éste ambos trazos presentan un desarrollo tal que uno resulta inscripto dentro del otro.

Sobre el problema del contenido simbólico de las representaciones laberínticas quisiéramos ampliar, para finalizar el tema, la hipótesis de Schuster referida al motivo que acabamos de mencionar. Schuster trata, al respecto, los trazados de tipo laberíntico de las Islas Malekula, que allí se realizan sobre la arena, comparándolos al de Neuquén más desde un punto de vista técnico que morfológico. El simbolismo de estos motivos de las Malekula ha sido relevado por Deacon, quien afirma que su trazado es tarea exclusiva de los hombres y que exige una gran perfección y continuidad, "...cada diseño es visto como una figura meándrica (lit.: "a kind of maze"), lo importante es moverse lenta pero ininterrumpidamente desde el punto de par-

[1] "La difusión de los motivos laberínticos en Oceanía y América". MS monografía presentada al Semanario de Etnología americana (FF y L.; UNBA), 1969).

[2] Como ejemplos de figuras meándricas pueden indicarse los motivos de Manuel Choique, publicados por Gradín en este mismo volumen, o bien los relevados por Casamiquela (ver Menghin, 1957, fig. 17).

tida al punto de llegada" (Deacon, 1934: 129). Esta exigencia en el perfecto conocimiento de la técnica de trazado del motivo está vinculado con el paso de los espíritus al mundo de los muertos:

> "...los espíritus de los muertos en el distrito de Semiang pasan a través de un 'camino' hacia Wies, la tierra de los muertos. En cierto punto de su trayecto ellos se acercan a una roca (...) cercana al mar, entre los distritos de Semiang y Mewum... La tierra de los muertos se sitúa indefinidamente en la zona boscosa que existe tras esta roca. (...) Sentada sobre ella hay un espíritu femenino, Temes Savsap, frente al que se encuentra trazada una figura geométrica completa denominada "Nahal", el Paso. El paso por el que el espíritu (del muerto) debe atravesar, se sitúa entre las dos mitades de la figura."
>
> "Cuando el espíritu comienza a atravesar el paso, el espíritu guardián (Temes Savsap) borra rápidamente una mitad de la figura (y el espíritu) pierde su senda sin poder hallarla. Sólo el conocimiento de la figura geométrica completa puede salvarlo (...) si él no conoce la figura, Temes, viendo que nunca encontrará el camino, lo come y el espíritu no alcanza la Morada de los Muertos" (Deacon, 1934: 129-130, trad. libre).

En base a estos estudios llevados a cabo en las Malekula Schuster afirma que el simbolismo del motivo de Neuquén queda en gran medida explicitado: "Los de las Malekula se dice que representan tanto el "Paso" por el cual el alma encuentra la tierra de los muertos, o el "Espíritu Guardián" que niega la entrada al Mundo Posterior a aquellos que no pueden completar el "Paso" guiados por él. Estas dos explicaciones no pueden ser tomadas como variantes: evidentemente el Espíritu mismo es el laberinto, Camino o Paso hacia el Mundo Posterior. Así como el Mundo Posterior se concibe como el mundo de los espíritus ancestrales, el trazado ritual de esas figuras antropomorfas debe considerarse como un medio de reunión con los antepasados. En ambos casos (Patagonia y Malekula) el objeto es ganar la admisión al Mundo posterior tal como está indicado en la tradición del laberinto (...) pero, en estos dos últimos casos esta admisión se da a través de la identificación con el Espíritu Guardián en Malekula o por un modelo genealógico de múltiples figuras conectadas en Patagonia" (Schuster, 1956/58: 52-54).

Sobre esta afirmación de Schuster cerramos este tema, no con la intención de adherirnos plenamente a la proyección por él sostenida, sino aceptándola como una hipótesis válida para iniciar el estudio del contenido simbólico de estos motivos guías del arte rupestre americano .

BIBLIOGRAFÍA

Anati, E. 1968. El Arte Rupestre Galaico-Portugués. En: Simposio Int. de Arte Rupestre. Barcelona, 1966. Diputación Prov. de Barcelona; Inst. de Prehistoria y Arqueología. Barcelona.

Aguerre, A. M.; Aschero, C. A.; Fernández Distel, A. A.; Pelissero, N. y otros. 1973. Nuevos sitios con arte rupestre en la Quebrada de Inca Cueva (Depto. de Humahaca, Pcia. de Jujuy). MS inédito.

Aparicio, F. de. 1935. Viaje Preliminar de Exploración en el Territorio de Santa Cruz. En: Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras, Ser. A, III, Buenos Aires.

BATE, L. F. 1970. Primeras investigaciones sobre el arte rupestre de la Patagonia chilena. Apartado de Anales del Instituto de la Patagonia; vol. 1, Nº 1, Punta Arenas, Chile.

BÓRMIDA, M. 1952. Pámpidos y Australoides: Coherencias Ergológicas y Míticas. En: Archivos Ethnos, v. I, nº 2, serie B, nº 6. Buenos Aires.

CHRISTINGER, R. 1962. Le Mythe du Labyrinthe. En: Archives Suisses d'Anthropologie General, t. 26. Genéve.

DEACON, A. B. 1934. Geometrical Drawings from Malekula and other Islands of the New Hebrides (ed. Wedgwood, C. H.; notes Haddon, A. C.). En: The Journal of the Royal Anthrop. Inst. of Great Britain and Ireland, v. LXIV. London.

FERNÁNDEZ DISTEL, A. 1969. Petroglifos de Cerro Negro. Publicación de la Dirección Provincial de Cultura de la Pcia. de Jujuy. S. S. de Jujuy.

FEWKES, E. 1906-1907. Casa Grande, Arizona. En: Bureau of American Ethnology, 28th. Annual Report. Washington.

GRADIN, C. J. 1965. Petroglifos en la Quebrada de Humahuaca. En La Prensa, 29 de agosto. Buenos Aires.

— 1970. Notas sobre arte rupestre argentino. MS/ inédito.

— 1972. Informe preliminar CONICET, subsidio 2998 d/1971. Buenos Aires.

KERENYI, F. 1941. Labyrinth-Studien. Amsterdam-Leipzig. Akademische Verlagsanstalt Phantheon.

LUQUET, G. H. 1926. L'Art Neo-Calédonien. Travaux et Memoires de L'Institut de Ethnologie, II. Paris.

MALLERY, CH. 1893. Picture-Writing of the Americans Indians. Bureau of American Ethnology, 10th. Annual Report. Washington.

MEHL, E. 1965. Neue Forschungen zur Labyrinthfigur (Troiaburg). Vortrag auf dem Intern. Kongress fur Anthrop. u. Ethnol. in Wien.

MENGHIN, O. F. A. 1956. Vorgeschichtliche Labynthsymbole aus Argentinien. Kosmos L. II. Stutgart.

— 1957. Estilos del Arte rupestre de Patagonia. En: Acta Praehistorica I. Buenos Aires.

— 1964. Eine Bolivianisch-Chilenische Gruppe von Felsgravierungen. Sonderdruck aus Festschrift für Ad. E. Jensen. K. R. Verlag, München.

— 1965. Relazioni Transpacifiche Dell'America Precolombina. Rivista di Etnologia, v. XIX. Napoli.

— 1967. Relaciones Transpacíficas de América Precolombina. En: RUNA, v. X. Buenos Aires.

— 1969. Labyrinthe, Vulvenbilder und Figurenrapporte in der Alten und Neuen Welt Beiträge zur Alten Geschichte und deren Nachleben. W. de Gruyter. Berlin.

PARSONS, E. C. 1936. Hopi Journal of Alexander M. Stephen. Contributions to Anthropology, v. 23, t. II. New York.

SCHUSTER, C. 1956-58. Genealogical Patterns in the Old and New Worlds. Revista del Museu Paulista. Nova Serie, v. X. S. Paulo (publ. original: CIA. XXXI. 1954).

SOBRINO, R. L. R. 1951. Petroglifos e Labirintos. En: Revista de Guimaraes, v. LXI. Guimaraes.

— 1953. Los Motivos de Laberintos y su Influencia en los Petroglifos Gallego-Atlánticos. En: Revista de Guimaraes, v. LXIII, nº 1-2. Guimaraes.

STACUL, G. 1963. La Grande Madre. Introduzione all'Arte Neolitica in Europa. Ed. de Luca. Roma.

STEWARD, J. 1929. Petrogliphs of California and Adjoining States. En: Publications in American Archael. and Ethnol., v. 24 ,nº 2. Univ. of California California.

PAISAJE Y NIVELES DE ANALISIS ECOLOGICO DESDE EL PUNTO DE VISTA ANTROPOLOGICO

Armando Vivante
Néstor Homero Palma

Resumen. Se acepta la definición de ecología de Haeckel en cuanto reconoce una operación "económica" por parte de la naturaleza, es decir, una comunicación dinámica, la más directa y simple y, por eso, la más eficaz. Luego se establece que la fenomenología cultural introduce, por primera vez en el cuadro de lo natural, una variable independiente y así se enriquece el modelo cibernético de la ecología estrictamente biológica. A continuación se señala la variabilidad del paisaje porque es dependiente del tipo de cultura que lo ocupa, de este modo, el paisaje o área, según se trate, no es estático, sino "posible". Por último, se reconocen cuatro niveles de análisis ecológicos, a saber: 1º) el estrictamente naturalista y, en este caso, estrictamente auxiliar de la investigación antropológica, 2º) el de un mismo ambiente ocupado por culturas distintas, 3º) el de ambientes culturales distintos integrados en un único piso ecológico original y, 4º) el de la cultura misma cuando es concebida como el medio típico del hombre.

En este trabajo no entramos a investigar las influencias que el medio (clima, altitud, suelo, agua, etc.) pueda ejercer sobre la biología del hombre, tampoco nos proponemos estudiar las teorías geográficas del determinismo y del posibilismo. Asimismo, excluimos de nuestra consideración examinar la hipótesis de los ritmos seculares climáticos y sus incidencias en el origen, desarrollo y caída de los grandes modelos históricos culturales. Es decir, no buscamos la vinculación entre un cuadro de referencia y un organismo, sea biológico o social, sino tratamos de distinguir nuevos niveles de análisis ecológicos, los únicos en donde pueda ser considerado el fenómeno antropológico sin desnaturalizarlo y sin perder, por consiguiente, la posibilidad de comprenderlo.

Haeckel, en su *Historia de la Creación* (c. XXIV), concibe la ecología como el estudio de la distribución de los seres en sus relaciones con el medio

ambiente y con el significado de una operación "económica" por parte de la naturaleza, es decir, una relación dinámica que reune las virtudes de ser la más directa, simple y, por eso mismo, la más eficaz. Este último término de la definición señala la íntima y eficiente vinculación de un organismo con su medio circundante que, por eso mismo, pasa a constituir un cuadro natural. Entre ambos términos, por consiguiente, se establece un mecanismo de *feedback* constante e invariable con la condición abierta de que el cambio, trastorno o mutación de uno de sus segmentos significa el reajuste total del sistema. Esto viene a ser lo que los naturalistas llaman equilibrio biológico.

En cierto sentido —y decimos en cierto sentido para eludir discusiones de índole filosófica— no es esto lo que sucede cuando en la naturaleza intervienen variables nuevas, propias de un nivel de integración original constituido por hechos culturales (formaciones socioculturales). Con el fenómeno cultural, y gracias a inéditas posibilidades técnicoinstrumentales que le son propias, la imagen biológica de la ecología alcanza otra instancia que se caracteriza por cambiar las relaciones funcionales entre el medio y el ser orgánico, en este caso el 'hombrecultura' (en realidad, plusbiológico). En esta nueva relación se va liquidando, progresivamente, el equilibrio y dependencia equipolentes entre ambos términos y se observa la tendencia de uno de ellos a primar sobre el otro.

Frente al hombre, el medio no es unívoco o, dicho menos especulativamente, el medio no es lo que es sino lo que se le hace ser; el mismo puede contemplarse, a la vez, como medios distintos. Obsérvese bien que, en nuestro enunciado, el medio no es algo dado definitivamente en su configuración, sino que puede transfigurarse y hacerlo simultáneamente, conservando la misma imagen pero con otro significado; es decir, en realidad, alcanzando otras imágenes que no son aparentes para el análisis naturalista. La cultura es la variable independiente, el medio, la variable dependiente.

La consecuencia de esta observación es reconocer que el medio no existe por sí mismo en el campo antrópico sino que es función de la cultura. El medio no está determinado por sus caracteres físicos de un modo absoluto, como tampoco es una abstracción, depende de la cultura que entra en relación con él. Es la cultura la que define las características físicas de una área. Lo que es obstáculo para una puede ser ventaja para otra, el equipo técnico de una cultura lo determinará.

Para saber de qué naturaleza es un medio, antes debemos preguntarnos, ¿respecto a qué cultura? La región puneña adquiere distintos significados frente al hombre del paleolítico, al hombre de las culturas agroalfareras, al hombre de la Colonia y frente a nosotros. Desde el punto físico y biogeográfico la puna siempre es la misma, no lo es desde el punto de vista antropológico; el mismo medio brinda distintas respuestas si el que lo interroga es distinto.

El punto de vista antropológico va más allá de la consideración física del medio, un ejemplo de ello es la teoría de los seis "continentes etnológicos" de Montandon (1934), que recrea la determinación de las grandes masas desde el punto de vista de la culturología y no del naturalista, es decir, que para el antropólogo los verdaderos continentes son los determinados por los círculos culturales, algo así como aquellos que definen, con un criterio análogo, a la Argentina como "Europa de ultramar". Prolongando esta idea, nótese que la

ecumeneidad de los intereses, de los conocimientos científicos, de la amplia circulación humana, del desarrollo de las preocupaciones políticas y la unificación del mundo por las técnicas comunicantes, ha unido al mundo de tal manera hasta convertirlo en una imagen cultural de la pangea primitiva.

La consideración de una ecología antropológica tiene otra instancia de máximo interés. No nos referimos a la ecología naturalista que están utilizando algunos arqueólogos, sino a la que ha comenzado a llamarse "pisos ecológicos culturales" y que sobre sus conceptos están trabajando algunos investigadores (Murra, Palerm y Wolff, Raffino y Cigliano), pero que aquí reelaboramos dándole otro significado, es decir, ya no contemplando los "pisos ecológicos" en proceso de "simbiosis", sino adquiriendo otra categoría. El estudio de noticias etnohistóricas y la exégesis actualizada de datos arqueológicos, aparentemente dislocados, han permitido integrar a una misma área históricofuncional, áreas más restringidas y de distinto contenido cultural –los llamados "pisos ecológicos"–, un ejemplo de lo cual es el caso del centro urbano Santa Rosa de Tastil, la ciudad preincaica salteña, que, simultáneamente, aglutina a formas económicas menos desarrolladas aledañas, a otras de la puna y a otras del borde del bosque subtropical.

Hablar de integración de unidades en una unidad mayor, podría hacer pensar que se trata del mismo planteo que se hace en ecología naturalista, pero, obsérvese que esta analogía es aparente, porque en la consideración antropológica interviene el factor ideológico, exclusivo de la esfera humana, que cambia profundamente el sentido de las relaciones y, consecuentemente, de la integración aludida.

Esta aglutinación determina un ámbito o círculo cultural de intensa e interdependiente circulación de bienes, pero no se trata sólo de aglutinar sino, a la vez, de facilitar o propender al desarrollo cuantitativo de las culturas que aparecen como subsidiarias: los sembradores siembran más y los pastores pastorean más ganado, se intensifica el tráfico, el intercambio y la circulación de los hombres y de las cosas; seguramente, al lado de este complejo proceso se instalan problemas de hegemonía, de presiones de clases y geopolíticas a niveles locales. Paradójicamente, se instituye, así, una diacronía sincrónica de especial significado dinámico y funcional y que contribuye a perfeccionar el modelo cultural que se estudia.

Los estudios de conchiliología etnológica (von Ihering, Doello Jurado, Imbelloni, Martínez Soler) dan materiales para esta concepción sin que, teóricamente, se lo hubieran propuesto, pues, de algún modo señalan la existencia de áreas cada vez más amplias que alcanzan cierta unidad en base a la coparticipación de intereses comunes. El complejo de estas áreas –de menor o mayor extensión– determina ámbitos característicos que se comportan como ecologías distintas e integran unidades físicas a contextos culturales que reinterpretan sus posibilidades y son capaces de obtener otras respuestas.

Por último, mencionamos en este planteo de una ecología antropológica, la concepción de la misma cultura como ecología, ya no como instrumento capaz de modificar la relación del hombre con el medio ambiente físico y biológico. El desarrollo histórico del fenómeno cultural muestra dos características, pues si por un lado y por su intermedio el hombre domina, progresivamente, al medio, por el otro lado es absorbido por el nuevo medio que es la cultura

y pasa a depender de ella en cuanto a relación. A medida que el desarrollo del fenómeno cultural se cumple, especialmente en su faz técnica, se despega de las vinculaciones ambientales de tipo "naturalista" y se constituye como nuevo medio creciente y absorbente. El hombre que la utiliza en su vinculación con el medio va siendo, a su vez, modificado e integrado a ella. Esta última formulación plantea, derivadamente, la cuestión de que toda conceptualización ecológica es, inevitablemente, un planteo ideológico, ya se tome el término ideología como concepción del mundo, como filosofía de una clase social o como sistema de relaciones diferenciales entre los hombres por causas de modos y relaciones de producción.

Resumiendo. La etapa de la ecología naturalista es insuficiente para el antropólogo, pese a actuales esfuerzos que se están haciendo en ese sentido. Un primer paso se da cuando el medio físico no es concebido como existiendo por sí mismo sino en función de la cultura que lo utiliza, así, el paisaje es el resultado de la interpretación cultural; el paisaje, en sí mismo es una abstracción "metafísica". Un segundo paso se cumple cuando se integran distintas ecologías culturales en una nueva área ecológica más amplia e integradora. Por ultimo, un tercer paso se realiza cuando se teoriza a la cultura misma como ecología típica del hombre. Sin olvidar, por último, la posibilidad de un planteo ideológico de la conceptualización de cualquier ecología.

En la práctica antropológica es importante y útil el planteo que se propone en este trabajo. Insistimos en dejar de lado las investigaciones o ensayos recientes orientados a precisar y reconstruir el medio biológico circundante de una cultura, pues si reconocemos su utilidad para obtener más fragmentos de un cuadro histórico hecho trizas por el tiempo, a la vez ayuda a entender, en parte, dichos fragmentos al colocarlos en un contexto menos incompleto, en última instancia, esta ecología naturalista, no antropológica, no pasa de ser una técnica que presta una valiosa ayuda, como lo hace la colaboración de la geomorfología, de la paleontología y de la pedología.

Es decir, la dejamos de lado porque no significa una real renovación, una apertura hacia nuevos horizontes teóricos o prácticos en la antropología moderna.

El nuevo planteo, la primera importancia está en el despegue desde una concepción naturalista del medio y la posibilidad de contemplarlo en función de la cultura que lo ocupa. Una antropocenosis no es equivalente a una biocenosis.

La segunda importancia consiste en integrar en unidades más abarcativas a unidades menores y aisladas; de esta suerte, se borran contradicciones aparentes relevadas en unidades aisladas, como ser, por ejemplo, campos de cultivo desproporcionados al número de habitantes o habitaciones, densidad de núcleos de pastores que no se explican por sus solos recursos de subsistencia, la presencia de instalaciones urbanas sin su propio aparato agrícola y pastoral, la imbricación de estilos sin el significado de distintas cronologías, etc., etc. La unidad más abarcativa facilita la comprensión de las unidades que pasan a constituirla, por ejemplo, así se explicaría la permanencia de culturas arcaicas, vitalizadas y mantenidas al integrar estructuras mayores que las abarcan. Esto sucede entre nuestras propias culturas contemporáneas.

La tercera importancia se puede señalar en la comprensión que facilita para ubicar a la cultura en el cuadro de la realidad sin desnaturalizarla, es decir, la posibilidad de concebirla como fenómeno típico y singular que llega a constituirse en su propia ecología y a funcionar con principios causativos específicos, inexistentes en los niveles físicos y biológicos. Es evidente, que este planteo de una ecología antropológica, amplía el concepto de ecología y lo enriquece en su temática y metodología.

ACERCA DE LA TRADUCCIÓN DE UNA CONOCIDA OBRA DE PREHISTORIA UNIVERSAL

Luis Abel Orquera

No es tanto a "Le Paléolithique dans le monde", de François Bordes (ed. Hachette, colección "L'univers des connaissances", París, 1968, 256 págs.), que voy a referirme, sino a la versión al castellano que se ha publicado de ese libro bajo el nombre de "El mundo del hombre cuaternario" (ed. Guadarrama S. A., "Biblioteca para el hombre actual", Madrid, 1968, 256 págs.). No es lo habitual que una reseña se refiera, no a la obra en sí, sino a la calidad de la versión, la cual a lo sumo suele recibir alguna corta mención final. Pero creo que en el caso está justificado. Bien conocida entre los especialistas es la preocupación de François Bordes –profesor en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Burdeos– por la precisión tipológica y la minuciosidad del análisis, que conduce a una permanente búsqueda de la expresión unívoca. Constituye por lo tanto una triste paradoja que su obra reciba difusión entre el público de habla hispana a través de esta versión, verdadero aquelarre de confusión.

Cuando "El mundo del hombre cuaternario" llegó a Buenos Aires, nos precipitamos sobre su texto, cuyo mérito –que dábamos por descontado– estaba realzado por la innegable calidad de las ilustraciones, los cuadros cronológicos y la diagramación. Pero muy pronto advertimos, como todos quienes lo leyeron con un mínimo de conocimientos sobre el tema, fallas que no siempre podían ser atribuidas a errores tipográficos. Dejemos aparte los galicismos, el mal uso de los gerundios, el caótico empleo de las preposiciones o el hecho que las comas pocas veces han tenido la fortuna de caer donde correspondía. Se chocaba con una terminología caprichosa, inusual en la jerga de los prehistoriadores y que no se justificaba por exigencia alguna del nivel de divulgación (rascadores, "corte" Levallois, mandorlas, cara de explosión). El empleo de "herramienta" como sustantivo colectivo, en lugar de "instrumental", es lícito pero no corriente, y resulta además totalmente inaceptable emplear dicho término (que etimológicamente sugiere el uso del hierro) para referirse a utensilios o artefactos de la Edad de Piedra. Con algo de trabajo se podía

deducir que los "moluscos" atribuidos al musteriense típico o al charentense eran en realidad las "limaces" o raederas convergentes dobles. Se advertía también que sustantivos y adjetivos habían sido utilizados indiscriminadamente: "glaciar" por "glacial", "biface" por "bifacial", "levalloisiense' por "Levallois". En este último caso el problema era más grave, no sólo porque "levalloisiense" es una transcripción inaceptable al castellano, que no respeta la fonética, sino también porque Bordes pone particular cuidado en diferenciar entre "técnica Levallois" y "tipología levalosense". Por último, se encontraban párrafos oscuros, giros incomprensibles y conceptos contradictorios. Hice por ello gestiones para obtener la versión francesa original; cuando llegó, después de bastante tiempo, emprendí la tarea de retraducción y pude comprobar con pesadumbre que el mal era mucho mayor que cuanto había supuesto.

Sé que una buena traducción no debe ser literal. Por el contrario, debe ser una tarea de recreación en el idioma al cual se traduce, respetando los conceptos originales pero empleando las particularidades de este último. Pero en el caso de "El mundo del hombre cuaternario", sólo en el primer capítulo —de apenas tres páginas y media— debí efectuar 98 correcciones, y en el capítulo 2, 153. No se trata de correcciones de estilo, sino de concepto y de sentido. Por obvios motivos, no efectué el cómputo de las que debí realizar en todo el libro, pero a través de las cifras transcriptas podrían calcularse en seis mil o, probablemente, bastante más: en páginas siguientes el ritmo, lejos de aminorar, aumenta. Es indudable que esto deja ya de ser una "buena traducción".

Es posible que Bordes emplee alguno que otro giro que no pueda ser vertido literalmente a nuestro idioma, pero la fuerza de su razonamiento conceptual es tal, que no constituye un autor cuya traducción al castellano resulte difícil. Al leerlo nunca me ha ocurrido quedar perplejo —como frecuentemente me aconteció, por ejemplo, con Breuil— tratando de desentrañar la ilación del pensamiento a través de una maraña de condicionales y subordinadas. Sin embargo, en el caso que nos ocupa, raras veces los tiempos y modos verbales han sido bien vertidos. Presentes, pretéritos y futuros, perfectos e imperfectos, han caído en una bolsa común, y los potenciales y subjuntivos han sido frecuentemente menospreciados. Como resultado, a menudo el sentido de las frases ha sufrido bruscas e imprevistas variaciones. Muchas veces el giro seleccionado ha sido arbitrario, y ello explica la oscuridad a que ya me he referido.

En la página 16, por ejemplo, se lee: "El tiempo no debe contar donde se escribe: la capa musteriense tiene un metro de espesor". Esta críptica frase se aclara cuando se advierte que en realidad debe decir: "Ya no estamos en época en que podamos escribir que la capa musteriense tiene un metro de espesor". En la página 204 leíamos:

> "Es muy difícil definir el paleolítico superior en Africa si no es desde un punto de vista cronológico, y aún así no con gran facilidad; en efecto, si en la base se introducen formas musteroides, en la cima se excluirán, ya que es probablemente casi enteramente posglaciar, el capsiense, que de todas las industrias africanas es la que más se parece al paleolítico superior clásico."

Esto debe ser leído así: de utilizar el criterio únicamente cronológico,

"...si en la base de esta manera quedarían incluidas formas musteroides, en la parte superior se excluiría de él al capsiense, aunque de todas las industrias africanas sea la que más se parece al paleolítico superior clásico, porque probablemente es casi enteramente postglacial."

En la página 66, en lugar de "pudieron servir como palo cavador o tal vez como punta de venablo", se consignó: "pudieron servir de bastones completando tal vez una punta de venablo".

Muchas veces la traducción dice todo lo contrario que el original. En la página 44 se dice que el parántropo "sería un paso evolutivo". Reemplácese "paso" por callejón sin salida" y se verá el resultado. En la página 36 la versión castellana dice: "se han hallado allí algunos dientes aislados y un fragmento de maxilar vinculado, sin duda, con un joven australopiteco"; en lugar de "sin duda" debe decir "no sin incertidumbre".

No tiene sentido seguir dando ejemplos. Pero no resisto a la tentación de transcribir este otro: en la página 16 de la versión castellana figura:

"En los yacimientos donde las capas se presentan bien diferenciadas interesa utilizar la excavación horizontal, ya que permite efectivamente fotografiar o dibujar los suelos de los habitat y se distinguen más facilmente los datos paletnográficos (hogares, silos, fondos de cabaña, etc.); pero tal procedimiento puede ser dudoso si se aplica a yacimientos de estratigrafía difícil donde se puede pasar de un nivel a otro sin darse cuenta. Se apela entonces a distribuciones horizontales de objetos ilusorios, que solo existen en la imaginación del excavador. En el caso de capas espesas formadas celularmente tal técnica es también peligrosa: entonces se aislan suelos artificiales y se intenta sacar conclusiones de la posición relativa de objetos que pueden estar separados por decenas de años o siglos."

Confieso que al leer estos párrafos muchas veces casi perdí el sueño pensando en esas sutilezas de excavación, no citadas por ningún otro autor. Reiteradamente sentí tentación de escribir a Bordes para que me explicara esas esotéricas técnicas. Afortunadamente, no lo hice: al obtener la versión francesa leí estos conceptos totalmente ortodoxos:

"...pero tal procedimiento puede ser muy peligroso si se aplica a yacimientos de estratigrafía difícil donde se puede pasar de un nivel a otro sin darse cuenta, caso en el que se obtendrían distribuciones horizontales que son ilusorias. En el caso de capas gruesas formadas por lentes, tal técnica es también peligrosa: se aislarían 'suelos' artificiales y se sentiría tentación de extraer conclusiones de la posición relativa de objetos que pueden estar separados por decenas de años o siglos."

En la edición en castellano faltan párrafos enteros, otros están arbitrariamente cortados, y en compensación se incluyen otros, no sé si con autorización

del autor. A veces las cifras de años están cambiadas: 30 000 por 60 000, 700 000 por 170 000. Se ignoran las diferencias granulométricas, y "grava" es traducida libremente por "arena", mientras el travertino se convierte imprevisiblemente en ¡un pasillo! (página 47) y "los limos" adquieren categoría de "especímenes" (página 205). En la página 11 el frío de los períodos glaciales no "congela" al suelo, sino lo "lava". Reiteradamente se emplea "habitat" con el sentido de "vivienda", y "gastado" puede representar tanto "rodado" como "tosco". Los "talleres del Neolítico" se alzan en la página 92 a la categoría de "escuelas de talla del Neolítico".

Al parecer, el traductor debe suponer que "Blattspitzen" es alguna localidad de Europa central, pues de otra manera no se explica la frecuencia con que ha empleado la expresión "Musteriense en Blattspitzen". Me parece muy bien que se actualice la denominación de los nuevos países de Africa, como Tanzania o Malawi; pero creo que sería necesario algún tipo de acuerdo previo entre los especialistas para llamar "hombre de Zambia" al bien conocido "hombre de Rhodesia" (página 208). Leer en la página 140 que los clactonenses "llevan las puntas hasta Francia e Inglaterra" puede justificadamente alarmar a cualquier prehistoriador, a menos que se limite la referencia a venablos de madera como el de Clacton-on-Sea; pero en realidad originariamente sólo se quiso decir que hicieron llegar sus avanzadas.

El "machacado por pisoteo" se convierte en la página 122 en "rotura por percusión", que cualquier estudiante de arqueología elemental sabe que es algo bien distinto. Las "lascas de talla de bifaces" pueden quedar convertidas, como en la página 102, en "lascas del tamaño de bifaces". El "retoque con percutor duro y blando" aparece transformado en "retoque en la piedra y en la madera" (página 66). Reiteradas veces los retoques de supresión del bulbo son descritos como "elevación del bulbo", y el retoque como "elevación". En la página 154, el "grabado" que representa dos figuras de mamut pasa a ser una "incrustación". El "achelense con lascas Levallois" se convierte en la página 125, sin que sepamos por qué, en "achelense con resonancias levalloisienses', y son múltiples los experimentos que el traductor efectuó para hallar un equivalente al término "losange" referido a algunas puntas auriñacenses (incluso, como en la página 157, llegó a traducirlo por "loseta").

El mismo Bordes dice en la página 24 que muchas publicaciones son casi inutilizables por un insuficiente conocimiento de la tipología. No por su culpa, y sin duda muy a su pesar, esto es lo que ocurre con "El mundo del hombre cuaternario", porque a veces se tiene la impresión que el traductor hubiera confundido la terminología con un juego de azar. Casi podría admitirse que hubiese recurrido al arcaico y no usual término "mandorla" para referirse a los bifaces en general, o a algunos en particular. Pero no puede aceptarse que lo emplee a veces con referencia a "biface", otras, para "limande" y otras más para "azuela". Viceversa, el caso de las limandes es especialmente patético: a veces se las llama "mandorlas", otras, "nódulos" (!), otras, "láminas líticas (!!), y otra más, "latijas" (si bien en este último caso, acaecido en la página 68, podemos pensar en un error tipográfico que eliminó la letra inicial de "platija"). Por su morfología y en especial por su filo destinado al parecer a uso transversal, "hachereau" debe ser traducido como "azuela", pero tan

sólo en un capítulo, el 5, debí borrar 31 veces "hachuela" y ubicar la denominación apropiada.

En la página 37 se reemplaza "tajador sobre guijarro"' (el bien conocido chopping tool) por ..."hoja"! Es difícil imaginar una oposición tipológica más completa. En esa misma página, renglones, antes, el adjetivo "bifacial" (referido a artefactos sobre guijarro) se transforma en el sustantivo "protobiface", con lo que se da la engañosa idea que un chopping tool es ya un protobiface.

No veo qué motivo válido puede haber para reemplazar "raspador" por "rascador" como traducción de "grattoir". El primero de esos términos tiene larga y pacífica aceptación por parte de los arqueólogos de lengua española, y constituye correcta transposición de la palabra francesa. Además, si bien la definición que en otros trabajos da el propio Bordes elude toda connotación funcional, es muy difícil que el empleo de estas piezas haya sido el que sugiere el término "rascador" en lugar del laboreo de pieles que está documentado etnográficamente. Pero aunque admitiéramos esta sustitución, la complacencia jamás podría alcanzar a la incontable aplicación que se hace de la denominación "raspador" para el utensilio que corrientemente se llama "raedera", porque entonces se provocan al lector desprevenido inútiles confusiones. Pero la incertidumbre y el azar no se detienen aquí: en ocasiones "racloir" está traducido también como "raedera", pero en la misma categoría "raedera" el traductor incluyó además a los "cepillos" (rabots), por cierto bien diferentes, mientras la categoría "raspador" comprende asimismo a las "raclettes" .En otras palabras: el traductor emplea "raedera" para aludir a utensilios que otros autores denominan, a veces, como raederas, y otras, como cepillos; con "raspador" menciona tanto a auténticos raspadores como a raederas o a raclettes; y "rascador", por lo general, designa a lo que habitualmente llamamos raspador. Pero los cepillos del achelense se convierten en "pulidoras" (!) ¡Y en la página 204, "racloir" (raedera) aparece traducido también como "rascador"!

Todas estas confusiones se suceden "ad nauseam". Bien puede afirmarse que la tipología de Bordes ha sido asesinada. Admito que ocasionalmente pueda emplearse "cuchillo con recazo" en lugar de "cuchillo con dorso", aunque no es lo corriente. Admito también que es difícil hallar un término que exprese con exactitud la idea de buril "busqué". Pero el empleo de "barrenilla" en lugar de "perforar" indica por sí solo que el traductor se ha ubicado al margen de toda literatura arqueológica corriente. Convertir las puntas pedunculadas en "puntas en cerda", término que aparece reiteradas veces, excede los límites de toda comprensión. Lo mismo ocurre con "lúnula lática", que debe ser leído "segmento de círculo", y con "alones", palabra que a veces designa a los ángulos basales prominentes de las puntas de proyectil, y otras sirve para mencionar a las leznas. Quizás algún recóndito pudor estético haya obligado a convertir los "raspadores con hocico" en "rascadores con prominencia", pero es difícil imaginar qué motivo puede haber llevado a sustituir "raspador carenado" o "raspador aquillado" por "rascador con muesca"... y esta sustitución la he comprobado en no menos de una larga veintena de ocasiones.

Quizás sea en la explicación de las ilustraciones donde se cometen las arbi-

trariedades mayores. Se omiten términos y localizaciones con frecuencia sólo comparable con la de incorporación de datos que no figuran en el original. Bordes ha tomado particular empeño en evitar la denominación "hacha de mano", reemplazándola sistemáticamente por "biface", pero el traductor con empecinamiento casi parejo ha traducido "biface" por "hacha". Sorpresivamente encontramos en el pachitanense y en el sangoense "puntas" que en realidad son "picos". En la figura 32 debe decir: "venablo clactonense de madera (rota). Este fragmento de madera puntiaguda, sin duda un venablo..."; pero se asentó: "Espada clactoniense de madera (rota). Este pedazo de madera afilada, probablemente una espada para la caza..." En la figura 56 un buril arqueado es presentado como "buril fruncido". Las puntas con cara plana han tenido suerte particularmente adversa. En la figura 69 se alcanza la exquisitez de escribir "punta bifácea". Pero en la figura 58 tocamos ya los límites de la farsa: "perçoir" (perforador) aparece traducido... ¡en inglés!, como "borer"; "raclette" es presentada como "rascador-raspador", "punta ósea con bisel alargado" como "punta de hueso con base amplia", Teyjat como "Tayjat", "punta con muesca magdalenense" como "punta magdaleniense", "punta con muesca" como "punta con dorso", y un prototipo de arpón del magdalenense V y un buril pico de loro son combinados para formar... un "arpón de pito de loro". Sin duda alguna, François Bordes no merecía esto. Es posible también que se comprenda ahora por qué en Buenos Aires hemos desaconsejado a los estudiantes de la especialidad el empleo de esta obra.

No creo excesivo haberme extendido tanto con este tragicómico catálogo de errores. Podría ser mucho más largo, hasta igualar casi la longitud del libro. El carácter de trabajo de divulgación impone que se ponga sobre aviso a los estudiantes, al público en general y aún —respecto de ciertas sustituciones cuya incorrección no salta a la vista en la primera lectura— a los especialistas. Pero considero también necesario sentar una protesta contra traducciones como las que padecemos. Hay muchas que son cuidadas, meritorias y valiosas. Pero hay otras muchas que merecen un público auto de fe. La de "El mundo del hombre cuaternario" es una de ellas. Otra podría ser la de "La arqueología prehistórica", de Anette Laming-Emperaire (ed. Martínez Roca S. A., Barcelona, 1968, 192 págs.), que entra ya en el campo del surrealismo. Véase si no: "urolotoro", que no es ninguna extraña bestia de planeta de ciencia ficción sino simplemente el uro; "coup de poing" traducido por "puñetazo"; nuevamente "rascadores", pero aquí aplicado a las raederas; "picos de canario" en el magdalenense; Oldoway convertido en un investigador que realizó estudios en Tanganika (¿quizás recuerdo inconsciente de Koldowey, excavador de Babilonia?); y unos extraños "nautófilos" bajo los cuales cuesta un poco reconocer a nuestros familiares natufienses.

Todo esto constituye pura y simplemente falta de respeto al lector. Es cierto que los traductores no pueden ser especialistas, y que no siempre los especialistas tienen los conocimientos o el tiempo disponible para ser traductores. Pero para solucionar ese problema existen los revisores técnicos: la editorial de la Universidad de Buenos Aires aplicó el sistema con muy buenos resultados.

Unas pocas palabras finales para la obra en sí de François Bordes. En su

versión francesa: genial. Cumple acabadamente su función como manual de iniciación para los estudiantes y como medio de información para el profano, y constituye una adecuada actualización y sistematización de conocimientos aún para el especialista. Lástima grande es que, aunque traducida a nuestro idioma, el aprovechamiento de esta publicación deba quedar todavía reservado a quienes sepan leer francés.

REGISTRO NACIONAL DE FECHADOS RADIOCARBÓNICOS
NECESIDAD DE SU CREACIÓN

Alberto Rex González
Humberto A. Lagiglia

En diversas oportunidades se han señalado las dificultades y problemas que pueden presentarse en el manejo de los datos proporcionados por los fechados de radiocarbón. El número de éstos, aumenta progresivamente con las nuevas investigaciones, sin embargo los fechados publicados y comentados son por demás reducidos en relación con los existentes. Las primeras listas publicadas, sólo reúnen unas pocas decenas (González 1957; 1959; 1960; 1963; 1965; Cigliano 1966; Lagiglia 1968; Lorandi 1970; 1972; Lerman 1973; Pelliseiro; 1968). Posteriormente se han dado a conocer otras informaciones las que se incluyen en trabajos arqueológicos en que los resultados de los análisis radiocarbónicos son datos complementarios de la información arqueológica (Gambier y Sacchero 1970; Cigliano 1971, 1972; González y Sempé m. s.). El número total de fechados conocidos, sobrepasa holgadamente el centenar.

Dificulta el conocimiento de los fechados, la circunstancia de que, si bien el *Radiocarbón Supplement*, editado por Flint y Deevey, que ya llega a los 15 volúmenes, trae información sobre la gran mayoría de los fechados que se realizan, dicha publicación *no existe de manera completa* en ninguna de las bibliotecas especializadas del país y aún en buena parte de ellas no existe un solo ejemplar.

Resulta pues obvio que se necesita una publicación anual, donde se registren no sólo la lista completa de los análisis radiocarbónicos realizados sobre materiales arqueológicos de nuestro país, sino que en ella se incluya la mayor cantidad de información posible respecto a los resultados obtenidos, como también los comentarios del autor; pues puede suceder que en determinadas circunstancias, y por causas muy variadas, mientras en la lista general un fechado puede registrarse bajo un rótulo cultural, en la realidad se fechó una cultura diferente (González y Sempé m.s.). Se trataría pues de poder disponer de un pequeño folleto anual fácil de manejar, donde se registren todos los datos útiles referentes a los análisis y resultados de la datación radiocarbónica. Por estos motivos los autores habían elaborado un anteproyecto para orga-

nizar un "Comité de Registro de Fechados de Radiocarbón". Dicho anteproyecto estaba destinado a ser presentado para su discusión al Segundo Congreso de Arqueología Argentina, celebrado en Cipolleti, en 1972. Circunstancias diversas impidieron concretar esos deseos, de manera que, el mismo será presentado al Tercer Congreso de Arqueología Argentina a celebrarse en 1974, cuya organización se realiza actualmente.

Con este fin, adelantamos algunos puntos fundamentales que debieran contemplarse al considerar dicho proyecto, entre los que se cuentan:

1º Creación oficial del "Comité" para registro de los F.R.A.
2º Designación de sus integrantes e inclusión en este Comité de un físco especialista en C 14 y de un geólogo especialista en cuaternario y holoceno.
3º Consideración de los formularios propuestos.
4º Autorizar al Comité para la preparación, ordenamiento y publicación de los datos compilados.
5º Presentación a cada Congreso Nacional de Arqueología de los nuevos fechados que se produjeran.
6º Solicitar la colaboración de todos los arqueólogos a fin de que comuniquen al Comité los nuevos resultados en fichas completas de información. Un modelo provisorio de estas fichas se incluye aquí a fin de ser comentada y corregida consecuentemente.

A título totalmente provisorio y a fin de poder tener una idea aproximada de los fechados existentes, damos una lista tentativa de éstos.

Esta lista no ha sido sometida a la corrección pertinente, producto de los trabajos últimos, sobre variaciones en la concentración de C14 que han hecho variar los fechados obtenidos previamente (Suess 1970); corrección que dejamos para la oportunidad de la publicación definitiva. Seguramente algunos investigadores han recibido fechados muy recientes, que nosotros desconocemos y que quedaron involuntariamente fuera de esta lista. Lo que puede subsanarse en la publicación final mediante la comunicación respectiva.

Por los motivos apuntados, la presente lista debe usarse con los recaudos pertinentes. Por último, creemos que convendría, que junto con la lista de F.R.A., dedicada básicamente a la arqueología, se agregue una lista de fechados geológicos que pueden interesar al arqueólogo y que aquí no se incluyen.

Agradecemos cualquier comentario y el envío de los fechados solicitados a fin de poder presentar una lista más completa que la presente.

LISTA DE FECHADOS RADIOCARBONICOS ARGENTINOS HASTA JUNIO DE 1973

F.R.A.	*Laboratorio*	*Sitio*	*Cultura*	*Autor*	*Fechado A.P.*	*a.C. - d.C.*
1.	Y.228	Intihuasi E 4; capa 5; 1. mt. prof.	Intihuasi I (Ayampitín)	González	7970 ± 100	6020 a.C.
2.	L.307	La Ciénaga S. 10	Aguada	González	1130 ± 80	820 d.C.
3.	Y.558	Alumbrera U–B–	Alamito	González	1630 ± 60	320 d.C.
4.	Y.559	Corral de Ramas Casa Nº 1	Belén I	González	590 ± 50	1360 d.C.
5.	L.476 A.	Alumbrera U.D. m.2	Alamito	González	1530 ± 100	420 d.C.
6.	L.476 B.	Agua de las Palomas C.R. 1. / 80 cm.	Ciénaga	González	1250 ± 100	700 d.C.
7.	U.153	Corral de Ramas	Belén I	González	795 ± 80	1155 d.C.
8.	U.154	Cerrito Colorado Habit. nº 3	Belén II	González	580 ± 80	1370 d.C.
9.	U.155	La Ciénaga S.10	Aguada	González	1180 ± 80	770 d.C.
10.	P.343	La Ciénaga S. 10	Aguada	González	1210 ± 54	740 d.C.

F.R.A.	Laboratorio	Sitio	Cultura	Autor	Fechado a.P.	a.C. - d.C.
11.	P.344	Alumbrera U.D.1.	Alamito	González	1650 ± 48	300 d.C.
12.	P.345	Intihuasi F3/3-4	Ayampitín	González	8060 ± 100	6110 a.C.
13.	L.476 .C	Cerrito Colorado Hab. 8	Belén II	González	400 ± 100	1550 d.C.
14.	T.220	Alumbrera U B/ Hab. 5/m 2.	Alamito-Ciénaga	González	—	300 d.C.
15.	Y.560	Cerrito Colorado Hab. nº 3	Belén II	González	240 ± 80	1710 d.C.
16.	Y.888	El Mollar 2,20 prof. Trinchera E-O.	Tafí	González	2296 ± 70	346 a.C.
17.	Y.890	km. 64 S.4/Hab. 4	Tafí tardío	González	1375 ± 70	575 d.C.
18.	Gr.N. 2946	El Mollar m/70 - 170 cmt.	Tafí	González	1950 ± 60	1. d.C.
19.	Gr. 2948	El Mollar m/70 - 170 cmt.	Tafí	González	1950 ± 60	1. d.C.
20.	A.243	Los Molinos	Rumipal	González	903 ± 150	1047 d.C.
21.	A.244	Pozuelos m/1/1. a 1,50 m.	Complejo Puna	González	810 ± 150	1140 d.C.

F.R.A.	Laboratorio	Sitio	Cultura	Autor	Fechado a.P.	a.C. - d.C.
22.	A.245	Pozuelos m 1/60-1,00 mt.	Complejo Puna	González	820 ± 150	1130 d.C.
23.	Gr.N.2967	El Mollar 2,80 mt.	Tafí	González	1920 ± 65	30 d.C.
24.	Gr.N.3031	El Mollar 2 mt.	Tafí	González	1930 ± 60	20 d.C.
25.	Y.889	Tafí - El Mollar Trinchera E-O. Base	Tafí	González	1955 ± 55	5 a.C.
26.	0.2147	Saujil, Cat.	Saujil	González	1950 ± 105 —	00 a.C.
27.	0.2148	Cuesta de Zapata (Mojon 761)	Aguada Decadente	González	1700 ± 105 —	250 d.C.
28.	0.2159	Costa de Reyes, Cat. Nivel más bajo 4 m.	Saujil	González	1750 ± 105 —	200 d.C.
29.	M.1638	Costa de Reyes, Cat. Nivel 3 y 3' 2,4 m. prof.	Saujil	González	1530 ± 120	420 d.C.
30.	M.L.329	Bañados del Pantano	Ciénaga	González	1345 ± 85	605 d.C.
31.	M.L.330	Costa de Reyes, Cat. S 1 Nivel 3" 2,40 m. prof.	Saujil	González	1585 ± 85	365 d.C.

F.R.A.	Laboratorio	Sitio	Cultura	Autor	Fechado a.P.	a.C. - d.C.
32.	M.L. 331	Cuesta de Zapata Mojón 761	Aguada	González	1230 ± 85	720 d.C.
33.	I.V.I.C. 177	Ampajango	Sta. María Bicolor	Cigliano	670 ± 85	1280 d.C.
34.	I.V.I.C. 178	C° Mendocino	Sta. María	Cigliano	610 ± 85	1340 d.C.
35.	I.V.I.C 184	Barranca Larga	Sanagasta	Cigliano	1460 ± 90	490 d.C.
35.(bis)	I.V.I.C. 185	Barranca Larga	Sanagasta	Cigliano	790 ± 270	1160 d.C.
36.	I.V.I.C. 186	Juella	Humahuaca	Cigliano	1320 ± 90	630 d.C.
37.	I.V.I.C. 187	C° Mendocino	Sta. María	Cigliano	1300 ± 60	650 d.C.
38.	I.V.I.C. 188	Palo Blanco Berisso	Nivel con cerámica	Cigliano	4760 ± 120	2810 a.C.
39.	I.V.I.C. 268	Los Talas Ma. Andrea	Cordón conchil	Cigliano	3990 ± 70	2040 a.C.
40.	I.V.I.C. 269	Los Talas Ma. Andrea	Cordón conchil	Cigliano	4250 ± 70	2300 a.C.
41.	M. 1639	Juella	Humahuaca	Cigliano	630 ± 120	1330 d.C.
42.	UCLA. 785 A.	La Ciénaga Río La Manga	Ciénaga I	González	1680 ± 80	270 d.C.
43.	UCLA. 785 B.	Quillay	Hualfín	González	935 ± 80	1015 d.C.
44.	UCLA. 785 C.	Volpiansky	Calingasta	González	1550 ± 60	400 d.C.

F.R.A.	Laboratorio	Sitio	Cultura	Autor	Fechado a.P.	a.C. - d.C.
45.	GR.N. 5147	Santa Rosa de Tastil.	Centro urbano Tastil	Cigliano	530 ± 30	1420 d.C.
46.	GR.N. 5146	El Arbolito (Martín García)	Guaraní	Cigliano	405 ± 35	1545 d.C.
47.	GR.N. 5190	Falda del Cerro	Humahuaca	Cigliano	1210 ± 30	740 d.C.
48.	GR.N. 5399	Las Cuevas	cerámicas tricolor y corrugada	Cigliano	1695 ± 30	255 d.C.
49.	I.V.I.C. 266	Palo Blanco S. II	nivel con cerámica	Cigliano	3280 ± 80	2280 a.C.
50.	I.V.I.C. 270	Punta del Indio	Cordón conchil	Cigliano	5880 ± 80	3930 a.C.
51.	GR.N. 5394	Atuel	Atuel IV (fauna extinguida).	Lagiglia	8045 ± 55	6095 a.C.
52.	GR.N. 5395	Atuel	Atuel III	Lagiglia	3840 ± 40	1880 a.C.
53.	GR.N.: 5396	Atuel	Atuel II (maíz y curcúbitas)	Lagiglia	2065 ± 40	115 a.C.
54.	GR.N. 5397	Atuel	Atuel II	Lagiglia	1910 ± 60	40 d.C.
55.(a)	GR.N. 5398	Atuel	Atuel II (Porotos)	Lagiglia	2120 ± 95	170 a.C.
55.(b)	GR.N. 5473	Atuel	Atuel II (Porotos)	Lagiglia	2215 ± 95	265 d.C.

F.R.A	Laboratorio	Sitio	Cultura	Autor	Fechado a.P.	a.C. - d.C.
56.	GR.N. 5400a	Ciénaga Grande	Humahuaca	Cigliano	670 ± 50	1280 d.C.
56(bis)	GR.N. 5400b	Ciénaga Grande	Humahuaca	Cigliano	660 ± 65	1290 d.C.
57.	GR.N. 5506	Salto Grande	Cerámica Salto Grande Grabada	Cigliano	895 ± 35	1055 d.C.
58.	GR.N. 5558	Atuel	Atuel IV	Lagiglia	10.950 ± 60	9040 a.C.
59.	GR.N. 5414	Ongamira	Ongamira IV	González	6550 ± 150	4600 a.C.
60.	GR.N. 5415	El Quebrachal	Candelaria	Heredia	910 ± 45	1040 d.C
61.	GR.N. 5416	El Algarrobal	Candelaria	Heredia	1550 ± 35	400 d.C.
62.	Gif.: 1206	Costa de Reyes Nivel más bajo 4 m.	Saujil	González	1560 ± 100	390 d.C.
63.	Cif.: 1205	Ranchillos	Facie Ranchillos.	González	660 ± 90	1290 d.C.
64.	GR.N. 5476	Calingasta	Calingasta	González	915 ± 55	1035 d.C.
65.	GR.N. 540	Juella	Humahuaca	Pellisero	590 ± 30	1360 d.C.
66.	GR.N. 5484	Yavi Chico A	Yavi	Krapovickas	780 ± 40	1170 d.C.
67.	GR.N. 5464	Yavi Chico B	Yavi	Krapovickas	1020 ± 30	930 d.C.
68.	GR.N. 5458	Yavi Chico B2	Yavi	Krapovickas	490 ± 35	1460 d.C.
69.	G X —	Concepción del Bermejo (Km. 75)	Colonial	Morressi	875 ± 95	1075 d.C.
70.	Kn. 431	Ampascachi II	Candelaria	Mengh'n Laguzzi	?—	590 d.C.

F.R.A.	Laboratorio	Sitio	Cultura	Autor	Resultado a. P.	Fechado a.C. - d.C.
71.	Lu. 370	Río Diablo Nº 3	Aguada Transición (?)	González	1410 ± 50	540 d.C.
72.	Lu. 369	Agua Verde Nº 2	Hualfín	González	840 ± 50	1110 d.C.
73.	Lu. 371	Eje de Hualfín. Habit. 72	Belén III	González	520 ± 50	1430 d.C.
74.	T. 902	La Manga Nº 3	La Manga (Ciénaga I)	González	1980 ± 70	30 a.C.
75.	T. 903	Río Diablo Nº 2	Facie Río-Diablo	González	2140 ± 70	190 a.C.
76.	T. 904	Agua Verde Sitio I/Sondeo 1	Hualfín	González	1400 ± 70	550 d.C.
77.	Tx. 981	Río Diablo Nº 1 Test. 1/S.1.	Facie Río-Diablo	González	2490 ± 80	540 a.C.
78.	Tx. 982	La Manga Nº 4	Facie La Manga (Ciénaga I)	González	2120 ± 80	170 a.C.
79.	Tx. 983	La Manga Nº 4	Facie La Manga (Ciénaga I)	González	2230 ± 80	280 a.C.

F.R.A.	Laboratorio	*Sitio*	*Cultura*	*Autor*	*Resultado a.P.*	*Fechado a.C. - d.C.*
80.	Tx. 984	Saujil Nº 1 Capa 3/test. 5	Saujil	González	2400 ± 80	450 a.C.
81.	Tx. 985	Agua Verde Nº 1 - Capa 1 Sondeo 1	Hualfín	González	1450 ± 70	500 d.C.
82.	Tx. 986	Agua Verde Nº 5/Sondeo 1 — Capa 2	Hualfín	González	1490 ± 60	460 d.C.
83.	Tx. 987	Cuesta Zapata. Km. 761	Aguada Tardío(?)	González	1760 ± 70	190 d.C.
84.	Tx. 988	Río Diablo Nº 3	Aguada	González	1810 ± 88	140 d.C.
85.	Tx. 989	El Molino Habit. 68	Belén II ó III	González	930 ± 70	1020 d.C.
86.	Tx. 990	El Eje Habit. 37	Belén II ó III	González	1040 ± 70	910 d.C.
87.	Tx. 991	El Eje Habit. 72	Belén II ó III	González	1090 ± 60	860 d.C.
88.	Tx. 992	Cuesta Zapata Km. 761 Nº 1	Aguada	González	1750 ± 50	200 d.C.

F.R.A.	Laboratorio	Sitio	Cultura	Autor	Resultado a. P.	Fechado a.C. - d.C.
89.	Sm. 1321	Río Diablo Nº 2/Capa 1	Facie Diablo	González	1853 ± 166	97 d.C.
90.	Sm. 1320	Agua Verde Nº 5	Hualfín	González	619 ± 152	1331 d.C.
91.	Anu. 444	Punta Co'o-rada.	Aguada	Sempé	1300 ± 80	650 d.C.
92.	Anu. 445	Agua Verde Nº 1	Hualfín	González	850 ± 80	1100 d.C.
93.	Anu. 446	Río La Manga Nº 3	Facie La Manga o Ciénaga I	González	1490 ± 8	460 d.C.
94.	Anu. 443	El Piquete	San Francisco	Dougherty	2570 ± 80	620 a.C.
95.	Kn. 5195	Cuyin Manzano Nivel 7 a 1,80 mt profundidad	Nivel más profundo con industria	Rita Ceballos	9320 ± 240	7390 a.C.

F.R.A.	Laboratorio	Sitio	Cultura	Autor	Fechado a.P.	a.C. - d.C.
96.	BVA. Arsenal	Los Toldos Cueva 3 Capa 7/76 cm.	Casapedrense	Cardich	7260 ± 350	5310 a.C.
97.	BVA. Arsenal	Los Toldos Cueva 3 Capa 9/87 cm.	Toldense Final	Cardich	8750 ± 480	6800 a.C.
98.	BVA. Arsenal	Los Toldos Cueva 3 Capa 11/135 cm.	a denominarse.	Cardich	12600 ± 600	10650 a.C.
99.	IVIC. 859	Manos pintadas Trinchera I Prof. 1.60 m.	?	Gradin	1910 ± 60	40 d.C.
100	IVIC. 860	Manos pintadas Trinchera II prof. 183 cm.	?	Gradin	3330 ± 70	1380 a.C.
101	IVIC. 862	Quimili Paso S2/Cuad. I Capa 4	Sunchituyoc Averías Famabalasto	Lorandi	750 ± 70	1200 d.C.
102	IVIC. 863	Quimili Paso S2/Cuad. 2 Capa 4	Sunchituyoc Averías Famabalasto	Lorandi	1140 ± 60	810 d.C.
103	IVIC. 864	Quimili Paso S.3/Cuad. I Capa 4	Sunchituyoc Averías Famabalasto	Lorandi	450 ± 70	1500 d.C.

F.R.A.	*Laboratorio*	*Sitio*	*Cultura*	*Autor*	*Fechado a.P.*	*a.C. - d. C.*
104	G.I.R.A. 10	Gruta del Indio — A — 1370 cuadr. R.8 profund. 70 cm.	—	Lagiglia Martín	23.490 ± 1040	21.540 a.C.
105	G.I.R.A. 11	Gruta del Indio — A — 1351 cuadr. Q. 7 nivel 7 prof. 70 — 80 cm.	—	Lagiglia Martín	10.610 ± 210	8.660 a.C.
106	G.I.R.A. 12	Gruta del Indio — Cuad. Q. 7 profund. 80 - 90 cm.	—	Lagiglia Martín	11.820 ± 180	9.870 a.C.
107	G.I.R.A. 13	Gruta del Indio Cuad. F. 3	Mas antigua ocupación humana	Lagiglia -Martín	10.930 ± 540	8.980 a.C.
108	Gr.N. 5807	Sta. Rosa de Tastil Basural 1 Capa I	Centro urbano Tastil	Cigliano Lerman	580 ± 35	1.396 d.C.
109	Gr.N. 5808	Sta. Rosa de Tastil Basural I Capa 4	Centro urbano Tastil	Cigliano Lerman	650 ± 45	1.336 d.C.
110	Gr.N. 5809	Sta. Rosa de Tastil Basural I Capa 7	Centro urbano Tastil	Cigliano Lerman	635 ± 30	1.349 d.C.

F.R.A.	Laboratorio	Sitio	Cultura	Autor	Fechado a.P.	a.C. - d.C.
111	Gr.N. 5818	Sta. Rosa de Tastil	Centro urbano Tastil	Cigliano Lerman	620 ± 60	1362 d.C.
112	Gr.N. 5852	Las Cuevas	cerámicas negra-gris pulidas roja pulida	Cigliano	2485 ± 60	535 a.C.
113	Gx. 1826	Los Morrillos Alero Alto	Preceramica Puntas pedunculadas.	Gambier	8465 ± 240	6515 a.C.
114	Gx. 1631	Los Morrillos Gruta I	Cazadores Tardíos (Paquete funerario)	Gambier	4410 ± 150	2460 a.C.
115	Gx. 1927	Los Morrillos Gruta II	Base estrato con cerámica	Gambier	2490 ± 110	540 a.C.
116	Gx. 1985	Los Morrillos Gruta II	Mayor concentración cerámica	Gambier	1870 ± 95	80 d.C.
117	Gx. 1959	Los Corredores (Río Colorado)	Estrato más profundo con cerámica.	Gambier	2215 ± 100	265 a.C.

F.R.A.	Laboratorio	Sitio	Cultnra	Autor	Ferhado	a.d. - d.C.
117(bis)	Gx. (?)	Los Corredores (Río Colorado)	Estrato equivalente al F.R.A. 117	Gambier	?	310 d.C.
118	Gx. 1960	Refugio Vialidad (Iglesia)	Agricultores Tempranos	Gambier	1400 ± 95	550 d.C.
119	Gx. 2311	Refugio Vialidad (Iglesia)	Agricultores Tempranos	Gambier	1495 ± 95	445 d.C.
120	Gx. 2313	Vega de Espota (Iglesia)	Agro-alfarero de Transición	Gambier	1205 ± 120	745 d.C.
121	Gx. 2312	Gruta de los Frijoles (Iglesia) Nivel más profundo	Cazadores Tardíos	Gambier	2665 ± 110	715 a.C.

F.R.A.	Laboratorio	Sitio	Cultura	Autor	Fechado a.P.	a.C. - d.C.
122.	Gif.2619	Oloma Bajada (orilla izq. Salado) S. 1; cuadri.1 — Capa 3	Sunchituyoc Averías	Lorandi	340 ± 90	1610 d.C.
123.	Gif.2620	Oloma Bajada S. 2; cuadri. 1 — Capa 2	Sunchituyoc Averías	Lorandi	460 ± 90	1490 d.C.
124.	Gif.2621	Oloma Bajada S. 2; cuadri. 1 — Capa 3	Sunchituyoc Averías	Lorandi	530 ± 90	1420 d.C.
125.	Gif.2308	Quimili Paso S. 1; cuadri. 1 — Capa 2	Sunchituyoc Averías Famabalasto	Lorandi	670 ± 60	1280 d.C.
126.	Gif.2309	Quimili Paso S. 1 — cuadri. 1 — Capa 3	Sunchituyoc Averías Famabalasto	Lorandi	730 ± 60	1220 d.C.
127.	Gif.2310	Quimili Paso S. 2; cuadri. 1 — Capa 4	Sunchituyoc Averías Famabalasto	Lorandi	590 ± 60	1360 d.C.

NOTA: En el momento de finalizar esta tabla, sabemos de otros fechados realizados por la doctora Myriam Tarragó; Víctor Núñez Regueiro y Eduardo Berberián; pero ignoramos los resultados y los datos pertinentes. Serán incluidos en la próxima compilación.

FECHADOS POR LABORATORIOS

1. Geochronometrical Laboratory. Yale University.
   Y. — F.R.A. Nº 1, 3, 4, 15, 16, 17, 25

2. Lamont Geological Observatory
   L. — F.R.A. Nº 2, 5, 6, 13

3. Uppsala University Fisiska Institutionen.
   U. — F.R.A. Nº 7, 8, 9

4. Radiocarbón Laboratory University of Pennsylvania.
   P. — F.R.A. Nº 10, 11, 12

5. Naturkunding Laboratorium der Rijks Universitet, Groningen.
   Gr. N. — F.R.A. Nº 14, 18, 19, 23, 24, 45, 46, 47, 48, 51, 52, 53, 54, 55, 55 (bis), 56, 56 (bis), 57, 58, 59, 60, 61, 64, 65, 66, 67, 68, 108, 109, 110, 111, 112

6. The Norwegian Institute of Technology Trondheim.
   T. — F.R.A. Nº 14, 74, 75, 76

7. University of Arizona. Tucson .Ariz.
   A. — F.R.A. Nº 20, 21, 22

8. The University of Michigan. Museum of Anthropology.
   M. — F.R.A. Nº 25, 29, 41

9. Humble Oil Refining Co.
   O. — F.R.A. Nº 26, 27, 28

10. Institute of Marine Science. University of Miami.
    M.L. — F.R.A Nº 30, 31, 32

11. Instituto Venezolano de Investigación Científica. Caracas.
    I.V.I.C. — F.R.A. Nº 33, 34, 35, 35 (bis), 36, 37, 38, 39, 40, 49, 50, 99, 100, 101, 102, 103

12. University of California. Los Angeles.
    U.C.L.A. F.R.A. Nº 42, 43, 44

13. Centro de Faibles Radioactivités. Gif Sur Ivette.
    Gif. F.R.A. Nº 62, 63, 122, 123, 124, 125, 126, 127

14. Geochron Laboratories.
Gx. F.R.A. Nº 69
113
114
115
116
117
117 (bis)
118
119
120
121

15. Institut für Ur-und Frühgeschichte der Universität. Köln
Kn. F.R.A. Nº 70;

16. Balcones Research Center. University of Texas.
Tx. F.R.A. Nº 77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88

17. Mobil Oil Co
Sm. F.R.A. Nº 89
90

18. Australian National University.
Anu. F.R.A. Nº 91
92
93
94

19. Arsenal, Viena.
Bva. F.R.A. Nº 96
97
98

20. G.I.R.A.
F.R.A. Nº 104
105
106
107

21. Radiocarbon Dating Laboratory. University of Lund.
Lu. F.R.A. Nº 71
72
73

FECHADOS POR CULTURAS O RASGOS CULTURALES

PRECERÁMICAS

Atuel IV — F.R.A. 51; 58
Atuel III — F.R.A 52
Atuel II — F.R.A. 53; 54; 55. 55(bis); 58
Intihuasi — F.R.A. 1;
Ongamira IV — F.R.A. 59
Casapedrense — F.R.A. 96
Toldense Final — F.R.A. 97
Puntas Pedunculadas — F.R.A. 113
San Juan
Cazadores Tardíos F.R.A. 114; 121
San Juan

AGRO-ALFARERAS

Aguada — F.R.A. 2; 9; 10; 32; 83; 84; 88; 91.
Aguada Decadente — F.R.A. 27
Belén I — F.R.A. 4, 7.
Belén II — 8. 13; 15; 85; 86; 87.
Belén III — F.R.A. 73
Ciénaga I — F.R.A. 42; 74; 78; 79; 93.
II — F.R.A. 3; 5; 6; 11; 14.
III — F.R.A. 30; 71.
Complejo Puna F.R.A. 21, 22.
Tafí — F.R.A. 16; 18; 19; 23; 24; 25.
Tafí Tardío — F.R.A. 17
Yavi — F.R.A. 66; 67; 68
Colonial — F.R.A. 69
Cerámica más antigua (San Juan) — F.R.A. 115; 117; 117(bis); 118; 119.

idem. mayor concentración — F.R.A. 116
Agro-alfarera Transición — F.R.A. 120
San Juan
Saujil — F.R.A. 26; 28; 29; 31; 62; 80.
Santa María — F.R.A. 33; 34 (?); 37.
Sanagasta — Hualfín — F.R.A. 35; 43; 72; 76; 81; 82; 90; 92.
Humahuaca — F.R.A. 36; 41; 65.
Calingasta — F.R.A. 44; 64.
Centro urbano Tastil — F.R.A. 45; 108; 109; 110; 111.
Guaraní — F.R.A. 46; 47.
Condorhuasi
Facie Diablo — F.R.A. 75; 77; 89.
Candelaria — F.R.A. 60; 61; 70.
Ranchillos — F.R.A. 63.
San Francisco — F.R.A. 94.
Chaco — Santiagueña — F.R.A. 101; 102; 103; 122; 123; 124; 125; 126; 127.
Rumipal — F.R.A. 20.
Tricolor y corrugada — F.R.A. 48.
Negra-gris pulidas y roja pulida — F.R.A. 112.

Culturas indeterminadas.

F.R.A. 38; 49; 56; 56(bis); 57; 98; 99; 100; 104; 105; 106; 107.

Formación geológica.

F.R.A. 39; 40; 50.

REGISTRO NACIONAL DE FECHADOS DE RADIOCARBONO

F. R. A. Nº .....

1 a) Número y sigla del Laboratorio: ..... b) Número de remitente: .....
Nombre: .....
Dirección: .....

2 *DATACIÓN:* ..... A. P. ..... CORRECCIONES: .....
a.d.C.
d.d.C.

3 *LOCALIZACIÓN GEOGRÁFICA:* .....
Sitio Arqueológico: .....
Localidad: ..... Departamento: ..... Provincia: .....
Latitud: ..... Altitud: .....
PLANCHETA I. G. M.: ..... Otros: .....

4 CONTENIDO DE CARBONO: *PESO:* ..... *NATURALEZA Y DESCRIPCIÓN*
(%) ..... *DE LA MUESTRA:* .....

5 *CONDICIONES DE HALLAZGO Y TIPO DE INVESTIGACIÓN:* .....

6 *DOCUMENTACIÓN DEL SITIO DATADO:* .....

7 *POSIBLES CAUSAS DE CONTAMINACIÓN O ALTERACIÓN DE LA MUESTRA:* .....

8 *CRECIMIENTO DE LOS SEDIMENTOS QUE CONTENÍAN LAS MUESTRAS:*

9 *POSIBLES ALTERACIONES O CAMBIOS EN LAS CAPAS DONDE SE OBTUVO LA MUESTRA:*

10 *RELACIONES CON OTRAS CAPAS:* .....

11 *EXCAVADOR O COLECTOR:* .....

12 *JEFE RESPONSABLE DE LA EXCAVACIÓN; EXPEDICIÓN O EXCURSIÓN - INSTITUTO QUE LA PATROCINÓ:* .....

13 *SELECTOR DE LAS MUESTRAS Y ENVÍO AL LABORATORIO:* .....
(Razones de selección)

14 *TRATAMIENTO POSTERIOR AL MUESTREO:* .....

15 *CULTURA, FASE O FACIE CULTURAL ASOCIADA A LA MUESTRA: O INDICADOR CULTURAL QUE SE FECHA:* .....

16 *EDAD ESTIMADA O ESPERADA:* .....

17 *CONCLUSIÓN QUE PROPORCIONA EL FECHADO:* .....

18 *RELACIÓN CON OTRAS EXCAVACIONES:* .....

19 *RELACIÓN CON OTROS FECHADOS:* .....

20 *FECHA DE RECOLECCIÓN:* .....
DE ENVÍO AL LABORATORIO: .....
DE ANÁLISIS: .....

21 *ANALIZADOR:* .....

22 *PRETRATAMIENTO DEL LABORATORIO - DESCRIPCIÓN O INDICACION DEL MÉTODO:* .....

23 *MÉTODO UTILIZADO PARA EL ANÁLISIS:* .....

24 *DETALLES DEL ANÁLISIS DEL POLEN Y DIAGRAMA POLÍNICO:*

25 *PUBLICADO EN:* .....
(Transcripción textual):

26 *IMPORTANCIA ASIGNADA:* .....

27 *INFORMACIONES ADICIONALES:* .....

FORMULARIO LLENADO POR:
28 *LUGAR:* .....
FECHA: .....

29 *OBSERVACIONES:* .....

BIBLIOGRAFIA

Cigliano, Eduardo Mario. 1966. Contribución a los fechados radiocarbónicos argentinos. Revista del Museo de La Plata (Nueva Serie) Sección Antropología, VI, pp. 1 — 16 — La Plata.

— 1970. Problemas referentes al sitio arqueológico de Las Cuevas, Departamento de Rosario de Lerma. Salta. en: Relaciones Sociedad Argentina de Antropología, V, nueva serie Nº 1, Buenos Aires, 1970, p. p. 99-104.

Cigliano, Eduardo Mario. Raffino, Rodolfo A. Caggiano, María A. 1971. Resultados de las investigaciones Arqueológicas efectuadas en la zona de Salto Grande (Provincia de Entre Ríos). Revista del Museo de La Plata (Nueva Serie) Sección Antropología, VII, pp. 79-107. La Plata.

Cigliano, Eduardo Mario; Raffino, Rodolfo A.; Calandra, Horacio A. 1972. Nuevos aportes para el conocimiento de las entidades alfareras mas tempranas del N.O. argentino| en: Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, VI, Nueva Serie. p. p. 225-236. Buenos Aires.

Gambier, Mariano. Sachero, Pablo. 1970. Secuencias culturales y cronología para el S.O. de la provincia de San Juan. República Argentina. (Comunicación preliminar sobre las investigaciones en Los Morrillos de Ansilta y zonas aledañas) Hunuc Huar. Publicación del Museo arqueológico de la Universidad Domingo Faustino Sármiento. Año 1, Nº 1. San Juan.

Flint, Richard, Foster, Deevey, Edward, Jr. 1959-1972. American Journal of Science. Radiocarbon Supplement. I-XV, 1959/1972. Sterling Tower, Yale University.

González, Alberto Rex. 1957. Dos fechas de la cronología argentina obtenidas por el método de radiocarbón. Instituto de Antropología. Facultad de Filosofía: Universidad Nacional del Litoral. Rosario.

— 1959. Nuevas fechas de la cronología arqueológica argentina obtenidas por el método de radiocarbono (II). Ciencia e Investigación, Tomo 15, Nº 6, pp. 184-190. Buenos Aires, Junio de 1959.

— 1960. Nuevas fechas de la cronología arqueológica argentina obtenidas por el método de radiocarbón, (III). Idem. tomo 16, Nº 4º(pp. 142-145. Buenos Aires, Abril de 1960.

— 1960 (1962). Nuevas fechas de la cronología arqueológica argentina, obtenidas por el método de radiocarbón (IV). Resumen y perspectivas. Revista del Instituto de Antropología, Universidad Nacional de Córdoba, Facultad de Filosofía y Humanidades. I pp. 303-331.

— 1963. Problemas arqueológicos de la Puna Argentina en: A. Pedro Bosch Gimpera en el Septuagésimo aniversario de su nacimiento. pp. 373-387. México.
— 1965. Nuevas fechas de la Cronología Arqueológica Argentina, obtenidas por el método del radiocarbón (V). Universidad Nacional de Córdoba. Dirección General de Publicaciones. Córdoba (R.A.), 1965.

González, Alberto Rex. Sempe de Gómez Llanes, María Carlota. s. f. Prospección Arqueológica en el Valle de Abaucán, a publicarse en: Revista del Instituto de Antropología de la Universidad de Tucumán.

Lagiglia, Humberto A. 1968. Nuevos aportes a los fechados de radiocorbon de la Argentina. Journal de la Societé des Americanistes. L VIII. pp. 161-168. Paris. Francia.

Lagiglia, Humberto A. Lerman, Juan Carlos. 1968. Chronology of Western Argentina. Gruta del Indio. Mendoza. Trabajo Presentado al XXXVIII Congreso Internacional de Americanistas. Stuttgart. Munich.

Lerman, Juan Carlos. 1973. Dataciones por Carbono 14 del Yacimiento de Tastil, en Tastil una ciudad preincaica argentina. pp. 581-592. Ediciones Cabargon. Buenos Aires.

Lorandi, Ana María. 1970. Los primeros fechados radiocarbónicos para la provincia de Santiago del Estero. en: Actualidad Antropológica (Suplemento de Etnia) 7, Julio — Diciembre, pp. 27-28. Olavarría.
— 1972. Nuevos fechados radiocarbónicos para Quimili Paso, Santiago del Estero. en: Actualidad Antropológica (Suplemento de Etnia); nº 10; Enero — Julio, 1972; pp. 1-2. Olavarría.

Pellisero, Norberto. 1968. Una nueva fecha de radiocarbono para el yacimiento arqueológico de Juella. (Prov. de Jujuy). Runa, Archivos para las Ciencias del Hombre XI; parte 1 y 2, pp. 189-190.

Suess, H. E. 1970. Bristlecone — pine calibration of the radiocarbon time — scale 5200 B.C. to the present en Radiocarbon Variation and absolute Chronology, Nobel Symposium 12, I, U. Olsson, ed. New York: Wiley Interscience, 1970.

Este libro
se terminó de imprimir
en artes gráficas
bartolomé u. chiesino s. a.
ameghino 838 — avellaneda
buenos aires
el día 22 de octubre
de 1973

esta edición consta
de 500 ejemplares